



BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 398

DIODORO DE SICILIA

BIBLIOTECA HISTÓRICA  
LIBROS XV-XVII

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JUAN JOSÉ TORRES ESBARRANCH  
Y JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA



EDITORIAL GREDOS



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B.C.G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por ASSELA ALAMILLO SANZ.

© **EDITORIAL GREDOS, S. A., 2011.**

López de Hoyos, 141, 28002-Madrid.

[www.editorialgredos.com](http://www.editorialgredos.com)

Primera edición: enero de 2012

Las traducciones y notas han sido llevadas a cabo por J. J. Torres Esbarranch (Libro XV) (†) y J. M. Guzmán Hermida (Libros XVI-XVII).

REF.: GBCC398

ISBN: 978-84-249-2333-4

Depósito legal: M. 126-2012

## LIBRO XV

## SINOPSIS

### Índice antiguo del libro XV.

1. Prólogo.
2. Preparativos bélicos de Artajerjes y de Evágoras de Chipre.
3. Derrota de Evágoras en la batalla naval de Citio.
4. Los persas asedian Salamina y Evágoras huye a Egipto.
5. Esparta pone sitio a Mantinea.
6. Críticas de Filóxeno a los versos de Dionisio.
7. Episodio de Platón y Dionisio. Fracaso poético del tirano.
8. Fracaso de Evágoras en su regreso a Chipre. Orontes acusa a Tiribazo ante Artajerjes.
9. Orontes acuerda la paz con Evágoras. La rebelión de Glos; alianzas con Acoris y con Esparta frente a Artajerjes.
10. Absolución de Tiribazo.
11. Artajerjes y los jueces. Honor a Tiribazo e infamia sobre Orontes.
12. Los espartanos toman Mantinea.
13. Guerra entre ilirios, apoyados por Dionisio, y molosos, auxiliados por Esparta. Fundaciones de Faros y Liso. Construcciones de Dionisio en Siracusa.
14. Enfrentamiento de griegos e ilirios en Faros. Expedición de Dionisio contra Etruria.
15. Guerra entre Dionisio y Cartago, aliada de los italiotas. Victoria siracusana de Cabala.
16. La alternancia de la Fortuna. Victoria cartaginesa de Cronio.
17. Muerte de Leptines y debacle del ejército de Dionisio, obligado a pactar con los cartagineses.
18. Muerte de Glos. Fundación de Leuce y estratagema de los clazo-menios.
19. Conflicto entre Amintas de Macedonia y Olinto. Política intervencionista de Esparta. Diferencias entre Agesípolis y Agesilao.
20. El espartiata Fébidas somete a los tebanos. Eudámidas

26. [Atenas envía a Demofonte en apoyo de los tebanos.](#)
27. [Capitulación de la guarnición espartana de Tebas. Los romanos envían una colonia a Cerdeña.](#)
28. [Preparación de la segunda liga naval ateniense.](#)
29. [Enfrentamiento entre Persia y Egipto e intervención de Cabrias. Ataque al Pireo y ruptura de la paz de Antálcidas. Se constituye la segunda liga ateniense.](#)
30. [Adhesiones a la liga ateniense. Apoyo de Eubea, a excepción de Histiea. Intervención de Esparta contra la tiranía de Neógenes. Expedición de Cabrias.](#)
31. [Esparta se organiza para la guerra y confía el mando a Agesilao.](#)
32. [Agesilao invade Beocia y devasta el territorio.](#)
33. [Agesilao se retira sin tentar a la fortuna. Talento militar de Cabrias. Infructuoso ataque tebano a Tespias. Muerte heroica de Fébidas.](#)
34. [Éxito tebano ante una nueva expedición de Agesilao. La batalla naval de Naxos.](#)
35. [Éxito de Cabrias: primera victoria naval ateniense después de la guerra del Peloponeso.](#)
36. [Abdera atacada por los tribalos y defendida por Cabrias. Acciones y fama de Timoteo.](#)
37. [Los tebanos vencen a los lacedemonios en Orcómeno. El historiador Hernias de Metimna.](#)
38. [Paz general, autonomía y retirada de las guarniciones de las ciudades griegas. Oposición de Tebas y entendimiento entre Atenas y Esparta.](#)
39. [Confianza y aspiraciones de los tebanos. Excelencia de sus jefes. La figura de Epaminondas.](#)
40. [Discordias civiles en el Peloponeso.](#)
41. [Expedición persa contra Egipto al mando de Farnabazo e Ifícrates.](#)
42. [Fortificación de las bocas del Nilo. Victoria persa en la boca Mendesia.](#)
43. [Diferencias entre Farnabazo e Ifícrates y fracaso de la expedición persa a Egipto.](#)
44. [Inventiva de Ifícrates.](#)
45. [Ruptura de la paz. Intervenciones de Atenas y Esparta. El caso de Zacinto.](#)
46. [Rebelión oligárquica en Corcira e intervención de Esparta y Atenas. Tebas castiga a Platea y a Tespias.](#)
47. [Esparta y Atenas intervienen en Corcira. Timoteo en Tracia. Victoria del ateniense Ctesicles en Corcira. Asesinato de Evágoras de Chipre. Guerra entre Roma y Preneste.](#)
48. [Seísmos en el Peloponeso. Destrucción de Hélice y Bura.](#)
49. [La catástrofe de Hélice y Bura y su atribución a Poseidón.](#)
50. [Presagio respecto al fin de la hegemonía de Esparta, que se prepara contra Tebas.](#)



51. [Esparta envía a Cleómbroto a una guerra teóricamente fácil contra Tebas.](#)
52. [Ante la amenaza espartana, Tebas confía la dirección de la guerra a Epaminondas, que reacciona ante unos augurios desfavorables y acampa en Coronea.](#)
53. [Avance de Cleómbroto hasta Leuctra. Ingenio de Epaminondas, cuyo criterio prevalece.](#)
54. [Vaticinios respecto a Leuctra. En orden de batalla.](#)
55. [Batalla de Leuctra. Nueva táctica de Epaminondas. Muerte de Cleómbroto.](#)
56. [Derrota espartana. La gloria de Epaminondas.](#)
57. [Expedición de Tebas contra Orcómeno. Progresos de Jasón de Feras. El escitalismo de Argos.](#)
58. [Reflexión sobre la revolución de Argos.](#)
59. [La Confederación Arcadia y la guerra civil de Tegea.](#)
60. [Jasón al frente de Tesalia. Tres muertes coincidentes: Amintas, Agesípolis y Jasón. Las historias de Duris de Samos.](#)
61. [Tesalia: tiranía de Alejandro de Feras. Los Alévadas piden ayuda a Alejandro II de Macedonia.](#)
62. [Esparta derrotada en Orcómeno por los arcadios, que piden ayuda a los beocios. Expedición contra Esparta.](#)
63. [Primera invasión tebana del Peloponeso. Esparta pide ayuda a Atenas.](#)
64. [El ejército invasor, dividido en cuatro columnas, llega a Selasia e irrumpe en Laconia.](#)
65. [Epaminondas ataca Esparta, saquea Laconia y regresa a Arcadia. Preparativos lacedemonios.](#)
66. [Epaminondas funda Mesene. Resumen de la historia de los mesenios.](#)
67. [Alianza entre Atenas y Esparta. Éxito arcadio en Laconia. Primera intervención de Pelópidas en Tesalia.](#)
68. [Segunda invasión tebana del Peloponeso.](#)
69. [Los tebanos atacan diversas ciudades y, en Corinto, son rechazados por Cabrias.](#)
70. [Refuerzos de Dionisio a los lacedemonios. La misión de Filisco. Tiranía de Eufrón en Sición.](#)
71. [Asesinato de Alejandro II de Macedonia. Pelópidas apresado por Alejandro de Feras. Epaminondas salva al ejército tebano enviado a Tesalia.](#)
72. [El proceso de Epaminondas. La «guerra sin lágrimas». Fundación de Megalópolis.](#)
73. [Ataque siracusano a la zona cartaginesa y revés en el puerto de los ericinos. Muerte de Dionisio I.](#)
74. [Victoria de Dionisio en las Leneas y profecía sobre su muerte. Le sucede](#)

- Dionisio el Joven.
75. Anarquía en Roma. Masacre de Escotusa. Tercera invasión tebana del Peloponeso y expedición beocia a Tesalia. Ayuda de Atenas a Fliunte.
  76. Disputa por Oropo. Prosperidad de Cos. La paz del 366/365. Hombres ilustres de la época.
  77. Estalla la guerra entre Arcadia y Élide. En Macedonia, Perdicas III asesina y sucede a Ptolomeo de Aloro.
  78. Pisa y Arcadia frente a Élide por la celebración de las Olimpiadas. Epaminondas y la hegemonía marítima.
  79. Epaminondas a Rodas, Quíos y Bizancio. Elogio de Epaminondas. Destrucción de Orcómeno.
  80. Expedición beocia contra Alejandro de Feras. Eclipse de sol y muerte de Pelópidas. Derrota de Alejandro.
  81. Encomio de Pelópidas. Clearco, tirano de Heraclea Póntica. Acciones del ateniense Timoteo.
  82. Discordia entre Mantinea y Tegea, que pide ayuda a Tebas. Cuarta invasión del Peloponeso.
  83. Epaminondas levanta el asedio de Esparta.
  84. Se prepara la batalla de Mantinea.
  85. La batalla de Mantinea. El encuentro de la caballería.
  86. La batalla de la infantería. Enfrentamiento de beocios y lacedemonios.
  87. Desenlace de la batalla y muerte de Epaminondas.
  88. Encomio de Epaminondas.
  89. La paz general del 362/361. Noticias cronográficas: Jenofonte, Anaxímenes de Lámpsaco, Filisto.
  90. La revuelta de los sátrapas: levantamiento de la costa de Asia y de Egipto contra Persia.
  91. La revuelta va hacia el fracaso: traición de Orontes; Datames traicionado.
  92. Egipto: Traición de Reomitres. Preparativos de guerra. Taco, destronado por Nectanebo II, huye a Persia.
  93. Muerte de Artajerjes II; le sucede Artajerjes III Oco. Ayuda de Agesilao a Nectanebo II. Muerte de Agesilao.
  94. El conflicto de Megalópolis. Intervención del tebano Pámenes. La obra del historiador Atanas.
  95. Naves corsarias de Alejandro de Feras atacan las Cícladas y Peparetos. Actuaciones negativas de Leóstenes y de Cares. Los historiadores Dionisodoro y Anaxis. Fin del libro XV de Diodoro.



EL CONTENIDO DEL LIBRO XV DE DIODORO ES EL SIGUIENTE<sup>1</sup>:

- Cómo los persas combatieron contra Evágoras en Chipre (2-4; 8-9).
- Cómo los lacedemonios, contrariamente a los acuerdos comunes, desterraron a los mantineos de su patria (5; 12).:
- Acerca de las obras de Dionisio el Tirano (6-7).
- Acerca de la detención de Tiribazo y su liberación (8, 10-11).
- Acerca de la muerte de Glos y la condena de Orontes (11-18).
- Cómo Amintas y los lacedemonios combatieron contra los olintios (19, 21-23).
- Cómo los lacedemonios se apoderaron de la Cadmea (20).
- Cómo esclavizaron a las ciudades griegas en contra de los acuerdos (23).
- Colonización de la isla de Faros en el Adriático (13).
- Expedición de Dionisio contra Tirrenia y saqueo del templo (14).
- Expedición de Dionisio contra los cartagineses y victoria y derrota (15-17).
- Cómo los tebanos recobraron la Cadmea (25-27).
- Cómo los cartagineses estuvieron en peligro afectados por la peste (24).
- Acerca de la guerra beocia y de los sucesos que en ella tienen lugar (28-35).
- Campaña de los tribados contra Abdera (36).
- Campaña de los persas contra Egipto (41-43).
- Cómo los tebanos, después de vencer a los lacedemonios en la famosa batalla de Leuctra, reivindicaron la hegemonía sobre los griegos (50-56).
- Los logros de los tebanos en sus ataques al Peloponeso (62-66, 69, 75, 82-88).
- Acerca del liderazgo de Ifícrates y de sus invenciones en el arte de la guerra (44).
- Campaña de los lacedemonios contra Corcira (46-47).
- Acerca del seísmo y la inundación que tuvieron lugar en el Peloponeso y de la antorcha que apareció en el cielo (48-50).
- Cómo ocurrió entre los argivos una gran matanza que fue llamada escitalismo (57-58).
- Acerca de Jasón, tirano de Tebas, y de sus sucesores (57, 60, 80, 95).
- El sinecismo de Mesenia por los tebanos (66-67).
- La campaña de los beocios contra Tesalia (67).

<sup>1</sup> Cada libro de la *Biblioteca Histórica* se nos ha transmitido precedido de una sucinta relación de contenidos a modo de índice. Cf. DIODORO DE SICILIA, *Biblioteca histórica*. Libros I-III [intr., trad. y notas de F. Parreu], BCG 294, Madrid, Gredos, 2001, pág. 41.

## *Prólogo*

A lo largo de toda nuestra obra hemos mantenido la costumbre, característica de la historia, de expresarnos con libertad, y de hacer el justo elogio de los hombres de bien por sus bellas acciones y dirigir, por el contrario, el merecido reproche [1] a los malos cada vez que han incurrido en falta. Pensamos que de esta manera, por el deseo de una fama inmortal, incitamos a acometer las más bellas empresas a aquellos que poseen una natural nobleza de ánimo, mientras que a los que tienen una disposición contraria los disuadimos de su inclinación al mal por el miedo a los reproches consiguientes<sup>2</sup>. Por ello, ya que [2] en nuestro relato hemos llegado a la época en la que la inesperada derrota de Leuctra<sup>3</sup> sumió a los lacedemonios en una gran desventura y en la que el segundo fracaso de Mantinea<sup>4</sup> les hizo perder, contra toda expectativa, la hegemonía sobre los griegos, creemos que es preciso atenernos al planteamiento de nuestra obra y dirigir a los lacedemonios la censura que merecen<sup>5</sup>.

[3] ¿Quién, en efecto, no consideraría dignos de crítica a aquellos que, habiendo heredado de sus antepasados una hegemonía asentada sobre las bases más sólidas y conservada, gracias al mérito de estos antepasados, durante más de quinientos años<sup>6</sup>, la vieron aniquilada —tal es el caso de los lacedemonios de entonces—<sup>7</sup> a causa de su propia insensatez? Y esto no es difícil de explicar, ya que las generaciones precedentes adquirieron una gloria excepcional al precio de muchos esfuerzos y peligrosos combates y tratando a los pueblos sometidos con moderación y humanidad, pero sus descendientes, por el contrario, con sus actos de violencia y su vejación a los aliados, emprendiendo guerras injustas y arrogantes contra los griegos, perdieron lógicamente su imperio a causa de [4] su política insensata. Porque el odio de aquellos que habían sido víctimas de sus injusticias encontró en sus desgracias la ocasión de vengarse de los que antes los habían oprimido y sobre ellos, invictos desde el tiempo de sus antepasados, se abatió el profundo desprecio que, como es natural, inspiran quienes arruinan la gloriosa [5] herencia de sus predecesores. Por esta razón los tebanos, que anteriormente, durante muchas generaciones, habían estado sometidos a su poder, entonces, contra toda expectativa, vencieron a los lacedemonios y obtuvieron la hegemonía sobre los griegos, y los lacedemonios, tras la pérdida de su hegemonía, ya no pudieron recuperar jamás la preeminencia de sus antepasados.

[6] Nosotros, una vez que hemos manifestado claramente nuestra censura hacia

ellos, retomaremos el hilo de nuestra historia, después de definir los límites temporales de este relato<sup>8</sup>. El libro precedente, el decimocuarto de nuestra obra<sup>9</sup>, ha concluido con el sometimiento de los reginos por Dionisio y la toma de Roma por los gálatas<sup>10</sup>, que ocurrió un año antes de la expedición persa a Chipre contra el rey Evágoras. Iniciaremos este libro con esta guerra y lo terminaremos en el año que precedió a la subida al trono de Filipo, hijo de Amintas<sup>11</sup>.

### *386-385 a. C. Preparativos bélicos de Artajerjes y de Evágoras de Chipre*

Cuando Mistíquides<sup>12</sup> era arconte [2] en Atenas, los romanos designaron, en lugar de los cónsules, tres tribunos militares, Marco Furio, Gayo y Emilio<sup>13</sup>. Este año, Artajerjes, el rey de los persas, emprendió una expedición contra Evágoras, el rey de Chipre<sup>14</sup>. Durante mucho tiempo estuvo ocupado en los preparativos de esta guerra y reunió un importante número de fuerzas terrestres y navales. El ejército de tierra contaba con más de trescientos mil hombres, comprendidos los de caballería, y [2] equipó más de trescientas trirremes. Confió el mando de las fuerzas de tierra a su yerno Orontes<sup>15</sup>, y el de la flota, a Tiribazo, un hombre que gozaba de alta consideración entre los persas. Estos comandantes tomaron el mando de sus fuerzas en Focea<sup>16</sup> y Cime, se reunieron en Cilicia y, después de pasar a Chipre, dirigieron con energía las operaciones militares.

[3] Evágoras, por su parte, concluyó una alianza con Acoris, rey de los egipcios<sup>17</sup>, que era enemigo de los persas, y recibió de él un ejército considerable, y de Hecatomno<sup>18</sup>, soberano de Caria, que en secreto colaboraba con él, obtuvo una importante suma de dinero destinada al mantenimiento de las tropas mercenarias; e indujo igualmente a participar en la guerra contra Persia a otros que secretamente o de manera declarada eran hostiles a [4] los persas. Era señor de casi todas las ciudades de Chipre, y de Tiro y de algunas otras en Fenicia. Tenía noventa trirremes, de las cuales veinte eran de Tiro y setenta de Chipre, seis mil soldados propios y un número mucho mayor enviado por sus aliados<sup>19</sup>. Además de éstos, había reclutado muchos mercenarios, ya que disponía de dinero en abundancia. También el rey de los árabes<sup>20</sup> le envió un buen número de soldados e hicieron lo mismo algunos otros sobre cuya fidelidad sospechaba el rey de los persas.

### *Derrota de Evágoras en la batalla naval de Citio*

Al contar con efectivos tan importantes, [3] Evágoras comenzó las hostilidades con toda confianza. En primer lugar, con sus numerosas naves corsarias, tendió emboscadas a los transportes de víveres de los enemigos, hundió a parte de ellos, bloqueó a otros y apresó a algunos. Por esta razón, al no atreverse los barcos mercantes a transportar grano a Chipre y encontrarse tantas tropas concentradas en la isla, en seguida el ejército de los persas empezó a padecer la falta de víveres. Esta situación de carestía [2] derivó en una revuelta; los mercenarios de los persas se abalanzaron sobre sus jefes y mataron a algunos, con lo que hicieron que la confusión y la rebelión se adueñaran del campamento. Los generales persas y el comandante de la flota, llamado Glos<sup>21</sup>, [3] a duras penas sofocaron la revuelta. Se hicieron a la mar con toda la escuadra, trajeron de Cilicia una gran cantidad de víveres y procuraron una gran abundancia de vituallas al ejército. En cuanto a Evágoras, el rey Acoris le había hecho transportar desde Egipto una cantidad suficiente de grano y le había enviado dinero y todos [4] los demás recursos necesarios. Evágoras por su parte, dándose cuenta de la inferioridad notable de sus fuerzas navales, equipó otras sesenta naves e hizo que Acoris le enviara cincuenta desde Egipto, de modo que tenía a su disposición un total de doscientas trirremes. Las dotó de armamento para el combate con la intención de aterrar al enemigo y las preparó con continuas maniobras y ejercicios con vistas a la batalla naval. Así, cuando la flota del Rey navegaba a lo largo de la costa rumbo a Citio<sup>22</sup>, hizo rumbo de improviso contra ella con sus naves en perfecta formación y [5] consiguió una notable ventaja sobre los persas. Se lanzó, en efecto, con sus naves en formación de batalla sobre navíos en desorden y, combatiendo con hombres preparados para ello contra otros que no esperaban el ataque, rápidamente, en el primer encuentro, obtuvo una ventaja que presagiaba la victoria; abordando con sus trirremes en formación cerrada a naves dispersas [6] y desordenadas, echó a pique algunas y apresó otras. Sin embargo, al resistir valerosamente el navarco Glos y los otros comandantes de los persas, se entabló una violenta batalla naval, en la que Evágoras llevó ventaja inicialmente, pero después, cuando Glos se dirigió contra él con toda su potencia y combatiendo valientemente, Evágoras se vio obligado a emprender la fuga con sus barcos después de haber perdido un gran número de trirremes.

### *Los persas asedian Salamina y Evágoras huye a Egipto*

[4] Después de su victoria en la batalla naval, los persas reunieron sus fuerzas terrestres y navales en la ciudad de Citio. Desde esta base organizaron el asedio a Salamina y la sitiaron por [2] tierra y por mar. Tiribazo, después de la batalla naval, había



pasado a Cilicia, desde donde se había dirigido a la corte del Rey; le anunció la victoria y regresó con dos mil talentos para continuar la guerra. Antes del combate naval, Evágoras, al derrotar en tierra a una parte de la infantería enemiga a la que se había enfrentado junto al mar, había cobrado confianza en el futuro, pero, cuando se vio vencido en la batalla naval y encerrado en una ciudad asediada, cayó en el desánimo. Decidido, [3] sin embargo, a proseguir la guerra, dejó a su hijo Pnitágoras<sup>23</sup> al frente de todas las tropas de Chipre y él logró burlar la vigilancia enemiga zarpando de noche de Salamina con diez triremes. Se trasladó a Egipto, donde se encontró con el rey y le exhortó a continuar la guerra con toda decisión y a tener presente que la lucha contra los persas era de interés común.

### *Los persas asedian Salamina y Evágoras huye a Egipto*

En el tiempo en que estos hechos [5] tenían lugar, los lacedemonios decidieron emprender una expedición contra Mantinea, sin tener en cuenta los acuerdos precedentes<sup>24</sup>. Los motivos fueron los siguientes. Estaba vigente entonces entre los griegos la paz general llamada de Antálcidas, por la cual todas las ciudades se habían liberado de las guarniciones y habían obtenido el reconocimiento de la autonomía<sup>25</sup>; pero los lacedemonios, con su natural ansia de poder y su inclinación a la guerra, no soportaban esta paz, considerándola una pesada carga; añoraban el dominio que en el pasado habían ejercido sobre Grecia y aguardaban con impaciencia [2] un cambio de la situación. Así pues, de inmediato se pusieron a agitar las ciudades y, por medio de sus partidarios, provocaron desórdenes en ellas, algunas de las cuales les dieron pretextos plausibles para esta agitación. En efecto, una vez que habían recuperado la autonomía, exigían responsabilidades a aquellos que habían estado en el poder durante la hegemonía de los lacedemonios<sup>26</sup>; y ante la severidad de los procesos, debida al deseo de venganza del pueblo, y a las numerosas condenas al exilio, los lacedemonios se erigieron en protectores de la facción vencida.

[3] Acogiendo a los exiliados y devolviéndolos a su patria por la fuerza de las armas<sup>27</sup>, sojuzgaron primero a las ciudades más débiles, y a continuación, en acciones de guerra, sometieron también a las más importantes, sin respetar ni siquiera dos años los acuerdos de paz general. Y viendo que la ciudad de los mantineos, una población vecina, sobresalía por el gran número de hombres valerosos, sospecharon que gracias a la paz tenía un crecimiento inquietante y se afanaron por humillar el orgullo de [4] aquellos hombres. Por eso, como primera medida, enviaron embajadores a Mantinea con la orden

de derribar las murallas<sup>28</sup> y de que todos los habitantes se trasladaran a los cinco antiguos pueblos de los que hacía tiempo habían partido para fundar conjuntamente la ciudad de Mantinea<sup>29</sup>; y dado que nadie hizo caso de la orden, los lacedemonios enviaron un ejército y pusieron sitio a la ciudad. Entonces, los mantineos enviaron embajadores [5] a Atenas para solicitar su ayuda, pero los atenienses decidieron no violar el tratado de paz general; Mantinea, sin embargo, sostuvo el asedio con sus propias fuerzas y se defendió valerosamente frente al enemigo. Y de este modo se iniciaron nuevas guerras en Grecia.

### *Críticas de Filóxeno a los versos de Dionisio*

En Sicilia, Dionisio, el tirano de [6] los siracusanos, libre ya de guerras contra los cartagineses, gozaba de una paz total y de mucho tiempo libre. Por esta razón se dedicó con mucho empeño a escribir versos; invitó a su corte a los más afamados en esta actividad, los distinguió sobremanera y se sirvió de ellos como maestros y revisores de sus poemas<sup>30</sup>. Envanecido por los halagos que estos hombres le dirigían en correspondencia a sus atenciones, se ufanaba mucho más de sus poemas que de los éxitos conseguidos en la guerra. Entre los poetas que vivieron [2] en su corte se encontraba Filóxeno<sup>31</sup>, el autor de ditirambos, que gozaba de una gran reputación por sus composiciones poéticas. Un día, en el simposio en que habían sido leídos unos deplorables poemas del tirano<sup>32</sup>, se le preguntó qué opinión le merecían los poemas. Filóxeno respondió con absoluta franqueza y el tirano, ofendido por sus palabras y acusándolo de que le denigraba por envidia, ordenó a sus guardias que lo condujeran [3] inmediatamente a las Latomías<sup>33</sup>. Al día siguiente, al rogarle los amigos que concediera el perdón a Filóxeno, el tirano se reconcilió con él e invitó de nuevo al simposio a las mismas personas. Después de beber durante un tiempo, Dionisio empezó a jactarse de nuevo de sus poemas y, tras recitar algunos versos que le parecían particularmente logrados, preguntó a Filóxeno: «¿Qué piensas tú de estos versos?». Entonces Filóxeno, sin contestar a la pregunta, llamó a los guardias de Dionisio [4] y les dijo que lo volvieran a llevar a las Latomías<sup>34</sup>. En esta ocasión, Dionisio sonrió ante aquella salida y soportó la franqueza, ya que la gracia había atenuado la crítica. Poco después, cuando tanto sus amigos como Dionisio le pidieron que renunciara a su franqueza intempestiva, Filóxeno hizo una extraña promesa. Dijo que en sus respuestas respetaría la verdad y obtendría a la vez la aprobación de Dionisio, y no faltó a su [5] palabra. En efecto, un día en el que el tirano, tras recitar unos versos que expresaban sufrimientos dignos de conmiseración, le preguntó: «¿Qué piensas tú de estos versos?», él le contestó: «Patéticos», y con esta

respuesta ambigua mantuvo su doble promesa. Porque Dionisio entendió «patéticos» en el sentido de «conmovedores y llenos de sentimiento», como ocurre en los éxitos de los buenos poetas, por lo que tomó la respuesta como un elogio; pero los demás, captando el verdadero sentido de la palabra, comprendieron que «patéticos» se refería al desacierto del poema.

### *Episodio de Platón y Dionisio. Fracaso poético del tirano.*

Un episodio semejante ocurrió [7] asimismo al filósofo Platón. Dionisio lo invitó a su corte y al principio lo tuvo en la más alta consideración, viendo que se expresaba con la libertad propia de la filosofía; pero después, contrariado por alguna de sus afirmaciones, se enemistó completamente con él y lo hizo llevar al mercado y vender como esclavo por veinte minas<sup>35</sup>. Pero los filósofos se pusieron de acuerdo para rescatarlo y lo devolvieron a Grecia, después de darle la amistosa advertencia de que el sabio debe frecuentar a los tiranos lo menos posible o tratarlos del modo más obsequioso posible<sup>36</sup>.

Dionisio, que no renunciaba a su pasión por la poesía, envió [2] a las fiestas de Olimpia<sup>37</sup> a los actores de mejor voz para declamar con acompañamiento musical sus poemas ante la muchedumbre. Estos actores impresionaron primero a los espectadores por la belleza de sus voces, pero a continuación, cuando se prestó atención a los versos en sí mismos, fueron objeto de desprecio y suscitaron muchas carcajadas. Cuando Dionisio se enteró [3] de que sus versos habían sido menospreciados, cayó en un estado de extrema tristeza; su pena se fue acrecentando de día en día y la locura se apoderó de su espíritu; decía que todos sus amigos lo envidiaban y abrigaba la sospecha de que conspiraban contra él. Finalmente llegó a tal grado de tristeza y de demencia que hizo matar a muchos amigos con falsas acusaciones y mandó a otros muchos al exilio; entre estos últimos estuvieron Filisto y su propio hermano Leptines<sup>38</sup>, hombres de extraordinario valor que le habían prestado muchos servicios importantes en la [4] guerra. Éstos se refugiaron en Turios, en Italia, y fueron acogidos con una gran consideración por los italiotas; luego, a petición de Dionisio, se reconciliaron con él, regresaron a Siracusa<sup>39</sup> y recuperaron el favor del que antes disfrutaban; y Leptines se casó con la hija de Dionisio. Éstos fueron, pues, los hechos de aquel año.

*385-384 a. C. Fracaso de Evágoras en su regreso a Chipre. Orontes acusa a Tiribazo ante Artajerjes.*

[8] Cuando Dexiteo era arconte en Atenas, los romanos nombraron cónsules a Lucio Lucrecio y a Servio Sulpicio<sup>40</sup>. En este año, Evágoras, el rey de los salaminios, dejó Egipto y se dirigió a Chipre con el dinero proporcionado por Acoris, el rey de Egipto, en una cantidad inferior a la que había esperado. Encontró que Salamina estaba fuertemente asediada y que había sido abandonada por sus aliados, por lo que se vio obligado a parlamentar para poner fin a la [2] contienda. Tiribazo, que tenía el mando supremo de las fuerzas persas, dijo que aceptaba la reconciliación a condición de que Evágoras se retirara de todas las ciudades de Chipre y de que, permaneciendo como rey únicamente de Salamina, pagara cada año al rey de los persas el tributo fijado y le prestara obediencia como un esclavo a su amo. Aunque las condiciones eran [3] duras, Evágoras las aceptó todas a excepción de la de acatar las órdenes como un esclavo ante su amo; dijo que debía someterse como un rey bajo el imperio de otro rey. Tiribazo no estuvo de acuerdo y entonces el otro general, Orontes, celoso de la fama de Tiribazo, envió en secreto a Artajerjes una carta que inculpaba a Tiribazo. Lo acusaba, en primer lugar, de no [4] haber tomado Salamina pese a poder hacerlo, de haber recibido embajadas de Evágoras y de concertarse con él; de haber igualmente concluido una alianza por su cuenta con los lacedemonios y de ser su amigo, y de que había enviado asimismo a unos hombres a Pitón<sup>41</sup> a consultar al dios respecto a sus proyectos de rebelión, y, finalmente, lo que constituía la acusación más grave, de que mediante favores trataba de ganarse para su causa a los comandantes de las tropas, valiéndose de honores, regalos y promesas para ponerlos de su parte. Al leer la carta, el rey, dando crédito a las calumnias, escribió a Orontes [5] ordenándole que arrestara a Tiribazo y que se lo enviara. Orontes ejecutó la orden<sup>42</sup> y Tiribazo, conducido ante el rey, pidió ser sometido a un proceso, y por el momento fue llevado a prisión; luego el rey, ocupado en una guerra contra los cadusios<sup>43</sup>, suspendió los trámites del proceso y así se aplazó el juicio.

*Orontes acuerda la paz con Evágoras. La rebelión de Glos; alianzas con Acoris y con Esparta frente a Artajerjes.*

[9] Una vez que hubo asumido el mando de las fuerzas estacionadas en Chipre, Orontes, viendo que Evágoras, de nuevo lleno de confianza, oponía resistencia al asedio, mientras que sus propios soldados, descontentos por la detención de Tiribazo, caían en la indisciplina y descuidaban el bloqueo, en estas circunstancias, por temor a un repentino cambio de la situación, envió parlamentarios a Evágoras para tratar del fin de las hostilidades e invitarlo a concluir la paz en las mismas condiciones [2] que él había propuesto a Tiribazo. De este modo, pues, Evágoras, inesperadamente, pudo evitar la

toma de su ciudad y concluir la paz en los términos propuestos; es decir, sería rey de Salamina, pagaría cada año el tributo fijado y como un rey acataría las órdenes del Gran Rey. Así concluyó la guerra de Chipre, que había durado casi diez años, si bien la mayor parte de este período se empleó en los preparativos, mientras que las operaciones militares ininterrumpidas duraron en total tan sólo dos años<sup>44</sup>.

[3] Glos, el navarco de la flota, que estaba casado con la hija de Tiribazo, espantado ante la idea de ser considerado cómplice del proyecto de Tiribazo y ser castigado por el rey, decidió mirar por su seguridad con un nuevo plan de acción. Dado que contaba con abundancia de dinero y gran número de soldados, y se había ganado además a los trierarcos con su benevolencia, [4] decidió rebelarse contra el rey. Inmediatamente, pues, envió una embajada a Acoris, el rey de los egipcios, y concluyó con él una alianza contra el Rey. También escribió a los lacedemonios y los incitó asimismo contra el Rey<sup>45</sup>; prometió que les daría grandes sumas de dinero y les hizo otras importantes promesas, comprometiéndose a colaborar con ellos en Grecia y a ayudarlos a restablecer la hegemonía ancestral. Desde hacía [5] tiempo los espartiatas habían decidido reconquistar su hegemonía y entonces provocaban agitaciones en las ciudades y era evidente para todo el mundo que querían someterlas. Además, la mala reputación que pesaba sobre ellos, por el hecho de que se los consideraba culpables de haber entregado a los griegos de Asia en el pacto con el Rey<sup>46</sup>, hacía que se arrepintieran de su conducta y buscaban un pretexto plausible para entrar en guerra contra Artajerjes. Por esta razón estuvieron encantados de concluir la alianza con Glos.

### *Absolución de Tiribazo*

Una vez que hubo terminado la [10] guerra contra los cadusios, Artajerjes puso en marcha el proceso contra Tiribazo y designó tres jueces entre los más prestigiosos de Persia<sup>47</sup>. En esta misma época, otros jueces considerados culpables de haber pronunciado sentencias injustas fueron desollados vivos<sup>48</sup> y con sus pieles se recubrieron los asientos del tribunal que ocupaban los jueces al emitir sus veredictos, con lo que tenían ante sus ojos el ejemplo del castigo infligido a los que dictaban sentencias inicuas. Los acusadores leyeron la carta enviada por Orontes [2] y declararon que constituía una prueba de cargo suficiente; y Tiribazo, para desmentir la acusación calumniosa en relación a su conducta con Evágoras, dio lectura<sup>49</sup> al acuerdo concluido por Orontes y alegó que allí se decía que Evágoras como un rey acataría las órdenes del Gran Rey, mientras que él mismo quería estipular la paz con la condición de que Evágoras

obedeciera al Rey como un esclavo a su amo. En lo que respecta a los oráculos, dijo que el dios nunca daba respuestas sobre cuestiones relativas a la muerte de alguien<sup>50</sup> y en apoyo de esto invocó el testimonio de todos los griegos presentes. En cuanto a la amistad con los lacedemonios, adujo en su defensa que había entablado estas relaciones de amistad no para provecho propio, sino en interés del Rey, y expuso que, gracias a esta amistad, los griegos de Asia habían sido apartados de la hegemonía de los lacedemonios y puestos bajo la autoridad del Gran Rey<sup>51</sup>. Y como colofón de su defensa, recordó a los jueces los servicios que en el pasado había prestado al Rey.

[3] Se cuenta que Tiribazo refirió otros muchos servicios prestados al Rey, pero sobre todo uno importantísimo, que le había valido la admiración y la amistad íntima del monarca. Durante una cacería, dos leones se habían abalanzado sobre el Rey, que iba montado en un carro; ya habían despedazado dos caballos de la cuádriga e iban a acometer al propio Rey cuando apareció [4] Tiribazo, que mató los leones y salvó al Rey del peligro. Se cuenta asimismo que se distinguió por su extraordinario valor en las guerras y que tuvo tanto acierto en sus consejos que el Rey, cuando siguió sus indicaciones, nunca se equivocó. Con esta defensa Tiribazo fue absuelto de las acusaciones por decisión unánime de los jueces.

#### *Artajerjes y los jueces. Honor a Tiribazo e infamia sobre Orontes.*

El Rey convocó a los jueces de [11] uno en uno y preguntó a cada uno a partir de qué normas jurídicas había absuelto al acusado. El primero manifestó que a su juicio las acusaciones eran discutibles, mientras que los servicios eran incontestables; el segundo declaró que, aunque las acusaciones fueran fundadas, los servicios prestados superaban a la falta; el tercero, en fin, dijo que no tenía en cuenta los servicios prestados porque por ellos Tiribazo había sido recompensado por el Rey con favores y honores muy superiores, pero que, al examinar las acusaciones en sí mismas, el acusado no le parecía culpable. El Rey elogió a los jueces por [2] haber emitido una sentencia justa y confirió a Tiribazo los más altos y apreciados honores; en cuanto a Orontes, convicto de haber urdido falsas acusaciones, lo excluyó del número de sus amigos y lo cubrió de la máxima infamia. Ésta era entonces la situación en Asia.

#### *Los espartanos toman Mantinea*

En Grecia, los lacedemonios asediaban [12] Mantinea. Durante todo el verano, los mantineos siguieron oponiendo una valerosa resistencia al enemigo; se juzgaba que por su valor se distinguían entre los arcadios y por esta razón los lacedemonios en el pasado los habían tenido habitualmente a su lado en las batallas y los habían considerado los aliados más fieles<sup>52</sup>. Pero cuando sobrevino el invierno y las lluvias aumentaron el caudal del río que fluye junto a Mantinea, los lacedemonios bloquearon su curso con grandes diques y desviaron las aguas hacia la ciudad [2] inundando todo el territorio circundante<sup>53</sup>. Por esta razón los mantineos, espantados al advertir que sus casas se desmoronaban, se vieron obligados a entregar su ciudad a los lacedemonios. Éstos, una vez que se hubieron adueñado de la ciudad, no infligieron ningún otro daño a los mantineos, pero les ordenaron que fueran a instalarse en sus antiguos pueblos. Así pues, los mantineos fueron obligados a destruir su propia ciudad y a trasladarse a los pueblos<sup>54</sup>.

*Guerra entre ilirios, apoyados por Dionisio, y molosos, auxiliados por Esparta.  
Fundaciones de Faros y Liso. Construcciones de Dionisio en Siracusa.*

[13] Mientras ocurrían estos hechos, en Sicilia, Dionisio, el tirano de los siracusanos, decidió fundar ciudades en el Adriático. Hacía esto con la intención de controlar la navegación por el mar llamado Jonio<sup>55</sup>, a fin de asegurar la ruta hacia Epiro y disponer de ciudades propias donde pudieran fondear sus barcos. Proyectaba desembarcar por sorpresa en Epiro con importantes fuerzas y saquear el santuario de Delfos<sup>56</sup>, rebosante de riquezas. Por esto concluyó una alianza con [2] los ilirios por mediación del moloso Alcetas, que entonces estaba exiliado y vivía en Siracusa. Dado que los ilirios estaban en guerra, envió en su ayuda dos mil soldados y quinientas armaduras griegas completas. Los ilirios distribuyeron las armaduras entre sus mejores soldados e incorporaron a los soldados de Dionisio en sus propias filas. Después de haber reunido un ejército [3] considerable, penetraron en Epiro y restablecieron a Alcetas en el trono de los molosos. Primero devastaron el territorio sin encontrar ninguna resistencia, pero después, cuando los molosos les hicieron frente, se entabló una violenta batalla en la que los ilirios vencieron y mataron a más de quince mil molosos. Ante la noticia de aquel grave tropiezo de los epirotas, los lacedemonios enviaron a los molosos un ejército de socorro gracias al cual pudieron contener la extraordinaria audacia de los bárbaros.

Mientras ocurrían estos hechos, los parios, en cumplimiento [4] de un oráculo, enviaron una colonia al Adriático, donde se establecieron en la isla llamada Faros<sup>57</sup> con la colaboración del tirano Dionisio. Éste, unos años antes, había enviado una colonia al [5]



Adriático y había fundado la ciudad llamada Liso<sup>58</sup>. Partiendo de esta base, Dionisio [...] <sup>59</sup>. Luego aprovechó el tiempo de paz para construir arsenales con capacidad para doscientas trirremes y rodeó la ciudad de una muralla tan extensa que se convirtió en la ciudad griega con mayor recinto amurallado<sup>60</sup>. Construyó, asimismo, grandes gimnasios a lo largo del río Anapo y edificó templos en honor de los dioses y todas las demás construcciones que contribuían al crecimiento y fama de la ciudad.

*384-383 a. C. Enfrentamiento de griegos e ilirios en Faros. Expedición de Dionisio contra Etruria.*

[14] Transcurrido aquel año, Diótrefes<sup>61</sup> fue arconte en Atenas; en Roma fueron nombrados cónsules Lucio Valerio y Aulo Manlio<sup>62</sup>, y entre los eleos se celebró la Olimpiada nonagésimo novena, en la que Dicón de Siracusa obtuvo la victoria en la carrera del estadio. Este año los parios que habían colonizado Faros permitieron sin ninguna preocupación que los bárbaros que ya habitaban en la isla se establecieran en un lugar extraordinariamente fortificado, mientras que ellos levantaron su ciudad al borde del mar y la rodearon [2] con una muralla. Más tarde, sin embargo, los bárbaros que habitaban antes la isla encontraron insoportable la presencia de los griegos y llamaron a los ilirios que vivían en la costa de en frente; éstos, a bordo de una multitud de pequeñas embarcaciones y en un número de más de diez mil, pasaron a Faros, devastaron los bienes de los griegos y mataron a muchos. Pero el gobernador que Dionisio había establecido en Isa<sup>63</sup> atacó con numerosas trirremes las pequeñas embarcaciones de los ilirios, echó a pique algunas de ellas y apresó otras, mató a más de cinco mil bárbaros e hizo unos dos mil prisioneros.

Dionisio, necesitado de dinero, emprendió una expedición [3] contra Tirrenia con sesenta trirremes con el pretexto de acabar con la piratería; pero en realidad lo hizo para saquear un santuario lleno de innumerables ofrendas que se encontraba en el puerto de la ciudad tirrena de Agila; este puerto se llamaba Pirgos<sup>64</sup>. Arribó de noche e hizo desembarcar a su ejército, atacó [4] luego al despuntar el día y tuvo éxito en su empresa; la plaza estaba guardada por un pequeño número de defensores y, una vez que los hubo vencido, saqueó el santuario y reunió no menos de mil talentos. Al acudir los agileos en auxilio del santuario, los derrotó en una batalla y, tras capturar muchos prisioneros y devastar la región, regresó a Siracusa<sup>65</sup>. Con la venta del botín juntó al menos quinientos talentos, y con esta gran disponibilidad de dinero reclutó un gran número de mercenarios de diversas procedencias y, cuando hubo reunido un ejército considerable, se dispuso



abiertamente a emprender la guerra contra los cartagineses. Éstos fueron pues los acontecimientos de aquel año.

*383-382 a. C. Guerra entre Dionisio y Cartago, aliada de los italiotas. Victoria siracusana de Cabala.*

[15] Cuando en Atenas era arconte Fanóstrato, los romanos, en lugar de los cónsules, nombraron cuatro tribunos militares: Lucio Lucrecio, Sentio Sulpicio, Lucio Emilio y Lucio Furio<sup>66</sup>. Este año<sup>67</sup> Dionisio, el tirano de los siracusanos, ya preparado para emprender la guerra contra los cartagineses, buscaba un pretexto plausible para romper las hostilidades. Así pues, cuando vio que las ciudades sometidas a los cartagineses estaban dispuestas a la rebelión, puso bajo su protección a las que estaban decididas a sublevarse, concluyó una alianza con ellas y les dispensó un trato [2] muy favorable. Entonces los cartagineses, como primera medida, enviaron embajadores al déspota reclamándole las ciudades, pero él no les hizo ningún caso y esto determinó el comienzo de la guerra.

Los cartagineses concluyeron una alianza con los italiotas y, juntamente con ellos, emprendieron la guerra contra el tirano. Previendo acertadamente la larga duración de la guerra, reclutaron como soldados a los ciudadanos aptos para las armas y, con grandes sumas de dinero que habían reservado, alistaron numerosas fuerzas mercenarias. Entregaron el mando al rey<sup>68</sup> Magón y trasladaron muchas decenas de miles de soldados a Sicilia y a Italia, puesto que querían hacer la guerra en ambos frentes. Dionisio, por su parte, también dividió sus fuerzas en [3] dos contingentes, uno para combatir contra los italiotas y otro contra los púnicos<sup>69</sup>. Se entablaron muchas batallas con la participación de sólo una parte de las tropas y frecuentes escaramuzas sin ninguna consecuencia digna de mención; pero hubo también dos batallas campales importantes y famosas. En la primera, donde luchó admirablemente, Dionisio obtuvo la victoria en un lugar llamado Cabala<sup>70</sup>; mató a más de diez mil bárbaros, hizo por lo menos cinco mil prisioneros y obligó al resto de los enemigos a refugiarse en una colina bien defendida, pero absolutamente desprovista de agua; en este encuentro cayó el mismo rey Magón después de un brillante combate. Los púnicos, [4] abatidos por la magnitud del desastre, enviaron en seguida parlamentarios para tratar del fin de las hostilidades; y Dionisio declaró que sólo obtendrían la paz si se retiraban de las ciudades de Sicilia y le reembolsaban los gastos de la guerra.

*La alternancia de la Fortuna. Victoria cartaginesa de Cronio.*

[16] Esta respuesta pareció dura e insolente<sup>71</sup>, por lo que los cartagineses recurrieron a su habitual astucia para burlar a Dionisio. Fingiendo estar conformes con los términos del acuerdo, dijeron que no tenían autoridad para entregar las ciudades y, a fin de poder tratar el asunto con su gobierno, pidieron a Dionisio unos días de tregua. El déspota [2] los concedió y se estipuló el armisticio. Dionisio estaba contentísimo, convencido de que muy pronto estaría en su poder toda Sicilia. Entre tanto los cartagineses hicieron unos magníficos funerales al rey Magón y en su lugar nombraron general a su hijo, un hombre muy joven, pero dotado de un espíritu noble y de un valor extraordinario<sup>72</sup>. Éste empleó todo el tiempo de la tregua en instruir y adiestrar a las tropas y, con continuas maniobras, palabras de aliento y ejercicios de armas, logró un [3] ejército disciplinado y capaz. Una vez que hubo expirado el período del armisticio, los dos ejércitos desplegaron sus tropas y entablaron el combate con entusiasmo. Tuvo lugar una violenta batalla campal cerca de un lugar llamado Cronio<sup>73</sup>, donde la divinidad<sup>74</sup>, en una alternancia, enmendó la precedente derrota de los cartagineses con esta victoria. En efecto, los primeros vencedores, engreídos por su anterior éxito, sufrieron un fracaso imprevisto, mientras que los otros, que habían caído en la desesperanza a causa de la derrota, obtuvieron una victoria tan importante como inesperada.

*Muerte de Leptines y debacle del ejército de Dionisio, obligado a pactar con los cartagineses.*

Leptines, que estaba al frente del [17] ala izquierda y era un hombre de extraordinario valor, encontró una muerte gloriosa combatiendo heroicamente y matando a muchos cartagineses<sup>75</sup>. Su desaparición dio ánimos a los púnicos, que presionaron con gran fuerza a sus adversarios y los [2] pusieron en fuga. Al principio, Dionisio, que tenía consigo las tropas de élite, llevaba ventaja sobre los enemigos que tenía enfrente; pero, cuando se supo la muerte de Leptines y el ala izquierda fue derrotada, los hombres de Dionisio fueron presa del terror y se dieron a la fuga. Una vez que la derrota fue general, [3] los cartagineses se lanzaron a la persecución con todo ardor, exhortándose unos a otros a no perdonar la vida a ningún enemigo, por lo que todos los que fueron alcanzados encontraron la muerte [4] y toda la zona circundante quedó cubierta de cadáveres. Fue tan grande la matanza por el deseo de venganza de los púnicos que cayeron más de catorce mil siciliotas. Los supervivientes se refugiaron en su campamento, y se salvaron

gracias a la llegada de la noche. Los cartagineses, después de la victoria en aquella [5] gran batalla campal, se retiraron a Panormo. Comportándose humanamente<sup>76</sup> en medio de su éxito, enviaron embajadores a Dionisio para ofrecerle la posibilidad de poner fin a la guerra. El tirano aceptó gustosamente sus propuestas y se estipuló un acuerdo según el cual las dos partes conservarían sus posesiones precedentes, a excepción de la ciudad y el territorio de Selinunte y del territorio de Acragante hasta el río llamado Hállico<sup>77</sup>, que pasaron a los cartagineses. Además, Dionisio pagó mil talentos a los cartagineses. Ésta era entonces la situación en Sicilia.

*Muerte de Glos. Fundación de Leuce y estratagema de los clazomenios.*

[18] En Asia, Glos, el navarco de la flota persa durante la guerra de Chipre, que se había rebelado contra el Rey y había incitado a los lacedemonios y a los egipcios a emprender la guerra contra los persas<sup>78</sup>, fue asesinado por unos traidores y no pudo llevar a cabo su plan. Después de su muerte, Taco<sup>79</sup>, su sucesor en aquella empresa, se rodeó de un ejército y fundó cerca del mar, en un lugar abrupto, una ciudad llamada Leuce, donde había un santuario consagrado a Apolo. Poco tiempo después [2] murió Taco y los clazomenios y los cimeos se disputaron aquella ciudad<sup>80</sup>. Al principio las dos ciudades trataron de resolver el litigio con una guerra, pero después alguien propuso preguntar al dios cuál de las dos ciudades, a su juicio, debía ser señora de Leuce; y la Pitia decidió que lo debía ser la que ofreciera primero un sacrificio en Leuce; cada delegación partiría de su propia ciudad a la salida del sol el día establecido por ambas partes de común acuerdo. Fijado el día, los cimeos [3] pensaron que ganarían debido a que su ciudad estaba más cerca, pero los clazomenios, que se encontraban a mayor distancia, idearon la siguiente estratagema para obtener la victoria: designaron por sorteo entre ellos a unos colonos y fundaron una ciudad cercana a Leuce, desde donde partieron a la salida del sol, con lo que consiguieron realizar el sacrificio antes que los cimeos. Convertidos en señores de Leuce con esta estratagema, [4] decidieron instituir una fiesta anual que con su nombre recordara aquella astucia y la llamaron Proftasia<sup>81</sup>. Después de estos hechos, las rebeliones en Asia llegaron espontáneamente a su fin.

*Conflicto entre Amintas de Macedonia y Olinto. Política intervencionista de Esparta.  
Diferencias entre Agesípolis y Agesilao.*

[19] Después de la muerte de Glos y de Taco, los lacedemonios renunciaron a su injerencia en Asia, pero organizaron la política de Grecia de acuerdo con sus intereses; ganándose a algunas ciudades por persuasión y valiéndose del regreso de los exiliados para apoderarse de otras por la fuerza, trataban ya abiertamente de establecer su hegemonía en Grecia, contraviniendo los acuerdos de la paz general, la estipulada por Antálcidas con la intervención [2] del Rey de Persia<sup>82</sup>. En Macedonia, el rey Amintas, derrotado por los ilirios, había renunciado al poder y, además, como consecuencia a la renuncia de su soberanía, había dado al pueblo de Olinto una gran parte de la zona limítrofe<sup>83</sup>. Al principio el pueblo de Olinto había disfrutado de las rentas del territorio recibido, pero después el rey, que inesperadamente se había rehecho y había recuperado todo su poder, pidió la restitución de aquella región y los [3] olintios no se mostraron dispuestos a devolverla. Ante esta negativa, Amintas reclutó un ejército propio y, aliándose con los lacedemonios, los persuadió a que le enviaran un general y un ejército considerable para marchar contra los olintios<sup>84</sup>. Los lacedemonios, decididos a extender su influencia en las regiones de Tracia, reclutaron, entre sus ciudadanos y sus aliados, un contingente cuyo número total superaba los diez mil hombres<sup>85</sup>. Entregaron el mando al espartiata Fébidas, con la orden de ayudar a Amintas y de hacer la guerra a su lado contra los olintios. Enviaron luego otro ejército contra los olintios y, después de vencerlos en una batalla, obligaron a los olintios a someterse a la autoridad de los lacedemonios.

En aquel tiempo los reyes de los lacedemonios estaban en [4] desacuerdo respecto a la política a seguir. Agesípolis, un hombre justo y amigo de la paz, dotado además de una extraordinaria inteligencia, sostenía que debían permanecer fieles a sus juramentos y no esclavizar a los griegos, violando los acuerdos de la paz general. Opinaba que Esparta tenía una mala reputación porque había puesto en manos de los persas a los griegos de Asia y porque trataba de tener bajo su control las ciudades de Grecia, a pesar de haber jurado en los acuerdos de paz general que respetaría su autonomía. Por el contrario, Agesilao, que por naturaleza era un hombre de acción, amaba la guerra y aspiraba a ejercer el dominio sobre los griegos<sup>86</sup>.

*382-381 a. C. El espartiata Fébidas somete a los tebanos. Eudámidas marcha contra Olinto.*

Cuando Evandro era arconte en [20] Atenas, los romanos, en lugar de cónsules, designaron seis tribunos militares: Quinto Sulpicio, Gayo Fabio, Quinto Servilio, Publio

Cornelio<sup>87</sup>. Este año los lacedemonios ocuparon la Cadmea de Tebas<sup>88</sup> por los siguientes motivos. Viendo que Beocia tenía un gran número de ciudades y que la habitaban hombres de un valor excepcional, y que Tebas además gozaba de una antigua fama y era, por así decir, la acrópolis de Beocia<sup>89</sup>, temían que, si se le presentaba la ocasión oportuna, pudiera [2] disputarles la hegemonía<sup>90</sup>. Por esta razón los espartiatas ordenaron en secreto a sus generales que se apoderaran de la Cadmea si se les presentaba la ocasión. En cumplimiento de esta orden, se apoderó de la Cadmea el espartiatas Fébidas, que había recibido el mando y conducía un ejército contra los olintios<sup>91</sup>. Ante la reacción de los tebanos<sup>92</sup>, que indignados acudieron a las armas, Fébidas entabló batalla contra ellos y, una vez que los hubo vencido, envió al exilio a trescientos de los más eminentes tebanos, aterrorizó a los restantes y estableció allí una fuerte guarnición, después de lo cual partió para cumplir su misión. Los lacedemonios, que, debido a esta acción, se habían granjeado una mala fama entre los griegos, condenaron a Fébidas al pago de una multa, pero no retiraron la guarnición de Tebas<sup>93</sup>. De este modo, pues, los tebanos perdieron su autonomía [3] y se vieron obligados a someterse a los lacedemonios. Los olintios continuaban la guerra contra Amintas, el rey de Macedonia, y los lacedemonios depusieron a Fébidas de su mando y nombraron general a Eudámidas, hermano de Fébidas<sup>94</sup>; le dieron tres mil hoplitas y le enviaron a proseguir la guerra contra los olintios.

### *Derrota espartana frente a Olinto y muerte de Teleutias*

Eudámidas penetró en el territorio [21] de los olintios y prosiguió la guerra contra ellos conjuntamente con Amintas<sup>95</sup>. Entonces, los olintios, que habían reunido un ejército considerable, al tener más soldados que el enemigo, llevaban ventaja en el campo de batalla; pero luego los lacedemonios prepararon, asimismo, un ejército considerable y lo pusieron al mando de Teleutias<sup>96</sup>. Éste era hermano del rey Agesilao y por su valor era admirado por sus conciudadanos. Partió, pues, del Peloponeso [2] con su ejército y, cuando llegó a las cercanías de Olinto, tomó consigo a los soldados de Eudámidas. Estando ya en condiciones de combatir, comenzó por saquear el territorio de los olintios y, tras reunir un inmenso botín, lo distribuyó entre los soldados; después, cuando los olintios, con todas sus fuerzas y con el refuerzo de sus aliados, se le enfrentaron, entabló batalla. Al principio, el combate estuvo igualado y acabaron separándose; pero después tuvo lugar una violenta batalla, en la que murió el mismo Teleutias<sup>97</sup> después de luchar valerosamente y encontraron también la muerte más de mil doscientos lacedemonios.

Tras [3] aquel éxito tan notable de los olintios, los lacedemonios, queriendo reparar la derrota sufrida, se prepararon para enviar fuerzas más importantes, pero los olintios, pensando que los espartiatas volverían con fuerzas más numerosas y que la guerra sería larga, hicieron considerables provisiones de víveres y se procuraron más soldados entre sus aliados.

### *381-380 a. C. Esparta envía a Agesípolis contra Olinto*

[22] Cuando Demófilo era arconte en Atenas, los romanos, en lugar de los cónsules, nombraron tribunos militares a Publio Cornelio, Lucio Verginio, Lucio Papirio, Marco Furio, Valerio, [2] Aulo Manlio y Lucio<sup>98</sup> Postumio<sup>99</sup>. Aquel año los lacedemonios dieron el mando al rey Agesípolis<sup>100</sup> y, confiándole un ejército considerable, votaron la guerra contra los olintios. Una vez llegado al territorio de Olinto, Agesípolis asumió el mando de los soldados que ya se encontraban en el campamento allí establecido y continuó la guerra contra los habitantes de aquella región. Los olintios no libraron ninguna batalla importante durante aquel año; se contentaron todo el tiempo con escaramuzas y breves encuentros, atemorizados por el ejército del rey.

### *380-379 a. C. Muerte de Agesípolis. Polibíadas conquista Olinto. Hegemonía de Esparta.*

Transcurrido aquel año, en Atenas [23] fue arconte Piteas y en Roma, en lugar de cónsules, fueron nombrados seis tribunos militares: Tito Quintio, Lucio Servilio, Lucio Julio, Aquilio, Lucio Lucrecio y Servio Sulpicio<sup>101</sup>, y entre los eleos se celebró la centésima Olimpiada, en la que el tarentino Dionisodoro obtuvo la victoria en la carrera del estadio. Este año Agesípolis, el [2] rey de los lacedemonios, murió de enfermedad después de un reinado de catorce años; le sucedió en el poder su hermano Cleómbroto, que reinó nueve años<sup>102</sup>. Los lacedemonios nombraron general a Polibíadas y lo enviaron a proseguir la guerra contra los olintios. Después de tomar el mando de las tropas, [3] dirigió la guerra con energía y habilidad y sus logros fueron numerosos. Después de obtener éxitos cada vez mayores y de vencer en diversas batallas, sometió a los olintios a un asedio; y finalmente, mediante el terror, obligó a los enemigos a rendirse a los lacedemonios<sup>103</sup>. Una vez que los olintios estuvieron inscritos entre los aliados de

los espartiatas, otras muchas ciudades se afanaron por quedar incluidas en la lista de las que aceptaban la hegemonía lacedemonia. Por esta razón, en aquel período los lacedemonios alcanzaron el cenit de su potencia y tuvieron la hegemonía de Grecia tanto por tierra como por mar<sup>104</sup>. En efecto, [4] los tebanos estaban controlados por una guarnición, los corintios y los argivos todavía no se habían recuperado de las guerras precedentes, y los atenienses se habían granjeado una mala reputación entre los griegos por haber instalado cleruquías<sup>105</sup> en los pueblos sometidos; los lacedemonios, por el contrario, habían puesto gran interés en tener una población numerosa<sup>106</sup> y en adiestrarla en el uso de las armas, e infundían temor [5] a todo el mundo por la potencia de su hegemonía. Por eso los más grandes soberanos de entonces, es decir, el rey de Persia y Dionisio, el señor de Sicilia, respetaban la hegemonía de los espartiatas y procuraban aliarse con ellos<sup>107</sup>.

*379-378 a. C. Los cartagineses restablecen a los hiponiatas. Peste en Cartago.  
Sublevación de los libios y Cerdeña.*

Cuando Nicón era arconte en Atenas, [24] los romanos, en lugar de cónsules, designaron seis tribunos militares: Lucio Papirio, Gayo Servilio, Lucio Quintio, Lucio Cornelio, Lucio Valerio y Aulo Manlio<sup>108</sup>. Aquel año los cartagineses hicieron una expedición a Italia, donde restablecieron en su ciudad a los hiponiatas, que habían sido expulsados de su patria<sup>109</sup>; reunieron a todos los exiliados y tuvieron gran cuidado de sus intereses. Después de estos hechos, una epidemia de peste sobrevino a los [2] habitantes de Cartago<sup>110</sup>; la enfermedad se extendió extraordinariamente, de modo que muchos cartagineses perecieron y Cartago corrió el riesgo de perder su hegemonía. En efecto, los libios, menospreciándolos, se sublevaron e hicieron lo mismo los habitantes de Cerdeña<sup>111</sup>, pensando que era la ocasión propicia para enfrentarse a los cartagineses; los dos pueblos se rebelaron e hicieron causa común contra el enemigo cartaginés. Por [3] el mismo tiempo, una calamidad enviada por la divinidad se abatió sobre Cartago. La ciudad fue presa de continuos tumultos, miedos y situaciones de pánico inexplicables; muchos hombres salían a toda prisa de su casa empuñando las armas como si los enemigos hubieran hecho irrupción en la ciudad, y combatían unos con otros imaginando que se enfrentaban al enemigo matándose e hiriéndose entre ellos<sup>112</sup>. Finalmente, después de aplacar a la divinidad con sacrificios y liberarse a duras penas de aquellas desgracias, en poco tiempo derrotaron a los libios y reconquistaron la isla de Cerdeña.



*378-377 a. C. Tebas se subleva contra la guarnición espartana y pide ayuda a Atenas.*

[25] Cuando Nausinico era arconte en Atenas, los romanos, en lugar de cónsules, designaron cuatro tribunos militares: Marco Cornelio, Quinto Servilio, Marco Furio y Lucio Quintio<sup>113</sup>. Aquel año, la llamada guerra beocia estalló entre los lacedemonios y los beocios por los siguientes motivos. Los lacedemonios mantenían ilegalmente una guarnición en la Cadmea y habían enviado al exilio a muchos ciudadanos distinguidos; esos exiliados se reunieron y, con la ayuda de los atenienses, regresaron de noche a su patria. Comenzaron por matar en sus casas a los partidarios de los lacedemonios, a [2] quienes sorprendieron en medio del sueño; luego exhortaron a sus conciudadanos a recuperar la libertad y obtuvieron el apoyo de todos los tebanos<sup>114</sup>. Rápidamente todo el pueblo acudió empuñando las armas y al amanecer emprendieron el asedio de la Cadmea. Los lacedemonios que defendían la acrópolis, no menos [3] de mil quinientos hombres comprendidos los aliados, enviaron mensajeros a Esparta para comunicar la sublevación de los tebanos y pedir el envío de refuerzos lo más pronto posible; entre tanto, ellos, desde su posición elevada, se defendían matando a muchos asaltantes e hiriendo a un buen número. Por su [4] parte los tebanos, que preveían la llegada de un gran ejército desde Grecia para ayudar a los lacedemonios, enviaron embajadores a Atenas; recordaban al pueblo ateniense que también ellos los habían ayudado a restaurar su democracia cuando estaban sometidos por los Treinta Tiranos<sup>115</sup>, y pedían que acudieran en su auxilio con todas sus fuerzas y los ayudaran a tomar la Cadmea antes de la llegada de los lacedemonios.

*Atenas envía a Demofonte en apoyo de los tebanos*

El pueblo ateniense, una vez que [26] hubo escuchado a los embajadores, decretó el envío inmediato del ejército más numeroso posible para liberar Tebas<sup>116</sup>, no sólo para corresponder al beneficio recibido, sino también por el deseo de atraer a su causa a los beocios y de tener en ellos unos aliados poderosos para enfrentarse a la supremacía de los lacedemonios; este pueblo, en efecto, no parecía inferior a ningún otro pueblo de Grecia por el [2] número de sus hombres y por su valor en la guerra. Finalmente fue nombrado estratega Demofonte<sup>117</sup>, que, después de reclutar inmediatamente cinco mil hoplitas y quinientos soldados de caballería, partió de la ciudad con su ejército al amanecer del día siguiente y avanzó a toda prisa tratando de anticiparse a los lacedemonios; no obstante, el pueblo ateniense siguió preparándose para intervenir en



Beocia con todas sus fuerzas si era necesario. [3] Demofonte marchó campo a través y se presentó de improviso a los tebanos; y acudieron igualmente muchos soldados de otras [4] ciudades de Beocia, con lo que muy pronto se reunió un gran ejército en apoyo de los tebanos. Se concentraron allí al menos doce mil hoplitas y más de dos mil hombres de caballería. Dado que todos estaban dispuestos al asedio con entusiasmo, dividieron sus fuerzas en varios cuerpos que se lanzaban en asaltos sucesivos, manteniendo los ataques de día y de noche, sin interrupción.

*Atenas envía a Demofonte en apoyo de los tebanos.*

[27] Los soldados de la guarnición de la Cadmea, exhortados por sus comandantes, resistieron valerosamente a los enemigos, esperando que pronto llegarían los lacedemonios con un gran ejército. Mientras tuvieron víveres suficientes, se mantuvieron firmes ante los ataques y mataron e hirieron a muchos asaltantes, ayudados por las buenas defensas de la acrópolis; pero, al agravarse la escasez de las provisiones necesarias y demorarse los lacedemonios en los preparativos, [2] empezaron a surgir disensiones entre ellos. Los lacedemonios pensaban que se debía resistir hasta la muerte, pero los soldados enviados por las ciudades aliadas, mucho más numerosos, opinaron que había que entregar la Cadmea; así los soldados de Esparta, al ser pocos, también se vieron obligados a abandonar la acrópolis con los demás. De esta forma, pues, capitularon, obteniendo el permiso de marchar libremente, y regresaron al Peloponeso. Entre tanto, los lacedemonios que avanzaban hacia [3] Tebas con fuerzas considerables y que no llegaron a tiempo por poco, no obtuvieron ningún resultado en su empresa. Sometieron a juicio a los tres<sup>118</sup> comandantes de la guarnición y a dos los condenaron a muerte, mientras que al tercero le impusieron una multa tan ingente que su hacienda no era suficiente para pagar [4] tanto dinero. Después de estos hechos, los atenienses regresaron a su patria, y los tebanos fueron a sitiar Tespias, pero su tentativa no obtuvo ningún resultado.

Mientras tenían lugar estos acontecimientos, los romanos enviaron a Cerdeña quinientos colonos, a los que concedieron la exención de impuestos<sup>119</sup>.

*377-376 a. C. Preparación de la segunda liga naval ateniense.*

Cuando Calias era arconte en Atenas<sup>120</sup>, [28] los romanos, en lugar de cónsules,

designaron cuatro tribunos militares: Lucio Papirio, Marco Publio, Tito Cornelio y Quinto Lucio<sup>121</sup>. Aquel año los beocios, animados por el fracaso de los lacedemonios en Tebas, se coaligaron concluyendo una alianza general y reunieron un ejército considerable, previendo que los lacedemonios llegarían [2] a Beocia con fuerzas extraordinarias. Por su parte, los atenienses enviaron embajadas compuestas por sus ciudadanos más eminentes a todas las ciudades sometidas a los lacedemonios, invitándolas a sostener la causa de la libertad común. Los lacedemonios, en efecto, confiados en su potencia excepcional, ejercían sobre los pueblos sometidos un dominio arrogante y pesado, por lo que entre los que estaban bajo el yugo de Esparta eran muchos los que se inclinaban del lado de los atenienses<sup>122</sup>. [3] Los primeros que se adhirieron a la rebelión fueron los quiotas y los bizantinos; después los siguieron los rodios, los mitileneos<sup>123</sup> y otros pueblos insulares; el movimiento se extendió cada vez más entre los griegos y muchas ciudades se alinearon al lado de los atenienses. El pueblo ateniense, animado por disposición favorable de los aliados, instituyó un consejo federal de todos los aliados y se nombraron representantes de cada una de las ciudades<sup>124</sup>. [4] Se decidió de común acuerdo que la sede del consejo estuviera en Atenas, que todas las ciudades, grandes y pequeñas, tuvieran indistintamente un solo voto y que fueran todas autónomas, pero reconocieran la hegemonía de los atenienses<sup>125</sup>. Los lacedemonios, viendo que el movimiento de revuelta general<sup>126</sup> era incontenible, ponían todo su empeño en apaciguar la hostilidad de los pueblos mediante misiones diplomáticas, palabras amistosas y también con promesas de beneficios. Asimismo, dedicaban [5] gran atención a los preparativos de guerra, convencidos de que la guerra beocia sería larga y dura, ya que los tebanos tenían como aliados a los atenienses y a los otros griegos miembros del consejo federal<sup>127</sup>.

*Enfrentamiento entre Persia y Egipto e intervención de Cabrias. Ataque al Pireo y ruptura de la paz de Antálcidas. Se constituye la segunda liga ateniense.*

Mientras tenían lugar estos hechos, [29] Acoris, el rey de los egipcios, enfrentado al rey de Persia, reunió un considerable ejército de mercenarios; gracias a las elevadas soldadas que ofrecía a quienes se alistaban y a las continuas atenciones que dispensaba, rápidamente tuvo a su servicio un gran número de griegos dispuestos a participar en la expedición que proyectaba<sup>128</sup>. Al no disponer de un general apropiado para [2] la empresa, envió a buscar al ateniense Cabrias, un hombre excepcional por su inteligencia y su capacidad estratégica, que se había granjeado una gran fama por su valor. Éste aceptó el mando sin pedir la autorización del pueblo, se hizo cargo de las fuerzas egipcias

y se puso a preparar con mucho empeño la [3] guerra contra los persas<sup>129</sup>. Entre tanto Tarnabazo, a quien el Rey había nombrado general del ejército persa, hizo grandes preparativos de materiales útiles para la guerra. Envío, asimismo, embajadores a los atenienses acusando a Cabrias de que, al haber asumido el mando de los egipcios, había apartado al pueblo de la benevolencia del Rey, y pidiendo además que le dieran [4] a Ificrates como general. Los atenienses, deseosos de ganarse la benevolencia del rey de Persia y de conciliarse con Farnabazo, hicieron venir inmediatamente a Cabrias de Egipto y enviaron a Ificrates a combatir al lado de los persas en calidad de general.

[5] Entre los lacedemonios y los atenienses, estaba hasta aquel tiempo<sup>130</sup> aún vigente la paz concluida precedentemente de acuerdo con el tratado<sup>131</sup>. Pero entonces el espartiatas Esfodríades<sup>132</sup>, que había recibido el mando y tenía un carácter altivo e imprudente, se dejó persuadir por el rey de los lacedemonios, Cleómbroto, a apoderarse del Pireo sin pedir la autorización de [6] los éforos. Esfodríades, con más de diez mil soldados, intentó apoderarse del Pireo de noche, pero fue descubierto por los atenienses, lo que hizo fracasar su tentativa, y regresó sin haber conseguido nada. Se le acusó ante el consejo de los espartiatas, pero, gracias al apoyo de los reyes, fue absuelto injustamente<sup>133</sup>. Por esta razón los atenienses, indignados por lo ocurrido, decretaron [7] que los lacedemonios habían violado el tratado de paz; decidieron entrar en guerra contra ellos y eligieron como estrategos a tres de los ciudadanos más ilustres: Timoteo<sup>134</sup>, Cabrias y Calístrato<sup>135</sup>. Votaron una leva de veinte mil hoplitas y de quinientos soldados de caballería y el equipamiento de doscientas naves. Además, admitieron a los tebanos en el consejo federal en pie de igualdad con todos los demás miembros<sup>136</sup>. Decretaron, [8] asimismo, la restitución de las tierras transformadas en cleruquías a sus antiguos propietarios y promulgaron una ley que prohibía a los atenienses el cultivo de tierras fuera del Ática. Con este acto magnánimo se ganaron la simpatía de los griegos y reforzaron su hegemonía<sup>137</sup>.

*Adhesiones a la liga ateniense. Apoyo de Eubea, a excepción de Histiea. Intervención de Esparta contra la tiranía de Neógenes. Expedición de Cabrias.*

[30] Así pues, otras muchas ciudades fueron inducidas por los motivos expuestos a inclinarse del lado de los atenienses, y las primeras en entrar en la liga y las más entusiastas fueron las ciudades de Eubea<sup>138</sup>, a excepción de Hestiea; ésta, que había recibido grandes beneficios de los lacedemonios y, por el contrario, había sido objeto de una guerra terrible<sup>139</sup> por parte de los atenienses, tenía buenas razones para alimentar un

odio implacable hacia los atenienses y para [2] guardar una fidelidad inalterable hacia los espartiatas. Y pese a ello fueron setenta ciudades<sup>140</sup> las que se adhirieron a la liga ateniense y participaron en el consejo federal en pie de igualdad. Por esta razón, al crecer cada vez más la potencia de los atenienses y disminuir la de los lacedemonios, llegó un día en que la fuerza de las dos ciudades se igualó. Los atenienses, viendo que las cosas marchaban de acuerdo con sus planes, enviaron un ejército a Eubea para proteger a sus aliados y [3] combatir a sus adversarios. Algún tiempo antes, en Eubea, un cierto Neógenes<sup>141</sup>, después de haber reclutado soldados con la ayuda de Jasón de Feras<sup>142</sup>, se había apoderado de la acrópolis de los hestieos<sup>143</sup> y se había proclamado tirano de aquel territorio y de la ciudad de los oropios<sup>144</sup>. Dado que gobernaba con violencia y prepotencia, los lacedemonios enviaron contra él a Terípides<sup>145</sup>.

Éste, al principio, intentó persuadir al tirano mediante negociaciones [4] para que abandonara la acrópolis, pero, ante la negativa de aquél, exhortó a los habitantes del lugar a luchar por su libertad, tomó la plaza y devolvió la libertad a los oropios<sup>146</sup>; por esta causa los habitantes de la región conocida como de los hestieos mantenían buenas relaciones con los espartiatas y les profesaban una amistad inquebrantable. Cabrias, que estaba al [5] mando del ejército enviado por los atenienses, devastó Hestiótide<sup>147</sup> y, después de fortificar una población llamada Metrópolis<sup>148</sup>, que estaba situada en una altura con buenas defensas naturales, dejó allí una guarnición; y él partió rumbo a las islas Cícladas, donde se ganó el apoyo de Peparetos, Escíatos<sup>149</sup> y de algunas otras islas sometidas a los lacedemonios.

### *Esparta se organiza para la guerra y confía el mando a Agesilao.*

[31] Los lacedemonios, viendo que el movimiento secesionista de los aliados era irrefrenable, abandonaron su dureza de antes y adoptaron una actitud más humana respecto a las ciudades. Con este trato y con los beneficios dispensados acrecentaron la buena disposición hacia ellos de todos los aliados. Constatando asimismo que la guerra se agravaba y que exigía un gran empeño, se ocuparon con afán de los demás preparativos y dedicaron una especial atención a la organización de su ejército y a la distribución de tropas y servicios. [2] Dividieron las ciudades y tropas alistadas para la guerra en diez sectores. Los lacedemonios formaban el primer sector, los arcadios el segundo y el tercero, los eleos el cuarto, los aqueos el quinto; el sexto lo constituían los corintios y los megareos, el séptimo los sicionios, los fliasios y los habitantes de la llamada Acte<sup>150</sup>; el octavo los acarnanios, el noveno los focenses y los locros, y el último los olintios y los

aliados de Tracia. Se contaba un hoplita como dos soldados armados a la ligera, y un soldado de caballería equivalía a cuatro hoplitas<sup>151</sup>. Tal era la organización [3] del ejército y al mando del mismo estaba el rey Agesilao, que era famoso por su valor y por su talento estratégico y había sido prácticamente invencible en ocasiones anteriores. En todas las demás guerras había suscitado la admiración, pero sobre todo con motivo de la que los lacedemonios combatieron contra los persas, porque, después de haber vencido en una batalla campal a un ejército mucho más numeroso<sup>152</sup>, como dueño del territorio, había recorrido una gran parte de Asia y, finalmente, si los espartiatas no le hubieran llamado por razones políticas, habría probablemente puesto en grave peligro a todo el imperio persa. Era, en efecto, un hombre de acción que conjugaba la inteligencia [4] con la audacia en peligrosas situaciones. Por esto los espartiatas en aquellas circunstancias, considerando que ante una guerra tan importante se necesitaba un jefe de gran prestigio, le confiaron el mando supremo de todas las operaciones.

*Agesilao invade Beocia y devasta el territorio.*

Agesilao marchó al frente de su [32] ejército y penetró en Beocia<sup>153</sup> con más de dieciocho mil soldados en total, comprendidos los cinco batallones de los lacedemonios; y un batallón<sup>154</sup> está compuesto por quinientos hombres. La compañía que los espartiatas llaman «de los esciritas» no se alinea confundida con las otras, sino que tiene una posición propia<sup>155</sup>, al lado del rey, y acude en auxilio, cada vez que es necesario, de los sectores que se encuentran en dificultad; al estar formada por soldados de élite, tiene un papel decisivo en las batallas y en la mayor parte de los casos determina la victoria. Agesilao tenía asimismo consigo mil quinientos hombres de caballería. Así pues llegó a la ciudad de Tespias<sup>156</sup>, [2] defendida por los lacedemonios, acampó cerca de ella y durante algunos días hizo descansar a sus soldados de las fatigas de la marcha. Los atenienses, al enterarse de la presencia de los lacedemonios en Beocia, acudieron inmediatamente en auxilio de Tebas con cinco mil infantes y doscientos hombres [3] de caballería. Una vez que estas fuerzas se hubieron encontrado en un mismo lugar, los tebanos tomaron posiciones en una altura de forma alargada situada a veinte estadios de la ciudad y, contando como defensa con la aspereza del terreno, se pusieron a esperar el ataque del enemigo; espantados, en efecto, por la [4] fama de Agesilao, no se atrevían a afrontar el peligro en la llanura, en pie de igualdad. Agesilao condujo su ejército en orden de batalla contra los beocios y, cuando estuvo cerca del enemigo, envió primero al ataque a las tropas ligeras a fin de comprobar cómo se comportaban en el combate sus

adversarios. Los tebanos rechazaron este ataque fácilmente desde sus posiciones elevadas, y entonces Agesilao hizo marchar contra ellos todo el grueso de su ejército con una disposición que infundía terror. Entonces el ateniense Cabrias<sup>157</sup>, que estaba al frente de los [5] mercenarios, ordenó a los soldados que recibieran al enemigo con desprecio y que permanecieran firmes en su puesto, con los escudos apoyados contra sus rodillas y las lanzas tensas apuntando al adversario. Obedecieron la orden como un solo hombre [6] y Agesilao, admirado de la disciplina de los enemigos y de su actitud de desprecio, no juzgó conveniente forzar el combate contra una posición elevada y obligar al adversario a demostrar su valor en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo; al haber experimentado que, si se veían obligados, lucharían por la victoria, trató de provocarlos para que combatieran en la llanura. Pero, dado que los tebanos no descendieron, retiró su falange de infantería y, lanzando la caballería y las unidades ligeras, devastó la región sin ningún impedimento y capturó un inmenso botín.

*Agesilao se retira sin tentar a la fortuna. Talento militar de Cabrias. Infructuoso ataque tebano a Tespias. Muerte heroica de Fébidas.*

Tanto los consejeros espartiatas [33] que acompañaban a Agesilao como sus oficiales estaban asombrados de que Agesilao, que era considerado un hombre de acción y tenía un ejército más numeroso y más potente, no hubiera entablado combate con el enemigo. A ello Agesilao les contestó que por el momento los lacedemonios habían vencido sin correr ningún riesgo, porque los beocios, cuando su territorio era devastado, no se habían atrevido a acudir en su defensa; pero si, una vez que los mismos enemigos le habían concedido la victoria, los hubiera forzado a afrontar el trance de un combate, pudiera haber ocurrido que los lacedemonios, debido a los caprichos de la Fortuna, hubieran sufrido un fracaso en el campo de batalla<sup>158</sup>. Entonces, con [2] aquella respuesta, pareció que se trataba de una conjetura razonable de lo que podía ocurrir; pero más tarde, a la luz de los acontecimientos, se pensó que lo que había manifestado no era una simple reflexión humana, sino un oráculo de inspiración divina. En efecto, cuando los lacedemonios marcharon contra los tebanos con un gran ejército y los obligaron a combatir en [3] defensa de su libertad, se vieron abrumados por terribles desgracias. Derrotados primero en Leuctra<sup>159</sup>, perdieron un gran número de ciudadanos, entre los cuales también cayó su rey Cleómbroto; y a continuación, cuando combatieron en Mantinea<sup>160</sup>, sufrieron un desastre total y perdieron sin remedio la hegemonía. La Fortuna, en efecto, es diestra en abatir a los soberbios cuando menos lo esperan y en enseñarles a no esperar nada en exceso<sup>161</sup>. En todo caso, Agesilao se contentó

sabiamente con su primer éxito y así pudo mantener intacto a su [4] ejército. Después, Agesilao regresó al Peloponeso con su ejército. Los tebanos, que debían su salvación a la habilidad táctica de Cabrias, admiraron la inteligencia de su stratagema. Y Cabrias, aunque había llevado a cabo muchas acciones gloriosas en la guerra, estaba particularmente orgulloso de aquella stratagema y quiso que las estatuas donadas por el pueblo lo representaran [5] en aquella actitud<sup>162</sup>. Los tebanos, después de la partida de Agesilao, hicieron una expedición contra Tespias; aniquilaron el puesto avanzado constituido por doscientos hombres<sup>163</sup> y, después de una serie de asaltos a la ciudad sin obtener ningún resultado digno de mención, recondujeron su ejército a Tebas. El lacedemonio Fébidas, que tenía en Tespias una guarnición [6] considerable, efectuó una salida de la ciudad y atacó impetuosamente a los tebanos en su retirada; perdió más de quinientos soldados y él mismo, después de luchar valerosamente y recibir numerosas heridas de frente, pereció como un héroe<sup>164</sup>.

*Éxito tebano ante una nueva expedición de Agesilao. La batalla naval de Naxos.*

No mucho tiempo después, los [34] lacedemonios emprendieron de nuevo una expedición<sup>165</sup> con el mismo ejército contra Tebas y los tebanos, ocupando otras posiciones de difícil acceso<sup>166</sup>, impedían que el enemigo saqueara la región sin atreverse, sin embargo, a presentar batalla de frente en la llanura al grueso del ejército enemigo. Pero, cuando Agesilao los retó al combate, descendieron poco a poco [2] a su encuentro<sup>167</sup>. Tuvo lugar una violenta batalla que se prolongó mucho tiempo; al principio las tropas de Agesilao llevaron ventaja, pero después, cuando los tebanos en masa salieron de la ciudad, Agesilao, viendo la muchedumbre que acudía a la carrera, hizo sonar la trompeta para llamar a retirada a sus soldados. Fue entonces la primera vez en que los tebanos no se sintieron inferiores a los lacedemonios; por ello levantaron un trofeo y desde aquel momento afrontaron con confianza al ejército de los espartiatas.

[3] Tal fue, pues, el resultado de los combates entre las fuerzas de tierra; pero en el mar, hacia la misma época, hubo una gran batalla naval en la zona marítima situada entre Naxos y Paros. Su origen fue el siguiente. Polis, el navarco de los lacedemonios<sup>168</sup>, informado de que en cargueros se transportaba una gran cantidad de grano destinada a los atenienses, apostó su flota al acecho del paso del convoy de víveres con la intención de atacar los barcos de transporte. Pero el pueblo de Ateñas lo supo y envió una flota para escoltar el aprovisionamiento de grano, y esta flota acompañó con éxito al convoy de víveres hasta el Pireo. [4] Posteriormente, el navarco ateniense Cabrias partió con



toda su flota rumbo a Naxos y le puso sitio. Acercó a las murallas las máquinas de asedio, con las que trató de batir los muros, e hizo todo lo posible para tomar la ciudad al asalto. Mientras tenían lugar estos hechos, arribó el navarco lacedemonio Polis para socorrer a los naxios. La rivalidad existente incitó a los dos almirantes a entablar batalla; dispusieron sus naves en formación [5] de combate y avanzaron uno contra otro<sup>169</sup>. Polis tenía sesenta y cinco trirremes, y Cabrias, ochenta y tres. Las escuadras avanzaron una contra otra; Polis, al frente de su ala derecha, atacó el primero las trirremes adversarias del ala izquierda, que estaban al mando del ateniense Cedón<sup>170</sup>. Combatiendo valerosamente, Polis dio muerte al propio Cedón y hundió su barco; fue, asimismo, al encuentro de las otras naves y las acometió a golpes de espolón; echó a pique a algunas de ellas y obligó a huir a las restantes. Al darse cuenta de lo que pasaba, Cabrias envió una parte de sus naves en ayuda de los que se encontraban en apuros y así puso remedio a la derrota de los suyos. Tenía con él, sin embargo, a la mayor parte de la flota y, combatiendo valientemente, destruyó muchas trirremes enemigas y apresó un buen número de ellas.

*Éxito de Cabrias: primera victoria naval ateniense después de la guerra del Peloponeso.*

Una vez que hubo obtenido de este [35] modo la victoria y hubo puesto en fuga a la totalidad de las naves enemigas, se abstuvo por completo de perseguirlas. Recordaba la batalla de las Arginusas<sup>171</sup>, a raíz de la cual al gran servicio prestado por los estrategos vencedores el pueblo correspondió con una condena a muerte, acusándolos de no haber dado sepultura a los que habían muerto en la batalla; así tuvo miedo de correr la misma suerte dado que las circunstancias eran análogas. Por ello, renunciando a la persecución, recogió a sus conciudadanos náufragos, salvó a los que todavía estaban con vida y dio sepultura a los muertos. Si no se hubiera preocupado de eso, habría destruido fácilmente toda la flota enemiga. [2] En el curso de la batalla fueron destruidas dieciocho trirremes atenienses<sup>172</sup>, mientras que de los lacedemonios sufrieron la misma suerte veinticuatro y ocho fueron capturadas con sus tripulaciones. Después de esta brillante victoria naval, Cabrias regresó al Pireo con un abundante botín y fue recibido con gran entusiasmo por sus conciudadanos. Después de la guerra del Peloponeso, ésta era, en efecto, la primera batalla naval en la que habían vencido los atenienses, dado que en Cnido<sup>173</sup> no habían combatido con sus propias naves y su éxito se debía a que se habían servido de la flota del Rey.

[3] Mientras tenían lugar estos hechos, en Italia, Marco Manlio, que aspiraba a la



tiranía en Roma, fue depuesto y ejecutado<sup>174</sup>.

*376-375 a. C. Abdera atacada por los tribalos y defendida por Cabrias. Acciones y fama de Timoteo.*

[36] Cuando Carisandro<sup>175</sup> era arconte en Atenas, los romanos, en lugar de cónsules, designaron cuatro tribunos militares: Servio Cornelio, Sulpicio, Lucio Papirio y Tito Quintio<sup>176</sup>, y los eleos celebraron la Olimpiada centésima primera, en la que Damón de Turios obtuvo la victoria en la carrera del estadio. Aquel año, en Tracia, los tribalos<sup>177</sup>, acuciados por el hambre, emprendieron una expedición en masa hacia regiones situadas más allá de sus fronteras y se procuraron víveres en tierras extranjeras. En un número superior a treinta mil invadieron [2] la zona limítrofe de Tracia y, sin encontrar ningún obstáculo, saquearon el territorio de los abderitas<sup>178</sup>; y después de haberse apoderado de un enorme botín, con desprecio al adversario y sin ningún orden, emprendieron el camino de regreso. Entonces los abderitas marcharon con todas sus fuerzas contra ellos cuando hacían el camino de regreso dispersos y en desorden y mataron a más de dos mil. Los bárbaros, irritados por lo sucedido [3] y queriendo vengarse de los abderitas, invadieron de nuevo su territorio; pero los vencedores de antes, que estaban exaltados por su éxito y habían recibido refuerzos de sus vecinos tracios, se alinearon en orden de batalla para hacer frente a los bárbaros. [4] Tuvo lugar una violenta batalla, en la que, tras cambiar repentinamente de bando los tracios, los abderitas, abandonados a su suerte, fueron rodeados por la muchedumbre de los bárbaros y casi todos los que habían participado en la batalla fueron masacrados<sup>179</sup>. Cuando los abderitas, abrumados por aquel terrible desastre, iban a verse sometidos a un asedio, apareció el ateniense Cabrias al frente de un ejército, los liberó del peligro y expulsó a los bárbaros del territorio<sup>180</sup>; luego, después de dejar una importante guarnición en la ciudad, fue asesinado por ciertas personas<sup>181</sup>.

[5] Timoteo asumió entonces el mando de la flota e hizo rumbo a Cefalonia, donde se atrajo a las ciudades de esta isla y también persuadió a las de Acarnania a tomar partido por los atenienses<sup>182</sup>. Se ganó luego la amistad de Alcetas, el rey de los molosos, y, en general, atrajo a la causa de Atenas a la mayor parte de las ciudades de aquellas regiones; y venció a los lacedemonios [6] en una batalla naval cerca de Léucade<sup>183</sup>. Llevó a cabo todas estas acciones en poco tiempo y con facilidad, ya con la persuasión sustentada por la fuerza de sus palabras, ya con las victorias debidas a su valor y a su talento estratégico. Por todo ello se granjeó una gran admiración no sólo entre sus

conciudadanos, sino también entre los demás griegos. Ésta era la situación en lo que respecta a Timoteo.

*Los tebanos vencen a los lacedemonios en Orcómeno. El historiador Hermias de Metimna.*

[37] Mientras tenían lugar estos hechos, los tebanos hicieron una expedición contra Orcómeno con quinientos hombres de élite y que llevaron a cabo una empresa digna de ser recordada. Los lacedemonios, que custodiaban Orcómeno con un gran número de soldados, se enfrentaron a los tebanos; se produjo una violenta batalla<sup>184</sup> en la que los tebanos vencieron a los lacedemonios, que les doblaban en número. Nunca, en efecto, había ocurrido algo parecido anteriormente, y ya se habría considerado un éxito que un ejército numeroso hubiera vencido a un pequeño contingente lacedemonio<sup>185</sup>.

Debido a ello los tebanos se llenaron de orgullo y se esparció [2] su reputación de valor; ya resultaba evidente que competían por la hegemonía de Grecia.

Entre los historiadores, Hermias de Metimna llevó hasta [3] este año su relato de los acontecimientos de Sicilia, que compuso en diez libros o, según la dividen algunos, en doce<sup>186</sup>.

*375-374 a. C. Paz general, autonomía y retirada de las guarniciones de las ciudades griegas. Oposición de Tebas y entendimiento entre Atenas y Esparta.*

Cuando Hipodamante era arconte [38] en Atenas, los romanos, en lugar de cónsules, designaron cuatro tribunos militares: Lucio Valerio, Lucio Manlio, Servio Sulpicio y Lucrecio<sup>187</sup>. Aquel año, Artajerjes, el rey de los persas, disponiéndose a emprender la guerra contra los egipcios y afanándose por reunir un considerable ejército de mercenarios, decidió poner fin a las guerras que tenían lugar en Grecia; tenía la firme esperanza, en efecto, de que los griegos, liberados de las guerras intestinas, estarían más disponibles para servir como mercenarios. Por este motivo envió embajadores a Grecia para exhortar a las ciudades a estipular una paz general<sup>188</sup>. Los griegos [2] aceptaron la propuesta complacidos<sup>189</sup> debido al cansancio de las continuas guerras, y todos concluyeron la paz estipulando que todas las ciudades serían autónomas y no estarían sujetas a guarniciones extranjeras<sup>190</sup>. Así pues, los griegos nombraron comisarios que

fueron de ciudad en ciudad y retiraron todas [3] las guarniciones. Los tebanos fueron los únicos que se negaron a que el tratado afectara separadamente a cada ciudad, exigiendo, por el contrario, que toda Beocia fuera una confederación<sup>191</sup> sujeta a Tebas. A ello se opusieron enérgicamente los atenienses con un discurso pronunciado por Calístrato, el líder del partido popular, mientras que a favor de los tebanos fue Epaminondas quien pronunció un discurso admirable delante del consejo general<sup>192</sup>. Así todos los otros griegos unánimemente concluyeron el acuerdo y sólo los tebanos quedaron excluidos del tratado de paz; y el valor de Epaminondas inspiraba tanta confianza en sus conciudadanos que se atrevieron a enfrentarse a las decisiones de todos los demás griegos. Los lacedemonios [4] y los atenienses, siempre en lucha por la hegemonía, se hicieron concesiones mutuas; los primeros vieron reconocida su supremacía por tierra, y los segundos, por mar<sup>193</sup>. Por ello veían con malos ojos que un tercero pretendiera la hegemonía y trataban de sacar a las ciudades de Beocia de la confederación tebana.

*Confianza y aspiraciones de los tebanos. Excelencia de sus jefes. La figura de Epaminondas.*

Los tebanos, que sobresalían por [39] su fuerza física y su heroísmo y que ya habían vencido a los lacedemonios en numerosas batallas<sup>194</sup>, estaban altamente confiados en ellos mismos y aspiraban a la hegemonía en tierra. Sus esperanzas no se vieron defraudadas por las razones ya expuestas y porque en aquella época tenían un mayor número de valiosos comandantes y generales. Los más ilustres eran Pelópidas, [2] Gorgias<sup>195</sup> y Epaminondas. Este último se distinguía en gran manera por su valor y por sus dotes de estratega, no sólo entre sus compatriotas, sino también entre todos los griegos. Había recibido una buena formación en todos los campos y se interesaba especialmente en la filosofía pitagórica<sup>196</sup>; estaba provisto además de excelentes dotes naturales y era lógico que llevara a cabo las empresas más ilustres. Por ello, cuando se vio obligado a combatir con un escaso número de soldados de su ciudad contra todas las fuerzas de los lacedemonios y sus aliados, su superioridad sobre aquellas tropas invencibles fue tan grande que mató al rey de los espartiatas Cleómbroto y aniquiló casi completamente a la multitud de sus adversarios. Y si realizó [3] empresas tan extraordinarias fue gracias a la viveza de su inteligencia y a la excelencia moral proporcionada por su educación. Pero a todo esto nos referiremos un poco más tarde, en una exposición más detallada y con más precisión<sup>197</sup>; por el momento, vamos a retomar el hilo de nuestra narración.

### *Discordias civiles en el Peloponeso.*

[40] Una vez que se hubo concedido la autonomía a los distintos pueblos<sup>198</sup>, desórdenes graves y discordias intestinas estallaron en las ciudades, especialmente en las del Peloponeso. Éstas, que anteriormente habían tenido regímenes oligárquicos, sirviéndose entonces, sin ningún discernimiento, de las libertades de la democracia, exiliaban a muchos hombres de bien y los condenaban incoando contra ellos procesos basados en calumnias; así, precipitándose en luchas civiles, infligían condenas al exilio y confiscaciones de bienes, sobre todo a los que habían estado al frente de los asuntos públicos durante la hegemonía de los lacedemonios. Contra [2] aquellos que entonces habían actuado de modo autoritario en las relaciones con sus conciudadanos, las masas populares, en el momento en que recuperaron su libertad, dieron rienda suelta a la venganza. Primero fueron los exiliados de Fialea<sup>199</sup>, que se concertaron y se apoderaron de una plaza fuerte llamada Herea<sup>200</sup>, y desde esta base efectuaron incursiones contra Fialea; y un día, mientras se celebraban las Dionisias<sup>201</sup>, se abalanzaron de improviso sobre los espectadores que estaban sentados en el teatro, hicieron una degollina y persuadieron a un buen número a ser cómplices de su locura, después de lo cual se retiraron a [3] Esparta. Los exiliados de Corinto, que en gran número se encontraban entre los argivos, trataron de regresar a su patria; fueron acogidos en su ciudad por algunos parientes y amigos, pero fueron denunciados y descubiertos; y cuando iban a ser arrestados, por temor a las vejaciones que seguirían a su captura, se dieron muerte unos a otros. Luego los corintios acusaron a muchos ciudadanos de haber sido cómplices de aquella intentona de los exiliados, y los condenaron, a unos a muerte y a otros al exilio. En la ciudad de los megareos, algunos intentaron un [4] cambio de régimen, pero cayeron en manos del pueblo por lo que muchos fueron ejecutados y no pocos fueron desterrados. De modo similar, entre los de Sición, algunos intentaron llevar a cabo una revolución, pero fueron detenidos y ejecutados. En Fliunte, los exiliados, cuyo número era considerable, ocuparon [5] una plaza fuerte en su territorio y, después de reunir una multitud de mercenarios, se enfrentaron a los de la ciudad en una batalla; vencieron los exiliados y condenaron a muerte a más de trescientos fliasios. Pero algún tiempo después, los exiliados fueron traicionados por la guardia y los fliasios se impusieron y dieron muerte a más de seiscientos exiliados, y a todos los demás los expulsaron de su territorio obligándolos a refugiarse en Argos. Tales eran, pues, las desgracias que afligían a las ciudades del Peloponeso.

[41] Cuando Socrátides era arconte en Atenas, los romanos, en lugar de cónsules, designaron cuatro tribunos militares: Quinto Servido, Servio<sup>202</sup> Cornelio y Espurio Papirio<sup>203</sup>. Aquel año el rey Artajerjes envió una expedición contra los egipcios<sup>204</sup>, que se habían sublevado contra los persas. Farnabazo iba al frente de las fuerzas bárbaras, y el ateniense Ifícrates tenía el mando de las tropas mercenarias, compuestas por veinte mil hombres; el rey lo había llamado y le había confiado el mando debido a sus cualidades de estratega<sup>205</sup>. [2] Farnabazo ya había empleado varios años en preparativos, por lo que Ifícrates, al ver que era hábil en hablar, pero lento en actuar, le dijo con toda franqueza que estaba sorprendido de verlo tan rápido en sus palabras y tan parsimonioso en sus acciones. Y Farnabazo le contestó que él era señor de sus palabras, mientras que de sus acciones lo era el Rey. Una vez que el ejército [3] persa se hubo concentrado en la ciudad de Ace<sup>206</sup>, se contaron doscientos mil bárbaros a las órdenes de Farnabazo, mientras que los mercenarios griegos que mandaba Ifícrates eran veinte mil; la flota estaba compuesta por trescientas trirremes y doscientos triacóntoros<sup>207</sup>; y era elevado el número de barcos destinados al transporte de víveres y de la restante impedimenta. Al comienzo del verano<sup>208</sup>, los generales del Rey emprendieron la [4] marcha al frente de todas sus fuerzas y, con el apoyo de la flota a lo largo de la costa, avanzaron contra Egipto. Cuando llegaron a las proximidades del Nilo, encontraron a los egipcios manifiestamente prestos para la guerra. Farnabazo se había retrasado [5] en la expedición y había dado al enemigo mucho tiempo para los preparativos. Ocurre, en efecto, normalmente que los generales persas, al no tener plenos poderes, someten todos los asuntos al Rey y en cada caso esperan su respuesta.

*Fortificación de las bocas del Nilo. Victoria persa en la boca Mendesia.*

El rey de los egipcios, Nectanebis<sup>209</sup>, [42] estaba informado sobre la magnitud de las fuerzas persas, pero mantenía el ánimo; confiaba sobre todo en las defensas naturales de su país, ya que Egipto es particularmente difícil de invadir, y también en las obras de bloqueo<sup>210</sup> que cerraban perfectamente todos los accesos, tanto por tierra como por mar. El [2] Nilo, en efecto, vierte al mar de Egipto por siete bocas<sup>211</sup>, y en cada una de estas bocas se había construido una ciudad con grandes torres en cada orilla del río y un puente de madera que controlaba la entrada. Había fortificado especialmente la boca Pelusíaca<sup>212</sup> porque era la primera que se encontraba cuando se venía de Siria y parecía la vía más probable para una irrupción [3] del enemigo. La había defendido con fosos y había cerrado con fortificaciones los pasos para las naves en los sitios más oportunos;

había hecho inundar las vías de acceso por tierra y había obstruido con diques las navegables. Por todo ello no era fácil penetrar con las naves, ni acercarse con la caballería, ni avanzar [4] con la infantería. Farnabazo y su Estado Mayor, al encontrar la boca Pelusiaca extraordinariamente fortificada y guardada por un gran número de soldados, descartaron completamente la posibilidad de abrirse paso por aquel sitio y decidieron penetrar con las naves a través de otra boca. Navegaron por alta mar para evitar que las naves fueran avistadas por el enemigo y se dirigieron a la boca llamada Mendesia<sup>213</sup>, que tenía una manga de tierra que se extendía por un largo trecho. Farnabazo e Ificrates desembarcaron en ella con tres mil soldados y avanzaron hacia el burgo fortificado que se encontraba en aquella boca. Los [5] egipcios acudieron en su ayuda con tres mil hombres de caballería y de infantería. Tuvo lugar una violenta batalla y, después de que les llegaron a los persas numerosos refuerzos de las naves, los egipcios fueron rodeados; muchos perecieron y no pocos fueron hechos prisioneros, y los que escaparon fueron perseguidos hasta la ciudad. Ificrates y sus hombres penetraron en el interior de las murallas al mismo tiempo que los hombres de la guarnición egipcia; se apoderaron de la fortaleza, la arrasaron y redujeron a sus habitantes a la esclavitud.

#### *Diferencias entre Farnabazo e Ificrates y fracaso de la expedición persa a Egipto.*

A continuación, sin embargo, estalló [43] una disputa entre los generales que hizo fracasar la empresa. Ificrates había sabido por los prisioneros que Menfis, la ciudad estratégicamente mejor situada de Egipto<sup>214</sup>, estaba sin defensores, por lo que aconsejó remontar el río inmediatamente hasta Menfis antes de la llegada de tropas egipcias; pero Farnabazo y sus oficiales pensaban que era preferible esperar a que estuviera allí todo el ejército persa, ya que de este modo la marcha contra Menfis sería más segura. Entonces, Ificrates pidió [2] que le dieran los mercenarios allí presentes y prometió que con ellos tomaría la ciudad, pero Farnabazo desconfió de su audacia y de su valor, temiendo que pretendiera apoderarse de Egipto a título personal. Por este motivo Farnabazo rechazó la propuesta; e Ificrates protestó enérgicamente diciendo que, si dejaban escapar el momento más oportuno, toda la expedición resultaría un fracaso. Algunos oficiales persas<sup>215</sup>, que lo envidiaban, empezaron entonces a propalar injustas<sup>216</sup> calumnias contra él. Entre tanto, los egipcios aprovecharon la larga dilación para [3] enviar a Menfis la guarnición necesaria y llegaron con todas sus tropas al burgo que había sido destruido; y al encontrarse en una situación muy ventajosa debido a las buenas defensas que tenían en aquella zona, hostigaban al enemigo con continuos combates. Su capacidad ofensiva crecía cada vez más, por lo que mataban a muchos persas y se enfrentaban al enemigo

sin ningún [4] temor. Mientras el ejército persa seguía demorándose delante de aquel burgo y ya soplaban los vientos etesios<sup>217</sup>, la crecida del Nilo, que con su inmenso caudal inunda todo el país<sup>218</sup>, hacía que Egipto fuera cada vez más inaccesible. Entonces los comandantes persas, viendo que las circunstancias estaban en su contra, [5] decidieron retirarse de Egipto. Emprendieron, por consiguiente, el camino de regreso a Asia y, al existir diferencias entre Farnabazo e Ificrates, éste, por temor a ser arrestado y castigado como le había ocurrido al ateniense Conón<sup>219</sup>, decidió abandonar en secreto el campamento; para ello se procuró una embarcación en la que partió a escondidas durante la noche y arribó a Atenas. [6] Farnabazo envió embajadores y acusó a Ificrates de ser el responsable de que Egipto no hubiera sido conquistado. Los atenienses respondieron a los persas que, en el caso de encontrarlo culpable, le impondrían el castigo merecido, pero, poco tiempo después, lo nombraron estratega y le dieron el mando de la flota.

#### *Inventiva de Ificrates.*

[44] No es inoportuno recordar aquí las noticias históricas sobre las excelentes cualidades de Ificrates. Se nos ha transmitido que poseía una aguda inteligencia para la estrategia y un talento natural extraordinario para todo tipo de invenciones útiles. La larga experiencia de las operaciones militares adquirida durante la guerra de Persia le sirvió para idear muchas innovaciones prácticas para la guerra y puso un empeño especial en el campo del armamento. Los griegos usaban escudos de gran tamaño y, en consecuencia, difíciles de manejar; [2] él los suprimió e introdujo las peltas de tamaño adecuado, con lo que apuntaba al doble objetivo de cubrir suficientemente el cuerpo y de posibilitar que los soldados equipados con la pelta tuvieran una movilidad completa gracias a la ligereza de aquel escudo. Después de experimentarse, la innovación fue adoptada [3] debido a la facilidad de su uso, y los soldados que antes por sus escudos se llamaban hoplitas cambiaron entonces su nombre por el de peltastas a causa de la pelta<sup>220</sup>. La modificación de la lanza y la espada la hizo en sentido opuesto, ya que aumentó en una mitad la longitud de la lanza y casi dobló las dimensiones de la espada. La práctica ratificó aquella innovación y, a raíz del éxito del experimento, se hizo famosa la capacidad inventiva del estratega. Equipó asimismo a sus soldados con unas botas ligeras y [4] fáciles de poner y quitar, que aún en nuestros días reciben por él el nombre de «ificrátidas». Introdujo además otras muchas novedades útiles en el campo militar, cuya descripción haría que nos extendiéramos demasiado. Así pues, la expedición persa contra Egipto, que se había preparado con gran interés, no obtuvo el resultado esperado.



*Ruptura de la paz. Intervenciones de Atenas y Esparta. El caso de Zacinto.*

En Grecia, donde el desorden reinaba [45] en las ciudades debido a las anomalías de la situación política y donde estallaban las revueltas a causa de la anarquía general, los lacedemonios ayudaban a aquellos que trataban de instaurar las oligarquías, mientras que los atenienses tenían como aliados a los partidarios de la democracia. Ambas ciudades, [2] en efecto, no respetaron durante mucho tiempo los acuerdos<sup>221</sup>; en seguida, colaborando con las ciudades ligadas a ellas, reemprendieron la guerra sin preocuparse ya de la paz general que habían concluido. Así, en Zacinto<sup>222</sup>, el pueblo, que miraba con malos ojos a aquellos que habían ocupado el poder durante el dominio de los lacedemonios y deseaba vengarse, los envió a todos al exilio [...]. Éstos<sup>223</sup> se refugiaron junto a Timoteo<sup>224</sup>, el comandante de la flota ateniense, y, embarcando [3] en sus naves, combatieron a su lado. De este modo, pues, obtuvieron la colaboración del ateniense, que los desembarcó en la isla, donde se apoderaron de una fortaleza cercana al mar llamada Arcadia<sup>225</sup>. Partiendo de esta base y contando con el apoyo de Timoteo, causaban muchos daños a los de la ciudad. [4] Los zacintios solicitaron entonces la ayuda de los lacedemonios, que, como primera medida, enviaron embajadores a Atenas para denunciar la intervención de Timoteo; pero, al ver que el pueblo ateniense estaba de parte de los exiliados, reunieron una flota y, después de equipar veinticinco trirremes, las enviaron en auxilio de los zacintios, confiando el mando a Aristócrates<sup>226</sup>.

*Rebelión oligárquica en Corcira e intervención de Esparta y Atenas. Tebas castiga a Platea y a Tespias.*

Mientras tenían lugar estos hechos, [46] algunos partidarios de los lacedemonios en Corcira se rebelaron contra el régimen democrático y pidieron a los espartiatas que les enviaran fuerzas navales, prometiéndoles que les entregarían Corcira<sup>227</sup>. Los lacedemonios, conocedores de la gran importancia que tenía Corcira para quien aspirara al dominio del mar<sup>228</sup>, se afanaron por apoderarse de esta ciudad. Enviaron, pues, de inmediato a Corcira veintidós trirremes [2] cuyo mando confiaron a Alcidas. Fingieron que enviaban aquella escuadra a Sicilia, a fin de ser recibidos como amigos por los corcireos y poder luego ocupar la ciudad con la ayuda de los exiliados. Pero los corcireos, dándose cuenta [3] de la estratagema de los espartiatas, dispusieron la defensa de su ciudad con todo cuidado y enviaron embajadores a Atenas en busca de auxilio. Los atenienses decretaron prestar ayuda a los corcireos y a los exiliados zacintios; enviaron al



estratego Ctesicles<sup>229</sup> a Zacinto para que se pusiera al frente de los exiliados y se prepararon para enviar fuerzas navales a Corcira.

[4] Mientras tenían lugar estos hechos<sup>230</sup>, en Beocia, los plateos se inclinaron por la alianza con los atenienses y les solicitaron el envío de tropas; habían decidido entregar su ciudad a los atenienses. En estas circunstancias, los beotarcas, irritados con los plateos y acuciados por la idea de anticiparse al envío de la ayuda ateniense, marcharon inmediatamente contra aquéllos con fuerzas [5] considerables. Se presentaron ante la ciudad de Platea y, debido a lo inesperado del ataque, la mayor parte de los plateos fueron sorprendidos en el campo y apresados por la caballería, mientras que los otros, refugiados en la ciudad y sin el apoyo de ningún aliado, se vieron obligados a concluir un acuerdo favorable al enemigo, por el que debían partir de la ciudad llevándose sus enseres y no poner nunca más sus pies en Beocia. A continuación [6] los tebanos arrasaron Platea<sup>231</sup> y también saquearon Tespias debido a su hostilidad<sup>232</sup>. Los plateos se refugiaron en Atenas con sus mujeres e hijos y obtuvieron la isopolitía<sup>233</sup> gracias a la benevolencia del pueblo ateniense. Tal era entonces la situación en Beocia.

*Esparta y Atenas intervienen en Corcira. Timoteo en Tracia. Victoria del ateniense Ctesicles en Corcira. Asesinato de Evágoras de Chipre. Guerra entre Roma y Preneste.*

Los lacedemonios nombraron estratego [47] a Mnasipo<sup>234</sup> y lo enviaron a Corcira con sesenta y cinco trirremes y mil quinientos soldados<sup>235</sup>. Una vez que hubo arribado a la isla y hubo tomado consigo a los exiliados, penetró en el puerto y apresó cuatro naves; las tres naves restantes, que se pusieron a salvo en tierra, fueron incendiadas por los corcireos para que no cayeran en manos del enemigo. Mnasipo obtuvo, asimismo, una victoria con la infantería sobre un destacamento que había tomado posiciones en una colina y provocó, en suma, un pánico [2] atroz entre los corcireos. Los atenienses, por su parte, ya habían enviado hacía algún tiempo a Timoteo, el hijo de Conón, en auxilio de los corcireos con sesenta naves; pero, antes de prestarles esta ayuda, se había dirigido a Tracia, donde había exhortado a muchas ciudades a entrar en la liga y había obtenido otras treinta trirremes<sup>236</sup>. Entonces, a raíz de su retraso en socorrer [3] a los corcireos, primero fue destituido de su cargo de estratego, ya que el pueblo estaba muy irritado con él; pero después, cuando desembarcó en Atenas con un gran número de embajadores de las ciudades que se adherían a la liga, con las treinta trirremes de refuerzo que había conseguido y con toda su flota perfectamente equipada para la guerra, el pueblo se arrepintió y lo reintegró en el cargo de estratego<sup>237</sup>. Los atenienses habían [4] equipado

antes otras cuarenta trirremes, de modo que en total fueron ciento treinta; hicieron asimismo considerables provisiones de alimentos, de armas arrojadizas y de todo lo que era útil para la guerra. En el ínterin habían elegido a Ctesicles<sup>238</sup> como [5] estratego y lo habían enviado con quinientos hombres en auxilio de los corcireos. De noche, a escondidas, logró desembarcar en Corcira, burlando la vigilancia de los sitiadores<sup>239</sup>, y encontró a los habitantes de la ciudad enfrentados unos con otros y sin capacidad para dirigir eficazmente la guerra; entonces puso fin a las discordias, dedicó mucha atención a la buena marcha de la [6] ciudad y levantó la moral de los asediados<sup>240</sup>. Como primera medida lanzó un ataque por sorpresa a los sitiadores matando a unos doscientos; después tuvo lugar una gran batalla en la que mató a Mnasipo y a un buen número de los suyos<sup>241</sup>; finalmente consiguió encerrar y poner sitio a los sitiadores, acción por la [7] que se granjeó grandes elogios. La guerra de Corcira ya había llegado prácticamente a su fin cuando arribó a la isla la flota ateniense a las órdenes de Timoteo<sup>242</sup> e Ifícrates. Éstos llegaron demasiado tarde y no hicieron nada digno de mención salvo que, encontrándose con unas trirremes sicilianas enviadas por Dionisio en ayuda de los lacedemonios, a las órdenes de Cisides y Crinipo, las capturaron, en número de nueve, con sus tripulaciones. De la venta de los prisioneros obtuvieron más de sesenta talentos, con los que pagaron la soldada a sus tropas<sup>243</sup>.

Mientras ocurrían estos acontecimientos, en Chipre, el eunuco [8] Nicocles asesinó al rey Evágoras y se apoderó del reino de Salamina<sup>244</sup>. Y en Italia los romanos combatieron con los prenestinos y, vencedores, masacraron a la mayor parte de sus adversarios<sup>245</sup>.

### *373-372 a. C. Seísmos en el Peloponeso. Destrucción de Hélice y Bura.*

Cuando Asteo<sup>246</sup> era arconte en [48] Atenas, los romanos, en lugar de cónsules, designaron seis tribunos militares: Marco Furio y Lucio Furio, y también Aulo Postumio, Lucio Lucrecio, Marco Fabio y Lucio Postumio<sup>247</sup>. Durante aquel año, en los campos y en las ciudades del Peloponeso tuvieron lugar grandes terremotos e inundaciones increíbles; nunca en épocas anteriores calamidades semejantes habían asolado las ciudades griegas, ni nunca se había visto la desaparición de ciudades con todos sus habitantes, como si una fuerza divina hubiera maquinado la destrucción y la ruina de los hombres. La magnitud de la catástrofe se vio agravada por [2] el momento en que sucedió. El seísmo no ocurrió de día, cuando las víctimas se hubieran podido ayudar mutuamente, sino que la desgracia les sobrevino de noche, por lo que las casas se

derrumbaron derribadas por la violencia sísmica y los hombres, a causa de la oscuridad y de lo imprevisto de una situación sin [3] precedentes, no podían hacer nada para salvarse. La mayor parte de la población pereció sepultada debajo de los escombros de las casas; algunos, al despuntar el día lograron precipitarse fuera de las casas y, cuando creían que habían escapado del peligro, se vieron enfrentados a un desastre mucho mayor y más increíble; el mar se elevó de un modo extraordinario y se formó una ola enorme y todos los habitantes fueron engullidos y desaparecieron juntamente con sus tierras. Ésta fue la suerte que sufrieron dos ciudades de Acaya, Hélice y Bura<sup>248</sup>, la primera de las cuales era la más importante de las ciudades de [4] Acaya antes del seísmo. Estas catástrofes han dado lugar a una profunda investigación; los estudiosos de la naturaleza tratan de atribuir el origen de aquellas calamidades no a la divinidad, sino a fenómenos naturales e inevitables<sup>249</sup>, mientras que aquellos que abrigan sentimientos de piedad hacia la divinidad dan algunas explicaciones plausibles a lo ocurrido afirmando que la desgracia fue debida a la cólera de los dioses contra quienes habían sido impíos con la divinidad. Nosotros, asimismo, intentaremos tratar con precisión este asunto en un capítulo aparte de nuestra historia<sup>250</sup>.

### *La catástrofe de Hélice y Bura y su atribución a Poseidón.*

En Jonia, nueve ciudades<sup>251</sup> solían [49] reunirse para celebrar las fiestas Panionias y ofrecer conjuntamente grandes sacrificios tradicionales a Poseidón en un lugar aislado situado en las cercanías de Mícale<sup>252</sup>. Más tarde, al estallar guerras en aquella zona y no poder celebrar allí las Panionias, trasladaron aquella asamblea solemne a un lugar seguro cercano a Éfeso. Enviaron delegados a Pitón<sup>253</sup>, donde obtuvieron una respuesta del oráculo con la orden de procurarse copias de los antiguos altares de sus antepasados de Hélice de Jonia, como se la llamaba antaño, o Hélice de Acaya, como se la conocía entonces<sup>254</sup>. Así pues, los jonios, obedeciendo al oráculo, [2] enviaron emisarios a Acaya para obtener las copias; estos enviados expusieron su misión ante la confederación de los aqueos y la persuadieron a concederles lo que pedían. Pero los habitantes de Hélice, que conservaban una antigua profecía según la cual estarían en peligro cuando los jonios sacrificaran en el altar de Poseidón, tuvieron en cuenta este vaticinio y negaron las copias a los jonios, diciendo que el santuario no era propiedad común de los aqueos, sino exclusivamente suya; y en esto los apoyaron los habitantes de Bura. Sin embargo, dado [3] que contaban con una decisión de la confederación aquea que les otorgaba el permiso, los jonios sacrificaron de todas formas en el altar de Poseidón como prescribía

el oráculo; entonces, los habitantes de Hélice desbarataron la ceremonia de los jonios y apresaron a sus delegados, cometiendo así un sacrilegio contra el dios. Fue por estos hechos, según se dice, que Poseidón, airado, destruyó las ciudades impías con el terremoto y el maremoto. [4] De que la cólera contra estas ciudades deba atribuirse a Poseidón existen, se dice, pruebas evidentes; se alega que es este dios quien tiene el poder sobre los terremotos y los maremotos<sup>255</sup>, y parece que el Peloponeso ha sido desde antiguo la morada de Poseidón y se considera que esta tierra está, por así decir, consagrada a él y, en suma, que todas las ciudades del Peloponeso [5] veneran a este dios por encima de los demás Inmortales. Además, el Peloponeso encierra en su subsuelo grandes cavidades y cursos de agua de inmenso caudal<sup>256</sup>. Allí hay, en efecto, dos ríos que fluyen, sin duda, alguna bajo tierra; uno de ellos ya desapareció antiguamente penetrando en el interior de la tierra cerca de Feneo<sup>257</sup>, donde fue engullido por unas cavernas subterráneas, el otro se introduce en una sima cerca de Estinfalo y discurre oculto bajo tierra a lo largo de doscientos estadios antes de reaparecer cerca de la ciudad de Argos<sup>258</sup>. Además de lo ya dicho, afirman que no hubo más víctimas de la catástrofe [6] que aquellos que habían cometido el sacrilegio<sup>259</sup>. Y por lo que respecta a los terremotos y maremotos que ocurrieron, nos contentaremos con lo expuesto.

*372-371 a. C. Presagio respecto al fin de la hegemonía de Esparta, que se prepara contra Tebas.*

Cuando Alcístenes era arconte en [50] Atenas, los romanos, en lugar de cónsules, designaron ocho tribunos militares: Lucio y Publio Valerio, Gayo Terencio, Lucio Menenio y además Gayo Sulpicio, Tito Papirio y Lucio Emilio<sup>260</sup>, y los eleos celebraron la Olimpiada centésima segunda, en la que Damón de Turios obtuvo la victoria en la carrera del estadio<sup>261</sup>. Aquel año, a los lacedemonios, que desde [2] hacía casi quinientos años tenían la hegemonía de Grecia<sup>262</sup>, un presagio enviado por la divinidad les anunció la pérdida de la supremacía; se vio arder en el cielo durante muchas noches una gran antorcha, que, a causa de su forma, fue llamada «la viga de fuego»<sup>263</sup>; y, poco tiempo después, los espartiatas fueron derrotados contra toda expectativa en una gran batalla y perdieron inesperadamente su hegemonía. Algunos [3] estudiosos de la naturaleza han atribuido la formación de la antorcha a causas naturales, afirmando que tales fenómenos celestes se producen necesariamente en momentos determinados y que los caldeos<sup>264</sup> de Babilonia y otros astrólogos consiguen hacer predicciones exactas sobre ellos; estos sabios, dicen, no se sorprenden cuando tiene lugar uno de estos fenómenos, sino más

bien si no se producen, dado que cada uno de estos cuerpos celestes completa su propia órbita con movimientos eternos y un curso determinado. En todo caso, aquella antorcha tuvo un brillo tan grande y una luminosidad tan intensa que proyectó en la tierra sombras semejantes a las provocadas por la luna.

[4] En aquella época el rey Artajerjes, viendo que Grecia estaba de nuevo convulsa, envió embajadores, exhortando a poner fin a las guerras civiles y a concluir una paz general basada en los acuerdos adoptados anteriormente<sup>265</sup>. Todos los griegos aceptaron la propuesta complacidos y todas las ciudades concluyeron la paz general a excepción de Tebas. Sólo los tebanos, que mantenían Beocia bajo su jurisdicción en una confederación unitaria, fueron rechazados por los griegos, cuyo deseo unánime era que los juramentos y los pactos de adhesión se hicieran ciudad por ciudad<sup>266</sup>. Por este motivo, al quedar excluidos de los acuerdos como había ocurrido antes, los tebanos conservaron Beocia como una confederación única controlada por ellos. Irritados por eso, los lacedemonios decidieron [5] emprender una expedición contra ellos con un gran ejército, considerándolos enemigos de todos los griegos. Miraban ciertamente con gran recelo su crecimiento, temiendo que, gracias a su supremacía sobre toda Beocia, pudieran llegar a derribar la hegemonía de Esparta tan pronto como se les presentara la ocasión<sup>267</sup>. Los tebanos, en efecto, al ejercitarse asiduamente en los gimnasios, tenían una gran fuerza física; tenían además un amor innato por la guerra y en actos de valor no eran superados por ningún pueblo griego<sup>268</sup>. Contaban, asimismo, con [6] muchos comandantes insignes por sus hechos heroicos, y los tres más famosos eran Epaminondas, Gorgias<sup>269</sup> y Pelópidas. La ciudad de Tebas estaba llena de orgullo por la gloria de sus antepasados en los tiempos heroicos y aspiraba a grandes empresas. Aquel año, pues, los lacedemonios se prepararon para la guerra y reclutaron tropas tanto entre sus conciudadanos como entre los aliados.

*371-370 a. C. Esparta envía a Cleómbroto a una guerra teóricamente fácil contra Tebas.*

[51] Cuando Frasiclides era arconte en Atenas, los romanos, en lugar de cónsules, designaron ocho tribunos militares: Publio Manio<sup>270</sup>, Gayo Erenucio, Gayo Sestio, Tiberio Julio, Lucio Lavinio, Publio Tribonio y Gayo Manlio y, además, Lucio Antestio<sup>271</sup>. Aquel año, los tebanos, que habían sido excluidos de los acuerdos de paz, se vieron obligados a sostener solos la guerra contra los lacedemonios; ninguna ciudad podía combatir a su lado ya que todas se habían [2] adherido a la paz general. Los

lacedemonios, al estar aislados los tebanos, decidieron hacerles la guerra y reducir Tebas a la esclavitud. Ante el despliegue de preparativos de los lacedemonios y la falta de aliados de los tebanos, todo el mundo [3] pensaba que éstos serían derrotados con facilidad por los espartiatas. Por eso los griegos que simpatizaban con los tebanos los compadecían por las desgracias que los esperaban, mientras que aquellos que les eran hostiles estaban exultantes ante la idea de que Tebas sería reducida muy pronto a la esclavitud. Finalmente los lacedemonios, después de preparar un gran ejército, lo confiaron al rey Cleómbroto, pero antes de actuar enviaron embajadores a Tebas, intimándolos a conceder la autonomía a todas las ciudades de Beocia, a repoblar Platea [4] y Tespias y a restituir el territorio a sus antiguos propietarios<sup>272</sup>. Los tebanos respondieron<sup>273</sup> que ellos no se entrometían en los asuntos de Laconia y que Esparta tampoco debía intervenir en los de Beocia. Ante esta respuesta, los lacedemonios enviaron inmediatamente contra Tebas a Cleómbroto<sup>274</sup> con el ejército. Los aliados de los lacedemonios participaban en la guerra con entusiasmo, puesto que esperaban que no habría encuentro ni combate y que vencerían a los beocios sin levantar el polvo del campo de batalla<sup>275</sup>.

*Ante la amenaza espartana, Tebas confía la dirección de la guerra a Epaminondas, que reacciona ante unos augurios desfavorables y acampa en Coronea.*

El ejército lacedemonio avanzó [52] hasta llegar a Coronea<sup>276</sup>, donde acampó y esperó a los aliados que se retrasaban. Ante la llegada del enemigo, los tebanos decretaron poner a salvo en Atenas a las mujeres y niños<sup>277</sup>, y ellos nombraron estratega a Epaminondas y le confiaron la dirección de la guerra, asignándole como consejeros a seis beotarcas<sup>278</sup>. Epaminondas [2] movilizó para la batalla a todos los tebanos en edad militar y a los demás beocios aptos para las armas; luego salió de Tebas con su ejército, que en total no contaba con más de [3] seis mil hombres<sup>279</sup>. En el momento de la salida de la ciudad, muchos soldados creyeron ver presagios desfavorables para el ejército. Cerca de la puerta, en efecto, a Epaminondas y a sus hombres les salió al encuentro un heraldo ciego<sup>280</sup> que anunciaba la huida de esclavos, pregonando a voz en grito, como era costumbre, que no había que sacarlos de Tebas ni ocultarlos, [4] sino que era obligatorio devolverlos y restituirlos sanos y salvos. Al escuchar las palabras del heraldo, los soldados más viejos las consideraron un augurio del futuro, pero los jóvenes se mantuvieron tranquilos para no dar la impresión de que por cobardía trataban de disuadir a Epaminondas de la expedición. Entonces, Epaminondas a aquellos que afirmaban que

se debía prestar atención a los augurios les dijo: «Un solo augurio es el mejor: luchar en defensa de la patria»<sup>281</sup>.

Apenas Epaminondas acababa de sorprender a los temerosos [5] con esta réplica, cuando apareció un segundo augurio más desfavorable que el anterior. El secretario<sup>282</sup> avanzaba con una lanza en la que estaba sujeta una cinta<sup>283</sup> y anunciaba las órdenes de los comandantes, y ocurrió que, al levantarse viento, la cinta se soltó de la lanza y fue a enredarse en la estela colocada sobre una tumba. En aquel lugar estaban sepultados unos lacedemonios y peloponesios que habían caído combatiendo a las órdenes de Agesilao<sup>284</sup>. [6] Algunos viejos soldados que asistían a este segundo incidente protestaron enérgicamente oponiéndose a que las tropas avanzaran dado que los dioses se mostraban claramente contrarios, pero Epaminondas, sin responderles<sup>285</sup>, hizo avanzar al ejército, convencido de que la consideración del honor y el respeto a la justicia debían anteponerse a los presagios del momento. Epaminondas, [7] pues, que había recibido una formación filosófica<sup>286</sup> y que aplicaba sabiamente los principios de su educación, en aquella ocasión fue objeto de muchas críticas; pero después, a raíz de sus éxitos, se le consideró dotado de un extraordinario talento estratégico y prestó a su patria los más grandes servicios. Entonces hizo avanzar sin dilación al ejército y, después de ocupar el paso de Coronea<sup>287</sup> antes que el enemigo, acampó en aquel lugar.

*Avance de Cleómbroto hasta Leuctra. Ingenio de Epaminondas, cuyo criterio prevalece.*

[53] Cleómbroto, al enterarse de que el enemigo ya había ocupado los accesos, renunció a abrirse paso por aquella zona; prosiguió su marcha a través de la Fócide y, recorriendo un camino dificultoso junto a la costa, penetró en Beocia sin encontrar resistencia<sup>288</sup>. Durante la marcha conquistó algunos fuertes y se apoderó de diez trirremes. A continuación [2] llegó a un lugar llamado Leuctra<sup>289</sup>, donde acampó e hizo descansar a sus soldados de las fatigas de la marcha. Entre tanto, los beocios avanzaban al encuentro del enemigo y, cuando estuvieron cerca y, después de superar unas colinas<sup>290</sup>, descubrieron de repente que los lacedemonios ocupaban toda la llanura de [3] Leuctra, se espantaron a la vista de la magnitud de aquel ejército<sup>291</sup>. Los beotarcas se reunieron para decidir si debían permanecer y afrontar un ejército mucho más numeroso o retirarse y entablar la batalla en un lugar más favorable. El resultado fue que los votos de los comandantes se dividieron en dos partes iguales; de los seis beotarcas presentes, en efecto, tres opinaron que debía retirar el ejército, mientras que los otros tres, entre los



que se contaba Epaminondas, pensaban que se debía permanecer y combatir. Se estaba en una situación de gran dificultad y sin saber qué decidir cuando llegó el séptimo beotarca<sup>292</sup>, al que Epaminondas logró convencer para que votara como él y así prevaleció su opinión. De este modo, pues, se tomó la decisión de afrontar una batalla decisiva. Epaminondas, no obstante, viendo los temores [4] supersticiosos de los soldados a causa de los presagios que habían tenido lugar, se esforzaba por contrarrestar el recelo de las tropas con su ingenio y astucia. Por ello persuadió a unos hombres que acababan de llegar de Tebas para que dijeran que las armas del templo de Heracles habían desaparecido de un modo incomprensible<sup>293</sup> y que en Tebas se había difundido el rumor de que los antiguos héroes las habían cogido y habían partido en ayuda de los beocios. Presentó también a otro hombre como si hubiera venido recientemente de un descenso al antro de Trofonio<sup>294</sup>; este hombre dijo que el dios les daba la orden de instituir, después de vencer en Leuctra, una competición con coronas como premios en honor de Zeus Rey; éste es el origen de la fiesta que los beocios celebran en Lebadea<sup>295</sup>.

*Vaticinios respecto a Leuctra. En orden de batalla.*

[54] En este plan colaboró, asimismo, el espartiatas Leandrias<sup>296</sup>, que había sido exiliado de Lacedemon y entonces combatía al lado de los tebanos. Éste, conducido ante la asamblea, reveló que se conservaba un antiguo vaticinio entre los espartiatas, según el cual perderían su hegemonía [2] cuando los tebanos los derrotaran en Leuctra. Comparecieron también ante Epaminondas unos intérpretes de oráculos del lugar, afirmando que cerca de la tumba de las hijas de Leuctro y Escédaso los lacedemonios debían sufrir inevitablemente [3] una terrible derrota. La explicación que daban era la siguiente. Leuctro era el personaje por el que la llanura recibía su nombre. Tanto sus hijas como las de un cierto Escédaso, todas vírgenes, habían sido violadas por unos embajadores de los lacedemonios; las muchachas ultrajadas no soportaron la desgracia y, después de haber maldecido al país que había enviado a los causantes del ultraje, se quitaron la [4] vida con sus propias manos<sup>297</sup>. Se contaban otras muchas historias similares y, una vez que Epaminondas hubo reunido una asamblea y hubo exhortado a sus soldados al combate con palabras apropiadas a las circunstancias, todos cambiaron de actitud y, liberados de los temores supersticiosos, se dispusieron [5] para la batalla con ánimo confiado. Fue entonces cuando les llegó a los tebanos el refuerzo de un contingente aliado tesalio compuesto por mil quinientos infantes y quinientos soldados de caballería a las órdenes de Jasón<sup>298</sup>. Éste persuadió a los beocios y a los lacedemonios a



concluir una tregua para prevenirse de este modo contra los imprevistos de la Fortuna. Una vez concluido el armisticio, Cleómbroto se retiró [6] de Beocia con su ejército y se encontró con otro gran ejército de lacedemonios y aliados al mando de Arquidamo<sup>299</sup>, hijo de Agesilao. Los espartiatas, en efecto, viendo la determinación de los beocios y temiendo su coraje y la fuerza de la desesperación, habían enviado un segundo ejército para contrarrestar la audacia del enemigo con el número de sus combatientes. Cuando se hubieron reunido los dos ejércitos, [7] los lacedemonios consideraron que era deshonroso tener miedo del valor de los beocios; por ello, sin tener en cuenta el armisticio, dieron la vuelta, llenos de ardor, en dirección a Leuctra. Los beocios también estaban prestos para el combate, por lo que unos y otros dispusieron sus fuerzas en orden de batalla.

*Batalla de Leuctra. Nueva táctica de Epaminondas. Muerte de Cleómbroto.*

[55] En el campo de los lacedemonios estaban al frente de las alas los descendientes de Heracles<sup>300</sup>, el rey Cleómbroto y Arquidamo, hijo del rey Agesilao, mientras que en el campo de los beocios Epaminondas adoptó un orden [2] de batalla de su invención e inusual<sup>301</sup> y gracias a esta táctica obtuvo la famosa victoria. Escogió a los mejores soldados de todo el ejército y los situó en el ala donde él mismo tenía intención de combatir; alineó en la otra ala las fuerzas más débiles y les ordenó que evitaran el combate y retrocedieran paulatinamente ante el ataque del enemigo. De este modo, al disponer su falange en formación oblicua, planeó decidir el desenlace de la batalla con el ala en la que se encontraban las [3] tropas de élite<sup>302</sup>. Cuando las trompetas de ambos bandos dieron el toque de combate y los ejércitos al primer asalto lanzaron al unísono el grito de guerra, los lacedemonios marcharon contra las dos alas enemigas con su falange desplegada en forma de media luna; los beocios, en cambio, retrocedían con un ala, mientras que con la otra se lanzaban a la carrera al encuentro del enemigo. Cuando trabaron combate, los dos ejércitos [4] lucharon arduamente y primero la batalla estuvo indecisa, pero después, al llevar ventaja las tropas de Epaminondas gracias a su valor y a su formación cerrada, muchos peloponesios empezaron a caer. No podían resistir la presión de las valerosas tropas de élite y los que se enfrentaban a ellas caían o eran heridos, todos con golpes frontales. Mientras el rey de los [5] lacedemonios, Cleómbroto, estuvo vivo, con muchos conmitones combatiendo a su lado dispuestos a morir por él, fue incierto hacia dónde se inclinaría el fiel de la victoria, pero una vez que, pese a afrontar todos los peligros, no fue capaz de rechazar a sus adversarios y murió combatiendo heroicamente y cubierto de heridas, entonces fueron muchos los que se apiñaron en torno a su cuerpo y se apiló un montón enorme de cadáveres.

### *Derrota espartana. La gloria de Epaminondas.*

Al quedar sin mando el ala, las [56] tropas pesadas de Epaminondas acosaron a los lacedemonios y comenzaron por forzar al enemigo a romper un poco sus filas. Los lacedemonios por su parte, combatiendo gallardamente en torno a su rey, se apoderaron de su cuerpo pero no pudieron conseguir la victoria. Esto fue así porque, al aventajarlos [2] en acciones heroicas las tropas de élite beocias, que contaban con la contribución del valor y de las exhortaciones de Epaminondas, los lacedemonios, después de una dura lucha, fueron forzados a retroceder. Primero la retirada los llevó a ir rompiendo sus filas<sup>303</sup>, pero finalmente, cuando ya fueron numerosas las bajas y hubo muerto el comandante [3] que les conducía, la desbandada del ejército fue total. Las fuerzas de Epaminondas persiguieron a los fugitivos, dieron muerte a un gran número de adversarios y obtuvieron una victoria brillantísima. En efecto, el hecho de haber afrontado a los griegos más valientes y de haber superado contra toda expectativa, con pocos hombres, a tropas mucho más numerosas les proporcionó una gran fama de valor. El general Epaminondas fue considerado merecedor de los más altos elogios por haber derrotado a los señores invencibles de Grecia sobre todo gracias a su propio valor y [4] a su talento estratégico. Cayeron en aquella batalla por lo menos cuatro mil lacedemonios<sup>304</sup> y unos trescientos Beodos. A continuación concluyeron una tregua<sup>305</sup> que permitió la recogida de los cadáveres y el retorno de los lacedemonios al Peloponeso. Tal fue el resultado de la batalla de Leuctra<sup>306</sup>.

### *370-369 a. C. Expedición de Tebas contra Orcómeno. Progresos de Jasón de Feras. El escitalismo de Argos.*

Transcurrido aquel año, en Ateñas [57] fue arconte Disniceto y en Roma, en lugar de cónsules, fueron nombrados cuatro tribunos militares: Quinto Servilio, Lucio Furio, Gayo Licinio y Publio Celio<sup>307</sup>. Este año los tebanos hicieron una expedición contra Orcómeno con un gran ejército. Su intención era reducir esta ciudad a la esclavitud, pero cambiaron de parecer cuando Epaminondas les dio el consejo de que, si aspiraban a la hegemonía de Grecia, debían conservar con muestras de generosidad lo que se habían procurado con su valor. Por eso concedieron a los orcomenios los derechos políticos<sup>308</sup> que tenían sus aliados, y a continuación, después de obtener la amistad de los focenses, los etolios y los locros<sup>309</sup>, regresaron a Beocia.

Jasón<sup>310</sup>, el tirano de Feras, cuyo poder se acrecentaba continuamente, [2] hizo una

expedición contra Lócride<sup>311</sup> y, después de conquistar gracias a una traición Heraclea de Traquinia<sup>312</sup>, la devastó y entregó su territorio a los eteos y a los melieos<sup>313</sup>. A continuación marchó contra Perrebia<sup>314</sup>, donde se atrajo algunas ciudades con generosas promesas y se apoderó de otras por la fuerza. Pero ante la rápida consolidación de su poder, los habitantes de Tesalia miraban con recelo sus progresos y su ambición.

[3] Mientras ocurrían estos hechos, en la ciudad de Argos estalló una revuelta acompañada de tantas matanzas que no se tiene recuerdo de nada similar en otro pueblo griego. Entre los griegos esta revolución fue llamada escitalismo<sup>315</sup>, tomando su nombre de la forma en que tenían lugar las ejecuciones.

### *Reflexión sobre la revolución de Argos.*

[58] Esta revolución estalló por los motivos siguientes. La ciudad de Argos tenía un régimen democrático y, dado que algunos demagogos incitaban al pueblo contra los ciudadanos que sobresalían por su riqueza o por su fama, las víctimas de estos ataques conspiraron y decidieron [2] derribar la democracia. Algunos de los sospechosos de estar implicados en la conjuración fueron torturados, mientras que otros, por miedo al suplicio de la tortura, se quitaron la vida; pero uno, que confesó bajo tortura y recibió garantías de impunidad, se convirtió en delator y denunció a treinta de los ciudadanos más ilustres. Entonces el pueblo, sin proceder a una investigación escrupulosa, hizo ejecutar a todos los acusados y confiscó sus bienes. Y al estar otros muchos bajo sospecha e insistir los demagogos [3] en sus acusaciones calumniosas, el pueblo llegó a un tal grado de brutalidad que condenó a muerte a todos los acusados, que eran muchos y muy ricos<sup>316</sup>. Fueron ejecutados más de mil doscientos ciudadanos<sup>317</sup> influyentes y el pueblo no perdonó ni a los mismos demagogos. En efecto, habida cuenta de la gravedad de [4] las circunstancias, los demagogos, por miedo a ser víctimas de algún imprevisto, pusieron fin a las acusaciones; entonces el populacho, enfurecido por creerse traicionado por ellos, hizo ejecutar a todos los demagogos. De este modo, pues, éstos, como si una divinidad se vengara, recibieron el castigo que merecían, y el pueblo, cesando en su furor, recuperó su antigua cordura<sup>318</sup>.

### *La Confederación Arcadia y la guerra civil de Tegea.*

Por la misma época, Licomedes [59] de Tegea<sup>319</sup> persuadió a los arcadios a formar una única confederación y a constituir una asamblea general compuesta por diez mil miembros<sup>320</sup>, con [2] facultades para decidir sobre la guerra y sobre la paz. Pero estalló una grave discordia entre los arcadios<sup>321</sup> y las dos facciones acudieron a las armas para resolver sus diferencias; muchos fueron muertos y más de mil cuatrocientos tuvieron que marchar [3] al exilio, unos a Esparta y otros a Palantio. Estos últimos fueron entregados por los palantios y la facción vencedora los masacró<sup>322</sup>, mientras que los que se habían refugiado en Esparta persuadieron a los lacedemonios a emprender una expedición [4] contra Arcadia<sup>323</sup>. Por eso el rey Agesilao, con su ejército y los exiliados, invadió el territorio de los tegeatas, a quienes se consideraba responsables de la insurrección y de los exilios. Agesilao devastó los campos, lanzó asaltos contra la ciudad y provocó el pánico entre los arcadios de la facción contraria<sup>324</sup>.

*Jasón al frente de Tesalia. Tres muertes coincidentes: Amintas, Agesípolis y Jasón. Las Historias de Duris de Samos.*

[60] Mientras ocurrían estos hechos, Jasón<sup>325</sup>, el tirano de Feras, hombre de extraordinario talento estratégico que había inducido a muchos pueblos confinantes a aliarse con él, convenció a los tesalios de que podían aspirar a la hegemonía de Grecia, afirmando que se ofrecía como una recompensa al valor para aquellos que fueran capaces de disputar por ella. Los lacedemonios, en efecto, [2] habían sufrido una gran debacle en Leuctra, los atenienses sólo pretendían el dominio del mar, los tebanos no eran dignos del primer puesto y los argivos estaban debilitados por las luchas intestinas y las matanzas fratricidas. Por eso los tesalios entregaron el mando supremo a Jasón y le confiaron la dirección de la guerra<sup>326</sup>. Una vez asumido el mando, Jasón se atrajo a algunos pueblos vecinos y concluyó una alianza con Amintas, el rey de los macedonios<sup>327</sup>.

Una coincidencia singular tuvo lugar durante este año; tres [3] soberanos murieron por la misma época<sup>328</sup>. Amintas, hijo de Arrideo<sup>329</sup>, que era rey de Macedonia, murió después de haber reinado veinticuatro años<sup>330</sup>, dejando tres hijos: Alejandro, Perdicas y Filipo; le sucedió en el trono su hijo Alejandro, que reinó un año<sup>331</sup>. Igualmente dejó de existir Agesípolis, rey de los lacedemonios, [4] después de un año de reinado; le sucedió en el poder [5] su hermano Cleómenes, que reinó treinta y cuatro años<sup>332</sup>. El tercero fue Jasón de Feras, que había sido elegido señor de Tesalia y que al parecer gobernaba a sus

súbditos con benevolencia; fue asesinado, según ha escrito Éforo<sup>333</sup>, por siete jóvenes conjurados en pos de la fama, o, como escriben algunos, por su hermano Polidoro<sup>334</sup>. Fue éste quien le sucedió en el poder supremo<sup>335</sup>; gobernó un año.

[6] El historiador Duris de Samos hizo comenzar en este punto su historia de Grecia<sup>336</sup>.

Éstos fueron, pues, los acontecimientos de aquel año.

*369-368 a. C. Tesalia: tiranía de Alejandro de Feras. Los Alévadas piden ayuda a Alejandro II de Macedonia.*

Cuando en Atenas era arconte Lisístrato, [61] en Roma estallaron las discordias civiles; unos pensaban que había que elegir cónsules, mientras que otros eran partidarios de nombrar tribunos militares. A estas luchas intestinas siguió un período de anarquía, pero luego se decidió elegir seis tribunos militares, y los designados fueron Lucio Emilio, Gayo Verginio, Servio Sulpicio y además Lucio Quintio, Gayo Cornelio y Gayo Valerio<sup>337</sup>. Este [2] año, Polidoro de Feras, que estaba al frente de los tesalios, fue envenenado por su sobrino<sup>338</sup> Alejandro, que le hizo beber hasta la embriaguez. El poder supremo pasó a manos de este sobrino Alejandro, que gobernó once años<sup>339</sup>. Éste, que había ocupado el trono ilegalmente y con violencia, mantuvo la misma tónica en el ejercicio del poder. Mientras que los señores que le habían precedido, al comportarse benignamente con el pueblo, se habían hecho amar<sup>340</sup>, él era odiado por su gobierno [3] cruel y violento<sup>341</sup>. Por eso, por temor a sus iniquidades, algunos lariseos, que por su noble linaje recibían el nombre de Alévadas<sup>342</sup>, se conjuraron para derribarlo del poder. Marcharon de Larisa y se dirigieron a Macedonia, donde persuadieron [4] al rey Alejandro para que los ayudara a derrocar al tirano<sup>343</sup>. Mientras estaban ocupados en este proyecto, Alejandro de Feras, informado de lo que se preparaba contra él, reclutó a los hombres aptos para las armas con la intención de entablar batalla en Macedonia. Pero el rey de los macedonios, que tenía a su lado a los exiliados de Larisa, se anticipó a sus enemigos y se presentó en Larisa con su ejército e, introducido en el interior de las fortificaciones por los lariseos, se apoderó de la [5] ciudad con excepción de la acrópolis. A continuación expugnó la acrópolis y, después de ganarse para su causa la ciudad de Cranón<sup>344</sup>, prometió a los tesalios que les devolvería estas ciudades, pero después, sin preocuparse por su reputación, introdujo en ellas guarniciones considerables y las conservó en su poder<sup>345</sup>. Alejandro de Feras por su parte, perseguido y amedrentado, regresó a Feras. Tal era entonces la situación en Tesalia.

*Esparta derrotada en Orcómeno por los arcadios, que piden ayuda a los beocios.  
Expedición contra Esparta.*

En el Peloponeso, los lacedemonios [62] enviaron como estratego a Arcadia a Polítropo<sup>346</sup> con mil hoplitas elegidos entre los ciudadanos y quinientos exiliados argivos y beocios. Éste se dirigió a Orcómeno de Arcadia<sup>347</sup> y custodió esta ciudad, que mantenía buenas relaciones con los espartiatas. Entonces, Licomedes de [2] Mantinea, que era estratego<sup>348</sup> de los arcadios, tomó consigo a las llamadas «tropas de élite», formadas por cinco mil hombres<sup>349</sup>, y se presentó en Orcómeno. Los lacedemonios hicieron salir a su ejército de la ciudad y se entabló una violenta batalla<sup>350</sup>, en la que pereció el estratego de los lacedemonios junto a unos doscientos de sus hombres, mientras que los restantes fueron perseguidos hasta la ciudad. Los arcadios, pese a su victoria, [3] temían la potencia de Esparta y no se consideraban bastante fuertes para proseguir por su cuenta la guerra contra los lacedemonios. Por eso, después de haber obtenido el apoyo de los argivos y eleos<sup>351</sup>, enviaron primero embajadores a Atenas para solicitar una alianza contra los espartiatas; pero después, en vista de que nadie atendía a su propuesta<sup>352</sup>, enviaron una embajada a los tebanos y los persuadieron a concluir una alianza contra [4] los lacedemonios<sup>353</sup>. Los beocios hicieron partir inmediatamente un ejército, al que unieron contingentes aliados enviados por los locros y los focenses. Este ejército avanzó hacia el Peloponeso a las órdenes de los beotarcas Epaminondas y Pelópidas, a quienes [5] los otros beotarcas<sup>354</sup> habían cedido voluntariamente el mando en reconocimiento de su talento y valor. Cuando llegaron a Arcadia, se les unieron en masa<sup>355</sup> los arcadios, los eleos, los argivos y todos los otros aliados. Y una vez que estuvieron reunidos más de cincuenta mil hombres<sup>356</sup>, los comandantes deliberaron<sup>357</sup> y decidieron marchar contra la misma Esparta y saquear toda Laconia<sup>358</sup>.

*Primera invasión tebana del Peloponeso. Esparta pide ayuda a Atenas.*

[63] Los lacedemonios habían perdido muchos jóvenes en el desastre de Leuctra, habían tenido numerosas bajas en las restantes derrotas y se veían, en suma, constreñidos por la Fortuna a contar con un escaso número de milicias de ciudadanos; a esto se añadía que algunos aliados habían hecho defección, mientras que otros estaban faltos de hombres por las mismas razones que ellos; por todo ello habían caído en una situación de gran impotencia. Se vieron, pues, obligados a recurrir a la ayuda de los

atenienses, el pueblo al que en otro tiempo habían impuesto los Treinta Tiranos y al que habían impedido reconstruir los muros de su ciudad<sup>359</sup>, el pueblo cuya ciudad habían tratado de arrasar completamente y cuyo territorio, el Ática, habían querido convertir en una cañada para el ganado<sup>360</sup>. Pero nada hay más fuerte que la Necesidad [2] y la Fortuna, que forzaron a los lacedemonios a implorar la ayuda de sus peores enemigos. Sus esperanzas, sin embargo, no se vieron defraudadas. El pueblo ateniense, en efecto, magnánimo y generoso<sup>361</sup>, no se dejó amedrentar por el poder de los tebanos y decretó acudir en masa<sup>362</sup> en auxilio de los lacedemonios en peligro de ser reducidos a la esclavitud. Inmediatamente confió el mando a Ifícrates y lo hizo partir el mismo día con doce mil hombres jóvenes. Ifícrates, cuyos soldados estaban llenos de ardor, avanzó con su ejército a toda prisa<sup>363</sup>. Dado que el enemigo había acampado en la frontera [3] de Laconia, los lacedemonios partieron, también ellos en masa, de Esparta y avanzaron al encuentro de sus adversarios con fuerzas numéricamente inferiores, pero confiados en su ánimo [4] valeroso. Epaminondas y sus oficiales, dándose cuenta de la dificultad de penetrar<sup>364</sup> en el territorio de los lacedemonios, pensaron que no les reportaba ninguna ventaja efectuar la invasión con un ejército tan numeroso agrupado y decidieron dividirse en cuatro columnas y realizar la irrupción por diversos puntos<sup>365</sup>.

*El ejército invasor, dividido en cuatro columnas, llega a Selasia e irrumpe en Laconia.*

[64] La primera columna, la de los beocios, siguió el camino directo<sup>366</sup> a la ciudad llamada Selasia<sup>367</sup> e hizo que sus habitantes abandonaran la [2] causa de los lacedemonios. Los argivos irrumpieron por la frontera de Tegeátide<sup>368</sup> y tuvieron que trabar combate con la guarnición que vigilaba el paso; mataron al comandante del destacamento, el espartiatas Alejandro, y a unos doscientos hombres, entre los que precisamente se encontraban los exiliados beocios<sup>369</sup>. La tercera columna, que estaba formada por los arcadios y era la [3] más numerosa, penetró en la región llamada Escirítide<sup>370</sup>, defendida por Íscolas<sup>371</sup>, un hombre de un valor y de un talento militar excepcionales, con un contingente numeroso. Este hombre, uno de los más ilustres soldados, realizó una hazaña heroica que merece pasar a la posteridad. Viendo que, debido a la [4] superioridad numérica del enemigo, iban a perecer todos los que tomaran parte en la batalla, juzgó por una parte indigno de Esparta abandonar su puesto en el paso, pero por otra pensó que salvar a sus soldados sería útil para la patria; así pues, de un modo sorprendente, concilió ambos objetivos y puso todo su empeño en emular el valor demostrado en otro tiempo por el rey Leónidas en las Termópilas<sup>372</sup>. Eligió a los



jovenes y los envió [5] a Esparta para que fueran útiles en aquella situación de extremo peligro, y él mismo, manteniéndose en su puesto con los soldados de más edad, mató a muchos enemigos antes de ser rodeado por los arcadios y perecer con todos sus hombres<sup>373</sup>. Los eleos, [6] que formaban la cuarta sección del ejército, pasaron por otros lugares carentes de obstáculos<sup>374</sup> y llegaron a Selasia, que era el lugar de encuentro que se había fijado para todas las unidades. Una vez que todo el ejército se hubo reagrupado en Selasia, avanzaron contra la misma Esparta saqueando e incendiando el territorio<sup>375</sup>.

*Epaminondas ataca Esparta, saquea Laconia y regresa a Arcadia. Preparativos lacedemonios.*

[65] Los lacedemonios, que durante quinientos años habían preservado Laconia de devastaciones<sup>376</sup>, entonces no podían soportar verla saqueada por el enemigo y, en el arrebato de su cólera<sup>377</sup>, trataban de lanzarse fuera de la ciudad, pero los ancianos, por temor a un ataque, les impidieron alejarse demasiado del solar patrio y los persuadieron a permanecer allí para velar por la seguridad de su ciudad<sup>378</sup>. [2] Epaminondas con sus hombres descendió por el Taigeto hacia el Eurotas<sup>379</sup> y trató de atravesar el río, cuya corriente era impetuosa debido a la estación invernal. Cuando los lacedemonios vieron el desorden en las fuerzas contrarias provocado por la dificultad del cruce, aprovecharon la ocasión que se les brindaba para el ataque y dejaron en la ciudad a las mujeres, los niños y los ancianos para defender Esparta, mientras que ellos, con la totalidad de los hombres en edad militar, efectuaron una salida contra los enemigos y, abalanzándose sobre ellos por sorpresa mientras atravesaban el río, hicieron una verdadera matanza<sup>380</sup>. Pero cuando los beocios y los arcadios contraatacaron [3] y, gracias a su superioridad numérica, comenzaron a rodear a sus adversarios, los espartiatas se retiraron a la ciudad después de haber causado muchas bajas y haber dejado un claro testimonio de su valor. A continuación, cuando Epaminondas con todas [4] sus tropas lanzó un tremendo asalto contra la ciudad<sup>381</sup>, los espartiatas, ayudados por las buenas defensas naturales del lugar, mataron a muchos de aquellos que atacaban precipitadamente; pero, al final, los sitiadores, tras poner todo su empeño, dieron primeramente la impresión de que se apoderaban de Esparta a viva fuerza; sin embargo, dado que de los asaltantes unos eran muertos y otros heridos, Epaminondas hizo sonar la trompeta para que sus soldados se retiraran, mientras que él con sus hombres, acercándose a la ciudad, retó a los espartiatas a una batalla campal y, en caso contrario, los instó a que reconocieran su inferioridad ante el enemigo. Los espartiatas le respondieron que [5] entablarían la batalla decisiva en



el momento oportuno y él se alejó de la ciudad. Luego saqueó toda Laconia y, después de haber reunido un botín incalculable, regresó a Arcadia. Después [6] de estos hechos, los atenienses, que no habían llegado a tiempo<sup>382</sup>, regresaron al Ática sin haber llevado a cabo ninguna acción digna de mención. Los lacedemonios recibieron de sus aliados una ayuda de cuatro mil soldados<sup>383</sup>. A éstos añadieron mil hilotas que habían liberado recientemente<sup>384</sup> y doscientos exiliados beocios e hicieron venir asimismo numerosas tropas de las ciudades vecinas, con lo que formaron un ejército capaz de enfrentarse al enemigo. Lo mantuvieron reunido e hicieron que se ejercitara, y así de día en día aumentaron su confianza en sí mismos preparándose para la batalla decisiva.

*Epaminondas funda Mesene. Resumen de la historia de los mesenios.*

[66] Epaminondas, que era un hombre de grandes proyectos y aspiraba a una gloria inmortal, aconsejó a los arcadios y a los otros aliados que fundaran Mesene, arrasada muchos años antes por los lacedemonios, ya que ocupaba una posición favorable para las operaciones contra Esparta. Al estar todos de acuerdo, buscó a los mesenios que quedaban, inscribió como ciudadanos a todas las demás personas que querían<sup>385</sup> y fundó Mesene<sup>386</sup>, dotándola de un gran número de habitantes. Repartió entre ellos las tierras por sorteo y con aquella reedificación de la región devolvió la vida a una ilustre ciudad griega y se granjeó un gran reconocimiento entre todos los hombres<sup>387</sup>.

No me parece inoportuno, dado que Mesene fue tomada y [2] arrasada en diversas ocasiones<sup>388</sup>, recapitular aquí su historia desde sus orígenes<sup>389</sup>. Antiguamente, pues, hasta la guerra de Troya, perteneció a la línea de Neleo y de Néstor<sup>390</sup>; después, a Orestes, hijo de Agamenón, y a sus descendientes hasta el retorno de los Heraclidas, a raíz del cual Cresfontes obtuvo Mesenia en el reparto<sup>391</sup>, y sus descendientes reinaron allí durante un tiempo; luego los descendientes de Cresfontes perdieron el reino [3] y se apoderaron de él los lacedemonios<sup>392</sup>. Posteriormente, después de que muriera en una disputa<sup>393</sup> el rey de los lacedemonios, Teleclo<sup>394</sup>, los mesenios fueron derrotados en una guerra con los lacedemonios. Se dice que esta guerra duró veinte años<sup>395</sup> ya que los lacedemonios habían jurado que no volverían a Esparta si no conquistaban Mesene. Fue entonces cuando nacieron los llamados partenias, que fundaron la ciudad de Tarento<sup>396</sup>. Más tarde, cuando los mesenios estaban sometidos a los lacedemonios, Aristómenes persuadió a los mesenios a rebelarse contra los espartiatas<sup>397</sup>, a los que causó muchos males; y fue entonces cuando el poeta Tirteo fue cedido por los atenienses a los

espartiatas como comandante<sup>398</sup>. Algunos autores<sup>399</sup> afirman, [4] por el contrario, que Aristómenes vivió en la época de la guerra de los veinte años. La última guerra entre los dos pueblos estalló cuando tuvo lugar el gran terremoto que prácticamente destruyó toda Esparta y la despobló<sup>400</sup>. Fue entonces cuando los mesenios que quedaban fundaron Itome juntamente con los hilotas que habían participado en la rebelión, mucho tiempo después de la destrucción de Mesene. Pero, después de fracasar en [5] todas las guerras, finalmente fueron desterrados y se establecieron en Naupacto, ciudad que les dieron los atenienses para que residieran en ella. Algunos de ellos se exiliaron a Cefalonia y otros se establecieron en Sicilia, en Mesene, que por ellos tomó su nombre<sup>401</sup>. En fin, en el período al que ahora nos referimos, [6] los tebanos, por consejo de Epaminondas, que hizo venir mesenios de todas partes, fundaron Mesene y les restituyeron su antiguo territorio. Tales fueron, pues, las muchas e importantes vicisitudes de Mesene.

*Alianza entre Atenas y Esparta. Éxito arcadio en Laconia. Primera intervención de Pelópidas en Tesalia.*

[67] Los tebanos realizaron todo lo que hemos expuesto en ochenta y cinco días<sup>402</sup> y, después de dejar una guarnición considerable en Mesene, regresaron a su casa. Los lacedemonios, que inesperadamente se vieron liberados de los enemigos, enviaron una embajada<sup>403</sup> a Atenas compuesta por los espartiatas más ilustres y concluyeron un acuerdo sobre la hegemonía según el cual los atenienses serían dueños del mar, y los lacedemonios, de la tierra; pero después las dos ciudades ejercieron en común la hegemonía sobre ambos [2] dominios<sup>404</sup>. Los arcadios, tras elegir estratega a Licomedes y confiarle las denominadas «tropas de élite», formadas por cinco mil hombres<sup>405</sup>, hicieron una expedición contra Pelene<sup>406</sup> de Laconia. Se apoderaron de la ciudad a viva fuerza, mataron a los más de trescientos hombres de la guarnición dejada por los lacedemonios y, una vez que hubieron esclavizado la ciudad y saqueado el territorio, regresaron a su patria antes de que llegaran [3] las tropas de socorro de los lacedemonios. Los beocios, solicitados por los tesalios<sup>407</sup> para liberar sus ciudades y abatir la tiranía de Alejandro de Feras, enviaron a Tesalia a Pelópidas con un ejército, ordenándole que arreglara los asuntos de Tesalia de acuerdo con los intereses de los beocios. Pelópidas llegó [4] a Larisa donde encontró la acrópolis ocupada por una guarnición de Alejandro de Macedonia<sup>408</sup>; la conquistó y penetró luego en Macedonia, donde concluyó una alianza con Alejandro, rey de los macedonios; de él recibió como rehén a su hermano Filipo<sup>409</sup>, al que envió a Tebas. Una vez que hubo arreglado la situación de Tesalia de la

manera que le pareció más conveniente para los beocios, regresó a su patria.

### *Segunda invasión tebana del Peloponeso.*

Después de estos hechos, los arcadios, los argivos [68] y los eleos decidieron de común acuerdo emprender una expedición contra los lacedemonios y, enviando una embajada a los beocios, los persuadieron a participar en la guerra. Los beocios dieron el mando a Epaminondas junto con otros beotarcas<sup>410</sup> y enviaron siete mil soldados de infantería y seiscientos de caballería<sup>411</sup>. Los atenienses, al enterarse de que las fuerzas beocias iban a pasar al Peloponeso, enviaron contra ellas un ejército a las órdenes del estratego Cabrias. [2] Éste llegó a Corinto y, después de añadir a sus tropas soldados de Mégara<sup>412</sup>, de Pelene<sup>413</sup> y de la propia Corinto, formó un ejército de diez mil hombres. A continuación, cuando los lacedemonios y los otros aliados<sup>414</sup> llegaron a Corinto, el total [3] de las fuerzas reunidas ascendió por lo menos a veinte mil hombres. Decidieron fortificar los accesos e impedir a los beocios la invasión del Peloponeso. Comenzando desde Cencreas hasta Lequeo<sup>415</sup>, cortaron la región con empalizadas y profundos fosos. Completaron las obras en seguida gracias al gran número de brazos y al ardor de las tropas, de modo que tuvieron fortificada toda la zona antes de la llegada de los beocios.

[4] Cuando llegó Epaminondas con su ejército, inspeccionó el terreno y, dándose cuenta de que el lugar más accesible era el custodiado por los lacedemonios, comenzó por retar al enemigo, que le triplicaba en efectivos, a entablar batalla; pero luego, dado que nadie se atrevía a avanzar fuera de las fortificaciones, sino que todos permanecían al abrigo del atrincheramiento, [5] se lanzó al ataque contra el enemigo. Así pues, toda la zona fue escenario de ataques encarnizados, pero los más violentos fueron los dirigidos contra los lacedemonios, cuyas posiciones eran más accesibles y difíciles de defender. Los dos bandos combatieron con extraordinario espíritu de emulación y Epaminondas, que tenía a su lado las tropas de élite tebanas, logró a duras penas superar a los lacedemonios; rompió su línea de defensa, hizo pasar a su ejército y penetró en el Peloponeso, llevando a cabo de este modo una empresa en nada inferior a sus hazañas precedentes<sup>416</sup>.

*Los tebanos atacan diversas ciudades y, en Corinto, son rechazados por Cabrias.*

Inmediatamente se dirigió contra [69] Trecén y Epidauro<sup>417</sup> y devastó su territorio, pero no pudo apoderarse de las ciudades debido a que tenían guarniciones considerables; consiguió, sin embargo, la adhesión de Sición<sup>418</sup>, Fliunte<sup>419</sup> y algunas otras ciudades gracias al temor que les inspiraba. Marchó luego contra Corinto y, cuando los corintios efectuaron una salida contra él, los venció en una batalla y los persiguió hasta el interior de las murallas; al exaltarse los beocios por el éxito y atreverse algunos temerariamente a irrumpir en la ciudad a través de la puerta, los corintios, espantados, se refugiaron en sus casas, pero Cabrias, el estratega ateniense, opuso una resistencia valerosa e inteligente y logró expulsar a [2] los beocios de la ciudad aplastando a muchos de ellos<sup>420</sup>. Heridos en su amor propio, los beocios dispusieron todas sus fuerzas en orden de batalla y dirigieron un asalto terrible contra Corinto, mientras que Cabrias hizo salir a sus atenienses de la [3] ciudad y, ocupando las posiciones más elevadas<sup>421</sup>, esperó a pie firme el ataque enemigo. Los beocios, confiados en su poderío físico y en la experiencia adquirida en las continuas guerras, esperaban superar a los atenienses con la fuerza, pero Cabrias y los suyos, que combatían desde posiciones más elevadas y recibían abundantes suministros de la ciudad, mataron a muchos [4] asaltantes y a otros los cubrieron de heridas. Después de haber sufrido importantes pérdidas sin haber obtenido ningún resultado, los beocios emprendieron la retirada. De esta forma, pues, Cabrias, admirado por su valor y por su capacidad estratégica, consiguió rechazar al enemigo.

*Refuerzos de Dionisio a los lacedemonios. La misión de Filisco. Tiranía de Eufrón en Sición.*

[70] Desde Sicilia arribaron a Corinto dos mil celtas e iberos<sup>422</sup>, que habían sido enviados por el tirano Dionisio para combatir al lado de los lacedemonios<sup>423</sup> y ya habían recibido la soldada de cinco meses. Los griegos, con la intención de ponerlos a prueba, los situaron en primera línea y ellos demostraron su valor en los encuentros cuerpo a cuerpo y en las batallas e infligieron muchas bajas a los beocios y a sus aliados. Así, tras haberse granjeado la fama de una habilidad y valor excepcionales, después de haber prestado numerosos servicios y haber sido honrados por los lacedemonios, a finales del verano, fueron enviados de regreso a Sicilia. Después [2] de estos hechos, Filisco, enviado por el rey Artajerjes, arribó a Grecia; llevaba la misión de exhortar a los griegos a poner fin a las guerras y a concluir una paz general<sup>424</sup>. Todos los demás aceptaron gustosos la propuesta, pero los tebanos fueron excluidos porque, de acuerdo con su proyecto político, mantenían toda Beocia unificada en una liga tributaria. Descartada la

paz general, Filisco dejó a los lacedemonios dos mil mercenarios de élite con la soldada pagada y regresó a Asia.

Coincidiendo con estos acontecimientos, Eufión de Sición, [3] un hombre que se distinguía por su temeridad y locura<sup>425</sup>, se propuso instaurar la tiranía con el apoyo de los argivos<sup>426</sup>. Una vez que hubo triunfado en su intento, desterró a los cuarenta sicionios más ricos y confiscó sus bienes, y con las grandes sumas que se procuró pudo reunir mercenarios e imponer su poder en la ciudad<sup>427</sup>.

*368-367 a. C. Asesinato de Alejandro II de Macedonia. Pelópidas apresado por Alejandro de Feras. Epaminondas salva al ejército tebano enviado a Tesalia.*

[71] Cuando en Atenas era arconte Nausígenes, en Roma, en lugar de cónsules, fueron elegidos cuatro tribunos militares: Lucio Papirio, Lucio Menenio, Servio Cornelio y Servio Sulpicio<sup>428</sup>, y entre los eleos se celebró la Olimpiada centésima tercera, en la que Pitóstrato de Atenas<sup>429</sup> obtuvo la victoria en la carrera del estadio. Aquel año, Tolomeo de Aloro<sup>430</sup>, hijo de Amintas, asesinó a su hermano Alejandro y [2] reinó en Macedonia tres años. En Beocia, Pelópidas, cuya reputación militar rivalizaba con la de Epaminondas, viendo que éste había arreglado los asuntos del Peloponeso de acuerdo con los intereses de los beocios, se afanaba por tener el mérito de asegurar para los tebanos las regiones de fuera del Peloponeso<sup>431</sup>. Tomó entonces consigo a su amigo Ismenias, un hombre admirado por su valor, y entró en Tesalia<sup>432</sup>. Allí, al encontrarse con Alejandro, el tirano de Feras, fue inesperadamente arrestado juntamente con Ismenias y puesto bajo vigilancia<sup>433</sup>. Los tebanos [3] se irritaron por lo sucedido y enviaron inmediatamente a Tesalia ocho mil hoplitas y seiscientos soldados de caballería, ante lo cual Alejandro, espantado, envió embajadores a Atenas para estipular una alianza<sup>434</sup>. El pueblo ateniense le envió en seguida treinta naves y mil soldados a las órdenes del estratega [4] Autocles<sup>435</sup>. Mientras éste estaba circunnavegando Eubea, los tebanos se presentaron en Tesalia. Aunque Alejandro había reunido su infantería y tenía una caballería mucho más numerosa que la de los beocios, éstos, en un primer momento, pensaban resolver la guerra con una batalla<sup>436</sup>, dado que contaban con la ayuda de los tesalios; pero cuando vieron que éstos los abandonaban, que los atenienses y otros aliados apoyaban a Alejandro y que ellos mismos estaban faltos de víveres, de bebida y de todo lo necesario, los beotarcas decidieron regresar a su patria. [5] Una vez que hubieron levantado el campamento, cuando su marcha discurría por una zona llana<sup>437</sup>, Alejandro, que los seguía de cerca con una numerosa caballería, atacó su retaguardia.

Algunos beocios perecieron alcanzados por una continua lluvia de dardos, otros cayeron heridos y, finalmente, no pudiendo ni resistir en el sitio ni proseguir su avance, se encontraron en una situación de extrema dificultad, puesto que también [6] andaban cortos de provisiones<sup>438</sup>. Ya desesperaban de salvarse cuando Epaminondas, que entonces estaba allí como un ciudadano más, fue elegido general por los soldados. Inmediatamente se puso al frente de la infantería ligera y la caballería y se situó en la retaguardia, logrando de este modo rechazar a los enemigos que los perseguían y proporcionar una total seguridad a los hoplitas que estaban en vanguardia; así, convirtiendo la [7] retirada en una batalla y disponiendo sus tropas con ingenio, consiguió salvar el ejército<sup>439</sup>. Su renombre aumentaba cada vez más gracias a los éxitos obtenidos y gozaba de una gran popularidad entre sus conciudadanos y entre los aliados. Los tebanos sometieron a juicio a los beotarcas de la expedición y los condenaron a una fuerte multa<sup>440</sup>.

*El proceso de Epaminondas. La «guerra sin lágrimas». Fundación de Megalópolis.*

Si se pregunta el motivo por el [72] que un hombre tal participaba como un simple ciudadano en la expedición enviada a Tesalia, ha de darse su propio razonamiento de defensa. En la batalla que se libró cerca de Corinto<sup>441</sup>, Epaminondas había roto la línea de defensa lacedemonia que custodiaba las fortificaciones y, aunque hubiera podido infligir numerosas bajas al enemigo, se contentó con el éxito obtenido y renunció a proseguir la batalla<sup>442</sup>. Esto bastó [2] para que recayera sobre él la sospecha de que había tratado con miramiento a los lacedemonios como un favor personal, y aquellos que envidiaban su fama<sup>443</sup> aprovecharon la ocasión para lanzar contra él una serie de calumnias que resultaran plausibles. Presentaron contra él una acusación de traición<sup>444</sup> y el pueblo, irritado, lo destituyó del cargo de beotarca, lo redujo al estado de simple ciudadano y lo envió con los otros soldados. Pero cuando con sus éxitos hizo olvidar las calumnias dirigidas contra él, el pueblo lo restituyó a la dignidad de antes. Poco tiempo después tuvo lugar una gran batalla entre los lacedemonios [3] y los arcadios, en la que los lacedemonios obtuvieron una brillante victoria<sup>445</sup>. Desde la derrota de Leuctra éste fue realmente su primer éxito, y fue algo sorprendente, ya que los arcadios perdieron diez mil hombres<sup>446</sup>, mientras que los lacedemonios no tuvieron ninguna baja. Las sacerdotisas de Dodona les habían predicho que ésta sería una «guerra sin lágrimas» para [4] los lacedemonios. Después de esta batalla<sup>447</sup>, los arcadios, por temor a las invasiones de los lacedemonios, fundaron en un lugar favorable la ciudad llamada Megalópolis<sup>448</sup>,

reuniendo para su formación veinte pueblos de los arcadios conocidos como menalios y parrasios. Tal era entonces la situación en Grecia.

*Ataque siracusano a la zona cartaginesa y revés en el puerto de los ericinos. Muerte de Dionisio I.*

[73] En Sicilia, el tirano Dionisio, que tenía fuerzas armadas considerables y veía que los cartagineses no estaban en disposición de entrar en guerra debido a la epidemia que los había azotado y a la rebelión de los libios<sup>449</sup>, decidió emprender una expedición contra ellos. Dado que no tenía un pretexto plausible para romper las hostilidades, alegó, mintiendo, que los púnicos que estaban bajo su protección habían invadido su propio territorio.<sup>450</sup> Preparó, pues, treinta mil infantes, tres mil soldados de caballería, trescientas [2] trirremes y el equipo necesario para estas fuerzas y penetró en el territorio sometido a los cartagineses. Inmediatamente se ganó para su causa Selinunte y Entela<sup>451</sup> y, después de haber saqueado todo el territorio y haberse apoderado de la ciudad de los ericinos<sup>452</sup>, puso sitio a Lilibeo<sup>453</sup>, pero el gran número de soldados que defendía la ciudad lo indujo a levantar el asedio.

Ante la noticia de que los arsenales de los cartagineses habían [3] sufrido un incendio, pensó que toda su flota había sido destruida y, menospreciándolos, sólo envió al puerto de los ericinos<sup>454</sup> sus ciento treinta mejores trirremes e hizo volver a todas las restantes a Siracusa. Pero los cartagineses, que inopinadamente [4] habían equipado doscientas naves, zarparon contra la flota fondeada en el puerto de los ericinos y, dado lo inesperado del ataque, consiguieron llevarse la mayor parte de las trirremes<sup>455</sup>. A continuación, una vez llegado el invierno, concluyeron un armisticio y se separaron para regresar a sus ciudades [5] respectivas. Al cabo de poco tiempo, Dionisio cayó enfermo y murió, después de haber sido soberano de Siracusa durante treinta y ocho años<sup>456</sup>; le sucedió en el poder su hijo Dionisio, que gobernó como tirano durante doce años<sup>457</sup>.

*Victoria de Dionisio en las Leneas y profecía sobre su muerte. Le sucede Dionisio el Joven.*

[74] No está fuera de lugar en el presente relato histórico exponer las causas de la muerte de este soberano y los hechos que le acaecieron hacia el fin de sus días. Dionisio



había hecho representar una tragedia<sup>458</sup> en Atenas con ocasión de las Leneas y había vencido en el certamen; uno de los que cantaban en el coro, suponiendo que obtendría una espléndida recompensa si era el primero en comunicarle la victoria, hizo la travesía hasta Corinto. Allí encontró una nave que zarpaba rumbo a Sicilia, embarcó en ella y, gracias a los vientos favorables, arribó en poco tiempo a Siracusa, [2] donde dio al tirano la noticia de su victoria. Dionisio lo recompensó y se alegró sobremanera; ofreció sacrificios a los dioses por la buena nueva y organizó simposios y grandes banquetes. Obsequió a sus amigos con magnificencia y él mismo se excedió en la bebida hasta embriagarse y, debido a la enorme cantidad de líquido ingerido, le sobrevino una grave enfermedad<sup>459</sup>. [3] Había recibido una profecía de los dioses según la cual moriría cuando hubiera vencido a quienes eran mejores, y Dionisio interpretaba el oráculo refiriéndolo a los cartagineses en la idea de que éstos eran mejores que él. Por esa razón, en las frecuentes guerras en que se había enfrentado a ellos, acostumbraba retirarse en el momento de la victoria y aceptar la derrota de buen grado, a fin de no parecer que era mejor que el enemigo más fuerte. No pudo, sin embargo, pese a sus astucias, escapar [4] a la suerte que el destino le había reservado, sino que, aunque era un mal poeta y el certamen se celebraba en Atenas<sup>460</sup>, venció a poetas mejores que él. Así podemos decir que su muerte sobrevino, de acuerdo con el oráculo, a raíz del éxito obtenido sobre quienes eran mejores que él.

Le sucedió en la tiranía Dionisio el Joven, quien comenzó [5] por reunir en asamblea al pueblo y le exhortó con palabras apropiadas a guardarle la lealtad que pasaba a él como parte de la herencia paterna; luego, después de haber celebrado un fastuoso funeral en honor de su padre y de haberlo enterrado en la acrópolis junto a las llamadas Puertas Reales, se dedicó a consolidar su poder.

*367-366 a. C. Anarquía en Roma. Masacre de Escotusa. Tercera invasión tebana del Peloponeso y expedición beocia a Tesalia. Ayuda de Atenas a Fliunte.*

[75] Cuando en Atenas era arconte Polizelo, en Roma no fueron elegidos magistrados<sup>461</sup> a causa de las discordias civiles, y en Grecia Alejandro, el tirano de Feras, en Tesalia, que había inculcado por unos asuntos a la ciudad de Escotusa<sup>462</sup>, convocó a sus habitantes en asamblea y, después de haberlos rodeado con los mercenarios, los degolló a todos; arrojó luego los cuerpos de los muertos en una fosa situada delante de las murallas y devastó la ciudad.

[2] El tebano Epaminondas penetró con un ejército en el Peloponeso<sup>463</sup>, se atrajo a



los aqueos y a algunas otras ciudades, y liberó Dime, Naupacto y Calidón<sup>464</sup> de las guarniciones aqueas que las ocupaban. Los beocios efectuaron asimismo una expedición a Tesalia<sup>465</sup> y se llevaron consigo a Pelópidas liberándolo de Alejandro, el tirano de Feras.

El estratega Cares fue enviado con un ejército por los atenienses [3] en auxilio de los fliasios, a quienes los argivos hacían la guerra; venció a los argivos en dos batallas, devolvió la seguridad a los fliasios y regresó a Atenas<sup>466</sup>.

*366-365 a. C. Disputa por Oropo. Prosperidad de Cos. La paz del 366/365. Hombres ilustres de la época.*

Transcurrido aquel año, Cefisodoro [76] fue arconte en Atenas, y en Roma, en lugar de cónsules, el pueblo eligió cuatro tribunos militares: Lucio Furio, Paulo Manlio, Servio Sulpicio y Servio Cornelio<sup>467</sup>. Este año, Temisión, el tirano de Eretria, se apoderó de Oropo<sup>468</sup>; pero esta ciudad, que pertenecía a los atenienses, la perdió de un modo inesperado. En efecto, cuando los atenienses emprendieron una expedición contra él con fuerzas muy superiores, acudieron en su ayuda los tebanos, los cuales, después de obtener la ciudad en depósito<sup>469</sup>, se negaron a restituirla.

[2] Al mismo tiempo, los habitantes de Cos se trasladaron a la ciudad donde viven actualmente e hicieron de ella una urbe considerable<sup>470</sup>; reunieron allí una población numerosa, y construyeron costosas murallas y un puerto excelente. Desde entonces aumentaron cada vez más tanto los ingresos públicos como las riquezas de los particulares y pudo, en suma, competir con las ciudades más importantes.

[3] Mientras ocurrían estos hechos, el rey de los persas envió embajadores y persuadió a los griegos a poner fin a las guerras y a concluir entre ellos una paz general<sup>471</sup>. Por eso finalizó la guerra llamada lacónico-beocia, que había durado más de cinco años y se había iniciado con los acontecimientos de Leuctra.

[4] En este tiempo vivieron hombres dignos de ser recordados por su cultura<sup>472</sup>: el orador Isócrates y sus discípulos<sup>473</sup>, el filósofo Aristóteles, Anaxímenes de Lámpsaco<sup>474</sup>, Platón de Ateñas, los últimos filósofos de la escuela pitagórica<sup>475</sup>, Jenofonte, que redactó su obra histórica en una edad muy avanzada (menciona, en efecto, la muerte de Epaminondas, que ocurrirá un poco más tarde)<sup>476</sup>, Aristipo y Antístenes así como Esquines de Esfeto, el socrático<sup>477</sup>.

*365-364 a. C. Estalla la guerra entre Arcadia y Élida. En Macedonia, Perdicas III asesina y sucede a Ptolomeo de Aloro.*

Cuando Quión era arconte en Atenas, [77] en Roma, en lugar de cónsules, fueron elegidos tribunos militares Quinto Servilio, Gayo Veturio, Aulo Cornelio y también Marco Cornelio y Marco Fabio<sup>478</sup>. Este año, mientras la paz reinaba en toda Grecia, de nuevo estallaron focos de guerra en algunas ciudades y se produjeron movimientos inesperados que cambiaron la situación de las cosas. Por ejemplo, los exiliados arcadios, partiendo de Élida, se apoderaron de una plaza fuerte de la región llamada Trifilia cuyo nombre era Lasión<sup>479</sup>. Desde hacía mucho tiempo, los arcadios y los eleos se disputaban Trifilia<sup>480</sup> [2] y alternaban en el dominio del territorio según los cambios de la fortuna dieran a unos u a otros la hegemonía. En el período en cuestión, aunque Trifilia pertenecía a los arcadios, los eleos, esgrimiendo el pretexto de los exiliados, se la arrebataron [3] a los arcadios<sup>481</sup>. Irritados por este hecho, los arcadios como primera medida enviaron embajadores para reclamar la plaza fuerte; pero no obtuvieron respuesta y fueron a solicitar la alianza de los atenienses, con cuyo apoyo marcharon contra Lasión. Los eleos acudieron en ayuda de los exiliados y tuvo lugar una batalla cerca de Lasión, en la que los eleos fueron derrotados por los arcadios, muy superiores en número, y perdieron [4] más de doscientos soldados. Éste fue el principio de la guerra, pero el conflicto entre los arcadios y los eleos se agravó porque los arcadios, exaltados por su éxito, inmediatamente emprendieron una expedición contra Élida y tomaron las ciudades de Margana y Cronión y también Ciparisia y Corifasio<sup>482</sup>.

[5] Mientras ocurrían estos hechos, en Macedonia, en su tercer año de reinado Tolomeo de Aloro<sup>483</sup> fue asesinado por su hermano Perdicas, quien le sucedió en el poder y reinó en Macedonia cinco años<sup>484</sup>.

*364-363 a. C. Pisa y Arcadia frente a Élida por la celebración de las Olimpiadas. Epaminondas y la hegemonía marítima.*

Cuando Timócrates era arconte en [78] Atenas, en Roma, en lugar de cónsules, fueron elegidos tres tribunos militares, Tito Quintio, Servio Cornelio y Servio Sulpicio<sup>485</sup>, y los pisatas y los arcadios celebraron la Olimpiada centésima cuarta, en la que el ateniense Fócides obtuvo la victoria en la carrera del estadio<sup>486</sup>. Este año, los pisatas, queriendo hacer [2] revivir el antiguo prestigio de su patria y apoyándose en algunas antiguas tradiciones míticas, proclamaron que el derecho de organizar las fiestas

Olimpicas les correspondía a ellos. Y pensando que aquélla era la ocasión favorable para reivindicar los juegos, concluyeron una alianza con los arcadios, que eran enemigos de los eleos, y con su colaboración marcharon contra los eleos, que acababan de iniciar la celebración de los juegos<sup>487</sup>. [3] Los eleos se enfrentaron a ellos con todas sus fuerzas y se entabló una violenta batalla, que tuvo como espectadores a los griegos presentes en la fiesta, que, con una corona en la cabeza, tranquilamente y sin correr ningún peligro, aclamaban los actos de valor de una y otra parte. Finalmente vencieron los pisatas y celebraron los juegos; pero luego los eleos no registraron esta Olimpiada, porque, según ellos, se había celebrado valiéndose de la fuerza y contrariamente a derecho.

[4] Al mismo tiempo, el tebano Epaminondas, que gozaba de un extraordinario prestigio entre sus conciudadanos, con ocasión de una asamblea, se dirigió a ellos exhortándolos a aspirar a la hegemonía en el mar. A lo largo de este discurso, que meditaba desde hacía tiempo, trató de demostrar que esta empresa era útil y realizable, insistiendo especialmente en que a quien ya tenía la supremacía en tierra le sería fácil conseguir el dominio del mar. En la guerra contra Jerjes, por ejemplo, los atenienses, que habían equipado por su cuenta doscientas naves<sup>488</sup>, estaban, en efecto, bajo el mando de los lacedemonios, que sólo aportaron diez. Con este y otros muchos argumentos en apoyo de su tesis persuadió a los tebanos a aspirar al dominio del mar<sup>489</sup>.

*Epaminondas a Rodas, Quíos y Bizancio. Elogio de Epaminondas. Destrucción de Orcómeno.*

[79] Inmediatamente, pues, el pueblo decretó construir cien trirremes y un número equivalente de arsenales<sup>490</sup> e incitar a los pueblos de Rodas, de Quíos y de Bizancio a ayudarlos en la realización de sus planes. Epaminondas en persona fue enviado con un ejército a las antedichas ciudades y atemorizó de tal modo al estratega ateniense Laques<sup>491</sup>, enviado con una flota considerable para obstaculizar a los tebanos, que le obligó a retirarse y él se ganó aquellas ciudades para Tebas<sup>492</sup>. Ciertamente, si este hombre hubiera vivido [2] más tiempo, los tebanos, en opinión de todo el mundo, habrían obtenido, además de la hegemonía en tierra, el dominio del mar. Cuando, al cabo de poco tiempo, murió heroicamente en la batalla de Mantinea, después de haber dado a su patria una brillantísima victoria, en seguida la potencia de Tebas se desvaneció con él<sup>493</sup>. Pero este asunto lo trataremos con rigor y detalladamente un poco más adelante. En este tiempo<sup>494</sup>, los tebanos [3] decidieron emprender una expedición contra Orcómeno por las razones siguientes. Ciertos exiliados que querían cambiar la

constitución de Tebas e instaurar un régimen aristocrático persuadieron a los caballeros de Orcómeno, que eran trescientos, a participar en su plan<sup>495</sup>. Estos caballeros tenían por norma encontrarse [4] con los tebanos<sup>496</sup> en un día determinado para una revista de armas y acordaron realizar el ataque ese día, y con muchos otros, que participaban en el complot y habían colaborado acudieron a la cita. Entonces, los que habían organizado la acción, [5] arrepentidos, revelaron el proyecto de ataque a los beotarcas y denunciaron a los otros conjurados, procurándose con este servicio la salvación para ellos mismos. Los magistrados arrestaron a los caballeros de Orcómeno y los condujeron ante la asamblea, y el pueblo decretó ejecutarlos, vender a los orcomenios como esclavos y arrasas la ciudad. De antiguo, en efecto, los tebanos eran hostiles a éstos debido a que en tiempos heroicos habían pagado tributo a los minias; y después habían sido [6] liberados por Heracles<sup>497</sup>. Los tebanos pensaron, pues, que era una buena ocasión y, con aquel pretexto plausible para vengarse, hicieron una expedición contra Orcómeno; se apoderaron de la ciudad, mataron a los hombres y vendieron como esclavos a las mujeres y los niños<sup>498</sup>.

*Expedición beocia contra Alejandro de Feras. Eclipse de sol y muerte de Pelópidas.  
Derrota de Alejandro.*

[80] Por la misma época, los tesalios, que en la guerra que habían sostenido con Alejandro, el tirano de Feras, habían sido derrotados en varias batallas y habían perdido muchos soldados<sup>499</sup>, enviaron embajadores a los tebanos con la petición de que los ayudaran y les enviaran como comandante a Pelópidas. Sabían que él, al haber sido arrestado<sup>500</sup> por Alejandro, abrigaba sentimientos hostiles hacia aquel monarca, y conocían asimismo su extraordinario [2] valor y su renombrado talento estratégico. Cuando se reunió la asamblea federal de los beocios<sup>501</sup> y los embajadores hubieron expuesto el objeto de su misión, los beocios estuvieron de acuerdo con todas las peticiones de los tesalios y dieron unos siete mil hombres a Pelópidas ordenándole que acudiera de inmediato a prestar el auxilio solicitado. Pero, cuando Pelópidas partía a toda prisa con su ejército, se produjo un eclipse de sol<sup>502</sup>. El fenómeno inquietó a mucha gente y algunos [3] adivinos afirmaron que con la partida de los soldados se eclipsaba el sol de la ciudad. Pero Pelópidas, aunque con aquellas palabras se predecía su muerte, no dejó de partir para realizar la expedición<sup>503</sup>, empujado por el deber. Cuando llegó a Tesalia y [4] encontró a Alejandro que ya había ocupado las posiciones más elevadas con más de veinte mil soldados, acampó frente al enemigo y, después de recibir refuerzos de

los tesalios, entabló batalla con sus adversarios<sup>504</sup>. Aunque Alejandro llevaba ventaja [5] al combatir desde posiciones más elevadas, Pelópidas, que ardía en deseos de decidir la suerte de la batalla con su propio valor,<sup>505</sup> se lanzó contra el propio Alejandro. El monarca resistió<sup>506</sup> con sus tropas de élite y tuvo lugar una violenta batalla,<sup>507</sup> en el curso de la cual Pelópidas sobresalió y cubrió de cadáveres todo el suelo en torno a él; así decidió el fin del combate, puso en fuga al enemigo y obtuvo la victoria, pero él mismo pereció, cubierto de heridas y sacrificando heroicamente su vida. Alejandro, [6] después de ser vencido en una segunda batalla<sup>508</sup> y quedar completamente destrozado, fue obligado en virtud de un acuerdo a restituir a los tesalios las ciudades conquistadas, a ceder a los beocios el control de los magnetas y los aqueos de Ftiótide y a no ser en adelante más que el señor de Feras como aliado de los beocios.

*Encomio de Pelópidas. Clearco, tirano de Heraclea Póntica. Acciones del ateniense Timoteo.*

[81] Los tebanos, aunque habían conseguido una victoria gloriosa, declararon a todo el mundo que habían sufrido una derrota a causa de la muerte de Pelópidas. Habían perdido a un hombre muy valioso, por lo que consideraban con razón que la victoria tenía menos valor que la gloria de Pelópidas. Había prestado, en efecto, numerosos servicios a su patria y había contribuido sobremanera al crecimiento del poder de Tebas. Con ocasión del regreso de los exiliados, en el que se reconquistó Cadmea<sup>509</sup>, todos están de acuerdo en atribuirle el mérito principal de aquel éxito; y aquel día glorioso fue el punto de partida de todos los acontecimientos favorables que siguieron<sup>510</sup>. En la batalla de Tegira,<sup>511</sup> Pelópidas, el único beotarca presente, venció a los laedemonios, [2] que eran la mayor potencia de Grecia, y fue en aquella ocasión cuando los tebanos, por la importancia de la victoria, levantaron por primera vez un trofeo obtenido contra los lacedemonios. Durante la batalla de Leuctra estuvo al frente del batallón sagrado<sup>512</sup>, con el cual cargó contra los espartiatas y fue el artífice de la victoria. En las campañas contra Lacedemón estuvo al mando de setenta mil hombres<sup>513</sup> y, precisamente delante de Esparta, levantó un trofeo contra los lacedemonios, que nunca hasta entonces habían visto su tierra saqueada. Y cuando fue enviado como embajador ante el rey de Persia<sup>514</sup>, en [3] los acuerdos generales, obtuvo a título personal el cuidado de Mesene, que los tebanos reconstruyeron trescientos años después de que había sido destruida<sup>515</sup>. Al final de su vida, en el enfrentamiento con Alejandro, que tenía un ejército muy superior en número, no sólo obtuvo una victoria brillante, sino que alcanzó una muerte gloriosa

gracias a su valor<sup>516</sup>. En las relaciones [4] con sus conciudadanos, su comportamiento fue tan bueno que, desde el retorno de los ciudadanos<sup>517</sup> a Tebas hasta su muerte, fue beotarca sin interrupción<sup>518</sup> sin que nadie le disputara el cargo. Demos pues también nosotros a Pelópidas, celebrado por todos por su valor personal, el elogio que le debe la Historia.

[5] Por la misma época, Clearco, originario de Heraclea del Ponto, puso todo su empeño en alcanzar la tiranía; y una vez que hubo triunfado en su empresa, trató de imitar la manera de actuar de Dionisio, el tirano de Siracusa, y, después de convertirse en tirano de Heraclea, gobernó con brillantez durante doce años<sup>519</sup>.

[6] Mientras ocurrían estos hechos, el estratega ateniense Timoteo, con un ejército de tierra y una flota, asedió y tomó Torone y Potidea<sup>520</sup>; y también acudió en auxilio de los habitantes de Cícico, que estaba sometida a un asedio<sup>521</sup>.

*363-362 a. C. Discordia entre Mantinea y Tegea, que pide ayuda a Tebas. Cuarta invasión del Peloponeso.*

[82] Transcurrido aquel año, Cariclides fue arconte en Atenas, y en Roma fueron nombrados cónsules Lucio Emilio Mamercio y Lucio Sextio Laterias<sup>522</sup>. Este año, los arcadios, que habían celebrado juntamente con Pisa los juegos de Olimpia, eran dueños del santuario y de los tesoros que allí se encontraban. Los mantineos se habían apropiado para su uso privado de no pocas ofrendas y, al haber transgredido la ley, se afanaban por prolongar la guerra contra los eleos, para no tener que rendir cuentas, cuando se estipulara la paz, de lo que habían hecho desaparecer<sup>523</sup>. Pero los otros arcadios querían concluir la paz<sup>524</sup> [2] y así surgieron las discordias entre pueblos emparentados. Se formaron, pues, dos facciones: una encabezada por los tegeatas y otra por los mantineos. El conflicto se agravó de tal modo que [3] buscaron la solución por la vía de las armas. Los tegeatas enviaron una embajada a los beocios y los persuadieron a acudir en su ayuda; entonces los beocios nombraron comandante en jefe a Epaminondas, le confiaron un ejército considerable y lo enviaron a ayudar a los tegeatas<sup>525</sup>. Los mantineos, espantados por [4] el ejército procedente de Beocia y por la fama de Epaminondas, enviaron embajadores a los peores enemigos de los beocios, es decir, a los atenienses y a los lacedemonios, y los persuadieron a combatir a su lado<sup>526</sup>; los dos pueblos les enviaron de inmediato ingentes fuerzas y numerosos e importantes combates tuvieron lugar en el Peloponeso. Los lacedemonios, que habitaban [5] al lado, marcharon en seguida contra Arcadia. Al mismo tiempo llegaba Epaminondas con su ejército y no

estaba lejos de Mantinea<sup>527</sup> cuando fue informado por habitantes del lugar de que los lacedemonios, con todas sus fuerzas, estaban saqueando [6] el territorio de Tegea<sup>528</sup>. Suponiendo entonces que Esparta había quedado sin defensores, planeó un gran golpe, pero la Fortuna obró en contra suya. Él partió de noche para atacar Esparta<sup>529</sup>, pero el rey de los lacedemonios Agis, que desconfiaba de la inteligencia de Epaminondas, intuyó sagazmente lo que iba a ocurrir y envió a unos correos cretenses mediante los cuales, adelantando a Epaminondas, comunicó a los que habían quedado en Esparta que los beocios iban a llegar en breve para saquear la ciudad de Lacedemón, pero que él acudiría con su ejército lo más pronto posible en auxilio de su patria. Ordenó pues a los hombres que se encontraban en Esparta que velaran por la ciudad sin ningún miedo, porque pronto le verían aparecer en su ayuda.

*Epaminondas levanta el asedio de Esparta.*

[83] Al ejecutar los cretenses la orden con rapidez, los lacedemonios pudieron evitar milagrosamente la conquista de su patria; si no se les hubiera advertido del ataque, Epaminondas hubiera caído por sorpresa sobre Esparta. Puede pues tributarse un justo reconocimiento a la inteligencia de ambos generales, pero podría considerarse más astuta la estrategia del lacedemonio. Ciertamente es que Epaminondas, sin descansar durante toda la [2] noche, cubrió la distancia a toda prisa y llegó a Esparta al amanecer; pero Agesilao<sup>530</sup>, que había sido dejado para defender la ciudad y había recibido poco tiempo antes la información detallada de los cretenses, inmediatamente se cuidó con todo ardor de la defensa de la ciudad. Hizo subir a los muchachos de más [3] edad y a los viejos a los tejados de las casas y les ordenó que desde allí rechazaran a los enemigos que irrumpieran en la ciudad, mientras que él mismo reunió a los hombres en la flor de la edad y los distribuyó en las zonas accidentadas delante de la ciudad y a lo largo de las vías de acceso y, una vez bloqueados todos los lugares que permitían el paso, aguardó el ataque del enemigo<sup>531</sup>. Epaminondas había dividido sus tropas en diversas [4] unidades y se disponía a atacar por todas partes y al mismo tiempo, pero, cuando vio el dispositivo de los espartiatas, al punto se dio cuenta de que su plan había sido descubierto. No obstante, se lanzó al asalto de todas las posiciones enemigas, una tras otra, y, pese a encontrarse en desventaja debido a las dificultades de acceso, llegó al combate cuerpo a cuerpo. Recibió [5] muchos golpes y devolvió otros tantos, y no cesó en su empeño hasta que el ejército lacedemonio regresó a Esparta. Después, al acudir numerosas fuerzas en auxilio de los sitiados y sobrevenir la noche, levantó el asedio.



### *Se prepara la batalla de Mantinea.*

[84] Fue informado por unos prisioneros de que los mantineos habían llegado con todas sus fuerzas para ayudar a los lacedemonios, por lo que se retiró y acampó a poca distancia de la ciudad<sup>532</sup>. Después de ordenar que las tropas comieran, dejó allí unos soldados de caballería, a los que ordenó que encendieran fuegos en el campamento hasta la guardia de la mañana<sup>533</sup>, y él partió con el ejército apresurándose a fin de caer por sorpresa sobre [2] aquellos que habían quedado en Mantinea<sup>534</sup>. Al día siguiente, después de una larga marcha, irrumpió súbitamente contra los mantineos, que no lo esperaban, pero su tentativa no tuvo éxito, pese a que su plan de ataque había previsto cualquier contingencia; la Fortuna le fue adversa e inesperadamente se le escapó la victoria. En efecto, en el mismo momento que se acercaba a la ciudad desprotegida, llegaban por la parte opuesta de Mantinea los refuerzos enviados por los atenienses, seis mil soldados a las órdenes del estratego Hegélocos<sup>535</sup>, un hombre muy admirado por sus conciudadanos. Éste introdujo en la ciudad un número adecuado de soldados y situó el resto de sus tropas en orden de batalla dispuesto a [3] someterse al juicio de las armas<sup>536</sup>. En seguida aparecieron igualmente los lacedemonios y los mantineos; todos se preparaban para la batalla decisiva y enviaban a buscar aliados de todas partes. [4] Apoyaban a los mantineos los eleos, los lacedemonios, los atenienses y algunos otros<sup>537</sup>, en total más de dos mil infantes y cerca de dos mil soldados de caballería. Al lado de los tegeatas se alineaban la mayor parte y los más poderosos de los arcadios<sup>538</sup>, los aqueos<sup>539</sup>, los beocios, los argivos y algunos otros aliados del Peloponeso<sup>540</sup> y de otras partes; y en total se reunieron más de treinta mil infantes y al menos tres mil hombres de caballería<sup>541</sup>.

### *La batalla de Mantinea. El encuentro de la caballería.*

Cuando los dos ejércitos hubieron [85] avanzado con entusiasmo<sup>542</sup> al encuentro uno del otro para afrontar la batalla decisiva, una vez que estuvieron situados en orden de batalla<sup>543</sup>, los adivinos de ambos campos sacrificaron las víctimas y declararon que los dioses anunciaban la victoria. En la disposición [2] de los efectivos<sup>544</sup>, los mantineos con los otros arcadios ocupaban el ala derecha, teniendo a su lado el apoyo de los lacedemonios, que tenían a continuación a los eleos y los aqueos, mientras que las otras tropas más ligeras<sup>545</sup> ocupaban el centro de la formación; y los atenienses formaban el

ala izquierda. En el otro bando, los tebanos mismos se habían situado en el ala izquierda, con los arcadios a su lado, y habían confiado el ala derecha a los argivos; el centro estaba formado por el grueso de las restantes tropas, es decir, los eubeos, los locros y sicionios, y también los mesenios, los malieos, los enianes<sup>546</sup>, sin olvidar los tesalios<sup>547</sup> y los demás aliados<sup>548</sup>. Los dos bandos dividieron [3] su caballería y la dispusieron en las dos alas. Cuando los ejércitos, dispuestos de este modo, estuvieron cerca el uno del otro, las trompetas dieron la señal de batalla, mientras que las tropas lanzaron el grito de guerra cuya potencia quería anunciar su victoria. En primer lugar entablaron en las alas una batalla de caballería, en el curso de la cual, movidos por el ardor del combate, [4] se superaron a sí mismos. Las tropas de caballería atenienses se lanzaron contra las tebanas<sup>549</sup> y fueron derrotadas no por las cualidades de sus caballos ni por su propio valor y experiencia en la equitación (en todos estos aspectos la caballería ateniense no era, en efecto, inferior), sino porque estaban muy por debajo de sus adversarios por el número y equipamiento de las tropas ligeras y por su disposición táctica. Tenían pocos lanzadores de jabalina, mientras que los tebanos tenían el triple de honderos y lanzadores de jabalina, que les habían sido enviados de las regiones de Tesalia. Aquellos pueblos, desde la infancia, [5] se ejercitaban con mucho empeño en este tipo de combate y solían tener una gran influencia en las batallas gracias a su experiencia en el uso de aquellas armas. Por esa razón los atenienses, heridos por los soldados armados a la ligera y abrumados por sus adversarios, se dieron todos a la fuga. Pero, una vez que [6] hubieron proseguido su huida lejos de las alas, consiguieron reparar su derrota; no sólo no rompieron su propia falange en la retirada, sino que, cayendo sobre los eubeos y algunos mercenarios enviados a ocupar las alturas vecinas, entablaron un combate con ellos y los mataron a todos<sup>550</sup>. La caballería tebana [7] no había perseguido a los fugitivos, sino que atacó a la falange opuesta y trató de poner en fuga a la infantería. Tuvo lugar una violenta batalla y, cuando los atenienses, exhaustos, ya se daban a la fuga, el comandante de la caballería elea, que estaba situado en la retaguardia, acudió en auxilio de los fugitivos y, abatiendo a muchos beocios, cambió la suerte de la batalla. La [8] caballería de los eleos, interviniendo de este modo en el ala izquierda, reparó la derrota sufrida por los aliados. En la otra ala, las caballerías de los dos bandos se lanzaron una contra otra y durante un breve tiempo el resultado de la batalla fue incierto, pero después, gracias al número y al valor de los jinetes beocios y tesalios, los hombres del campo de los mantineos fueron obligados a huir y se refugiaron en su propia falange después de sufrir muchas pérdidas.

*La batalla de la infantería. Enfrentamiento de beocios y lacedemonios.*

[86] Tal fue, pues, el resultado de la batalla que enfrentó a las caballerías en las dos alas. Las dos fuerzas de infantería, cuando entablaron el combate cuerpo a cuerpo con el enemigo, sostuvieron asimismo luchas violentas e impresionantes<sup>551</sup>. En un enfrentamiento de griegos contra griegos jamás se había visto en el campo de batalla tal multitud de hombres<sup>552</sup>, ni comandantes tan apreciados por sus cualidades, ni nunca hombres mejor preparados habían demostrado su valor ante el peligro. Las dos [2] mejores infanterías de aquel tiempo, la de los beocios y la de los lacedemonios, se encontraron alineadas frente a frente y fueron las primeras en trabar batalla, sin ninguna preocupación por su vida. Primero hubo un intercambio de lanzas, que en su mayor parte se rompieron debido a la propia cantidad de los proyectiles, [3] y luego pasaron a combatir con la espada<sup>553</sup>. Luchaban cuerpo a cuerpo y se infligían todo tipo de heridas, pero no cesaban en su ardor; durante mucho tiempo, mientras sostenían aquel terrible combate gracias al gran valor de unos y de otros, la suerte de la batalla estuvo indecisa. Todos, sin preocuparse del riesgo personal y deseosos de realizar alguna proeza, aceptaban noblemente una muerte que tendría como premio la gloria. [4] Dado que la violenta batalla se prolongaba mucho tiempo y la suerte del combate no se inclinaba hacia ningún lado, Epaminondas, pensando que la victoria dependía de su propio valor, quiso decidir el desenlace de la batalla con su valor personal<sup>554</sup>. Inmediatamente, pues, tomó a sus mejores hombres, los ordenó en formación cerrada y se precipitó con ellos en medios de los enemigos; él iba al frente del batallón y fue el primero en arrojar la jabalina, con la que alcanzó al comandante de los lacedemonios<sup>555</sup>. En seguida, cuando los otros también vinieron a las [5] manos, él, cubriendo el campo de muertos y sembrando el terror, rompió la falange enemiga<sup>556</sup>. Entonces los lacedemonios, espantados por el prestigio de Epaminondas y por la presión de su batallón, comenzaron a retirarse del campo de batalla, pero los beocios los persiguieron y no dejaron de matar a los hombres que se rezagaban, de modo que se amontonó un gran número de cadáveres.

### *Desenlace de la batalla y muerte de Epaminondas.*

Los lacedemonios, sin embargo, [87] observando que Epaminondas, llevado por su ardor, avanzaba con excesivo entusiasmo, cargaron todos juntos contra él. Cuando una incesante lluvia de proyectiles cayó sobre él, esquivó algunos, detuvo otros e incluso arrancó otros de su cuerpo para defenderse de sus atacantes. Luchaba heroicamente en pos de la victoria cuando recibió una herida mortal en el pecho<sup>557</sup>. La jabalina se rompió y el hierro quedó clavado en su carne; él cayó al instante, privado de fuerzas a causa de

la herida. Hubo entonces una disputa en torno a su cuerpo y perecieron muchos hombres en ambos bandos; pero finalmente los tebanos, gracias a su superioridad física, consiguieron [2] imponerse no sin dificultad sobre los lacedemonios. Una vez que éstos se dieron a la fuga, los beocios los persiguieron durante poco tiempo y luego dieron la vuelta, considerando que era indispensable recuperar a los muertos<sup>558</sup>. Y cuando los trompetas convocaron a los soldados, todos abandonaron el campo de batalla y ambos ejércitos levantaron un trofeo reivindicando [3] la victoria. Los atenienses, en efecto, habían vencido a los eubeos y a los mercenarios en el combate por la colina<sup>559</sup> y habían quedado en posesión de los muertos, mientras que los beocios, al haber derrotado a viva fuerza a los lacedemonios y haberse [4] quedado con los caídos, se atribuían la victoria. Así, durante un cierto tiempo, ninguna de las dos partes envió embajadores para el levantamiento de sus cadáveres, a fin de que no pareciera que renunciaban al triunfo; pero después los lacedemonios fueron los primeros en enviar un heraldo para la recuperación de sus [5] muertos y cada ejército enterró a los suyos<sup>560</sup>. Epaminondas, sin embargo, fue llevado al campamento aún con vida; los médicos que habían sido llamados declararon que, cuando se le extrajera la punta de lanza del pecho, la muerte le sobrevendría sin remedio, y él afrontó el fin de su vida con un coraje extraordinario. [6] Primero llamó a su escudero y le preguntó si había salvado su escudo. Aquél le dijo que sí y se lo puso delante de sus ojos. Epaminondas le preguntó aún quién era el vencedor. Y cuando el muchacho le manifestó que habían vencido los beocios, dijo: «Es hora de morir», y les ordenó que arrancaran la lanza. Los amigos presentes se pusieron a gritar, y a uno que llorando le dijo: «Vas a morir sin hijos, Epaminondas», le contestó: «No, por Zeus, dejo dos hijas, la victoria de Leuctra y la de Mantinea». Y una vez que se le hubo extraído la lanza, expiró serenamente<sup>561</sup>.

### *Encomio de Epaminondas.*

Nosotros, que tenemos la costumbre [88] de dedicar un elogio particular a los grandes hombres con ocasión de su muerte<sup>562</sup>, pensamos que sería imperdonable pasar por alto, sin una palabra de reconocimiento, la muerte de un hombre de tal estatura. En mi opinión, en efecto, superó a sus contemporáneos no sólo por su talento y experiencia en el arte de la guerra, sino también por su equidad y su grandeza de alma. En su generación [2] hubo hombres ilustres: el tebano Pelópidas, los atenienses Timoteo y Conón<sup>563</sup>, Cabrias e Ifícrates, y también el espartiatas Agesilao, que pertenece a un tiempo algo anterior. También los hubo en períodos precedentes; en los tiempos de las

guerras contra los medos y los persas vivieron en Atenas Solón, Temístocles, Milcíades, y también Cimón, Mirónides, Pericles y otros<sup>564</sup>; y en Sicila, Gelón, el hijo de Dinómenes, y algunos otros. Pero, [3] si comparáramos las cualidades de estos personajes con el talento de estratega y la reputación de Epaminondas, encontraríamos muy superior el mérito de Epaminondas. En cada uno de los otros, en efecto, se encontraría un solo talento que justificara su gloria, mientras que en aquél estaban reunidas todas las cualidades. Superaba con mucho a todos en fuerza física y elocuencia, y también en nobleza de alma, desprecio del dinero, equidad y, sobre todo, en valor e inteligencia en el arte de la [4] guerra<sup>565</sup>. Y fue por eso que su patria, durante su vida, obtuvo la hegemonía de Grecia, mientras que, después de su muerte, la perdió y los cambios que experimentó fueron siempre a peor y, finalmente, a causa de la insensatez de sus dirigentes, conoció la esclavitud y la destrucción<sup>566</sup>. Tal fue, pues, el fin de Epaminondas, cuyos méritos son celebrados por todo el mundo.

*La paz general del 362/361. Noticias cronográficas: Jenofonte, Anaxímenes de Lámpsaco, Filisto.*

[89] Después de la batalla, los griegos, que veían que la victoria estaba sujeta a disputa y que se habían mostrado iguales en valor y, además, que estaban agotados por la ininterrumpida serie de batallas, se reconciliaron unos con otros. Estipularon [2] una paz general y una alianza, en la que también incluyeron a los mesenios<sup>567</sup>. Pero los lacedemonios, debido a su irreductible animadversión hacia éstos, prefirieron no participar y fueron los únicos entre los griegos en quedar excluidos del tratado.

Entre los historiadores, el ateniense Jenofonte prolongó su [3] obra histórica, las *Helénicas*, hasta los acontecimientos de este año terminándola con la muerte de Epaminondas. Anaxímenes de Lámpsaco<sup>568</sup>, que escribió las primeras *Helénicas*, comenzó su relato con el nacimiento de los dioses y la primera generación de los hombres y lo prosiguió hasta la batalla de Mantinea y la muerte de Epaminondas; abarcó en doce libros casi todos los hechos relativos a los griegos y a los bárbaros. Y Filisto<sup>569</sup> llevó su historia de Dionisio el Joven hasta este año, tratando en dos libros los acontecimientos de cinco años.

*362-361 a. C. La revuelta de los sátrapas: levantamiento de la costa de Asia y de Egipto contra Persia.*

Cuando en Atenas era arconte [90] Molón, en Roma fueron nombrados cónsules Lucio Genucio y Quinto Servilio<sup>570</sup>. Este año<sup>571</sup>, los habitantes de las zonas costeras de Asia se levantaron contra los persas y algunos sátrapas y estrategos<sup>572</sup> se rebelaron y emprendieron la guerra [2] contra Artajerjes. Igualmente, Taco<sup>573</sup>, rey de Egipto, decidió hacer la guerra a los persas, para lo que equipó una flota y reunió fuerzas de tierra. Reclutó muchos mercenarios en las ciudades griegas y persuadió a los lacedemonios a combatir a su lado; los espartiatas, en efecto, eran hostiles a Artajerjes porque los mesenios habían sido incluidos por el Rey en la paz general igual que los otros griegos<sup>574</sup>. Habiéndose formado tal frente común contra los persas, el Gran Rey hizo también sus preparativos [3] para la guerra. Debía hacer la guerra al mismo tiempo al rey de Egipto, a las ciudades griegas de Asia, a los lacedemonios y sus aliados, es decir, los sátrapas y estrategos que gobernaban las regiones de la costa y habían concluido un acuerdo para una acción común<sup>575</sup>. Entre éstos, los más ilustres eran el sátrapa de Frigia, Ariobarzanes, que había tomado posesión de aquel reino al morir Mitrídates<sup>576</sup>, y Mausolo, el señor de Caria<sup>577</sup>, que era dueño de muchas fortalezas y señor de ciudades importantes de las cuales su morada y ciudad principal era Halicarnaso, con su importante acrópolis y el palacio real de Caria; además de éstos, estaban el sátrapa de Misia, Orontes<sup>578</sup> y el de Lidia, Autofradates<sup>579</sup>. Entre los pueblos<sup>580</sup> estaban los licios, los písidas, los panfilios y los cilicios, y asimismo los sirios, los fenicios y casi todos los pueblos de la costa. Debido a la enorme [4] extensión de esta revuelta, el Rey perdió la mitad de sus ingresos, y el resto no era suficiente para las necesidades de la guerra.

*La revuelta va hacia el fracaso: traición de Orontes; Datames traicionado.*

Los rebeldes contra el Rey eligieron [91] como comandante a Orontes y le confiaron la dirección de todas las operaciones. Éste, una vez que hubo recibido el mando y el dinero para reclutar mercenarios, suficiente para pagar la soldada de un año a veinte mil soldados, traicionó a quienes habían confiado en él. Suponiendo, en efecto, que, si ponía a los rebeldes en manos de los persas, obtendría importantes regalos del Rey y recibiría la satrapía de toda la zona costera, comenzó por apresar a los hombres que le habían dado dinero y los envió a Artajerjes, y a continuación entregó a los comandantes enviados por el Rey muchas ciudades y los mercenarios que habían sido reclutados.

[2] Del mismo modo se produjo una traición en Capadocia, donde tuvo lugar un episodio singular e inesperado. El estratego del Rey, Artabazo<sup>581</sup>, había penetrado en Capadocia con un numeroso ejército, y Datames<sup>582</sup>, el sátrapa de esta región, había

acampado frente a él; había reunido muchos soldados de [3] caballería y tenía veinte mil mercenarios de infantería que servían a sus órdenes. Pero el suegro<sup>583</sup> de Datames, que estaba al mando de la caballería, deseando ganarse el favor real y pensando asimismo en su propia seguridad<sup>584</sup>, desertó de noche con la caballería y se pasó al enemigo; el día anterior había [4] tenido tratos con Artabazo respecto a la traición. Datames convocó entonces a los mercenarios y, prometiéndoles recompensas, partió en persecución de los desertores. Los sorprendió en el momento en que iban a reunirse con el enemigo y atacó a la vez a las tropas de Artabazo y a la caballería, matando a los que trababan combate. Artabazo, desconocedor al principio de [5] la verdad y sospechando que el hombre que había desertado de Datames había urdido una nueva traición, ordenó a los suyos que mataran a los jinetes que se acercaban. Mitrobarzanes<sup>585</sup>, cogido en medio de los dos ejércitos, entre quienes querían vengarse de él como traidor y quienes trataban de castigarlo por su doble juego, se encontró en un gran apuro. Dado que esta situación apurada no le permitía reflexionar, recurrió a la fuerza y combatió contra ambos bandos provocando una gran carnicería. Finalmente, cuando ya habían caído más de diez mil hombres, Datames puso en fuga a los restantes y mató a muchos antes de llamar con el toque de trompeta a los soldados empeñados en la persecución. Entre los supervivientes de la [6] caballería, unos volvieron junto a Datames y le suplicaron su perdón, mientras que otros no hicieron nada, no sabiendo qué camino tomar; finalmente, estos hombres, en número de unos quinientos, fueron rodeados por Datames y pasados por las [7] armas. Datames, que ya antes era admirado por su talento como estratega, se granjeó entonces una reputación mucho mayor por su valor y su inteligencia en el arte de la guerra. El rey Artajerjes, informado de la hazaña de Datames y deseoso de desembarazarse de él, lo hizo matar a traición<sup>586</sup>.

*Egipto: Traición de Reomitres. Preparativos de guerra. Taco, destronado por Nectanebo II, huye a Persia.*

[92] Mientras ocurrían estos hechos<sup>587</sup>, Reomitres, que había sido enviado por los rebeldes a Egipto, a la corte del rey Taco, y había recibido de éste quinientos talentos de plata y cincuenta navíos de guerra<sup>588</sup>, arribó a Asia y desembarcó en la ciudad llamada Leucas<sup>589</sup>. En esta ciudad convocó a muchos jefes rebeldes<sup>590</sup>, los apresó y los envió encadenados a Artajerjes, mientras que él, pese a haber sido un rebelde, gracias a los servicios prestados [2] con su traición, se reconcilió con el Rey. En Egipto, el rey Taco, que había ultimado sus preparativos para la guerra, tenía a su disposición doscientas



trirremes magníficamente equipadas, diez mil mercenarios de élite procedentes de Grecia y, además, ochenta mil soldados de infantería egipcios. Confió el mando de los mercenarios al espartiatas Agesilao, que había sido enviado como refuerzo por los lacedemonios con mil hoplitas<sup>591</sup>, un hombre que sabía mandar las tropas y era muy admirado por su valor y su habilidad estratégica. El mando de la [3] flota lo entregó al ateniense Cabrias<sup>592</sup>, que no había sido enviado oficialmente por su ciudad, pero había sido convencido en privado por el rey para acompañarlo en la expedición. El rey, que desempeñaba personalmente el mando de las tropas egipcias y era el comandante en jefe de todo el ejército, no prestó atención al consejo de Agesilao de permanecer en Egipto y de dirigir la guerra a través de sus generales, aunque se trataba de un buen consejo. En efecto, una vez que el ejército estuvo bastante lejos y hubo acampado en la región de Fenicia, el general que estaba al mando de Egipto se sublevó contra el rey, llamó a su hijo Nectanebo y lo persuadió a apoderarse del reino de Egipto, provocando de este modo una gran guerra. Nectanebo, que había sido puesto por el rey al frente de los soldados egipcios [4] y había sido enviado desde Fenicia a asediar las ciudades de Siria, conforme con las maquinaciones de su padre, se atrajo a los oficiales con regalos y a los soldados con promesas, y así los persuadió a combatir a su lado. Finalmente, Egipto fue tomada [5] por los rebeldes<sup>593</sup> y Taco, espantado, se atrevió a ir a encontrar al Rey atravesando Arabia y le pidió que le perdonara por sus errores. Y Artajerjes no sólo lo absolvió de sus faltas, sino que lo nombró general de la guerra contra Egipto.

*Muerte de Artajerjes II; le sucede Artajerjes III Oco. Ayuda de Agesilao a Nectanebo II. Muerte de Agesilao.*

[93] Poco tiempo después murió el rey de los persas, después de haber gobernado cuarenta y tres años, y le sucedió en el reino Oco, que cambió su nombre por el de Artajerjes y reinó veintitrés años<sup>594</sup>. En recuerdo del feliz reinado de Artajerjes, que había sido un hombre amante de la paz y afortunado, los persas cambiaron el nombre a sus sucesores y dispusieron que se llamaran como él<sup>595</sup>.

[2] Cuando el rey Taco<sup>596</sup> hubo regresado junto a las tropas de Agesilao, Nectanebo, que había reunido más de cien mil soldados<sup>597</sup>, marchó contra Taco y lo desafió a combatir por el reino. Entonces Agesilao, viendo que el rey estaba espantado y no se atrevía a afrontar el peligro, trató de animarle diciéndole que no obtenían la victoria aquellos que eran superiores en número, sino los que destacaban por su valor. Pero el rey no le prestó atención y Agesilao se vio obligado a retirarse con él a una gran [3]

ciudad<sup>598</sup>. Los egipcios primero asediaron a los allí encerrados y, después de haber perdido muchos hombres en los asaltos contra las murallas, circundaron la ciudad con un muro y un foso. Las obras fueron acabadas rápidamente gracias a la abundancia de mano de obra, y cuando se agotaron los víveres, Taco perdió toda esperanza de salvación, pero Agesilao, después de exhortar a sus soldados, atacó al enemigo de noche y salvó a todos sus hombres de una manera inesperada<sup>599</sup>. Los egipcios los persiguieron y, dado que la zona era llana, pensaron que, al [4] ser más numerosos, rodearían a los enemigos y los aniquilarían. Pero Agesilao ocupó una posición defendida a cada lado por un canal alimentado por el río, y así pudo sostener el asalto del enemigo. Colocó sus tropas en función del terreno, utilizó los [5] canales del río como defensa de su ejército y trabó batalla. Su superioridad numérica no sirvió de nada a los egipcios; los griegos, superiores en valor, dieron muerte a muchos egipcios y obligaron a huir a los restantes. Después de estos hechos, Taco [6] recuperó fácilmente el reino de Egipto, y Agesilao, dado que él solo había logrado restaurarlo en el trono, fue honrado con las recompensas apropiadas<sup>600</sup>. Mientras regresaba a su patria, al pasar por Cirene, Agesilao murió<sup>601</sup>; su cuerpo, conservado en miel<sup>602</sup>, fue transportado a Esparta, donde recibió sepultura y honores reales. De este modo se desarrollaron los hechos en Asia en el curso de aquel año.

*El conflicto de Megalópolis. Intervención del tebano Pámenes. La obra del historiador Atanas.*

[94] En el Peloponeso, los arcadios, que se adhirieron a la paz general después de la batalla de Mantinea, respetaron su juramento sólo un año y después reemprendieron la guerra. El texto del juramento estipulaba, en efecto, que todos regresarían a su respectiva patria después de la batalla. Pero ocurría que los habitantes de las ciudades vecinas habían sido transferidos a Megalópolis<sup>603</sup> y soportaban mal el alejamiento de su patria. Por eso regresaron a sus antiguas sedes; pero los megalopolitas trataron [2] de obligarlos a abandonar su patria. Por esta causa estallaron las diferencias y los habitantes de las pequeñas ciudades pidieron ayuda a los mantineos y a otros arcadios, y también a los eleos y a otros miembros de la alianza con los mantineos, mientras que los megalopolitas llamaron en su ayuda a los tebanos. Éstos les enviaron inmediatamente tres mil hoplitas y trescientos soldados de caballería a las órdenes de Pámenes<sup>604</sup>. Éste [3] se dirigió a Megalópolis y, saqueando una parte de las pequeñas ciudades y aterrorizando a las otras, obligó a sus habitantes a trasladarse a Megalópolis. De este modo el problema del

sinecismo de las ciudades, que había provocado tan gran conflicto, tuvo una solución en la medida de lo posible<sup>605</sup>.

En cuanto a los historiadores, el siracusano Atanas<sup>606</sup> hizo [4] comenzar en esta época su historia de las empresas de Dión en trece libros; añadió en un solo libro el período de siete años, que no había sido nunca narrado y que comenzaba a partir del final del tratado de Filisto; expuso los hechos de un modo sumario, respetando la continuidad del relato histórico.

*361-360 a. C. Naves corsarias de Alejandro de Feras atacan las Cícladas y Peparetos. Actuaciones negativas de Leóstenes y de Cares. Los historiadores Dionisodoro y Anaxis. Fin del libro XV de Diodoro.*

Cuando en Atenas era arconte Nicofemo, [95] Gayo Sulpicio y Gayo Licinio ejercieron en Roma el poder consular<sup>607</sup>. Este año, Alejandro, el tirano de Feras, envió naves corsarias contra las islas Cícladas, conquistó algunas de ellas<sup>608</sup> y capturó muchos prisioneros; luego hizo desembarcar mercenarios en Peparetos<sup>609</sup> y puso [2] sitio a la ciudad. Cuando los atenienses acudieron en auxilio de Peparetos y dejaron allí al estratego Leóstenes, Alejandro atacó a los atenienses. Éstos vigilaban a los soldados de Alejandro que estaban estacionados en Panormo<sup>610</sup>; las tropas del tirano los atacaron por sorpresa y Alejandro obtuvo un éxito sorprendente<sup>611</sup>. No sólo salvó a los hombres enviados a Panormo de un gran peligro, sino que también se apoderó de cinco trirremes [3] áticas y una de Peparetos y capturó seiscientos prisioneros. Los atenienses, enfurecidos, condenaron a muerte por traición a Leóstenes y le confiscaron sus bienes<sup>612</sup>; luego eligieron a Cares como estratego y le enviaron al mando de una flota. Pero éste no hizo más que evitar al enemigo e injuriar a los aliados. Desembarcó, en efecto, en Corcira, una ciudad aliada, y suscitó en ella violentas luchas intestinas, que provocaron muchos asesinatos y saqueos<sup>613</sup>, a raíz de lo cual el pueblo ateniense quedó desacreditado a los ojos de sus aliados. De este modo, pues, Cares, que cometió aun otras injusticias similares, no prestó ningún servicio, sino que procuró impopularidad a su patria<sup>614</sup>.

[4] En cuanto a los historiadores, los beocios Dionisodoro y Anaxis<sup>615</sup> han concluido sus obras de historia de Grecia con el relato de este año. Y nosotros, después de haber narrado los hechos anteriores al reinado de Filipo, ponemos aquí fin a este libro de acuerdo con el plan trazado al principio<sup>616</sup>; en el siguiente, que comenzaremos con la subida de Filipo al trono, haremos el relato de todas las acciones de este rey hasta su

muerte, incluyendo asimismo los otros acontecimientos ocurridos en las partes conocidas de la tierra habitada.

<sup>2</sup> Diodoro insiste en este prólogo en el valor moralizante de la Historia. Cf. DIODORO, I 1, 5; XIV 1, 3, nota 8.

<sup>3</sup> Cf. *infra*, XV 50-54.

<sup>4</sup> Respecto a la derrota de Mantinea, cf. *infra*, XV 84-87.

<sup>5</sup> El tema de las faltas de Esparta y de su castigo aparece repetidamente en la primera parte de este libro.

<sup>6</sup> Cf. DIODORO, *Biblioteca Histórica*, Libros IV-VIII, trad. y notas de J. J. Torres Esbarranch, BCG 328, Madrid, 2004, VII 12, 8 y nota 110.

<sup>7</sup> Wesseling piensa que *hoi tôte Lakedaimónioi* es un escolio.

<sup>8</sup> Se ha señalado una laguna en este pasaje, con una fórmula que recuerda la del libro XII 2, 2.

<sup>9</sup> Breve síntesis semejante a la del libro XI 1.

<sup>10</sup> Cf. DIODORO, *Biblioteca Histórica*, libro XIV 113 ss. Con el término de gálatas las fuentes griegas designan a los pueblos que en la tradición romana son conocidos como galos, situados en Europa occidental y al norte de Grecia.

<sup>11</sup> El período comprendido entre el 386-385 y el 361-360.

<sup>12</sup> Mistíquides fue arconte en el 386-385.

<sup>13</sup> En cuanto al texto, se prefiere suprimir la conjunción «y» entre el prenombre «Gayo» y el nombre «Emilio», con lo que se considera una referencia a Gayo Emilio Mamercino. Respecto a estos tres tribunos militares *consulari potestate*, se piensa que Diodoro repite el colegio del 391-390. Cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 97, 1 y nota 617, donde, como en este pasaje, habla de tres y sólo da dos nombres. En Tito Livio y en los *Fasti Capitolini* encontramos los otros cuatro (cf. T. LIVIO, V 26, 1-2; T. R. S. BROUGHTON, *The Magistrates of Roman Republic*, Nueva York, 1951-1952 (Cleveland, 1968, I, pág. 89 ss.). Los seis eran Marco Furio Camilo, Lucio Furio Medulino, Gayo Emilio Mamercino, Lucio Valerio Publicola, Espurio Postumio Albino y Publio Cornelio.

<sup>14</sup> La cronología de esta campaña es objeto de discusiones. Sobre la expansión de Evágoras, cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 98.

<sup>15</sup> Orontes era sátrapa de Armenia; en el 421 se había casado con Rodogune, una hija de Artajerjes (cf. PLUTARCO, *Vida de Artajerjes* 27, 4). Cf. *infra*, XV 90, 3, donde Diodoro se refiere de nuevo a él como sátrapa de Misia. Sobre Tiribazo, cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 27, 7; 85, 4.

<sup>16</sup> La más septentrional de las ciudades jonias de Asia Menor; estaba situada en una península al norte de la desembocadura del río Hermo (Gediz), junto al actual golfo de Izmir.

<sup>17</sup> Rey egipcio (Jenemmaatra-Hakor o Acoris) de la XXIX dinastía, que reinó entre el 391 y el 379 a. C.

<sup>18</sup> Cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 98, 3 y nota 627.

<sup>19</sup> Cf. ISÓCRATES, *Panegírico* 141, que sólo habla de tres mil peltastas, seguramente para destacar la capacidad de resistencia de Evágoras con relación a sus efectivos. Parecen más verosímiles las cifras de Diodoro.

<sup>20</sup> Corrección de Rhodoman (*Arábōn*, «de los árabes» en lugar del *barbárōn*, «de los bárbaros», que aparece en los códices). Un rey de los árabes concluyó un tratado con Cambises a finales del siglo VI a. C. (cf. HERÓDOTO, III 5). El mismo Diodoro también se refiere a un proyecto común del rey de los árabes y el de los egipcios en el 410 a. C. (cf. XIII 46, 6).

<sup>21</sup> Cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 35, 3 y nota 315.

<sup>22</sup> Sobre la batalla de Citio, cf. asimismo ISÓCRATES, *Panegírico* 141, y TEOPOMPO (*FGrHist.* IIB 115,

fr. 103, 6). La batalla suele situarse en el 381 a. C. Es probable que Diodoro siga a Éforo cuyo relato de la batalla fue elogiado por Polibio (XII 25 f).

<sup>23</sup> Corrección de Wesseling por el «Pitágoras» de los códices, que encuentra confirmación en TEOPOMPO (*FGrHist.* IIB 115, fr. 103, 12).

<sup>24</sup> Alusión a la paz de Antálcidas. Cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 110 y nota 674.

<sup>25</sup> Sobre la noción de autonomía, cf. E. J. BICKERMAN, «Autonomia. Sur un passage de Thucydide (I 144, 2)», *Revue Internationale des Droits de l'Antiquité*, 5 (1958) 313-344. Cf. TUCÍDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Libros I-II, intr. de J. Calonge, trad. y notas de J. J. Torres Esbarranch, BCG 149, Madrid, 1990, I 144, 2 y nota 936.

<sup>26</sup> Cf. *infra*, XV 40, 1 y 45, 2. Diodoro es la única fuente que nos describe estas reacciones antiespartanas.

<sup>27</sup> Es verosímil que Esparta utilizara las disensiones internas de las ciudades y se valiera de las facciones proclademónicas. Así ocurrió en los casos de Fliunte (cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 8; 3, 10-13, 17 y 25) y Tebas (cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 25-31).

<sup>28</sup> Según Jenofonte, al principio Esparta sólo habría exigido la destrucción de las murallas (*Helénicas* V 2, 1); la dispersión se habría impuesto después de la derrota final (*Helénicas* V 2, 5).

<sup>29</sup> Un caso de sinecismo (cf. TUCÍDIDES, *trad. cit.*, I 58, 2 y nota 337). Mantinea fue primero aliada de Esparta, pero a partir del 420 estuvo en conflicto con ella por cuestiones territoriales (cf. TUCÍDIDES, V 29). Según JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 7, las aldeas de origen sólo eran cuatro; pero en Diodoro son cinco, como en ÉFORO (*FGrHist.* IIB 70, fr. 79) y ESTRABÓN, VIII 3, 2.

<sup>30</sup> Fragmentos de su obra se encuentran en B. SNELL, *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, I, Göttingen, 1971, págs. 240-246.

<sup>31</sup> Filóxeno de Citera. Cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 46, 6 y nota 378. Cf. D. PAGE, *Poetae melici Graeci*, Oxford, 1962, n. 814-835.

<sup>32</sup> Cf. CICERÓN, *Tusculanas* V 22.

<sup>33</sup> Las famosas latomías o canteras de Siracusa, situadas al este del teatro, al sur de las Epípolas, donde fueron encerrados los prisioneros atenienses después del fracaso de la expedición a Sicilia, de cuyos sufrimientos Tucídides nos ha dejado un vivo relato (cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIII 33, 1 y nota 209 y TUCÍDIDES, *trad. cit.*, VII 87).

<sup>34</sup> Sobre esta anécdota, cf. LUCIANO, *Contra un ignorante* 15; ATENEO, I 7 a, donde el poeta es condenado por haber seducido a Galatea, la flautista favorita de Dionisio (*Galatea* es el título de uno de los ditirambos de Filóxeno); CICERÓN, *Cartas a Ático* 4 6, 2; *Suda*, s. v. *Ápage me*.

<sup>35</sup> Cf. PLUTARCO, *Vida de Dión* 4-5 y DIÓGENES LAERCIO, III 18-20.

<sup>36</sup> Dicho atribuido también a Esopo (cf. DIODORO, IX 28). Cf. asimismo PLUTARCO, *Vida de Solón* 28, 1.

<sup>37</sup> Cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 109.

<sup>38</sup> Según PLUTARCO, *Vida de Dión* 11, 6-7, el exilio de Filisto se debió a que se había casado con una hija de Leptines. Cf. asimismo PLUTARCO, *Sobre el exilio* 14, 605 c. Sobre Leptines, cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 102.

<sup>39</sup> Según PLUTARCO, *Vida de Dión* 11, 6, Filisto volvió a Siracusa después de la muerte de Dionisio.

<sup>40</sup> Dexiteo fue arconte en el 385/384. En cuanto a los cónsules, se repite el mismo colegio del 390/389 (cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 99, 1 y nota 629). Cf. T. LIVIO, V 29, 2-3.

- <sup>41</sup> Antiguo nombre de Delfos.
- <sup>42</sup> Cf. POLIENO, VII 14, 1; PLUTARCO, *Obras morales y de costumbres* 168 e.
- <sup>43</sup> Pueblo guerrero de la costa occidental del mar Caspio, Cf. ESTRABÓN, XI 7, 1. PLUTARCO, *Vida de Artajerjes* 24-25, a diferencia de Diodoro, que sitúa a Tiribazo en prisión, dice que el general persa desempeñó un papel importante en la guerra contra los cadusios.
- <sup>44</sup> La duración de diez años de esta guerra encuentra confirmación en ISÓCRATES, *Evágoras* 64; pero Diodoro se contradice al finalizar aquí la guerra, en el 385/384 a. C. después de haber fijado su comienzo en el 391/390 (cf. DIODORO, XIV 98); esta fecha es correcta, mientras que el final ha de situarse en el 381/380 a. C.
- <sup>45</sup> La alianza con Esparta parece ser posterior al 380.
- <sup>46</sup> La paz de Antálcidas (cf. DIODORO, XIV 110, 1-4).
- <sup>47</sup> Sobre los jueces reales, cf. HERÓDOTO, *Historia*, traducción y notas de C. SCHRADER, B. C. G. 21, Madrid, 1979, III 31 y nota 164.
- <sup>48</sup> Cf. HERÓDOTO, V 25, donde se cuenta una historia similar, la de un juez real al que Cambises mandó degollar y desollar de la cabeza a los pies.
- <sup>49</sup> El pasaje es problemático, con una laguna que ha dado lugar a diversas correcciones; no aceptamos la supresión de Dindorf del *aneginōske* y seguimos la propuesta de Rhodoman y la sugerencia de Vial (*synthékēn kai tōn Euagōran* delante de *hypakoūsein*).
- <sup>50</sup> En el sentido de que la rebelión contra el Gran Rey, sobre la que se interrogaba al dios de Delfos (cf. *supra*, 8, 4), implicaba, en caso de éxito, la muerte de Artajerjes.
- <sup>51</sup> Tiribazo desempeñó un papel importante en la Paz del Rey (cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 1, 25 y 30).
- <sup>52</sup> Se considera esta afirmación exagerada; piénsese en su actitud en el período 421-418 a. C. (cf. TUCÍDIDES, V 29 ss.; DIODORO, XII 75 ss.) y en el 390 a. C. (cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 6, 18). Diodoro insistiría en la lealtad de Mantinea para destacar la culpabilidad de Esparta.
- <sup>53</sup> El río Ofis atravesaba en realidad la ciudad de Mantinea, por lo que resulta más verosímil el relato de JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 4-5 (cf. asimismo PAUSANIAS, VIII 8, 7), según el cual los espartanos construyeron un dique e hicieron que las aguas inundaran y desmoronaran los cimientos de las casas y de la muralla.
- <sup>54</sup> La dispersión de la población de Mantinea y su vuelta a sus pueblos originarios (cuatro, según JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 7) no fue definitiva; después de la batalla de Leuctra del 371 a. C., la ciudad fue reconstruida y se procedió a un nuevo sinecismo (cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 3-5).
- <sup>55</sup> Se refiere al canal de Otranto.
- <sup>56</sup> Resulta difícilmente creíble que Dionisio tuviera el proyecto de saquear Delfos, por lo que algunos estudiosos han propuesto sustituir Delfos por Dodona; pero no parece necesario. Puede considerarse un error histórico de Diodoro, explicable por la reputación de sacrílego que se había granjeado Dionisio al saquear el Olimpio y el Asclepio de Siracusa así como otros santuarios enemigos, reputación alimentada por la tradición histórica hostil al tirano; incluso Cicerón (*Sobre la naturaleza de los dioses* III 34) imputó a Dionisio el saqueo del santuario de Zeus de Olimpia y del de Asclepio de Epidauro. Sobre las relaciones de Dionisio con Delfos, cf. *infra*, XVI 57, 2.
- <sup>57</sup> Faros es la actual Hvar (it. Lesina), la «Madeira» del Adriático, una isla de un archipiélago situado frente a la costa croata, delante de la desembocadura del Narenta (actual Neretva). Sobre su colonización, cf. asimismo ÉFORO, *FGrHist.*, IIA 70, fr. 89.
- <sup>58</sup> Liso (Lissus, gr. *Lissos*) es la actual ciudad albanesa de Lesh (it. Alessio), situada en la desembocadura



del Drin; fue un puerto importante.

<sup>59</sup> En el texto hay aquí una laguna importante, y el capítulo acaba dedicado a Siracusa.

<sup>60</sup> Sobre las fortificaciones de Siracusa, cf. DIODORO, XIV 18.

<sup>61</sup> En todos los manuscritos de Diodoro se lee «Diótrefes», pero el nombre de este arconte sería «Diítrefes» (*Dieitréphēs*) según *Inscriptiones Graecae* II<sup>2</sup>, 1407, 1, 4. Respecto al nombre, cf. TUCÍDIDES, III 75, 1; IV 53, 1, etc.

<sup>62</sup> Se repite el colegio citado para el 389/388 (cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 103, 1 y nota 652). Cf. T. LIVIO, V 31,2.

<sup>63</sup> Siguiendo la corrección de Vial (DIODORE DE SICILE, *Bibliothèque Historique*, Livre XV, París, 1977, págs. 19 y 127). Los editores suelen escribir Liso (cf. *supra*, 13, 4) de acuerdo con los manuscritos (*Lissón*, *Líson*), pero en los códices también encontramos Lisa (*Lísē* o *Lissē*), que podría tratarse de una transformación de un Isa (*Issē*) original al que se habría añadido la «L» por influencia del Liso de 13, 4. Es una corrección geográficamente razonable, ya que Liso está a una distancia de 300 km de Faros, mientras que Isa es una isla cercana donde había una colonia siracusana.

<sup>64</sup> Agila (*Agylla*) es el antiguo nombre griego de Cere (*Caere*); se cuenta que era una fundación de los pelasgos llegados de Tesalia (cf. ESTRABÓN, *Geografía*, trad. y notas de J. VELA TEJADA y J. GRACIA ARTAL, B. C. G. 288, Madrid, 2001, V 2, 3 y nota 69). El templo del puerto de Pírgos (*Pýrgoi*), la actual Santa Severa, era el de Ilitía (*Eileíthya*), una diosa de origen minoico, diosa de los nacimientos, o el de Leucótea o Leucotea, la «Diosa Blanca» (*Leukothea*). Cf. PSEUDO-ARISTÓTELES, *Económico* II 1359 b; POLIENO, V 2, 2; ESTRABÓN, V 2, 8. La arqueología ha encontrado los restos del templo y las huellas del saqueo, que se interpreta como un episodio de la lucha entre las ciudades griegas de Sicilia y el mundo etrusco.

<sup>65</sup> La acción de este pasaje, que parece una intervención aislada contra la piratería, se relaciona en realidad con la política antietrusca de Dionisio I en la costa tirrénica y en Córcega, isla bajo influencia etrusca y objeto de la expansión siracusana (cf. DIODORO, *trad. cit.* V 13, 3 y nota 85; XI 88, 4-5). Estrabón se refiere a este saqueo del templo de Ilitía coincidiendo con una expedición contra los piratas de Córcega (cf. ESTRABÓN, *trad. cit.* V 2, 8 y nota 113).

<sup>66</sup> Fanóstrato fue arconte en el 383/382. En cuanto a los tribunus militares, se repite aquí, con algunas variantes, el colegio del 388/387 (cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 107, 1 y nota 661). Aparece aquí correctamente Lucio Furio y no Gayo Rufo, y hay dos prenombrados diferentes. Diodoro menciona cuatro tribunus, mientras que T. LIVIO V 32, 1, da seis.

<sup>67</sup> Diodoro sitúa en un solo año (383/382) todos los acontecimientos de la nueva guerra entre Dionisio y Cartago, que duró unos ocho años, probablemente hasta el 374.

<sup>68</sup> Cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 54, 5 y nota 410. Debía de ser uno de los sufetas.

<sup>69</sup> Los *Phoínikes*, «fenicios» referido a púnicos o cartagineses (*Karkhēdónioi*).

<sup>70</sup> Lugar desconocido, seguramente en la parte occidental de Sicilia.

<sup>71</sup> En este capítulo se subraya la *hýbris* de Dionisio.

<sup>72</sup> No se conoce su nombre con certeza; sería tal vez Himilcón.

<sup>73</sup> El mismo Diodoro (III 61, 3) dice que en Sicilia y en las regiones orientadas hacia poniente muchos lugares elevados son llamados «Cronio» (*Krónion*) en recuerdo del dios Crono (*Krónos*). PAUSANIAS, VI 21, 2, cita el monte Cronio en Olimpia, y ESTRABÓN, III 5, 3, se refiere a un lugar y un santuario con este nombre en la zona de Cádiz. Cronio se llamaba asimismo un hijo de Zeus (cf. DIODORO, V 55, 5). En cuanto al lugar de la presente batalla, no se ha dado una localización segura; posiblemente se encontraba en la zona de Termas (cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIII 79, 8 y nota 448), en todo caso cerca de Palermo. POLIENO, V 10, 5, afirma que se

trataba de una ciudad.

<sup>74</sup> Con «la divinidad» (*tò daimónion*) Diodoro designa un poder divino que tiene las características de la *Thýchē*, un poder de equilibrio que actúa cuando hay arrogancia confiada (*hýbris*) por una parte y desespero por la otra, que castiga a los hombres que han traspasado los límites de la moderación y no han actuado *anthrôpínôs*, cayendo en excesos contrarios al orden universal instaurado por los dioses. Cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIII 21, 1-5 y notas 165 y 168; 22, 6-8 y nota 175; 24, 6; 89 y nota 492; cf., asimismo, XX 33, 2-3; 70, 2-3.

<sup>75</sup> Diodoro o su fuente ignoran o pasan por alto las leyendas malévolas sobre la muerte de Leptines, al que Dionisio por envidia habría entregado al enemigo (cf. PLUTARCO, *Obras morales y de costumbres* 338 b) o lo habría dejado morir en una batalla naval (cf. ELIANO, *Historias curiosas* XIII 45).

<sup>76</sup> *Anthrôpíôs*, sin salirse de los límites de lo humano; cf. *supra*, nota 74.

<sup>77</sup> El actual río Platani, al oeste de Acragante. Esta línea divisoria dejaba un tercio de la isla bajo dominio cartaginés, situación que se mantuvo durante un siglo. Termas y Heraclea Minoa debieron de pasar también a manos de los cartagineses. Hasta aquí, pues, el relato de los hechos relativos a esta guerra, que, como anotamos, debió de prolongarse unos ocho años. Por otra parte, Diodoro se refiere luego (cf. *infra*, 24, 1) a la refundación de Hiponio por Magón, hecho anterior a las batallas de Cabala y de Cronio. Otro hecho anterior fue la conquista de Crotón por Dionisio, pasada por alto por Diodoro (cf. T. LIVIO, XXIV 3, 8 y DIONISIO DE HALICARNASO, XX 7, 3).

<sup>78</sup> Cf. *supra*, XV 9, 3-4.

<sup>79</sup> Personaje desconocido en otras fuentes.

<sup>80</sup> Leuce estaba en un promontorio situado junto a la desembocadura del río Hermo, entre Cime y Clazómenas.

<sup>81</sup> *Prophthaseia* (del verbo *prophthánein*), es decir, «Fiesta de la Anticipación»; de esta fiesta, seguramente dedicada a Apolo, Diodoro es la única fuente.

<sup>82</sup> Cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 110, 1-4.

<sup>83</sup> Diodoro ya se ha referido a estos hechos. Cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 92, 3 y nota 592.

<sup>84</sup> Según JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 11-14, Esparta no intervino por la petición del rey Amintas, sino por la de dos ciudades griegas, Acanto y Apolonia, que se negaban a entrar en la Confederación Calcídica capitaneada por Olinto.

<sup>85</sup> La misma cifra aparece en JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 20.

<sup>86</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 3, 20, que se refiere a la amistad de estos dos personajes pese a su rivalidad política.

<sup>87</sup> Evandro fue arconte en el 382/381 a. C. En cuanto a los tribunales militares, se repite aquí, con algunas variantes, el colegio citado para el 387/386 a. C. (cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 110, 1 y nota 672). En T. LIVIO, V 36, 11 aparecen los seis tribunales, entre los que se encuentran los tres hijos de M. Fabio Ambusto, pero Diodoro sólo cita uno de los tres, al que en XIV 110, 1 llama Cesón, mientras que aquí le da el prenombre de Gayo.

<sup>88</sup> La Cadmea era la acrópolis de Tebas, llamada así por el mítico fundador, Cadmo.

<sup>89</sup> Con una metáfora semejante, Simónides había llamado a Corinto «acrópolis de los griegos» (cf. ATENEO, XIII 573), Eurípides había calificado a Delfos como «acrópolis de los focenses» (cf. *Orestes* 1094) y Elio Aristides habla de Atenas como «acrópolis de Grecia» (*Panatenaico* 197).

<sup>90</sup> La misma idea aparece en XV 50, 5. (Cf. asimismo *supra*, 5, 3, para una preocupación similar respecto a Mantinea). Tebas, golpeada con la disolución de la Liga Beocia en tiempos de la Paz del Rey, se estaba

recuperando y negaba la ayuda a Esparta en la expedición contra Olinto (cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 27).

<sup>91</sup> Hay diferencias entre los relatos de Diodoro y Jenofonte. Diodoro habla de las instrucciones de las autoridades de Esparta, inquietas por la potencia de Tebas, mientras que, según JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 25-28, que era filoespartano, Fébidas no actúa por orden de los espartiatas, sino por incitación de Leontíades, un tebano amigo de Esparta. En PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 23/24, se reconoce la complicidad de Agesilao.

<sup>92</sup> Diodoro relata un combate, pero, según JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 29, Leontíades y Fébidas no encontraron resistencia.

<sup>93</sup> En la versión de JENOFONTE (*Helénicas* V 2, 24-31) no se habla de la mala reputación de Esparta ni de la multa de Fébidas. Sobre la reacción del mundo griego y el castigo de Fébidas, cf. ISÓCRATES, *Panegírico* 126; JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 1; PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 6 y *Sobre el demon de Sócrates* 576 a; NEPOTE, *Vida de Pelópidas* I; POLIBIO, IV 27, 4.

<sup>94</sup> Fébidas, en el 377, participó en la expedición de Agesilao a Beocia y fue nombrado harmosta de Tespias, donde encontró la muerte en un combate (cf. *infra*, XV 32-33; JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 41-45). Según JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 24, la expedición de Eudámidas, conocido sólo por este episodio, habría sido anterior a la toma de la Cadmea.

<sup>95</sup> Según JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 38, Amintas no interviene al principio de la guerra.

<sup>96</sup> Teleutias, hermano de Agesilao, había sido navarco en el 392/391 a. C., durante la guerra corintia (cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 4, 19; 8, 11). Jenofonte relata la presente expedición (*Helénicas* V 3, 1-6) y narra asimismo una anterior expedición suya contra Olinto realizada el año anterior (*Helénicas* V 2, 37-43).

<sup>97</sup> Sobre esta batalla y la muerte de Teleutias, cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 3, 3-6.

<sup>98</sup> El texto dice *Leúkion kai Postómion*, «Lucio y Postumio»; omitimos el *kai*, suprimido por Rhodoman.

<sup>99</sup> Demófilo fue arconte en el 381/380 a. C. En Diodoro aparece un mayor número de nombres, pero en T. LIVIO, VI 1, 8, encontramos el colegio compuesto, como era usual, por seis tribunos: Lucio Valerio Publicola, Lucio Verginio, Publio Cornelio, Aulo Manlio, Lucio Emilio y Lucio Postumio (cf. T. R. S. BROUGHTON, *The Magistrates of Roman Republic*, Nueva York, 1951-52 [= Cleveland, 1968], I, págs. 96 ss.). El texto de Livio permite restituir aquí el último nombre, de Lucio Postumio. Por otra parte, Diodoro cita dos nombres (M. Furio y L. Papirio) que no aparecen en otras fuentes.

<sup>100</sup> Lo mismo relata JENOFONTE, *Helénicas* V 3, 8-9.

<sup>101</sup> Piteas fue arconte en el 380/379 a. C. Los tribunos militares con potestad consular fueron: Tito Quintio Cincinato, Quinto Servilio Fidenates, Lucio Julio Julo, Lucio Aquilio Corvo, Lucio Lucrecio Tricipitino y Servio Sulpicio Rufo (cf. T. LIVIO, VI 4, 7; T.R.S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, págs. 98 ss.).

<sup>102</sup> Respecto a la muerte de Agesópolis, cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 3, 18 ss. Cleómbroto murió en el 371 a. C. combatiendo heroicamente en Leuctra (cf. *infra*, XV 55, 5).

<sup>103</sup> Polibíadas sólo aparece en las fuentes en relación con esta exitosa expedición contra Olinto. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 3, 20, 26.

<sup>104</sup> Diodoro coincide con JENOFONTE, *Helénicas* V 3, 27, en señalar que el apogeo de la potencia espartiatas tiene lugar ahora, en el 379, después del sometimiento de Olinto. El ingreso de Olinto en la liga peloponesia implicaba la disolución de la liga calcídica, capitaneada por los olintios.

<sup>105</sup> Las cleruquías eran asentamientos de colonos atenienses en los territorios conquistados o sometidos a Atenas; los clerucos conservaban la ciudadanía ateniense, a diferencia de lo que ocurría en las colonias tradicionales; recibían un terreno (*klêros*) para cultivar. La instalación de cleruquías era una manifestación de la política imperialista ateniense y constituía un agravio para los pueblos sometidos.

<sup>106</sup> Esta afirmación resulta sorprendente si se piensa en los espartiatas. cuyo número tendía a disminuir; ha

de referirse a la totalidad de la población, a los periecos o habitantes libres de Laconia y a los hilotas, siervos que cultivaban la tierra para sus amos.

<sup>107</sup> Un análisis semejante se encuentra en JENOFONTE, *Helénicas* V 3, 27. Cf. asimismo ISÓCRATES, *Panegírico* 126; *Sobre la Paz* 99; *Arquidamo* 63.

<sup>108</sup> Nicón fue arconte en el 379/378. En cuanto a los tribunos militares, T. LIVIO, VI 5, 7, cita cinco y no seis como Diodoro; los dos autores sólo coinciden en dos nombres: Lucio Papirio [Cursor] y Lucio Valerio [Públicola]. Los otros tres citados por Livio son: Gneo Sergio Fidenates, Lucio Emilio Mamercino y Licinio Menenio Lanato (cf. T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, pág. 99).

<sup>109</sup> Dionisio, en el 388/387 a. C., había destruido Hiponio y, tras desterrar a sus habitantes a Siracusa, había entregado su territorio a los locros (cf. DIODORO, XIV 107, 2).

<sup>110</sup> Respecto a esta epidemia y a las revueltas subsiguientes, cf. *infra*, XV 73, 1, donde Diodoro habla de nuevo de una epidemia en Cartago (en el 368/367); podría tratarse de un rebrote o de dos epidemias sucesivas, pero es probable que nos encontremos ante un doblete del mismo hecho, ya que la cronología aplicada a esta época no se considera segura.

<sup>111</sup> Para la colonización fenicia de Cerdeña, cf. DIODORO, V 35, 5.

<sup>112</sup> De una situación de pánico parecida, de la matanza recíproca de los gálatas en Delfos, encontramos una precisa descripción en PAUSANIAS, X 23, 7-8.

<sup>113</sup> Nausinico fue arconte en el 378/377 a. C. Los tribunos militares con potestad consular fueron en realidad seis: Marco Furio Camilo, Servio Cornelio Maluginense. Quinto Servilio Fidenates, Lucio Quintio Cincinato, Lucio Horacio Pulvilo y Publio Valerio Potito. Livio cita dos más que Diodoro y a Cornelio le da el prenombre de Servio (cf. T. LIVIO, VI 6, 3; T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, págs. 100 ss.).

<sup>114</sup> Respecto a estos hechos, cf. JENOFONTE, *Helénica* V 4, 2-12; PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 7-12; *Sobre el demon de Sócrates* 2-5; 17-19; 25-34.

<sup>115</sup> Cf. DIODORO, XIV 32, 1.

<sup>116</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 9-10, donde se atribuye la intervención ateniense a la iniciativa de dos estrategos que estaban en la frontera.

<sup>117</sup> Personaje que no aparece en otras fuentes.

<sup>118</sup> Según JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 11-13, sólo era uno, pero Plutarco confirma el dato de Diodoro (cf. *Vida de Pelópidas* 13; *Sobre el demon de Sócrates* 34).

<sup>119</sup> Esta noticia respecto a una colonia romana en Cerdeña se encuentra sólo en Diodoro.

<sup>120</sup> Calias fue arconte en el 377/376 a. C.

<sup>121</sup> Este «Quinto Lucio» de Diodoro debe de ser una deformación por Lucio Quintio, citado por Livio. Los tribunos militares con potestad consular fueron: Aulo Manlio, Publio Cornelio, Tito Quintio Capitolino, Lucio Quintio Capitolino, Lucio Papirio Cursor y Gneo Sergio Fidenates (cf. T. LIVIO, VI 11, 1; T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, págs. 101 ss.).

<sup>122</sup> En este período el sometimiento formal a Esparta constituía una violación de la paz de Antálcidas.

<sup>123</sup> En realidad. Quíos, Bizancio, Rodas y Mitilene ya tenían vínculos de alianza con Atenas a raíz de las acciones de Conón y Trasíbulo (cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 84, 3 y nota 550; 94).

<sup>124</sup> Toda ciudad que se aliaba a Atenas se aliaba a todos sus aliados (cf. el caso de Bizancio en M. N. TODD, *A selection of Greek historical inscriptions*, II., Oxford, 1946-48 [= *Greek Historical Inscriptions*, Chicago, 1985], núm. 121).

<sup>125</sup> En este pasaje Diodoro nos ofrece un claro testimonio literario de la fundación de la segunda liga naval ateniense, cuyo objetivo era acabar con la supremacía espartana. Sobre textos epigráficos cf. *infra*, XV 29, 6. Sobre este período, cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 34-36.

<sup>126</sup> Con el *tôn pollôn* de los manuscritos, o «de las ciudades» si aceptamos la corrección *tôn póleōn* de Wesseling.

<sup>127</sup> Respecto al texto de la alianza de Tebas y Mitilene con Atenas, cf. *Inscriptiones Graecae* II<sup>2</sup>, 40.

<sup>128</sup> Esta guerra entre Persia y los egipcios pertenece a un período anterior; debió de tener lugar lo más tarde en el 380, dado que así lo exige la cronología egipcia (Nectanebo sucedió a Acoris hacia el 378) y Cabrias, reelegido estratega en el 379/378, se encontraría en Atenas (cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 14). Sobre la guerra cf., asimismo. ISÓCRATES, *Panegírico* 140 ss.; DEMÓSTENES, 20, 76; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Cabrias* 2, 1.

<sup>129</sup> Entre las obras y preparativos de Cabrias, Estrabón señaló la protección de las bocas del Nilo con construcciones como la *Khabríou Khárax*, la «muralla de Cabrias» (cf. ESTRABÓN, XVI 2, 33) y la *Khabríou Kômē*, la «aldea de Cabrias», junto al lago Mareotis (cf. ESTRABÓN, XVII 1, 22).

<sup>130</sup> Primavera del 378.

<sup>131</sup> La paz de Antálcidas (cf. DIODORO, XIV 110, 4).

<sup>132</sup> Su nombre aparece como Esfodrias en JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 15, etc., para quien los tebanos fueron los instigadores, y en PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 14, 2; *Agesilao* 24. Pero se considera improbable la intervención de los tebanos y se da más crédito a Diodoro, prefiriendo atribuir el hecho a la influencia de Cleómbroto o a la propia iniciativa del ambicioso Esfodrias.

<sup>133</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 20-33; PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 14, 2-3; *Agesilao* 24, 3-26, 1.

<sup>134</sup> Sobre Timoteo, hijo de Conón y discípulo de Isócrates, uno de los más famosos estrategos de aquel tiempo, cf. *infra*, XV 88, 2-3.

<sup>135</sup> Calístrato, del demo de Afidna, fue uno de los políticos atenienses más influyentes de aquel período; fue un hábil orador y un experto en la organización de las finanzas.

<sup>136</sup> Después de la ruptura de la paz, se incluye a los tebanos en el consejo federal y se convierte en aliada de los otros aliados de Atenas. Cf. *Inscriptiones Graecae* II<sup>2</sup>, 40.

<sup>137</sup> Con el decreto que se refleja en este pasaje, en realidad del febreromarzo del 377, la segunda liga ateniense queda definitivamente constituida. El proponente del decreto fue un cierto Aristóteles en la séptima pritanía del año del arconte Nausinico (378/377), por lo que Diodoro yerra al atribuirlo al año siguiente. Cf. *Inscriptiones Graecae* II<sup>2</sup>, 43 = V. DITTEMBERGER, *Sylloge Inscriptionum Graecarum*, Leipzig, 1915-1924, 147; TOD, *ob. cit.* núm. 123; el decreto, conocido como la «Carta de la segunda confederación marítima ateniense», contiene una invitación a los griegos y a los bárbaros no sometidos al Gran Rey a adherirse y el compromiso por parte de Atenas de respetar la autonomía de las ciudades y de no imponer guarniciones, gobernadores o tributos.

<sup>138</sup> Calcis se alió a Atenas en el 378/377 (cf. *Inscriptiones Graecae* II<sup>2</sup>, 44 = *Sylloge*, 148). En la lista de la estela aparecen inscritas por la misma mano que Calcis las ciudades de Eretria. Caristo, Ico y Aretusa; están añadidas al primer grupo de ciudades (cf. *supra*, 28, 3).

<sup>139</sup> Hestiea fue añadida en la estela algún tiempo después; esta ciudad, situada en el extremo noroccidental de Creta, había pertenecido a la liga ático-délica y se había rebelado en el 446; fue entonces cuando Pericles la reprimió en una guerra sin cuartel (cf. DIODORO, XII 7 y 22, 2). Cf. asimismo DIODORO, *trad. cit.* XI 13, 5

<sup>140</sup> Según ESQUINES, *Embajada* 70, eran 75. Setenta ciudades se adhirieron después del decreto de

Aristóteles y las ciudades fundadoras eran seis.

<sup>141</sup> Personaje que no aparece en otra fuente.

<sup>142</sup> Cf. *supra*, XV 57.

<sup>143</sup> Aceptando la corrección de Wesseling.

<sup>144</sup> Parece que ha de entenderse «de los oreítas». Diversos editores corrigen el *órópión*, «de los oropios» (no puede tratarse de Oropo, situada entre Ática y Beocia), de los manuscritos por *óreitón* (corr. de J. Le Paulmier), «de los oreítas», es decir, «de Óreo», un antiguo demo del territorio de los hestieos, cuyo nombre, después del establecimiento de clerucos atenienses en el 446, se refirió a la misma ciudad de Hestia (cf. ESTRABÓN, *Geografía*, trad. y notas de J. J. TORRES ESABARRANCH, B. C. G. 289, Madrid, 2001, X I, 3 y notas 22 ss. Cf. asimismo TUCÍDIDES, *trad. cit.*, I 114, 3; VII 57, 2 y VIII 95, 7 y notas. De todas formas, hay una cierta confusión en la Antigüedad entre los nombres Histia y Óreo; y puede no ser comprensible, como señala C. VIAL (cf. DIODORE DE SICILE, Livre XV, París, 1977, pág. 133), la expresión de Diodoro si no se trata de dos ciudades diferentes; por eso podría pensarse en una confusión en la grafía y ser una referencia a Orobias (cf. ESTRABÓN, IX 2, 13 y X 1, 3; y TUCÍDIDES, III 89, 2, donde se habla de su destrucción por un maremoto en el 426), que tenía un oráculo de Apolo y no estaba lejos de Histia.

<sup>145</sup> Personaje desconocido por otras fuentes. Se ha sugerido que podría ser una deformación del nombre por Herípidas, harmosta de Tebas (cf. H. W. PARKE, *Classical Quarterly*, 21 [1927] 162-164).

<sup>146</sup> Cf. *supra*, 30, 3 y nota 144.

<sup>147</sup> No se trata de la región de Hestia de la que se acaba de hablar, sino de un distrito de Tesalia occidental.

<sup>148</sup> Situada en la parte meridional de Hestiótide.

<sup>149</sup> Los nombres de estas islas están en la lista de la Carta. En cuanto al nombre de Cícladas, se ha señalado que sólo las llaman así Diodoro y Esteban de Bizancio (cf. *infra*, XV 95, 1). Respecto a Peparetos y Escíatos, pertenecientes al archipiélago de las Espóradas, cf. ESTRABÓN, *trad. cit.*, IX 5, 16.

<sup>150</sup> Acte era una zona de la costa oriental de la Argólide, situada entre Trecén y Epidauro. Cf. PSEUDO-ESCIMNO, 532 y PAUSANIAS, II 26, 2.

<sup>151</sup> En JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 21 encontramos una valoración semejante referida al año 382.

<sup>152</sup> Alusión a la batalla de Sardes del 395. Sobre estos hechos cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 79-80 y 83.

<sup>153</sup> Esta invasión tuvo lugar en el verano del 378, antes de la fecha dada por Diodoro.

<sup>154</sup> Se trata de la *móra*, una de las subdivisiones del ejército espartano. No hay coincidencia en la tradición respecto al número de sus componentes; Éforo dice que estaba compuesta de quinientos, Calístenes habla de setecientos y otros, entre los que se encuentra Polibio, dan la cifra de novecientos (cf. PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 17, 2). Según JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 12, estaría formada por quinientos setenta y seis hombres.

<sup>155</sup> En el 418, en Mantinea, estaba compuesta por seiscientos hombres. Ocupaban una posición independiente en el ala izquierda (cf. TUCÍDIDES, V 67, 1 y 68, 2). Escirítide era una región montañosa de la zona noroccidental de Laconia.

<sup>156</sup> La versión de esta campaña de JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 35-41, presenta notables diferencias.

<sup>157</sup> Jenofonte no dice nada de Cabrias y su maniobra. Cf. POLIENO, II 1, 2; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Cabrias* 1.

<sup>158</sup> Una de las muchas reflexiones que aparecen en Diodoro sobre la variabilidad de la Fortuna. Cf., por ejemplo, DIODORO, *trad. cit.*, XIII 21, 4-5; 22, 5-6; 24, 6; 27, 6; 29, 4; 30, 1, 3; 48, 3; 53, 2; 89, 1; 102, 2; XIV 1, 1; 20, 3; 23, 5; 45, 5; 46, 4; 76, 1, 4.



<sup>159</sup> Cf. *infra*, XV 50-54, donde se describe la batalla de Leuctra del 371 a. C., que ya supuso el fin de la supremacía espartana..

<sup>160</sup> Respecto a la derrota de Mantinea del 362, cf. *infra*, XV 84-87.

<sup>161</sup> Cf. *supra*, 16, 3 y nota 74.

<sup>162</sup> Cf. *supra*, 32, 5; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Cabrias* 1. Respecto a Cabrias, cf. asimismo DIODORO, *trad. cit.*, XIV 92, 1-2.

<sup>163</sup> Jenofonte no se refiere a este hecho.

<sup>164</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 42-46; PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 15; POLIENO, II 5, 2.

<sup>165</sup> Sobre esta segunda expedición, del 377, cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 47-55.

<sup>166</sup> Al sudeste de Tebas.

<sup>167</sup> Según JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 51, los tebanos bajaron porque Agesilao marchaba contra su ciudad. El combate, al que Jenofonte no da gran importancia, tuvo lugar cerca de Potnias, a 2 km de Tebas.

<sup>168</sup> Polis había sido navarco en el 396/395 combatiendo contra Conón en aguas de Asia Menor (*Helénicas de Oxirrínco* 4, 2); en el 393, durante la guerra corintia, había sido *epistoleús*, viconavarco (cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 11). En el 389, durante una misión diplomática en la corte de Dionisio I, recibió el encargo de conducir a Grecia a Platón y liberarse de él en el camino, y lo vendió como esclavo en Egina (cf. PLUTARCO, *Vida de Dión* 5).

<sup>169</sup> Jenofonte menciona esta batalla de pasada, sin describirla (cf. *Helénicas* V 4, 61). Esta batalla de Naxos tuvo lugar en septiembre del 376 (cf. PLUTARCO, *Vida de Foción* 6, 3; POLIENO. III 11, 2).

<sup>170</sup> Personaje que no aparece en otras fuentes.

<sup>171</sup> Del 406 a. C. Cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIII 97-101. Según Diodoro, se reprochó a los estrategos que no habían recogido a los muertos, mientras que Jenofonte (*Helénicas* I 7, 11) habla de náufragos con vida.

<sup>172</sup> Cuarenta y nueve según DEMÓSTENES, *Contra Leptines* 77; pero se considera más verosímil la cifra de Diodoro.

<sup>173</sup> En el 394 bajo el mando de Conón. Cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 83, 4-7.

<sup>174</sup> Cf. T. LIVIO, VI 15-16.

<sup>175</sup> El nombre de este arconte, del 376/375, es una corrección de Dindorf (*Kharisándrou*) de acuerdo con la epigrafía (cf. *Inscriptiones Graecae* II<sup>2</sup>, 1141, 1, 5); en los códices se lee Cariandro (*Khariándrou*).

<sup>176</sup> Los tribunos militares con potestad consular (del 384) fueron seis: Servio Cornelio Maluginense, Publio Valerio Potito, Marco Furio Camilo, Servio Sulpicio Rufo, Gayo Papirio Craso y Titio Quintio Cincinato (cf. T. LIVIO, VI 18, 1; T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, pág. 102).

<sup>177</sup> Pueblo cuyo territorio estaba comprendido entre el bajo Danubio al norte, los Balcanes al sur, y el Iskar al este. Los tribalos marcharon contra Abdera por el valle del Nesto. Cf. ESTRABÓN, VII 3, 13, que habla de dos migraciones de los tribalos, empujados por sus vecinos. Sobre su fama de saqueadores, cf. ISÓCRATES, *Panatenaico* 227.

<sup>178</sup> Habitantes de Abdera, ciudad griega de la costa tracia en la desembocadura del río Nesto, el actual Mesta.

<sup>179</sup> Sobre estos dos encuentros, cf. ENEAS TÁCTICO, 15, 8-10.

<sup>180</sup> En la primavera del 375, y Abdera entró en la liga ateniense.

<sup>181</sup> No murió entonces, sino en la guerra social, como el mismo Diodoro dice más adelante (cf. *infra*, XVI



7, 3-4). Cf. asimismo DEMÓSTENES, *Contra Leptines* 81 y 82; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Cabrias* 4; PLUTARCO, *Vida de Foción* 6.

<sup>182</sup> Existe una inscripción con un decreto del 375 que se refiere a la adhesión a la liga de cefalénios, acarnanios y corcireos.

<sup>183</sup> En junio del 375 (cf. POLIENO, III 10, 4).

<sup>184</sup> La batalla tuvo lugar cerca de Tegira (cf. *infra*, XV 81, 2; PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 16-17).

<sup>185</sup> Plutarco hace un comentario parecido (cf. *Vida de Pelópidas* 17, 5).

<sup>186</sup> De este historiador, además de la presente referencia, sólo queda un fragmento citado por Ateneo (X 438 C). Cf. *F. Gr. Hist.*, IIIB, 558. Diodoro se ha cuidado de citar a sus predecesores (cf. *infra*, XV 60, 6; 89, 3; 94, 4; 95, 4).

<sup>187</sup> Hipodamante fue arconte en el 375/374 (sobre su nombre, cf. *Inscriptiones Graecae* II<sup>2</sup>, 96). Los tribunos militares con potestad consular (del 383) fueron, según Livio, seis: Lucio Valerio Publicola, Aulo Manlio, Servio Sulpicio Rufo, Lucio Lucrecio Flavio, Lucio Emilio Mamertino y Marco Trebonio (cf. T. LIVIO, VI 21, 1; T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, pág. 103). Según Livio, Manlio tiene como prenombre Aulo.

<sup>188</sup> Esta paz, seguramente del otoño del 375, supone la primera renovación de la paz general del 386 (cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 110).

<sup>189</sup> Y en particular los atenienses (cf. FILÓCORO, *F. Gr. Hist.*, IIIB 328, frag. 151; ISÓCRATES, *Sobre el cambio de fortunas* 110).

<sup>190</sup> Desde aquí hasta 39, 2, Diodoro confunde esta paz del 375 con la concluida en el 371, a la que se refieren los hechos narrados; los tebanos fueron excluidos de la paz en el 371, pero no en el 375, como señala Isócrates (*Plataico*, 14). En el 373/372, Tebas era miembro activo de la liga ateniense, como se ve en *Inscriptiones Graecae* II<sup>2</sup>, 1607, I. 49.

<sup>191</sup> Diodoro habla aquí de *syntéleia*, «asociación de contribuyentes» o «liga tributaria», término que no aparece en las inscripciones y que no fue usado en los textos oficiales para designar la confederación beocia. Los historiadores lo aplican a veces a una confederación, como es el caso de DIODORO, XV 59, 1, refiriéndose a la confederación arcadia, y de POLIBIO, V 94, 1, en relación a la confederación aquea; el término implicaba la existencia de una caja común alimentada por las aportaciones de los diferentes miembros y, en principio, no suponía ninguna sujeción a una potencia dominante. En este caso (cf. *infra*, XV 50, 4 y 70, 2), la caja común era el tesoro tebano y Tebas era la potencia soberana en la época de la segunda confederación beocia.

<sup>192</sup> Estos oradores pronunciaron, efectivamente, sus discursos con ocasión de la paz del 371. JENOFONTE, *Helénicas* VI 3, 10-18, nos ofrece el discurso de Calístrato; y según PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 27, 4-28,2, el discurso de Epaminondas suscitó entusiasmo y tuvo a Agesilao como oponente.

<sup>193</sup> Con ello se reconocía la supremacía marítima ateniense y la paz quedaba garantizada por las dos potencias, mientras que el Gran Rey tenía el papel de mediador. Si se infringía la paz, Esparta dirigiría las operaciones por tierra y Atenas las marítimas. Cf. CORNELIO NEPOTE, *Vida de Timoteo* 2, 2, donde se confirma este hecho con relación a la paz del 375.

<sup>194</sup> Cf. *infra*, XV 50, 5-6, donde Diodoro insiste en la fuerza física de los tebanos, en su confianza en ellos mismos y en el valor de sus jefes.

<sup>195</sup> En todos los manuscritos se lee *Gorgías*, pero el nombre de este personaje era en realidad *Gorgidas* (cf. PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 12 ss.).

<sup>196</sup> Cf. *infra*, V 88, donde se hace el elogio de este personaje. Cf. asimismo DIODORO, *trad. cit.* X 11, 2, donde se señala que había sido discípulo del pitagórico Lisis, que ejerció una excelente influencia sobre él.

<sup>197</sup> En el capítulo 88 de este mismo libro.

- <sup>198</sup> Cf. *supra*, 38, 2.
- <sup>199</sup> El nombre de Fialea (*Phiáleia*) se encuentra normalmente en las inscripciones a partir del siglo III a. C.; en el siglo IV la forma normal era Figalia (*Phigaleia*); era una ciudad situada en la parte sudoccidental de Arcadia.
- <sup>200</sup> Herea era una ciudad arcadia situada junto al río Alfeo, cerca de la frontera con Élide: pero también se ha pensado en una plaza más cercana a Figalia.
- <sup>201</sup> Fiestas en honor de Dionisio muy extendidas en Grecia, durante las cuales había representaciones teatrales.
- <sup>202</sup> «Servio», que no está en los manuscritos, es una adición de Rhodoman de acuerdo con T. LIVIO, VI 22, 1.
- <sup>203</sup> Socrátides fue arconte en el 374/373. Los tribunos militares con potestad consular (del 382) fueron, según Livio, seis: Espurio Papirio Craso, Lucio Papirio, Servio Cornelio Maluginense, Quinto Servilio Fidenates, Gayo Sulpicio y Lucio Emilio Mamertino (cf. T. LIVIO, VI 22, 1; T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, pág. 103 s.). Un manuscrito de Diodoro añade un Fabio Albo, desconocido en otras fuentes.
- <sup>204</sup> Cf. CORNELIO NEPOTE, *Vida de Ifícrates* 2, 4; POMPEYO TROGO, *Prólogo* del libro X; PLUTARCO, *Vida de Artajerjes* 24; POLIENO, III 9, 38, 56 y 59.
- <sup>205</sup> Cf. *supra*, 29, 3-4. Según CORNELIO NEPOTE, *Vida de Ifícrates* 2, 4, los mercenarios no habrían sido veinte mil, sino doce mil.
- <sup>206</sup> Ciudad de la costa fenicia, situada al sur de Tiro; en la actual Israel, cercana a la bahía de Haifa, corresponde a la actual Akko (Acre o San Juan de Acre). Sobre el paso de Ifícrates por allí, cf. POLIENO, III 9, 56.
- <sup>207</sup> Naves de treinta remos.
- <sup>208</sup> Entendido en sentido amplio como la estación del buen tiempo; en realidad, a principios de la primavera del 373, antes de la crecida del Nilo (cf. *infra*, XV 43, 4). En otoño, Ifícrates estaba de nuevo en Atenas, donde fue nombrado estratega (cf. *infra*, XV 43, 5-6).
- <sup>209</sup> Conocido asimismo como Nectanebo I, el primer faraón de la XXX dinastía.
- <sup>210</sup> Cf. *supra*, 29, 3.
- <sup>211</sup> Cf. DIODORO, I 33, 5-7.
- <sup>212</sup> Cf. DIODORO, I 33, 7-8.
- <sup>213</sup> La tercera comenzando por el este (cf. DIODORO, I 33, 7).
- <sup>214</sup> Menfis fue la capital de Egipto durante la última dinastía (XXX); estaba situada en la orilla occidental del Nilo, en el vértice del delta y al sur de la actual El Cairo. Sobre su fundación e importancia y sobre su magnífica situación, cf. DIODORO, I 50, 3-51, 3.
- <sup>215</sup> Se ha señalado aquí una laguna; falta el sujeto, que verosíblemente ha de ser «los oficiales persas» dependientes de Farnabazo.
- <sup>216</sup> Todo el relato es favorable a Ifícrates (cf. 41, 1, 2 y 5; 43, 4).
- <sup>217</sup> Vientos que durante el verano soplan del norte en el Mediterráneo oriental.
- <sup>218</sup> La crecida tiene su comienzo en julio y alcanza su punto máximo a finales de septiembre. Sobre el curso y las crecidas del Nilo, cf. DIODORO, I 37-39.
- <sup>219</sup> Respecto a este episodio del 392, cuando Conón fue arrestado por Tiribazo, cf. DIODORO, XIV 85, 4 y JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 16.

- [220](#) Cf. asimismo CORNELIO NEPOTE, *Vida de Ificrates* 1, 3-4.
- [221](#) Cf. *supra*, 38, 1.
- [222](#) Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 2, 2.
- [223](#) Hay una laguna en el texto y es evidente que el «éstos» no se refiere a los oligarcas filoespartanos, sino a los demócratas. En la laguna debía de explicarse que la situación cambió a favor de los aristócratas y que los demócratas fueron exiliados.
- [224](#) Cf. *supra*, 36, 5.
- [225](#) Estos desterrados se unieron a la liga ateniense y aparecen en la lista de aliados como «el pueblo de Zacinto en el Nelo». Según V. DITTEMBERGER, *Sylloge Inscriptionum Graecarum*, Leipzig, 1915-1924, 147 n. 48, la plaza fuerte se llamaría Arcadia y se encontraría en el monte Nelo.
- [226](#) Personaje únicamente citado por Diodoro.
- [227](#) Jenofonte pasa por alto estos hechos de Corcira del año 374. La versión de Jenofonte (*Helénicas* VI 2, 3-4) ignora el apoyo de Esparta a los oligarcas de Zacinto y la solicitud de ayuda de los demócratas a Atenas; justifica el envío de Mnasipo (47, 1) como reacción a la intervención de Timoteo.
- [228](#) En JENOFONTE, *Helénicas* VI 2, 9, hay una clara explicación de la importancia de la isla.
- [229](#) Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 2, 10 (donde leemos «Estesicles», nombre que se corrige de acuerdo con el presente pasaje). Diodoro parece atribuir dos expediciones a Ctesicles (cf. *infra*, 47, 4-6), mientras que Jenofonte sólo habla de una, la segunda.
- [230](#) En PAUSANIAS, IX 1, 8, hay una diferencia en los datos; la toma de Platea habría ocurrido durante el arcontado de Asteo (*Asteios*, en el 373/372), dos años antes de Leuctra, es decir, durante el verano del 373.
- [231](#) Sobre las desgracias de Platea, cf. el *Plataico* de Isócrates.
- [232](#) Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 3, 1.
- [233](#) La *isopoliteía*, la ciudadanía concedida de modo excepcional a título personal o colectivamente a ciudadanos de otro estado. Sobre su estatuto, cf. PSEUDO-DEMÓSTENES, *Contra Neera* 105-106. Cf. J. PASCUAL GONZÁLEZ, «La isopoliteia como concesión de ciudadanía a comunidades extranjeras en las épocas clásica y helenística» en *La construcción ideológica de la ciudadanía: identidades culturales y sociedad en el mundo griego antiguo*, coord. D. PLÁCIDO, Madrid, 2006, págs. 327-342.
- [234](#) Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 2, 3-7, donde los lacedemonios envían a Mnasipo a Corcira como navarco.
- [235](#) Esta cifra de mil quinientos sólo se refiere a los mercenarios según JENOFONTE, *Helénicas* VI 3, 5.
- [236](#) Sobre estas actuaciones de Timoteo, cf. el *Contra Timoteo* del PSEUDO DEMÓSTENES, que da otra versión de los hechos.
- [237](#) Esta presunta reintegración de Timoteo está en contradicción con lo que leemos en PSEUDO DEMÓSTENES, *Contra Timoteo* 10 y en JENOFONTE, *Helénicas* VI 2, 13.
- [238](#) Cf. *supra*, 46, 3, nota 229.
- [239](#) Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 2, 10-11.
- [240](#) Jenofonte habla de hambre y deserción (*Helénicas* VI 2, 15).
- [241](#) Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 2, 17-23.
- [242](#) Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 2, 13-14 y 27-32, según el cual Timoteo no participó en la expedición.
- [243](#) Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 2, 33-36, que no se refiere al montante obtenido y dice que fue

Ifícrates quien liberó a los prisioneros mediante rescate. Cisides y Crinipo sólo aparecen en Diodoro.

<sup>244</sup> Se observan aquí varios errores. El asesino era un eunuco, pero se llamaba Trasideo (cf. TEOPOMPO, *FGHist.* 115, frag. 103, 12; ARISTÓTELES, *Política* 1311b). Nicocles era un hijo de Evágoras, al que ha sucedido, y no era eunuco (cf. ISÓCRATES, *Evágoras* 1).

<sup>245</sup> Cf. T. LIVIO, VI 27-29, según el cual esta guerra entre Roma y Preneste tuvo lugar cuando los tribunos militares citados por Diodoro en XV, 50, 1 estaban en el cargo. Preneste, la actual Palestrina, se encontraba al sudeste de Roma, con la que mantuvo diversos conflictos en el siglo IV.

<sup>246</sup> *Asteios*, arconte en el 373/372.

<sup>247</sup> Marco Furio Camilo, Aulo Postumio, Lucio Postumio, Lucio Furio Medulino, Lucio Lucrecio Tricipitino y Marco Fabio Ambusto fueron tribunos militares con potestad consular en el 381 (cf. T. LIVIO, VI 22, 5; T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, pág. 104).

<sup>248</sup> Hélice se encontraba en la costa sur del golfo de Corinto, a 7 km al este de Egio, y Bura estaba situada tierra adentro, a poca distancia. Según ESTRABÓN (cf. I 3, 18 y VIII 7, 2), Hélice fue sumergida por un maremoto (cf. asimismo PAUSANIAS VII 24, 6), mientras que Bura desapareció sumida en una grieta. Hélice, cubierta por el mar, dejó de existir; pero Bura fue fundada de nuevo y desempeñó un papel importante en la época helenística (cf. DIODORO, XX 103, 4). Se ha discutido sobre el hecho de que Diodoro no mencionara aquí la destrucción del templo de Delfos ocurrida entonces.

<sup>249</sup> Este seísmo fue muy famoso en la Antigüedad (cf. SENECA, *Cuestiones Naturales* VI 23 y OVIDIO, *Metamorfosis* XV 294).

<sup>250</sup> Cf. *infra*, XVI 61-64.

<sup>251</sup> La confederación era de doce ciudades según HERÓDOTO, I 145 (cf., asimismo, ESTRABÓN, XIV 1, 3-4).

<sup>252</sup> Estas fiestas Panionias o Panjonias, la fiesta común de los jonios, se celebraban en el Panionio, el santuario de Poseidón Heliconio, que era sede de la Liga Jonia, situado en la costa asiática entre Éfeso y Mileto, en las cercanías de Mícale (cf. HERÓDOTO, I 148; ESTRABÓN, *trad. cit.*, VIII 7, 2 y nota 657; XIV 1, 20).

<sup>253</sup> Los teoros (*theōroí*) o embajadores sagrados enviados al oráculo de Pitón/Delfos. Sobre Pitón, cf. *supra*, XV 8, 4.

<sup>254</sup> Hélice había estado ocupada por los jonios antes de que fueran expulsados del Peloponeso por los aqueos; tenía un santuario de Poseidón Heliconio. Cf. HERÓDOTO, I 145; ESTRABÓN, VIII 7, 2; PAUSANIAS VII 24, 6. Según el texto de Estrabón, lo que habían enviado a buscar los jonios era la estatua de Poseidón y, si esto no se conseguía, una copia o filial del santuario (cf. ESTRABÓN, *trad. cit.*, VIII 7, 2 y nota 666).

<sup>255</sup> Poseidón era el dios de los terremotos y de las aguas dulces y marinas; ya era calificado por Homero como el dios «que conmueve la tierra».

<sup>256</sup> Referencia a las catavotras, curiosidad geográfica descrita por ESTRABÓN, VIII 8, 4.

<sup>257</sup> Feneo es una localidad de Arcadia cercana al lago del mismo nombre. El río al que se refiere Diodoro es el Ladón, el principal afluente del Alfeo; las aguas del lago Feneo penetran bajo tierra y reaparecen al oeste, al otro lado del monte Dourdouvana para formar el Ladón.

<sup>258</sup> Este segundo río es el Erasino, que procede de un canal subterráneo que desagua el lago Estinfalo y, tras desaparecer debajo del monte Cao, reaparece en Argólide (cf. ESTRABÓN, VIII 8, 4 y PAUSANIAS, II 24, 6; VIII 22).

<sup>259</sup> Se ha planteado la cuestión de la culpabilidad de las tripulaciones de los diez barcos espartanos anclados frente a Hélice que fueron víctimas del maremoto (cf. ELIANO, *Sobre la naturaleza de los animales* 11, 19).

<sup>260</sup> Alcístenes fue arconte en el 372/371. La lista de tribunos militares con potestad consular para el 380, seguramente con algunos nombres interpolados, es: Lucio Valerio Publicola, Publio Valerio Potito, Servio Cornelio Maluginense, Licinio Menenio Lanato, Gayo Sulpicio Petico, Lucio Emilio Mamercino, Gneo Sergio Fidenates, Tiberio Papirio Craso y Lucio Papirio Mugilano (cf. T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, pág. 105; T. LIVIO, VI 27, 2, que sólo habla de seis tribunos).

<sup>261</sup> Cf. *supra*, 36, 1.

<sup>262</sup> Cf. *supra*, 1, 2-3 y DIODORO, VII 12, 8.

<sup>263</sup> Sobre este cometa, cf. SÉNECA, *Cuestiones Naturales* VII 5, quien atribuye esta imagen de «viga de fuego» a Calístenes, que relacionaba el presagio con la destrucción de Hélice y Bura, no con la batalla de Leuctra, como hace Diodoro. Cf. asimismo ARISTÓTELES, *Meteorología* 343 b, que sitúa la aparición del cometa en el invierno del 373/372 y no del 372/371.

<sup>264</sup> Diferenciados de los caldeos de Armenia (cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 29, 2 y nota 253).

<sup>265</sup> Este texto es una repetición, más corta, del de la paz del 375 (cf. *supra*, 38). Según PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 28, 5, la paz fue jurada el 14 de esciroforión (junio del 371). Cf. asimismo JENOFONTE, *Helénicas* VI 3, 1-19.

<sup>266</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 3,19-20; PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 28; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Epaminondas* 6, 4; PAUSANIAS, IX 13, 2.

<sup>267</sup> Cf. *supra*, 20, 1 y nota 90.

<sup>268</sup> Cf. *supra*, 38, 3 y 39, 1-2.

<sup>269</sup> Cf. *supra*, 39, 2 y nota 195.

<sup>270</sup> Manlio.

<sup>271</sup> Frasiclides fue arconte en el 371/370. Los tribunos militares con potestad consular del año varroniano 379 fueron: Publio Manlio Capitolino, Gayo Manlio, Lucio Julio, Gayo Sextilio, Marco Albinio y Lucio Antistio (los seis citados por T. LIVIO, VI 30, 2), a los que Diodoro añade Publio Tribonio y Gayo Erenucio. Además, en Diodoro encontramos a Sesteo en lugar de a Sextilio, a Lucio Lavinio por Marco Albinio, y el prenombre de Julio es Tiberio en lugar de Lucio. Cf. T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, pág. 106.

<sup>272</sup> Sobre los hechos de Platea y Tespías, cf. *supra*, 46, 6.

<sup>273</sup> Cf. PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 28, 1-2.

<sup>274</sup> En el momento de la decisión de Esparta, Cleómbroto se encontraba en Fócide (cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 2).

<sup>275</sup> Imagen agonística; un luchador vencía *aconití*, «sin el polvo de la palestra», cuando sus adversarios se retiraban.

<sup>276</sup> Jenofonte no se refiere a esta entrada en Beocia por Coronea, hecho que los historiadores admiten.

<sup>277</sup> Cf. PAUSANIAS, IX 13, 6. Este hecho no se considera verosímil; se piensa que la historia se forjó a imagen de la de la evacuación del Ática en el 480 (cf. HERÓDOTO, VIII 41).

<sup>278</sup> Hecho confirmado por PAUSANIAS, IX 13, 6-7 y por las inscripciones (*Inscriptiones Graecae* VII 2407 y 2408).

<sup>279</sup> La cifra de Diodoro parece razonable (cf. P. J. STYLIANOU, *ob. cit.* págs. 389-390). FRONTINO, *Estratagemas* IV 2, 6, habla de cuatro mil hombres, incluyendo cuatrocientos soldados de caballería. De la cifra que da Diodoro la mitad serían tebanos, que fueron los que realmente combatieron (cf. PAUSANIAS, IX 13, 8).

<sup>280</sup> En este pasaje los manuscritos presentan variantes problemáticas que dan lugar a diferentes

interpretaciones. La traducción propuesta se basa en las correcciones de Madvig, que transformaba el acusativo *tyflón* de los códices en nominativo, para atribuir la ceguera al heraldo, y defendía la corrección *andrápoda* por el *ándra* de los manuscritos; se acepta igualmente la adición del relativo *hós* propuesta por Vogel a continuación del *tyflós*, ya que los principales manuscritos presentan dos verbos sin nexo. Pero si no se considera necesaria la corrección de Madvig relativa al acusativo *tyflón*, ni la sustitución del *ándra*, la traducción, con la inclusión del relativo, podría ser ésta: «Epaminondas y sus hombres se encontraron con un heraldo que anunciaba la huida de un hombre ciego, pregonando a voz en grito, como era costumbre, que no había que sacarlo de Tebas ni ocultarlo, sino que era obligatorio devolverlo y restituirlo sano y salvo».

[281](#) Palabras pronunciadas por Héctor. Cf. HOMERO, *Iliada* XII 243.

[282](#) El *grammateús*, el secretario de los polemarcos o beotarcas en Tebas y las ciudades beocias; era un oficial elegido anualmente que asistía a los beotarcas en campaña (cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 2 y 4; PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 7, 4; *Obras morales y de costumbres* 577 b).

[283](#) Seguramente, símbolos del *grammateús* por los que lo reconocían los soldados a quienes pasaba las órdenes de los beotarcas.

[284](#) En la expedición de Agesilao a la que se ha referido Diodoro en 34, 1-2.

[285](#) Epaminondas les replicó, según leemos en FRONTINO, *Estratagemas* I 12, 5.

[286](#) Cf. *supra*, 39, 2.

[287](#) Entre el monte Helicón y el lago Copais. Cf. PAUSANIAS, IX 13, 3, donde se confirma que Epaminondas fue el primero en ocupar el paso; JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 3.

[288](#) Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 3-4. Entre la Fócide y Tisbe, Cleómbroto debió de marchar por una zona montañosa, por Stiris y los actuales pueblos de Kyriaki y Koukoura, mientras que entre Tisbe y Creusis siguió la línea de la costa, al pie del Koromboli y a lo largo de la bahía de Livadostro. De los fuertes se apoderaría en la primera parte de la marcha y de las triremes en la segunda. Respecto a la discusión sobre las diversas posibilidades, cf. P. J. STYLIANOU, *ob. cit.* págs. 391-392.

[289](#) La llanura de Leuctra, situada al sudeste de Tespias, tiene una anchura de 1,5 km entre el recodo del río Permeso, donde moraban las Musas, y el curso superior del Asopo.

[290](#) Al norte de la llanura. Se duda respecto a que Epaminondas hubiera encontrado al enemigo ya instalado en el llano.

[291](#) Según PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 20, 1, Cleómbroto tenía 10.000 hoplitas y 1.000 soldados de caballería. Sin embargo, la batalla debió de combatirse entre los lacedemonios y los tebanos, con escasa intervención del resto de los beocios (cf. *supra*, nota 279) y de los aliados de Esparta.

[292](#) PAUSANIAS, IX 13, 6-7, que nos da detalles de la discusión y el nombre de los beotarcas.

[293](#) Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 7, donde es Heracles quien sale para la batalla; CICERÓN, *Sobre la adivinación* I 74, que cita a Calístenes y dice que las armas cayeron a tierra; POLIENO, II 3, 8.

[294](#) Sobre el santuario oracular de Trofonio en Lebadea, cf. PAUSANIAS, IX 39, 5-40, 2, que describe con detalle los curiosos ritos del descenso (*katábasis*) al antro de Trofonio. POLIENO, II 3, 8, nos cuenta la misma anécdota.

[295](#) Las fiestas llamadas *Basíleia*, celebración nacional de los beocios, que admitían en los juegos a todos los griegos. A ellas se refieren numerosas inscripciones (cf. *Inscriptiones Graecae*, VII, 552; 1711; 2487; 2532; 3091).

[296](#) Personaje que no aparece en otras fuentes. Se ha pensado en que fuera un error por Leándridas o por Cleándridas, hijo de Gilipo, el que derrotó a los atenienses en Sicilia, a su vez hijo de Cleándridas (cf. TUCÍDIDES, *trad. cit.* VI 93, 2 y nota 237; VII 2, 2).



<sup>297</sup> Encontramos este episodio, con algunas variantes, en JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 7; PAUSANIAS, IX 13, 5-6, y PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 20, 3-4. Diodoro es el único que habla de las hijas de Leuctro además de las de Escédaso.

<sup>298</sup> Se está de acuerdo en que aquí hay un error de Diodoro; la llegada de Jasón, igual que la de Arquidamo (54, 6), es inverosímil en este momento (cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 18 ss.); no hubo entonces ni tregua ni retirada de los peloponesios. Sobre la alianza con Jasón, cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 20.

<sup>299</sup> Arquidamo III fue rey entre el 360 y el 338. No participó en la batalla de Leuctra, como erróneamente cuenta Diodoro, sino que fue enviado después y recondujo el ejército a su patria después de la derrota (cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 17 ss. y 26). En el 362 defendió Esparta ante el ataque de Epaminondas y luego ayudó a los focenses en la tercera guerra sagrada (cf. *infra*, XVI 24, 1-2; 59, 1; 63, 1); murió en Italia combatiendo en defensa de Tarento (cf. *infra*, XVI 62, 4; 63, 1-2; 88, 3-4).

<sup>300</sup> Las dos dinastías reales de Esparta, los Agiadas y los Euripóntidas, se vanagloriaban de ser «descendientes de Heracles», dado que Agis y Euriponte eran hijos, respectivamente, de Eurístenes y Procles, a su vez hijos del Heraclida Aristodemo.

<sup>301</sup> Se considera que esta descripción de la estrategia de Epaminondas y del orden de batalla es lo más acertado del relato efectuado por Diodoro, que es menos satisfactorio respecto a las fases del combate y al papel de la caballería, coordinada con el avance de las tropas de élite tebanas (cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 10-13). Sobre la batalla de Leuctra, cf. asimismo JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 4-15; PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 23; DINARCO, I 72 ss.; PAUSANIAS, IX 13, 8-14; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Pelópidas* 4, 2; POLIENO, I 10; II 3, 2-3; 3, 11; 3, 15; FRONTINO, *Estratagemas* IV 2, 6; POLIBIO, XII 25f, 3-4.

<sup>302</sup> El ala fuerte era la izquierda. La táctica tebana se clarifica con la lectura conjunta de las tres fuentes principales: Diodoro, Plutarco y Jenofonte.

<sup>303</sup> Con el *diélyon* de los manuscritos, aceptado por Dindorf, Bekker y otros estudiosos. Su sentido está en consonancia con lo que se acaba de decir respecto a una inicial ruptura de las filas antes de que se produjera la desbandada. Algunos editores, sin embargo, proponen *ou diélyon* (Rhodoman, Madvig), con lo que la traducción sería: «Primero se retiraron sin romper sus filas...».

<sup>304</sup> Cifra que se considera exagerada. JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 15, da la cifra correcta, mil lacedemonios, incluyendo unos cuatrocientos espartiatas (cf., asimismo, PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 28, 8 y PAUSANIAS, IX 13, 12). DIONISIO DE HALICARNASO, *Antigüedades Romanas* II 17, 2, que puede haber confundido los números de Jenofonte, da la cifra de 1.700 espartiatas. En cuanto a los caídos beocios, Pausanias dice que fueron 47.

<sup>305</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 15; PAUSANIAS, IX 13, 11.

<sup>306</sup> Diodoro no se refiere a la renovación de la paz por iniciativa ateniense, la paz de Atenas del 371/370. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 1-3.

<sup>307</sup> Disniceto fue arconte en el 370/369. Los tribunos militares con potestad consular del 378 fueron en realidad seis (cf. T. LIVIO, VI 31, 1): Espurio (Lucio) Furio, Quinto Servilio Fidenas, Licinio Menenio Lanato, Publio Clelio Sículo, Marco Horacio y Lucio Geganio Macerino. Diodoro, por lo tanto, sólo cita los cuatro primeros y deforma el nombre de P. Clelio. Livio da a Furio el prenombre de Espurio. (Cf. T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, pág. 107.)

<sup>308</sup> Con la lectura *politeíán*, «derechos políticos», corrección del *pólin* de algunos manuscritos, corrección de Vial defendida por Stylianou (*ob. cit.*, págs. 110-111). Otros editores se inclinan por la lectura *chróan* (del manuscrito secundario F), con lo que la traducción sería «admitieron a los orcomenios como pertenecientes al territorio (o al número) de sus aliados».

<sup>309</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 23; VII 5, 4; *Vida de Agesilao* 2, 24.



- <sup>310</sup> Jasón sucedió a Licofrón (cf. DIODORO, XIV 82, 5) en la tiranía de Feras.
- <sup>311</sup> Se ha querido corregir «Lócride» por «Fócide», pero una expedición a Lócride Oriental es posible. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 27. Partiendo de Beocia, Jasón se retiró a través de Fócide y tomó el arrabal de los yampolitas, luego marchó a través de la Lócride Opuntia y tomó y destruyó Heraclea de Traquinia.
- <sup>312</sup> Heraclea de Traquinia fue fundada por Esparta en el 427/426 (cf. TUCÍDIDES, III 92 ss.; V 51; DIODORO, XII 59, 3 ss.; 77, 4; XIV 38, 4 ss.; 82, 6 ss. Jasón la atacó porque controlaba el desfiladero de las Termópilas.
- <sup>313</sup> Pueblos situados en el valle del Esperqueo; eran periecos de Tesalia.
- <sup>314</sup> Los habitantes de Perrebia eran los periecos más septentrionales de Tesalia; estaban bajo la influencia de Larisa y de Macedonia. Se considera que esta expedición de Jasón es cronológicamente anterior; seguramente tuvo lugar inmediatamente después de su elección como *tágos* en el 375/374 (cf. *infra*, XV 60, 2).
- <sup>315</sup> *Skytalmós*, «el apaleamiento», término derivado de *skytálē*, «bastón».
- <sup>316</sup> Los ciudadanos más ilustres y más ricos según ISÓCRATES, *Discurso a Filipo* 52. Cf. asimismo DIONISIO DE HALICARNASO, VII 66, 5.
- <sup>317</sup> Mil quinientos según PLUTARCO, *Obras morales y de costumbres* 814 b.
- <sup>318</sup> Paradigmático este cuadro, que hizo pensar a F. Hoefler en las páginas sangrientas de la Revolución francesa.
- <sup>319</sup> Licomedes era en realidad de Mantinea, como el mismo Diodoro dice en 62, 2 (cf. PAUSANIAS, VIII 27, 2). Diodoro simplifica respecto al liderazgo de la Confederación Arcadia. JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 23, da a Licomedes un papel importante, pero atribuye la iniciativa a los jefes del partido democrático de Tegea (*Helénicas* VI 5, 6).
- <sup>320</sup> La Confederación Arcadia, además de la asamblea primaria de los Diez Mil (los *Myrioi*), tenía un consejo federal, compuesto por representantes de las ciudades participantes, en número proporcional a la población. El poder ejecutivo estaba en manos de un estratega, seguramente anual, pero reelegible, que también tenía el mando del ejército permanente.
- <sup>321</sup> Se trata de la guerra civil de Tegea entre los partidarios y los adversarios de la nueva confederación (cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 6-9).
- <sup>322</sup> JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 9, da una versión diferente respecto a los tegeatas refugiados en Palantio.
- <sup>323</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 10.
- <sup>324</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 10-21, donde se ve que la campaña de Agesilao se dirigía principalmente contra Mantinea, que había apoyado a los demócratas de Tegea en la guerra civil.
- <sup>325</sup> Cf. *supra*, 30, 3; 54, 5; 57, 2.
- <sup>326</sup> Diodoro se refiere aquí a la dignidad de la *tageía*, la más alta magistratura civil y militar de la Confederación Tesalia. El relato de Diodoro es muy sucinto y data el nombramiento de Jasón como *tágos* de los tesalios en el 371, después de Leuctra, lo que no está de acuerdo con la fecha del 375/374 de JENOFONTE, *Helénicas* VI 1, 18, probablemente en verano del 375, antes de la paz (*Helénicas* VI 1, 2). Esta diferencia cronológica ha sido objeto de debate; algunos estudiosos se inclinan por la datación de Jenofonte, pero ya Beloch (*Griechische Geschichte*, 2ª ed., III, 2, 237) prefería la de Diodoro, preferencia apoyada actualmente por P. J. STYLIANOU, *ob. cit.* págs. 357-363 y 418.
- <sup>327</sup> Diodoro es la única fuente respecto a esta alianza entre Jasón y Amintas de Macedonia, aunque es posible que aludan a ella ISÓCRATES, 5, 20 y ARRIANO, *Anábasis* VII 9, 4. También se ha discutido sobre si

fue anterior o posterior a Leuctra.

<sup>328</sup> Coincidencias y analogías obtenidas en los cronógrafos (cf. DIODORO, XII 19, 1; *infra*, XV 91, 2; XVI 65, 2; 88, 3); pero este tipo de expresiones de Diodoro son muy imprecisas (cf. *supra*, 34, 3; 50, 4; 59, 1; *infra*, XV 80, 1; 81, 5).

<sup>329</sup> Corrección de Dindorf por el *Tharraléou* de los manuscritos.

<sup>330</sup> Amintas III. Cf. DIODORO, XIV 89, 2.

<sup>331</sup> Alejandro II, que reinó del 370/369 al 369/368.

<sup>332</sup> Agesípolis II reinó del 371 al 370. Cleómenes II, según el mismo DIODORO (XX 29, 1), murió en el 309/308, por lo que reinó en realidad sesenta años y diez meses (cf. P. J. STYLIANOU, *ob. cit.* págs. 37 ss.).

<sup>333</sup> La versión que Diodoro atribuye a Éforo encuentra confirmación en JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 31 ss. Jasón murió en verano del 370, poco antes de los juegos píticos (cf. *Helénicas* VI 4, 29).

<sup>334</sup> En el relato de Diodoro sobre estos hechos de Tesalia (60, 5 y 61, 1 -2) se señalan importantes confusiones y tampoco está libre de errores Jenofonte (cf. P. J. STYLIANOU, *ob. cit.* págs. 421-422).

<sup>335</sup> Se discute respecto a la sucesión de Jasón. JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 33-34, dice que a Jasón le sucedieron en realidad dos hermanos, Polidoro y Polifrón (este último ignorado por Diodoro), que tuvieron el poder como *tagoi* conjuntamente hasta que, poco tiempo después, Polidoro fue asesinado, y que Polifrón gobernó durante un año como un tirano; según esto, Diodoro habría confundido a los dos hermanos. Pero puede pensarse que no se constituyeron en soberanos de manera conjunta y que el sucesor fue realmente Polidoro, como dice Diodoro, y que a su muerte le sucedió Polifrón, un caso comparable al de Hipias e Hiparco en Tucídides (I 20, 2; VI 54); apoyaría esta tesis el hecho de que sólo se responsabilizó a Polidoro de la muerte de Jasón.

<sup>336</sup> Cf. F. JACOBY, *FGrHist.* II a. 76. Duris (h. 340-h. 260) fue tirano de Samos y discípulo del filósofo Teofrasto. En la historiografía su nombre está ligado a sus *Historias*, tituladas *Tà Makedoniká*, que abarcan los hechos ocurridos entre el 370/369 y el 281/280, es decir, desde Leuctra y la muerte de Amintas III. el padre de Filipo II. hasta Pirro. También fue autor de una *Historia de Agatocles*, tirano de Siracusa (361-289), obra que fue fuente de Diodoro.

<sup>337</sup> Lisístrato fue arconte en el 369/368. Lucio Emilio Mamercino, Publio Valerio Potito, Gayo Veturio, Servio Sulpicio, Lucio Quintio Cincinato y Gayo Quintio Cincinato fueron tribunos militares con potestad consular en el 377 (cf. T. LIVIO, VI 32, 3; T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, págs. 107 ss.). En Diodoro, Gayo Verginio puede ser una corrupción por Gayo Veturio, y Gayo Cornelio una confusión por Gayo Quintio; estaría, asimismo, confundido el prenombre de Valerio Potito (cf. P. J. STYLIANOU, *ob. cit.* pág. 422).

<sup>338</sup> Con la lectura correcta *adelphidou* (sobrino) de los códices P y X; en el resto de los manuscritos se lee *adelphou* (hermano).

<sup>339</sup> Diodoro ha cometido un error; en realidad Alejandro mató a su tío Polifrón para vengar a su padre, Polidoro; después de matar a su tío, se convirtió en tirano de Feras (cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 34-37; PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 29). Se enfrentaron a él los Alévadas de Larisa y otras ciudades tesalias, que encontraron el apoyo de Tebas. En el 364 fue derrotado por Pelópidas y obligado a ser aliado de Tebas (cf. *infra*, XV 80 y 81, 3). Su tiranía se prolongó hasta el otoño del 358, pero Diodoro (cf. *infra*, XVI 14, 1) sitúa erróneamente su muerte en el 357/356.

<sup>340</sup> pero polifrón ya había sido un déspota.

<sup>341</sup> Están de acuerdo JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 35 ss. y PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 29 ss.

<sup>342</sup> Los Alévadas se consideraban descendientes del heraclida Alevas.

<sup>343</sup> Probablemente a finales del verano del 369.

- <sup>344</sup> Situada a unos 25 km al sudoeste de Larisa; era sede de los Escópadas, otra famosa familia tesalia.
- <sup>345</sup> Cf. *infra*, XV 67, 4.
- <sup>346</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 11-14, según el cual, Polítropo estaba al frente de un ejército de mercenarios.
- <sup>347</sup> Orcómeno no se había unido a la liga arcadia por enemistad con Mantinea.
- <sup>348</sup> La liga arcadia tenía al frente un solo estratega, que era reelegible.
- <sup>349</sup> Diodoro es la única fuente sobre el número de estos *Epáritoi*, ejército de élite permanente sobre el que se apoyaba el poder de la liga. Cf. *infra*, XV 67, 2 y JENOFONTE, *Helénicas* VII 4, 22, 33, 36 y 5, 3.
- <sup>350</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 13-14.
- <sup>351</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 23.
- <sup>352</sup> Sobre la actitud ateniense, cf. DEMÓSTENES, *En favor de los megalopolitas*, 12; 19.
- <sup>353</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 19; 23.
- <sup>354</sup> Según PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 24, 3, iban otros beotarcas junto a Epaminondas y Pelópidas. Es posible que estuvieran presentes los siete, pero algunas fuentes hablan sólo de tres (cf. P. J. STYLIANOU, *ob. cit.* pág. 425).
- <sup>355</sup> *Pandēmeí*. Sobre el uso de este adverbio por Diodoro, cf. P. J. STYLIANOU, *ob. cit.* pág. 16.
- <sup>356</sup> El mismo Diodoro da la cifra de 70.000 en XV 81, 2, dato con el que coincide PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 31, 1 y *Vida de Pelópidas* 24, 2. Los 50.000 del presente pasaje sería el número de los hoplitas, caballería y peltastas, mientras que en los 70.000 se incluirían las tropas armadas a la ligera y los miembros no armados.
- <sup>357</sup> Según JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 23-25, los beodos estaban reticentes respecto a la invasión de Laconia, pero fueron convencidos por sus aliados.
- <sup>358</sup> La fecha de Diodoro (369/368) no es exacta; la expedición se sitúa en el invierno del 370/369 (cf. PAUSANIAS, IV 27, 9).
- <sup>359</sup> Cf. DIODORO, XIV 3, 2-7, respecto a la prohibición de reconstrucción al final de la guerra del Peloponeso. Cf. DIODORO, XI 39-40, 4; TUCÍDIDES, I 89, 3-90, 2 con referencia al veto después de las Guerras Médicas.
- <sup>360</sup> Aunque los aliados de Esparta quisieron arrasar Atenas en el 404, Esparta se opuso a tan drástico castigo (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 19 ss.; ISÓCRATES, 14, 31; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 15, 3; ANDÓCIDES, 3, 21).
- <sup>361</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 45 ss.; ISÓCRATES, 4, 52; 14, 1, 52 ss.; DEMÓSTENES, 23, 156.
- <sup>362</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 49.
- <sup>363</sup> Jenofonte, sin embargo, habla de unas críticas a Ifícrates por pérdida de tiempo. Esta expedición de Ifícrates fue posterior a la campaña de Laconia y tuvo lugar en la primavera del 369 (cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 33-49); Diodoro sitúa demasiado pronto el envío de Ifícrates y su ejército.
- <sup>364</sup> Sobre el difícil acceso de Laconia, cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 24; EURÍPIDES, fr. 1083 Nauck (cf. ESTRABÓN, VIII 5, 6), donde se dice que Laconia «es un hondón circundado de montañas, abrupto y difícil de invadir para el enemigo».
- <sup>365</sup> Ésta es la primera invasión tebana del Peloponeso (370/369); la segunda tuvo lugar en el verano del 369 (cf. *infra*, XV 68, 1); la tercera, en el 367 (cf. *infra*, XV 75, 2), y la cuarta, en el 362 (cf. *infra*, XV 82, 3-83). Cf. asimismo JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 22-32; PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 24; *Vida de Agesilao* 31-32;

PAUSANIAS, IX 14; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Agesilao* 6; ELIANO, *Historias curiosas*, XIV 27.

<sup>366</sup> Aceptamos el *ísēn* de los manuscritos, siguiendo a Vial, en el sentido de «directo» (cf. P. J. STYLIANOU, *ob. cit.* pág. 430); otros editores aceptan la corrección *mésēn* de Madvig, en cuyo caso la traducción sería «el camino central que se dirigía a». Los beocios debieron de tomar el camino más directo que llevaba de Tegea a Selasia a lo largo del curso del Sarandapótamós después de pasar por Carias (cf. PAUSANIAS, III 10, 7), ruta mencionada por TUCÍDIDES, V 55. 3: POLIBIO, XVI 37, 4; T. LIVIO, XXXIV 26, 9 ss; XXXV 27, 12 ss.

<sup>367</sup> Selasia estaba en el territorio de Laconia al norte de Esparta, en el camino hacia Tegea (cf. PAUSANIAS, III 10, 7). Se identifica con Palaioególas, en la orilla derecha del río Enunte, y se ven restos de sus muros en la colina de A. Konstantínos.

<sup>368</sup> Región del extremo sudoriental de Arcadia (cf. PAUSANIAS, II 38, 7). Los argivos irían por el camino que iba de Tegea a Tirea (cf. PAUSANIAS, VIII 54,4).

<sup>369</sup> Cf. *supra*, 62, 1.

<sup>370</sup> Cf. *supra*, 32, 1, y nota 155.

<sup>371</sup> Gr. *Ischólas*. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 25-26, que da la forma Iscolao.

<sup>372</sup> Cf. DIODORO, XI 4-11; XIV 25.

<sup>373</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 24-26, que cuenta este episodio de forma muy diferente. Iscolao, en lugar de apostarse en el paso, en cuyo caso nadie hubiera pasado por allí, cometió el error de permanecer en Eo de Esciritide y fue derrotado por los arcadios, y una parte de sus tropas, compuesta por neodamodes y desterrados de Tegea, pudo ponerse a salvo. Se piensa que el relato de Diodoro obedece a un embellecimiento tardío de la acción, acorde con el tono retórico y moralizante del pasaje y con la idealización de Esparta que se observa en la segunda parte de este libro.

<sup>374</sup> En gr. *peptaménous*, es decir, «abiertos», lo que puede significar que el camino estaba abierto y no era dificultoso o que no estaba custodiado.

<sup>375</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 27 ss.; sobre la situación y características de Esparta y su territorio, cf. PAUSANIAS, III 10 ss.; POLIBIO, V 22, 1-4.

<sup>376</sup> Cf. DIODORO, VII 12, 8 y *supra*, 1, 3 y 52, 2, con referencia a la hegemonía lacedemonia; cf. asimismo PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 31, 1.

<sup>377</sup> Cf. PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 32, 4.

<sup>378</sup> Cf. PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 31, 3 ss., que se refiere también a la estrategia de permanecer a la defensiva y subraya el papel de Agesilao.

<sup>379</sup> El Taigeto era la cordillera situada entre Laconia y Mesenia; limitaba al este con el valle del río Eurotas (cf. PAUSANIAS, III 20-21).

<sup>380</sup> Hay contradicciones respecto al paso del río en los diversos relatos que nos han llegado. Según JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 27-30, Epaminondas atravesó tranquilamente el Eurotas en Amiclas y sólo fue al tercer o cuarto día después de cruzar cuando Epaminondas marchó contra Esparta; PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 31-32, dice que el río, crecido e impetuoso, era difícil de cruzar, pero no se refiere a ningún combate; Polieno II 1, 27 y FRONTINO, *Estratagemas* I 10, 3, dan una versión más afín a la de Diodoro y hablan de un combate.

<sup>381</sup> Parece que Diodoro embellece y dramatiza el relato del ataque a Esparta, elogiando las cualidades de los espartiatas. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 28 ss. y PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 31-32, presentan de otro modo la resistencia de Esparta.

<sup>382</sup> Cf. *supra*, 63, 1-2.

<sup>383</sup> De los filios, corintios, epidauros, peleneos, treceños, hermioneos, halieos y sicionios. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 29 y VII 2, 2.

<sup>384</sup> Más de seis mil según JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 28-29, que no habla de una liberación inmediata, sino de una promesa de libertad.

<sup>385</sup> Muchos de ellos debían de ser hilotas laconios y periecos que se habían pasado a Epaminondas; gente cualquiera según LICURGO, *Contra Leócrates* 62.

<sup>386</sup> Epaminondas es el *oikistēs* de Mesene. Cf. PAUSANIAS, IX 14, 5 y 15, 6.

<sup>387</sup> El nombre de Mesene se refería anteriormente a toda la región de Mesenia y sólo después pasó a aplicarse a la ciudad fundada como capital del país después de la batalla de Leuctra y de la primera invasión tebana del Peloponeso (cf. PAUSANIAS, IV 1, 3 ss.). Para su fundación se eligió la altura de Itome, donde se levantaba la fortaleza que dominaba la llanura mesenia (actualmente Mavromati). Itome había sido el centro de resistencia contra Esparta hasta su capitulación en el 455 a. C. La nueva ciudad fue amurallada y aún son visibles parte de sus muros, un buen exponente de las fortificaciones griegas del siglo IV. Sobre su fundación, cf. asimismo PAUSANIAS, IV 26-27; IX 14, 5; ESTRABÓN, VIII 4, 1 ss.; PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 24, 5; *Vida de Agesilao* 34, 1; ISÓCRATES, 6, 27 ss.; DINARCO, 1, 73; CORNELIO NEPOTE, 8, 5; ELIANO, *Historias curiosas* XIII 42; DIÓN CRISÓSTOMO, 15, 28.

<sup>388</sup> Una deducción errónea de Diodoro a partir de las referencias de su fuente a las derrotas del pueblo mesenio; pero, como se ha dicho, no hubo una ciudad llamada Mesene al pie del Itome antes de su fundación en el 369.

<sup>389</sup> Cf. asimismo los relatos detallados de Estrabón y Pausanias.

<sup>390</sup> Personajes míticos, padre e hijo respectivamente, que reinaron en Pilos, en la costa sudoccidental del Peloponeso.

<sup>391</sup> Según el mito, los descendientes de Heracles, que habían sido exiliados por Euristeo (cf. DIODORO, IV 57 ss.), después de varias tentativas consiguieron regresar al Peloponeso; la región que ocuparon se dividió en tres partes: Argos, Lacedemón y Mesene, que correspondieron a Témeno, a los hijos de Aristodemo, Procles y Eurístenes, y a Cresfontes (cf. PAUSANIAS, IV 3, 3 ss.; 4, 1-3). El retorno de los Heraclidas se liga a la migración doria en el Peloponeso.

<sup>392</sup> Es una confusión de Diodoro; los lacedemonios no se apoderaron del país hasta después de la primera guerra mesenia, el conflicto que estalló a la muerte de Teleclo, al que se refiere el párrafo siguiente.

<sup>393</sup> Cf. ESTRABÓN VI 3, 3 y PAUSANIAS, IV 4, 2-3. Teleclo había acudido al santuario de Ártemis Limnátide, en la frontera entre Mesenia y Laconia, a una asamblea para la celebración de una fiesta y encontró la muerte en un incidente o disputa; en este sentido ha de entenderse *en agōni* («en una disputa» o «en una reunión para la celebración de un sacrificio»).

<sup>394</sup> Teleclo, perteneciente a la dinastía de los Agíadas (cf. DIODORO, VII 8, 2; HERÓDOTO, VII 204), según la tradición mesenia fue asesinado (cf. PAUSANIAS, IV 4, 3) y la guerra tuvo lugar una generación después, cuando en Lacedemón era rey Alcámenes, hijo de Teleclo (cf. PAUSANIAS, IV 4, 4; 5, 1-13, 7).

<sup>395</sup> Todas las referencias de las fuentes respecto a los «veinte años» derivan al parecer de Tirteo (cf. fr. 4 DIEHL; ESTRABÓN VI 3, 3; PAUSANIAS, IV 15, 2). Las fuentes antiguas nos dan diversas fechas: 770-750; 757-736; 744-724 (PAUSANIAS, IV 5, 10 y 13, 7) y 735-715. Hechos como la interrupción de la participación mesenia en los Juegos Olímpicos, la fecha de la fundación de Tarento y la destrucción de Asine llevan a pensar en las dos o tres últimas décadas del siglo VIII. Algunos, sin embargo, la bajan al siglo VII con la segunda guerra mesenia. Cf. V. PARKER, «The Dates of the Messenian Wars», *Chiron* 21 (1991), 25-47 y «Some Dates in Early Spartan History», *Klio* 75 (1993), 45-60. La guerra concluyó con la conquista de Itome.

<sup>396</sup> Según la tradición (cf. ESTRABÓN VI 3, 2-3), los partenias o partenios eran los hijos nacidos fuera del matrimonio durante aquella guerra; después de una revuelta (708-706), fueron a fundar la ciudad de Tarento.

<sup>397</sup> Cf. PAUSANIAS, IV 14, 4-23, 4. Se trata de la segunda guerra mesenia, desde la rebelión dirigida por Aristómenes hasta la caída de la fortaleza de Hira. Se sitúa a mediados del siglo VII, en la tercera generación después de la primera (cf. PAUSANIAS, IV 15, 3). Como en el caso de la primera, hay controversia respecto a las fechas.

<sup>398</sup> Cf. PAUSANIAS, IV 15, 6.

<sup>399</sup> PAUSANIAS, IV 6, 1-5.

<sup>400</sup> Cf. DIODORO, *trad. cit.*, XI 63-64 (469/468) y notas 473 ss.; XI 84, 7-8 (456/455); TUCÍDIDES, I 101, 2-103, 3; PLUTARCO, *Vida de Cimón*, 16, 4-6; PAUSANIAS, IV 24, 5-7. Este importante movimiento sísmico suele fecharse en el 464, no en el 469/468 como hace Diodoro. Entonces estalló una revuelta de los hilotas de Laconia y Mesenia que dio lugar a la tercera guerra mesenia; los mesenios e hilotas se refugiaron en Itome, donde resistieron hasta su rendición. (cf. DIODORO, *trad. cit.*, XI 64 y notas 478 y 481; XI 84, 7-8 y notas 633-634).

<sup>401</sup> Diodoro cita aquí juntos diversos asentamientos de los mesenios sin precisar la cronología. Cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 8, nota 74; XIV 34 y notas 308 ss; TUCÍDIDES, I 103; V 35, 7.

<sup>402</sup> En tres meses según PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 32, 8.

<sup>403</sup> Sobre esta segunda embajada, cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 1-14.

<sup>404</sup> Según JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 14, las dos ciudades se turnaban en el mando cada cinco días.

<sup>405</sup> Cf. *supra*, 62, 2 y nota 349.

<sup>406</sup> Aceptamos *Pellēnēn*, «Pelene» de acuerdo con la corrección de Palmer. Según los manuscritos de Diodoro es «Palene», ya que todos tienen una «a» en la primera sílaba; pero JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 9, la llama «Pelene» y PAUSANIAS, III 21, 2-3, la conoce como «Pelana» y dice que esta ciudad estaba situada sobre el río Eurotas, a cien estadios de Belemina. No ha de confundirse con la ciudad homónima de Arcadia (cf. *infra*, XV 68, 2). En cuanto a la presente expedición, Diodoro es la única fuente.

<sup>407</sup> Cf. PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 26.

<sup>408</sup> Cf. *supra*, 61, 4-5.

<sup>409</sup> Respecto a la entrega de Filipo como rehén, esta versión de Diodoro coincide con las de PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 26, 4-5 y JUSTINO, VI 9, 7 y VII 5, 2, según el cual Filipo estuvo tres años en Tebas. Sin embargo, el mismo Diodoro da más adelante (XVI 2, 2) una versión diferente: Filipo habría sido entregado por Amintas III a los ilirios, que lo pasarían a los tebanos.

<sup>410</sup> Cf. *supra*, 52, 1 y 62, 4.

<sup>411</sup> Se trata de la segunda expedición de Epaminondas al Peloponeso (cf. *supra*, 63 y nota 365), seguramente en el verano del 369. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 15-22, cuyo relato presenta algunas divergencias.

<sup>412</sup> A partir de ISÓCRATES, 8, 118, se ha pensado que Mégara era entonces neutral; pero es posible que todavía estuviera alineada al lado de Esparta (cf. P. J. STYLIANOU, *ob. cit.* págs. 457-458).

<sup>413</sup> Ciudad de Acaya oriental, situada al noroeste de Sición y Corinto. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 15.

<sup>414</sup> De Trecén, Epidauro, Sición y Fliunte. Cf. *infra*, XV 69, 1; Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 2, 2.

<sup>415</sup> Lequeo era el puerto de Corinto en el golfo de Corinto, a unos 3,5 km y medio de la ciudad y unido a



ella, como en el caso de Atenas, por unos Muros Largos. La ciudad tenía otro puerto en Cencreas, en el golfo Sarónico (cf. DIODORO, *trad. cit.*, XI 16, 3 y nota 132; XIV 86, 3). Jenofonte no habla de estas obras de fortificación; la otra fuente que se refiere a ellas es FRONTINO, *Estratagemas* II 5, 26.

<sup>416</sup> Parece que Diodoro dramatiza el hecho e incita, con el relato de la batalla, a la admiración del gran general tebano. En la narración de Jenofonte, Epaminondas ataca por sorpresa y cruza el istmo gracias a la incompetencia del comandante lacedemonio. Cf. asimismo POLIENO, II 3, 9 y FRONTINO, *Estratagemas* II 5, 26.

<sup>417</sup> Diodoro y Jenofonte están de acuerdo respecto a que los beocios y sus aliados se dirigieron tanto contra las ciudades de la costa sudeste de Corinto como contra las situadas al oeste hasta Pelene. Jenofonte dice que primero avanzaron hacia el oeste antes de marchar contra Epidauro; pero Diodoro afirma lo contrario. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 18, que menciona a Epidauro sin referirse a Trecén.

<sup>418</sup> Sobre la toma de Sición, cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 18, 22; 2, 11; 3, 2-4; cf. asimismo POLIENO, V 16, 3; PAUSANIAS, VI 3, 3; también fue tomado el puerto de Sición (cf. ENEAS TÁCTICO, 29, 12 y el pasaje citado de Polieno).

<sup>419</sup> Según JENOFONTE, *Helénicas* VII 2, 5-9, Fliunte fue leal a Esparta. Respecto a las otras ciudades, Jenofonte menciona a Pelene.

<sup>420</sup> Jenofonte no menciona esta intervención de Cabrias y los atenienses.

<sup>421</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 19, que habla sólo de tropas ligeras que se subieron a los monumentos y a los sitios elevados.

<sup>422</sup> A este envío de Dionisio I se refiere también JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 20.

<sup>423</sup> Cf. *supra*, 23, 5, respecto a las relaciones entre Esparta y Dionisio.

<sup>424</sup> Sobre la reunión en Delfos para tratar de la paz, cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 27, según el cual los tebanos se habrían negado a reconocer el dominio espartano sobre Mesene.

<sup>425</sup> Diodoro coincide con Jenofonte (cf. *Helénicas* VII 1, 44 ss.) en la caracterización desfavorable de Eufrón.

<sup>426</sup> También los arcadios según JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 44 ss.

<sup>427</sup> Sición tenía hasta entonces un gobierno oligárquico fiel a Esparta. Sobre la instauración de la tiranía de Eufrón y sobre su muerte, cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 44-46; 3, 1-12. Hay desacuerdo con Jenofonte respecto a la fecha del golpe; Diodoro lo sitúa en el 369/368, mientras que en Jenofonte se sitúa en el 367/366. Sobre la cronología de la década de los 60, cf. P. J. STYLIANOU, *ob. cit.* págs. 454-455.

<sup>428</sup> Nausígenes fue arconte en el 368/367. Los cuatro tribunos citados por Diodoro (Lucio Papirio Mugilano, Licino Menenio Lanato, Servio Cornelio Maluginense y Servio Sulpicio Pretextato) se atribuyen al 376, punto en el que T. LIVIO (VI 35, 10) hace comenzar un período de anarquía que se prolongó hasta el 371 y que Diodoro sitúa sólo en el 367/366 (cf. *infra*, XV 75, 1); según ZONARAS, VII 24 y EUTROPIO, II 3, habría durado cuatro años. Cf. T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, págs. 108-109.

<sup>429</sup> Era efesio según Africano.

<sup>430</sup> Tolomeo de Aloro no era hermano de Alejandro II (como se desprende de lo dicho en 60, 3), sino cuñado; se había casado con Eurínoe, hija de Amintas III y Eurídice (cf. JUSTINO, VII 4, 5; 7). No subió realmente al trono (no hay monedas acuñadas con su nombre), sino que, después de la muerte de Alejandro, gobernó como tutor de los dos hermanos del rey, Perdicas III y Filipo II, y se casó con la reina viuda Eurídice (cf. ESQUINES, 2, 29; JUSTINO, VII 4, 7); murió en el 365 a manos de Perdicas, que subió al trono (cf. *infra*, XV 77, 5). Cf. asimismo PLUTARCO, *Vida de Pelópidas*, 27; MARSÍAS en ATENEO, 14, 629 d (*FrGrHist* 135/6 F 11). Se han dado diversas explicaciones respecto al personaje y al pasaje de Diodoro (cf. P. J.



STYLIANOU, *ob. cit.* págs. 464-466). Aloro, la actual Paleajora, era una ciudad macedonia en el golfo Termáico, cercana a la desembocadura del río Haliacmón.

<sup>431</sup> Cf. un análisis similar de los motivos de Pelópidas en PLUTARCO, *Vida de Pelópidas*, 26, 1

<sup>432</sup> Cf. PLUTARCO, *Vida de Pelópidas*, 27 ss.; PAUSANIAS, IX 15, 1-2; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Pelópidas*, 5.

<sup>433</sup> Sobre Ismenias, cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 82, 7-10 y nota 535. Sobre este arresto, cf. PAUSANIAS, IX 15, 1; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Pelópidas*, 5, 1; POLIBIO, VIII 35, 7-9.

<sup>434</sup> Respecto a esta alianza, cf. PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 31, 4-6; *Obras morales y de costumbres* 193d; DEMÓSTENES, XXIII (*Contra Aristócrates*) 120; *Inscriptiones Graecae* II<sup>2</sup>, 116, lins. 39 ss. (= Tod 147).

<sup>435</sup> Este Autocles, en el 371, había formado parte de la embajada ateniense a la conferencia de paz de Esparta (cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 3, 2-7). Después de los hechos a los que se refiere el presente pasaje, fue nombrado de nuevo estratego en el 362/361, pero sus fracasos le acarrearón la destitución y un proceso por traición.

<sup>436</sup> Los beocios eran superiores en fuerzas hoplíticas, mientras que Alejandro los aventajaba en caballería; este hecho condicionaba sus tácticas; los beotarcas pensarían en una batalla campal decisiva, y Alejandro preferiría evitarla y hostigar a los beocios con su caballería.

<sup>437</sup> Probablemente la llanura de Fársalo.

<sup>438</sup> Quedaron en un auténtico estado de sitio. Cf. PLUTARCO, *Obras morales y de costumbres* 680b; 797<sup>a</sup>-b; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Epaminondas* 7, 1; PAUSANIAS, IX 15, 2.

<sup>439</sup> Con una táctica semejante a la empleada por Jenofonte contra la superior caballería persa (cf. JENOFONTE, *Anábasis* III 3, 16 ss).

<sup>440</sup> De 10.000 dracmas según PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 29, 1.

<sup>441</sup> Cf. *supra*, 68, 2-5.

<sup>442</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 17, donde se habla de una tregua con el polemárcos espartano.

<sup>443</sup> Tebanos hostiles a la política exterior de Epaminondas y Pelópidas, entre los que estaba Meneclidas (cf. PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 25, 1-5; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Epaminondas* 5, 3).

<sup>444</sup> Diodoro sitúa el proceso de Epaminondas después de la segunda expedición al Peloponeso, mientras que otra tradición la coloca después de la primera (cf. PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 25; PAUSANIAS, IX 14, 7; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Epaminondas* 7-8).

<sup>445</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 28-32, donde se describe la batalla con todo detalle. Cf. asimismo PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 33, 5-8. Debió de tener lugar en el otoño del 368.

<sup>446</sup> Cifra seguramente exagerada, aunque JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 32 y PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 33, 5, también hablan de un alto número de bajas.

<sup>447</sup> El traslado de las poblaciones, en un típico caso de sinecismo o reunificación de varias comunidades en una única ciudad-estado, debió de ocurrir en la fecha indicada por Diodoro, es decir, en la segunda mitad del 368; pero la decisión de la fundación parece que fue anterior en varios años, y los trabajos ya habrían comenzado. PAUSANIAS, VIII 27, 1-8, sitúa el sinecismo de Megalópolis, en el que habrían participado cuarenta comunidades, poco después de la batalla de Leuctra (371/370) y dice que fue Epaminondas quien indujo a los arcadios. Debió de ser una fundación en varias etapas (del 371 al 368). Cf. P. J. STYLIANOU, *ob. cit.* págs. 471-474.

<sup>448</sup> *Megálēn pólin*. Situada cerca de los cursos altos del Alfeo y del Eurotas.

<sup>449</sup> Cf. *supra*, 24, 2 y nota 110.

<sup>450</sup> La *epikráteia*. Cf. *supra*, 15, 1.

<sup>451</sup> Sobre Selinunte, cf. TUCÍDIDES, VI 4, 2; esta ciudad había sido concedida a Cartago en un tratado anterior (cf. *supra*, 17, 5). Entela estaba situada tierra adentro, al noreste de Selinunte.

<sup>452</sup> Érix o Erice, situada en el extremo occidental de Sicilia (cf. TUCÍDIDES, VI 2, 3; DIODORO, *trad. cit.* XIV 47, 4 y nota 383), en una altura con buenas defensas naturales; estaba ocupada por los cartagineses desde finales del siglo V.

<sup>453</sup> La actual Marsala, ciudad prácticamente inconquistable que desde el 397 ocupaban los cartagineses, que la fundaron después de la destrucción de Motia (cf. DIODORO, *trad. cit.* XIII 54, 4 y nota 331).

<sup>454</sup> Drepanon, la actual Trapani.

<sup>455</sup> El ataque fue dirigido por Hanón. Cf. JUSTINO, XX 5, 11-12.

<sup>456</sup> En los primeros meses del 367, ya que las Leneas, a las que se alude en XV 74, 1, tenían lugar en enero-febrero. La cronología de Diodoro parece coherente, puesto que hizo comenzar la tiranía de Dionisio I en el 406/405 (cf. DIODORO, *trad. cit.* XIII 95, 6).

<sup>457</sup> Se alude a la primera fase de la tiranía de Dionisio II el Joven, hijo de Dionisio el Viejo y de Dóride de Locros, a la que puso fin la intervención de su tío Dión (cf. *infra*, XVI 17).

<sup>458</sup> Esta tragedia se titulaba «El Rescate de Héctor» (*Héktoros lýtra*). Respecto a las aspiraciones poéticas de Dionisio y a sus fracasos, cf. *supra*, 7 y XIV 109. Esta victoria en las Leneas, fiestas en honor de Dionisio Leneo, tuvo lugar, pues, en el mes de Leneón, Gamelión en Atenas (enero-febrero) del 367. Atenas era entonces, con Esparta, una aliada de Dionisio I (cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 28-29) y honró a Dionisio y a sus descendientes con la ciudadanía y otras dignidades (cf. M. N. TOD, *ob. cit.* 108, respecto a un decreto del 393; 133, respecto a otro del 368; y 136, sobre una alianza defensiva del 367).

<sup>459</sup> PLUTARCO, *Vida de Dión* 6, 2, nos da otra versión, basada en Timeo, según la cual los médicos administraron a Dionisio un somnífero que lo llevó a la muerte. Cf. asimismo CORNELIO NEPOTE, *Vida de Dión* 2, 4.

<sup>460</sup> Entendiendo en *Athēnais* unido a *diakritheis*. Diodoro ya ha dicho que la tragedia de Dionisio se representaba en Atenas y parece insistir en ello para destacar que el veredicto fue emitido en una ciudad prestigiosa como Atenas. Pero también podríamos entender el pasaje de esta forma: «aunque era un mal poeta y era tenido como tal, venció en Atenas a poetas mejores que él».

<sup>461</sup> Se habla aquí de un solo año de anarquía o ausencia de magistrados (*anarchía* o *solitudo magistratuum*), que correspondería al 375 según la cronología romana de Diodoro, mientras que T. LIVIO, VI 35, 10, se refiere al inicio de un período de anarquía de cinco años, hasta el 371, que serían cuatro según otros autores (cf. *supra*, 61, 1 y 71, 1 nota 428).

<sup>462</sup> Ciudad de Tesalia situada en las colinas que separan la llanura de Feras de la de Farsalo. Sobre la masacre de Escotusa, cf. PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 29, 7 y PAUSANIAS, VI 5, 2 ss.

<sup>463</sup> Se trata de la tercera invasión del Peloponeso, descrita por JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 41-43. Diodoro no se refiere a los dos congresos (el de Susa en el 367 y el de Tebas en el 366: cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 33-38; 39-40) en los que los tebanos, con el apoyo de Persia, trataron inútilmente de que se reconociera su hegemonía sobre Grecia.

<sup>464</sup> Dime está en Acaya, en la costa meridional del golfo de Corinto; Naupacto y Calidón se encuentran en la costa septentrional, la primera en Lócride y la segunda en Etolia.

<sup>465</sup> Esta expedición debió de ser anterior a la invasión del Peloponeso; Pelópidas estuvo al frente de la delegación tebana en el congreso de Susa y la expedición a Acaya tuvo lugar lo más pronto durante dicho

congreso.

<sup>466</sup> Diodoro trata los acontecimientos de Fliunte con mucha brevedad, a diferencia de JENOFONTE, *Helénicas* VII 2, 1-23. No se refiere a las cuatro invasiones a las que tuvieron que enfrentarse los filiasios; la intervención de Cares puso fin a la cuarta.

<sup>467</sup> Cefisidoro fue arconte en el 366/365. Lucio Furio, Aulo Manlio (Aulo en T. Livio en lugar del Paulo de Diodoro), Servio Sulpicio y Servio Cornelio, a los que T. LIVIO, VI 36, 3, añade Publio Valerio y Gayo Valerio, fueron tribunos militares con potestad consular en el año 370 (cf. T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, pág. 110).

<sup>468</sup> Encontramos este episodio en otras fuentes: JENOFONTE, *Helénicas* VII 4, 1; DEMÓSTENES, *Sobre la Corona* 99; ESQUINES, *Sobre la embajada fraudulenta* 164; *Contra Ctesifonte* 85. En los manuscritos de Diodoro leemos Temesiōn (*Themesiōn*), mientras que las otras fuentes dan Temisōn (*Themisōn*). Eretria era una ciudad de la costa meridional de Eubea, situada frente a Oropo.

<sup>469</sup> En espera de un arbitraje (cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 4, 1). Respecto a Tebas y Oropo, cf. DIODORO, XIV 17, 1-3; TUCÍDIDES, VIII 60, 1-2; ESTRABÓN, *trad. cit.*, IX 2, 6 y nota 173; PAUSANIAS, I 34, 1.

<sup>470</sup> Cf. ESTRABÓN, XIV 2, 19.

<sup>471</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 4, 6-11, que no habla de una paz general, sino de una simple paz bilateral entre Tebas y Corinto, señalando que Esparta no quiso adherirse debido a la cuestión mesenia. Respecto a embajadas anteriores de Artajerjes para instar a los griegos a concluir una paz general, cf. *supra*, 38, 1; 50, 4 y 70, 2.

<sup>472</sup> *Paideía*, el término traducido por «cultura» por Werner Jaeger en su conocida obra así titulada. Se ha pensado que este pasaje podría ser un resumen de una digresión literaria de Éforo (cf. P. J. STYLIANOU, *ob. cit.* págs. 489-490). Para otra lista de personajes célebres, del período de la Pentecontecia, cf. DIODORO. XII 1,4-5.

<sup>473</sup> Isócrates, orador, maestro de retórica preocupado por la *paideía*, pensador político y promotor de los ideales panhelénicos, vivió una larga vida, entre el 436 y el 338, en un siglo de crisis (cf. ISÓCRATES, *Discursos*, intr., trad. y notas de J. M. GUZMÁN HERMIDA, Madrid, B. C. Gredos, 1979/1980). Discípulos suyos fueron los historiadores Éforo y Teopompo, los oradores Hipérides, Licurgo e Iseo y el estratega Timoteo.

<sup>474</sup> Aristóteles, el gran filósofo de Estagira, vivió entre el 384 y el 322, y Anaxímenes de Lámpsaco, también maestro de Alejandro Magno como Aristóteles, lo hizo entre el 380 y el 320.

<sup>475</sup> Cf. DIÓGENES LAERCIO, VIII 46, 79.

<sup>476</sup> Poco después del año en cuestión. Epaminondas murió, en efecto, en Mantinea en el año 362 (cf. *infra*, 87) y las *Helénicas* de Jenofonte se ocupan de los acontecimientos de Grecia desde el 411, año final de la *Historia* de Tucídides (cf. DIODORO, XIII 42, 5), hasta la batalla de Mantinea (cf. *infra*, 89, 3).

<sup>477</sup> Los tres, Antístenes el Cínico, Aristipo de Cirene y Esquines, del demo ateniense de Esfeto, pertenecieron al círculo socrático. Cf. PLATÓN, *Fedón* 59 b-c. Esta indicación de Diodoro es una importante referencia para fecharlos.

<sup>478</sup> Quién fue arconte en el 365/364. A los tribunos militares con potestad consular del 369 citados por Diodoro T. LIVIO, VI 36, 6, añade el nombre de un sexto tribuno, Quinto Quintio. Por otra parte, el Quinto Servilio es una corrección de Rhodoman, basada en Livio, por el Q. Servio de los manuscritos de Diodoro (cf. T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, pág. 111).

<sup>479</sup> Situada al norte del Alfeo y cerca de la frontera de Arcadia, en Acrorea. Cf. DIODORO, XIV 17, 8; JENOFONTE, *Helénicas* III 2, 30.

<sup>480</sup> Cf. POLIBIO, IV 74, 1.

<sup>481</sup> Diodoro narra la guerra entre Élide y Arcadia en los capítulos 77 y 78, pero no distingue claramente las

tres campañas de esta guerra (cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 4, 12-27). A la primera de éstas (verano del 365) dedica el capítulo 77, que se corresponde con JENOFONTE, *Helénicas* VII 4, 12-16.

<sup>482</sup> Margana era una pequeña ciudad de Pisátide, al oeste de Olimpia, y Cronión no era una ciudad, sino la colina que domina Olimpia. Ciparisia y Corifasio (= Pilos; cf. TUCÍDIDES, IV 3, 2) estaban situadas en la costa occidental de Mesenia.

<sup>483</sup> Cf. *supra*, 71, 1, nota 430.

<sup>484</sup> Perdicas III reinó hasta el 359, año en el que murió combatiendo contra los ilirios (cf. *infra*, XVI 2, 4).

<sup>485</sup> Timócrates fue arconte en el 364/363. Tito Quintio Cincinato, Servio Cornelio Maluginense y Servio Sulpicio Pretextato, a los que T. LIVIO, VI 38, 2, añade Espurio Servilio, Lucio Papirio y Lucio Veturio, fueron tribunos militares con potestad consular en el 368 (cf. T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, págs. 111-112).

<sup>486</sup> Esta Olimpiada del 364 no fue registrada por los eleos, porque no organizaron ellos los juegos, sino que lo hicieron los de Pisa y los arcadios en su lugar. Cf. *infra*, 78, 3; PAUSANIAS, VI 4, 2; 8, 3; 22, 3, donde se dice que a la 104.<sup>a</sup> y a otras los eleos las llamaron «anolimpiadas». Respecto a la disputa por la presidencia de los Juegos Olímpicos, cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 4, 28-35.

<sup>487</sup> La versión de JENOFONTE, *Helénicas* VII 4, 28-33, es diferente: la expedición la emprendieron los eleos contra los arcadios y Pisa, que estaban celebrando la fiesta, y entablaron un combate en el que no pudieron vencer.

<sup>488</sup> Cf. HERÓDOTO, *Historia*, libros VIII-IX, trad. y notas de C. SCHRADER, B.C.G. 130, Madrid, 1989, VIII 1 y nota 3.

<sup>489</sup> A esta aspiración de Tebas se refiere ISÓCRATES, V, *Filipo* 53.

<sup>490</sup> Los arsenales (*neōria*) no podían ser iguales en número (*isa tòn arithmón*), como dice Diodoro, porque un *neōrion* albergaba muchas naves (cf. DEMÓSTENES, 14, 22 ss.). Se ha sugerido que Diodoro confundió *neōrion* con *neōsoikos*.

<sup>491</sup> Cf. R. DEVELIN, *Athenian Officials 684-322 BC*, Cambridge, 1989, 262.

<sup>492</sup> Lo cierto es que son las ciudades que poco después (357) se rebelaron contra Atenas, provocando la guerra social (cf. *infra*, XVI 7, 3). Por otras fuentes sabemos que la campaña de Epaminondas tuvo como consecuencia la defección de Bizancio (cf. DEMÓSTENES, *Contra Policles* 4-7) y la revuelta de Ceos (cf. *Inscriptiones Graecae* II<sup>2</sup>, 111 = V. DITTEMBERGER, *Sylloge Inscriptionum Graecarum*, Leipzig, 1915-1924, 173; TOD, *ob. cit.* núm. 142).

<sup>493</sup> Esta opinión sobre Epaminondas y la supremacía tebana puede relacionarse con la visión de Éforo.

<sup>494</sup> La destrucción de Orcómeno se sitúa en verano del 364.

<sup>495</sup> Diodoro es la única fuente que describe este episodio con cierto detalle,

<sup>496</sup> El *ek Thēbaiōn* de los manuscritos ha sido objeto de varias correcciones más o menos satisfactorias, pero el sentido del pasaje parece claro. Cf. P. J. STYLIANOU, *ob. cit.* pág. 498.

<sup>497</sup> Orcómeno era una ciudad de Beocia situada al oeste del lago Copaide. Su antiguo poder había declinado ante la hostilidad de Tebas. Homero y la tradición griega decían que había sido habitada por los minias, una tribu prehistórica que se había extendido por la Grecia central. Sobre el sometimiento de Tebas y su liberación por Heracles, cf. DIODORO. IV 10, 2-5: 18, 7.

<sup>498</sup> Véase la indignación de DEMÓSTENES, *Contra Leptines*, 109.

<sup>499</sup> Cf. PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 31, 1-2.

<sup>500</sup> Respecto al arresto de Pelópidas por Alejandro, cf. *supra*, 71, 2 y 75, 2.

- [501](#) La asamblea tebana según PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 31, 2.
- [502](#) El 13 de julio del 364. Cf. PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 31, 3.
- [503](#) Cf. PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 31, 3-4, donde se señala igualmente la inquietud general y la decisión de Pelópidas de continuar; pero, a diferencia de Diodoro, se afirma que, a raíz del eclipse, Pelópidas ha devuelto los siete mil ciudadanos y ha partido sólo con trescientos voluntarios de caballería y unos mercenarios.
- [504](#) La batalla tuvo lugar en Cinoscéfalas, cerca de Feras.
- [505](#) Similar es la descripción de la actitud de Epaminondas en Mantinea; cf. *infra*, XV 86, 4.
- [506](#) Plutarco, por el contrario, dice que Alejandro rehusó el duelo.
- [507](#) Diodoro no describe el desarrollo de la batalla, a diferencia de Plutarco, *Vida de Pelópidas* 32, 2-7. Según éste, la victoria se ha debido a la caballería beocia, que ha derrotado a la caballería tesalia facilitando a la infantería la toma de las alturas.
- [508](#) Al recibir la noticia de la muerte de Pelópidas enviaron siete mil infantes y setecientos soldados de caballería. Cf. Plutarco, *Vida de Pelópidas* 35, 2.
- [509](#) Diodoro, sin embargo, no menciona a Pelópidas en su relato (cf. *supra*, 25-26) de la reconquista de Cadmea (cf. PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 7-12).
- [510](#) Diodoro no se refiere en el libro XV a ninguna de las actuaciones de Pelópidas que menciona a continuación. Puede, pues, pensarse que en el *épainos* de Pelópidas del presente capítulo utiliza una fuente diferente, o que en este momento le prestó una mayor atención.
- [511](#) Cf. *supra*, 37, 1-2 y nota 184. Fue la batalla que tuvo lugar cerca de Orcómeno (cf. PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 16-17, 4). Tegira era una ciudad situada al norte del lago Copaide. En esta batalla Pelópidas, con el batallón sagrado y algunos soldados de caballería, derrotó a dos batallones de Orcómeno. Los manuscritos daban aquí *Tegéan*, Tegea, que H. Estienne corrigió acertadamente por *Tegýran*.
- [512](#) En su relato de la batalla de Leuctra (cf. *supra*, 55-56), Diodoro no menciona ni el papel de Pelópidas ni el del batallón sagrado. Sobre esta batalla, cf. *supra*, 55, 1, nota 301.
- [513](#) Cf. *supra*, 62, 5, y nota 356, donde sólo se habla de «más de cincuenta mil hombres».
- [514](#) Cf. *supra*, 75, 2, nota 465. Diodoro no ha mencionado antes esta embajada.
- [515](#) Cf. PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 30, 5; JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 35-36.
- [516](#) Cf. *supra*, 80.
- [517](#) Los exiliados.
- [518](#) Aunque tuvo cargo sin interrupción, la afirmación es inexacta, ya que sólo fue beotarca trece veces en quince años (cf. PLUTARCO, *Vida de Pelópidas* 34, 5).
- [519](#) Hasta el 353/352 (cf. *infra*, XVI 36, 3). Clearco residió de joven en Atenas, donde fue discípulo de Isócrates y Platón. Volvió a su patria, fue exiliado y estuvo al servicio de Mitrídates del Ponto; luego regresó a Heraclea e instauró la tiranía; murió asesinado (cf. JUSTINO, XVI 4-8).
- [520](#) Cf. ISÓCRATES, *Sobre la antídosis* 108; 113.
- [521](#) Cícico era una ciudad griega en la costa meridional de la Propóntide. Timoteo, cuya misión era contrarrestar las operaciones de Epaminondas (cf. *supra*, 79, 1), también sometió Bizancio, que se había separado de la confederación ateniense (cf. CORNELIO NEPOTE, *Vida de Timoteo* 1, 2).
- [522](#) Cariclides fue arconte en el 363/362. Lucio Emilio Mamercino (o Mamerco) y Lucio Sextio Sextino Laterano fueron cónsules en el 366 (cf. T. LIVIO, VII 1, 2; T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, pág. 114).

<sup>523</sup> JENOFONTE, *Helénicas* VII 4, 33, da una versión opuesta a la de Diodoro; no fueron los mantineos quienes utilizaron los tesoros de Olimpia, sino los magistrados federales, y los mantineos fueron precisamente quienes protestaron contra este uso; Diodoro, pues, ha invertido las posturas.

<sup>524</sup> Aunque Diodoro no lo dice, se concluyó la paz con Élide. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 4, 35.

<sup>525</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 4, 34-35.

<sup>526</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 1, 3.

<sup>527</sup> Según Jenofonte, Epaminondas estaba en Tegea cuando se enteró de que Agesilao y los espartanos marchaban para encontrar a sus aliados en Mantinea.

<sup>528</sup> El ejército lacedemonio se dirigía a Mantinea para protegerla y marchaba a través del territorio hostil de Tegea. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 7-10; POLIBIO, IX 8, 2 (Calístenes).

<sup>529</sup> Nos encontramos en la cuarta invasión tebana del Peloponeso. Para las anteriores, cf. *supra*, 63, 4, nota 365. El presente relato de Diodoro del ataque a Esparta se diferencia notablemente de la versión de otros autores (cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 4-13; PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 34; POLIBIO, IX 8, 1-13). Seguramente lo más sorprendente es que Esparta no tenía ningún rey de nombre Agis en esta época; fue Agesilao quien iba al frente del ejército y no adivinó el proyecto de Epaminondas, sino que fue advertido por un cretense según Jenofonte (VII 5, 10), por el tespio Calístenes según Plutarco (*Vida de Agesilao* 34, 4), por un desertor según Polibio (IX 8, 6).

<sup>530</sup> Cf. nota anterior. Según Jenofonte, Agesilao llegó a Esparta antes que Epaminondas y éste no quiso enfrentarse en Esparta con arcadios y lacedemonios y regresó a Tegea.

<sup>531</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 10-13; PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 34, 5-11; JUSTINO, VI 7, 1-9; ENEAS TÁCTICO, 2, 2.

<sup>532</sup> Cf. POLIBIO, IX 8, 7-8. Según JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 14, los mantineos todavía no habían llegado y las razones de la retirada de Epaminondas fueron otras.

<sup>533</sup> Cf. PLUTARCO, *Obras morales y de costumbres* 346 c; FRONTINO, *Estratagemas* III 11, 5.

<sup>534</sup> Para el desarrollo de la batalla de Mantinea, a la que Diodoro dedica los capítulos 84-87, cf. asimismo JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 18-27.

<sup>535</sup> Su nombre era Hegesileo según ÉFORO (*FGrHist.* 70 fr. 85) y JENOFONTE, *Los ingresos* 3, 7. Éste era tío de Eubulo y fue de nuevo estratego en el 349/348 (cf. DEMÓSTENES, 19, 290).

<sup>536</sup> Al parecer, Diodoro no distingue los hechos del día de la batalla de los de la víspera. Según él, en la tentativa fallida contra Mantinea intervienen la infantería beocia y los seis mil hombres del ejército ateniense; pero, según JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 14-15, Epaminondas sólo marchó inicialmente con su caballería, que se encontró con la caballería ateniense; fue al día siguiente del combate de caballería cuando Epaminondas decidió entablar la batalla decisiva.

<sup>537</sup> Cf. *infra*, XV 85, 2.

<sup>538</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 5, que se refiere a Magalópolis, Asea, Palantio y otras del sudeste de Arcadia.

<sup>539</sup> Podrían ser los aqueos de Ftiótide, aliados de Beocia en el 364 (cf. *supra*, 80, 6).

<sup>540</sup> Mesenios y sicionios (cf. *infra*, XV 85, 2).

<sup>541</sup> Diodoro es la única fuente sobre estos efectivos de los dos bandos.

<sup>542</sup> Con la lectura de Hertlein *prothýmōs* («con entusiasmo») *synkatabántōn* en lugar de *syntómōs* («rápidamente») *prokatabántōn*.



<sup>543</sup> El relato básico de la batalla de Mantinea lo encontramos en JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 18-27. Diodoro no dice que la batalla ha sido provocada por Epaminondas, que hace avanzar su ejército desde Tegea hacia el Ménalo y, una vez llegado al pie de este monte (el actual Merkovounio), se despliega en orden de batalla y marcha contra el enemigo, que aún no está dispuesto (cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 21-23).

<sup>544</sup> Diodoro no se refiere al dispositivo adoptado inicialmente por Epaminondas; Jenofonte, por el contrario, describe cómo reforzó el ala izquierda, de acuerdo con la táctica experimentada en Leuctra (cf. *supra*, 55, 2) y cómo llevó el ejército «como una trirreme proa contra proa» (VII 5, 21-23). Diodoro, en cambio, es la única fuente que precisa la disposición de los diversos contingentes de los dos bandos, aunque luego no deja claro el desarrollo de la batalla.

<sup>545</sup> Podrían ser tropas de ciudades del nordeste del Peloponeso, como Trecén y Epidauro.

<sup>546</sup> Dos pueblos del valle del Esperqueo, entre el Otris y el Eta. Dependían de Tesalia. Sobre los melieos y Jasón, cf. *supra*, 57, 2.

<sup>547</sup> La Confederación Tesalia: cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 4.

<sup>548</sup> Alejandro de Feras envió un contingente: cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 4.

<sup>549</sup> Se pone en duda esta afirmación de Diodoro de que la caballería ateniense atacara a la tebana; seguramente fueron los tebanos y tesalios quienes cargaron contra los atenienses. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 22. Se ha pensado que Diodoro pudo confundir las acciones de la caballería en el combate decisivo con las que tuvieron lugar en la víspera de la batalla. Cf. W. K. PRITCHETT, *Studies in Ancient Greek Topography (Part II : Battlefields)*, Berkeley, 1969, [«The battles of Mantinea (418, 362 and 207 B.C.)»], V, págs. 37-72], pág. 71.

<sup>550</sup> Cf. *infra*, XV 87, 3.

<sup>551</sup> Se pone en duda tal desarrollo de la batalla en dos fases separadas.

<sup>552</sup> Puede verse aquí un eco de TUCÍDIDES, V 74, 1.

<sup>553</sup> Se manifiesta en este pasaje la inclinación retórica de Diodoro. Siguiendo un esquema convencional, distinguirá dos fases: primero una batalla heroica e incierta y luego la intervención personal del comandante, que da la victoria a los suyos.

<sup>554</sup> Cf. *supra*, 80, 5, respecto a Pelópidas.

<sup>555</sup> No se tiene otra noticia de este comandante alcanzado por Epaminondas.

<sup>556</sup> Como en Leuctra, el empuje beocio abrió brecha y puso en fuga las líneas enemigas y luego empezó la matanza. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 22-24.

<sup>557</sup> Todas las fuentes están de acuerdo en que Epaminondas cayó en el momento de la victoria. Le mató un espartano al que PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 35, 1, da el nombre de Antícrates. Cf. asimismo CORNELIO NEPOTE, *Vida de Epaminondas* 9, 1; POLIBIO, XII 25 f, 3.

<sup>558</sup> Cf. la dramática descripción de JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 25 respecto a los efectos de la muerte de Epaminondas en sus tropas victoriosas.

<sup>559</sup> Cf. *supra*, 85, 6.

<sup>560</sup> Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 26.

<sup>561</sup> Cf. PAUSANIAS, VIII 11,7; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Epaminondas* 9, 3; JUSTINO, VI 8, 11-13; ELIANO, *Historias curiosas* XII 3. Epaminondas, según la costumbre griega, fue enterrado en el lugar de la batalla (cf. PAUSANIAS, VIII 11, 7-8).

<sup>562</sup> Cf. *supra*, 1,1.

<sup>563</sup> Conón pertenece a una generación anterior. Cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 39, 1 y nota 342; XIV,



*passim*. Tal vez hubo aquí una corrupción textual por *Timótheos, ho Kónōnos* («Timoteo, hijo de Conón»).

<sup>564</sup> Diodoro cita mezclados personajes del siglo VI (Solón) y de principios y mediados del V. Sobre Solón, cf. DIODORO, *trad. cit.*, libro IX *passim*; respecto a los personajes del siglo V, cf. DIODORO, *trad. cit.*, libros X y XI. Sobre Mirónides, una figura por la que se interesó Éforo, cf. el elogio de DIODORO, XI 81-83.

<sup>565</sup> Los encomios escritos por Diodoro suelen recordar las hazañas del personaje (cf. el de Temístocles [XI, 58-59] y el de Pelópidas [XV 81]); en el presente *épainos* describe la personalidad del personaje y da una lista de sus cualidades.

<sup>566</sup> Cf. *supra*, 79, 2. Una idea similar se encuentra en Éforo (*F.Gr.Hist.* IIA 70, fr. 119). Tomando a Éforo como fuente, este pasaje evidencia que el libro XXV de Éforo, que describía la batalla de Mantinea, fue escrito después de la destrucción de Tebas en el 335.

<sup>567</sup> Sobre esta paz general del 362/361, cf. P. J. STYLIANOU, *ob. cit.* págs. 519-521. Se refieren también a ella PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 35, 2-3 y POLIBIO, IV 33, 8-9. Cf. asimismo M. N. TOD, *ob. cit.*, núm. 145.

<sup>568</sup> Sobre Jenofonte y Anaxímenes de Lámpsaco, cf. *supra*, 76, 4.

<sup>569</sup> Sobre Filisto, cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIII 91,4 y nota 502; y 103, 3; XIV 8.

<sup>570</sup> Molón fue arconte en el 362/361. Lucio Genucio Aventinense y Quinto Servilio Ahala fueron cónsules en el 365 (cf. T. LIVIO, VII 1, 7; T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, págs. 115 ss.).

<sup>571</sup> La revuelta de los sátrapas ya se había iniciado unos años antes (por obra de Ariobarzanes de Frigia Helespóntica y de Datames de Capadocia) y la cuestión no quedó zanjada durante este año, pero Diodoro concentra los hechos en un solo año.

<sup>572</sup> El término «sátrapa» normalmente se refiere al gobernador de una provincia, pero también aparece referido a oficiales de menor categoría como los subsátrapas (cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 1, 10). Los aquí llamados «estrategos» eran comandantes especiales, superiores a un sátrapa ordinario (cf. DIODORO, *trad. cit.*, XIV 12, 8; 99, 1; TUCÍDIDES, *trad. cit.*, VIII 5, 4 y nota 40; JENOFONTE, *Helénicas* IV 1, 37; 8, 12).

<sup>573</sup> Segundo rey (363-360) de la XXX dinastía; sucedió a Nectanebo I (cf. *supra*, 42, 1).

<sup>574</sup> En la paz general del 366/365 (cf. *supra*, 76, 3).

<sup>575</sup> *Koinopragía*.

<sup>576</sup> Sobre la discutida identificación de estos dos personajes, cf. P.J. STYLIANOU, *ob. cit.* págs. 527-529.

<sup>577</sup> Mausolo era miembro de la dinastía local que en el siglo IV, hasta la conquista de Alejandro Magno (cf. DIODORO, XVII 24, 2) tuvo la satrapía de Caria, que aspiró a una cierta independencia. Sucedió a su padre Hecatomno en el 377/376 y trasladó la capital de Milasa a Halicarnaso. Se enfrentó al Gran Rey al participar en la revuelta de los sátrapas, pero supo retirarse a tiempo y conservó la satrapía. En el 357 apoyó a los aliados que se habían rebelado contra Atenas (cf. *infra*, XVI 7, 3) y extendió su dominio en Rodas y Cos. Murió en el 353 (cf. *infra*, XVI 36, 2) y le sucedió su hermana y mujer, Artemisia, que prosiguió la construcción de su tumba monumental, el famoso Mausoleo de Halicarnaso, considerado por los antiguos una de las siete maravillas del mundo.

<sup>578</sup> Cf. *supra*, XV 2, 2 y nota 15. Sobre este personaje, cf. P. J. STYLIANOU, *ob. cit.* págs. 530-533.

<sup>579</sup> Autofradates ya había sido sátrapa de Lidia entre el 392/391 y el 388, sustituyendo a Tiribazo hasta que éste fue reintegrado (cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 1, 25). Sobre él, cf. P. J. STYLIANOU, *ob. cit.* págs. 533-535.

<sup>580</sup> Aceptando la corrección propuesta por Dindorf y seguida por Vial: *ethnōn* en lugar del *lōnōn* de los manuscritos. Diodoro ha citado primero los «sátrapas y los estrategos» y ahora citaría los «pueblos». De todas

formas, el texto de los códigos parece, sin duda, corrupto, con posibilidad de una laguna; y se han propuesto diversas correcciones, que harían posible esta traducción: «Aparte de los jonios, estaban...».

<sup>581</sup> Artabazo II (389-325 a. C.) era hijo de Farnabazo II y de Apame, hija de Artajerjes II. Fue sátrapa de Frigia Helespónica entre el 362 (sucediendo a Ariobarzanes traicionado por su hijo Mitrídates) y el 353. En el 356 se rebeló contra Artajerjes III Oco (cf. *infra*, XVI 22, 1 y 34, 1); al quedar sin ayuda ateniense, se refugió en Macedonia, donde residió en la corte de Filipo II y coincidió con Alejandro Magno y Aristóteles; regresó a Persia por intercesión de su yerno Mentor (cf. *infra*, XVI 52, 3). Después de la muerte de Darío III se convirtió en consejero de Alejandro Magno y fue nombrado sátrapa de Bactria, cargo al que por razones de edad renunció en el 327.

<sup>582</sup> Sobre Datames, véase la biografía de Cornelio Nepote, que se refiere a él como un gran general. Cf. asimismo POLIENO, 7, 21; ENEAS TÁCTICO, 40, 4 ss. Artajerjes II le nombró sátrapa de Capadocia en el 384. Después de su participación en la revuelta pereció asesinado por orden de Artajerjes y a manos de Mitrídates, hijo de Ariobarzanes (cf. *infra*, XV 91, 7; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Datames* 10-11).

<sup>583</sup> El término griego es *kēdestēs*, que puede significar, suegro, yerno o cuñado. Cornelio Nepote lo entiende como *socer*.

<sup>584</sup> CORNELIO NEPOTE, *Vida de Datames* 6, 3, sólo da la segunda razón.

<sup>585</sup> Así se llamaba el suegro de Datames. Versiones diferentes de este episodio se encuentran en CORNELIO NEPOTE, *Vida de Datames* 6; POLIENO, VII, 21, 7 y FRONTINO, *Estratagemas* II 7, 9.

<sup>586</sup> Cf. CORNELIO NEPOTE, *Vida de Datames* 10-11; POLIENO, VII, 29, 1.

<sup>587</sup> Después de la inclusión de la historia de la traición en Capadocia, se reanuda el relato de los problemas de la revuelta de los sátrapas.

<sup>588</sup> Cf. JENOFONTE, *Ciropedia* VIII 8, 4, donde leemos que Reomitres dejó en Egipto a su mujer e hijos como rehenes. Encontraremos de nuevo a Reomitres durante la expedición de Alejandro; combatió en Gránico e Iso, donde murió (cf. *infra*, XVII 19, 4 y 34, 5 y ARRIANO, *Historia de Alejandro* I 12, 8 y II 11, 8).

<sup>589</sup> *Leúkai*, ciudad de la costa jonia. Cf. *supra*, 18, 1-2, 4 y nota 80, donde recibe el nombre de Leuce (*Leúkē*).

<sup>590</sup> Seguramente subordinados de los sátrapas. De los sátrapas, Autofradates había abandonado voluntariamente la revuelta (cf. DEMÓSTENES, 23, 155) y Ariobarzanes había sido traicionado por su propio hijo (cf. JENOFONTE, *Ciropedia* VIII 8, 4; ARISTÓTELES, *Política* 1312<sup>a</sup>).

<sup>591</sup> El envío de Agesilao a Egipto se situaría después de la batalla de Mantinea, es decir, en el otoño del 362 o, más probablemente, en la primavera del 361. La campaña se desarrollaría en el verano del 361 (cf. PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 36-38) y en el curso del invierno (cf. JENOFONTE, *Agesilao* II 28-31; PLUTARCO, *ob. cit.* 40). Agesilao abandonó Egipto a finales del 361 o comienzos del 360 y murió en la travesía de regreso a Esparta.

<sup>592</sup> Cf. PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 37, 1; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Cabrias* 2, 3. Respecto a su anterior servicio en Egipto, cf. *supra*, 29, 2-4.

<sup>593</sup> Taco (*Tachōs*) perdió su reino en el 359/358, cuando subió al trono Nectanebo II. Se ha discutido respecto al parentesco entre ambos (cf. P. J. STYLIANOU, *ob. cit.* pág. 546). Nectanebo II, el último faraón de la dinastía XXX, reinó hasta el 341, cuando Egipto fue reconquistado por los persas (cf. *infra*, XVI 46, 4-51). Según Diodoro, la presente huida de Taco a Persia se debió a la defección de Egipto; según PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 37, 3-38, 1, a la traición de Agesilao, que se puso al servicio de Nectanebo (cf. JENOFONTE, *Agesilao* II 28-31).

<sup>594</sup> Artajerjes III Oco sucedió en realidad a su padre, Artajerjes II, en el 359/358 y reinó hasta el 338. En el

343 consiguió reconquistar Egipto y, según Diodoro, murió envenenado por Bagoas (cf. *infra*, libro XVI).

<sup>595</sup> Así pasó con Artajerjes III Oco; en cuanto a los sucesores de éste, Arsés (cf. *infra*, XVII 5, 3) también tomó seguramente aquel nombre (Artajerjes IV) y Darío III (cf. *infra*, XVII 5, 5) pudo, asimismo, recibirlo en algunas partes del imperio.

<sup>596</sup> Hay una confusión de Diodoro en todo lo que resta del capítulo. Taco ya había perdido su reino (cf. *supra*, 92, 5) y no podía reaparecer en Egipto y menos junto a Agesilao, que apoyaba a su sucesor Nectanebo II (cf. JENOFONTE, *Agesilao* II 30 ss.; PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 37 s.; *Obras morales y de costumbres* 191 c-d: 214 d-f; ATENEO, XIV 616 d-e). No se trata pues aquí de un enfrentamiento entre el rey Taco y su sucesor, Nectanebo; la lucha en realidad tuvo lugar entre Nectanebo II y un rival pretendiente al trono que tomó Mendes como capital (cf. PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 38-40). Por consiguiente, en este pasaje, cuando Diodoro escribe «Taco», debemos leer «Nectanebo», y cuando escribe «Nectanebo», hemos de leer «el pretendiente».

<sup>597</sup> Cf. PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 38, 1.

<sup>598</sup> Cf. PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 38, 5. La ciudad era tal vez Heracleópolis en el Delta.

<sup>599</sup> La estratagema de Agesilao se encuentra algo abreviada en el relato de Diodoro. Cf. PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 39, 4 ss.

<sup>600</sup> Recibió 230 talentos de plata según PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 40, 2; 220 según CORNELIO NEPOTE, *Vida de Agesilao* 8, 6.

<sup>601</sup> Cf. PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 40, 3 ss.; PAUSANIAS, III 10, 2; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Agesilao* 8, 6. Era invierno (cf. Jenofonte, *Agesilao* II 31; Plutarco, *ob. cit.*), probablemente el del 360/359 o el del 359/358. Según Plutarco, murió en un lugar desierto llamado Puerto de Menelao, en la Cirenaica. Diodoro no nos ofrece aquí un *épainos* de Agesilao.

<sup>602</sup> En cera según otra tradición (cf. PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 40, 3; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Agesilao* 8, 7).

<sup>603</sup> Cf. *supra*, 72, 4, donde se concentran en Megalópolis en un proceso de sinecismo.

<sup>604</sup> Pámenes era un miembro de la aristocracia tebana, amigo y colaborador de Epaminondas, a cuya muerte se convirtió en el principal general tebano.

<sup>605</sup> Diodoro es el único autor que se refiere a esta crisis y al retorno temporal a las sedes anteriores (diecismo). Con la intervención tebana se confirmaba la extensión del territorio de Megalópolis. Cf. asimismo PAUSANIAS, VIII 27.

<sup>606</sup> Este historiador, Atanas (*Athánas*), aparece como Atanis en otras fuentes (cf. PLUTARCO, *Vida de Timoleonte* 23, 6; 37, 9; ATENEO, III 98 d, según el cual el título de la obra era *Sikeliká*). Cf. *F. Gr. Hist.* III 562; M. R. CATAUDELLA, «Diodor XV 94, 4: Athanas e la composizione delle storie di Filisto», *Sileno*, I (1975) 81 ss. El primer libro se ocupaba de la historia de Dionisio el Joven desde el año 363, con el que concluía la obra de Filisto (cf. *infra*, 89, 3), hasta el regreso de Dión en el 357. Los otros doce libros trataban los hechos que siguieron hasta la muerte de Timoleonte (cf. *infra*, XVI 90, 1).

<sup>607</sup> Nicofemo fue arconte en el 361/360. Gayo Sulpicio Petico y Gayo Licinio Estolo o Calvo fueron cónsules en el 364 (cf. T. LIVIO, VII 2, 1; T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, I, pág. 116).

<sup>608</sup> Por ejemplo, Tenos. Cf. PSEUDO-DEMÓSTENES, 50, 4; POLIENO, VI 2, 2.

<sup>609</sup> Peparetos (la actual Escópelos) pertenecía a las Espóradas Septentrionales, no a las Cícladas; era miembro de la Confederación Ateniese (cf. M. N. TOD, *ob. cit.*, núm. 123, lín. 85). Cf. *supra*, 30, 5. Era una isla de gran importancia estratégica, un paso obligado en la ruta que unía Grecia al Mar Negro

<sup>610</sup> Puerto situado en la costa occidental de la isla.

<sup>611</sup> Cf. POLIENO, VI 2, 1.

<sup>612</sup> Evitó la condena refugiándose en Macedonia; ESQUINES, *Sobre la embajada fraudulenta* 21 y 124, se refiere a su presencia en la corte de Filipo y a sus dotes de orador. Cf. asimismo HIPÉRIDES, IV 1.

<sup>613</sup> Cf. ENEAS TÁCTICO, IX 13-15, según el cual Cares ayudó a los oligarcas en un movimiento antidemocrático.

<sup>614</sup> Cf. ARISTÓTELES, *Política* V 1306<sup>a</sup>; ATENEO, XII 532 a-e.

<sup>615</sup> No se sabe prácticamente nada de ellos. Cf. F. JACOBY, *F. Gr. Hist.*, II C, págs. 20-21.

<sup>616</sup> Cf. *supra*, 1,6

## LIBRO XVI

## SINOPSIS

El contenido del libro XVI de Diodoro es el siguiente:

1.      Cómo Filipo, hijo de Amintas, se apoderó del trono de Macedonia (1-2).
2.      Cómo venció a Argeo, pretendiente al trono (3).
3.      Cómo tras dominar a ilirios y a peones adquirió el imperio de sus antepasados (4).
4.      Sobre la cobardía de Dionisio el Joven y el destierro de Dión (5-6).
5.      Fundación de Tauromenio en Sicilia (7. 1).
6.      Lo sucedido en Eubea y en la guerra de los aliados (7. 2).
7.      Asedio y captura de Anfípolis por Filipo (8. 1-2).
8.      Cómo Filipo esclavizó a los de Pidna y organizó la explotación de las minas de oro (8. 3).
9.      Cómo Dión, una vez que liberó a los siracusanos, venció en la guerra a Dionisio (9-15).
10.     Cómo, expulsado de su patria, recobró de nuevo Siracusa (16-20).
11.     Desenlace de la guerra de los aliados (21-22. 2).
12.     Alianza de tres reyes contra Filipo (22. 3).
13.     Cómo el focense Filomelo se apoderó de Delfos y del oráculo y encendió la Guerra Sagrada (23-25).
14.     Sobre el descubrimiento del oráculo desde su origen (26).
15.     Derrota y muerte del focense Filomelo (27-31).
16.     Toma del poder por Onomarco y su preparación para la guerra (32-33).
17.     Cómo los beocios ayudaron a Artabazo y vencieron a los sátrapas del rey (34. 1-2).
18.     Cómo los atenienses se apoderaron del Quersoneso y establecieron colonias en él (34. 3-4).
19.     Cómo Filipo capturó Metone y la destruyó (34. 4).
20.     Cómo Filipo venció a los focenses y los expulsó de Tesalia (35. 1).
21.     Cómo el focense Onomarco, tras vencer a Filipo en dos batallas, lo puso en extremo peligro (35. 2).

- [25.](#) Cómo Faílo, que le sucedió en el mando, convirtió en moneda muchas de las ofrendas de plata y oro (36. 1).
- [26.](#) Cómo elevó los salarios de los mercenarios y reunió un gran número de ellos (36).
- [27.](#) Cómo enderezó la abatida situación de los focenses (37. 1).
- [28.](#) Cómo, tras sobornar con dinero a las ciudades y a sus jefes, se atrajo muchos aliados (37. 2-3).
- [29.](#) Cómo los tiranos de Feras entregaron Feras a Filipo y se hicieron aliados de los focenses (37. 3).
- [30.](#) Batalla de los focenses contra los beocios en Orcómeno y derrota de los focenses (37. 4-5).
- [31.](#) Otras batallas entre los mismos junto al Cefiso y Coronea y victoria de los beocios (37. 5-6).
- [32.](#) Cómo Faílo, habiendo hecho una expedición a Lócride, capturó muchas ciudades (38. 1-5).
- [33.](#) Cómo Faílo se vio aquejado por una enfermedad consuntiva y acabó su vida dolorosamente (38. 6).
- [34.](#) Cómo Faleco, su sucesor en el mando, fue depuesto por dirigir los asuntos con cobardía (38. 6 y 59).
- [35.](#) Cómo los pueblos del Peloponeso se sublevaron (39).
- [36.](#) Cómo Artajerjes, el llamado Oco, recuperó Egipto, Fenicia y Chipre (40-52. 8).
- [37.](#) Cómo Filipo se anexionó las ciudades de la Calcídica y asoló la más señalada de ellas (52. 9-55).
- [38.](#) Investigación de los tesoros sagrados gastados y castigo de los saqueadores (56-57).
- [39.](#) Cómo los que se refugiaron en el templo de Apolo, que eran focenses, unos quinientos, perecieron por el fuego de manera milagrosa (58).
- [40.](#) Cómo terminó la guerra focense (59-60).
- [41.](#) Cómo quienes habían participado con los focenses en los saqueos de los templos fueron castigados todos ellos por una fuerza divina (61-64).
- [42.](#) Desembarco de Timoleón en Sicilia y sus acciones hasta su muerte (65 y 90 *passim*).
- [43.](#) Asedio de Perinto y Bizancio por Filipo (74-77).
- [44.](#) Combate de Filipo contra los atenienses en Queronea y derrota de los atenienses (84-88).
- [45.](#) Cómo los griegos eligieron a Filipo general con plenos poderes (89).
- [46.](#) Cómo fue asesinado Filipo cuando estaba a punto de cruzar a Asia (91-95)<sup>1</sup>.





<sup>1</sup> La edición seguida ha sido la de MARTA SORDI, *Diodori Siculi, Bibliothecae liber XVI*, La nuova Italia, Florencia 1969, con una excelente introducción y numerosas notas que han servido de guía para las nuestras, especialmente en lo referente a citas de otros autores clásicos.

En todas las obras históricas conviene que los autores abarquen [1] en sus libros las acciones de ciudades o reyes en su totalidad, desde el principio hasta el final; así distribuimos la historia para que resulte especialmente fácil de recordar y comprensible a los lectores. Porque las acciones incompletas, al no tener continuidad [2] entre sus principios y sus finales, interrumpen el gusto de quienes aman la lectura, mientras que las que contienen un relato continuo hasta el final proporcionan una exposición exacta de los hechos. Cuando la propia naturaleza de los sucesos sirve de ayuda a los autores, entonces ya no hay que apartarse en absoluto de ese plan<sup>2</sup>. Por eso precisamente también [3] nosotros al aproximarnos a las hazañas de Filipo, hijo de Amintas, intentaremos abarcar en este libro lo realizado por este rey. Pues él reinó sobre los macedonios durante veinticuatro años<sup>3</sup>, y tras servirse de recursos mínimos edificó su propio reino como la mayor de las potencias de Europa y, aunque recibió una Macedonia esclava de los ilirios<sup>4</sup>, la hizo señora de grandes [4] pueblos y ciudades. Además, por su propio valor recibió la hegemonía de toda Grecia al someterse voluntariamente las ciudades<sup>5</sup>, y, tras haber derrotado a los que saquearon el santuario de Delfos y prestar ayuda al oráculo, formó parte del Consejo de los Anfictiones<sup>6</sup> y por su piedad hacia los dioses recibió [5] como premio los votos de los vencidos focenses. Cuando derrotó a los ilirios, peones, tracios, escitas<sup>7</sup> y a todos los pueblos vecinos de ellos, se propuso derribar el reino de los persas y, una vez que transportara fuerzas a Asia, liberar a las ciudades griegas; sin embargo, sorprendido por el destino, dejó tales y [6] tantas fuerzas que su hijo Alejandro no necesitó aliados para la destrucción del dominio persa<sup>8</sup>. Y esto lo hizo no por azar sino por su propia valía. Porque este rey fue sobresaliente en sagacidad militar, valor y grandeza de espíritu. Y para no adelantar en el prólogo sus hazañas, iremos a un relato continuo de la historia, remontándonos brevemente en el tiempo.

[2] Cuando en Atenas era arconte Calimedes, se celebró la Olimpiada centésima quinta en la que venció en la carrera del estadio Poro de Cirene, y los romanos eligieron cónsules a Gneo Genucio y a Lucio Emilio<sup>9</sup>. En esa época Filipo, hijo de Amintas, y padre de Alejandro, el que abatió en la guerra a los persas, se apoderó del reino de Macedonia del modo siguiente. Cuando Amintas fue derrotado por los ilirios y obligado a pagar [2] tributos a los vencedores, los ilirios apresaron como garantía a Filipo, el más joven de los hijos de Amintas, y lo confiaron a los tebanos; ellos entregaron a su vez al muchacho al padre de Epaminondas y le encomendaron que custodiase con esmero al

rehén y que, al mismo tiempo, dirigiese su crianza y educación<sup>10</sup>. Al tener Epaminondas como maestro a un filósofo de la escuela [3] pitagórica, Filipo, que se educaba en su compañía, participó en gran manera de la filosofía pitagórica<sup>11</sup>. Ambos discípulos, parecidos en sus condiciones naturales y en laboriosidad, resultaron uno y otro sobresalientes en valor. De ellos Epaminondas, tras soportar grandes combates y peligros, otorgó a su patria inopinadamente la hegemonía de Grecia, mientras que Filipo sirviéndose de idénticos recursos no quedó atrás de la fama de [4] Epaminondas. En efecto, tras la muerte de Amintas, heredó el trono Alejandro, el mayor de sus hijos. Pero a él lo asesinó Tolomeo de Aloro, quien se apoderó del trono y a éste lo eliminó, de idéntica manera, Perdicas y se hizo rey; pero cuando Perdicas fue vencido por los ilirios en una gran batalla y cayó en la acción, Filipo, su hermano, escapó de su confinamiento como [5] rehén y obtuvo el reino que estaba ahora en mala situación<sup>12</sup>. En efecto, en la batalla habían caído más de cuatro mil macedonios y los demás, consternados, se encontraban muy espantados ante las fuerzas de los ilirios y estaban sin ánimos para continuar la [6] guerra. Y simultáneamente los peones, que vivían cerca de Macedonia, saqueaban el territorio menospreciando a los macedonios, los ilirios acumulaban fuerzas y se disponían a marchar contra Macedonia, mientras cierto Pausanias, que tenía parentesco con la familia real, se proponía con la ayuda del rey de los tracios hacerse con el trono de Macedonia. De igual manera los atenienses, hostiles con Filipo, volvían a traer al trono a Argeo<sup>13</sup> y enviaron a Mantias como general con tres mil hoplitas y una fuerza naval considerable.

Los macedonios, debido a la derrota en la batalla y a la multitud [3] de peligros que se les venían encima, se encontraron en una enorme dificultad. Pero a pesar de los temores y peligros tan enormes que amenazaban, Filipo no se espantó ante la magnitud de las desgracias que se esperaban, sino que reunía a los macedonios en continuas asambleas y, exhortándolos al valor con la habilidad de su palabra, los hizo animosos; tras reorganizar los destacamentos militares de la mejor manera y equipar convenientemente a los hombres con armas de guerra, hacía incesantes maniobras con armas y ejercicios propios del combate. Ideó también la solidez y equipamiento de la falange, imitando [2] la marcha con los escudos apretados de los héroes en Troya, y fue el primero que formó la falange macedónica<sup>14</sup>. En [3] las relaciones era agradable y mediante regalos y promesas impulsaba a la mayoría a una disposición excelente, y certeramente maquinaba ideas contra el gran número de peligros inminentes. Al observar que los atenienses ponían toda su ambición en recuperar Anfípolis y que por eso volvían a poner a Argeo en el [4] trono, gustosamente dejó la ciudad, haciéndola autónoma. Envío embajadas a los peones y, tras corromper a unos con regalos y convencer a otros con promesas afables, pactó con ellos estar en paz por el presente. De igual manera evitó el regreso de Pausanias al convencer con regalos al rey que intentaba llevarlo al [5] trono.

Mantias, el general ateniense, había navegado a Metone y él permaneció allí, pero envió a Argeo a Egas<sup>15</sup> junto con los mercenarios. Éste se acercó a la ciudad e invitaba a los de Egas a que aceptasen su regreso y fuesen los fundadores de su propia [6] monarquía. Pero como nadie le hacía caso se volvía hacia Metone cuando Filipo apareció de pronto con sus soldados, trabó combate y mató a muchos mercenarios, y a los restantes que se habían refugiado en una colina los dejó libres bajo pacto, una vez que se apoderó de los exiliados que ellos le entregaron.

Filipo, al vencer en esta primera batalla, hizo a los macedonios [7] más animosos para los siguientes combates. Al mismo tiempo que esto sucedía, los tasio fundaron la llamada Crénides<sup>16</sup>, a la que posteriormente el rey llamó por su propio nombre Filipos y llenó de habitantes.

De entre los autores, Teopompo de Quíos empezó desde [8] aquí su historia sobre Filipo, de la que escribió cincuenta y ocho libros, y de ellos se han perdido cinco<sup>17</sup>.

Cuando Eucaristo era arconte en Atenas, los romanos eligieron [4] cónsules a Quinto Servilio y a Quinto Genucio<sup>18</sup>. En este tiempo Filipo envió embajadores a Atenas para convencer a la asamblea popular a hacer la paz con él, dado que ninguna pretensión tenía sobre Anfípolis. Liberado de la guerra contra los [2] atenienses y al enterarse de que el rey de los peones, Agis, había muerto, comprendió que tenía la oportunidad de atacar a los peones. Dirigió, pues, una expedición militar contra Peonia y una vez que venció en la batalla a los bárbaros, obligó a este pueblo a obedecer a los macedonios. Como los ilirios seguían [3] siendo enemigos, ambicionaba vencer también a éstos; y en seguida reunió una asamblea, empujó a los soldados a la guerra con palabras apropiadas y atacó el territorio de los ilirios con no menos de diez mil infantes y seiscientos jinetes<sup>19</sup>. Bardilis, el [4] rey de los ilirios, sabedor de la presencia de los enemigos, al principio envió embajadores para un cese de las hostilidades sobre la base de que ambos quedaran como dueños de las ciudades que entonces dominaban. Pero cuando Filipo contestó que deseaba la paz, aunque no la aceptaría a no ser que los ilirios salieran de todas las ciudades macedónicas<sup>20</sup>, los embajadores volvieron fracasados y Bardilis, confiando en las victorias anteriores y en la bravura de los ilirios salió al encuentro de los enemigos con su ejército. Tenía diez mil infantes escogidos [5] y unos quinientos jinetes. Cuando ambos ejércitos estaban cerca uno del otro y con gran griterío chocaron en el combate, Filipo, que mandaba el ala derecha y a los mejores macedonios como compañeros de lucha<sup>21</sup>, ordenó a su caballería avanzar y atacar a los bárbaros por los flancos, mientras que él mismo, [6] tras caer sobre el enemigo en un asalto frontal, trabó un duro combate. Sin embargo, los ilirios cerrándose en cuadro entraron con valentía en la refriega. Y al principio durante un largo rato el combate estuvo indeciso debido a la extraordinaria valentía de ambos contendientes, y aunque muchos resultaron muertos y aún más heridos, la suerte de la batalla vacilaba primero a un lado y luego al otro, equilibrada

constantemente por las valerosas hazañas de los combatientes; pero después, al presionar los jinetes desde el flanco y por la retaguardia, y luchar Filipo con la flor de sus tropas con verdadero heroísmo, la masa de los [7] ilirios se vio obligada a huir a toda prisa. Tras mantenerse la persecución durante una distancia considerable y resultar muchos muertos en su huida, y convocar Filipo a los macedonios con la trompeta y erigir un trofeo de la victoria, enterró a sus propios muertos, mientras que los ilirios obtuvieron la paz cuando enviaron embajadores y se retiraron de todas las ciudades macedonias. Pero más de siete mil ilirios resultaron muertos en esta batalla.

Puesto que hemos terminado con los asuntos de Macedonia [5] y de Iliria, pasaremos ahora a unos acontecimientos de un tipo diferente. En Sicilia, Dionisio el Joven, tirano de Siracusa, quien había heredado el poder en el período anterior, y que era indolente y muy inferior a su padre, fingía por su inacción que era un amante de la paz y afable en su manera de ser<sup>22</sup>. Por ello, [2] ya que había heredado la guerra con los cartagineses, hizo las paces con ellos<sup>23</sup> y de manera idéntica guerreó contra los lucanos con indiferencia durante algún tiempo y luego, aunque en las últimas batallas había tenido ventaja, con mucho gusto puso fin a la guerra con ellos<sup>24</sup>. En Apulia fundó dos ciudades porque [3] deseaba hacer seguro para los navegantes el paso a través del mar Jónico; pues los bárbaros que habitaban en la costa, bogando con muchas naves piratas hacían insegura para los comerciantes la navegación en toda la costa a lo largo del mar Adriático<sup>25</sup>. A partir de entonces se entregó a una vida pacífica, relevó [4] a los soldados de sus ejercicios en las artes de la guerra y aunque había recibido el más grande de los reinos de Europa y la tiranía de la que se decía que había sido atada con acero por su padre, sin embargo, por extraño que parezca, lo perdió todo por su pusilanimidad. Intentaremos registrar las causas de su ruina y los sucesos uno tras otro.

[6] Cuando Cefisodoto era arconte en Atenas, los romanos eligieron cónsules a Gayo Licinio y a Gayo Sulpicio<sup>26</sup>. En este año Dión, hijo de Hiparino y el más distinguido de los siracusanos, escapó de Sicilia y por su nobleza de espíritu liberó a los siracusanos [2] y a los demás sicilianos de la siguiente manera. Dionisio el Viejo había engendrado hijos de dos esposas, de la primera, que era locria de nacimiento, a Dionisio, que le sucedió en la tiranía, y de la segunda, que era hija de Hiparino, un siracusano [3] de gran renombre, dos hijos: Hiparino y Niseo. Ocurría que el hermano de la segunda esposa era Dión, un hombre que había progresado mucho en la filosofía<sup>27</sup> y, en cuanto a valor y destreza en el arte de la guerra, superaba con creces a los demás siracusanos [4] de su época. Dión, debido a su alta cuna y a su nobleza de espíritu, cayó bajo la sospecha del tirano, pues parecía lo suficientemente capaz como para derrocar la tiranía. Así que, por temor a él, Dionisio decidió desembarazarse del hombre, deteniéndolo bajo la acusación de un delito castigado con la pena capital<sup>28</sup>. Pero al enterarse Dión, al principio se ocultó en las casas de algunos de sus amigos y luego escapó desde Sicilia al

Peloponeso en compañía de su hermano Megacles y de Heraclides, que había sido encargado de la guarnición por el tirano. Cuando desembarcó en Corinto<sup>29</sup>, rogó a los corintios que colaboraran [5] con él en la liberación de los siracusanos, y él personalmente comenzó a reunir mercenarios y a recoger armas. Pronto muchos dieron oídos a sus súplicas y poco a poco acumulaba grandes cantidades de armas y mercenarios, y tras contratar dos buques mercantes cargó las armas y los hombres a bordo, y él con estos transportes zarpó de Zacinto, que está cerca de Cefalonia, hacia Sicilia, pero dejó detrás a Heraclides para que llevara después algunas trirremes y otros mercantes a Siracusa.

Mientras esto sucedía, Andrómaco de Tauromenio<sup>30</sup>, padre [7] de Timeo, el autor de las *Historias*<sup>31</sup>, y que se distinguía por su riqueza y nobleza de espíritu, reunió a los hombres que habían sobrevivido a la destrucción de Naxos por Dionisio<sup>32</sup>. Después de haberse instalado en la colina que estaba encima de Naxos llamada Tauro y permanecer allí un tiempo considerable, la llamó Tauromenio por el hecho de haber permanecido en Tauro. Y al lograr la ciudad un rápido progreso, los habitantes adquirieron grandes riquezas, y la ciudad que había ganado un considerable renombre, finalmente en nuestra época después de que César expulsara a los habitantes de Tauromenio de su tierra natal, recibió una colonia de romanos<sup>33</sup>.

[2] Mientras estas cosas ocurrían, los habitantes de Eubea lucharon entre sí, y cuando unos llamaron en su ayuda a los beocios y otros a los atenienses, estalló la guerra en Eubea. Se produjeron numerosos combates y escaramuzas, y a veces los tebanos tenían ventaja y a veces los atenienses se llevaban la victoria. Aunque no se libró ninguna batalla importante, cuando la isla quedó devastada por la guerra civil y muchos hombres murieron en ambos lados, por fin castigados por los desastres, llegaron a un acuerdo e hicieron las paces entre ellos<sup>34</sup>.

En consecuencia, los beocios regresaron a su casa y permanecían tranquilos; pero, al haber hecho defección los de Quíos, [3] Rodas, Cos e incluso Bizancio<sup>35</sup>, los atenienses cayeron en la llamada guerra de los aliados, que duró tres años. Elegidos como generales Cares y Cabrias, los despacharon con un ejército. Cuando arribaron a Quíos se encontraron con que se habían presentado como aliados para los quiotas los bizantinos, rodios y coyos, e incluso Mausolo, el tirano de Caria<sup>36</sup>. Tras disponer sus tropas en orden de batalla, comenzaban a asediar la ciudad tanto por tierra como por mar. Cares, que mandaba la fuerza de infantería, avanzó por tierra contra los muros y luchaba con los que se desplegaban contra él desde la ciudad; pero Cabrias, navegando hasta el puerto, se enfrentó en una gran batalla naval y al ser su nave desgarrada por los espolones fue abatido. Mientras [4] los hombres de las otras naves cediendo en el último momento se salvaron, él, prefiriendo una muerte gloriosa a la derrota, luchó sobre su



barco y murió de sus heridas<sup>37</sup>.

[8] Por la misma época Filipo, rey de los macedonios, que había alcanzado la victoria sobre los ilirios en una gran batalla<sup>38</sup> y había sometido a todos los que habitaban hasta el lago llamado Lignitis, ahora volvió a Macedonia, tras pactar una paz muy favorable con los ilirios y logrando fama entre los macedonios [2] por los éxitos debidos a su valor. Entonces, al ver que los habitantes de Anfípolis se mostraron hostiles con él y le ofrecieron muchos pretextos para la guerra, entró en campaña contra ellos con una fuerza considerable. Una vez que trajo máquinas de guerra contra los muros y lanzó duros y continuos ataques, derribó con los arietes una parte del muro, y penetró en la ciudad a través de la brecha, abatió a muchos de los oponentes, se hizo dueño de la ciudad y desterró a los que le eran desafectos, pero [3] se comportó amablemente con los demás<sup>39</sup>. Esta ciudad, que se encuentra en posición favorable con respecto a Tracia y a las regiones vecinas, contribuyó en gran medida al engrandecimiento de Filipo. Pues de inmediato se apoderó de Pidna, e hizo una alianza con los olintios y aceptó dejarles Potidea, ciudad cuya posesión deseaban mucho los olintios<sup>40</sup>. Al habitar los [4] olintios una ciudad importante y que debido a su enorme población tenía gran importancia para la guerra, su ciudad era objeto de disputa para quienes intentaran aumentar su hegemonía. Por esta razón, los atenienses y Filipo eran rivales entre sí por la alianza con los olintios. Sea como fuere, Filipo, cuando rindió [5] a Potidea, llevó a la guarnición ateniense fuera de la ciudad y, tratándola con consideración, la envió de regreso a Atenas, (pues él fue particularmente solícito con el pueblo de Atenas debido a la importancia y reputación de la ciudad); pero después de haber vendido a los habitantes como esclavos, entregó la ciudad a los olintios, y les regaló al mismo tiempo propiedades en el territorio. Luego se dirigió a la ciudad de Crénides<sup>41</sup>, cuyo tamaño [6] aumentó con un gran número de habitantes, cambió su nombre a Filipos, dándole su propio nombre; en cuanto a las minas de oro del territorio, que eran muy escasas e insignificantes, incrementó su producción tanto con sus mejoras que pudo conseguir para él un ingreso de más de mil talentos<sup>42</sup>. Y de estas [7] minas pronto amasó una fortuna, y gracias a la abundancia de dinero llevó más cada vez al reino de Macedonia a una posición muy superior, porque con la moneda de oro que acuñó, que llegó a ser llamada Filipeo por su nombre<sup>43</sup>, organizó una gran fuerza de mercenarios, y con ella persuadió a muchos griegos a convertirse en traidores a sus patrias. Pero respecto a esto, cada uno de los acontecimientos se explicará sucesivamente y nosotros los contaremos en el orden en el que ocurrieron.

[9] Cuando Agatocles era arconte en Atenas, los romanos eligieron cónsules a Marco Fabio y a Gayo Publio<sup>44</sup>. En este año, Dión, el hijo de Hiparino, navegó a Sicilia con la intención de derrocar la tiranía de Dionisio, y, disponiendo de menores recursos que todos los que le habían precedido, derribó inesperadamente [2] el mayor poder de los

que había en Europa. ¿Quién, en efecto, habría pensado que, desembarcando con dos buques mercantes, vencería al soberano que tenía cuatrocientos barcos de guerra, casi cien mil soldados de infantería, diez mil jinetes, y tantos recursos de armas, víveres y dinero como es natural que hubiera adquirido quien estaba dispuesto a proveer en abundancia a las fuerzas antes mencionadas, y, aparte de todo lo dicho, quien tenía una ciudad que fue la mayor de las griegas, y puertos y muelles y ciudadelas fortificadas que eran inexpugnables, y, además, un gran número de poderosos aliados?<sup>45</sup> [3] Las causas de los éxitos de Dión fueron, sobre todo, su propia nobleza de espíritu, su coraje, y la buena disposición de los que iban a ser liberados; aún más importante que todo esto fue la pusilanimidad del tirano y el odio de sus súbditos hacia él; porque cuando todo esto coincidió en un momento oportuno, condujo inesperadamente al éxito acciones que se consideraban imposibles.

Pero debemos apartarnos de estas reflexiones y volver a la [4] narración en detalle de lo ocurrido. Dión, que zarpó de Zacinto, que está junto a Cefalonia, con dos buques mercantes, hizo escala en el puerto de Acragante llamado Minoa. Éste había sido fundado antiguamente por Minos, rey de los cretenses, en la ocasión en que, en su búsqueda de Dédalo, fue hospedado por Cócalo, rey de los sicanos<sup>46</sup>; pero en el período en el que nos ocupa esta ciudad estaba sujeta a los cartagineses, y su gobernador, llamado Páralo, que era amigo de Dión, lo recibió con entusiasmo<sup>47</sup>. Dión, después de haber descargado de los mercantes [5] cinco mil armaduras, las entregó a Páralo y le pidió que las transportaran en carros a Siracusa; él, entre tanto, dirigió contra Siracusa a los mercenarios, que eran mil. Durante su marcha persuadió a acragantinos, a gelenses, y a algunos de los sículos y sicanos que habitaban en el interior, así como a los camarineos, a liberar a los siracusanos, y luego avanzó para derrocar al tirano. Al afluir de todas partes muchos con sus armas, pronto [6] se reunieron más de veinte mil soldados<sup>48</sup>. Y en no menor medida fueron convocados muchos griegos y mesenios de Italia y todos acudían de prisa con gran entusiasmo.

[10] Cuando Dión estaba en las fronteras de Siracusa, vino a su encuentro una masa de hombres desarmados tanto del campo como de la ciudad; Dionisio, sospechando de los siracusanos, [2] había desarmado a muchos de ellos. Por esta época el tirano pasaba el tiempo en las ciudades recién fundadas a lo largo del Adriático con grandes fuerzas<sup>49</sup>, y los comandantes que habían quedado a cargo de la guarnición de Siracusa al principio trataron de hacer volver a los siracusanos de su rebelión; pero cuando el impulso de las turbas fue imposible de controlar, se desanimaron y reunieron a los mercenarios y los partidarios del tirano, y, después de haber llenado sus filas, decidieron atacar a los [3] insurgentes. Dión distribuyó las cinco mil armaduras a los siracusanos que estaban desarmados, y a los demás los equipó en la medida de lo posible con las armas que tenía a mano. Luego de haber convocado a todos a una asamblea general, declaró que él había

venido para la liberación de los sicilianos, y los instaba a elegir como generales a los hombres apropiados para la restauración de su independencia y la disolución de toda la tiranía. La multitud, como con una sola voz, gritó que elegían a Dión y a su hermano Megacles como generales con plenos poderes. En [4] consecuencia, desde la asamblea ordenó su ejército en orden de combate y avanzó hacia la ciudad. Como nadie le hacía frente en campo abierto, entró sin temor dentro de las murallas, y atravesando Acradina<sup>50</sup> acampó en la plaza del mercado, sin que [5] nadie se atreviera a enfrentársele. El número total de los soldados de Dión no era de menos de cincuenta mil. Todos ellos coronados de guirnalda bajaron a la ciudad precediéndolos Dión y Megacles y con ellos treinta siracusanos, los únicos de los exiliados en el Peloponeso que estaban dispuestos a compartir los peligros con los siracusanos.

Al estar toda la ciudad impregnada de libertad en lugar de [11] esclavitud y al trocar la fortuna el aspecto sombrío de la tiranía por una alegría compartida por todo el pueblo, cada casa estaba llena de sacrificios y regocijo, y los simples ciudadanos quemaban perfumes en su propio hogar, dando gracias a los dioses por sus bienes presentes, y haciendo sentidas súplicas por los bienes futuros. Se produjo también mucho griterío de júbilo por parte de las mujeres por los inesperados días felices y manifestaciones por toda la ciudad. No había hombre libre, ni esclavo, [2] ni extranjero que no se apresurara a contemplar a Dión, y todos reconocían el valor del hombre por encima de lo que correspondía a un ser humano. Y esto lo sentían con toda razón por la magnitud y lo inesperado del cambio; porque después de haber probado una esclavitud de cincuenta años<sup>51</sup> y olvidado la libertad en el transcurso del tiempo, fueron liberados de su desgracia por el valor de un solo hombre.

En estos momentos, el propio Dionisio se encontraba pasando [3] el tiempo cerca de Caulonia, en Italia, e hizo venir al general Filisto<sup>52</sup>, que se desplazaba por el Adriático con su flota, y le ordenó que navegara hacia Siracusa. Ambos se apresuraban a ir al mismo lugar, pero Dionisio llegó siete días después del regreso [4] de Dión. Intentando con rapidez vencer arteramente a los siracusanos, enviaba una embajada para un cese de las hostilidades y daba mucho énfasis en que entregaría el poder de la tiranía al pueblo y daría la democracia a cambio de importantes compensaciones. Pedía que le enviaran embajadores para que [5] pudiera sentarse con ellos y poner fin a la guerra. Los siracusanos, por lo tanto, llenos de orgullo con las esperanzas, enviaron como embajadores a los hombres más notables; pero Dionisio, tras someterlos a vigilancia, pospuso la conferencia y, observando personalmente que los siracusanos a causa de su esperanza de paz eran negligentes en lo referente a las guardias y no estaban preparados para una batalla, de pronto abrió las puertas de la ciudadela en la Isla<sup>53</sup>, y se desplegó con su ejército en orden de batalla.

[12] Como los siracusanos habían construido una fortificación propia de mar a mar,

los mercenarios cayeron sobre el muro con fuerte griterío y espanto, mataron a muchos de los guardias y, penetrando dentro del muro, luchaban con los que acudían para [2] ayudar. Dión, inesperadamente engañado por la violación de la tregua, salió al encuentro de los enemigos con sus mejores soldados y entablado combate llevó a cabo una gran matanza. Porque al producirse la lucha como en un estadio, en el pequeño espacio de la fortificación, un gran número de soldados se [3] concentró en un lugar estrecho<sup>54</sup>. Y por eso en ambos lados los hombres que sobresalían en bravura se lanzaron al peligro; vueltos a una exagerada rivalidad los mercenarios de Dionisio por la magnitud de las promesas, y los siracusanos por la esperanza de libertad, en un primer momento la batalla estaba equilibrada al ser el valor de ambos igual en el combate, y muchos cayeron y no pocos fueron heridos, recibiendo todas las heridas de frente; porque los de la primera fila soportaban con valentía la muerte en defensa de los demás, y los colocados detrás cubrían con sus escudos a los que caían y manteniéndose firmes en los peligros soportaban los riesgos más extremos por la victoria. Tras eso Dión, que deseaba distinguirse en el combate y [4] se esforzaba en obtener la victoria, se lanzó con fuerza en medio de los enemigos; luchando con heroísmo mató a muchos y tras romper toda la línea enemiga quedó encerrado él solo entre la multitud. Al ser lanzados muchos proyectiles contra él hacia su escudo y casco, los evitó gracias a la protección de la armadura, pero herido en el brazo derecho se vio agobiado por el peso de la herida y poco le faltó para caer en manos del enemigo. Los siracusanos que temieron por la seguridad de su general [5] se lanzaron contra los mercenarios en formación pesada, rescataron del peligro al abrumado Dión y rechazando con fuerza a los enemigos los obligaron a huir<sup>55</sup>. Igualmente, al tener ventaja también los siracusanos en la otra parte del muro, los mercenarios del tirano fueron perseguidos dentro de las puertas de la Isla. Como habían vencido en una batalla importante y logrado la libertad de forma segura, los siracusanos erigieron un trofeo contra el tirano.

Después de esto, Dionisio, fracasado y desesperando ya de [13] la tiranía, dejó una guarnición considerable en las acrópolis<sup>56</sup>, mientras que él, cuando pudo recuperar los cuerpos de los que habían muerto, que eran ochocientos, les dio un entierro magnífico, coronados con coronas de oro y envueltos en hermosos vestidos de púrpura; porque esperaba que por su solicitud hacia ellos impulsaría a los demás a combatir con ardor en defensa de la tiranía; y a los que se habían comportado valerosamente los honró con grandes regalos. Y enviaba mensajes a los siracusanos [2] para tratar del cese de hostilidades<sup>57</sup>. Sin embargo, en cuanto a las embajadas, Dión daba largas, ofreciendo siempre algunos pretextos razonables, pero en cuanto terminó de construir el resto del muro con tranquilidad, entonces hizo venir a los embajadores, venciendo con astucia a los enemigos con las esperanzas de paz. Cuando se plantearon conversaciones sobre la reconciliación, Dión respondió a los embajadores que sólo había una solución: que

Dionisio aceptase ciertos privilegios una vez que hubiese renunciado a la tiranía. Pero Dionisio, ante la arrogante respuesta, reunió a sus comandantes y deliberaba sobre [3] cómo debía defenderse de los siracusanos. Al tener abundancia de todo menos de trigo y dominar el mar, saqueaba el territorio y, como conseguía con dificultad aprovisionamientos a través de los forrajeadores, envió buques mercantes y dinero para comprar grano. Pero los siracusanos, que tenían muchas naves de guerra y aparecían de pronto en los lugares oportunos, se apoderaban de muchos de los suministros transportados por los comerciantes.

Ésta era la situación de los asuntos en Siracusa.

[14] En Grecia, Alejandro, tirano de Feras, fue asesinado por su propia esposa, Tebe, y los hermanos de ella Licofrón y Tisífono<sup>58</sup>. Al principio ellos obtuvieron una gran acogida como tiranicidas, pero más tarde, después de cambiar de manera de pensar y sobornar a los mercenarios, se proclamaron a sí mismos tiranos, mataron a muchos de sus oponentes, y, tras hacerse con un ejército considerable, retuvieron el gobierno por la fuerza. Entonces, los llamados Alévadas<sup>59</sup> entre los tesalios, que gozaban [2] de una reputación bien conocida por su noble origen, se opusieron a los tiranos. Pero como no tenían suficiente fuerza para combatir por sí mismos, se atrajeron como aliado a Filipo, el rey de los macedonios. Y él, una vez que entró en Tesalia, derrotó a los tiranos y, cuando ya había recobrado la libertad para las ciudades, demostró la mayor consideración hacia los tesalios; por eso en los sucesos posteriores no sólo el propio Filipo, sino su hijo Alejandro después, tuvieron siempre como aliados a los tesalios<sup>60</sup>.

[3] De entre los historiadores fue Demófilo, hijo del cronista Éforo, el que trató en su obra la historia de la Guerra llamada Sagrada, que había sido omitida por su padre, comenzando su relato con la captura del santuario de Delfos y el pillaje del oráculo por el focense Filomelo. Esta guerra duró once años, hasta la aniquilación de los que se habían repartido entre ellos las riquezas sagradas. Y Calístenes ha escrito la historia de los acontecimientos griegos en diez libros y terminó con la captura del santuario y la impiedad de Filomelo el focense. Diilo el ateniense comenzó su historia con el saqueo del santuario y ha escrito veintiséis libros, recopilando todos los acontecimientos que ocurrieron en este período, tanto en Grecia como en Sicilia<sup>61</sup>.

[15] Cuando Elpines era arconte en Atenas, los romanos eligieron cónsules a Marco Poplio Lenas y a Gneo Memilio Imperioso, y se celebró la Olimpiada centésima sexta, en la que Poro de Malis ganó la carrera del estadio<sup>62</sup>. Durante el mandato de estos cónsules se reunió en Italia, cerca de Lucania, una multitud de hombres de toda clase de procedencias, pero en su mayor parte esclavos fugitivos. Éstos, al principio, llevaron una vida de bandidos y debido a que vivían en el campo y a sus incursiones se acostumbraron al ejercicio y práctica en las artes de la guerra; por ello, al aventajar a los habitantes del país en los enfrentamientos bélicos, crecieron de manera considerable.

Primero sitiaron y saquearon la ciudad de Terina, y luego, tras tomar Hiponio, Turios, y muchas otras ciudades<sup>63</sup>, formaron un gobierno común y fueron llamados bretios porque la mayoría de ellos eran esclavos; pues en el dialecto local a los fugitivos se les llamaba «bretios»<sup>64</sup>.

Así se estableció el pueblo de los bretios en Italia.

En Sicilia Filisto, general de Dionisio, navegó a Regio y [16] transportó a Siracusa la caballería, que eran más de quinientos. Cuando añadió otros jinetes más a éstos y dos mil infantes, hizo una expedición contra los leontinos, que habían hecho defección de Dionisio, y tras lograr entrar dentro de la muralla por la noche, capturó una parte de la ciudad. Se produjo un duro combate, y los siracusanos acudieron en ayuda de los leontinos, de modo que, derrotado, fue expulsado de Leontinos. Heraclides, [2] que había sido dejado por Dión como almirante de los barcos de guerra, impedido por las tormentas en el Peloponeso, llegó demasiado tarde para el regreso de Dión y los suyos y la liberación de los siracusanos; vino con veinte naves de guerra y mil quinientos soldados. Al ser un hombre muy notable y digno del mando fue elegido almirante por los siracusanos, y, designado junto con Dión para la jefatura militar, llevaba a cabo la guerra [3] contra Dionisio<sup>65</sup>. Tras esto, Filisto, que había sido designado general y disponía de sesenta trirremes, libró una batalla naval con los siracusanos, que tenían aproximadamente el mismo número de naves. Se produjo un duro combate y al principio Filisto se imponía debido a su propia valentía, pero más tarde fue aventajado por los enemigos, y los siracusanos una vez que rodearon las naves desde todas partes pusieron su mayor ambición en capturar vivo al general, pero Filisto temió el ultraje de la cautividad y se suicidó<sup>66</sup>, después de haber prestado a los tiranos los más numerosos y mayores servicios y ser el más fiel [4] de los amigos de los soberanos. Los siracusanos, tras ganar la batalla naval, desgarraron el cuerpo de Filisto, lo arrastraron por toda la ciudad y lo arrojaron sin sepultar, y Dionisio, que había perdido al más eficaz de sus amigos y no tenía ningún otro general apropiado, como no era capaz de soportar él mismo el peso de la guerra, envió embajadores a Dión, ofreciéndole, en un primer momento, la mitad del poder, y, después, con la intención de poner todo en sus manos.

[17] Y cuando Dión respondió que lo justo era entregar a los siracusanos la acrópolis a cambio de algunos bienes y privilegios excepcionales, Dionisio estaba dispuesto a entregar la ciudadela al pueblo de manera que él se trasladara a Italia con sus mercenarios y sus bienes, y Dión aconsejó a los siracusanos aceptar su oferta<sup>67</sup>. Pero el pueblo, convencido por inoportunos demagogos, se negó, creyendo que por la fuerza rendiría al tirano. Tras eso, Dionisio dejó a sus mejores mercenarios para proteger [2] la ciudadela, mientras que él mismo, tras guardar sus riquezas y todo su equipaje real, se escapó por mar y desembarcó en Italia<sup>68</sup>. Y los siracusanos se pelearon entre sí, creyendo unos que [3] había que poner el mando del ejército y el poder total en manos de Heraclides porque



parecía que él jamás se propondría para la tiranía, y opinando otros que Dión debía tener el gobierno de todo<sup>69</sup>. Además de esto, como se debían muchos salarios a los mercenarios del Peloponeso que habían liberado Siracusa y la ciudad estaba falta de dinero, los mercenarios, privados de su salario, se concentraron, y al ser más de tres mil y todos elegidos por su bravura y endurecidos por su entrenamiento en campañas bélicas, aventajaban mucho a los siracusanos en pericia<sup>70</sup>. [4] Dión, solicitado por los mercenarios para cambiar de bando con ellos y tomar venganza de los siracusanos como enemigos comunes, al principio se negó, pero luego, obligado por la circunstancia, aceptó el mando de los mercenarios, y en formación [5] con ellos marchó contra los leontinos. Los siracusanos, por su parte, perseguían en masa a los mercenarios y entablaban combate durante la marcha y, habiendo perdido muchos hombres, se retiraron. Dión, que los había derrotado en un brillante combate, en nada guardaba rencor a los siracusanos, pues cuando le enviaron un heraldo para la retirada de los muertos, concedió esa retirada y puso en libertad sin rescate a los cautivos, que eran numerosos. Porque al estar muchos a punto de ser asesinados, en su huida declararon que ellos eran partidarios de Dión, y todos ellos por este motivo escaparon de la muerte.

[18] Después de estos sucesos Dionisio envió a Siracusa como general a Nipsio, napolitano, sobresaliente por su valor y conocimiento militar; y con él mandó buques mercantes cargados de grano y otros suministros. Nipsio zarpó de Locros<sup>71</sup> y completó [2] la navegación a Siracusa. Los mercenarios del tirano, que estaban en la acrópolis, al faltar el trigo en ese momento y padeciendo terriblemente por la falta de lo indispensable, durante un tiempo soportaron de buen humor la escasez, pero cuando la naturaleza humana sucumbió a la necesidad y era desesperada la salvación, se reunieron en asamblea por la noche y votaron entregar la acrópolis y a sí mismos a los siracusanos al amanecer. Cuando ya terminaba la noche los mercenarios enviaron [3] heraldos a los siracusanos para tratar sobre el cese de las hostilidades, pero, cuando rayaba el día, Nipsio llegó con la flota y ancló cerca de Aretusa<sup>72</sup>. Por ello, al cambiar en un instante de la escasez a una gran abundancia de suministros, el general Nipsio, después de desembarcar a sus soldados y celebrar una asamblea conjunta, habló de manera adecuada a la situación presente y los dispuso animosamente para los inminentes peligros. Así, la acrópolis que iba a ser entregada a los siracusanos fue conservada inesperadamente de la manera antes dicha; pero [4] los siracusanos, tras equipar todas las trirremes, navegaron contra los enemigos cuando todavía estaban ocupados en la descarga de los suministros. Al ser inesperado el ataque y oponerse tumultuosamente a las trirremes enemigas los mercenarios de la ciudadela, se produjo una batalla naval en la que los siracusanos fueron superiores, y hundieron algunas naves, se apoderaron de otras y persiguieron al resto hasta la orilla. Animados por la victoria ofrecieron con magnificencia sacrificios triunfales a los dioses, se dedicaron a banquetes y bebidas, y



despreciando a los vencidos se comportaban con negligencia en las guardias<sup>73</sup>.

Nipsio, el general de los mercenarios, con el deseo de desquitarse [19] y reparar la derrota, durante la noche, con su fuerza colocada en orden de combate, de forma inesperada atacó el muro que había sido construido. Como encontró a los guardias dedicados al sueño debido a su altivez y a la borrachera, aplicó [2] las escaleras preparadas para un caso de necesidad. Por ellas subieron al muro los más valientes de los mercenarios, mataron a los guardias y abrieron las puertas. Al lanzarse los soldados hacia a la ciudad, los generales de los siracusanos, tras recobrar sus sentidos después de la embriaguez, intentaban llevar ayuda, pero obstaculizados en sus esfuerzos por el vino, algunos resultaron muertos y otros huyeron. Una vez capturada la ciudad, cuando casi todos los soldados de la ciudadela se habían precipitado en el interior del muro de circunvalación, los siracusanos fueron presa del pánico por la rapidez y la confusión del ataque, [3] y se produjo una gran masacre. Al ser los soldados del tirano más de diez mil<sup>74</sup> y estar bien organizados, nadie fue capaz de soportar su carga, ya que el ruido y el desorden y, además, la [4] falta de un mando estorbaban a los vencidos. Conquistada el ágora por los enemigos, en seguida los vencedores atacaron las casas; se robó mucho dinero y se redujo a esclavitud a no pocas mujeres, niños e incluso criados de la casa. Resistiendo los siracusanos en pasajes estrechos y en otras calles, se producían continuos combates y muchos fueron asesinados y no pocos caían con heridas. Así pasaron la noche matándose unos a otros al azar debido a la oscuridad y todo el lugar se llenaba de muertos.

[20] Al amanecer, la magnitud del desastre se vio en su totalidad, y los siracusanos, que tenían su única esperanza de salvación en la ayuda de Dión, enviaron jinetes a Leontinos, pidiéndole a Dión que no mirase con indiferencia a la patria capturada con la lanza, que les perdonase los errores cometidos, y que, compadecido ante las desgracias presentes enderezase la mala situación de su patria<sup>75</sup>. Dión, un hombre de espíritu noble y cultivado [2] en sus pensamientos debido a su formación filosófica, no guardó rencor a los ciudadanos, sino que, después de convencer a los mercenarios, levantó el campo al instante y, tras recorrer rápidamente el camino a Siracusa, llegó junto a la Hexápila<sup>76</sup>. Desde allí, tras organizar a los soldados se adelantó a toda velocidad [3] y encontró, huyendo de la ciudad, a más de diez mil niños, mujeres y ancianos. Todos ellos, al encontrarse con él, le rogaban con lágrimas que los vengase de sus propias desgracias. Los mercenarios de la acrópolis, que ya habían conseguido su objetivo, tras saquear las casas de la plaza del mercado les prendieron fuego y lanzándose sobre las demás, robaban los bienes que había en ellas. En ese momento, Dión cayó por muchos [4] lugares sobre la ciudad, atacó a los enemigos ocupados en los pillajes y mató a todos los que casualmente se encontraban llevando sobre los hombros enseres de topo tipo. Por lo inesperado de su aparición, y por el desorden y la confusión de los que se llevaban los

bienes, todos eran reducidos fácilmente. Y al final, muertos más de cuatro mil, unos en las casas, y otros en las calles, los demás huyeron hacia la acrópolis y escaparon del peligro cerrando las puertas.

Dión, tras haber realizado la más hermosa de las hazañas [5] hechas anteriormente por él, salvó las casas incendiadas apagando el fuego, y, al reconstruir con destreza la muralla circular, con una sola acción fortificó la ciudad, y al bloquear con el muro a los enemigos les cerró la salida a tierra. Cuando limpió la ciudad de muertos y erigió un trofeo, hizo sacrificios a los [6] dioses por la salvación. Reunida la asamblea, el pueblo, en agradecimiento a él, eligió por votación a Dión como general con plenos poderes y le concedió honores de héroe, y Dión, conforme a sus hechos anteriores, generosamente absolvió a todos sus enemigos de acusaciones, tranquilizó a la gente y la llevó a una común concordia. Y los siracusanos con aplausos generales y con grandes aprobaciones honraban a su benefactor como al que había sido el único salvador de la patria.

Y las cosas en Sicilia estaban en esta situación.

[21] En Grecia, entre tanto, los quiotas, rodios, coyo y también los bizantinos continuaban la guerra social<sup>77</sup> contra los atenienses; y todos hacían grandes preparativos porque querían decidir la guerra en una batalla naval. Los atenienses, que habían enviado por delante a Cares<sup>78</sup> con sesenta naves, estaban en las circunstancias de antes, pero ahora armaron otras sesenta, pusieron como generales a los ciudadanos más distinguidos, Ificrates y Timoteo<sup>79</sup>, y los enviaron a combatir junto con Cares contra los aliados que habían hecho defección. Los quiotas, rodios y bizantinos, [2] tras equipar junto con sus aliados cien naves, devastaron Imbros y Lemnos que eran de los atenienses; y una vez que marcharon sobre Samos con una gran fuerza, devastaban la región y sitiaban la ciudad por tierra y mar. Haciendo daño también a otras muchas islas que estaban bajo el poder de los atenienses recaudaban dinero para las necesidades de la guerra. Reunidos [3] todos los generales atenienses, al principio se proponían sitiar la ciudad de los bizantinos, pero después, cuando los quiotas y sus aliados levantaron el asedio de Samos y se dieron la vuelta en ayuda de los bizantinos, todas las flotas se reunieron en el Helesponto<sup>80</sup>. Cuando estaba a punto de librarse la batalla naval, cayó un gran viento que impidió su plan. Sin embargo, Cares quería [4] combatir en el mar en contra de la naturaleza, pero como Ificrates y Timoteo se oponían por la magnitud del oleaje, Cares puso como testigos a los soldados, acusó a sus colegas de traidores a la patria y escribió al pueblo sobre ellos que habían evitado a propósito la batalla naval. Y los atenienses se indignaron tanto que después de someter a un proceso a Ificrates y a Timoteo, los multaron con muchos talentos y los privaron del mando<sup>81</sup>.

[22] Cares, que se había hecho cargo del mando de toda la flota y estaba ansioso por librar a los atenienses del gasto, intentó una acción atrevida. Artabazo había desertado del rey y con unos pocos soldados estaba a punto de combatir contra los

sátrapas que tenían más de setenta mil. Cares combatió junto a él con todo su ejército y venció a la fuerza del rey, y Artabazo, correspondiendo en agradecimiento por su favor, le obsequió una gran suma de dinero con la que pudo abastecer a todo su [2] ejército<sup>82</sup>. Los atenienses al principio aprobaron la acción de Cares, pero más tarde, cuando el Rey envió embajadores y acusó a Cares, cambiaron de parecer. Pues se había extendido el rumor de que el rey había prometido a los enemigos de los atenienses que combatiría con ellos contra los atenienses con trescientas naves. Por eso el pueblo, precavido, determinó poner fin a la guerra contra los rebeldes; y al descubrir que aquéllos deseaban la paz, fácilmente se reconcilió con ellos<sup>83</sup>.

Así llegó al final la llamada guerra de los aliados que había durado cuatro años.

[3] En Macedonia tres reyes se unieron contra Filipo, los de los tracios, peonios e ilirios<sup>84</sup>. Porque éstos eran limítrofes con los macedonios, y miraban con recelo el auge de Filipo y, al haber sufrido anteriormente derrotas, no eran capaces de combatir por separado, pero creyeron que si hacían la guerra conjuntamente, con facilidad le aventajarían. Y por eso mientras concentraban sus fuerzas, Filipo apareció de pronto cuando estaban desorganizados, los aterrorizó y obligó a adherirse a los macedonios<sup>85</sup>.

Cuando Calístrato era arconte en Atenas, los romanos eligieron [23] cónsules a Marco Fabio y a Gayo Plotio<sup>86</sup>. En ese año estalló la llamada Guerra Sagrada y duró nueve años<sup>87</sup>. Pues el focense Filomelo, un hombre que se distinguía por su audacia y falta de respeto a las leyes, se apoderó del santuario de Delfos y encendió la Guerra Sagrada, por los siguientes motivos. Al [2] haber luchado los lacedemonios contra los beocios en la batalla de Leuctra y ser derrotados, los tebanos, tras entablar ante los Anficiones<sup>88</sup> graves acciones judiciales contra los lacedemonios por la captura de la Cadmea<sup>89</sup>, lograron contra ellos una [3] multa de mucho dinero; y los focenses que habían cultivado gran extensión del territorio sagrado de la llamada Cirra<sup>90</sup> comparecieron ante los Anficiones y fueron condenados a pagar muchos talentos. Al no pagar las deudas, los hieromnémones de los Anficiones denunciaban a los focenses y reclamaban al Consejo que, si no restituían los focenses el dinero al dios, fuera consagrada la tierra de los que le habían despojado. Igualmente afirmaron que los demás condenados debían pagar las deudas, entre los que se encontraban los lacedemonios; y en el caso de que no obedecieran, incurrirían en el odio común de los [4] griegos por su maldad. Cuando los griegos ratificaron conjuntamente las decisiones de los Anficiones y el territorio de los focenses estaba a punto de ser consagrado, Filomelo, que tenía una enorme reputación entre los focenses, habló a sus compatriotas, explicando que no podían pagar el dinero debido a la magnitud de la multa, y que permitir que el territorio fuera consagrado no sólo era una cobardía, sino que llevaba aparejado el [5] peligro debido a la ruina para todos de su medio de vida. Se esforzaba también en demostrar que

las sentencias de los Anficiones se manifestaban enormemente injustas; pues se habían puesto enormes multas por una pequeñísima tierra cultivada. En consecuencia, les aconsejaba que considerasen nulas las multas y declaraba que los focenses tenían grandes motivos contra los Anficiones; pues en el pasado ellos habían tenido el poder y el gobierno del oráculo. Y presentaba como testigo al más antiguo y más grande de los poetas, a Homero, cuando decía:

*Al frente de los focenses iban Esquedio y Epístrofo,  
que poseían Cipariso y la pedregosa Pitón.*<sup>91</sup>

Por eso afirmó que había que disputar sobre el gobierno del oráculo, porque pertenecía a los focenses como herencia de sus antepasados. Prometía que enderezaría el proyecto si le hacían general con plenos poderes y dueño de toda la empresa.

Cuando los focenses por miedo a la multa lo eligieron general [24] con plenos poderes, Filomelo intentaba con energía cumplir sus promesas. Primero fue a Esparta, donde conversó en privado con el rey de los lacedemonios, Arquidamo<sup>92</sup>, porque éste tenía un empeño común en hacer nulas las sentencias de los Anficiones; pues eran también grandes e injustas contra los lacedemonios las decisiones de los Anficiones<sup>93</sup>. Así le reveló que había decidido apoderarse de Delfos y que si llegaba a hacerse dueño del gobierno anularía las sentencias de los Anficiones. Arquidamo tras aceptar el plan afirmó que en el momento [2] actual no prestaría su ayuda abiertamente, pero que colaboraría en secreto en todo suministrando tanto dinero como mercenarios. Filomelo, después de haber recibido de él quince talentos<sup>94</sup> y haber añadido por su parte una cantidad no menor, contrató mercenarios extranjeros y seleccionó a mil focenses, a los que [3] llamó peltastas<sup>95</sup>. Y una vez que reunió una multitud de soldados y se apoderó del oráculo, mató a los llamados Tracidas<sup>96</sup> de Delfos que se le oponían y confiscó sus haciendas; al ver a los demás aterrorizados, los animaba a tener confianza porque ningún [4] daño les sobrevendría. Al propagarse la noticia de la captura del santuario, los locros, que vivían cerca, en seguida marcharon contra Filomelo. Entablada la batalla cerca de Delfos, los locros fueron derrotados y, tras perder muchos soldados, huyeron a su territorio<sup>97</sup>; Filomelo, lleno de soberbia por la victoria, [5] borró de las estelas las sentencias de los Anficiones, suprimió las letras de las condenas<sup>98</sup>, y personalmente divulgó el rumor de que ni tenía decidido saquear el oráculo ni planeaba ejecutar acción ilegal alguna, pero que, al discutir acerca del gobierno que venía de los ancestros y anular las injustas sentencias de los Anficiones, su intención era prestar ayuda a las leyes patrias de los focenses.

[25] Los beocios, reunidos en asamblea, votaron ayudar al oráculo e inmediatamente enviaron soldados. Mientras estas cosas ocurrían, Filomelo rodeó con un muro el

santuario y reunió muchos mercenarios cuando aumentó los salarios y los hizo vez y media mayores, y una vez que eligió a los mejores focenses los alistó y rápidamente acumuló una fuerza considerable; pues con no menos de cinco mil soldados se colocó delante como defensa de Delfos, y era ya temible para quienes quisieran guerrear contra él. Más tarde, después de haber liderado una expedición [2] contra la tierra de los locros y asolado mucho territorio enemigo, acampó cerca de un río que fluía junto a una ciudadela fortificada. Contra ella hizo ataques, pero al no poder conquistarla levantó el asedio, y cuando trabó combate con los locros perdió veinte soldados y como no fue capaz de hacerse con sus muertos, solicitó a través de un heraldo la retirada de los cadáveres. Los locros no consentían esta retirada y contestaron que entre todos los griegos era ley común dejar insepultos a los saqueadores de templos. Filomelo, llevando a mal lo sucedido, [3] entabló combate con los locros y, tras emplear toda su energía, mató a algunos enemigos, se apoderó de sus cuerpos y obligó a los locros a hacer un intercambio de cadáveres. Como era dueño del campo y había saqueado mucho territorio de la Lócride regresó a Delfos, después de haber llenado a sus soldados de botín. Tras eso, como quería consultar al oráculo sobre la guerra, obligó a la Pitia a que se subiera al trípode para dar la respuesta del oráculo.

Ya que mencioné el trípode, creo que no es inoportuno contar [26] la antigua historia transmitida sobre él<sup>99</sup>. Se dice, en efecto, que unas cabras descubrieron el antiguo oráculo; a causa de ello los delfios cuando consultan al oráculo ofrecen sobre todo cabras [2] hasta hoy en día. Dicen que la manera en la que se descubrió fue la siguiente. Hay una sima en ese lugar en el que ahora está el llamado «*adyton*»<sup>100</sup> del santuario, y las cabras se amontonaban alrededor de ella porque aún no había sido fundado Delfos, y siempre la que se acercaba a la sima, tras asomarse a ella, daba un brinco de manera extraña y lanzaba un balido diferente [3] al que antes solía emitir. Al que cuidaba las cabras le maravilló aquel hecho singular, y cuando se acercó a la sima y miró desde arriba le sucedió lo mismo que a las cabras; aquéllas hacían lo mismo que los inspirados por la divinidad, y él predecía lo que iba a ocurrir en el futuro. Tras eso, cuando se divulgó el rumor entre los habitantes sobre lo que sucedía a quienes se acercaban a la sima, muchos más iban al lugar y, debido al extraño suceso, de todos los que probaban siempre resultaban inspirados por la divinidad aquellos que se acercaban. Por estos motivos, el oráculo se consideró un prodigio y quedó establecido [4] que el lugar del oráculo era de la Tierra<sup>101</sup>. Y durante un tiempo los que querían profetizar, acercándose a la sima hacían las profecías entre ellos; pero luego, como muchos saltaban a la sima por la posesión divina y todos desaparecían, pareció mejor a los que vivían en el lugar, para que nadie corriera peligro, poner como profetisa a una sola mujer y que a través de ella se produjera la respuesta del oráculo. Y para ella se preparó un dispositivo en el que, subiéndose, fuese inspirada por la divinidad [5] con seguridad y profetizase a los que lo

desearan. Y el dispositivo tenía tres bases y por eso fue llamado trípode. Y casi todos los trípodes de bronce que se construyen todavía ahora son copias exactas de ese objeto. Creo que he expuesto suficientemente de qué manera se descubrió el oráculo y por qué motivos se construyó el trípode. Se cuenta que antiguamente [6] daban los oráculos las vírgenes, debido a lo puro de su naturaleza y a su parentesco con Ártemis; pues eran adecuadas para guardar los secretos de las revelaciones del oráculo<sup>102</sup>. En tiempos más recientes, sin embargo, cuentan que el tesalio Equécrates<sup>103</sup>, cuando llegó al lugar del oráculo y vio a la virgen que pronunciaba los oráculos, se enamoró de ella por su belleza, y tras raptarla, la violó; y que los delfios por la desgracia ocurrida establecieron que, para el futuro, nunca una virgen pronunciara un oráculo, sino que lo hiciera una mujer mayor de cincuenta años; pero que se arreglara con un vestido virginal, como recuerdo de la antigua profetisa.

Esto es lo que se cuenta sobre el descubrimiento del oráculo, y ahora volveremos a las acciones de Filomelo.

Al dominar Filomelo el oráculo ordenó a la Pítia que hiciera [27] la adivinación desde el trípode según las costumbres ancestrales. Pero cuando ella respondió que ésas no eran las costumbres ancestrales<sup>104</sup>, la amenazó violentamente y la obligó a que subiera sobre el trípode. Al decir ella con franqueza ante la superioridad del que usaba la violencia que podía hacer lo que quisiera, de buena gana él aceptó lo dicho y declaró que tenía el oráculo que le convenía. De inmediato hizo escribir el oráculo, lo puso a la vista de todos y dejó patente que el dios le daba licencia [2] para hacer lo que quisiera. Después de haber reunido a la asamblea, revelar a la multitud el oráculo y animarlos a ser valerosos, se volvió a las acciones militares. Le llegó, sin embargo, una señal en el templo de Apolo: un águila que sobrevolaba el templo del dios, cayó dando vueltas al suelo y cazó las palomas criadas en el templo, arrancando algunas de ellas de los altares<sup>105</sup>. Los que se ocupaban de estas cosas afirmaron que el presagio señalaba a Filomelo y a los focenses para dominar los [3] asuntos de Delfos. Lleno de soberbia por esto eligió a los más convenientes de sus amigos para las embajadas y envió a unos a Atenas, a otros a Lacedemonia, y a otros a Tebas<sup>106</sup>; e igualmente los despachó a las demás ciudades más señaladas de Grecia, alegando en su defensa que se había apoderado de Delfos no porque aspirara con astucia a las riquezas sagradas sino para discutir el gobierno del santuario; porque ese gobierno estaba declarado en los tiempos antiguos como algo propio de los focenses. [4] Dijo que devolvería el monto de las riquezas a todos los griegos y que, en cuanto al peso y número de las ofrendas, estaba dispuesto a pasar un examen ante los que quisieran. Y pedía que nadie por enemistad o envidia hiciera la guerra a los focenses y que mejor se aliaran con él, y, de no ser así, que se mantuvieran [5] tranquilos. Cuando los embajadores cumplieron lo ordenado, los atenienses, lacedemonios y algunos otros se aliaron con él y prometieron ayudar, pero los beocios,



locros, y algunos otros votaron lo contrario a éstos y levantaron la guerra contra los focenses en defensa del dios<sup>107</sup>.

Tales fueron los sucesos en ese año.

Cuando Diotimo era arconte en Atenas, los romanos eligieron [28] cónsules a Cayo Marcio y a Gneo Manlio<sup>108</sup>. En ese año Filomelo, previendo la magnitud de la guerra, reunía un gran número de mercenarios y elegía para la campaña a los focenses útiles<sup>109</sup>. Y como la guerra requería dinero se abstuvo de las [2] ofrendas sagradas, pero consiguió de los delfios que sobresalían por su prosperidad y riqueza una gran cantidad de dinero suficiente para los sueldos de los mercenarios. Organizó así una fuerza considerable, la condujo a campo abierto y era evidente que estaba dispuesto a luchar contra los que fueran hostiles a los focenses. Cuando los locros marcharon contra él, se libró [3] una batalla cerca de las rocas llamadas Fedriades, en la que Filomelo venció, mató a muchos enemigos, apresó a no pocos y a algunos los obligó a precipitarse desde la roca. Tras esta batalla los focenses se exaltaron en su orgullo por el éxito, mientras que los locros, humillados, enviaron embajadores a Tebas pidiendo a los beocios que acudieran en su ayuda y en la del dios. [4] Y los beocios por su piedad hacia los dioses y por lo que les convenía que las sentencias de los Anficiones fueran firmes, enviaron a su vez embajadas a los tesalios y a los demás Anficiones solicitando que hicieran la guerra conjuntamente a los focenses. Cuando los Anficiones votaron la guerra contra los focenses, hubo una enorme inquietud y división por toda Grecia. Pues algunos prefirieron ayudar al dios y castigar a los focenses como saqueadores de templos, y otros, en cambio, se inclinaban por la ayuda a los focenses.

[29] Dividida la elección de pueblos y ciudades, decidieron ayudar al santuario beocios, locros, tesalios y perreos, y, además de ellos, dorios y dólopes, así como atamanes, aqueos de la Ptiótide y magnetes, y también enianes y algunos otros, mientras que atenienses, lacedemonios y algunos otros peloponesios se [2] aliaban en la lucha con los focenses<sup>110</sup>. Los lacedemonios cooperaban con mucho ardor por los motivos siguientes. En la batalla de Leuctra los tebanos, después de derrotar al enemigo, presentaron una querella ante los Anficiones contra los espartiatas, porque el espartiatas Fébidas se había apoderado de la Cadmea, y los Anficiones estimaron el delito en quinientos talentos. Como los lacedemonios habían sido condenados y no pagaban la multa en el tiempo fijado por las leyes, los tebanos de nuevo presentaron una querella por el doble del delito. Al [3] condenarlos los Anficiones a mil talentos, los lacedemonios, debido a la magnitud de la deuda, hacían unas declaraciones similares a las de los focenses, diciendo que habían sido condenados [4] injustamente por los Anficiones. Por eso, aunque era común lo que soportaban, los lacedemonios vacilaban en emprender con motivo de la condena una guerra por su cuenta, y consideraban más conveniente anular las sentencias de los Anficiones poniendo a los focenses como



parapeto. Por estas razones estaban muy resueltos a ser aliados de guerra de los focenses y los ayudaban a establecer el gobierno del santuario.

Cuando fue evidente que los beocios iban a marchar con un [30] gran ejército contra los focenses, Filomelo decidió reunir a un gran número de mercenarios. Como la guerra necesitaba más dinero, se vio obligado a poner sus manos sobre las ofrendas sagradas y a saquear el oráculo<sup>111</sup>. Habiendo prometido salarios una vez y media mayor a los mercenarios<sup>112</sup>, pronto reunió a un gran número de ellos, y los más se alistaron a la expedición militar por la enormidad de las pagas. Por lo tanto, ningún hombre [2] virtuoso se inscribió en la expedición por su piedad hacia los dioses, al contrario, los más viles y quienes por su codicia menospreciaban a los dioses corrían ansiosamente hacia Filomelo, y pronto se juntó una fuerza poderosa de los que estaban dispuestos al saqueo del santuario. Así, Filomelo, gracias a la abundancia [3] de recursos, dispuso con rapidez de una fuerza importante. Al punto marchó al territorio de los locros con más de diez mil soldados de caballería e infantería. Cuando los locros y los beocios que habían venido en su ayuda les hicieron frente, se disputó un combate de caballería en el que los focenses fueron superiores. Tras eso los tesalios, que con los aliados de los pueblos vecinos [4] reunieron hasta seis mil, llegaron a la Lócride y, habiendo trabado batalla con los focenses en torno a una colina llamada Argolas, resultaron vencidos. Cuando los beocios aparecieron con trece mil hombres y los aqueos del Peloponeso llegaron a apoyar a los focenses con mil quinientos, los ejércitos acamparon uno frente al otro, ambos concentrados en un mismo lugar.

Después de esto los beocios, que habían apresado a no pocos [31] mercenarios cuando estaban buscando forraje, tras llevarlos ante la ciudad proclamaron que los Anfictions condenaban a muerte a esos hombres que fueron a la guerra con los saqueadores de templos; y de inmediato, acompañando las palabras con [2] los hechos, mataron a todos a flechazos. Irritados por esto, los mercenarios que estaban con los focenses pedían a Filomelo que aplicara los mismos castigos a los enemigos, y manifestando la mayor rivalidad, a muchos que apresaron cuando andaban perdidos por el territorio los llevaron ante los enemigos, y a todos ellos Filomelo los mató a flechazos. Mediante este castigo lograron que los contrarios renunciaran a su exagerada y terrible [3] venganza. Después de estos hechos, al irrumpir los ejércitos en otra región y marchar a través de lugares densamente arbolados y ásperos, repentinamente las vanguardias del ejército se mezclaron entre sí. Se produjo un encuentro que se convirtió en dura batalla, y los beocios, que eran muy superiores en [4] número, vencieron a los focenses<sup>113</sup>. Al huir por un lugar abrupto y de difícil salida, muchos focenses y mercenarios fueron muertos. Filomelo, después de haber luchado valientemente y sufrido muchas heridas, quedó encerrado en un lugar escarpado; como no tenía salida y temía al maltrato tras su captura, se despeñó y acabó su vida tras pagar de esta manera su castigo a [5] la

divinidad. Onomarco, su colega en el generalato, le sucedió en el mando y, retirándose con la fuerza superviviente, recogió a los que regresaban de la huida.

[6] Al mismo tiempo que pasaban estas cosas, Filippo, rey de los macedonios, después de tomar por asalto Metone<sup>114</sup> y saquearla, la arrasó, y habiendo sometido Págasas<sup>115</sup>, la obligó a someterse. En el Ponto murió Leucón, el rey del Bósforo, después de gobernar durante cuarenta años, y el que le sucedió en el trono, su hijo Espartaco, reinó durante cinco años<sup>116</sup>. Estalló una guerra [7] entre los romanos y los faliscos y nada grande ni digno de mención ocurrió; pero se producían incursiones y saqueos del territorio de los faliscos<sup>117</sup>. En Sicilia, al morir asesinado el general Dión a manos de unos mercenarios de Zacinto, recibió el mando Calipo, que los había contratado para el asesinato, y gobernó durante trece meses<sup>118</sup>.

Cuando Tudemo era arconte en Atenas, los romanos eligieron [32] cónsules a Marco Poplio y a Marco Fabio<sup>119</sup>. En este año, los beocios que habían vencido a los focenses, tras considerar que Filomelo, el mayor responsable del saqueo del templo, castigado por dioses y hombres, disuadiría a los demás de la misma [2] maldad, volvieron a casa. Y los focenses, liberados de la guerra, por el momento regresaron a Delfos y reunidos allí con sus aliados en una asamblea común deliberaban sobre la guerra. Los más moderados se inclinaban hacia la paz, pero los impíos, continuando con su atrevimiento y violencia, pensaban lo contrario y miraban a su alrededor buscando al que estuviera de acuerdo [3] con sus propias injusticias. Y Onomarco, tras exponer un discurso bien meditado en favor de cumplir su resolución inicial, empujó a la masa hacia la guerra, pensando no tanto en la conveniencia común que en preferir su interés particular, pues había sido condenado con muchas y grandes penas por los Anficiones, al igual que los demás, y no había pagado las deudas. Por eso, al ver que para él la guerra era más conveniente que la paz, lógicamente estimuló a los focenses y a sus aliados a cumplir el [4] proyecto de Filomelo. Después de haber sido elegido general con plenos poderes, aumentaba la masa de mercenarios, y, tras rellenar los puestos de los muertos e incrementar su ejército con la multitud de mercenarios contratados, hacía grandes preparativos de aliados y de las demás cosas útiles para la guerra.

[33] Le animó mucho a esta empresa un sueño que daba una imagen de gran engrandecimiento y fama. Porque en el sueño dio la impresión de que la enorme estatua de bronce que consagraron los Anficiones en el templo de Apolo era remodelada en altura por sus propias manos y que la hacía mucho más grande<sup>120</sup>. Supuso, en consecuencia, que se indicaba por parte de los dioses que él tendría un aumento de gloria por su propio cargo de general. Pero en realidad no era así, sino que indicaba lo contrario: porque el que los Anficiones hicieran la consagración a partir de la multa, cuando los focenses ultrajaron el santuario y por ello fueron castigados, indicaba que el castigo de los focenses había tomado un incremento con las manos de Onomarco; y eso

fue lo que ocurrió. Onomarco, tras ser elegido [2] general con plenos poderes, preparó una gran cantidad de armas de bronce y hierro, acuñó moneda de plata y oro y la repartía a las ciudades aliadas y, sobre todo, sobornaba a los gobernantes. Corrompió también a muchos enemigos, a unos convenciéndolos a que fueran aliados, y a otros, pidiéndoles que estuvieran tranquilos. Todo lo lograba con facilidad por la avaricia del ser [3] humano. Pues incluso a los tesalios, que tenían el mayor prestigio entre los aliados, los convenció sobornándolos para que estuvieran en paz<sup>121</sup>. Y a los focenses que le eran contrarios los detenía, mataba y confiscaba sus bienes. Una vez que invadió el territorio enemigo, tras conquistar por asedio Tronio, esclavizó a sus habitantes, aterrorizó a los de Anfisa y los forzó a someterse. Saqueó las ciudades dorias y devastó su territorio. Invadió [4] Beocia, capturó Orcómeno, y cuando intentó sitiar Queronea y fue vencido por los tebanos, regresó a casa<sup>122</sup>.

Mientras esto sucedía, Artabazo, el que había desertado del [34] rey, luchaba contra los sátrapas enviados por el rey a la guerra. Al principio, cuando el general ateniense Cares colaboraba en el combate con él, Artabazo resistía con decisión a los sátrapas, pero cuando aquél marchó y se quedó solo<sup>123</sup>, persuadió a los tebanos a que le enviaran una fuerza auxiliar. Ellos eligieron como general a Pamenes, le dieron cinco mil soldados, y lo [2] mandaron a Asia. Pamenes ayudó a Artabazo, y, al derrotar a los sátrapas en dos grandes batallas, ganó gran gloria para él y para los beocios. Pareció algo sorprendente el que los beocios, después de que los tesalios los hubieran abandonado, y cuando la guerra focense les echaba encima enormes riesgos, despacharan a Asia fuerzas ultramarinas y que fueran muy superiores en los peligros<sup>124</sup>.

[3] Al mismo tiempo que se producían estos hechos, estalló la guerra entre los argivos y los lacedemonios, y en una batalla que tuvo lugar cerca de la ciudad de Orneas vencieron los lacedemonios, y después de haber capturado Orneas, regresaron a Esparta. El general ateniense Cares zarpó hacia el Helesponto, capturó la ciudad de Sesto, degolló a los jóvenes en edad militar [4] y esclavizó a los demás. Y cuando Cersobleptes, hijo de Cotis, a causa de su hostilidad hacia Filipo y su amistad con los atenienses, entregó a los atenienses las ciudades del Quersoneso, excepto Cardia, el pueblo envió colonos a las ciudades<sup>125</sup>. Filipo, al ver que los metoneos ofrecían su ciudad como base de operaciones para los enemigos de él, organizó el asedio. Y durante [5] un tiempo los metoneos resistieron, pero después, vencidos, fueron obligados a entregar la ciudad al rey, de forma que los ciudadanos se fueron de Metone llevando cada uno un solo vestido. Filipo destruyó la ciudad y repartió el territorio entre los macedonios. En este asedio ocurrió que Filipo, golpeado en un ojo por una flecha, perdió la visión de ese ojo<sup>126</sup>.

Después de esto Filipo, llamado por los tesalios, llegó a Tesalia [35] con su ejército, y al principio guerreó contra Licofrón, tirano de Feras, en apoyo de los tesalios; pero más

tarde, cuando Licofrón mandó llamar una fuerza auxiliar de los focenses, Faílo, el hermano de Onomarco, fue enviado con siete mil hombres. Pero Filipo derrotó a los focenses y los expulsó de Tesalia. Entonces Onomarco, tras reunir toda su fuerza, y pensando [2] que se haría dueño de toda Tesalia, acudió rápidamente en auxilio de Licofrón. Y al ponerse en orden de batalla Filipo con los tesalios contra los focenses, Onomarco, aventajándolo por su superioridad numérica, lo derrotó en dos batallas y mató a muchos macedonios<sup>127</sup>. Filipo, reducido a extremo peligro, y abandonándolo sus soldados por el desánimo, espoleó a la mayoría y logró con dificultad que le obedecieran. Tras eso Filipo [3] se retiró a Macedonia, y Onomarco, atacando Beocia, derrotó a los beocios en una batalla y tomó la ciudad de Coronea. En Tesalia, sin embargo, Filipo, llegado en seguida desde Macedonia con su ejército, guerreó contra Licofrón, tirano de Feras. [4] Licofrón, sin embargo, al no ser rival en la lucha, pidió una fuerza auxiliar a los focenses, prometiéndoles que organizaría con ellos los asuntos de Tesalia. Por eso, cuando acudió a toda prisa Onomarco en su ayuda con veinte mil infantes y quinientos jinetes, Filipo persuadió a los tesalios a preparar la guerra en común y reunió a todos los infantes, más de veinte mil, y a tres [5] mil jinetes<sup>128</sup>. Se produjo un feroz combate y al ser superiores los jinetes tesalios en número y valor, Filipo venció. Como los de Onomarco habían huido hacia el mar y casualmente el ateniense Cares navegaba costeando con muchas trirremes, se produjo una gran masacre de focenses; porque los que huían tiraban la armadura y se salvaban a nado hacia las trirremes, y entre [6] ellos estaba el mismo Onomarco. Al final murieron más de seis mil focenses y mercenarios, entre ellos el propio general, y no menos de tres mil fueron capturados<sup>129</sup>. Filipo colgó a Onomarco, y los demás fueron arrojados al mar como ladrones de templos.

[36] Tras la muerte de Onomarco, su hermano Faílo le sucedió en el mando de los focenses. Él, enderezando el desastre producido, reunía una multitud de mercenarios, doblando los salarios habituales, y solicitó ayuda a los aliados. Preparaba también gran cantidad de armas y acuñó monedas de oro y plata. Por [2] esta misma época, Mausolo, tirano de Caria, murió después de gobernar veinticuatro años, y Artemisa, su hermana y esposa, le sucedió en el trono y reinó durante dos años<sup>130</sup>. Clearco, el tirano [3] de Heraclea, fue asesinado durante las fiestas de Dioniso cuando se dirigía a presenciar el espectáculo, después de haber gobernado doce años, y su hijo Timoteo le sucedió en el trono y gobernó durante quince años<sup>131</sup>. Los etruscos, continuando su [4] guerra contra los romanos, saquearon gran parte del territorio enemigo y después de hacer correrías hasta el Tíber regresaron a su país<sup>132</sup>. En Siracusa se produjo una revuelta de los amigos [5] de Dión contra Calipo y al ser vencidos los amigos de Dión huyeron a Leontinos; después de un tiempo, Hiparino, el hijo de Dionisio<sup>133</sup>, desembarcó en Siracusa con una fuerza militar, Calipo fue derrotado y se le expulsó de la ciudad, e Hiparino, tras

recuperar el reino paterno, gobernó durante dos años<sup>134</sup>.

[37] Cuando Aristodemo era arconte en Atenas, los romanos eligieron cónsules a Gayo Sulpicio y a Marco Valerio, y se celebró la Olimpiada centésima séptima, en la que Micrinas de Tarento ganó la carrera del estadio<sup>135</sup>. En estos momentos Faílo, el general de los focenses después de la muerte y la derrota de su hermano, intentó recuperar los asuntos de los focenses, humillados [2] por la derrota y la masacre de sus soldados. Al tener una cantidad inagotable de dinero, reunió a muchos mercenarios, y persuadió a no pocos aliados a reemprender con ellos la guerra<sup>136</sup>. Al servirse libremente de la abundancia de dinero, no sólo tuvo a muchos particulares como entusiastas compañeros de milicia, sino que también atrajo a las ciudades más ilustres a [3] una acción común. Los lacedemonios le enviaron un millar de soldados, los aqueos, dos mil, y los atenienses, cinco mil infantes y cuatrocientos jinetes, de los que era general Nausicles<sup>137</sup>. Los tiranos de Feras, Licofrón y Pitolao, que tras la muerte de Onomarco estaban privados de aliados, entregaron Feras a Filipo, y ellos, al estar bajo tregua, reunieron a sus mercenarios, que eran dos mil, y, tras huir con éstos junto a Faílo, se unieron [4] a los focenses como aliados. Ayudaron a los focenses no pocas de las ciudades menores por la abundancia de dinero que se había distribuido; porque el oro, al excitar las ambiciones de los hombres, obligó a desertar por el provecho de la ganancia. Así, [5] Faílo con su ejército llevó a la campaña a Beocia, y, derrotado cerca de la ciudad de Orcómeno, perdió un gran número de soldados. Más tarde, en otra batalla que tuvo lugar junto al río Cefiso<sup>138</sup>, los beocios volvieron a vencer y mataron a más de quinientos enemigos e hicieron prisioneros a no menos de cuatrocientos. Unos días más tarde, en una batalla que tuvo lugar [6] cerca de Coronea, vencieron los beocios, mataron a cincuenta focenses, y apresaron a ciento treinta.

Ahora que hemos contado los asuntos de los beocios y focenses, volveremos a Filipo.

Filipo, después de vencer a Onomarco en una batalla notable, [38] derribó la tiranía en Feras, y, tras devolver la libertad a la ciudad y resolver todos los demás asuntos en Tesalia, avanzó hacia las Termópilas, para combatir a los focenses. Pero como [2] los atenienses le impidieron atravesar los pasos, volvió a Macedonia, después de haber ampliado su reino no sólo por sus hazañas, sino también por su piedad hacia el dios<sup>139</sup>. Faílo hizo [3] una campaña contra los locros llamados epicnemidios, conquistó todas las demás ciudades, salvo una llamada Nárix<sup>140</sup>, que había tomado a traición por la noche pero de la que fue expulsado de nuevo y perdió no menos de doscientos soldados. Más tarde cuando estaba acampado cerca de un lugar llamado [4] Abas<sup>141</sup>, los beocios atacaron a los focenses por la noche y mataron a no pocos de ellos; ensoberbecidos por el éxito, pasaron a territorio focense, y, tras arrasar gran parte del mismo, [5] reunieron

gran cantidad de botín. Al avanzar ellos tierra adentro y auxiliar a la asediada ciudad de los nariceos, Faílo apareció de repente, puso en fuga a los beocios, y tras tomar [6] la ciudad por asalto, la saqueó y arrasó. Pero él, tras caer en una enfermedad mortal, y encontrarse débil durante mucho tiempo, acabó su vida penosamente y como correspondía a su impiedad<sup>142</sup>, dejando como general de los focenses a Faleco, hijo del Onomarco que había encendido la Guerra Sagrada<sup>143</sup>, un joven apenas salido de la niñez; colocó a su lado como tutor y también como general a Mnaseas, uno de sus propios [7] amigos<sup>144</sup>. Después de esto, los beocios atacaron por la noche a los focenses y mataron a su general Mnaseas y a doscientos soldados. Un poco más tarde ocurrió un combate de caballería cerca de Queronea, Faleco fue derrotado y perdió no pocos de sus jinetes.

[39] Mientras estas cosas ocurrían, también en el Peloponeso hubo disturbios y desórdenes por las siguientes razones. Los lacedemonios, que tenían diferencias con los megalopolitas<sup>145</sup>, invadieron su país con Arquidamo al mando; y los megalopolitas, indignados por sus actos, como no eran capaces de combatir por sí mismos, hicieron venir en su ayuda a los aliados<sup>146</sup>. Así, los argivos, sicionios y mesenios en masa acudieron en su [2] ayuda con rapidez, y los tebanos enviaron cuatro mil infantes y quinientos jinetes y pusieron al frente como general a Cefisión. Los megalopolitanos, tras salir en campaña con sus aliados, [3] acamparon junto a las fuentes del río Alfeo; mientras los lacedemonios recibieron de los focenses tres mil soldados de infantería, y ciento cincuenta de caballería de Licofrón y Pitolao, los que habían sido expulsados de la tiranía de Feras; y, después de reunir una fuerza capaz de combatir, acamparon en torno a Mantinea. Tras eso, llegando sobre la ciudad argiva de Orneas<sup>147</sup>, [4] se apresuraron a tomarla por asedio antes de la aparición de los enemigos, porque era aliada de los megalopolitanos. Cuando los argivos se lanzaron contra ellos y se trabaron en combate, vencieron y mataron a más de doscientos. Pero al aparecer [5] los tebanos, que los doblaban en número, aunque eran inferiores en disciplina, se disputó una dura batalla; y como la victoria quedó indecisa, los argivos y sus aliados se retiraron a sus propias ciudades, mientras que los lacedemonios, después de invadir Arcadia y tomar por asalto la ciudad de Helisonte<sup>148</sup> y saquearla, regresaron a Esparta. Algún tiempo después los [6] tebanos con sus aliados vencieron a los enemigos cerca de Telpusa<sup>149</sup> y después de matar a muchos tomaron cautivo a Anaxandro, que los mandaba, y de los demás a más de sesenta. Poco tiempo después se impusieron en otras dos batallas y abatieron [7] a no pocos de sus contrarios. Por último, cuando los lacedemonios resultaron vencedores en una importante batalla, unos y otros se retiraron a sus propias ciudades. Luego, tras hacer los lacedemonios un armisticio con los megalopolitanos, los tebanos [8] volvieron a Beocia. Pero Faleco, que permanecía en Beocia, se apoderó de Queronea y una vez que



los tebanos fueron en su ayuda, fue expulsado de esa ciudad<sup>150</sup>. Después, los beocios que invadieron la Fócide con un gran ejército, saquearon la mayor parte de ella y devastaron las propiedades en todo el territorio; capturaron también algunas de las pequeñas ciudades y, tras reunir un gran botín, volvieron a Beocia.

[40] Cuando Teelo era arconte en Atenas, los romanos eligieron cónsules a Marco Fabio y a Tito Quincio<sup>151</sup>. En este año, los tebanos, cansados de la guerra contra los focenses y apurados de dinero, enviaron embajadores al rey de los persas instándole a suministrar [2] en abundancia dinero a la ciudad. Artajerjes, accediendo bien dispuesto a la petición, les regaló trescientos talentos de plata<sup>152</sup>. Entre beocios y focenses se produjeron escaramuzas e incursiones en sus territorios, pero en este año no se ejecutaron acciones dignas de mención. En Asia el rey de los persas, que en los tiempos [3] anteriores había hecho una expedición contra Egipto con enorme cantidad de soldados, y fracasó, en el momento presente de nuevo hizo la guerra a los egipcios y tras ejecutar gracias a su propia actividad acciones memorables recobró Egipto, Fenicia y Chipre. Para aclarar la historia de estos sucesos expondremos [4] previamente las causas de la guerra, tras recordar un poco los momentos apropiados<sup>153</sup>. Cuando los egipcios se separaron de los persas en el período anterior, Artajerjes, el llamado Oco, como no era amante de la guerra, permaneció inactivo, y aunque envió muchas veces fuerzas y generales, fracasó por la cobardía e inexperiencia de los jefes. Por eso también, despreciado por los [5] egipcios, se vio obligado a aguantar por la pereza y lo pacífico de su manera de ser. Pero en los momentos actuales, una vez que los fenicios y los reyes de Chipre imitaron a los egipcios y por desprecio se lanzaron a la revuelta, se enfureció y decidió hacer la guerra a los rebeldes. En consecuencia rechazó el enviar generales, [6] y decidió combatir por sí mismo en defensa de su reino. Por ello, tras hacer grandes preparativos de armas, proyectiles, provisiones y fuerzas, reunió trescientos mil infantes, treinta mil jinetes, trescientos trirremes y quinientos buques mercantes y otras naves para llevar los suministros.

[41] Empezó también a luchar contra los fenicios por los siguientes motivos. En Fenicia hay una ciudad importante llamada Trípoli, que tiene una denominación apropiada a su naturaleza; pues hay en ella tres ciudades, distanciadas un estadio entre sí; y se llaman la de los aradios, la de los sidonios, y la de los tirios. Esta ciudad tiene la máxima reputación entre las ciudades de Fenicia, y ocurría que en ella los fenicios tenían su asamblea y deliberaban sobre los asuntos más importantes. [2] Pero los sátrapas y generales que vivían en la ciudad de los sidonios se comportaban en las órdenes de los asuntos públicos de manera insolente y soberbia con los sidonios, y los maltratados, llevando muy a mal la ofensa, decidieron rebelarse contra [3] los persas. Y cuando convencieron a los demás fenicios a defender su independencia, enviaron embajadas al rey de los egipcios, Nectanebo<sup>154</sup>, que era enemigo de los persas, y después de



convencerlo para que los acogiese como aliados comenzaban a [4] hacer los preparativos para la guerra. Al ser Sidón sobresaliente por su riqueza y haber obtenido los simples ciudadanos grandes fortunas por el comercio, equiparon rápidamente muchas trirremes y se reunió una gran masa de mercenarios, y, además, se preparó en breve tiempo armas, proyectiles, víveres y todo [5] cuanto es útil para la guerra. Comenzaron las hostilidades destruyendo, tras cortar los árboles, el jardín real en el que los reyes persas solían recrearse; después quemaron el forraje para los caballos acumulado por los sátrapas con vistas a la guerra, y, por último, arrestando a los persas que habían realizado las [6] ofensas, se vengaron. Éste fue el comienzo que tomó la guerra contra los fenicios, y Artajerjes, cuando supo a lo que se habían atrevido, amenazaba a todos los fenicios rebeldes y, sobre todo, a los sidonios.

En Babilonia, el rey, después de reunir a sus fuerzas de infantería [42] y de caballería, inmediatamente asumió el mando y avanzó contra los fenicios. Mientras estaba en camino, Belesis, el sátrapa de Siria, y Maceo, el gobernador de Cilicia<sup>155</sup>, se reunieron y comenzaban a guerrear contra los fenicios. Tenes, el [2] rey de Sidón, recibió de los egipcios cuatro mil soldados griegos mercenarios cuyo general era Mentor de Rodas<sup>156</sup>. Con estos y con los soldados de la ciudad se lanzó contra los sátrapas antes mencionados, los derrotó y expulsó a los enemigos de Fenicia.

Mientras esto sucedía, también estalló una guerra en Chipre, [3] que tiene unos hechos enlazados con la guerra que se está estudiando. Porque en esta isla había nueve ciudades importantes, y [4] bajo ellas estaban situadas pequeñas poblaciones que pertenecían a las nueve ciudades. En cada una de ellas había un rey que gobernaba la ciudad, sometido al rey de los persas. Todos éstos [5] tuvieron la misma idea e imitando a los egipcios se rebelaron, y, tras prepararse para la guerra, hicieron independientes sus reinos particulares. Furioso por esto, Artajerjes escribió a Idrieo, [6] monarca de Caria, que acababa de tomar el poder<sup>157</sup> y era amigo y aliado de los persas por herencia de sus antepasados, que reuniera una fuerza de infantería y una flota para llevar a cabo una [7] guerra contra los reyes de Chipre. Idrieo, después de preparar de inmediato cuarenta trirremes y ocho mil soldados mercenarios, los envió a Chipre, poniendo al frente como generales al ateniense Foción y a Evágoras<sup>158</sup>, el que en tiempos anteriores [8] había sido rey en la isla. Ellos, por lo tanto, navegaron al punto hacia Chipre, y condujeron su fuerza contra Salamina, la más importante de las ciudades. Cuando pusieron una empalizada y fortificaron el campamento, comenzaron a sitiar a los salaminios simultáneamente por tierra y por mar. Como toda la isla había gozado de paz durante mucho tiempo y el territorio era rico, los soldados, que dominaban el campo abierto, acumularon [9] mucho botín. Y al haberse propagado el rumor de su abundancia, muchos soldados de la región opuesta de Siria y Cilicia afluyeron voluntariamente con la esperanza de sacar provecho. Finalmente, al haberse duplicado el ejército de Evágoras y

Foción, los reyes de Chipre cayeron en la angustia y en mucho miedo.

Tal era la situación en Chipre.

[43] Tras eso, el rey de los persas, que había levantado el campo desde Babilonia, marchó con su ejército contra Fenicia. El gobernante de Sidón, Tenes, al enterarse de la magnitud del ejército persa y creyendo que los rebeldes no serían capaces de [2] combatir, decidió conseguir la salvación por su cuenta. Por eso, a escondidas de los sidonios, despachó a Tetalión, el más fiel de sus servidores, junto a Artajerjes; le prometía entregarle Sidón y colaborar con él en la guerra contra Egipto y que le ayudaría mucho al tener experiencia en los lugares de Egipto y ser exacto conocedor de los lugares de desembarco del Nilo. El rey, al [3] escuchar a Tetalión estas cosas en detalle, se alegró muchísimo y dijo que absolvería a Tenes de las acusaciones de sedición, y que, si él hacía lo convenido, le prometía darle enormes recompensas. Pero cuando Tetalión añadió que Tenes pidió también que le estrechara la mano derecha, encolerizado el rey por eso, como si no fuera persona de confianza, entregó a Tetalión a sus servidores y ordenó que le cortaran la cabeza. Pero cuando Tetalión [4] era conducido al suplicio, sólo dijo: «Tú, rey, harás lo que quieras, y sin duda Tenes es capaz de llevar a cabo todo, pero por no haberle dado una muestra de confianza, no cumplirá lo prometido»; el rey, al oír eso, de nuevo cambió de opinión y haciendo venir a los verdugos les ordenó soltarlo, y dio su mano derecha a Tetalión; que es ésta la prueba de confianza más firme entre los persas. Tetalión regresó a Sidón y contó lo sucedido a Tenes, sin que lo supieran los sidonios

El rey persa, al considerar de gran importancia apoderarse [44] de Egipto, debido a su anterior derrota, envió embajadas a las ciudades más grandes de Grecia, pidiendo que tomaran parte en la campaña de los persas contra los egipcios. Atenienses y lacedemonios respondieron que conservarían la amistad con los persas, pero se opusieron al envío de una fuerza auxiliar. Pero los [2] tebanos, tras elegir a Lácrates como general, lo enviaron con mil hoplitas. Y los argivos enviaron tres mil hombres, pero ellos no eligieron al general, sino que al pedirles el rey, por su nombre, a Nicóstrato como general, estuvieron de acuerdo<sup>159</sup>. El hombre [3] era, por supuesto, bueno tanto en actuar como en aconsejar, pero tenía una locura mezclada con su inteligencia; porque, aventajado en la fuerza corporal, imitaba a Heracles durante las campañas, y llevaba una piel de león y una maza en las batallas<sup>160</sup>. Y [4] de manera similar a éstos, los griegos que vivían en la costa de Asia enviaron seis mil soldados, de manera que todos los griegos aliados fueron diez mil. Antes de su llegada el rey, después de haber atravesado Siria y llegado a Fenicia, acampó no lejos de [5] Sidón. Los sidonios, mientras que el rey se estaba demorando, pusieron mucho cuidado en los recursos de víveres, armas y proyectiles. Igualmente rodearon la ciudad con enormes zanjás [6] triples y construcciones de elevados muros. Tenían también una multitud de soldados ciudadanos entrenada en

ejercicios corporales y en fatigas y que era sobresaliente por el vigor y fuerza de sus cuerpos. En riqueza y en los demás recursos la ciudad aventajaba en mucho a las ciudades de Fenicia y, lo más importante, tenía más de cien trirremes y quinquerremes.

[45] Tenes, después de comunicar su traición a Mentor, el comandante de los mercenarios de Egipto, lo dejó para guardar una parte de la ciudad y colaborar con los que ejecutarían la traición, mientras que él con quinientos soldados salió de la ciudad, fingiendo que se presentaba a una asamblea común de los fenicios; y se llevó con él a los ciudadanos más ilustres, unos cien, como [2] consejeros. Cuando estaban cerca del rey, se apoderó de los cien y los entregó a Artajerjes. El rey, tras acogerlo como amigo, hizo matar a flechazos a los cien como responsables de la revuelta, y cuando quinientos de los principales sidonios se presentaron con ramos de olivo como suplicantes, llamó a Tenes y le preguntó si podía entregarle la ciudad; porque le interesaba mucho no apoderarse de Sidón mediante capitulación, ya que tras arrojar a los sidonios a inexorables sufrimientos, aterrorizaría a las demás ciudades con el castigo de éstos. Cuando Tenes [3] le aseguró que entregaría la ciudad, el rey, manteniendo una cólera inflexible, hizo matar a flechazos a los quinientos suplicantes. Luego, Tenes se acercó a los mercenarios de Egipto y los persuadió para que introdujeran dentro de las murallas a él y al rey. Así, por semejante traición Sidón quedó sometida a los persas. [4] El rey, cuando comprendió que Tenes había dejado de ser útil, lo eliminó. Pero los habitantes de Sidón, antes de la llegada del rey quemaron todas las naves para que ninguno de ellos pudiera, zarpando desde la ciudad, conseguir la salvación por su cuenta. Pero cuando vieron la ciudad y las murallas conquistadas y ocupadas por muchos miles de soldados, tras encerrarse ellos, y a sus hijos y mujeres en sus casas, les prendieron fuego. Afirman que los que perecieron por el fuego junto con sus servidores [5] fueron más de cuarenta mil. Cuando les ocurrió este desastre a los sidonios y la ciudad entera con sus habitantes desapareció bajo el fuego, el rey vendió la pira funeraria por muchos talentos, porque, a causa de la prosperidad de los habitantes, se [6] obtuvo mucha plata y también oro fundidos por el fuego. Así, los desastres que le ocurrieron a Sidón tuvieron tal desenlace, y las demás ciudades, aterrorizadas, cedieron a los persas<sup>161</sup>.

Poco antes de este momento Artemisia, la soberana de Caria, [7] falleció después de gobernar dos años, e Idrieo, su hermano, le sucedió en el mando y gobernó siete años<sup>162</sup>. En Italia, los [8] romanos hicieron un armisticio con los habitantes de Preneste y tratados con los samnitas, y mataron en el Foro a doscientos sesenta habitantes de Tarquinia, a manos del verdugo público. [9] En Sicilia, Leptines y Calipo, los siracusanos que tenían el poder, tomaron por asedio Regio, defendida por el tirano Dionisio el Joven, expulsaron a la guarnición y restablecieron a los de Regio su independencia.

[46] Cuando Apolodoro era arconte en Atenas, los romanos eligieron cónsules a Marco Valerio y a Gayo Sulpicio<sup>163</sup>. En este año, en Chipre, mientras los de Salamina

estaban siendo asediados por Evágoras y Foción, todas las demás ciudades quedaron sujetas a los persas, y Pnitágoras, el rey de Salamina<sup>164</sup>, soportó [2] solo el asedio. Evágoras recobraba su dominio hereditario sobre los salaminios y mediante el rey de los persas hacía su regreso a la realeza. Pero más tarde, al ser desacreditado ante Artajerjes y ayudar el rey a Pnitágoras, Evágoras, tras renunciar a su regreso y defenderse de las acusaciones, se consideró merecedor [3] de otro gobierno más importante en Asia. Pero como ejerció mal su cargo, huyó de nuevo a Chipre y, arrestado, pagó su castigo. Pnitágoras, sometido voluntariamente a los persas, a partir de entonces reinaba sin miedo en Salamina.

[4] El rey de los persas, tras la captura de Sidón, cuando se juntaron con él los aliados de Argos y de Tebas y de las ciudades griegas de Asia, reunió a todo su ejército y avanzó contra Egipto. [5] Al llegar al gran pantano en el que están las llamadas Báratra, perdió una parte de su ejército por el desconocimiento del lugar. Como hemos hablado antes, en el primer libro, sobre la naturaleza del pantano y la extraña desgracia de su entorno dejaremos de hablar de ello por segunda vez<sup>165</sup>. Después de haber [6] atravesado las Báratra con su ejército el rey llegó a Pelusio. Ésta es la ciudad que está en la primera desembocadura, en el lugar por el que el Nilo hace su salida al mar. Los persas acamparon a una distancia de cuarenta estadios<sup>166</sup> de Pelusio; pero los griegos, cerca de la ciudad misma. Y los egipcios, al haberles [7] dado los persas mucho tiempo para su preparación, habían tomado la iniciativa guarneciendo bien todas las desembocaduras del Nilo, sobre todo la que hay cerca de Pelusio, porque era la primera y la que estaba situada en posición más ventajosa. Protegían el lugar cinco mil soldados, y era su general el espartíata [8] Filófrono<sup>167</sup>. Los tebanos, esforzándose en aparecer como los mejores de los griegos que formaban parte de la expedición, fueron los primeros que se atrevieron a cruzar, solos y temerariamente, un canal estrecho y profundo. Cuando lo cruzaron y [9] se lanzaban contra los muros, la guarnición de Pelusio salió en tromba de la ciudad y entabló combate con los tebanos. Resultó una gran pelea por la rivalidad de ambos y, después de estar todo el día en la batalla, se separaron por la noche.

Al día siguiente, el rey dividió el ejército griego en tres [47] cuerpos, y cada parte tenía un general griego, y colocado a su lado, un oficial persa, un hombre elegido por su valor y lealtad. Así, la primera línea la ocupaban los beocios, que tenían como [2] general al tebano Lácrates y como oficial persa a Rosaces. Este último era descendiente de uno de los siete persas que derribaron a los Magos<sup>168</sup>, y sátrapa de Jonia y Lidia; le seguía un numeroso ejército bárbaro de caballería y no menos de infantería. [3] El segundo cuerpo era el de los argivos, con Nicóstrato como general y con él como colega el persa Aristazanes. Este último era introductor del rey y el más fiel de sus amigos después de Bagoas<sup>169</sup>; fueron asignados a su mando cinco mil soldados escogidos [4] y ochenta trirremes. Mandaba el tercer contingente Mentor, el que había traicionado a Sidón, con

los mercenarios que antes estaban bajo sus órdenes; compartiendo con él la campaña estaba Bagoas, en quien el rey tenía la mayor confianza, distinguido en audacia e injusticia; tenía éste a los griegos del rey y una suficiente cantidad de bárbaros y no pocas naves. [5] El mismo rey con el resto del ejército vigilaba todas las operaciones. Al ser así la distribución de fuerzas en el lado persa, el rey de los egipcios, Nectanebo, no se espantó ni por la multitud de enemigos ni por toda la disposición de los persas, aunque [6] andaba muy escaso de ejército. Pues tenía veinte mil mercenarios griegos, aproximadamente el mismo número de libios, y sesenta mil egipcios de los que entre ellos llaman «los guerreros»<sup>170</sup>, y, además de éstos, un increíble número de embarcaciones [7] fluviales adecuadas para batallas y combates en el Nilo. Estaba fortificada por él también la orilla del río que accede a Arabia, repleta de poblaciones y, toda ella, además, dividida por muros y zanjas. Aunque tenía también todos los demás equipamientos suficientes para la guerra, por su propia indecisión pronto fracasó en todos.

La causa de la derrota fue principalmente su falta de experiencia [48] en mandar un ejército y el que hubiera vencido a los persas en la expedición anterior<sup>171</sup>. Porque entonces había tenido [2] como generales a hombres brillantes y distinguidos en valor y también en sagacidad militar, Diofanto el ateniense y Lamio el espartano, y gracias a ellos tuvo éxito en todo. Ahora, en cambio, al creerse él que era un general capaz, a nadie hacía partícipe del mando y, por su inexperiencia, nada podía realizar de lo que es útil en la guerra. Al haber dividido las poblaciones [3] con guarniciones considerables las protegía, y él con treinta mil egipcios, cinco mil griegos y la mitad de los libios, vigilaba los ataques que podían ser más favorables. Al estar así la disposición de unos y de otros, Nicóstrato, el general de los argivos, con guías egipcios cuyos hijos y mujeres eran rehenes de los persas, navegó con su flota por un canal hacia un lugar escondido y, tras desembarcar a los soldados y fortificar el campamento, acampó. Los mercenarios egipcios que vigilaban el lugar [4] próximo, tan pronto como percibieron la presencia de los enemigos, en seguida hicieron una salida, y eran no menos de siete mil. Clinio el coyo, que estaba al mando, dispuso su fuerza para [5] el combate. Y cuando formaron enfrente los que habían desembarcado se produjo una dura batalla en la que los griegos que estaban con los persas lucharon con brillantez, mataron al general Clinio y abatieron a más de cinco mil de los demás soldados. Nectanebo, el rey de Egipto, al enterarse de la pérdida de los [6] suyos quedó aterrorizado al creer que el resto del ejército persa [7] también cruzaría fácilmente el río. Sospechó que los enemigos con todo su ejército llegarían a la misma Menfis<sup>172</sup>, y decidió tomar medidas para protegerla de la mejor manera posible. En consecuencia, él regresó a Menfis con el ejército que tenía y disponía las cosas para el asedio.

[49] Lácrates de Tebas, que estaba a la cabeza del primer contingente, se aprestó al asedio de Pelusio. Primero desvió el flujo del canal hacia otras partes, y cuando cubrió

con tierra el lugar desecado acercó máquinas de asedio contra la ciudad. Como cayó una gran parte de los muros, los que guarnecían Pelusio construyeron en su lugar rápidamente otros y alzaron grandes [2] torres de madera. Durante varios días seguidos continuó el asalto a los muros, y, al principio los griegos que estaban en Pelusio rechazaron con firmeza a los sitiadores; pero cuando conocieron la retirada del rey a Menfis, quedaron espantados y enviaron [3] embajadores para un cese de hostilidades. Como Lácrates les dio seguridades, mediante juramento, de que si entregaban Pelusio todos serían transportados a Grecia con lo que llevaran, [4] entregaron la fortaleza. Tras esto, Artajerjes envió a Bagoas con soldados bárbaros a ocupar Pelusio, y los soldados, al acercarse al lugar, quitaron a los griegos que se iban muchas cosas [5] de las que transportaban. Al irritarse los injuriados y llamar a gritos a los dioses que vigilan los juramentos, Lácrates, indignado, puso en fuga a los bárbaros, y, tras abatir a algunos, defendió [6] a las víctimas de la violación de los juramentos. Pero cuando Bagoas huyó junto al rey y acusó a Lácrates, Artajerjes decidió que los de Bagoas habían sufrido lo justo y mató a los persas responsables del saqueo. De esta manera Pelusio fue entregado a los persas.

Mentor, que estaba al mando del tercer contingente, capturó [7] Bubasto y otras muchas ciudades y las hizo súbditas del rey mediante una estratagema. Como todas las ciudades estaban protegidas por dos pueblos, griegos y egipcios<sup>173</sup>, Mentor divulgó entre los soldados el rumor de que el rey Artajerjes había decidido tratar con magnanimidad a los que entregaran voluntariamente sus ciudades, pero que a quienes las retuvieran por la fuerza había ordenado impartir el mismo castigo que a los sidonios; e invitaba a los que custodiaban las puertas a que permitieran desertar junto a él a los que quisieran. Por eso, como [8] los egipcios fueron capturados sin problema cuando salían del campamento, el rumor antedicho se esparció rápidamente por todas las ciudades de Egipto. Por lo tanto, de inmediato los mercenarios estaban en absoluto desacuerdo con los nativos y las ciudades estaban llenas de conflictos. Porque unos y otros disputaban en privado por entregar las fortalezas y cambiaban por este favor esperanzas de beneficios particulares; y esto es lo que sucedió primero en Bubasto.

Cuando las fuerzas de Mentor y Bagoas estaban acampadas [50] cerca de Bubasto, los egipcios, sin el conocimiento de los griegos, enviaron un emisario a Bagoas prometiéndole entregar la ciudad si se les concedía la seguridad. Al enterarse los griegos [2] de lo ocurrido, capturaron al enviado y, tras meterle miedo, oyeron la verdad; enfurecidos por esto atacaron a los egipcios, mataron a algunos, e hiriendo a otros, acorralaron al resto en una parte de la ciudad. Los vencidos notificaron a Bagoas lo [3] ocurrido, y le pidieron que fuera a toda prisa a recibir la ciudad de sus manos. Pero los griegos enviaron a escondidas un parlamentario a Mentor, y éste les pedía en secreto que cuando Bagoas entrara en la ciudad atacaran a los bárbaros. Más tarde, [4] cuando



Bagoas entraba con los persas sin el consentimiento de los griegos y una parte de los soldados estaba dentro, los griegos de pronto cerraron las puertas y atacaron a los que estaban dentro de las murallas, y, tras matar a todos, hicieron prisionero [5] al propio Bagoas. Él, al ver que sus esperanzas de salvación estaban en Mentor, le suplicó que le salvara y le prometió que [6] en el futuro nada haría sin contar con su opinión. Mentor convenció a los griegos para que soltaran a Bagoas y que organizaran la entrega a través de él, se llevó el título de honor, y, como fue responsable de la salvación de Bagoas, pactó con él una actuación común y, tras dar y recibir juramento sobre estos términos, cumplió el acuerdo guardándolo hasta el final de su [7] vida. Gracias a esto les sucedió que, al estar éstos de acuerdo con el rey, más tarde ganaron una influencia mayor que los amigos y parientes de Artajerjes. Mentor, en efecto, nombrado general supremo en los distritos costeros de Asia, realizó grandes servicios al rey reclutando mercenarios procedentes de Grecia, enviándolos a Artajerjes y administrando todas sus tareas [8] con valentía y lealtad. Y Bagoas, después de haber administrado todos los asuntos del rey en las satrapías superiores, alcanzó tanto poder gracias a su actuación común con Mentor, que era el amo del reino, y Artajerjes no hacía nada sin su opinión. Y tras la muerte de Artajerjes designó siempre a los sucesores al reino, y de rey tuvo todo salvo el título. Pero sobre estos asuntos volveremos a escribir en detalle en los momentos oportunos<sup>174</sup>.

[51] Entonces, tras la rendición de Bubasto, las demás ciudades, aterrorizadas, se entregaron a los persas mediante capitulación. Pero el rey Nectanebo, que estaba en Menfis y observaba la tendencia de las ciudades hacia la traición, no se atrevió a arrostrar peligros en defensa de su gobierno. En consecuencia, tras renunciar al reino y tomar la mayoría de sus riquezas, huyó a Etiopía. Artajerjes, después de apoderarse de Egipto en su totalidad [2] y demoler las murallas de las ciudades más importantes, saqueó los templos, juntó una gran cantidad de plata y oro y se llevó los registros de los templos antiguos, que más tarde devolvió Bagoas a los sacerdotes egipcios mediante un rescate de mucho dinero. Premió a los griegos que habían hecho la campaña [3] con él con regalos considerables, a cada uno según sus méritos, y los licenció a sus patrias; tras nombrar a Ferendates como sátrapa de Egipto, regresó con su ejército a Babilonia, transportando mucho dinero y botín y habiendo ganado gran renombre por sus éxitos.

Cuando Calímaco era arconte en Atenas, los romanos eligieron [52] cónsules a Gayo Marcio y a Publio Valerio<sup>175</sup>. En este año Artajerjes, al ver que Mentor como general le había prestado grandes servicios en la guerra contra los egipcios, le puso muy por delante de sus amigos. Honró al hombre con premios [2] por su bravura y le ofreció cien talentos de plata<sup>176</sup> y también el mejor equipo de material lujoso; asimismo lo nombró sátrapa de la costa asiática y le encomendó la guerra contra los rebeldes, tras designarlo general con plenos poderes. Mentor, como [3] tenía lazos familiares con Artabazo y Memnón<sup>177</sup>, los que habían combatido contra los persas en tiempos anteriores y ahora, huidos de Asia,



estaban con Filipo<sup>178</sup>, solicitó del rey y le convenció para que librara a los hombres de las acusaciones. Inmediatamente después hizo venir a ambos junto a él con toda su [4] familia; porque Artabazo tenía, nacidos de la hermana de Mentor y Memnón, once hijos y diez hijas. Y Mentor, encantado con el gran número de niños, promovió a los muchachos, dándoles [5] los mandos más distinguidos en los ejércitos. Primero hizo una campaña contra Hermias, tirano de Atarneo, que se había rebelado contra el rey y era dueño de muchas fortalezas y [6] ciudades. Después de haberle prometido que iba a convencer al rey y anularía los cargos contra él, lo convocó a una conferencia, lo engañó y arrestó<sup>179</sup>. Ya en posesión de su anillo, escribió a las ciudades que se había reconciliado con el rey por la intervención de Mentor, selló las cartas con el anillo de Hermias y envió al mismo tiempo a los que iban a apoderarse de las regiones. [7] Los habitantes de las ciudades, confiando en los documentos y aceptando de buena gana la paz, entregaron todos ellos las fortalezas y las ciudades. Al haber recuperado Mentor rápidamente y sin peligro las poblaciones de los rebeldes mediante el engaño, ganó gran favor con el rey, porque dio la impresión de [8] poder dirigir una campaña con habilidad. Igualmente, también a los demás gobernantes que estaban en desacuerdo con los persas, ya sea mediante la fuerza o por la astucia, pronto sometió a todos.

Y ésta era la situación en Asia en esos momentos.

[9] En Europa, Filipo, el rey de los macedonios, marchando contra las ciudades de la Calcídica, ocupó, tras sitiarla, la fortaleza de Zerea<sup>180</sup> y la arrasó, y a algunas de las demás poblaciones las intimidó y obligó a que se sometieran. Marchó luego contra Feras y expulsó a Pitolao, que gobernaba la ciudad<sup>181</sup>. Al [10] mismo tiempo que sucedía esto, murió en el Ponto su rey, Espartaco, tras gobernar durante cinco años<sup>182</sup>, y heredó el poder su hermano Perisades, que reinó durante treinta y ocho años.

Cuando transcurrió este año, en Atenas era arconte Teófilo, [53] en Roma fueron elegidos cónsules Gayo Sulpicio y Gayo Quincio, y se celebró la Olimpiada centésima octava, en la que Policles de Cirene ganó la carrera del estadio<sup>183</sup>. En este año, Filipo, [2] que deseaba someter a las ciudades del Helesponto, tomó sin combates, mediante traición, Meciberna y Torone<sup>184</sup> y, a continuación, dirigió la campaña con un gran ejército contra la más importante de las ciudades de esta región: Olinto; al principio, tras derrotar a los olintios en dos batallas, los encerró en un asedio, y al hacer continuos ataques perdió muchos de sus hombres en los combates por las murallas; pero finalmente sobornó con dinero a los que mandaban a los olintios, Eutícrates y Lástenes, y capturó Olinto por la traición de éstos<sup>185</sup>. Después de [3] saquear la ciudad y esclavizar a los habitantes, vendió el botín. Al obrar así se procuró en abundancia mucho dinero para la guerra y aterrorizó también a las demás ciudades que se le oponían. Honró con regalos apropiados a los soldados que se habían comportado valientemente en la batalla y, como

distribuyó una gran cantidad de dinero a los hombres de influencia en las ciudades, tuvo muchos traidores a sus patrias. Y él declaraba que había aumentado su propio reino por el oro mucho más que por las armas.

[54] Como los atenienses miraban con desconfianza el crecimiento de Filipo, ayudaban siempre a los que eran atacados por el rey, enviando emisarios a las ciudades e instándolas a guardar su independencia y a castigar con la muerte a los ciudadanos que se inclinaban a traición; y les prometían a todos luchar a su lado como aliados, y, tras declararse a sí mismos claramente [2] enemigos del rey, hacían la guerra contra Filipo. El que más los animó a proteger a Grecia fue el orador Demóstenes, el más elocuente de los griegos en aquellos tiempos. Incluso su ciudad fue, sin embargo, incapaz de que sus ciudadanos rechazaran el impulso a la traición; pues tal cosecha de traidores hubo entonces [3] en Grecia<sup>186</sup>. Por eso cuentan que cuando Filipo quería conquistar cierta ciudad notable por su fortificación, al decirle uno de sus habitantes que era inexpugnable por la fuerza, preguntó si el oro no sería capaz de escalar la muralla. Porque al haber [4] descubierto por la experiencia que lo que no podía ser sometido por las armas podía ser fácilmente vencido por el oro, disponía de traidores en las ciudades por medio de sobornos y, al llamar a los que aceptaban su oro huéspedes y amigos, con las perversas compañías corrompió la moral de los hombres.

Después de la captura de Olinto celebró una fiesta Olímpica [55] en honor de los dioses<sup>187</sup>, en conmemoración de su victoria, y ofreció sacrificios magníficos; y organizó también competiciones espléndidas e invitó a banquetes a muchos extranjeros que estaban presentes. Como durante las comidas trataba con muchos [2] invitados, a muchos regalaba copas en los brindis, concedía regalos a no pocos y hacía con amabilidad grandes promesas a todos, tuvo a muchos deseosos de tener amistad con él.

En un momento durante el banquete, como notó que Sátiro, [3] el actor<sup>188</sup>, estaba triste, le preguntó por qué era el único que no quería participar de su amabilidad; y al contestar que quería conseguir un regalo de él, pero que tenía miedo no fuera a ser que fracasara cuando hubiera declarado la petición concreta, el rey se puso muy alegre y aseguró que le concedería todo lo que pidiera; Sátiro dijo que entre las cautivas había dos muchachas, hijas de un amigo suyo, en edad de casar; que quería conseguir las, no para obtener provecho alguno si consiguiera el regalo, sino para casar a ambas después de darles una dote y para no enterarse de que habían sufrido algo indigno de su edad. Tras [4] eso, Filipo gustosamente accedió a la petición y de inmediato regaló las muchachas a Sátiro<sup>189</sup>. Y, al repartir muchos otros favores de todo tipo y regalos, recogía un pago mucho mayor que su favor; porque muchos incitados por las esperanzas de un beneficio se precipitaron entre ellos por consagrarse a Filipo y entregarle sus patrias.

[56] Cuando Temístocles era arconte en Atenas, en Roma recibieron la dignidad consular Gayo Cornelio y Marco Popilio<sup>190</sup>. En ese año, los beocios, después de haber

asolado gran parte del territorio focense, vencieron a los enemigos cerca de una ciudad llamada Hía<sup>191</sup>, y mataron a unos setenta de ellos. Después [2] de esto, los beocios llegaron a las manos con los focenses cerca de Coronea, fueron derrotados y perdieron muchos hombres. Luego, cuando los focenses se habían apoderado de algunas grandes ciudades en Beocia, los beocios hicieron una expedición militar y destruyeron el trigo en territorio enemigo, pero [3] fueron derrotados en el viaje de regreso. Mientras estas cosas ocurrían, Faleco, el general de los focenses, como fue acusado de haber robado muchas de las propiedades sagradas, fue destituido de su mando y, en su lugar, al ser elegidos tres generales, Dinócrates, Calias, y Sófanos, se produjo una investigación sobre los bienes sagrados y los focenses pidieron una explicación a los que los habían administrado. El hombre que había estado a cargo de la mayor parte era Filón. Como él fue incapaz de proporcionar [4] una explicación, se le consideró culpable, y, después de ser torturado por los generales, reveló los nombres de sus cómplices en el robo, mientras que él mismo, sometido a los máximos tormentos, tuvo la muerte que correspondía a su impiedad. Los que habían robado las riquezas devolvieron las [5] guardadas y las que todavía quedaban del pillaje, y ellos fueron ejecutados como ladrones de templos. De los generales que habían estado en el cargo anteriormente, el primero en ocupar el cargo, Filomelo, había mantenido sus manos fuera de las ofrendas<sup>192</sup>; pero el segundo, llamado Onomarco, hermano de Filomelo, había dilapidado gran parte de las riquezas del dios; mientras que el tercero, Faílo, hermano también de Onomarco, cuando se convirtió en general acuñó como moneda no pocas de las ofrendas para pagar a los mercenarios. Porque convirtió [6] en moneda los lingotes de oro consagrados por Cresos, el rey de los lidios, que eran ciento veinte con un peso de dos talentos cada uno<sup>193</sup>, trescientas sesenta copas de oro con un peso de dos minas cada una, y un león y una mujer de oro<sup>194</sup>, que tenían en total un peso de treinta talentos de oro; de modo que la suma total de oro acuñado, llevando el dinero a su proporción en plata, asciende a cuatro mil talentos; mientras que de las ofrendas de plata, las dedicadas por Cresos y por otros, todos los generales habían gastado más de seis mil talentos, y sumadas a ellos las ofrendas de oro, la cantidad supera los diez mil talentos. Algunos [7] historiadores dicen que lo saqueo no fue inferior a lo adquirido por Alejandro en los tesoros persas<sup>195</sup>. Los generales de Faleco intentaron, incluso, cavar en el templo, porque alguien dijo que en él había un tesoro que tenía mucha plata y oro; y abrían zanjas con empeño alrededor del altar y del trípode. El que reveló lo del tesoro presentaba como testigo al más famoso y antiguo de los poetas, a Homero, en los versos en los que dice:

*Ni cuanto encierra en su interior el pétreo umbral  
del arquero Febo Apolo en la rocosa Pitón*<sup>196</sup>.

[8] Pero cuando los soldados intentaban cavar alrededor del trípode, los grandes terremotos que se produjeron causaron miedo a los focenses, y, ya que los dioses indicaban claramente el castigo contra los saqueadores de templos, dejaron las obras. El inductor de este delito, el mencionado Filón, pronto pagó a la divinidad los castigos apropiados.

[57] De la destrucción de las riquezas sagradas se consideró a los focenses totalmente culpables, pero participaron del saqueo atenienses y lacedemonios, al estar luchando como aliados de los focenses y no haber recibido los salarios según el número de los soldados enviados<sup>197</sup>. Y este momento llevó a los atenienses [2] a pecar contra la divinidad hasta tal punto que, poco antes de los asuntos délficos, Ifícrates, con una fuerza naval, se entretenía cerca de Corcira, cuando Dionisio, el soberano de los siracusanos, envió a Olimpia y a Delfos estatuas labradas de oro y marfil; Ifícrates encontró casualmente las naves que las transportaban, y, tras capturarlas<sup>198</sup> envió un emisario al pueblo preguntando «¿Qué hay que hacer?»; los atenienses le ordenaron que no preguntara por las cosas de los dioses, sino que mirase cómo alimentaría a los soldados. En consecuencia, Ifícrates, [3] obedeciendo la orden de su patria, vendió como botín el ornamento de los dioses; y el tirano, irritado con los atenienses, les escribió la carta siguiente:

«Dionisio a la asamblea y al pueblo de los atenienses: no es adecuado escribir que os vaya bien cuando despojáis sacrílegamente a los dioses por tierra y por mar y convertís en moneda, tras robarlas, las estatuas enviadas por nosotros como ofrenda a los dioses, y cometéis sacrilegio contra los más grandes de los dioses, Apolo de Delfos y Zeus Olímpico».

Tal fue el comportamiento de los atenienses con respecto a [4] la divinidad, y eso cuando presumían de que Apolo era su dios patrio y antepasado<sup>199</sup>. Y los lacedemonios, a pesar de que habían consultado el oráculo de Delfos y adquirido gracias a él su Constitución<sup>200</sup>, admirada por todos, y consultaban al dios incluso los asuntos de la máxima importancia, se atrevieron a asociarse en el crimen con quienes saquearon el santuario.

[58] En Beocia los focenses que tenían tres ciudades fortificadas, Orcómeno, Coronea y Corsias<sup>201</sup>, hacían desde ellas una campaña contra los beocios. Bien abastecidos con mercenarios, saqueaban el país y en golpes de mano y combates se imponían a [2] los habitantes. Por eso los beocios, consumidos por la guerra y tras perder a muchos soldados y faltos de dinero, enviaron embajadores [3] a Filipo solicitando que los ayudara<sup>202</sup>. El rey, que veía con agrado su debilidad y quería rebajar el orgullo de los beocios por Leuctra<sup>203</sup>, les envió unos pocos soldados, y eso sólo porque cuidaba de que no pareciera que miraba con indiferencia [4] el saqueo del oráculo. Mientras los focenses construían una fortaleza cerca de las llamadas Abas, en

las que hay un santuario de Apolo<sup>204</sup>, los beocios marcharon contra ellos. En seguida, unos focenses se dispersaron huyendo a las ciudades más cercanas, mientras que otros se refugiaron en el templo de Apolo y perecieron hasta quinientos. Muchas otras cosas de naturaleza [5] divina les sucedieron a los focenses en esos tiempos pero, sobre todo, lo que se va a contar. Los hombres que se habían refugiado en el templo supusieron que se salvarían gracias al auxilio de los dioses, pero, al contrario, tropezaron con cierta providencia divina del castigo adecuado a los ladrones de templos. Porque habiendo una gran cantidad de hojas y ramas cerca [6] del templo y un fuego abandonado en las tiendas de los que huyeron, sucedió que, prendiéndose el follaje, se produjo inesperadamente una llama tan grande que el templo y los focenses que habían huido hacia él fueron quemados vivos. Dio la impresión de que la divinidad no da a los ladrones de templos la seguridad que se concede a los suplicantes<sup>205</sup>.

Cuando Arquias era arconte en Atenas, los romanos eligieron [59] cónsules a Marco Emilio y a Tito Quincio<sup>206</sup>. En este año la guerra focense, que duró diez años<sup>207</sup>, terminó de la siguiente manera. Al estar abatidos beocios y focenses por la duración de la guerra, los focenses enviaron embajadores a Lacedemonia en demanda de ayuda, y los espartiatas enviaron mil hoplitas, y [2] pusieron como general al rey Arquidamo<sup>208</sup>. Del mismo modo que éstos, los beocios enviaron una embajada a Filipo proponiendo una alianza, y Filipo, tras llevar consigo a los tesalios<sup>209</sup>, llegó a Lócride con un gran ejército. Se encontró con Faleco, considerado de nuevo digno del generalato y que tenía la mayoría de los mercenarios, y Filipo se preparaba para decidir la guerra en una batalla. Pero Faleco, deteniéndose en Nicea y viendo que él no era capaz de luchar, envió embajadas al rey para tratar de un armisticio. Se llegó a un acuerdo de manera [3] que Faleco se fuera con sus soldados a donde quisiera, y él, en los términos de la tregua, se dirigió al Peloponeso con los mercenarios, que eran ocho mil, y los focenses, desalentados en sus esperanzas, se entregaron a Filipo. El rey, que sin batalla terminó [4] inesperadamente la guerra sagrada, deliberaba con los beocios y tesalios. Decidió convocar al Consejo de los Anfictiones y encomendarle a él la decisión sobre todos los asuntos.

Pareció bien a los miembros del Consejo hacer participar a [60] Filipo y a sus descendientes<sup>210</sup> en la Anfictiónía, y que tuviera dos votos, los que antes tenían los vencidos focenses. Y también que se derribaran las murallas de las tres ciudades en posesión de los focenses, que ninguna relación hubiera entre los focenses con el santuario ni con el Consejo Anfictiónico, que no se les permitiera adquirir caballos ni armas hasta que pagaran al dios las riquezas saqueadas, y que los focenses huidos y los demás que habían participado en los saqueos del santuario fueran malditos y proscritos en todas partes; que todas las ciudades [2] de los focenses serían arrasadas, y su población, trasladada a aldeas, ninguna de las cuales debía de tener más de cincuenta casas, ni distar

las aldeas entre sí menos de un estadio<sup>211</sup>; que los focenses tendrían su territorio y llevarían cada año al dios un tributo de sesenta talentos<sup>212</sup> hasta que pagaran el dinero registrado en el saqueo del santuario, que Filipo, además, celebrara la reunión de los Juegos Píticos, junto con los beocios y tesalios, porque los corintios habían participado con los focenses [3] en el delito contra lo divino; que los Anfíctiones y Filipo destrozaran sobre las rocas las armas de los focenses y de los mercenarios, que quemaran los restos y vendieran los caballos. Y en consonancia con estas decisiones, los Anfíctiones tomaron medidas sobre la custodia del oráculo y todas las demás convenientes para la piedad, y la paz común y concordia entre los [4] griegos. Tras eso, Filipo, que había colaborado con los Anfíctiones en estas resoluciones y con todos se había mostrado cordial, regresó a Macedonia, después de haber ganado no sólo una reputación de piedad y valor militar, sino también una gran preparación para el engrandecimiento que le iba a sobrevenir. Porque deseaba ser designado general de Grecia con plenos poderes y dirigir la guerra contra los persas. Y esto fue lo que realmente aconteció. Pero estos hechos en los momentos oportunos los registraremos en detalle, y ahora volveremos a continuar la historia.

[61] Consideramos que es justo, en primer lugar, registrar el castigo que de parte de los dioses les vino a los que habían ultrajado el oráculo. Porque, en una palabra, no sólo a los autores del saqueo del templo, sino a todos los que sólo rozaron el delito [2] los persiguió, inexorable, el castigo de la divinidad. Porque el que planeó la apropiación del santuario, Filomelo, en una circunstancia bélica apurada se despeñó, y su hermano Onomarco, después de recibir el mando de unas tropas desesperadas, junto con los focenses que lucharon con él y los mercenarios fue destrozado en Tesalia, y crucificado. El tercero y el que acuñó en [3] moneda la mayor parte de las ofrendas, Faílo, cayó enfermo de una enfermedad prolongada y no pudo librarse inmediatamente del castigo<sup>213</sup>. Y el que sobre todos recogió los restos del saqueo del templo, Faleco, vivió durante bastante tiempo en viajes errantes y en medio de grandes miedos y peligros, no para que fuera más feliz que los que participaron con él en el sacrilegio, sino para que, atormentado más tiempo y conocido por muchos debido a su infortunio, fuera famosa su desgracia. Él, [4] tras su huida a partir del acuerdo junto con los mercenarios, al principio vivía en el Peloponeso, y retenía a los soldados con los restos de los saqueos del templo, pero más tarde contrató en Corinto unos grandes cargueros y con cuatro naves ligeras se dispuso a navegar hacia Italia y Sicilia, pensando que en esos lugares o se apoderaría de alguna ciudad o haría algún servicio a sueldo; porque sucedía que había estallado la guerra entre lucanos y tarentinos<sup>214</sup>. A sus compañeros de navegación les dijo que hacía la travesía llamado por los pueblos de Italia y Sicilia.

Cuando él zarpó y estuvo en alta mar, algunos soldados de [62] los que estaban en el barco más grande, en el que navegaba el propio Faleco, reflexionaron entre ellos



sospechando que nadie los había llamado; porque ni veían navegando con ellos a jefes de los que habían solicitado su ayuda, ni la travesía era corta, sino larga y peligrosa. Por eso precisamente, como desconfiaban [2] de lo que se había dicho y, a la vez, temían una campaña al otro lado del mar, se conjuraron, sobre todo los comandantes de los mercenarios. Finalmente, desenvainando las espadas y amenazando a Faleco y al piloto los obligaron a navegar de nuevo en dirección contraria. Y cuando hicieron lo mismo los que eran transportados en los otros barcos, desembarcaron en el Peloponeso. [3] Y, reunidos en el cabo Malea de Laconia<sup>215</sup>, allí encontraron a los enviados de Cnoso que habían navegado desde Creta para conseguir mercenarios; después de hablar con Faleco y los comandantes y ofrecer pagas considerables, todos se hicieron a la mar con ellos. Tras desembarcar en Cnoso de Creta, de inmediato se apoderaron, por asalto, de la ciudad llamada [4] Licto<sup>216</sup>. Pero a los lictios expulsados de su patria se les presentó una ayuda extraña y repentina. Porque en esos mismos momentos, cuando los tarentinos guerreaban con los lucanos y habían mandado ellos mismos embajadores en petición de ayuda a los lacedemonios, que eran antepasados suyos, los espartiatas, que tenían deseo de combatir junto a ellos a causa de su parentesco, reunieron rápidamente una fuerza de infantería y naval y designaron como general de ella al rey Arquidamo; y, cuando estaban a punto de zarpar para Italia, pidieron los lictios que primero los ayudaran a ellos. Los lacedemonios aceptaron, navegaron a Creta, vencieron a los mercenarios y volvieron a llevar a su patria a los lictios.

[63] Después de esto, Arquidamo navegó a Italia, se unió a los tarentinos, y murió luchando valientemente en la batalla, un hombre elogiado por su habilidad como general y por los demás aspectos de su vida, pero sólo criticado por la alianza con los focenses, por haber sido el principal responsable de la captura de Delfos. Arquidamo reinó sobre los lacedemonios durante [2] veintitrés años, y su hijo Agis le sucedió en el trono y reinó durante quince años<sup>217</sup>. Luego los mercenarios de Arquidamo, que habían participado en el saqueo del oráculo, fueron muertos a flechazos por los lucanos; mientras que Faleco, expulsado de Licto, intentó sitiar Cidonia. Había construido máquinas de asedio [3] y al acercarlas contra la ciudad cayeron rayos y ellas fueron consumidas por el fuego divino, y muchos de los mercenarios en un intento de salvar las máquinas perecieron por el fuego; entre los que estaba también el general Faleco<sup>218</sup>. Algunos dicen, [4] sin embargo, que ofendió a uno de los mercenarios y fue asesinado por él. Los mercenarios supervivientes fueron contratados por exiliados eleos, llevados al Peloponeso, y con ellos hacían la guerra a los eleos<sup>219</sup>. Cuando los arcadios se unieron [5] en la lucha a los eleos y vencieron a los exiliados en una batalla, muchos de los mercenarios fueron muertos y los que sobrevivieron, unos cuatro mil, fueron apresados. Al repartirse arcadios y eleos los prisioneros, los arcadios vendieron como botín a todos los que se les había asignado, mientras que los eleos los degollaron por su delito contra el oráculo.



Los que participaron en el saqueo del santuario de esta manera [64] fueron merecedores de castigo por la divinidad. Y las ciudades más señaladas por su participación en el delito, más tarde fueron derrotadas por Antípatro, y perdieron al mismo tiempo [2] su gobierno y la libertad<sup>220</sup>. Las esposas de los comandantes focenses que se habían ceñido al cuello los collares de oro procedentes de Delfos tuvieron un castigo adecuado a su impiedad: una, que llevaba el que había sido de Helena, fue a dar en la vergüenza de la prostitución y expuso su belleza a los que elegían abusar de ella, y otra, que se puso el de Erifila, fue quemada viva en su casa cuando su hijo mayor, en un ataque de locura, le prendió fuego. Así, los que se atrevieron a despreciar a la divinidad fueron castigados por los dioses de la manera que se [3] ha dicho; mientras que Filipo, que ayudó al oráculo, se engrandeció siempre desde esos momentos, y, al final, por su piedad hacia la divinidad fue designado general de toda Grecia y adquirió el mayor reino de Europa.

Nosotros ya que hemos expuesto suficientemente la guerra sagrada volveremos a asuntos de otra clase.

[65] En Sicilia, como los siracusanos se peleaban entre sí y se veían obligados a estar sometidos a muchas y variadas tiranías, enviaron embajadores a Corinto pidiendo que les enviaran un general que se preocupase de la ciudad y acabase con la ambición [2] de quienes ansiaban hacerse tiranos<sup>221</sup>. Los corintios, decidiendo que era justo ayudar a sus descendientes, votaron enviar como general a Timoleón, hijo de Timéneto<sup>222</sup>, un hombre principal entre sus conciudadanos por su valentía y sagacidad bélica y, en una palabra, adornado con todas las virtudes. Ocurrió que algo particular le sucedió al hombre y que contribuyó a su elección para el generalato. Timófanés, su hermano, que destacaba [3] entre los corintios por su riqueza y audacia, que desde hacía tiempo estaba claro que aspiraba a la tiranía y en ese momento se ganaba a los pobres, preparando armaduras completas y llevando con él a la gente más malvada desfilaba por la plaza y, aunque no se jactaba de ser un tirano, llevaba a cabo acciones propias de una tiranía. Timoleón, que era muy reacio a la monarquía, [4] al principio intentaba persuadir a su hermano para que se apartara de su proyecto, pero como no le hacía caso, sino que todavía aumentaba más en su atrevimiento, incapaz de enderezarlo con la palabra, lo mató cuando desfilaba por la plaza. Se produjo un tumulto y, cuando los ciudadanos concurren por [5] lo extraordinario y terrible del hecho, surgió una revuelta. Unos afirmaban que, como había cometido una muerte de su propia sangre, Timoleón debía recibir el castigo de las leyes, mientras que otros opinaban lo contrario, que había que aplaudir al hombre como tiranicida. Cuando el senado<sup>223</sup> deliberaba en el tribunal [6] y se produjo en el consejo la discusión sobre el hecho, los enemigos de Timoleón lo acusaban, mientras que los más favorables [7] lo sostenían y aconsejaban perdonar al hombre. La encuesta judicial estaba todavía sin resolver cuando desembarcaron los

embajadores de los siracusanos y, al manifestar al Senado sus instrucciones, pedían que les enviaran un general [8] cuanto antes<sup>224</sup>. Entonces le pareció bien al consejo enviar a Timoleón y, para que tuviera éxito la empresa, le impusieron unas condiciones extrañas e increíbles. Porque aseguraron que, si gobernaba bien a los siracusanos, le considerarían tiranicida; pero que si lo hacía con más soberbia, asesino de su hermano. [9] Timoleón, no tanto por el miedo impuesto sobre él por el Senado como por su virtud, administró el gobierno en Sicilia bien y con provecho. Porque sometió por la guerra a los cartagineses, restauró a su estado original las ciudades griegas que habían sido asoladas por los bárbaros, liberó toda Sicilia, y, en una palabra, encontrando despobladas Siracusa y las demás ciudades griegas hizo que se distinguieran por su numerosa población.

Pero sobre estas cuestiones volveremos a escribir por separado un poco después, en el momento oportuno, y ahora traslademos el relato a la continuación de la historia.

[66] Cuando Eubulo era arconte en Atenas, los romanos eligieron cónsules a Marco Fabio y a Servio Sulpicio<sup>225</sup>. En este año el corintio Timoleón, que había sido elegido por sus conciudadanos para el mando militar en Siracusa, preparó su expedición [2] a Sicilia. Contrató setecientos mercenarios y, llenando de soldados cuatro trirremes y tres naves rápidas, zarpó de Corinto. Durante la travesía capturó tres naves de leucadios y corcirenses, y así, con diez barcos cruzó el llamado golfo Jónico.

Algo peculiar y extraño le sucedió a Timoleón durante la [3] navegación, cuando la divinidad ayudó a su empresa y anunció de antemano el aplauso que le sobrevendría y la gloria de sus acciones; pues, durante toda la noche una luz encendida servía de guía hasta que la flota arribó a Italia. Timoleón ya había oído [4] en Corinto a las sacerdotisas de Deméter y Core que, mientras dormían, las diosas les anunciaron de antemano que acompañarían en la navegación a Timoleón hacia su isla sagrada. Por eso [5] Timoleón y sus acompañantes estaban muy alegres, porque las diosas los ayudaban. Tras consagrar su mejor nave a las diosas, Timoleón la llamó «La consagrada a Deméter y Core»<sup>226</sup>.

Arribada la escuadra sin peligro a Metapompo de Italia, desembarcó después una trirreme cartaginesa que llevaba embajadores de Cartago. Éstos, entrevistándose con Timoleón, le aseguraron [6] solemnemente que no iniciarían una guerra ni pisarían Sicilia. Y Timoleón, pidiéndole los de Regio que acudiera e invitándole a que luchara a su lado, zarpó rápidamente de Metapompo y se daba prisa en anticiparse a la noticia de su llegada. Pues estaba muy preocupado no fuera a ser que los cartagineses, al dominar el mar, le impidiesen cruzar a Sicilia. Así, con rapidez, realizaba la navegación hacia Regio<sup>227</sup>.

[67] Un poco antes de estos momentos, los cartagineses, sabedores de la magnitud que tendría una guerra en Sicilia, trataban amablemente a las ciudades aliadas suyas, y, dando por terminada la enemistad, se congraciaban con los tiranos de la isla, especialmente con Híctas, que gobernaba Siracusa y era por [2] ello el más poderoso de

éstos<sup>228</sup>, y ellos mismos prepararon el transporte a Sicilia de una fuerza numerosa naval y terrestre, y colocaron como su general a Hannón<sup>229</sup>. Tenían ciento cincuenta barcos de guerra, cincuenta mil infantes, trescientos carros de guerra, más de dos mil bigas, y, además de todo esto, armas y proyectiles de todo tipo, una masa ingente de máquinas de asedio, y una enorme cantidad de trigo y de las demás cosas necesarias.

[3] A la primera ciudad a la que llegaron fue a la de Entela, devastaron el campo y encerraron a los habitantes para un asedio. Los campanos que vivían en la ciudad, aterrados por la magnitud del ejército, enviaron a pedir ayuda a las otras ciudades que eran hostiles a los cartagineses. De ellas, ninguna respondió, pero los habitantes de Galeria les enviaron mil hoplitas. Los fenicios<sup>230</sup> les salieron al encuentro y, abrumándolos con su [4] número, mataron a todos. Los campanos que habitaban en Etna al principio se disponían a enviar una fuerza auxiliar a Entela por su parentesco, pero cuando se enteraron del desastre de los de Galeria, decidieron mantenerse tranquilos<sup>231</sup>.

Cuando Dionisio dominaba Siracusa, Híctas con una fuerza [68] considerable hizo una campaña contra Siracusa, y al principio, tras echar una empalizada alrededor del Olimpio<sup>232</sup>, luchaba contra el tirano que dominaba la ciudad; pero, al prolongarse [2] el asedio y quedarse sin víveres, Híctas regresó a Leontinos (pues desde esta ciudad partía). Dionisio los persiguió, y cuando encontró su retaguardia se trabó un combate. Pero Híctas se [3] volvió contra Dionisio, entabló combate y, tras matar a más de tres mil mercenarios, obligó a huir a los demás. Y haciendo una rápida persecución y cayendo sobre los fugitivos tomó la ciudad de Siracusa, excepto la Isla<sup>233</sup>.

Tal era la situación de Híctas y Dionisio.

Tres días después de la captura de Siracusa, Timoleón navegó [4] hacia Regio y ancló cerca de la ciudad. Cuando los cartaginenses [5] se lanzaron a atacarle con veinte trirremes<sup>234</sup>, los de Regio, que ayudaban a Timoleón, convocaron una asamblea general en la ciudad y hablaron sobre la reconciliación; y los cartagineses, aferrados a que Timoleón se dejaría persuadir a realizar la navegación de regreso a Corinto, se descuidaron en sus guardias; y Timoleón, sin dar demostración alguna de huida, permanecía cerca de la tribuna, pero en secreto ordenó que nueve naves se [6] hicieran a la vela cuanto antes. Mientras los cartagineses tenían sus mentes ocupadas en los de Regio, que pronunciaban discursos insidiosamente largos, Timoleón se escapó sin que le vieran a la nave que había dejado y rápidamente zarpó<sup>235</sup>. Los cartagineses, que eran hábiles en la maniobra, se aplicaron a perseguir [7] a Timoleón y los suyos; pero aquéllos habían tomado una distancia suficiente, y, al sorprender la noche, llegaron los de Timoleón [8] navegando a Tauromenio. El que mandaba en esta ciudad, y que siempre fue partidario de los asuntos de los siracusanos, Andrómaco<sup>236</sup>, acogió amistosamente a

los perseguidos y contribuyó mucho a su seguridad.

[9] Tras estos sucesos, Híctas, después de reclutar a sus cinco mil mejores soldados, marchó contra los adranitas<sup>237</sup>, que le eran hostiles, y acampó cerca de la ciudad. Timoleón, por su parte, después de llevarse consigo soldados de Tauromenio, salió [10] de la ciudad, con no más de mil hombres en total. Partió al caer la noche, llegó a Ádrano en el segundo día, y atacó inesperadamente a los hombres de Híctas mientras estaban comiendo. Cuando cayó sobre el campamento, mató a más de trescientos, apresó a unos seiscientos y se apoderó del campamento. Añadiendo a esta maniobra otra, se lanzó al instante contra Siracusa [11] y terminando la marcha a la carrera, cayó sobre Siracusa de improviso, ganando en velocidad a los que huían de la derrota.

Tales fueron los acontecimientos que tuvieron lugar en este año. Cuando Licisco era arconte en Atenas, los romanos eligieron [69] cónsules a Marco Valerio y a Publio Marco<sup>238</sup>, y se celebró la Olimpiada centésima novena, en la que el ateniense Aristóloco ganó la carrera del estadio. En esta época se celebró el primer tratado entre romanos y cartagineses<sup>239</sup>. En Caria, Hidrio, [2] soberano de los carios, murió después de gobernar siete años, y heredó el gobierno Ada, su hermana y esposa, que gobernó durante cuatro años.

En Sicilia, Timoleón, tras hacer una alianza con adranitas y [3] tindaritas, recibió no pocos soldados de ellos, mientras que en Siracusa dominaba una enorme confusión, porque Dionisio tenía la Isla, Híctas era dueño de Acradina y Neápolis y Timoleón había ocupado el resto de la ciudad, y, además, los cartagineses habían navegado hacia el Gran Puerto con ciento cincuenta trirremes y acampado con cincuenta mil infantes. Por eso, cuando Timoleón y los suyos estaban espantados por la masa de enemigos, se produjo un cambio inesperado y extraño. En primer lugar Marco<sup>240</sup>, el tirano de Catania, con una fuerza considerable [4] tomó partido por Timoleón e inclinaba a su favor a muchas fortalezas que aspiraban a la libertad, y, finalmente, los corintios, tras equipar diez naves y proveerlas de dinero, las [5] enviaron a Siracusa<sup>241</sup>. Con estas acciones Timoleón sintió confianza, y, en cambio, los cartagineses, llenos de temor, zarparon incomprensiblemente del puerto<sup>242</sup> y regresaron con toda su [6] fuerza al territorio que controlaban. Híctas se quedó aislado, mientras que Timoleón aventajó a los enemigos y se hizo dueño de Siracusa. Y rápidamente también recobró Mesina, que se había pasado a los cartagineses.

Tal era el estado de cosas en Sicilia.

[7] En Macedonia, Filipo había recibido como herencia paterna la enemistad con los ilirios y, al ser irrevocable el desacuerdo, invadió Iliria con una gran fuerza<sup>243</sup>. Devastó el territorio, capturó muchas poblaciones, y con mucho botín regresó a Macedonia. [8] Luego marchó a Tesalia, y tras expulsar a los tiranos de las ciudades se atrajo a la población tesalia por el afecto; esperaba que al tener a ésta como aliada también los

griegos se volverían fácilmente a su favor; y eso fue lo que ocurrió<sup>244</sup>. Los griegos vecinos de inmediato se unieron a la decisión de los tesalios e hicieron resueltamente una alianza con él.

Cuando Pitodoto era arconte en Atenas, los romanos eligieron [70] cónsules a Gayo Plaucio y a Tito Manlio<sup>245</sup>. En este año Timoleón, después de aterrorizar al tirano Dionisio, le convenció para que entregara la acrópolis y, renunciando al poder, se retirara al Peloponeso mediante un pacto, pero conservando sus bienes privados<sup>246</sup>. Y éste, por su cobardía y debilidad de espíritu, [2] abandonó la tiranía famosa y atada, según decían, con acero, en la expresión que antes se dijo<sup>247</sup>, y pasó la vida en la pobreza en Corinto, y su vida personal y el cambio fue un ejemplo para cuantos se ufanan insensatamente en los éxitos. El que tenía [3] cuatrocientas trirremes navegó poco después a Corinto en un pequeño carguero, con una visible hipérbole<sup>248</sup> del cambio de su vida.

Timoleón se apoderó de la Isla y los fuertes que habían pertenecido [4] a Dionisio, arrasó los baluartes y el palacio del tirano en la Isla, y devolvió la libertad a las guarniciones. Inmediatamente [5] empezó a redactar leyes, estableciendo normas democráticas, ordenó con exactitud las normas justas con respecto a los [6] contratos privados y todo lo demás, poniendo el máximo interés en la igualdad. Estableció también la más ilustre magistratura anual, la que los siracusanos llaman «el servidor» de Zeus Olímpico. Y fue elegido como primer servidor de Zeus Olímpico Calímenes, hijo de Alcadas, y a partir de entonces siguieron los siracusanos designando los años con estos magistrados hasta el momento en el que se escribe esta historia y el cambio en su constitución. Cuando los romanos hicieron partícipes a los siciliotas de su constitución, la magistratura de los servidores perdió importancia, después de haber perdurado más de trescientos años<sup>249</sup>.

Así estaban las cosas en Sicilia.

[71] En Macedonia, Filipo, para atraer a su favor a las ciudades griegas en Tracia, marchó contra Tracia. Cersobleptes, que era el rey de los tracios, seguía sometiendo a las ciudades del Helesponto que eran vecinas de Tracia, y arrasaba su territorio. Deseando [2] impedir el ataque de los bárbaros, Filipo marchó contra ellos con un gran ejército. Una vez que venció a los tracios en muchas batallas, ordenó a los bárbaros vencidos que pagaran un diezmo a los macedonios, y, además, al fundar él en lugares estratégicos ciudades importantes, hizo cesar a los tracios de su osadía<sup>250</sup>. Por eso las ciudades griegas, liberadas de temor, con mucho celo se adhirieron a la alianza de Filipo.

De los historiadores, Teopompo de Quíos<sup>251</sup>, en su *Historia* [3] *de Filipo*, incluyó tres libros que tratan de asuntos de Sicilia. Empezando con la tiranía de Dionisio el Viejo, cubrió un período de cincuenta años, y terminó con la expulsión de Dionisio el Joven. Estos libros son tres, desde el cuarenta y uno hasta el cuarenta y tres.

Cuando Sosígenes era arconte en Atenas, los romanos eligieron [72] cónsules a Marco Valerio y a Marco Gneo Publio<sup>252</sup>. En este año, el rey de los molosos, Arimbas de Epiro, murió después de haber gobernado durante diez años, dejando un hijo, el padre de Pirro, Eácides; pero heredó el trono Alejandro, el hermano de Olímpíade, con el apoyo de Filipo de Macedonia<sup>253</sup>.

En Sicilia, Timoleón realizó una expedición contra Leontinos; [2] porque en esta ciudad se había refugiado Hícetas con un ejército considerable. En un principio atacó la parte llamada Neápolis; pero, tras esto, como había muchos soldados encerrados y se defendían fácilmente desde las murallas, al no conseguir nada, levantó el asedio. Fue entonces a la ciudad de [3] Engion, gobernada tiránicamente por Leptines, y hacía ataques continuos con la intención de expulsar a Leptines de la ciudad, y devolver la libertad a los de Engion. Mientras Timoleón [4] estaba en esto, Hícetas marchó desde Leontinos con todo su ejército y asediaba Siracusa, pero como perdió muchos soldados se volvió a toda prisa a Leontinos. Timoleón metió miedo [5] a Leptines y lo mandó mediante un pacto al Peloponeso, poniendo ante la vista de los griegos las caídas de los tiranos vencidos<sup>254</sup>.

Tomó la ciudad de los apoloniatas, que estaba también en manos de Leptines, y tanto a Apolonia como a Engion les devolvió su autonomía.

[73] Al estar falto de dinero para las soldadas de los mercenarios, despachó a mil soldados con los jefes de mayor prestigio a la región sometida a los cartagineses<sup>255</sup>. Saquearon mucho territorio y, tras reunir un importante botín, se lo entregaron a Timoleón. Cuando vendió el botín y reunió un montón de dinero, dio [2] a sus mercenarios las soldadas para mucho tiempo. Tomó también Entela y, tras condenar a muerte a quince hombres, los más partidarios de los cartagineses, concedió a los demás la libertad. Según iba creciendo Timoleón en fuerza y en fama militar, todas las ciudades griegas de Sicilia se le sometieron gustosamente, por devolver a todas su independencia, y muchas ciudades de los siceos y de los sicanios y de las demás que estaban gobernadas por los cartagineses mandaban embajadas, deseosas de ser invitadas a su alianza.

[3] Al ver los cartagineses que sus generales en Sicilia llevaban la guerra con cobardía, decidieron enviar a otros con grandes ejércitos. Inmediatamente elegían a los mejores ciudadanos para la campaña, reunían un ejército de libios bien dispuestos, y, aparte de esto, preparando una gran suma de dinero, alistaban como mercenarios a iberos, celtas y ligures; construían también naves de guerra, reunían muchas naves de carga y se preparaban en todo lo demás de manera insuperable<sup>256</sup>.

Cuando Nicómaco era arconte en Atenas, los romanos eligieron [74] cónsules a Gayo Marcio y a Tito Manlio Torcuato<sup>257</sup>. En este año, el ateniense Foción derrotó a Clitarco, el tirano de Eretria que había sido puesto por Filipo<sup>258</sup>. En Caria, Pixodaro, [2]



el menor de los hermanos, expulsó a Ada del poder y gobernó durante cinco años hasta el paso de Alejandro a Asia<sup>259</sup>.

Filipo, siempre creciendo más y más, realizó una expedición contra Perinto<sup>260</sup>, que se le oponía, inclinándose hacia los atenienses. Tras establecer el asedio y acercar a la ciudad las máquinas de guerra, cada día con relevos sucesivos atacaba [3] las murallas. Construyó torres de ochenta codos de altura<sup>261</sup>, que superaban en mucho las de Perinto, y desde una altura superior abatía a los sitiados. Del mismo modo, golpeando los muros con los arietes y socavándolos con minas abatió un largo lienzo de muralla. Como los perintios se defendían con tenacidad y rápidamente construyeron en reemplazo otro muro, se organizaban combates admirables y asaltos en los muros. Por [4] ambos lados se mantenía una gran rivalidad, y el rey, que tenía muchas y variadas máquinas lanzadoras de dardos, destrozó con ellas a los que luchaban sobre las almenas y a los perintios, aun perdiendo cada día muchos hombres, recibieron una fuerza aliada, proyectiles y catapultas de los bizantinos. Igualados [5] de nuevo a los enemigos volvieron a cobrar ánimos, y aguantaban soportando los peligros por su patria. Pero el rey, sin embargo, no cesaba en la porfía, sino que dividiendo sus fuerzas atacaba con relevos sucesivos la muralla por más partes sin interrupción, tanto de día como de noche. Con treinta mil hombres y una enorme cantidad de proyectiles y máquinas de asedio, además de otros muchos artefactos de guerra, abrumaba a los sitiados.

[75] El asedio estaba durando mucho tiempo, y al haber en la ciudad muchos muertos, no pocos heridos y faltar las provisiones, era inminente la captura de la ciudad. Pero la fortuna no vio con indiferencia la salvación de los que estaban en peligro, sino que les proporcionó una ayuda inesperada. Porque como se propagó por Asia el engrandecimiento del rey, el rey persa vio con desconfianza la fuerza de Filippo y escribió a los sátrapas de [2] la costa que ayudaran a los perintios con todas sus fuerzas. Por eso los sátrapas, de acuerdo con él, enviaron a Perinto gran número de mercenarios, abundante dinero, suficientes víveres, armas ofensivas y todo lo demás que es útil para la guerra<sup>262</sup>.

Igualmente también los bizantinos despacharon a los mejores comandantes y soldados que había entre ellos<sup>263</sup>. Como las fuerzas quedaron igualadas y la guerra reavivada, de nuevo el asedio alcanzaba una rivalidad insuperable. Pues Filippo, golpeando [3] las murallas con los arietes constantemente, las derribaba y al rechazar con sus máquinas de lanzar dardos a los que estaban sobre las almenas, no sólo irrumpía con sus soldados en masa a través de los muros derribados, sino que subía con escalas a las partes del muro que no tenían defensa; por lo tanto, al llegarse al combate cuerpo a cuerpo, unos morían y otros caían con muchas heridas. Los premios de la victoria provocaban la bravura de los combatientes: los macedonios, como pensaban saquear una ciudad rica y ser recompensados por Filippo con regalos, se mantenían firmes ante los



riesgos con la esperanza de ganancia, mientras que los sitiados, que tenían ante sus ojos los horrores de la conquista, soportaban animosamente el peligro por su salvación.

El entorno natural de la ciudad ayudaba enormemente a los [76] sitiados para una victoria decisiva. En efecto, Perinto se encuentra junto al mar en una especie de istmo de una elevada península, un istmo que tiene la extensión de un estadio, y posee casas apiñadas y de una altura notable. Estas casas en su [2] construcción, siempre a lo largo de la ladera de la colina, se superponen unas sobre otras y hacen que el aspecto de toda la ciudad se parezca a un teatro. Por eso precisamente, aunque los muros eran derribados continuamente, en nada quedaban perjudicados; pues obstruyendo siempre los callejones con las casas [3] más bajas, las utilizaban como unos muros fortificados. Así que Filipo, tras apoderarse de la muralla con muchos trabajos y peligros, encontraba un muro más fuerte preparado de manera natural por las casas. Como, aparte de esto, estaban surtidos rápidamente por Bizancio de todas las necesidades para la guerra, dividió sus fuerzas en dos partes, y dejó la mitad de sus soldados en el asedio, poniendo a su frente a los mejores comandantes, y él, con el resto, cayó de repente sobre Bizancio, y organizó [4] un duro asedio<sup>264</sup>. Como sus soldados, armas y pertrechos estaban con los perintios, los bizantinos se encontraron de pronto en una tremenda dificultad.

En esta situación estaban las cosas de perintios y bizantinos.

[5] De entre los historiadores, Éforo de Cime cerró su historia en este punto con el sitio de Perinto; había incluido en su obra las hazañas de griegos y bárbaros empezando desde el regreso de los Heraclidas; abarcó un período de casi setecientos cincuenta años, y escribió treinta libros, poniendo a cada uno un [6] preámbulo. Diílo el ateniense comenzó la segunda parte de su *Historia* con el final de Éforo y unió ordenadamente las acciones de griegos y bárbaros hasta la muerte de Filipo<sup>265</sup>.

[77] Cuando Teofrasto era arconte en Atenas, los romanos eligieron cónsules a Marco Valerio y a Aulo Cornelio<sup>266</sup> y se celebró la Olimpiada centésima décima, en la que el ateniense Anticles ganó la carrera del estadio. En este año, mientras Filipo [2] estaba sitiando Bizancio, los atenienses votaron que Filipo había roto la paz que estaba establecida con ellos<sup>267</sup>; y rápidamente enviaron una fuerza naval formidable para ayudar a los bizantinos. De la misma manera que ellos los quiotas, coyos, rodios y algunos otros griegos enviaron una fuerza de refuerzo a los bizantinos<sup>268</sup>. Filipo, asustado por el consenso [3] de los griegos, levantó el cerco de las ciudades e hizo un tratado de paz con los atenienses y los otros griegos que se le oponían<sup>269</sup>.

En lo que respecta a Sicilia, los cartagineses que habían realizado [4] grandes preparativos para la guerra trasladaron sus fuerzas a Sicilia. Tenían en total, incluidos los que ya se encontraban en la isla, más de setenta mil infantes, caballería, carros de guerra, y no menos de diez mil bigas, doscientas naves de guerra y más de mil cargueros que transportaban armas, víveres y [5] lo demás<sup>270</sup>. Timoleón, cuando se enteró de la

magnitud de la fuerza enemiga, no tuvo miedo a los bárbaros, aunque se encontraba reducido a pocos soldados. Como estaba en guerra con Híctetas, la terminó de acuerdo con él, se atrajo a sus soldados e incrementó no poco su propio ejército.

[78] Le pareció bien organizar la lucha contra los fenicios en la región dominada por los cartagineses para dejar indemne el territorio de sus aliados<sup>271</sup> y destruir el que estaba bajo los bárbaros. [2] Reunió a sus mercenarios de inmediato, junto con los siracusanos y sus aliados, convocó a una asamblea general, y animó al ejército con las palabras adecuadas para el combate decisivo. Una vez que todos aceptaron sus palabras y gritaron que los guiase cuanto antes contra los bárbaros, avanzó con no más de doce mil hombres en total<sup>272</sup>.

[3] Ya se encontraba cerca de Acragante cuando, inopinadamente, se apoderó del ejército una confusión y revuelta. Porque uno de los mercenarios llamado Trasio, que había saqueado el santuario de Delfos con los focenses, y que sobresalía por su falta de cordura y temeridad, realizó una acción conforme a sus [4] anteriores osadías. Si bien casi todos los demás participantes en el delito contra el oráculo habían recibido de la divinidad el castigo debido, como escribimos un poco antes<sup>273</sup>, éste era el único que, tras escapar a la divinidad, intentó incitar a los mercenarios a la desertión. Dijo que Timoleón estaba loco al llevar a los [5] soldados a una destrucción segura, pues prometía que vencería a los cartagineses, que eran seis veces más numerosos e invencibles con todos sus recursos, que jugaba con la vida de los mercenarios, y que ni siquiera les había pagado durante mucho tiempo las soldadas prometidas por falta de fondos. Aconsejaba, por tanto, volver a Siracusa, reclamar los salarios y no seguir en una campaña desesperada.

Los mercenarios recibieron sus palabras con agrado y estuvieron [79] a punto de sublevarse pero, con dificultad, Timoleón contuvo el tumulto tras suplicarles mucho y prometerles regalos. Aun así, a Trasio le siguieron un millar de hombres, cuyo castigo pospuso Timoleón hasta una ocasión posterior<sup>274</sup>, y una vez que escribió a sus amigos en Siracusa para que los recibieran con amabilidad, y les pagasen las soldadas, hizo cesar por completo todo el tumulto y privó a los desobedientes del honor de la victoria. Él, cuando volvió a los demás a su buena disposición [2] anterior con conversaciones amables, los condujo contra los enemigos que estaban acampados no lejos. Convocó a los soldados a una asamblea, les infundió valor con sus palabras, expuso la cobardía de los fenicios y recordó el éxito de Gelón<sup>275</sup>.

[3] Y cuando todos pedían a gritos como con una sola voz atacar a los bárbaros y comenzar la batalla, quiso la casualidad que las acémilas estuvieran entonces transportando apio para sus lechos de paja y Timoleón dijo que aceptaba el augurio de victoria; porque la corona de los Juegos Ístmicos está formada de [4] apio. Los soldados, al transmitirles Timoleón la consigna, trenzaron coronas de apio, se las pusieron

alrededor de la cabeza y avanzaban con alegría, como si los dioses les anunciaran de [5] antemano la victoria; y eso fue lo que ocurrió. Pues vencieron inesperadamente a los enemigos no sólo por su propio valor, sino por la ayuda de los dioses.

Timoleón, tras colocar a su fuerza en orden de batalla, bajó desde unas colinas hacia el río Crimiso<sup>276</sup>, y cuando ya habían cruzado diez mil desde el paso, se lanzó con fuerza contra ellos, [6] formando él mismo en el centro de la línea de batalla. Se entabló un duro combate y como los griegos eran superiores en valor y destreza, hubo una gran matanza de bárbaros. Los que ya habían cruzado comenzaron a huir pero el ejército de los cartagineses en su conjunto atravesó la corriente y enderezó la derrota de los suyos.

[80] Reanudada la batalla y cuando los fenicios rodeaban a los griegos, desde el cielo rompió una fuerte lluvia y gran cantidad de granizo de buen tamaño, y relámpagos y truenos caían acompañados de fuertes vientos; como todas estas ráfagas daban a los griegos en la espalda, pero a los bárbaros de frente, los de Timoleón aguantaban con facilidad la inclemencia, pero los fenicios al no poder soportar la magnitud de la situación porque los griegos les atacaban al mismo tiempo, huyeron.

Pero como todos se daban la vuelta en el río, en una mezcla [2] de jinetes y de infantes, y revueltos con ellos también los carros, algunos pisoteados por unos y otros y atravesados por las espadas y lanzas de sus compañeros perdieron la vida sin socorro posible, y otros, empujados en tropel por la caballería enemiga a la corriente del río y recibiendo las heridas por la espalda, perecieron. Muchos murieron sin herida recibida del [3] enemigo, amontonados sus cuerpos por el pánico, la multitud y las dificultades de la corriente del río. Y lo que fue más grave, al resultar impetuosas las lluvias, el río con una corriente más violenta arrastraba a muchos y los hundía, y mató a los que intentaban salvarse a nado con sus armas.

Al final, incluso los cartagineses que formaban el batallón [4] sagrado, cuyo número era de dos mil quinientos, y que ocupaban el primer puesto por su valor y reputación y también por su riqueza, todos fueron muertos después de luchar con brillantez<sup>277</sup>. De los demás que a su lado combatieron, más de diez mil murieron y fueron tomados prisioneros no menos de quince mil. La mayoría de las bigas fueron destruidas en el combate, pero doscientas fueron capturadas; las acémilas, las yuntas y un gran número de carros cayeron en manos de los griegos. De las armas muchas se perdieron en el río, pero mil corazas y más de diez mil escudos fueron llevados a la tienda de Timoleón<sup>278</sup>. De estos, algunos se dedicaron más tarde en los templos de Siracusa, otros se distribuyeron entre los aliados, y algunos fueron enviados a Corinto por Timoleón ordenando que fueran dedicados en el templo de Posidón.

[81] También fueron capturadas muchas riquezas porque los cartagineses tenían una gran cantidad de copas de plata y de oro, y además el resto del atavío que era extraordinario por la gran abundancia de recursos entre ellos; todo ello Timoleón lo cedió

a los soldados para que lo tuvieran como premio de su valentía. [2] Los cartagineses que escaparon del peligro de la batalla con dificultad se salvaron huyendo a Lilibeo. Tal espanto y miedo les dominaban que no se atrevían a embarcar en las naves ni a navegar hacia Libia, como si fueran a ser tragados por el mar Líbico debido a la hostilidad de sus dioses.

[3] Cuando los de Cartago se enteraron de la magnitud de la derrota, quedaron desalentados en sus espíritus y creían que Timoleón vendría en seguida contra ellos con su ejército. De inmediato hicieron volver al desterrado Gescón, hijo de Hannón<sup>279</sup>, y le nombraron general, porque les parecía que destacaba [4] por su audacia y destreza militar. Ellos decidieron no arriesgar vidas de ciudadanos, sino alistar mercenarios extranjeros, sobre todo griegos; pensaban que muchos responderían a una expedición militar por lo elevado de la soldada y la riqueza de Cartago. Enviaron a Sicilia embajadores adecuados, marcándoles los términos en los que sería posible concertar la paz.

[82] Al cumplirse este año era arconte en Atenas Lisimáquides y en Roma fueron elegidos cónsules Quintio Servilio y Marco Rutilio<sup>280</sup>. En este año, Timoleón, después de regresar a Siracusa, primero expulsó de la ciudad como traidores a todos los mercenarios que, siguiendo a Trasio, lo habían abandonado<sup>281</sup>. Éstos, tras pasar a Italia y apoderarse de una plaza fuerte costera [2] en Bretia, la arrasaron. Los brutios, indignados, marcharon inmediatamente contra ellos con un gran ejército, rindieron por asedio la plaza y mataron a todos a flechazos<sup>282</sup>. Así, los mercenarios que abandonaron a Timoleón obtuvieron tal desgracia en correspondencia a su propio delito.

Y Timoleón capturó al etrusco Postumio, que saqueaba a los [3] navegantes con doce naves piratas y que navegó hacia Siracusa como amigo, y lo ejecutó<sup>283</sup>. Y recibió también amistosamente a los colonos enviados por los corintios, que eran cinco mil<sup>284</sup>. Luego, cuando los cartagineses enviaron embajadores y le suplicaron insistentemente, concertó con ellos la paz a condición de que todas las ciudades griegas quedaran libres, y que el río llamado Lico fuera el límite de los dominios de ambos; y, además, que los cartagineses no podrían ayudar a los tiranos que hiciesen la guerra a los siracusanos<sup>285</sup>.

[4] Después de esto, venció en la guerra a Híctas y lo condenó a muerte, y, tras someter a asedio a los campanos en Etna, los eliminó. También aterrorizó a Nicodemo, tirano de los centoripinos, y lo expulsó de la ciudad, y puso fin a la tiranía de Apoloníades, señor de los agirineos, e hizo siracusanos a los que habían sido liberados. En una palabra, arrancó de raíz a todos los tiranos de la isla, y a las ciudades que había liberado las [5] acogió en alianza<sup>286</sup>. Cuando él proclamó en Grecia que los siracusanos darían tierra y casa a los que quisieran compartir la constitución de Siracusa, muchos griegos se presentaron para la colonia. Finalmente fueron establecidos como colonos en

la tierra no parcelada de Siracusa cuarenta mil personas, y en Agirinea diez mil, debido al tamaño y bondad de la tierra.

[6] En seguida, también Timoleón revisó las leyes existentes en Siracusa, que redactó Diocles. Dejó tal como estaban las referidas a contratos privados o de herencias, pero corrigió las que habían sido establecidas sobre asuntos públicos según su propio concepto de lo que le parecía conveniente. Responsable y corrector de la legislación fue el corintio Céfalo, hombre distinguido en educación e inteligencia. Cuando Timoleón terminó estos asuntos, trasladó a Siracusa a los leontinos, y, tras instalar colonos en Camarina, hizo crecer la ciudad.

En resumen, al haber establecido pacíficamente todas las [83] cosas en Sicilia, logró que las ciudades pronto adquirieran un gran auge que las condujo a la prosperidad. Porque desde hacía mucho tiempo, debido a las revueltas y a las guerras civiles, y, además, a la multitud de los tiranos que siempre se alzaban, las ciudades estaban desiertas de habitantes, y los terrenos estaban devastados por el abandono y habían quedado estériles de productos cultivados. Pero ahora, a causa del gran número de los colonos que predominaban y de la paz que se presentaba después de mucho tiempo, los terrenos fueron sacados del estado salvaje con cultivos y produjeron muchas cosechas de toda clase. Los siciliotas, vendiéndolas a los comerciantes ventajosamente, pronto aumentaron sus haciendas.

Así, por la abundancia procedente de estos ingresos muchos [2] y grandes monumentos se construyeron en aquellos tiempos: en Siracusa, en la Isla, la sala llamada «de los sesenta lechos»<sup>287</sup>, que superaba por su tamaño y equipamiento a los edificios de Sicilia, que construyó el soberano Agatocles<sup>288</sup>, y él, al sobrepasar por lo abrumador del edificio a los templos de los dioses, obtuvo una señal cuando fue fulminado por un rayo por obra de la divinidad; las torres en el Puerto Pequeño, que tenían inscripciones con piedras de diferentes clases, declarando el nombre de Agatocles como su constructor; de manera similar a éstos, un poco después, bajo el gobierno del rey Hierón<sup>289</sup>, el Olimpieo en el mercado y el altar cercano al teatro, que tenía un estadio de longitud y una altura y anchura proporcionales.

[3] En las ciudades más pequeñas, entre las que se cuenta la de los agirineos, que compartía entonces el establecimiento de una colonia debido a la abundancia de los cultivos antes descrita, construyó un teatro, el más bello de los de Sicilia, tras el de los siracusanos, templos de los dioses, una sala de consejo, y un mercado; además edificó torres dignas de mención, tumbas de muchas y grandes pirámides, distinguidas por su buen gusto.

[84] Cuando Carondes era arconte en Atenas, recibieron el poder consular Lucio Emilio y Gayo Plaucio<sup>290</sup>. En este año, el rey Filipo, que había llevado a la mayoría de los griegos a la amistad con él, ponía todo su empeño en tener la indiscutible hegemonía

de Grecia, una vez que hubiera aterrorizado a los atenienses. [2] Por lo tanto, de repente se apoderó de la ciudad de Elatea, reunió en ella sus fuerzas y decidió hacer la guerra a los atenienses<sup>291</sup>. Como éstos se encontraban desprevenidos debido a la paz concertada<sup>292</sup>, esperaba que rápidamente obtendría la victoria; lo que realmente ocurrió. Porque una vez capturada Elatea vinieron de noche algunos anunciando la toma de la ciudad y que rápidamente llegaría Filipo con su ejército al Ática. Atónitos por lo inesperado de la acción, los generales atenienses [3] llamaban a los trompetas y les ordenaban que tocaran la señal de alarma durante toda la noche.

Divulgada la noticia por todos los hogares la ciudad estaba en pie por el miedo, y al amanecer todo el pueblo concurrió al teatro, antes de que los arcontes los convocaran según era costumbre. Cuando llegaron los generales e introdujeron al que dio [4] la noticia y aquél habló, el silencio y el miedo llenaban el teatro y ninguno de los que acostumbraban hablar ante la asamblea se atrevía a dar consejo alguno. Y aunque el heraldo invitó repetidas veces a los que iban a hablar sobre la salvación común, nadie se mostraba dispuesto a dar un consejo. Así, entre una [5] gran perplejidad y consternación, la multitud volvía los ojos hacia Demóstenes. Y él, tras bajar del asiento y animar al pueblo a tener confianza, opinaba que era necesario enviar de inmediato embajadores a Tebas<sup>293</sup> e invitar a los beocios a concertar un combate en común a favor de la libertad; pues el tiempo no permitía enviar embajadas a los demás aliados para un pacto de apoyo; en dos días era inminente que el rey llegara al Ática y como la marcha se hacía a través de Beocia, la alianza con los beocios era la única que quedaba; y, como era evidente que Filipo era amigo y aliado de los beocios, intentaría en el camino asociarlos para la guerra contra los atenienses.

Al aceptar el pueblo la propuesta y que el decreto sobre la [85] embajada fuera escrito por Demóstenes, pedía la intervención del orador más elocuente; y Demóstenes aceptó el encargo con buena disposición. Finalmente, tras llevar a cabo la embajada con rapidez y persuadir a los tebanos, volvió a Atenas<sup>294</sup>.

Y el pueblo con la alianza de los beocios duplicó el ejército [2] que antes tenía y se reanimó en sus esperanzas. Rápidamente designó como generales a Cares y a Lisicles y envió en masa con las armas a los soldados a Beocia. Al aprestarse todos los jóvenes animosamente para el combate, marcharon con toda rapidez y llegaron a Queronea de Beocia<sup>295</sup>. Los beocios quedaron admirados por la prontitud de la llegada de los atenienses y, como ellos mismos no quedaban atrás en esfuerzo, se presentaron con sus armas y después de establecer un campamento conjunto [3] esperaban el ataque de los enemigos. Filipo, como primera medida, envió embajadores a la Liga Beocia, de cuyos miembros el más ilustre era Pitón. Este hombre, en efecto, era célebre por su elocuencia y aunque fue juzgado entre los beocios por su discurso sobre la alianza como el que sobresalió sobre los demás frente a Demóstenes, sin embargo se mostró [4] inferior a



éste. Y el propio Demóstenes se enorgullece de haber conseguido algo grande en su declamación contra este orador en los discursos escritos por él en los que dice: *«Entonces yo no cedí ante Pitón, aunque se mostraba insolente y lanzaba un torrente de palabras contra vosotros<sup>296</sup>»*.

[5] Tras esto Filipo, aunque no alcanzó el apoyo de los beocios, no menos resolvió luchar contra ambos. Por eso, tras esperar a los aliados rezagados, marchó a Beocia, con más de treinta mil infantes y no menos de dos mil jinetes. Unos y otros estuvieron [6] dispuestos para la batalla en sus ánimos y deseos, y, además, se presentaron igualados en valor, pero el rey era superior en número y en pericia militar. Había luchado en muchas y diversas [7] batallas y, al haber vencido en la mayoría de ellas, tenía una gran experiencia en operaciones militares. Por parte de los atenienses los mejores de sus generales estaban muertos —Ifícrates, Cabrias, y además Timoteo— y el más importante de los que quedaban, Cares<sup>297</sup>, en nada se diferenciaba de cualquier particular en la energía y prudencia para mandar un ejército.

Al empezar el día los ejércitos estaban desplegados, y el rey [86] lo situó a su hijo Alejandro (que era por la edad un muchacho, pero reconocible por su valor y rapidez de acción) en una de las alas, colocando con él a sus generales más importantes; y él mismo, con hombres escogidos a su lado, tenía el mando de la otra parte y distribuyó las unidades una tras otra de manera apropiada a las ocasiones que se presentaban. Los atenienses [2] por su parte, al hacer la división del ejército por pueblos, asignaron a los beocios una parte, y ellos tenían el mando del resto. Se produjo una dura batalla durante largo tiempo; y al ser muchos los que caían por ambos bandos, hasta un cierto momento el combate mantenía dudosas las esperanzas de victoria.

Luego, Alejandro, ansioso de demostrar a su padre su propia [3] valentía y sin delegar en nadie su exceso de ambición, al igual que los muchos hombres valientes que luchaban a su lado, fue el primero que rompió la firme formación enemiga, y, derribando a muchos, abatía a los que estaban situados frente a él. Y [4] como hicieron lo mismo los que formaban con él, constantemente se rompía el frente de la línea enemiga. Cuando eran muchos los cadáveres que se amontonaban, los de Alejandro fueron los primeros que presionaron a sus oponentes y les pusieron en fuga. A continuación también el rey en persona, afrontando el peligro y no dejando ni al propio Alejandro el título de la victoria, primero rechazó por la fuerza a los contrarios, y luego, tras obligarlos a huir, resultó el artífice de la victoria.[5] Cayeron en la batalla más de un millar de atenienses y fueron [6] capturados no menos de dos mil. Del mismo modo, muchos beocios perdieron la vida y no pocos fueron hechos prisioneros. Después de la batalla, Filipo levantó un trofeo, cedió a los muertos para su entierro, hizo sacrificios a los dioses por la victoria y recompensó a los que se habían portado valerosamente según su mérito<sup>298</sup>.

[87] Cuentan algunos que durante la comida Filipo se hartó de beber vino sin



mezclar y, celebrando con sus amigos una fiesta de cantos y bailes por la victoria, caminaba por en medio de los prisioneros mofándose con palabras de las desdichas de los infortunados. Y que en aquel momento el orador Démades, que estaba entre los prisioneros, utilizó la libertad de palabra y dijo con franqueza un comentario capaz de rechazar la insolencia del rey<sup>299</sup>. Afirman que le dijo: «¡Oh, rey, cuando la fortuna te ha puesto en [2] el papel de Agamenón, ¿no te da vergüenza hacer el papel de Tersites?<sup>300</sup>». Y que Filipo, movido por lo certero de la reprimenda, tanto cambió todo su comportamiento que dejó caer las coronas, se quitó de encima los símbolos de desenfreno que acompañan a la fiesta, y que mostró su admiración al hombre que usó la franqueza, liberándolo del cautiverio y acogiéndolo junto a él con honor. Finalmente, tratado por Démades con el encanto ático, [3] liberó a todos los prisioneros sin rescate y, en resumen, abandonando la arrogancia de la victoria, envió emisarios al pueblo de Atenas y acordó con ellos amistad y alianza<sup>301</sup>. Y con los beocios concertó la paz, pero tras poner una guarnición en Tebas.

Después de la derrota, los atenienses condenaron a muerte [88] al general Lisicles, siendo su acusador el orador Licurgo. Pues éste tenía la mayor reputación entre los oradores de entonces y durante doce años había administrado los ingresos de la ciudad con general aplauso; llevaba una vida bien conocida por su virtud, pero era un acusador muy duro en sus intervenciones. Cualquiera conocería la categoría y dureza de sus palabras en [2] las que dijo, acusando a Lisicles: «Estabas al frente del ejército, Lisicles, y mil ciudadanos han muerto y dos mil han resultado prisioneros, ha quedado levantado un trofeo contra la ciudad y toda Grecia está esclavizada; y cuando todo esto ha ocurrido siendo tú el guía y el general, te atreves a vivir, a contemplar la luz del sol y a irrumpir en el mercado, convirtiéndote en un monumento de vergüenza y deshonor para la patria».

[3] Ocurrió algo singular en aquellos momentos. Al mismo tiempo que se produjo la batalla en Queronea, otra batalla se disputó en Italia en el mismo día y a la misma hora cuando guerreaban los tarentinos contra los lucanos. Combatía por los tarentinos Arquidamo, el rey de los lacedemonios, cuando sucedió [4] que él mismo perdió la vida. Éste gobernó a los lacedemonios durante veintitrés años, y le sucedió en el trono su hijo Agis y gobernó durante nueve años<sup>302</sup>.

[5] Al mismo tiempo que sucedían estas cosas murió Timoteo, el tirano de Heraclea del Ponto, tras gobernar durante quince años, y le sucedió en la tiranía su hermano Dionisio y que gobernó durante más de treinta y dos años.

[89] Cuando Frínico era arconte en Atenas, los romanos pusieron como cónsules a Tito Manlio Torcuato y a Publio Decio<sup>303</sup>. En este año el rey Filipo, orgulloso por su victoria en Queronea y tras llenar de temor las ciudades griegas más ilustres, ambicionaba [2] hacerse el líder de toda Grecia. Como hizo esparcir el rumor de que quería, en provecho de los griegos, emprender la guerra contra los persas y tomar de ellos venganza

por el sacrilegio hecho a los templos, logró las simpatías de los propios griegos. Mostrando cortesía con todos, tanto privada como públicamente, informaba a las ciudades de que quería mantener [3] conversaciones sobre asuntos de interés. Por ello, convocado en Corinto un congreso general, tras hablar de la guerra contra los persas y hacer concebir grandes esperanzas, empujó a los congresistas hacia la guerra<sup>304</sup>. Al final, como los griegos lo eligieron general de Grecia con plenos poderes, hacía grandes preparativos para la campaña militar contra los persas. Una vez que señaló a cada ciudad el número de soldados para la alianza militar, regresó a Macedonia.

En esta situación estaban las cosas de Filipo.

En Sicilia, el corintio Timoleón murió después de haber organizado [90] todos los asuntos a los siracusanos y a los siciliotas y ejercer el generalato durante ocho años. Los siracusanos que le habían dado una gran acogida por su pericia y por la multitud de sus servicios lo sepultaron con magnificencia, y durante el entierro, concentrada la gente, Demetrio, que tenía la voz más potente de los heraldos de entonces, proclamó el decreto siguiente: «El pueblo de los siracusanos ha votado que este Timoleón, hijo de Timéneto, corintio, sea enterrado con un costo de doscientas minas, y que sea honrado en el tiempo sucesivo con competiciones musicales, hípicas y gimnásticas, porque, tras aniquilar a los tiranos, vencer a los bárbaros y repoblar las mayores ciudades griegas, ha sido el autor de la libertad de los siciliotas<sup>305</sup>».

En esta misma época murió Ariobarzanes<sup>306</sup>, después de [2] reinar durante veintiséis años, y le sucedió en el trono Mitridates, que gobernó durante treinta y cinco años. Los romanos, enfrentados a los latinos y los campanos cerca de la ciudad de Suesa<sup>307</sup>, vencieron y confiscaron una parte del territorio de los vencidos. El cónsul Manlio, que había ganado la batalla, obtuvo el triunfo.

[91] Cuando Pitodoro era arconte en Atenas, los romanos eligieron cónsules a Quinto Publio y a Tiberio Emilio Mamerco, y tuvo lugar la Olimpiada centésima undécima, en la que Cleomante [2] de Clétor ganó la carrera del estadio<sup>308</sup>. En este año, el rey Filipo, establecido como general por los griegos e iniciando la guerra contra los persas, envió por delante a Asia a Átalo y a Parmenión, tras asignarles una parte de su ejército y ordenarles que liberaran las ciudades griegas<sup>309</sup>; mientras, él mismo, deseoso de encargarse de la guerra con la voluntad de los dioses, preguntó a la Pítia si vencería al rey de los persas. Ella profetizó el siguiente oráculo:

*El toro está coronado de guirnaldas, tiene su fin, existe el que lo sacrificará.*<sup>310</sup>

[3] Así Filipo, aunque el oráculo era ambiguo, tomó la respuesta como particularmente favorable, esto es, que el vaticinio profetizaba que el persa sería sacrificado a la manera de una víctima. Pero en realidad no fue así, sino que indicaba,

por el contrario, que en una fiesta y entre sacrificios a los dioses, Filipo, coronado de guirnaldas, sería asesinado como un toro. Sin embargo, por creer que los dioses combatirían a su lado, estaba [4] muy contento, pensando que Asia llegaría a ser apresada por los macedonios.

Inmediatamente celebraba magníficos sacrificios a los dioses y organizaba las bodas de su hija Cleopatra, la que tenía de Olímpide, y a la que dio en matrimonio a Alejandro, rey del Epiro<sup>311</sup>, que era el propio hermano de Olímpide. Como quería [5] que junto con los honores a los dioses participaran de la fiesta tantos griegos como fuera posible, organizaba magníficas competiciones musicales y lujosos banquetes para los amigos y huéspedes. Por eso hacía venir de toda Grecia a sus huéspedes [6] personales y ordenaba a sus propios amigos que invitaran a cuantos conocidos pudieran del extranjero. Porque deseaba enormemente mostrarse amable ante los griegos y responder con entretenimientos adecuados a los honores que se le otorgaron con el mando supremo.

Finalmente, cuando muchísimos afluían a la fiesta desde todas [92] partes, y celebraban las competiciones y la boda en Egas<sup>312</sup> en Macedonia, lo coronaron con coronas de oro no sólo cada individuo de los notables, sino la mayoría de las ciudades importantes, entre las que estaba también la de los atenienses. El [2] heraldo anunciaba este premio y al final dijo que si alguno, después de conspirar contra el rey Filipo, huía a la ciudad de los atenienses, éste sería entregado. Mediante la frase dicha sin reflexión como por una cierta predicción de origen sagrado, la divinidad indicaba con claridad la conjura que iba a tener lugar seguidamente contra Filipo. En correlación con esto surgieron [3] también otras voces como inspiradas por la divinidad que pronosticaban la ruina del rey.

Porque en el festín real el actor trágico Neoptólemo<sup>313</sup>, que ocupaba el primer puesto por la potencia de su voz y fama, fue invitado por Filipo a ofrecer piezas que habían tenido éxito, y, sobre todo, las que se referían a la campaña contra los persas; el artista, creyendo que sería bien recibida la obra apropiada a la travesía de Filipo y con la intención de reprender la felicidad del rey de los persas, que, aunque grande y famosa, podría caer alguna vez en lo contrario debido a la fortuna, comenzó a pronunciar este poema:

*Tenéis ahora vuestro pensamiento en algo más alto que el cielo  
y que la tierra de las grandes llanuras,  
tenéis vuestro pensamiento en superar  
con palacios a los palacios, con insensatez  
juzgando que tenéis la vida por delante.  
Pero él, con sus pies ágiles, coge  
el camino que va a la oscuridad,*

*de pronto invisible avanza  
suprimiendo las grandes esperanzas  
Hades que causa grandes penas a los mortales*<sup>314</sup>.

Prosiguió a continuación con el resto, todo refiriéndose al [4] mismo asunto. Filipo, complacido con lo que se contaba, estaba total y absolutamente imbuido por la idea de la ruina del rey de los persas, y consideraba a la vez que el oráculo predicho por la Pitia tenía una intención semejante a lo recitado por el actor trágico.

Por último, terminado el banquete y como las competiciones [5] empezaban al día siguiente, la multitud, cuando aún era de noche, corría hacia el teatro; y al amanecer, cuando empezaba el desfile con los demás lujosos preparativos, tomaban parte en la procesión las estatuas de los doce dioses, labradas con gran maestría y adornadas maravillosamente con el resplandor del oro; y con ellas, como decimotercera, desfilaba en la procesión la magnífica estatua del propio Filipo, mostrándose el rey a sí mismo entronizado con los doce dioses.

Cuando el teatro estaba a rebosar apareció el propio Filipo [93] vistiendo un manto blanco, y por su orden expresa sus escoltas le seguían separados un gran trecho de él; pues quería demostrar a todos que custodiado por el general afecto de los griegos no tenía necesidad de la guardia de sus lanceros. Y cuando se [2] encontraba en tan alto grado de autoridad y cuando todos aplaudían y a la vez felicitaban al hombre, apareció la increíble y totalmente inesperada conjura contra el rey y su muerte. Y para [3] que quede claro el relato sobre este asunto, expondremos las causas de la conjura.

Pausanias era un macedonio de la región llamada Orestide, guardaespaldas del rey y que por su belleza había llegado a ser amante de Filipo. Cuando vio que otro Pausanias, que tenía su [4] mismo nombre, era amado por Filipo, utilizó con él palabras injuriosas afirmando que era hermafrodita y que estaba dispuesto a aceptar los amores de los que quisieran. Éste, aunque [5] sin soportar la insolencia del ultraje, de momento calló, pero le hizo partícipe a Átalo, uno de sus amigos, sobre lo que iba a hacer: se retiraría de su propia vida voluntariamente y de manera singular. Pocos días después, cuando Filipo estaba combatiendo contra Pleurias, el rey de los ilirios, Pausanias, tras ponerse delante del rey, recibió en su propio cuerpo todas las heridas dirigidas contra él y murió<sup>315</sup>.

[6] El hecho se propagó y Átalo, que era un miembro de la corte y muy influyente junto al rey, invitó a Pausanias a cenar y tras saciarle de mucho vino sin mezclar, entregó su cuerpo a los [7] acemileros para abuso y exceso propio de la ebriedad. Y cuando volvió en sí de la borrachera y notó el dolor por el abuso de su cuerpo, acusó a Átalo ante el rey<sup>316</sup>. Filipo se irritó por la injusticia del hecho, pero no quería castigar la fechoría debido a su familiaridad con Átalo y a que en ese momento tenía necesidad [8] de él; porque Átalo era tío de la Cleopatra casada con el rey como segunda esposa y

había sido elegido con antelación como general del ejército enviado previamente a Asia, como valeroso que era en los combates bélicos. Por eso el rey, queriendo calmar la justa cólera de Pausanias producida por su desgracia, le concedió importantes regalos y lo elevó con honor al servicio de su guardia personal.

[94] Pausanias, sin embargo, manteniendo una cólera implacable, procuraba con ardor tomar venganza no sólo del que cometió la acción, sino también del que no le había vengado. Le ayudaba en este plan sobre todo el sofista Hermócrates<sup>317</sup>. Porque Pausanias era alumno suyo y cuando preguntó durante una conversación cómo alguien llegaría a ser muy famoso, el sofista respondió que si mataba al que hubiera hecho las cosas más importantes; porque en el recuerdo de éste también sería comprendido quien causara su muerte. Y tras poner en relación el [2] argumento con su propia cólera y sin consentir ningún retraso de su plan, debido a su ira, organizó su trama en los propios certámenes que se estaban celebrando de la manera siguiente. Llevó los caballos a las puertas y se acercó a las entradas del [3] teatro con un puñal celta escondido. Cuando Filipo mandó a los amigos que le acompañaban que entraran delante de él en el teatro y los guardaespaldas estaban alejados, viendo que el rey estaba solo, corrió hacia él y lanzando un golpe que atravesó las costillas tendió muerto al rey, mientras él corría hacia las puertas y los caballos que tenía dispuestos para la huida. Inmediatamente, [4] unos guardaespaldas se lanzaron hacia el cuerpo del rey mientras otros se precipitaron a la caza del asesino, y entre ellos se encontraban Leonato, Perdicas<sup>318</sup> y Átalo. Y Pausanias, tras tomar la delantera en la persecución, habría llegado antes a saltar sobre el caballo si no fuera porque cayó al enredarse su sandalia en una vid. Por eso lo atraparon los de Perdicas cuando se levantaba del suelo y derribándolo todos a la vez lo mataron<sup>319</sup>.

[95] Así Filipo, convertido en el más importante de los reyes de Europa de su época, y que por la grandeza de su poder se encontró entronizado entre los doce dioses, alcanzó tal ruina de su [2] vida, tras gobernar durante veinticuatro años. Se piensa que este rey se hizo valer porque, habiendo recibido las mínimas condiciones para la monarquía, en cambio llegó a poseer el mayor de los imperios entre los griegos, y por incrementar su poder no tanto por su valentía en las armas como por su conducta [3] y amabilidad en las negociaciones. Afirman que el propio Filipo se enorgullecía más por su sagacidad militar y por sus aciertos [4] mediante el trato que por su valor en los combates; porque de los éxitos en los combates participaban todos los soldados, pero de los aciertos que se producían mediante la negociación sólo él obtenía el título.

[5] Puesto que nosotros hemos llegado a la muerte de Filipo, terminamos este libro aquí según lo expuesto al principio; en el siguiente, tras describir al comienzo la toma de la realeza por Alejandro, intentaremos abarcar todas sus hazañas en un solo libro.



<sup>2</sup> En I. 3 Diodoro ya declaraba su propósito de hacer un relato histórico continuo, describiendo los hechos desde los tiempos más antiguos hasta su propia época, sin desperdigar los tiempos y los hechos en muchas obras; es evidente que está criticando a historiadores como Éforo, Teopompo o los historiadores de Alejandro; de algunos de ellos hará referencia más tarde.

<sup>3</sup> Desde el 360/359 a. C. (XVI 2, 1) al 336/335 a. C. (XVI 94, 3 ss.).

<sup>4</sup> Por dos veces, Diodoro en libros anteriores ha tratado la expulsión de Amintas de su reino por obra de los ilirios, en el 393/392 a. C. (XIV 92, 3-4) y en el 383/382 a. C. (XV 19, 2).

<sup>5</sup> Referencia a la Liga de Corinto (XVI 89, 1 ss.).

<sup>6</sup> Véase más adelante la nota 86.

<sup>7</sup> Todos estos pueblos rodeaban a Macedonia y le eran hostiles.

<sup>8</sup> Esto no es exactamente así. El propio Diodoro, en XVII, 7. 3-5, cuando da el número de los soldados que formaban el ejército de Alejandro cuando cruzó a Asia, dice que había 32.000 infantes, de los cuales sólo 12.000 eran macedonios, y 5.100 jinetes, de los que 1.800 eran macedonios; el resto eran aliados, griegos o no, y mercenarios. Es verdad, en cambio, que la gran mayoría de generales y comandantes eran de Macedonia.

<sup>9</sup> Se trata del año 360/359 a. C. Diodoro, como Polibio, intenta que coincida el año griego (que empezaba en verano) con el romano (que empezaba el primero de enero). En cuanto a los nombres de los cónsules, debe tenerse en cuenta que Diodoro presenta bastantes diferencias con los datos de los *Fasti Capitolini*, porque, en este libro XVI en concreto, no tiene en cuenta cuatro años en los que en Roma se nombraron dictadores (333, 324, 309 y 301 a. C.), lo que provoca un anticipo de cuatro años respecto a la cronología de la *Vulgata*. Los cónsules que aquí aparecen son los del año 363. Para una cronología de los cónsules en Roma es esencial T. R. S. BROUGHTON, *The Magistrates of Roman Republic*, Nueva York 1951-1952 (Cleveland, 1968).

<sup>10</sup> Según JUSTINO, *Epítome de las «Historias Filípicas» de Pompeyo Trogo*, VII, 5. 1, al haber muerto con anterioridad Amintas, fue Alejandro II, hermano mayor de Filipo y nuevo rey de Macedonia, quien lo entregó primero a los ilirios y luego a los tebanos; lo mismo afirma el propio Diodoro, contradiciendo lo que aquí dice, en XV 67, 4. También hay una variante en PLUTARCO, *Pelópidas*, 26, 5, según la cual fue Pelópidas quien tomó como rehén a Filipo, y, además, éste estuvo viviendo en casa de Pammenes y no en la de Epaminondas.

<sup>11</sup> El nombre del maestro pitagórico, Lisis de Tarento, lo proporciona NEPOTE, *Epaminondas* 2, 2. Esta educación compartida de Epaminondas y Filipo parece una leyenda fabricada para que coincidiera la formación de las dos máximas figuras militares y políticas de Tebas y Macedonia.

<sup>12</sup> La sucesión en el trono de Macedonia fue bastante complicada: Amintas III tuvo con su primera esposa, Eurídice, tres hijos, todos los cuales fueron reyes de Macedonia: Alejandro II (rey en 370-368), Perdicas III (rey en 365-359) y Filipo II (rey en 359-336). Esta Eurídice, al quedar viuda de Amintas, se casó con Tolomeo de Aloro (hijo natural de Amintas III), quien, a su vez, fue rey entre 368 y 365, tras eliminar a Alejandro II, y tutor de Perdicas III y Filipo II. Muerto también Tolomeo de Aloro a manos de Perdicas III, cuando este último murió en una batalla contra los ilirios, el sucesor debería haber sido su hijo Amintas IV, pero como era un niño, Filipo II fue, en principio, su tutor, y luego, rey en su lugar.

<sup>13</sup> Pausanias tenía, en efecto, cierto parentesco con la familia real. ESQUINES, *Acercas de la embajada fraudulenta* 25-30, cuenta cómo este Pausanias, desterrado de Macedonia, causó problemas a Tolomeo de Aloro, mientras este último fue rey, y que esta dificultad fue resuelta con ayuda ateniense, que envió al general Ifícrates. Argeo también fue rey de Macedonia en el 393/392 suplantando a Amintas III, quien acabó expulsándolo, según nos dice el propio Diodoro (XIV 92, 4).

<sup>14</sup> Macedonia había tenido siempre una buena caballería, formada por nobles (aun así, también Filipo la modificó, dotando de coraza, casco y lanza a los jinetes); su fallo había estado en la infantería. Filipo comenzó por profesionalizar a sus infantes y someterlos a un entrenamiento riguroso; lo revolucionario de la nueva



formación de ataque, la falange, se basó en aligerar de armamento la infantería, quitando la coraza y el escudo de grandes dimensiones y dotándola de un pequeño escudo defensivo y, fundamentalmente, de la sarisa, una lanza de gran longitud (12 codos era la dimensión de la más larga, 5,328 m, según nos informa un contemporáneo, TEOFRASTO, *Historia de las plantas*, III, 12. 2), de madera de cornejo, que llevaban de frente las cinco primeras filas de la falange, mientras que las posteriores las levantaban por encima del hombro de los primeros, para que sirvieran como defensa contra los proyectiles que pudieran lanzar los contrarios. La falange, con todo, necesitaba un terreno llano para poder maniobrar. Para su historia y evolución sigue siendo útil el libro de A. M. SNODGRASS, *Arms and armours of the Greeks*, Camelot Press, Londres y Southampton, 1967, págs. 117-123.

<sup>15</sup> Egea (*Aigai*, «las cabras») era una ciudad macedonia en la que, tradicionalmente, eran enterrados sus reyes, siguiendo una vieja costumbre que aseguraba que el rey que no tuviera allí su tumba no tendría sucesor. Su localización fue muy discutida hasta que en 1977, en el pueblo llamado hoy Vergina, el arqueólogo griego Manolis Andrónikos descubrió varias tumbas reales intactas, entre ellas la del propio Filipo, con un riquísimo ajuar funerario.

<sup>16</sup> Según APIANO, *Guerras civiles*, IV. 105, esta ciudad se llamó primero Dato, luego Crénides (*kréē*, «fuente») por los numerosos manantiales que allí había y, por último, Filipo, que sería el lugar de la batalla entre Octavio y los asesinos de César, Bruto y Casio, el 23 de octubre del año 42 a. C.

<sup>17</sup> Teopompo de Quíos, que nació en el 378/376 a. C., sin que se sepa la fecha de su muerte, desde luego posterior al 332 a. C., intentó continuar la obra de Tucídides, con unas *Helénicas* que llegaban hasta la batalla de Cnido (394 a. C.); discípulo de Isócrates (escribió también un *Panatenáico* y *Encomios*, a Filipo, Alejandro y Mausolo), permaneció mucho tiempo en la corte de Filipo, al que dedicó unas *Filípicas*, a las que aquí hace mención Diodoro, que construyó con la idea central de que Filipo marcaba una nueva época, por lo que contar sus empresas era sólo un marco para una historia universal contemporánea, con capítulos dedicados a griegos, persas y sicilianos. Hizo también un *Epítome de Heródoto* en dos libros, pero de su obra sólo quedan fragmentos.

<sup>18</sup> Eucaristo fue arconte de Atenas en el año 359/358 a. C., y los cónsules que da Diodoro son, en cambio, los del año 362 a. C.

<sup>19</sup> Sobre la campaña contra los ilirios da datos también JUSTINO, *Epítome*, VII, 6. 7-8.

<sup>20</sup> Se trataba de las ciudades que había ocupado Bardilis tras su victoria sobre Perdicas III, en la que éste murió, el año 359 a. C., poco antes del acceso de Filipo al trono.

<sup>21</sup> Probablemente, Filipo utilizó la táctica que había visto en Tebas, el ataque oblicuo, que consistía en reforzar una de las alas del ejército (en este caso la derecha) para el ataque y dejar la otra para la defensa.

<sup>22</sup> Dionisio II el Joven había sucedido a su padre, Dionisio I, en el 368/367 a. C. (cf. DIODORO, XV, 73. 5 y 74. 5).

<sup>23</sup> La guerra contra los cartagineses de Sicilia la había iniciado Dionisio I en el año 368 a. C. y la paz con ellos se había realizado unos años antes del 358 a. C. en el que nos encontramos.

<sup>24</sup> Según el propio DIODORO (XIV, 100), Dionisio I había atacado la ciudad de Reggio, en su intento por dominar a los griegos del sur de Italia, pero cuando sus habitantes se defendieron y se vio en peligro, concluyó una alianza con los lucanos, que pronto se transformó en hostilidad. A esta guerra se refiere PLATÓN en sus *Cartas III*, 317 a y *VII* 338 a.

<sup>25</sup> Se trata casi con seguridad de los ilirios, que practicaban la piratería desde sus bases en la costa oriental del Adriático.

<sup>26</sup> Cefisodoto fue arconte de Atenas en el 358/357 a. C. Los cónsules son los del año 361 a. C.

<sup>27</sup> Platón había ido a Sicilia por vez primera en el 388/387 y allí conoció a Dión, surgiendo entre ellos una fuerte amistad que duró hasta la muerte de Dión, treinta y tres años más tarde. Durante los primeros años del gobierno de Dionisio II, su tío Dión fue su guía en el gobierno, y, por su influencia, Platón realizó un segundo

viaje a Sicilia (año 367 a. C.), con la idea de realizar allí su idea del Estado presidido por un filósofo-rey. Al no tener el joven tirano la menor intención de someterse a la disciplina que Platón preconizaba, el filósofo regresó a Atenas, pero volvió a la isla, ante los ruegos del propio Dionisio, en el 361 a. C., en un tercer viaje que terminó en fracaso, llegando incluso Platón a temer por su vida, aunque finalmente fue ayudado por su amigo Arquitas de Tarento. Diodoro nada dice de esta relación entre Dión y Platón, que sí aparece en PLUTARCO, *Dión*, en muchos pasajes; en NEPOTE, *Vidas. Dión*, 2. 2; 3. 3, y en las *Cartas* de PLATÓN, III, IV y VII.

<sup>28</sup> La versión de PLUTARCO, *Dión*, 14. 4-7, es diferente: la razón fue una carta que, en secreto, Dión había dirigido a los comisarios de los cartagineses para que contaran con él cuando trataran de la paz con Dionisio; esta carta cayó en poder del tirano, quien, tras leerla a Dión, terminó por acusarlo de traición, lo embarcó en una pequeña nave y ordenó a sus tripulantes que lo dejaran en las costas de Italia.

<sup>29</sup> Corinto fue la ciudad elegida por Dión por ser la metrópoli de Siracusa, y porque probablemente favorecía el sistema de gobierno que Dión pensaba establecer: «abolir la democracia pura» y «combinar el sistema lacedemonio y el cretense, la democracia y la monarquía, con una aristocracia al frente que dirigiese las cosas más importantes» (PLUTARCO, *Dión*, 53. 3-5).

<sup>30</sup> Sobre este personaje habla brevemente PLUTARCO, *Timoleón*, 10. 6-8, que le pone como ejemplo de gobernante justo y que odiaba a los tiranos, aunque él, evidentemente, era uno de ellos.

<sup>31</sup> Nacido a mediados del siglo IV a. C., Timeo se vio obligado a dejar su ciudad natal cuando Agatocles (361-289 a. C.) se hizo con buena parte de la Sicilia oriental. Timeo se refugió en Atenas, donde siguió las enseñanzas del isocrático Filisto, y en las bibliotecas de la ciudad se formó como historiador, lo que le granjeó las críticas de Polibio por su erudición retórica y libresca. Sin embargo, es mérito de Timeo el haber construido sobre una multitud de trabajos precedentes una historia de Occidente desde el punto de vista de la rivalidad entre griegos y bárbaros. La obra que aquí se cita, *Historias*, narraba la historia del occidente griego hasta la primera guerra púnica, y parece que añadió un apéndice *Sobre Pirro*, que llegaba hasta el 264 a. C. Fue muy cuidadoso con la cronología y contribuyó al establecimiento del cómputo por Olimpiadas. De su obra quedan sólo fragmentos.

<sup>32</sup> Cuenta Diodoro en XIV, 15. 2-3, que Procles, jefe de los naxios, entregó su ciudad a Dionisio I, quien redujo la ciudad de Naxos a la esclavitud, arrasó las murallas y casas y dio el territorio a los sículos, que eran sus vecinos (403 a. C.). Más tarde, en el 396/395 a. C., según el propio Diodoro (XIV, 59. 1-3), el monte llamado Tauro, una posición natural bien defendida, fue ocupada por los sículos que la rodearon con murallas y habitaron allí, llamando a la ciudad Tauromenio «por el hecho de *permanecer* allí los que se habían reunido en el *Tauro*», con la misma falsa explicación etimológica que aquí se repite (*Tauro* más *ménein*, «permanecer»), pero atribuyéndosela a Andrómaco. La ciudad es la moderna Taormina.

<sup>33</sup> Éste es un dato importante, ya que fija un término *post quem* de la vida de Diodoro: la fecha del año 36 a. C. en el que Octavio (al que Diodoro llama César) estableció una colonia romana en Taormina (a ella hace referencia PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural*, III, 88).

<sup>34</sup> Diodoro se equivoca al situar la guerra de Eubea en el año del arcontado de Cefisodoto (358/357 a. C.), cuando ocurrió un año después, en el 357/356 a. C., bajo el arcontado de Agatocles. Según ESQUINES, *Contra Ctesifonte*, 85, la guerra duró unos días; los tebanos, tras su victoria en Leuctra (371 a. C.), intentaron extender su influencia en el Peloponeso, y, entre otras acciones, pasaron a Eubea con intención de someterla. Atenas envió un contingente militar y venció rápidamente a los tebanos que se retiraron tras llegar a un acuerdo.

<sup>35</sup> Quíos, Rodas y Bizancio estaban entre los aliados más antiguos de Atenas en la Liga Naval del siglo IV a. C.; incitadas a la rebelión por Epaminondas (según el propio Diodoro en XV, 79. 1), el motivo parece que fue la negativa a pagar tributos a Atenas (ISÓCRATES, *Sobre la paz*, 36); la guerra empezó en el 357 a. C. y duró hasta el 355 a. C.

<sup>36</sup> Mausolo, sátrapa de Caria desde el 377/376 al 353 a. C. fue, según DEMÓSTENES, *Por la libertad de los rodios*, 3, el principal instigador de esta guerra social.

<sup>37</sup> NEPOTE, *Vidas. Dión*, XII. 4.

<sup>38</sup> Cf. 4. 5-7.

<sup>39</sup> La ciudad de Anfípolis, conquistada y colonizada por Atenas en el 437 a. C., era una plaza de enorme importancia estratégica, al estar situada en el curso del río Estrimón, y tener cerca bosques que abastecían a Atenas de madera para sus construcciones navales; servía también de protección a los buques de carga que llevaban a Atenas el cereal desde el Mar Negro. Su conquista por sorpresa por el rey espartano Brasidas en el 424 a. C. costó el destierro a Tucídides, uno de los estrategos destinados en Tracia (TUCÍDIDES, IV. 107 ss.). ISÓCRATES, *Filipo* 2-3, habla de la guerra que iba a estallar entre Atenas y Filipo por la posesión de Anfípolis, que, según el propio Isócrates, evitó él con un discurso. DEMÓSTENES, *Olíntica* I, 8 informa de la llegada a Atenas de los anfípolitanos Híerax y Estratocles en demanda de ayuda, que Atenas no prestó.

<sup>40</sup> Pidna era una ciudad macedónica situada frente al golfo Termaico, en el territorio de Pieria; antigua capital de Macedonia desde el reinado de Alejandro Filheleno (498-454 a. C.) hasta el de Arquelao (413-399 a. C.), quien trasladó la capital a Pela, fundada por él mismo. En el 364 a. C. el ateniense Timoteo obligó a Metone y a Pidna a formar parte de la Confederación ateniense (la conocida como Segunda Liga Marítima). Potidea era (y es) una ciudad situada en el istmo que une la península de Palene (hoy península de Casandra, una de las tres de la península Calcídica) con tierra firme.

<sup>41</sup> Cf. 3. 7 y nota 15.

<sup>42</sup> Calculando en 26 kg. el talento de oro, Filipo obtendría la enorme suma de 2 toneladas y 600.000 kg.

<sup>43</sup> Filipo adoptó el sistema monetario fenicio que se usaba en la Calcídica.

<sup>44</sup> Agatocles fue arconte en Atenas desde el 357 al 356 a. C.; los cónsules que da Diodoro son, en cambio, los del 369 a. C., con el retraso habitual que se explicó en la nota 8.

<sup>45</sup> Esta desproporción de fuerzas aparece también reflejada en otras obras, algunas de autores contemporáneos, como DEMÓSTENES, *Contra Leptines*, 162, (habla Demóstenes de una sola nave de transporte); también PLUTARCO, *Dión*, 25. 1-2; NEPOTE, *Vidas. Dión*, 5. 3, y ARISTÓTELES, *Política*, 1312 a 28.

<sup>46</sup> El puerto era el de Heraclea Minoa. Ya antes, en IV, 79, Diodoro había hablado de esta historia. El mito de la llegada de Minos a Sicilia y de su muerte allí, también lo cuenta HERÓDOTO, VII, 170-171; ESTRABÓN, VI, 3. 6, habla de Hiria, fundación de los cretenses que se extraviaron de la flota de Minos en su ruta hacia Sicilia. Se cree que esta leyenda podría probar antiguos contactos entre Sicilia y el mundo minoico; cf. J. BÉRARD, *La colonisation grecque de l'Italie méridionale*, París, 1957, 2ª ed., págs. 417 ss.

<sup>47</sup> Según PLUTARCO, *Dión*, 25. 12-14, el gobernador se llamaba Sívalo y era cartaginés; no es raro que los cartagineses ayudaran a Dión por su hostilidad tradicional hacia los tiranos de Siracusa, y, en este caso, para debilitar a la propia ciudad con una guerra civil.

<sup>48</sup> La cifra es, sin duda, exagerada, y más todavía cuando en 10. 5, dice Diodoro que no eran menos de cincuenta mil; según PLUTARCO, *Dión*, 27. 5, «eran no menos de cinco mil» los que se le habían unido.

<sup>49</sup> En realidad Dionisio estaba en Italia, como nos dice poco después el propio Diodoro (11. 3), y, al saberlo Dión, precipita su marcha a Siracusa.

<sup>50</sup> Era un barrio al este de Siracusa.

<sup>51</sup> Diodoro redondea la cifra, ya que desde el 405 a. C. en el que Dionisio I llegó al poder hasta el 357, en el que ocurren estos sucesos, habían pasado cuarenta y ocho años.

<sup>52</sup> Filisto de Siracusa (430-356/355 a. C.), historiador y general, había sido consejero y colaborador de Dionisio I; mandado por él al exilio (DIODORO, XV, 7. 3), fue llamado por Dionisio II cuando accedió al poder. Su obra como historiador está dividida en dos partes: en la primera, compuesta de siete libros y titulada *Peri*

*Sikelias*, contaba la historia de la isla hasta el 406/405, y los seis libros de la segunda estaban dedicados a la historia contemporánea, dedicando cuatro a Dionisio el Viejo y dos al Joven, aunque no llegó a terminarla.

<sup>53</sup> Eran las puertas de la ciudadela de la isla de Ortigia, a la que Dionisio había accedido por mar y en la que se había refugiado. La isla de Ortigia, actualmente unida a tierra firme, se extendía hacia el sur, dejando un estrecho paso de 1.200 m desde la desembocadura del Gran Puerto entre ella y Plemmirio. Ortigia había sido bien fortificada por Dionisio el Viejo.

<sup>54</sup> La batalla se libraba en un espacio estrecho, entre la muralla de la acrópolis de Ortigia y el nuevo muro construido por los siracusanos.

<sup>55</sup> Según la versión de PLUTARCO, *Dión*, 30. 7 ss., no fueron los siracusanos, que huían atropelladamente, los que salvaron a Dión, sino los mercenarios del propio Dión.

<sup>56</sup> No se sabe por qué Diodoro usa el plural.

<sup>57</sup> Omite aquí Diodoro el envío de unas cartas de las mujeres de la familia y del propio hijo de Dión, Hiparión (o Areteo, según Timeo), presos todos en poder de Dionisio, cartas que Dión hizo leer en público, y en una de ellas se animaba a Dión a hacerse con la tiranía, con la intención de indisponer a Dión con los siracusanos, lo que consiguió (PLUTARCO, *Dión*, 31-32. 2 y POLIENO, *Estratagemas*, V, 2. 8).

<sup>58</sup> Feras era una importante ciudad en la zona occidental de Tesalia, cercana a la actual Velestino. Alejandro la gobernó entre el 369 y el 358 a. C., intentando recuperar para Feras la posición dominante que había tenido en la Liga Tesalia mientras la gobernó el tirano Jasón de Feras. Sobre este Alejandro nos informan PLUTARCO, *Pelópidas*, 26 y 35 y JENOFONTE, *Helénicas*, VI, 4. 33-37. No menciona ahora Diodoro a un tercer hermano, Pitolao, que sí cita más adelante, en 37. 3.

<sup>59</sup> Los Alévadas eran la familia más noble y poderosa de Larisa. Su nombre deriva de Alevas (siglo VII a. C.), que se decía descendiente de Heracles y fue el primero que se estableció como *tagós* (comandante militar) de Tesalia, con poder para formar un ejército de caballería y de infantería ligera, con el que impuso el dominio de Tesalia sobre los demás pueblos del norte y centro de Grecia, dominio que duró un siglo; sin embargo, su colaboración con Jerjes durante su invasión del 480 a. C. llevó a esta familia a un declive temporal.

<sup>60</sup> La intervención de Filipo no ocurrió en el 357/356 a. C., del que está hablando Diodoro, sino en el 354/353, cuando los tiranos que habían sucedido a Alejandro de Feras fueron derrotados.

<sup>61</sup> Demófilo continuó la obra de su padre, Éforo, una de las principales fuentes de Diodoro. Éforo de Cime escribió treinta libros de *Historias*, obra que pretendía ser una historia universal, comenzando con la conquista del Peloponeso por los dorios, hasta los comienzos del reinado de Filipo; fue, pues, su hijo Demófilo, el que añadió el relato de la Guerra Sagrada. Calístenes de Olinto, probablemente sobrino segundo de Aristóteles, nació hacia el 370 a. C., y escribió diez libros, titulados *Helénicas*, en los que recogía los sucesos en Grecia desde la paz de Antálcidas (388 a. C.) hasta el comienzo de la Guerra Sagrada, aunque es más conocido por haber acompañado a Alejandro en su campaña, haber realizado un panegírico de las hazañas de Alejandro (las *Alexándrou práxeis*) y terminar por ser ejecutado en el 327 a. C. En cuanto al ateniense Dílo sabemos sólo que prosiguió con sus *Helénicas* la obra de Éforo hasta el 297 a. C.

<sup>62</sup> Elpines fue, efectivamente, arconte de Atenas en el 356/355, pero los cónsules que cita Diodoro son los del 359 a. C. En LIVIO, VII, 12. 1, los nombres son Marco Popilio Lenate y Gneo Manlio.

<sup>63</sup> Terina, fundada posiblemente por Crotona, en la costa tirrénica de Calabria, cerca del actual golfo de Santa Eufemia, era todavía griega entre el 356 y el 354 a. C., ya que aparece su nombre junto con el de Turios en la lista de ciudades que llevaban ofrendas a Epidauro. Hiponio fue colonia de los locros epicéfirios, y después, colonia romana con el nombre de Vibo Valentina.

<sup>64</sup> Eran en realidad un pueblo itálico de origen osco. Según JUSTINO, *Epítome*, XXIII, 1-14, se llamaron «brutios» en honor a una mujer, Brutia, que los había ayudado a tomar el fortín de seiscientos africanos a los que

había enviado Dionisio II para reprimirlos.

<sup>65</sup> Según PLUTARCO, *Dión*, 32-33, Heraclides era un demagogo, voluble en sus convicciones; cuando se le entregó el mando de la flota, Dión protestó por la pérdida de su autoridad y el nombramiento de Heraclides fue revocado, aunque más tarde el propio Dión lo propuso de nuevo. Pero, continúa Plutarco, Heraclides continuó conspirando contra Dión.

<sup>66</sup> De nuevo PLUTARCO, *Dión*, 35-36, da otras versiones del final de Filisto, citando, además, sus fuentes. Así, según Éforo, Filisto se suicidó, lo que coincide con el relato de Diodoro; pero, según Timónides, Filisto fue apresado vivo, lo golpearon, decapitaron y entregaron su cuerpo a los muchachos para que lo arrojaran a las canteras. Timeo, añadiendo más injurias, dice que los muchachos lo arrastraron por una pierna que tenía coja.

<sup>67</sup> Ya antes Dión había hecho esta oferta a Dionisio (13. 2). Según PLUTARCO, *Dión*, 37. 1 ss., Dionisio entregaba ciudadela, armas y mercenarios (y también el salario de éstos de cinco meses) a cambio de que pudiera marchar a Italia sin ser estorbado y, una vez allí, recibir las rentas de Gias (nombre que solo aparece en Plutarco y cuya localización es dudosa), una tierra extensa y fértil que se extendía desde el mar hasta el interior.

<sup>68</sup> Según PLUTARCO, *Dión*, 31. 2, Dionisio dejó la ciudadela en manos de su hijo mayor, Apolócrates, y él navegó evitando la flota de Heraclides. Según NEPOTE, *Vidas. Dión*, 5. 6, Dionisio se vio obligado a firmar la paz en las siguientes condiciones: Sicilia sería para Dión, Italia para Dionisio y Siracusa para Apolócrates.

<sup>69</sup> A diferencia de Diodoro y de Nepote, Plutarco dice que las diferencias entre Dión y Heraclides surgieron desde el momento en el que se inició la campaña contra Dionisio. Los adversarios de Dión lo acusaban de optar por la tiranía para él (en PLUTARCO, *Dión*, 34-35, aparece un tal Sosis que, en una asamblea de los siracusanos, dijo que si no se daban cuenta de que iban a cambiar a un tirano pasmado y borracho para caer en manos de un amo espabilado y sobrio).

<sup>70</sup> Según PLUTARCO, *Dión*, 37. 3 ss., Heraclides indujo a uno de los demagogos, Hipón, a animar al pueblo a un reparto de tierras; además, el propio Heraclides solicitó suprimir el salario a los mercenarios y elegir a otros estrategos. Los siracusanos eligieron a veinticinco estrategos, entre ellos a Heraclides, y enviaron emisarios a los mercenarios para que se unieran a ellos con la promesa de concederles derechos de ciudadanía, pero los mercenarios se mantuvieron fieles a Dión.

<sup>71</sup> De allí era una de las mujeres de Dionisio el Viejo, llamada Doris (PLUTARCO, *Dión*, 3. 3). Locros había sido siempre fiel a los tiranos de Siracusa.

<sup>72</sup> Era la célebre fuente de agua dulce, en la costa occidental de la isla de Ortigia.

<sup>73</sup> Repite Diodoro su opinión sobre la negligencia de los siracusanos que ya había apuntado en 11. 5. Más duro es aún PLUTARCO, *Dión*, 41.1-3, cuando habla de la multitud «ocupada en música y borracheras».

<sup>74</sup> La cifra parece excesiva, ya que Nipsio no trajo nuevos soldados, sino sólo suministros (18. 1), y Dionisio, cuando marchó a Italia, dejó en Ortigia a sus mejores mercenarios, pero se llevó a los demás (17. 2).

<sup>75</sup> PLUTARCO, *Dión*, 42. 2-4, precisa que la iniciativa de llamar a Dión partió de los aliados (en su nombre fueron a buscarlo Arcónides y Telésides) y de la caballería (Helánico y otros cuatro).

<sup>76</sup> «Las seis puertas» era una de las entradas de Siracusa, próxima al puerto de Trógilo, al norte de Acradina. No habla Diodoro de una segunda embajada que fue enviada a Dión a iniciativa de los demagogos que esperaban resolver la situación sólo con las fuerzas siracusanas, con el intento de impedir su regreso, ni cuenta tampoco la urgente petición de socorro por parte del mismo Heraclides, tras el nuevo ataque de los mercenarios de Nipsio (PLUTARCO, *Dión*, 44. 1 ss., 45).

<sup>77</sup> Debe entenderse el término «guerra social» en el sentido de guerra de los aliados; en este caso, de antiguos aliados de Atenas.

<sup>78</sup> Cares (400-324 a. C.), general ateniense famoso por su duro trato hacia los aliados de Atenas. En el 366 a. C. fracasó en el intento, ordenado por la Asamblea ateniense, de imponer a Corinto una constitución

democrática.

<sup>79</sup> Los dos eran estrategos en el 356/355 a. C. Ifícrates se había significado durante la guerra de Corinto contra Esparta, aplicando contra los espartanos una nueva táctica de la infantería ligera; en Tracia ayudó al rey Cotis a unificar el reino de los odrisios y se había casado con una hija suya; de regreso a Atenas en el 373 a. C., acusó a Timoteo y le sucedió en la dirección de la política ateniense junto con Calístrato. Volvió a Tracia en el 365 a. C., y, al regresar a Atenas, ya reconciliado con Timoteo (una hija suya se casó con el hijo de Timoteo, Menesteo), fue enviado contra los aliados rebeldes. En cuanto a Timoteo, hijo de Conón y discípulo de Isócrates, fue el principal artífice de la ampliación de la Liga Ateniense en el mar Jonio. Aunque resultó absuelto de la acusación de Ifícrates en el 373 a. C., quedó arruinado y pasó a servir como mercenario al rey persa Artajerjes II durante la campaña de éste para acabar con la sublevación de Egipto, aunque regresó a Atenas en el 366 a. C.

<sup>80</sup> Tras el fracaso del intento contra Bizancio, los atenienses intentaron de nuevo atacar Quíos, pero la batalla decisiva no tuvo lugar en el Helesponto, como dice Diodoro, sino en Embata (Quíos), como sabemos por POLIENO, *Estratagemas*, III, 9. 29.

<sup>81</sup> Ifícrates resultó absuelto (según POLIENO, *Estratagemas*, III, 9. 29, mostrando, como por casualidad, su espada a los jueces, los cuales, temiendo que rodeara el tribunal con sus partidarios armados, votaron su absolución) y Timoteo, en cambio, multado con 100 talentos, abandonó Atenas y murió en Calcis.

<sup>82</sup> Artabazo, sátrapa de la Frigia del Helesponto se sublevó contra Artajerjes III Oco en el 356/355 a. C., cuando éste sucedió a Artajerjes II Mnemón. La victoria de Artabazo y Cares fue llamada por el ateniense «hermana de Maratón». Artabazo huyó a la corte de Filipo en el 352 a. C., aunque luego su cuñado Méntor le ayudó a volver a Persia. Luchó al lado de Darío en Gaugamela, pero terminó pasándose a Alejandro, que lo nombró sátrapa de Bactriana.

<sup>83</sup> Es en este momento cuando Isócrates escribe su discurso *Sobre la paz*, en el que aconseja a los atenienses abandonar toda pretensión de imperio.

<sup>84</sup> La coalición, formada por el rey de la Tracia occidental, Cetríporis, y sus hermanos, el príncipe de los peonios, Lineo, y el de los ilirios, Grabo, tenía el apoyo de Atenas, con resolución de la Asamblea popular del día 26 de julio del 356 a. C.

<sup>85</sup> El general macedonio Parmenión obtuvo la victoria sobre esta coalición. Según PLUTARCO, *Alejandro*, 3. 8, a Filipo le llegaron al mismo tiempo tres buenas noticias: la victoria de Parmenión, el triunfo de sus caballos en Olimpia y el nacimiento de su hijo Alejandro (356 a. C.).

<sup>86</sup> Calístrato fue arconte en Atenas desde el 355 al 354 a. C. Los cónsules, en cambio, son los del 358 a. C., y sus nombres correctos son C. Fabio Ambusto y C. Plaucio Próculo.

<sup>87</sup> Diodoro data correctamente el comienzo de la Guerra Sagrada en el 355 a. C., inmediatamente después de la guerra social. La guerra terminará en el verano del 346 a. C., por lo que la indicación aquí de que duró nueve años contrasta con los once que fijó Diodoro en 14. 3. Sin duda fueron los tebanos los que provocaron esta guerra, llenos de soberbia tras su victoria de Leuctra (371 a. C.) sobre Esparta, allanando el camino de Filipo hacia el dominio de Grecia (JUSTINO, VIII, 1, 1-9).

<sup>88</sup> El nombre de Anfictiones quiere decir «vecinos» (*amphí, ktídsō*). La Anfictionía era una asociación de pueblos o ciudades vecinas en torno a un santuario que administraban en común; la anfictionía más conocida era la déifica que agrupaba a doce pueblos de la Grecia del Norte y Central en torno al santuario de Apolo en Delfos y el de Deméter en Antela, cerca de las Termópilas. Cada pueblo enviaba dos representantes (los *hieromnémones*, de los que luego se habla) al Consejo de los Anfictiones, y los *pilágoros*, delegados que las distintas ciudades mandaban al Consejo, con voz pero sin voto; este Consejo tenía dos reuniones al año, en primavera y en otoño, primero en las Termópilas y luego en Delfos. Todas las anfictionías tenían un carácter religioso: aseguraban la integridad del santuario, protegían el culto y podían imponer sanciones económicas, a veces muy elevadas, a los que infringieran sus normas. Un estudio detallado sobre la Guerra Sagrada es el de J. BUCKLER, *Philip II and*



*The Sacred War*, E. J. Brill, Leiden 1989.

<sup>89</sup> Era la ciudadela de Tebas, llamada así en honor a Cadmo, el fundador de la ciudad.

<sup>90</sup> Cirra, también llamada Crisa, ciudad y puerto de la Fócide cercana a Delfos, había sido destruida por los Anfictions en la primera Guerra Sagrada (590-582 a. C.), y su territorio, consagrado a Apolo, no podía ser cultivado. El motivo de su destrucción fue que sus habitantes cobraban un tributo a los peregrinos que se dirigían a Delfos (ESQUINES, *Contra Ctesifonte*, 107-112).

<sup>91</sup> *Iliada*, II, 517-519.

<sup>92</sup> Arquidamo III, hijo de Agesilao II, fue rey de Esparta desde el 361 al 338 a. C. Aunque no tomó parte en la batalla de Leuctra, condujo al ejército de vuelta y mantuvo la integridad de Esparta frente a sus vecinos arcadios. Defendió a su ciudad en el 362 a. C. cuando fue atacada por el tebano Epaminondas.

<sup>93</sup> Estas quejas se repiten en el párrafo 29.

<sup>94</sup> Aunque no especifica Diodoro si eran de oro o de plata los talentos, serían unos 390 kg de metal.

<sup>95</sup> Eran infantes armados a la ligera, llamados así por el pequeño escudo redondo (*péltē*) que les servía de protección; esta infantería empezó a utilizarse en Grecia por influencia tracia desde finales de la guerra del Peloponeso.

<sup>96</sup> Estos Tracidas, no bien conocidos, eran con toda probabilidad una fratría de Delfos; esto es, un grupo de nobles que defendían el santuario.

<sup>97</sup> Esta batalla se repite, descrita con mayor detalle, en 28. 3.

<sup>98</sup> Que no por ello quedaban anuladas.

<sup>99</sup> Empieza aquí una larga digresión sobre el oráculo, en la que Diodoro no utiliza la misma fuente que la de la Guerra Sagrada. La misma tradición sobre el descubrimiento del oráculo aparece en PLUTARCO, *Obras morales y de costumbres. Sobre la desaparición de los oráculos* 433 C-D y 435 C-D, aunque Plutarco no habla de cabras sino del cabrero, y da su nombre, Coretas. De pastores habla también PAUSANIAS, X, 5. 7. Parece que el trípode se usó en un principio como recipiente para las purificaciones; su utilización como asiento profético es más tardía.

<sup>100</sup> Era la parte más íntima y reservada del templo, a la que no podían acceder los profanos (*a-dýō*).

<sup>101</sup> Las excavaciones han confirmado que Delfos era ya en época micénica un lugar de culto de una divinidad femenina de la fecundidad y de la tierra, y que sólo desde el siglo VIII a. C. pasó a ser santuario de Apolo.

<sup>102</sup> La elección de mujeres era lógica dado el origen del santuario (cf. nota anterior).

<sup>103</sup> Equécrates o Equecrátides eran nombres frecuentes entre los Heraclidas de Larisa, en Tesalia. Según PAUSANIAS, X, 16. 8, fue precisamente un Equecrátides de Larisa el primero que ofreció una estatua de un pequeño Apolo como exvoto para el santuario.

<sup>104</sup> Antes de que la Pitia respondiera había un procedimiento minucioso y complicado; además las respuestas sólo se daban en cortos períodos del mes y nunca durante los tres meses de invierno cuando Apolo no estaba en el santuario.

<sup>105</sup> Las palomas estaban consagradas en la Antigüedad a algunas divinidades, como Afrodita, Eros o la ninfa Dione, y tenían cierta conexión con Apolo (ESTACIO, *Silvas*, III, 5. 79).

<sup>106</sup> Resulta paradójico que una de estas embajadas sea enviada precisamente a Tebas que estaba, de hecho, en guerra con los focenses. Parece que la intención de Filomelo era que la discusión sobre Delfos se resolviera en un congreso panhelénico, ignorando a la Anficionía.



- <sup>107</sup> Es ahora cuando empieza propiamente la Guerra Sagrada, en el verano/otoño del 355 a. C.
- <sup>108</sup> Diótimo fue arconte en Atenas desde el 354 al 353 a. C. Los cónsules que da Diodoro, Cayo Marcio Rústico (o Rutilio) y Gneo Manlio Capitolino lo fueron en el 357 a. C.
- <sup>109</sup> Hay una serie de repeticiones que han llamado la atención de los editores y estudiosos. Así, Filomelo contrata mercenarios y selecciona focenses útiles para la guerra en 24. 2, 25. 1 y 28. 1. Su pelea contra los locros aparece en 24. 4, 25. 3 y 28. 3. La Anficiónía le declara la guerra en 28. 3-4 y en 29. 1. Podría pensarse que se ha distraído con la digresión sobre la historia del oráculo que ocupa el párrafo 26, para continuar luego el relato repitiendo cosas que ya ha dicho.
- <sup>110</sup> Todos los pueblos citados eran miembros de la Anficiónía, doce en total. ESQUINES, *Acercas de la embajada fraudulenta*, 116, da también la lista, con alguna variación, y PAUSANIAS, X, 8. 2, en la que faltan perreos y beocios.
- <sup>111</sup> Se dice lo contrario en 56. 5.
- <sup>112</sup> Lo mismo que se dijo en 25. 1.
- <sup>113</sup> Diodoro no da el nombre del lugar donde tuvo lugar esta batalla. Sí lo hace PAUSANIAS, X, 2. 4, que la sitúa cerca de la ciudad de Neón.
- <sup>114</sup> Metone era la última ciudad que pertenecía a Atenas en el golfo Termáico. Su captura por Filipo se repite en 34. 4-5. Quejas de DEMÓSTENES por no haberle prestado ayuda Atenas en *Olíntica* I, 9, o por la tardanza en prestarla, en *Filípica* I, 35.
- <sup>115</sup> Págasas era el puerto de Feras en Tesalia; su conquista coincide con la intervención de Filipo en Tesalia, durante el verano del 354 a. C., cuando fue llamado por los Alévadas contra Licofrón de Feras (14. 2)
- <sup>116</sup> Leucón, hijo de Sátiro, le sucedió en el trono del Bósforo, según nos contó el propio Diodoro en XIV, 93, en el 393/392 a. C. Su sucesor, Espartaco II (llamado como su bisabuelo), es citado de nuevo en 52. 10.
- <sup>117</sup> Según LIVIO, VII, 16. 2-3, en el 357 a. C., los faliscos fueron acusados por los romanos de haberse unido a los tarquinienses, que hacían la guerra a Roma desde el año anterior (VII, 12. 5-6); esta guerra entre romanos y faliscos que terminó en la tregua del 351 a. C. (VII, 22. 6) y el tratado posterior del 343 a. C. (VII, 38. 1) está enmarcada en la guerra romano-etrusca de mediados del siglo IV a. C.
- <sup>118</sup> Resulta extraña la brevedad con la que Diodoro describe el final de Dión tras haberle dedicado una parte importante de este libro XVI (párrafos 5-6, 9-13, 16-20), omitiendo, además, la ejecución por orden del propio Dión de Heraclides, con el que tenía diferencias. Un relato más amplio de la conjura contra Dión se encuentra en PLUTARCO, *Dión*, 54-57, y también en NEPOTE, *Vidas. Dión*, 8 ss., que llama Calícrates a Calipo, el autor del asesinato de Dión.
- <sup>119</sup> Tudemo fue arconte de Atenas desde el 353 al 352 a. C. Los cónsules M. Gabio Ambusto II y M. Popilio Lenate son los del 357 a. C.
- <sup>120</sup> Este sueño de Onomarco, aunque con algunas diferencias (vio entre las ofrendas de Apolo un bronce que representaba a un hombre, ya en los huesos, que se le parecía, tras de lo cual murió de una enfermedad), lo adjudica PAUSANIAS, X, 2. 6, a Faílo, hermano y sucesor de Onomarco. En cuanto a la estatua de Apolo de la que habla Diodoro, está descrita por el propio Pausanias (X. 15. 1-2), y es la llamada por los delfios «Sitalcas» (protector del trigo) y medía 35 codos (esto es, algo más de 15,5 m).
- <sup>121</sup> Más que por el soborno, la inactividad de los tesalios en la Guerra Sagrada se debía a sus problemas internos con los tiranos de Feras, Licofrón y Pitolao, sucesores de su hermano Tisifono; por ello, los tesalios terminaron por retirarse de su participación en la guerra y llamaron a Filipo de Macedonia (35. 1).
- <sup>122</sup> Tronio junto con Alpono y Nicea estaban en la Lócride oriental y eran enclaves estratégicos para el control del paso de las Termópilas (ESQUINES, *Acercas de la embajada fraudulenta*, 132); Anfisa se hallaba en la

Lócride occidental. Esta campaña contra Lócride, Dóride y Beocia se produjo seguramente en el otoño del 354 a. C.

[123](#) Recuérdese la amenaza del rey persa que hizo que los atenienses retiraran a Cares y su ejército (22. 2).

[124](#) Sobre Pamenes y alguno de sus ardides, POLIENO, *Estratagemas*, V, 16.

[125](#) A la muerte de Cotis habían llegado a ser reyes de Tracia tres personajes: Berisades, Amádoco y Cersobleptes; con los tres firmó Atenas un tratado, en el otoño del 357 a. C., por el cual las ciudades griegas del Quersoneso tracio, excepto Cardia, que sería de Cersobleptes, tenían que ser aliadas de Atenas, pagar el impuesto de la Liga Ateniense y también el que daban a los reyes odrisios; pero en la primavera del 354 a. C., Cersobleptes, que había intentado aliarse con Filipo, renunció a esa alianza y a sus derechos sobre el Quersoneso, y Atenas envió colonos allí (DEMÓSTENES, *Contra Aristócrates*, 103 y 183).

[126](#) JUSTINO, VII, 6. 14-15. Es Filipo el primero en la nómina de famosos generales de la Antigüedad que quedaron tuertos a consecuencia de sus campañas: Antígono I «Monóftalmo», Sertorio y Aníbal (PLUTARCO, *Sertorio*, 1. 8-9).

[127](#) A una de estas dos batallas se refiere POLIENO, *Estratagemas*, II. 38, cuando Onomarco ocultó a parte de sus hombres provistos de piedras en un monte y fingiendo una huida con los demás por la llanura que estaba en el centro del monte, los macedonios que los perseguían fueron apedreados por los ocupantes de las cimas.

[128](#) Filipo tuvo que obtener la autorización de la Liga Tesalia para efectuar esta movilización y para comandarla. Las cifras de infantería coinciden con las que da JENOFONTE, *Helénicas* VI, I. 19, y las de caballería, con las de ISÓCRATES, *Sobre la paz*. 118. Tuvo que haber un decreto oficial de los tebanos para conceder a Filipo el mando de las fuerzas (*tragós*); sin duda es lo que recuerda su hijo Alejandro en XVII, 4. 2.

[129](#) Según PAUSANIAS, X, 2. 5, Onomarco fue muerto a flechazos por sus propios soldados, que le consideraron responsable de la derrota. JUSTINO, VIII, 2, cuenta la gloria que esta victoria supuso para Filipo, como vengador del sacrilegio y protector de la religión.

[130](#) Mausolo, sátrapa de Caria, del que ya habló Diodoro en XV, 90. 3, había instigado la guerra de los aliados contra Atenas (7. 3). A su muerte, su esposa Artemisa construyó su magnífica tumba, el Mausoleo, considerado en la Antigüedad una de las siete maravillas del mundo.

[131](#) Clearco vivió en Atenas durante su juventud y allí fue discípulo de Isócrates y de Platón; de vuelta a su patria estuvo exiliado y sirvió en la corte de Mitridates I del Ponto, hasta que regresó a Heraclea del Ponto llamado por sus habitantes. Pero Clearco, aunque había llegado a un acuerdo con Mitridates para entregarle su patria, lo engañó, prendió y pidió un rescate por él. Ejerció una dura tiranía hasta que fue asesinado por Quión y Leónides, también discípulos de Platón; su sucesor fue su hermano Sátiro y tras él, el hijo de Clearco, Timoteo (JUSTINO, XVI. 4).

[132](#) Ante la sublevación de toda la nación etrusca, con tarquinienses y faliscos a la cabeza, es proclamado dictador el primer plebeyo que llega a este cargo, Gayo Marcio Rútulo, que derrotó al enemigo y obtuvo por ello el triunfo (LIVIO, VII, 16. 2-9).

[133](#) De Dionisio I, hermanastro, por lo tanto, de Dionisio II.

[134](#) También brevemente da cuenta Diodoro del final del asesino de Dión, Calipo, y del triste destino de la esposa y de la hija de Dión, Aristómaca y Areté, traicionadas también por Hicetas de Siracusa, que había sido amigo de Dión. Con más detalle en PLUTARCO, *Dión*, 58, y *Timoleón*, 33, 1-3.

[135](#) Aristodemo fue arconte de Atenas desde el 352 al 351 a. C., pero Gayo Sulpicio Petico y Marco Valerio Publícola habían sido cónsules en el 355 a. C.

[136](#) Se repite lo ya dicho en 36. 1.

[137](#) Nausicles, hijo de Clearco, fue enviado a las Termópilas al frente de las tropas atenienses contra Filipo;

en el 346 a. C. fue uno de los diez embajadores enviados por Atenas a tratar de la paz con el rey macedonio; según Esquines, este Nausicles era del partido de Demóstenes (ESQUINES, *Acerca de la embajada fraudulenta*, 18 y 184 y *Contra Ctesifonte* 159).

<sup>138</sup> Era el río cerca del cual estaba Orcómeno.

<sup>139</sup> Cf. nota 128.

<sup>140</sup> Los locrios epicnemidios eran llamados así porque vivían cerca de una cadena montañosa (*knēmís*) en las proximidades del golfo Maliaco; en cuanto a Nárix (la actual Rengini), era una de las ciudades más importantes de Lócride que controlaba las comunicaciones entre la Grecia central y la septentrional.

<sup>141</sup> Ciudad de la Fócide nororiental, cerca de Beocia, sede de un antiguo santuario de Apolo.

<sup>142</sup> Cf. nota 119.

<sup>143</sup> Según PAUSANIAS, X, 2. 7, Faleco era hijo de Fáilo; en cuanto a que fuera Onomarco el que encendió la Guerra Sagrada, se contradice Diodoro, que, en 23. 1, atribuye el hecho a Filomelo.

<sup>144</sup> Sobre este individuo da ARISTÓTELES, *Política*, V, 3. 1304 a, la curiosa noticia de que por una disputa surgida entre él y Eutícrates, padre de Onomarco, por una heredera, se provocó la Guerra Sagrada; ninguna otra fuente antigua recoge esta historia.

<sup>145</sup> Megalópolis se fundó en el 370 a. C. por consejo del tebano Epaminondas, que indujo a los arcadios a juntarse en ella (sinecismo) para no correr el riesgo de ser sometidos por los lacedemonios; así destruyeron Tirinto, Hisias, Orneas, Micenas, Midea y otras ciudades pequeñas y llevaron a sus habitantes a la nueva ciudad, (PAUSANIAS, VIII, 27. 1-10).

<sup>146</sup> Acudieron también los megalopolitas a Atenas en demanda de ayuda. Demóstenes, partidario de que los espartanos no recuperaran poder, pero sin que tampoco aumentara el de los tebanos, pronuncia entonces (353 a. C.) su discurso *En defensa de los megalopolitas* (especialmente parágrafo 21), en el que aconseja defender a los oprimidos, como Atenas había hecho siempre, esto es, a los de Megalópolis, para mantener el equilibrio entre las ciudades griegas. Como no hubo ninguna ayuda efectiva ateniense, los arcadios se volvieron hacia los tebanos.

<sup>147</sup> Orneas se encontraba en la Argólida, a 120 estadios (21,3 km) de Argos (PAUSANIAS, II, 25. 5-6).

<sup>148</sup> Helisonte estaba en Arcadia, cerca de Megalópolis, cerca del río del mismo nombre (PAUSANIAS, VIII, 3. 3).

<sup>149</sup> Telpusa, en Arcadia occidental, cerca del río Ladón, tenía un santuario consagrado a Deméter Eleusinia (PAUSANIAS, VIII, 25. 1-3).

<sup>150</sup> Se repite lo ya narrado en 38. 7.

<sup>151</sup> Teelo fue, efectivamente, arconte en Atenas del 351 al 350 a. C. Los cónsules que da Diodoro, en cambio, Marco Fabio Ambusto (que lo fue por tercera vez) y Tito Quincio (aunque en algunos anales aparece en su lugar Marco Popilio, LIVIO, VII, 18. 10), lo fueron en el 354 a. C.

<sup>152</sup> Hasta ese momento los tebanos habían sostenido la guerra con las contribuciones de sus aliados; la contrapartida que pidió Artajerjes III Oco (rey entre el 358 y el 338 a. C.) fue el envío de tropas para volver a la obediencia a Egipto que se había rebelado, como así harán los tebanos en 44, 2. Trescientos talentos de plata eran unos 7.200 kg de este metal precioso.

<sup>153</sup> Diodoro deja la Guerra Sagrada para dedicar una larga digresión (desde aquí hasta 52. 8) a contar los sucesos en Persia, la campaña de Artajerjes III Oco contra Egipto, Fenicia y Chipre. Ocurre, sin embargo, que Diodoro sitúa las victorias del persa contra los rebeldes en los años 351/350, 350/349 y 349/348, cuando fueron éstos los años en los que la rebelión empezó y en los que los persas tuvieron mayores dificultades. Así, Demóstenes, en su discurso *Por la libertad de los rodios*, escrito en el 350 a. C., habla del fracaso del rey persa en «todo cuanto intentó» (par. 11), lo que está también confirmado por ISÓCRATES, *Filipo*, 101-102.

<sup>154</sup> Nectanebo II, último faraón de la dinastía XXX, que reinó desde el 359/358 hasta el 341 a. C. cuando los persas recuperaron Egipto. Aunque se le considera hijo de Taco, no está claro el parentesco; en cualquier caso, se sublevó contra Taco (DIODORO, XV, 92-93).

<sup>155</sup> Durante el reinado de Darío III, Maceo fue sátrapa de Cilicia, Celesiria y Siria mesopotámica (ARRIANO, *Anábasis de Alejandro Magno* III, 8. 6).

<sup>156</sup> Mentor de Rodas, hermano mayor de Memnón (sin duda el más capaz de los generales que al servicio de Persia se enfrentaría años más tarde contra Alejandro), era un comandante mercenario al servicio de Artabazo, sátrapa de Frigia, que se había casado con su hermana. Mentor se casó después con la hija de Artabazo, Barsine, que, al morir Mentor, se casó con Memnón.

<sup>157</sup> Idrieo, hermano menor de Mausolo, sucedió a su hermana-cuñada Artemisia en el 351/350 a. C.; fue sátrapa de Caria hasta el 344/343 a. C. Pero no había intervenido en Chipre, como aquí se dice, al menos hasta el 346 a. C., fecha del discurso de ISÓCRATES, *Filipo*, 103-104, en el que el orador ateniense lo describe como hostil al rey persa.

<sup>158</sup> Foción (402-318 a. C.), al que Plutarco dedicó una de sus *Vidas*, había mandado las tropas atenienses en Eubea en el 349 a. C. contra los intentos de Filipo y obtenido la victoria en Taminas. Evágoras II, hijo de Nicocles y sobrino del Evágoras I (411-374/373 a. C.) al que Isócrates dedicó un discurso, había sido, como su padre y tío, rey de Salamina en Chipre; por su fidelidad a Persia fue expulsado del trono y sustituido por Pnitágoras, probablemente de su misma familia.

<sup>159</sup> Isócrates, en su *Panatenaico*, del 339 a. C., critica duramente las ciudades griegas que «no se avergüenzan de arrastrarse ante el oro del rey» (159) y menciona a los argivos y tebanos que, al atacar a Egipto, otorgan mayor poder al persa para que conspire contra los griegos.

<sup>160</sup> ATENEO, *Banquete de los eruditos*, VI, 252 A-C, sitúa a este Nicóstrato en la nómina de célebres aduladores (en su caso, del rey persa), y más adelante (VII, 289 B) lo describe, con su particular indumentaria de Heracles, como acompañante del médico Menécrates de Siracusa (a manera de «gancho» para atraerle más clientes), al haber sido curado por él de la «enfermedad sagrada» (que puede ser no sólo la epilepsia, sino cualquier enfermedad incurable).

<sup>161</sup> Cuando Alejandro, doce años después de este desastre, llegó a Sidón, encontró una ciudad grande y próspera, así que no debió de ser tan grande su destrucción como aquí se dice.

<sup>162</sup> Esto ya se dijo en 42. 6.

<sup>163</sup> Apolodoro, arconte de Atenas desde el 350 al 349 a. C. Los cónsules, Marco Valerio Publicola (cónsul por segunda vez) y Gayo Sulpicio Pético (cónsul por cuarta vez), son los del 353 a. C.

<sup>164</sup> Cf. nota 156.

<sup>165</sup> Efectivamente, Diodoro describió con detalle en I, 30. 4-9 estas lagunas llamadas Báratra (*bátrathron*, «abismo», «sima»), cerca del lago Serbonis, estrecho y profundo, cuyos bordes son tapados por las arenas de las dunas, por lo que, para quienes no conocen bien el lugar son muy peligrosas, al confundirse la tierra firme con la superficie del agua tapada por la arena.

<sup>166</sup> Un poco más de 7,1 km.

<sup>167</sup> Que estaba al servicio de Nectanebo.

<sup>168</sup> Estos «magos» habían intentado colocar en el trono de Persia a un falso Esmerdis, hijo de Ciro, al que su hermano, el rey Cambises, había asesinado. Es un asunto muy controvertido, ya que la mayoría de las fuentes griegas que recogen el episodio conocían mal el Imperio persa, y los testimonios persas parecen tendenciosos (como la famosa inscripción de Darío de Behistun, que hizo grabar este rey en el 520 a. C.). Un relato de la historia en HERÓDOTO, III, 61-79.

<sup>169</sup> Personaje muy turbio, que asesinó a Artajerjes III, a su sucesor Arsés y lo intentó con Darío III, que acabó con él. Sobre este individuo se vuelve a hablar en 49. 4-5 y 50. 3-6; sus manejos y final en XVII, 5. 3-6.

<sup>170</sup> Una de las siete castas de egipcios, según HERÓDOTO, II. 164-168.

<sup>171</sup> La del 351/350 a. C. que había resultado un desastre persa (40. 3 y nota 151).

<sup>172</sup> Menfis, situada en la ribera occidental del Nilo, a 25 km del vértice del Delta, fue la capital de Egipto bajo la última dinastía; de ella y sus cualidades habló Diodoro en I, 50. 3-6.

<sup>173</sup> Los griegos eran los mercenarios que servían a Nectanebo.

<sup>174</sup> Cf. nota 167.

<sup>175</sup> Calímaco fue arconte de Atenas desde el 349 al 348 a. C. Los cónsules que da Diodoro, Gayo Marcio Rutilio y Publio Valerio Publicola son los del 352 a. C. (LIVIO, VII, 21. 4).

<sup>176</sup> 2.600 kg de plata.

<sup>177</sup> Artabazo era su cuñado y Memnón, su hermano. Cf. 42. 2 y nota 154.

<sup>178</sup> La reconciliación de Artabazo y Memnón con el rey coincide con el ataque a Hermias, tirano de Atarneo, acusado de intrigar con Filipo contra Persia. El episodio de su arresto es recordado por Demóstenes en su *Filípica* IV, 32.

<sup>179</sup> ESTRABÓN, XIII, 1. 57, da más datos sobre este Hermias: era un eunuco esclavo de un banquero que en Atenas llegó a ser discípulo de Platón y Aristóteles; cuando volvió a su patria, compartió el poder con el tirano Eubulo, al que sucedió tras asesinarlo, según dice DIÓGENES LAERCIO, *Vidas de los filósofos ilustres*, V. Para Estrabón fue Memnón el que arrestó a Hermias.

<sup>180</sup> Se trata de una ciudad no identificada. Los MSS dan *Geiran*, pero el nombre parece corrupto. Las ciudades de la Calcídica entre las que está esta Zerea, estaban coaligadas con Olinto. Filipo atacó a Olinto al comienzo de la primavera del 349 a. C. y la ciudad fue tomada en agosto del 348/347. Parece que Diodoro considera dos sucesos diferentes el ataque a las ciudades de la Calcídica en el 349/348 y el de Olinto en el 348/347, cuando la campaña fue la misma.

<sup>181</sup> Pitolao, junto con su hermano Licofrón, había sido expulsado de Feras, el 352 a. C. y jamás volvió a Tesalia (cf. 37. 3).

<sup>182</sup> Cf. 31. 6.

<sup>183</sup> Teófilo, arconte de Atenas desde el 348 al 347 a. C., pero los cónsules citados por Diodoro son los del 351 a. C. (LIVIO, VII, 22. 3).

<sup>184</sup> Meciberna era el puerto de Olinto, y Torone, una ciudad y puerto de Sizoniá, la península central de la Calcídica.

<sup>185</sup> Olinto hizo una alianza con Filipo en el 356 a. C. (cf. 3), pero posteriormente se acercó a Atenas, y terminó por hacer primero la paz y luego la alianza con ella (DEMÓSTENES, *Contra Aristócrates*, 109) en el 349 a. C., Filipo consideró esto como una violación de la alianza anterior y lo utilizó como pretexto para su ataque. Según JUSTINO, VIII, 3. 10, no fue éste el motivo, sino que Olinto había acogido a dos hermanastros de Filipo, Arrideo y Menelao, que pretendían su trono. En cuanto a Eutícrates y Lástenes, Demóstenes los acusa en varios de sus discursos: *Sobre los asuntos del Quersoneso*, 40, *Filípica III*, 66 (aquí cita sólo a Lástenes), *Sobre la embajada fraudulenta*, 265 y 342 y *Sobre la corona*, 48 (citando también sólo a Lástenes).

<sup>186</sup> Sin embargo, Atenas prestó ayuda a Olinto en tres ocasiones: envió primero 30 trirremes y 2.000 peltastas bajo el mando de Cares, luego al general Caridemo con 18 trirremes, 4.000 peltastas y 150 soldados de caballería, y de nuevo a Cares con 17 trirremes, 2.000 hoplitas y 3.000 jinetes. Esta información la da DIONISIO DE HALICARNASO, *Primera carta a Aqueo*, 9. 1-3, citando como su fuente al historiador ateniense Filócoro

(340-263/262 a. C.), que había escrito unas *Historias áticas* en diecisiete libros, *FGrH.*, núm 328 JACOBY. Además. PAUSANIAS, I, 29. 7, recuerda la tumba de los atenienses más distinguidos que fueron a Olinto, y ESQUINES, *Acerca de la embajada fraudulenta*, 15, habla, dando algunos nombres, de los atenienses que fueron hechos prisioneros cuando Olinto cayó en manos de Filipo (agosto del 348 a. C.).

<sup>187</sup> Se trataba de unos festivales olímpicos que se celebraban en la ciudad macedonia de Dión, en la Piéride, al pie del monte Olimpo, instituidos por el rey Arquelao (reinó entre el 413 y el 399 a. C.) y duraban nueve días, como las Musas, a las que estaban dedicados, así como a su padre Zeus.

<sup>188</sup> Según PLUTARCO, *Demóstenes*, 7, este Sátiro, que era amigo del orador, fue el que le enseñó a declamar.

<sup>189</sup> Este episodio lo cuenta con más detalle DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta*, 193-195. Las muchachas eran hijas de Apolófanes de Pidna, uno de los que habían matado al hermano mayor de Darío, Alejandro, en el 368 a. C. Al ser ejecutado su padre, habían sido ocultadas por la familia en Olinto, y, al ser tomada la ciudad, estaban entre las prisioneras. ESQUINES, *Acerca de la embajada fraudulenta*, 156-157, da una versión diferente: los prisioneros cuya liberación solicitó Sátiro eran unos amigos suyos que trabajaban encadenados en los viñedos de Filipo.

<sup>190</sup> Temístocles fue arconte de Atenas desde el 347 al 346 a. C., pero los cónsules que da Diodoro, Marco Popilio Lenate y Lucio (no Gayo) Cornelio Escisión, lo fueron en el 350 a. C. (TITO LIVIO, VII. 23).

<sup>191</sup> Localidad a la que HERÓDOTO, VIII. 28, llama Hiámpolis, situada en la zona nororiental de Fócide, en la ruta que atravesaba aquella región hasta el valle del río Cefiso.

<sup>192</sup> En 30. 1 se dijo lo contrario.

<sup>193</sup> Cresos había hecho estas ofrendas a Delfos en torno al 548 a. C. Al tener el talento un peso de 26 kg, la ofrenda de Cresos fue de algo más de una tonelada. HERÓDOTO, I, 50. 2 da otras cantidades; según él, el peso de cada lingote era de dos talentos y medio, y el total de talentos, 117. En cuanto a la mina, 1/60 de un talento, su peso era de 0,43 kg.

<sup>194</sup> PLUTARCO, *Obras morales y de costumbres. Los oráculos de la Pitia*, 401 E-F, menciona esta estatua, diciendo que representaba a una panadera que había salvado a Cresos de ser envenenado cuando la segunda mujer de su padre, Aliates, había ordenado que amasara veneno con el pan para eliminar a Cresos, y que, en agradecimiento, éste ofrendó en Delfos su estatua.

<sup>195</sup> Según el propio Diodoro, en XVII, 66. 1, la cantidad que Alejandro encontró en Susa fue de más de 40.000 talentos de oro y plata; y más adelante (XVII, 71. 1), en Persépolis, halló otros 120.000.

<sup>196</sup> *Iliada*, IX, 404-405.

<sup>197</sup> JUSTINO, VIII, 2. 8-12, critica severamente a los atenienses por defender a los expoliadores de los templos, pero tampoco deja bien a Filipo en el párrafo siguiente (VIII, 3).

<sup>198</sup> Diodoro recoge la captura de estas naves en XV, 47. 7, suceso que ocurrió en el 374/373 a. C. También en JENOFONTE, *Helénicas*, 2. 33-36 se habla de ello, pero nada dice de la captura de estas estatuas. Por otro lado, en XV, 13. 1-2, Diodoro también acusa de sacrilego a Dionisio, cuando cuenta su proyecto de saquear el santuario de Delfos, lo que se considera improbable, aunque se le imputaban el saqueo del templo de Zeus en Olimpia y del Asclepion en Epidauro.

<sup>199</sup> Efectivamente, la tradición ateniense hacía de Ión (progenitor de los jonios y de los atenienses) el hijo de Apolo y Creusa, tradición recogida por PLATÓN, *Eutidemo*, 302 d, y EURÍPIDES, *Ión*, 64-75.

<sup>200</sup> La Constitución de Licurgo era atribuida a Apolo delfico; así se recoge en el propio Diodoro, VII, 12. 6, y en PLUTARCO, *Licurgo*, 6. También Diodoro habla de la importancia que los espartanos concedían al oráculo de Delfos en XIV, 13. 3.



<sup>201</sup> Orcómeno y Coronea eran ciudades beocias situadas al oeste del lago Copais; ya habían sido ocupadas por los focenses (56. 2). En cuanto a Corsias, estaba próxima a Opunte, en la zona del Helicón, no lejos del mar.

<sup>202</sup> Ésta es la primera petición de auxilio que hacen los tebanos a Filipo, seguramente en el 347 a. C. Ya en 35. 2 Diodoro hizo mención a una llamada de los tebanos al rey macedonio y a la autoridad conferida a Filipo para dirigir su ejército (nota 127). Filipo, después de vencer a Onomarco (verano del 352 a. C.), había estado en conflicto con Atenas en Tracia y con Olinto en la Calcídica, y no había podido ocuparse de la Guerra Sagrada.

<sup>203</sup> Debido al orgullo excesivo que tenían por esta decisiva victoria sobre Esparta.

<sup>204</sup> Cf. 38. 4 y nota 139.

<sup>205</sup> PAUSANIAS, X, 35. 3 dice que fueron los propios tebanos los que quemaron el santuario de Abas.

<sup>206</sup> Arquias fue arconte de Atenas desde julio del 346 al mismo mes del 345 a.C. Los cónsules del 346 a. C. fueron Marco Valerio Cuervo (por segunda vez) y Gayo Petelio. Tampoco coinciden esta vez, con el retraso habitual de Diodoro, los nombres con los cónsules del 349 a. C., ya que lo fueron Lucio Furio Camilo y Apio Claudio Craso (LIVIO, VII, 24. 11).

<sup>207</sup> En 14. 3 Diodoro dijo que duró once años, en 23. 1, nueve. ESQUINES, *Acerca de la embajada fraudulenta*, 131, da la cifra de diez años. La razón de la discrepancia puede estar en que se considere la fecha de inicio el año 355 a. C., cuando se produjo la declaración de guerra por parte de la Anficiónía, o la ocupación del santuario por los focenses, en el 356 a. C.

<sup>208</sup> La petición de ayuda a Esparta y a Atenas fue solicitada por los tres generales que ocuparon el puesto de Faleco (56. 3), y prometían entregar varios lugares que dominaban los accesos a Termópilas; los atenienses enviaron al general Próxeno a ocuparlos, pero al recuperar Faleco el poder, todo quedó sin efecto (ESQUINES, *Acerca de la embajada fraudulenta*, 132-134).

<sup>209</sup> Filipo era desde el 352 a. C. comandante (*tagós*) de los tesalios, y podía decretar la movilización general (35. 4). En este momento se concluye la paz entre Filipo y Atenas, conocida como paz de Filócrates, por el político ateniense que la impulsó (de esta paz nada dice Diodoro). Según las condiciones de esta paz, Atenas reconocía la pérdida de sus posesiones en la Calcídica y de la mayor parte de Tracia. Los atenienses juraron la paz ante los enviados de Filipo, y enviaron, a su vez, a Macedonia, para ratificar la paz, unos embajadores entre los que se encontraban Demóstenes y Esquines. La embajada tardó veintitrés días en llegar a Pela y allí hubo de esperar otros veintisiete a que volviera Filipo de Tracia, donde sometió a Cersobleptes, aliado de Atenas, y tomó una serie de plazas fuertes que pertenecían a Atenas y eran defendidas por el general ateniense Cares con tropas mercenarias. Desde esta posición de fuerza Filipo regresó, entretuvo a los embajadores, intentó sobornar o sobornó a algunos de ellos (según la opinión de Demóstenes) e hizo que los embajadores le acompañaran a él y a su ejército a Tesalia, y, por fin, en Feras, firmaron la paz. Al regreso a Atenas de los embajadores, sin haber logrado ninguna mejora en las condiciones de paz, Demóstenes intentó atacar a Esquines, presentando un escrito contra él en el momento de la rendición de cuentas que los embajadores debían prestar a su regreso; el proceso se detuvo hasta que en el 343 a. C., Demóstenes hizo su acusación formal en el discurso *Sobre la embajada fraudulenta* (la acusación era: que Esquines había hecho un informe falso, que impidió a Demóstenes contar la verdad, que su actuación fue perjudicial para Atenas, que desobedeció las instrucciones de la Asamblea, que las demoras fueron perjudiciales para la ciudad y que, por todo ello. Esquines recibió dinero de Filipo) al que contestó Esquines con otro homónimo, ambos citados varias veces antes. Esquines resultó absuelto por un escaso número de votos. En el 343 a. C., viendo cercana la amenaza de Filipo, Hiperides acusó de soborno a Filócrates, que partió a un exilio voluntario y fue condenado a muerte mientras estaba fuera.

<sup>210</sup> Esto era algo totalmente irregular, ya que los representantes en la Anficiónía lo eran por pueblos y no de manera personal.

<sup>211</sup> Era ésta una medida muy dura, ya que la dispersión (*διοικισμός*) llevaba consigo una falta total de seguridad, impidiendo la concentración de fuerzas en caso de ataque o el envío de refuerzos a una aldea atacada.



De esta inseguridad habla TUCÍDIDES, I, 5. 1, cuando recuerda tiempos antiguos, y dice que incluso en sus días había pueblos que vivían así, como los locros ozolos, los etolios y los acarnanios (I, 5. 2, y III, 94. 4). Parece, en cambio, corta la distancia entre aldeas, ya que un estadio son 177,600 m.

[212](#) Algo más de una tonelada y media de metal precioso (se supone que de plata).

[213](#) La muerte de Filomelo en 31. 4; la de Onomarco en 35. 6 (aunque allí se dijo que Filipo lo colgó, ya cadáver, pues había muerto ahogado), y la de Faílo en 38. 6.

[214](#) El destino de estos mercenarios en Italia, que murieron traicionados por los brucios, lo recoge PLUTARCO, *Timoleón*, 30. 2. En la guerra contra los lucanos participó Arquidamo, como veremos en 62. 4, y allí murió (88. 3).

[215](#) El cabo Malea es un promontorio situado al sureste del Peloponeso, en la península de Laconia.

[216](#) Licto se encontraba al sureste de Cnosos, en Creta central, y era una colonia de Esparta, como se explica a continuación. A esta guerra entre las dos ciudades parece que se refiere ARISTÓTELES, *Política*, 1272 b, que la describe como «reciente».

[217](#) En 88. 4 se dice que Arquidamo reinó durante veintitrés años, y su sucesor, Agis, durante nueve (aquí se dice que quince). Diodoro se equivoca en este pasaje, porque fecha la muerte de Arquidamo en el 346, cuando murió en 338 a.C. Realmente Arquidamo III reinó durante veintitrés años (361-338 a. C.), y Agis III, ni quince, ni nueve, sólo siete (338-331 a. C.).

[218](#) Noticia confirmada por PAUSANIAS, X, 2. 7.

[219](#) Los eleos mantenían una guerra civil desde el 343/342 a. C., instigada, dice Demóstenes, por Filipo (*Sobre la embajada fraudulenta*, 260 y 294); también habla de esta contienda PAUSANIAS, IV, 28.4, acusando igualmente a Filipo.

[220](#) Se refiere Diodoro a Esparta (XVII, 63. 1 ss.) y a Atenas (XVIII, 18. 1-6).

[221](#) Diodoro, después de haber dedicado una parte importante de este libro a la historia de Sicilia y a Dion (5-7, 9-13, 16-20) y contar brevísimamente su muerte (31. 7), dio algún pequeño detalle de los sucesos en la isla: así, en 36. 5 contaba que Hiparino, hijo de Dionisio I, expulsó a Calipo y gobernó Siracusa durante dos años, y en 45. 9, que Leptines y Calipo conquistaron Regio de las manos de Dionisio II. Según Diodoro (17. 2), Dionisio II se había escapado de Sicilia (355 a. C.) para refugiarse en Italia, concretamente en Locros, de donde era su madre. Por JUSTINO, XXI, 2-3 y 4. 5, sabemos que en Locros hizo otras barbaridades hasta que lo expulsaron de allí y volvió a Siracusa (346 a. C.), que había sido gobernada, después de Calipo, por Hiparino (353-351 a. C.) y por Niseo (351-346 a. C.), ambos hermanastros de Dionisio II. Los motivos por los que los sicilianos recabaron la ayuda de Corinto son, en Diodoro y en NEPOTE (*Vidas. Timoleón*, 1), el deseo de acabar con los tiranos, pero en PLUTARCO, *Timoleón*, 2, el miedo a los cartagineses que habían llegado a la isla con una gran flota.

[222](#) Timodemo, en PLUTARCO, *Timoleón*, 4.

[223](#) Diodoro emplea aquí la palabra *gerousía*, el nombre tradicional para el Consejo de Ancianos o Senado de Esparta.

[224](#) Según PLUTARCO, *Timoleón*, 7, ya habían pasado veinte años desde la muerte de su hermano (en los que Timoleón, bien por pena de esta muerte o por el disgusto causado a su madre, estuvo abatido y dejó de ocuparse de ningún asunto en la ciudad), hasta el momento de la llegada de la embajada siciliana.

[225](#) Eubulo, arconte en Atenas desde el 345 al 344 a. C. Por esta vez, los cónsules son, efectivamente, los del 345 a. C.

[226](#) Según PLUTARCO, *Timoleón*, 8. 2, esta consagración se hizo ya en Corinto, cuando se conoció el sueño de las sacerdotisas. En la versión de Plutarco, además, no se habla de que se capturaran las naves, sino que

fueron suministradas, antes de la partida de Timoleón, dos por los corcirenses y una por los leucadios. De todas maneras, en el relato de la carrera de Timoleón hay bastantes sucesos extraordinarios, fruto de la *deisidaimonía* («creencia supersticiosa») de Timeo, fuente principal de Diodoro, que tanto criticó POLIBIO (XII. 24).

[227](#) En PLUTARCO, *Timoleón*, 9. 3-8, se dice que las naves cartaginesas eran veinte, no una, que se encontró con ellos en Regio, y que los embajadores solicitaban a Timoleón, de parte de Híctas, el tirano de Leontinos que acababa de conquistar la mayor parte de Siracusa, que fuera allí como consejero de Híctas y despidiera a los corintios. Timoleón finge aceptar, no sin antes consultar a los de Regio, que era una ciudad amiga tanto de él como de los cartagineses.

[228](#) En realidad, Híctas era tirano de Leontinos, como se ha dicho en la nota anterior, y como corrobora el propio Diodoro en 68. 2.

[229](#) PLUTARCO, *Timoleón*, 17. 2, dice que el general cartaginés era Magón, aunque en 19. 1 aparece Hannón como almirante de la flota cartaginesa. En cuanto al número de fuerzas, tampoco coincide con Diodoro en el número de infantes, que Plutarco amplía a sesenta mil, pero no da más datos de otros contingentes.

[230](#) Diodoro usa indistintamente el gentilicio «fenicio» o «cartaginés».

[231](#) Entela estaba situada en la parte occidental de Sicilia, junto al Etna, en zona dominada por los cartagineses, y había sido habitada por campanos (mercenarios de Dionisio I) ya desde el 396/395 a. C., como escribe el propio Diodoro en XIV, 61. 5-6. En cuanto a Galería, aparece en PLUTARCO, *Timoleón*, 31. 2 como Calauria y Calabria, según los MSS, sin que los editores se pongan de acuerdo en el nombre, Galaria, Camarina o Cataria.

[232](#) El templo de Zeus estaba en Policna, a unos 500 m al sur del río Anapo, frente a la parte central del Puerto Grande.

[233](#) La isla de Ortigia.

[234](#) Como vemos, Diodoro (66. 6) separa el momento en el que una nave, con los embajadores cartagineses a bordo, se entrevista con Timoleón (cuando ha salido de Metapompo, con lo que la entrevista tendría lugar en alta mar), del ataque, ahora, de veinte naves cartaginesas, cuando ha llegado a Regio. Plutarco, en cambio, junta las dos cosas (nota 228).

[235](#) La estratagema es la misma en PLUTARCO, *Timoleón*, 10. 1-5.

[236](#) Según PLUTARCO, *Timoleón*, 11. 1 -3, los cartagineses enviaron un embajador a Andrómaco para pedirle, con amenazas, que no acogiera a Timoleón. Este Andrómaco, como nos recordó el propio Diodoro (7. 1), era el padre del historiador Timeo, fuente de Diodoro.

[237](#) La ciudad de Ádrano fue fundada por Dionisio I en el 400 a. C. y estaba situada a unos 64 km de Tauromenio. Ádrano era una divinidad muy venerada en Sicilia, y, según ELIANO, XI. 20, su santuario estaba guardado por más de mil perros. PLUTARCO, *Timoleón*, 12. 2, dice que sus habitantes estaban divididos entre partidarios de los cartagineses y de Timoleón.

[238](#) Licisco fue arconte de Atenas desde julio del 344 a. C. al mismo mes del año siguiente. Pero los cónsules que da Diodoro son erróneos, porque los del 344 a. C. fueron Gayo Marcio Rútulo (cónsul por tercera vez) y T. Manlio Torcuato (cónsul por segunda vez) (LIVIO, VII, 28. 6).

[239](#) Tratado confirmado por LIVIO (VII, 27. 2), aunque Livio no dice que fuera el primero.

[240](#) Tanto Plutarco como Nepote le llaman siempre Mamercio.

[241](#) Según PLUTARCO, *Timoleón*, 16. 3, estos refuerzos fueron enviados después de la llegada de Dionisio a Corinto; también, según la versión plutarquea, consistían en dos mil hoplitas y doscientos jinetes. Como no podían ir a Sicilia ante el bloqueo naval cartaginés (67. 2), defendieron la ciudad de Turios mientras sus habitantes hacían una expedición contra los brucios, y luego bajaron hasta Regio y de allí ya pasaron a Sicilia, aprovechando

que el almirante cartaginés había navegado a Siracusa, descuidando la vigilancia.

<sup>242</sup> Según PLUTARCO, *Timoleón*, 20, lo hicieron porque temían la defección de los mercenarios griegos que llevaban, los cuales, pescando anguilas en las marismas, charlaban con los mercenarios del otro lado que les invitaban a desertar.

<sup>243</sup> Tras la victoria de Filipo sobre los tres reyes en el 356 a. C. (22. 3), los ilirios habían estado tranquilos, y la mayor parte de ellos, menos los que vivían en la costa adriática, estaban sometidos a Macedonia. Ahora, en el 344 a. C. decide someter a los dárdanos y a otras tribus ilirias (JUSTINO, VIII, 6. 3-4), con el coste personal de fracturarse una clavícula (DEMÓSTENES, *Sobre la corona*, 67) y asumiendo unos riesgos que fueron criticados por algún filomacedonio como ISÓCRATES, *II Carta a Filipo*, 3.

<sup>244</sup> Parece que Filipo se atrajo a los tesalios al restaurar los cuatro distritos territoriales en los que estaba dividida Tesalia a finales del siglo VI a. C.: Tesaliótide, Ftiótide, Pelasgiótide y Hestieótide, eso sí, poniendo un gobernador macedonio al frente de cada uno, lo que critica DEMÓSTENES, *Filípica III*, 26.

<sup>245</sup> Pitodoto fue arconte de Atenas desde julio del año 343 a. C. al mismo mes del año siguiente, pero los cónsules que da Diodoro son los del 347 a. C. Los del 343 a. C. fueron dos cónsules patricios, Marco Valerio Cuervo (su tercer consulado) y Aulo Cornelio Coso (LIVIO, VII, 28. 10).

<sup>246</sup> Según PLUTARCO, *Timoleón*, 13. 3, la rendición de Dionisio II se produjo inmediatamente después de la victoria de Timoleón sobre Hicetas en Ádrano (DIODORO, 68.10-11). En cuanto a lo que se lleva Dionisio, JUSTINO, XXI, 5. 2, habla de «su ajuar personal», y Plutarco, de «pocas riquezas» (13. 9).

<sup>247</sup> En 5. 4.

<sup>248</sup> Diodoro usa más de una vez esta palabra para referirse a un cambio brusco, exagerado, de la situación de un personaje.

<sup>249</sup> Esta magistratura, de la que nada dice Plutarco, sí la menciona CICERÓN (*Verrina II*, 51), indicando que se sortea entre tres individuos de las tres clases; frente a las anteriores medidas democráticas, ésta parece estar inspirada en los consejos que daba PLATÓN en su *Carta VIII*, 356 d, acerca de que los reyes debían tener plena autoridad en asuntos religiosos.

<sup>250</sup> Filipo, tras sus campañas en Tracia del 353/352 (34. 4), asediando y tomando la plaza de Hereontico (DEMÓSTENES, *Olíntica III*, 4), volvió en abril del 346 a. C. a atacar a Cersobleptes, logrando una victoria decisiva sobre él y quitándole el poder (ESQUINES, *Acerca de la embajada fraudulenta*, 92).

<sup>251</sup> Diodoro ya se refirió a este historiador en 3. 8 (nota 16).

<sup>252</sup> Sosígenes fue arconte de Atenas desde julio del 342 a. C. al mismo mes del 341 a. C., pero los cónsules que cita Diodoro no son los del 342 a. C., que fueron Gayo Marcio Rútulo y Quinto Servilio (LIVIO, VII. 8).

<sup>253</sup> Arimbas de Epiro había dado como esposa a Filipo a su sobrina, Olimpiade, hija de su hermano Neoptólemo y de la que era tutor, en el 357 a. C., pero Arimbas no murió como dice Diodoro, sino que fue expulsado del trono por el propio Filipo, según JUSTINO, VIII, 6. 4, quien lo llama Arribas y dice que era primo hermano, no tío, de Olimpiade (VII, 6. 10-11).

<sup>254</sup> Coincide con esta intención el relato de PLUTARCO, *Timoleón*, 24. 2, con más dureza, «considerando hermoso que los tiranos de Sicilia fueran contemplados por los griegos reducidos a una vida de destierro y humillación».

<sup>255</sup> Según PLUTARCO, *Timoleón*, 24. 3-4, estos jefes enviados por Timoleón fueron Dinarco y Demáreto, corintios que habían llegado con los refuerzos enviados por su ciudad (69. 4).

<sup>256</sup> Esta expedición cartaginesa tendrá lugar en el 340/339 a. C. (se equivoca aquí PLUTARCO, *Timoleón*, 25. 1-4, al situarla en el 342 a. C.), y se describe en 77. 4.

<sup>257</sup> Nicómaco fue arconte de Atenas desde julio del 341 a. C. al mismo mes del año siguiente. Pero los

cónsules que da Diodoro son los del 344 a. C.

[258](#) En el 349 a. C. estalló en Eubea una guerra civil entre Plutarco, tirano de Eretria favorable a los atenienses, y Clitarco, que era enemigo suyo. Atenas envió, a petición de Plutarco, un ejército mandado por Foción, que, en situación desesperada, logró la victoria en Táminas (batalla en la que participó con honor el orador Esquines, que obtuvo una corona por su actuación). Sin embargo, poco después, una nueva revuelta (con Moloso al mando de las tropas atenienses en lugar de Foción), hizo firmar una paz en el 348 a. C. que significará la total independencia de Eubea, su separación de la influencia ateniense y su acercamiento a Macedonia. Más información da el propio ESQUINES, *Contra Ctesifonte*, 86-88, y también DEMÓSTENES, *Sobre la paz*, 5, y PLUTARCO, *Foción*, 12-13.

[259](#) El acceso de Ada al reino lo contó Diodoro en 69. 2. Ada será repuesta en el año 334 a. C. cuando Alejandro llegue allí (XVII, 24- 2).

[260](#) Perinto estaba situada en la costa septentrional de la Propóntide y era una plaza importante para proteger los suministros que llegaban a Atenas desde el Mar Negro; en el 340 a. C. esperaba la llegada de colonos atenienses con el general Cares en el Quersoneso y la fortificación de Ténedos (DEMÓSTENES, *Sobre la corona*, 302). Bizancio, aliada de Perinto, estaba oficialmente unida a Filipo, pero, tras los éxitos del rey macedonio en Tracia, a finales del 341 a. C. o principios del 340, empezaba a temer al rey y se acercaba a Atenas. (DEMÓSTENES, *op. cit.* 87).

[261](#) Algo más de 35,5 m.

[262](#) ARRIANO, *Anábasis de Alejandro Magno*, II, 14. 5, recoge la carta con la que Alejandro contesta a la que Darío le hizo llegar, tras la batalla de Iso, en la que recuerda la ayuda que Artajerjes III Oco prestó a los perintios y cómo envió fuerzas a Tracia.

[263](#) El cambio de Bizancio, de la alianza a la hostilidad contra Filipo, se lo atribuye DEMÓSTENES, *Sobre la corona*, 93, 302.

[264](#) Del ataque de Filipo a Bizancio cuenta JUSTINO, IX, 1. 2-7, que, acuciado por la falta de dinero ante la prolongación del asedio, hubo Filipo de recurrir a la piratería, atacando naves de carga atenienses, y también que hizo venir a su lado a su hijo Alejandro, de dieciocho años, para que se instruyera en las armas. POLIENO, *Estratagemas*, IV, 2. 21, dice que usó el ardid de enviar desertores a las tropas que ayudaban a Bizancio, para que dijeran que sus ciudades de origen estaban siendo atacadas, ante lo cual abandonaron Bizancio. Según PLUTARCO, *Foción*, 14. 3-8, como el estratega Cares permanecía inactivo, Foción se ofreció a ir al Helesponto a socorrer a Bizancio, y logró expulsar a Filipo.

[265](#) A estos historiadores ya se refirió Diodoro en 14. 3 y 5 (cf. nota 60).

[266](#) Teofrasto, arconte de Atenas desde julio del 340 a. C. al mismo mes del año siguiente; en cambio, los cónsules, con el retraso habitual en Diodoro, son los del 343 a. C.

[267](#) Se refiere Diodoro a la paz de Filócrates, del año 346 a. C., de la que nada dijo en su momento, y que se explicó en la nota 208.

[268](#) Lo que provocó la ruptura de Atenas con Filipo fue el ataque de éste a la flota mercante ateniense (nota 263), como cuenta DEMÓSTENES, *Sobre la corona*. 139. El enviar embajadas a Rodas y Quíos era una propuesta de Demóstenes, *Filípica III*. 71, aunque ambas islas, junto con Bizancio, habían sido los principales enemigos de Atenas en la llamada guerra social (21. 1).

[269](#) No se hizo realmente un tratado de paz, pero Filipo levantó el asedio de Bizancio (JUSTINO, IX, 1. 5-8, quien dice que, para no tener a un ejército tan grande ocupado en el ataque a una sola ciudad, Filipo se dedicó a tomar muchas ciudades del Quersoneso) y se retiró en mayo del 339 a. C., tras el envío de una flota ateniense mandada por Foción y Cefisodonte (PLUTARCO, *Foción*, 14. 6-8).

[270](#) Esta expedición, a la que se refirió Diodoro en 73. 3, tuvo lugar en la primavera del 339 a. C., y no

pudo hacerse antes, porque en los años inmediatamente anteriores Cartago tuvo problemas internos: según JUSTINO, XXI. 4, un ciudadano muy principal. Hannón, intentó proclamarse rey envenenando a los sufetas de Cartago en el banquete de bodas de su hija; descubierto, recurrió a esclavos armados hasta que fue capturado, torturado y muerto. Las cifras de fuerzas cartaginesas que da Diodoro coinciden con las de Plutarco (*Timoleón*, 25. 1), que da también el nombre de sus generales: Asdrúbal y Amílcar.

[271](#) Se refiere a la alianza militar (*symmachía*) a la que se hizo referencia en 73. 2.

[272](#) Según PLUTARCO, *Timoleón*, 25. 4-5, las fuerzas de Timoleón eran tres mil siracusanos y cuatro mil mercenarios (de los que desertaron mil), en total cinco mil infantes y mil jinetes. El resto, hasta completar los doce mil que dice Diodoro, debió de ser proporcionado por los aliados de Timoleón.

[273](#) En 61-64, cuando se relató el castigo de los profanadores del santuario de Delfos. Es evidente que Timoleón había reclutado a sus mercenarios de entre los que habían estado a sueldo de los focenses.

[274](#) Cuando, tras la victoria sobre los cartagineses, los expulsó de Siracusa como traidores ((82, 1).

[275](#) Se refiere a la gran victoria que Gelón, tirano de Gela y Siracusa, obtuvo en Himera en el 480 a. C. sobre los cartagineses mandados por Amílcar, consiguiendo muchos prisioneros por los que pidió un gran rescate a Cartago; con el dinero obtenido construyó templos en Siracusa e hizo grandes ofrendas en Delfos.

[276](#) El río Crimiso fluye al este de Segesta, en la Sicilia occidental. La descripción de la batalla, muy detallada, en PLUTARCO, *Timoleón*, 27 y 28. Según Plutarco, la batalla tuvo lugar el día 24 del mes de Targelión (mayo/junio) del 339 a. C.

[277](#) No está claro a qué se refiere Diodoro con la expresión «batallón sagrado» referida a una unidad de élite cartaginesa, a la que vuelve a mencionar en XX, 10. 6, o si está pensando en algo parecido al famoso batallón sagrado tebano, creado por Górgidas, compuesto por trescientos hombres juramentados para jamás abandonar al compañero caído, y del que hablan PLUTARCO, *Pelópidas*, 18, y POLIENO, *Estratagemas*, II, 5. 1.

[278](#) Diodoro y Plutarco coinciden en el número de armas capturadas y en el número total de muertos (10.000); sin embargo, en Plutarco (*Timoleón*, 28. 10), los cartagineses muertos fueron 3.000, frente a los 2.500 de Diodoro.

[279](#) Gescón había sobrevivido a la muerte de su padre, lo que contradice la versión de JUSTINO, XXI, 4. 8, según el cual toda la familia de Hannón habría sido eliminada; aquí se dice sólo que estaba desterrado, noticia también confirmada por POLIENO, *Estratagemas*, V. 11. (cf. nota 269).

[280](#) Lisimáquides, arconte desde el 339 al 338 a. C., pero los cónsules aquí citados son los del 342 a. C.

[281](#) Cf. 79. 1.

[282](#) Para los bretios o brutios cf. 15. 1. Seguramente este episodio no tiene relación con el que cuenta JUSTINO, XXIII, 1. 11-12, ya que los mercenarios que conquistaron el fortín brutio eran africanos y fueron enviados por Dionisio II.

[283](#) Diodoro es el único que cuenta la historia de este Postumio. M. SORDI, *Timoleonte*, Palermo 1961, págs. 113-115, sospecha que el tirano Marco de Catania (al que llaman Mamerco tanto Plutarco como Nepote) citado en 69, 4, y que, según NEPOTE, *Vidas. Timoleón*, 2. 4, era un caudillo itálico, probablemente llegado a Sicilia como mercenario, sea la misma persona, esto es, Marco o Mamerco Postumio.

[284](#) Fue la primera expedición de colonos a Sicilia propiciada por Timoleón; a ella seguirá otra, más importante, de 50.000 colonos de toda Grecia, tras la proclama que hace el mismo Timoleón en 82. 5.

[285](#) Este tratado de paz con Cartago no se concertó antes, sino después de que Timoleón acabara con los tiranos (menos con Marco o Mamerco), como describe PLUTARCO, *Timoleón*, 34. 2. Con esta paz se fijaba el límite entre las dos zonas de influencia, cartaginesa y siracusana, el mismo que había sido establecido en el 383 a. C. entre Dionisio I y los siracusanos (DIODORO, XV, 17. 5), y suponía el reconocimiento del dominio de

Siracusa sobre toda la Sicilia griega. El río Lico, o Hálco, es el actual Platani, al oeste de Acragante.

[286](#) La guerra contra los tiranos logró que todas las *póleis* sicilianas se subordinaran a Siracusa. Como se ha dicho, las operaciones anteriores al tratado con Cartago fueron la victoria de Timoleón sobre Híctas cerca del río Lamirias (o Damirias según PLUTARCO, *Timoleón*, 31. 3), la muerte de Híctas y de toda su familia (*Tim.* 32 y 33. 1-4), la nueva victoria sobre Marco/Mamerco y los cartagineses de Gescón en el río Ábolo (*Tim.* 34. 1), y, posterior al tratado, la definitiva derrota y muerte de Marco/Mamerco (*Tim.* 34).

[287](#) Se trataba de un gran salón de banquetes. Compárese con la tienda de «cien lechos» que preparó Alejandro Magno en Díon antes de su expedición a Asia (XVII, 16. 4).

[288](#) Agatocles (361-289 a. C.), tirano de Siracusa, natural de Hímera, que adoptó el título de rey en el 304 a. C. Por su causa, el historiador Timeo hubo de salir exiliado de Sicilia, por lo que son muy negativas sus opiniones sobre él (cf. nota 31).

[289](#) Hierón II (siglo III a. C.), tirano y luego rey de Siracusa.

[290](#) Carondes fue arconte de Atenas desde el 338 al 337 a. C., pero los cónsules que cita Diodoro fueron los del 341 a. C.

[291](#) Es muy parco Diodoro en su información. Hemos de recurrir a otra fuente para conocer el porqué del ataque de Filipo a Elatea. Según DEMÓSTENES, *Sobre la corona*, 147-150, Esquines, sobornado por Filipo, consigue ser nombrado, en el 359 a. C., *pilágora* (cf. nota 88) y acude, como tal, al Consejo Anfictiónico de la primavera; allí persuade a los *hieromnémones* para que inspeccionen la región, y, cuando lo hacían, les atacan los locrios y casi los matan. Estalla la guerra contra los de Anfisa y el Consejo Anfictiónico resuelve recurrir a Filipo, el cual se desentiende del problema religioso (siempre según Demóstenes) y ataca a Elatea.

[292](#) Ya se dijo entonces (77. 3) que no se trató de una paz formal. (cf. nota 269).

[293](#) Esta embajada no fue idea de Demóstenes, sino que fueron los beocios los que mandaron a buscar a los atenienses, según ESQUINES, *Contra Ctesifonte*. 140-141.

[294](#) Al llegar la embajada ateniense, en la que iba Demóstenes, a Tebas, se encontró allí a los embajadores de Filipo, a los tesalios y a otros aliados (DEMÓSTENES, *Sobre la corona*. 21 1); la oratoria de Demóstenes logró que Tebas se inclinase hacia Atenas.

[295](#) Diodoro presenta la batalla de Queronea como un suceso inmediatamente posterior a la toma de Elatea, cuando en realidad entre ambos hechos pasó casi un año.

[296](#) Es cita literal de DEMÓSTENES, *Sobre la corona*. 136.

[297](#) Efectivamente, Cares era un pésimo general. POLIENO, *Estratagemas*, IV, 2. 8, cuenta la maniobra de Filipo para apoderarse de los desfiladeros y conquistar Anfisa, engañando a los generales atenienses Cares y Próxeno.

[298](#) Sobre la batalla de Queronea tenemos muchos testimonios: así, PLUTARCO, *Alejandro*, 9. 2, sobre la intervención de Alejandro; *Pelópidas*, 18. 4. 7, sobre la completa aniquilación del batallón sagrado; JUSTINO, IX, 3. 9, sobre la superioridad macedonia en la guerra que venció a los atenienses, a pesar de su mayor número; DEMÓSTENES, *Sobre la corona*, 264, que da la misma cifra de mil muertos atenienses; ESQUINES, *Contra Ctesifonte*, 143, sobre la venalidad de Demóstenes en los gastos de la campaña, y 187, sobre la cobardía de Demóstenes en la batalla.

[299](#) Démades era un célebre orador ateniense filomacedonio; fue él quien participó en la embajada que concertó la paz entre Atenas y Filipo tras Queronea junto con Esquines y Foción (DEMÓSTENES, *Sobre la corona*, 285, PLUTARCO, *Foción*. 16, que recoge los intentos de Foción para pactar con Filipo antes de la batalla). En contra de esta visión negativa sobre Filipo están JUSTINO, IX, 4. 1 y POLIBIO, V. 10, que hablan de la moderación del macedonio tras la batalla.



<sup>300</sup> Agamenón, rey de Micenas, comandante supremo de los reyes griegos en la expedición a Troya, mientras que Tersites es la representación de la maledicencia y fealdad en la *Iliada* (II, 212, 244, 246).

<sup>301</sup> Según JUSTINO, IX, 4. 4-6, Filipo devolvió a Atenas los prisioneros sin pedir rescate, les concedió los cuerpos de los caídos en combate y, además, envió a la ciudad a su hijo Alejandro y a Antípatro para pactar paz y amistad con los atenienses.

<sup>302</sup> Sobre la muerte de Arquidamo, cf. 63. 2; en cuanto a la sucesión de Arquidamo por su hijo Agis y la duración de su reinado, véase nota 217.

<sup>303</sup> Frínico fue arconte de Atenas desde el 337 al 336 a. C. Los cónsules que cita Diodoro son los del 340 a. C., con el retraso habitual.

<sup>304</sup> JUSTINO, IX, 5. 1-4, distingue mejor que Diodoro dos aspectos separados de esta Liga de Corinto: primero, Filipo fijó las condiciones de paz para toda Grecia, según los méritos de cada Estado, y, de entre ellos, eligió el consejo; de este plan se apartaron sólo los lacedemonios. Luego fijó Filipo los contingentes que cada uno tendría que reclutar si él era atacado o había que hacer una guerra bajo su mando, con lo cual, añade Justino, estaba claro que se trataba de atacar a Persia.

<sup>305</sup> PLUTARCO, *Timoteón*, 39. 5-6, cita el mismo decreto con ligeras variaciones.

<sup>306</sup> Sátrapa de Frigia (y de parte de Misia y de Capadocia), fue citado por Diodoro, en XV, 90. 3, junto con Mausolo de Caria, por ser ambos los más importantes de los que se rebelaron contra Artajerjes Mnemón entre el 366 y el 358 a. C.

<sup>307</sup> Según LIVIO, VIII, 11. 11, el nombre de la ciudad era Sinuesa, cuyas ruinas están hoy a 3 km de Mondragone.

<sup>308</sup> Pitodoro, arconte de Atenas desde julio del 336 a. C. al mismo mes del año siguiente; los cónsules citados por Diodoro son los del 339 a. C.

<sup>309</sup> Según JUSTINO, IX, 5. 8-9, Filipo envió a Asia tres generales: Parmenión, Amintas (que no cita Diodoro) y Átalo. Parmenión era, sin duda, el más competente; padre de Filotas, morirá como su hijo en el 330 a. C. Amintas era hijo de Perdicas III, rey de Macedonia (365-359 a. C.), hermano mayor de Filipo; cuando se proclamó rey, Filipo casó a Amintas con su hija. Átalo era tío de Cleopatra con la que se casó Filipo tras separarse de Olimpiade, y será eliminado por Alejandro.

<sup>310</sup> El mismo oráculo se recoge en PAUSANIAS, VIII, 7. 6. A partir de este momento habla Diodoro de los signos que anunciaban la muerte de Filipo.

<sup>311</sup> Ya mencionado en 72. 1.

<sup>312</sup> Cf. 3. 5 y nota 15.

<sup>313</sup> El actor dramático Neoptólemo, natural de Esciros, fue atacado por DEMÓSTENES en *Sobre la paz*, 6-8, discurso del 346 a. C., por haber convertido en dinero las propiedades que tenía en Atenas para irse junto a Filipo. Vuelve a aparecer, también en DEMÓSTENES, *Sobre la embajada fraudulenta*, 12 y 315, en la primera ocasión para convencer a los atenienses de que envíen embajadores a Filipo, en la segunda, actuando como embajador del propio Filipo.

<sup>314</sup> Estos versos son de autor desconocido. SUETONIO, *Vidas de los doce Césares*, IV, 4, hablando de los presagios que anunciaron la muerte de Calígula, cita entre ellos que el pantomimo Mnéster danzó la misma tragedia que había representado Neoptólemo en los Juegos en los que fue asesinado Filipo.

<sup>315</sup> En la campaña contra los ilirios a la que se refirió Diodoro en 69. 7.

<sup>316</sup> A Átalo ya se ha hecho referencia en 91. 2. La historia de esta ofensa, en la que también habría participado el propio Átalo, la cuenta JUSTINO, IX, 6. 5-7. PLUTARCO, *Alejandro*, 10. 5, sin entrar en detalles sobre el ultraje a Pausanias, dice que fue instigado por Átalo y por Olimpiade.



<sup>317</sup> Aunque sin seguridad podría tratarse de Hermócrates de Yaso, que fue maestro de Calímaco.

<sup>318</sup> Leonato, noble macedonio, fue miembro de la guardia personal de Filipo, y, más tarde, de Alejandro, al que acompañó a Asia, llegando a general en el 328 a. C.; tras la muerte de Alejandro fue nombrado sátrapa de la Frigia helespónica por Perdicas, y en el año 322 a. C. marchó con tropas a Grecia para ayudar a Antípatro, asediado en Lamía y allí murió. En cuanto a Perdicas, fue el segundo de Alejandro en la campaña asiática; tras la muerte del rey, fue nombrado por la asamblea del ejército regente y protector del hermanastro de Alejandro, Filipo Arrideo, y del hijo, aún no nacido, de Alejandro. Alarmado de la independencia de Tolomeo, invadió Egipto y allí murió asesinado en el 321 a. C.

<sup>319</sup> Diodoro no recoge otras versiones en las que Olímpide y el propio Alejandro aparecen como instigadores del asesinato de Filipo; sí lo hacen PLUTARCO, *Vida de Alejandro* 10, 5-7, y JUSTINO, *Epítome* IX, 7.

## LIBRO XVII

## SINOPSIS

El libro XVII de Diodoro está dividido en dos partes.

El contenido de la primera parte es el siguiente:

1. Cómo Alejandro, después de haber accedido al trono, organizó los asuntos de su reino (1-7).
2. Cómo recobró los pueblos que se rebelaban (8. 1-2).
3. Cómo, tras arrasar Tebas y atemorizar a los griegos, fue elegido general con plenos poderes de Grecia (8. 3-16).
4. Cómo cruzó a Asia y derrotó a los sátrapas en el río Gránico, en Frigia (17-21).
5. Cómo tomó por asedio Mileto y Halicarnaso (22-27).
6. Batalla de Darío contra Alejandro en Iso, en Cilicia, y victoria de Alejandro (30-39).
7. Asedio de Tiro, ocupación de Egipto, y viaje del rey a Amón (40-52).
8. Batalla en Arbela de Alejandro contra Darío y victoria de Alejandro (53-61).
9. Batalla de Antípatro contra los lacedemonios y victoria de Antípatro (62-63).

El contenido de la segunda parte es el siguiente:

10. Conquista de Arbela por Alejandro y captura de un gran botín (64. 1-3).
11. Descanso del ejército en Babilonia y recompensa dada a los valientes (64. 3-6).
12. Llegada de los mercenarios y aliados que habían sido enviados (65. 1).
13. Organización y preparación del ejército (65. 2-4).
14. Cómo Alejandro se apoderó de Susa y sus tesoros (65. 5-66).
15. Cómo se hizo dueño de los pasos y se apoderó de las llamadas Puertas Susianas (67-68).
16. Cómo benefició a los griegos, que habían sido mutilados, y saqueó Persépolis después de tomarla (69-71).

- [23.](#) Campaña de Alejandro contra los arios que habían desertado y captura de la «Roca» (78).
- [24.](#) Conspiración contra el rey y castigo de los conspiradores; entre ellos los más distinguidos eran Parmenión y Filotas (79-80).
- [25.](#) Campaña de Alejandro en el territorio contra los paropanisadas y lo que hizo allí (82).
- [26.](#) Combate singular que tuvo lugar en el territorio de los arios y su anexión (83. 1-6).
- [27.](#) Muerte de Beso, el asesino de Darío (83. 7-9).

A partir de aquí hay una gran laguna en los MSS; se pone en cursiva, siguiendo la edición de Goukowsky<sup>1</sup>, el contenido que debieron de tener los capítulos perdidos.

- [28.](#) *Cómo Alejandro marchó por el desierto y perdió muchos de sus hombres.*
- [29.](#) *Cómo a los bránquidas, que desde hacía tiempo habían sido trasladados por los persas a los confines del reino, los mató Alejandro por traicionar a los griegos.*
- [30.](#) *Cómo el rey marchó contra sogdianos y escitas.*
- [31.](#) *Cómo los principales sogdianos, que eran conducidos a la ejecución, se salvaron de manera inesperada.*
- [32.](#) *Cómo Alejandro derrotó a los sogdianos que se habían sublevado y degolló a más de ciento veinte mil de ellos.*
- [33.](#) *Cómo castigó a los bactrianos, sometió a los sogdianos por segunda vez y fundó ciudades en lugares adecuados para castigo de los que se rebelaran.*
- [34.](#) *Tercera sublevación de los sogdianos y captura de los que se refugiaron en la «Roca».*
- [35.](#) *Sobre la caza en Basista<sup>2</sup> y la abundancia de fieras que hay allí.*
- [36.](#) *Sobre el pecado contra Dioniso y el asesinato de clito durante una borrachera.*
- [37.](#) *Sobre la muerte de Calístenes.*
- [38.](#) *Campaña del rey contra los llamados nautacas y desastre del ejército a causa de una gran nevada.*
- [39.](#) *Cómo Alejandro, enamorado de Roxana, hija de Oxiartes, se casó con ella y convenció a muchos de sus amigos para que se casaran con las hijas de los bárbaros más importantes.*
- [40.](#) *Preparación de la campaña contra los indios.*
- [41.](#) *Invasión de la India y aniquilación completa del primer pueblo con el fin de intimidar a los demás.*
- [42.](#) *Cómo hizo beneficios a la ciudad llamada Nisia debido a su parentesco con Dioniso.*

- [43.](#) Cómo, después de saquear la plaza fuerte de Masaca<sup>3</sup>, mató a todos los mercenarios a pesar de que habían luchado con brillantez (84).
- [44.](#) Cómo tomó por asalto la Roca llamada Aorno, que siempre había sido inexpugnable (85).
- [45.](#) Cómo se ganó al rey de los indios, Taxiles, y tras vencer en un gran combate a Poro y hacerlo prisionero, le devolvió su trono a causa de su valiente conducta (86-89).
- [46.](#) Relación de las serpientes maravillosas que hay en el país y de los frutos que allí crecen (90).
- [47.](#) Cómo se ganó a muchos de los pueblos vecinos y derrotó a otros (91. 1-4).
- [48.](#) Cómo sometió al país gobernado por Sopites (91.4).
- [49.](#) Sobre el buen gobierno de las ciudades de este país (91.4-6).
- [50.](#) Sobre la excelencia de los perros regalados a Alejandro (92).
- [51.](#) Sobre el relato del rey de los indios (93. 1-3).
- [52.](#) Cómo, cuando Alejandro quiso cruzar el río Ganges y marchar contra los llamados gandáridas, los macedonios se amotinaron (93. 4-94).
- [53.](#) Cómo, tras marcar los límites de su expedición militar, el rey visitó las demás regiones de los indios (95).
- [54.](#) Cómo bajó navegando a través del río Indo hasta el Océano por el sur, y corrió peligro al haber sido alcanzado por una flecha (96-99).
- [55.](#) Sobre el combate singular resultado de un desafío (100-101).
- [56.](#) Sobre los indios vencidos en las dos márgenes del río Indo hasta el mar (102-103).
- [57.](#) Sobre las maravillas y usos entre los habitantes y los que tienen una vida de animales (104-106. 3).
- [58.](#) Cómo los que navegaron por el Océano se unieron a Alejandro cuando estaba acampado junto al mar y lo que contaron de su viaje (106. 4-7).
- [59.](#) Cómo, tras zarpar de nuevo, navegaron a lo largo de una gran extensión de la costa (107. 1).
- [60.](#) Cómo, tras elegir treinta mil jóvenes persas y formarlos en ejercicios militares, los dispuso como contrapartida a la falange macedónica (108. 1-3).
- [61.](#) Cómo Hárpalos, acusado por su vida de lujo y lo excesivo de sus gastos, huyó de Babilonia y se hizo suplicante del pueblo ateniense (108. 4-7).
- [62.](#) Cómo después de huir del Ática fue asesinado y depositó setecientos talentos de su dinero entre los atenienses y dejó cuatro mil talentos y ocho mil mercenarios en Ténaro, en Laconia (108. 7-8).
- [63.](#) Cómo Alejandro, después de haber pagado las deudas a sus veteranos macedonios, y gastado diez mil talentos, los devolvió a sus hogares (109. 1-2).

- [64.](#)      Cómo al rebelarse los macedonios castigó a los responsables (109. 2-3).
- [65.](#)      Cómo Peucestas trajo a Alejandro diez mil arqueros y honderos que había elegido entre los persas (110. 2).
- [66.](#)      Cómo el rey reorganizó sus batallones mezclando persas con macedonios (110. 1).
- [67.](#)      Cómo costeó los gastos y sueldos de la educación a todos los hijos de los soldados, que eran diez mil (110. 3).
- [68.](#)      Cómo Leóstenes empezó a mover la guerra contra los macedonios (111. 1-3).
- [69.](#)      Cómo Alejandro hizo una campaña contra los coseos (111.4-6).
- [70.](#)      Cómo, cuando el rey estaba en camino hacia Babilonia, los caldeos profetizaron a Alejandro que moriría si entraba en Babilonia (112. 1-3).
- [71.](#)      Cómo el rey en un primer momento se asustó y se desvió de Babilonia, pero después, persuadido por los filósofos griegos, entró en la ciudad (112. 4-6).
- [72.](#)      Sobre la multitud de embajadas que llegaron allí (113).
- [73.](#)      Sobre el funeral de Hefestión y la enormidad del dinero gastado en él (114-115).
- [74.](#)      Sobre los augurios que se le presentaron a Alejandro y sobre su muerte (116-118).

<sup>1</sup> P. GOUROWSKY, *Diodore de Sicile, Bibliothèque historique*, Livre XVII, París, Les Belles Lettres 1976, con muchas notas que hemos utilizado para esta traducción. La reconstrucción de lo perdido se hace siguiendo los relatos de: PLUTARCO, *Vida de Alejandro*; QUINTO CURCIO, *Historia de Alejandro Magno*, ARRIANO, *Anábasis de Alejandro Magno*, y JUSTINO, *Epítome de las «Historias Filípicas» de Pompeyo Trogo*. Todos ellos están publicados en la *Biblioteca Clásica Gredos*, con los núms. 363, 96, 49-50 y 212 respectivamente.

<sup>2</sup> Q. CURCIO, VIII, 1.10, la llama Bazaira.

<sup>3</sup> Masaga en ARRIANO, IV. 26. 1, Mazagas en CURCIO, VIII, 10. 22.



El libro anterior, que fue el decimosexto de toda la obra, comenzó [1] con el reinado de Filipo, hijo de Amintas; se recogieron en él todas las acciones de Filipo hasta su muerte, y las de los demás reyes, pueblos y ciudades que se produjeron en los años de su reinado, que fueron veinticuatro. En este libro, al registrar [2] los hechos cronológicos, empezaremos por el reinado de Alejandro, y tras abarcar lo realizado por este rey hasta su muerte, escribiremos también lo ocurrido simultáneamente en las partes conocidas de la tierra habitada<sup>4</sup>. Pues entendemos que de esta manera las acciones serán fáciles de recordar, al estar expuestas de manera sumaria y tener continuidad desde el principio hasta el final.

En breve tiempo este rey realizó grandes acciones, y debido [3] a su propia perspicacia y valor superó por la magnitud de sus obras a todos los reyes que han quedado transmitidos en la memoria desde el comienzo de los tiempos. Porque en doce años, [4] tras someter no pocas partes de Europa<sup>5</sup> y casi toda Asia, adquirió con razón una fama bien conocida y que lo igualaba a los antiguos héroes y semidioses. Pero realmente no necesitamos anticipar en la introducción algo de lo conseguido por este rey; pues sus propias acciones, una por una, mostrarán con suficiencia [5] la grandeza de su gloria. Por parte de su padre, Alejandro fue descendiente de Heracles, y por su madre tuvo la naturaleza propia de los Eácidas y el honor de la alta consideración de sus antepasados<sup>6</sup>. Y nosotros, tras citar la cronología correspondiente a lo escrito, nos dedicaremos a los hechos en los que se basa nuestra historia.

[2] Cuando Evéneto era arconte en Atenas<sup>7</sup>, los romanos eligieron cónsules a Lucio Furio y a Gayo Manio. En este año Alejandro, tras recibir como herencia el trono, en primer lugar reclamó el castigo apropiado a los asesinos de su padre<sup>8</sup>, y luego, una vez que dedicó la atención al funeral de su progenitor, estableció las cosas de su reino con más habilidad de la que todos sospecharon. [2] Porque al ser muy joven y despreciado por algunos debido a su edad, desde el primer momento se ganó el afecto del pueblo con palabras apropiadas. Declaró, en efecto, que el rey había cambiado únicamente en el nombre y que los asuntos serían gobernados de modo en nada inferior a la administración hecha en tiempos de su padre. Luego concedió audiencia a las embajadas y de manera afable invitó a los griegos a mantener con él la buena disposición heredada de su padre. Cuando hizo entrenamientos [3] constantes de los soldados y también ejercicios tácticos, preparó una fuerza bien disciplinada.

Al tener como rival del trono a Átalo, el hermano de Cleopatra<sup>9</sup>, la que había sido tomada por Filipo como segunda esposa, pensaba quitarle la vida; pues ocurría también que de Cleopatra le había nacido un hijo a Filipo pocos días antes de su muerte<sup>10</sup>. Átalo había sido enviado a Asia como general de las [4] fuerzas junto con Parmenión, y al ser

persona dispuesta a hacer favores y a cuidar el trato con los soldados encontraba gran acogida en el ejército. En consecuencia, Alejandro lógicamente temía que éste le disputase el poder tomando como cómplices a los griegos que se le oponían. Por ello eligió previamente de [5] entre sus amigos a Hecateo, lo envió a Asia con suficientes soldados y le dio la orden de traer cuanto antes vivo a Átalo, y si esto no pudiera conseguirlo, matar a traición al hombre lo más rápidamente posible. Así que cruzó a Asia, se unió a Parmenión y Átalo, y esperaba una oportunidad para llevar a cabo su misión.

Cuando Alejandro supo que muchos griegos estaban expectantes [3] de cara a la rebelión, cayó en una gran angustia. Pues los [2] atenienses, al atraerse Demóstenes al pueblo contra los macedonios<sup>11</sup>, escucharon la muerte de Filipo con alegría y no cedían el liderazgo de los griegos a los macedonios, y, tras enviar embajadas a Átalo en secreto, maquinaban una acción conjunta y empujaban a muchas ciudades a alcanzar la libertad.

[3] Los etolios votaron hacer volver de Acarnania a los expatriados que habían elegido probar el exilio por culpa de Filipo. Y los ambraciotas haciendo caso a Aristarco expulsaron a la guarnición establecida por Filipo e hicieron que su ciudad se [4] gobernara democráticamente. Del mismo modo, los tebanos votaron expulsar a la guarnición de la Cadmea y no conceder a Alejandro el liderazgo de los griegos. Los arcadios eran los únicos griegos que ni concedieron el liderazgo a Filipo ni se fiaron [5] de Alejandro<sup>12</sup>; y de los demás peloponesios, argivos, eleos, lacedemonios, y algunos otros se lanzaron a la independencia. De los pueblos que habitaban más allá de Macedonia, no pocos deseaban la defección y mucha agitación se extendía a los bárbaros que vivían allí<sup>13</sup>.

[6] Pero, aunque tales sucesos y tantos temores invadían el reino, Alejandro, aunque era muy joven, arregló todas las dificultades contra su poder de manera increíble y rápida. Pues a unos se atrajo con persuasión a través de la diplomacia, a otros corrigió con el miedo, pero a algunos redujo por la fuerza y los sometió.

[4] En primer lugar, tras recordar a los tesalios su antiguo parentesco a través de Heracles con palabras amables y animarlos además con grandes promesas, los convenció para que le cedieran el liderazgo de Grecia heredado de su padre por decreto oficial de los tesalios. Tras éstos, condujo a los pueblos vecinos [2] a una similar buena disposición y se dirigió a las Termópilas, convocó al Consejo de los Anfictiones<sup>14</sup> y los convenció para que le entregaran a él, mediante un decreto oficial, el liderazgo de los griegos. Enviando embajadas a los ambraciotas y tras [3] reunirse con ellos amistosamente los persuadió de que habían tomado un poco antes la independencia que estaba a punto de concederles él con su mejor voluntad.

Para espanto de los desobedientes, salió al frente del ejército [4] de los macedonios formado amenazadoramente. A marchas forzadas llegó a Beocia y acampando cerca de

la Cadmea metió miedo a la ciudad de los tebanos. Al enterarse los atenienses en [5] ese momento de la entrada del rey en Beocia, abandonaron su desdén anterior, pues la rapidez del jovencito<sup>15</sup> y la energía de sus acciones asustó enormemente a los que tenían sentimientos hostiles. Por ello los atenienses votaron transportar a la ciudad [6] los bienes de la campiña, dedicar la atención posible a sus murallas y también enviaron a Alejandro embajadores, pidiendo que les perdonase por no concederle con rapidez el liderazgo.

También se incluyó a Demóstenes entre los embajadores, [7] pero no fue con los demás a ver a Alejandro, sino que desde el Citerón se volvió a Atenas, sea temeroso por la política que había hecho contra los macedonios, sea porque quería mantenerse irreprochable ante el rey de los persas. Afirman que él [8] había recibido mucho dinero de los persas para que hiciera una política contra los macedonios; sobre esto también dicen que Esquines, echando en cara a Demóstenes su venalidad, dijo en un discurso: «Ahora, por cierto, su dispendio fue cubierto por el oro real. Pero ni esto será suficiente, pues jamás ninguna riqueza [9] ganó a un carácter perverso<sup>16</sup>». Y cuando Alejandro dio respuestas con amabilidad a los embajadores atenienses, liberó al pueblo de su gran temor.

Alejandro ordenó que acudieran a Corinto las embajadas y los delegados, y cuando llegaron los que solían formar parte del consejo, conversando con ellos el rey y utilizando razonamientos adecuados convenció a los griegos para que votaran que el general con plenos poderes de Grecia fuera Alejandro y para que tomara parte con ellos en una campaña contra los persas en compensación de los delitos que cometieron contra los griegos; tras alcanzar este honor el rey regresó con su ejército a Macedonia.

[5] Ahora que hemos descrito lo que sucedió en Grecia, cambiaremos el relato a los acontecimientos en Asia. Tras la muerte de Filipo, Átalo al principio intentaba tramar una revuelta y maquinaba con los atenienses una acción conjunta contra Alejandro, pero más tarde, al cambiar de opinión, le envió a Alejandro la carta que le había entregado Demóstenes y que él había guardado, e intentaba con palabras amistosas quitarse de [2] encima las calumnias contra él<sup>17</sup>; y cuando Hecateo, según las instrucciones del rey, mató a traición a Átalo<sup>18</sup>, el ejército macedonio en Asia dejó de alzarse en rebelión y Parmenión estaba en los mejores términos con Alejandro.

Al disponernos a escribir sobre el reino de los persas es necesario [3] retroceder la historia brevemente en el tiempo. Cuando Filipo aún reinaba, gobernaba a los persas Oco<sup>19</sup> y trataba a sus súbditos con crueldad y violencia. Odiado por el rigor de su carácter, el quiliarca<sup>20</sup> Bagoas, que era un eunuco en su constitución, pero perverso y belicoso de naturaleza, mató a Oco con veneno a través de un médico y colocó en el trono a Arsés, el más joven de los hijos del rey. Mató también a los hermanos del [4] rey, que eran muy jóvenes, para que el muchacho, aislado, le resultara más dócil. A pesar de que el joven estaba disgustado con las ilegalidades cometidas y dispuesto claramente a

castigar al autor de los delitos, Bagoas se anticipó a sus intenciones y mató a Arsés junto con sus hijos cuando llevaba reinando ya tres años. Extinguida la casa real y al no haber nadie que por su [5] linaje heredara el poder, Bagoas eligió a uno de sus amigos, de nombre Darío, y lo ayudó a establecerse en el trono. Éste era el hijo de Arsanes, y nieto de Ostanés, hermano a su vez de Artajerjes, que había sido rey de los persas<sup>21</sup>. Algo insólito ocurrió [6] en lo que respecta a Bagoas, y digno de mención, pues usando su habitual afición al asesinato intentó eliminar a Darío con veneno; pero, conocida la maquinación, el rey invitó a Bagoas como a un encuentro amistoso y tras darle la copa le obligó a beber el veneno.

[6] Darío fue digno del trono porque parecía que aventajaba mucho en valor a los persas; porque en cierta ocasión cuando el rey Artajerjes<sup>22</sup> guerreaba contra los cadusios<sup>23</sup> y uno de ellos, célebre por su fuerza y valor, invitó al persa que quisiera a un combate singular, ningún otro se atrevió a responder, y sólo Darío arrojando el peligro mató al retador y fue honrado por el rey con grandes regalos y entre los persas se llevó el primer [2] puesto al valor. Y por esta bravura fue considerado digno del trono y tomó el poder en los momentos en los que, al morir Filipo, heredó el trono Alejandro.

[3] A un hombre semejante, al que la fortuna entregó como antagonista del valor de Alejandro, le tocó soportar muchos y grandes combates por la primacía. Pero sobre ellos darán cuenta cada uno de los hechos sucesivamente; y nosotros volveremos a la continuación de nuestra historia.

[7] Pues al ocupar Darío el reino antes de la muerte de Filipo, deseaba hacer volver hacia Macedonia la guerra inminente; pero cuando murió Filipo, Darío se liberó de su ansiedad, despreciando [2] la juventud de Alejandro. Pero después de que gracias a la energía y rapidez de sus acciones logró tomar todo el liderazgo de Grecia, y el valor del joven resultó bien conocido, entonces Darío, advertido por los hechos, ponía la mayor atención en sus fuerzas: preparaba muchas trirremes, organizaba muchos ejércitos de consideración, eligiendo también a los mejores generales, entre los que destacaba Memnón de Rodas, sobresaliente [3] por su valor y sagacidad militar<sup>24</sup>. A éste le dio el rey cinco mil mercenarios, le ordenó dirigirse contra la ciudad de Cícico e intentar apoderarse de ella. Y él con estos soldados avanzaba a través del Ida.

Sobre este monte cuentan algunos que consiguió este nombre [4] por Ida, la hija de Meliseo<sup>25</sup>. Siendo el más alto de la zona del Helesponto tiene en su mitad una cueva magnífica en la que dicen que las diosas fueron juzgadas por Alejandro<sup>26</sup>. Y se dice [5] que en él vivieron los Dáctilos del Ida, los primeros que trabajaron el hierro, tras haber aprendido la técnica de la Madre de los Dioses<sup>27</sup>. Y algo peculiar y extraño resulta que se produce en este monte. Pues a la salida de la constelación del Perro<sup>28</sup> [6] sobre las cimas del monte, a causa de la calma del aire circundante, la cumbre llega a estar más alta que

el soplo de los vientos y se ve salir el sol mientras aún es de noche, sin esparcir sus rayos en forma circular, sino que la llama está dispersa por muchos sitios, de manera que parece que muchos fuegos tocan el horizonte de la tierra. Y, tras un instante, los fuegos se reúnen [7] en uno solo de gran tamaño, hasta que alcanza una distancia de tres pletros<sup>29</sup>; y, entonces, cuando ya despunta el día, el sol alcanza su tamaño completo y produce el desarrollo del día.

Memnón atravesó la montaña y cayó de repente sobre la [8] ciudad de los cicicenos y poco faltó para que se apoderara de ella; tras fallar el ataque devastó su territorio y se adueñó de [9] mucho botín. Al mismo tiempo que esto se hacía, Parmenión tomó por la fuerza la ciudad de Grinio y vendió como esclavos a sus habitantes, pero cuando sitiaba Pitane apareció Memnón, asustó a los macedonios y rompió el asedio. Tras esto, Calas con soldados macedonios y mercenarios entabló combate en la Tróade contra los persas, que eran muchos más y, al ser inferior, se retiró a Retio.

Y así estaban las cosas en Asia.

[8] Una vez detuvo las revueltas en Grecia, Alejandro dirigió su ejército sobre Tracia y, tras aterrorizar a muchos pueblos tracios que andaban revueltos, los obligó a someterse; y también marchó contra Peonia e Iliria y los territorios limítrofes con ellas, y muchos de los bárbaros que los poblaban se habían sublevado, pero los sometió e hizo súbditos a todos los bárbaros vecinos. [2] Estaba en esto cuando se le presentaron unos anunciándole que muchos griegos se estaban sublevando y que muchas ciudades de Grecia estaban dispuestas a la defección, sobre todo los tebanos<sup>30</sup>. Irritado contra ellos el rey se dirigió a Macedonia apresurándose a hacer cesar los disturbios en Grecia.

[3] Los tebanos se afanaban en expulsar a la guarnición de la Cadmea y cuando sitiaban la ciudadela de pronto llegó el rey a [4] la ciudad y acampó cerca de Tebas con todo su ejército. Antes de la aparición del rey, los tebanos rodearon la Cadmea con profundas trincheras y espesas empalizadas, de manera que no [5] se podía enviarles ni ayuda ni víveres, y además creyeron conveniente enviar embajadores en solicitud de ayuda a arcadios, argivos e incluso eleos. De igual manera mandaban a los atenienses emisarios para una alianza y cuando recibieron gratuitamente una cantidad de armas de parte de Demóstenes proveían de ellas a los que no las tenían<sup>31</sup>. De los que fueron llamados en [6] ayuda, los peloponesios enviaron soldados hasta el Istmo y aguardaban pasando el tiempo, ya que era inminente la llegada del rey. Los atenienses votaron ayudar a los tebanos, convencidos por Demóstenes, pero no enviaron a su ejército, esperando el desenlace de la guerra. El que mandaba la guarnición de la [7] Cadmea, Filotas, al ver que los tebanos hacían grandes preparativos para el asedio, reparó los muros con el mayor celo y hacía acopio de gran cantidad de proyectiles de todo tipo.

Así que cuando el rey apareció inesperadamente desde Tracia [9] con todo su ejército, las alianzas tenían para los tebanos un estado vacilante, mientras que la fuerza

de los enemigos mostraba una superioridad reconocida y evidente. Pero, entonces, tras reunirse en consejo, los jefes deliberaron sobre la guerra y a todos les pareció bien luchar por su independencia. Cuando el pueblo sancionó la resolución, todos con mucho ardor estaban dispuestos a enfrentarse al peligro<sup>32</sup>.

Al principio el rey mantenía la calma, dando tiempo a que [2] deliberaran un cambio de opinión, y creyendo que una sola ciudad no se atrevería a enfrentarse contra una fuerza de tal magnitud. Porque en ese momento Alejandro tenía más de treinta [3] mil infantes y no menos de tres mil jinetes, todos entrenados en riesgos bélicos, que habían participado en las campañas con Filipo y que habían resultado invictos en casi todas las batallas.

En su valor y valentía fue en lo que, confiado Alejandro, se propuso destruir la hegemonía de los persas. Si los tebanos, cediendo [4] a la situación, hubieran enviado embajadas a los macedonios en petición de paz y arreglo, el rey hubiera aceptado sus propuestas con gusto y concedido todo lo que pedían; pues deseaba quitarse de encima los disturbios en Grecia y mantener sin interrupciones la guerra contra los persas.

Pero ahora, al parecerle que era despreciado por los tebanos, decidió destruir la ciudad por completo y con este temor disuadir [5] los impulsos de los que se atrevieran a hacer defección. Por eso tuvo a su ejército dispuesto para el combate y proclamó que el tebano que quisiera se pasara a su lado y participara de la paz común entre los griegos. Pero los tebanos, empleando todo su celo, replicaron desde una alta torre que se acercara a ellos el que quisiera liberar a los griegos junto con el Gran Rey<sup>33</sup> y los [6] tebanos y derrocar al tirano de Grecia. Por ello Alejandro sintió gran dolor, llegó a una cólera extrema y decidió vengarse de los tebanos con un castigo completo. En consecuencia, transformado en una fiera en su espíritu, colocó máquinas de asedio y disponía todo lo demás para el ataque.

[10] Al enterarse los griegos de la enormidad de los peligros que se cernían sobre los tebanos, estaban afligidos por las desgracias que les esperaban, pero no se atrevían a socorrer a la ciudad debido a que ella misma se había entregado impetuosa e irreflexivamente [2] a una destrucción indudable. Pero los tebanos con atrevimiento aceptaban los peligros animosamente, aunque estaban perplejos con los presagios de los adivinos y las señales divinas.

Primero se vio que la fina tela de araña que había en el templo de Deméter se había extendido hasta tener el tamaño de un himátion, y que en su borde era visible un arcoíris parecido al [3] del cielo. Sobre esto el oráculo de Delfos les dio la siguiente respuesta:

*Esta señal manifiestan los dioses a todos los mortales,  
y sobre todo a los beocios y a los que habitan en su vecindad.*



Y el oráculo ancestral de Tebas dio esta respuesta:

*La tela tejida es mala para uno, mejor para otro.*

Esta señal se había producido tres meses antes de la aparición [4] de Alejandro ante Tebas, pero en el momento mismo de la llegada del rey las estatuas del ágora aparecieron desprendiendo sudor y llenas de grandes gotas. Además de esto se acercaron algunos a los magistrados anunciando que el lago de Onquesto<sup>34</sup> emitía una voz similar a un mugido, y que en Dirce se extendía un temblor sangriento sobre la superficie del agua. Y [5] otros vinieron de Delfos declarando que el templo de los focenses que construyeron los tebanos, tenía el techo ensangrentado.

Los que se ocupaban de indicar la interpretación de los presagios afirmaron que la tela era la separación de los dioses de la ciudad; el color del iris, una tormenta de diferentes dificultades, el sudor de las estatuas, una desgracia extraordinaria, y la sangre aparecida en muchos sitios, la enorme matanza que se produciría en la ciudad. Aconsejaban, por lo tanto, que al señalar los [6] dioses claramente la desgracia que sobrevendría a la ciudad, no se arriesgaran a decidir la guerra mediante una batalla, sino que buscaran otra solución más segura mediante conversaciones.

Pero, aun así, los tebanos no flojeaban en sus espíritus, sino que, al contrario, se impulsaban en sus ánimos, recordando entre ellos la victoria en Leuctra<sup>35</sup> y las demás batallas en las que sorprendentemente obtuvieron victorias inesperadas con su propio valor. Por lo tanto, los tebanos, usando en su firmeza más coraje que juicio, se precipitaron a la total ruina de su ciudad.

[11] El rey una vez que dispuso en tres días completos lo del asedio, dividió sus fuerzas en tres partes y a la primera ordenó que se lanzara contra las empalizadas dispuestas delante de la ciudad; a la segunda, que se colocase frente a los tebanos, y a la tercera, que estuviera como fuerza de reserva para apoyar a la parte del ejército que estuviera en apuros y sucederla en el [2] combate. Por su parte, los tebanos situaron la caballería dentro de la empalizada, colocaron a sus libertos, refugiados y metecos frente a los que atacaban sus muros, y ellos se disponían a entablar combate delante de la ciudad contra los macedonios [3] que estaban junto al rey y que eran muchísimos. Los hijos y esposas corrían a los templos e imploraban a los dioses que salvaran la ciudad de los peligros.

Cuando se acercaron los macedonios y todos y cada uno corrieron contra las partes que les fueron asignadas, las trompetas dieron la señal de combate, las fuerzas de ambos bandos gritaron al mismo tiempo y lanzaron los proyectiles ligeros [4] contra los enemigos. Al agotarse éstos pronto y chocar todos en una pelea con espada, se produjo un gran combate. Porque los macedonios hacían una presión insoportable por el número



de sus hombres y el peso de la falange; pero los tebanos, superiores en fuerza física y en su entrenamiento en competiciones gimnásticas, y, aún más, arrogantes en la firmeza de su espíritu, [5] se mantenían firmes en los peligros. Por eso muchos de los dos bandos estaban cubiertos de heridas, y no pocos caían con heridas recibidas de frente. Al mismo tiempo había en la trabazón de los combates gruñido, grito y exhortación, entre los macedonios a no deshonrar la bravura anterior; y entre los tebanos a no permitir que sus hijos, mujeres y padres corrieran el peligro de la esclavitud, a que la patria con todos sus hogares cayera en poder de la cólera de los macedonios, a acordarse de las batallas de Leuctra y Mantinea<sup>36</sup> y de las valientes hazañas conocidas en todas partes. Y así durante mucho tiempo la batalla se mantuvo equilibrada debido al exagerado valor de los combatientes.

Tras eso, al ver Alejandro a los tebanos luchando resueltamente [12] por su libertad mientras que los macedonios estaban cansados por el combate, ordenó que las tropas que formaban en la reserva hicieran el relevo en la batalla. Entonces, al atacar de pronto los macedonios a los fatigados tebanos, atacaron de manera violenta a los enemigos y mataron a muchos. Pero los tebanos [2] no cedieron la victoria, sino que, al contrario, impulsados por su pundonor despreciaban todos los peligros. A tanto coraje llegaron como para gritar que los macedonios reconocían ser inferiores a los tebanos, y cuando todos los demás suelen en los relevos de los enemigos temer a las tropas de reserva que están frescas, sólo éstos en ese momento fueron más osados ante los peligros, ya que los enemigos enviaron el relevo contra los que estaban rendidos por la fatiga.

Ante esta muestra de insuperable heroísmo, el rey, tras observar [3] que una poterna había sido abandonada por sus guardias, envió a Perdicas con un número suficiente de soldados a apoderarse de ella y a entrar furtivamente en la ciudad<sup>37</sup>. Y al cumplirse [4] rápidamente lo ordenado, los macedonios a través de la poterna penetraron en la ciudad, mientras que los tebanos que habían abatido a la primera línea de batalla de los macedonios, y resistían con decisión a la segunda, estaban esperanzados en la victoria. Tan pronto como supieron que una parte de la ciudad había sido tomada, rápidamente se retiraron dentro de las [5] murallas. Pero a la vez que lo hacían, los jinetes tebanos igual que los infantes corrían simultáneamente hacia la ciudad y mataron a muchos de los suyos pisoteándolos, y ellos mismos desordenadamente entraban a caballo en la ciudad, y cayendo en las puertas y en las trincheras murieron golpeados por sus propias armas. Y los que guarnecían la Cadmea saliendo en tropel desde la acrópolis iban al encuentro de los tebanos y al caer sobre los que estaban desordenados hacían una gran matanza.

[13] Y mientras la ciudad era ocupada de esta manera, muchas y variada circunstancias se producían dentro de las murallas. Porque los macedonios debido a la arrogancia de la proclamación tebana se comportaban con los tebanos con más crueldad que lo propio de una guerra, y, echándose con gran amenaza contra los infortunados,

mataban sin contemplaciones a todos los que encontraban. [2] Los tebanos, por su parte, guardando el amor a la libertad de su espíritu, tanto distaban del amor a vivir que en los encuentros se enlazaban con el enemigo y se ofrecían a sus golpes; porque, al ser tomada la ciudad a ningún tebano se vio suplicando a los macedonios que le perdonase la vida, ni aferrándose [3] vilmente a las rodillas de los vencedores<sup>38</sup>. Pero ni la intensidad de su valor encontraba piedad en los enemigos ni la duración del día era suficiente para la crueldad de la venganza, y toda la ciudad era saqueada mientras los niños y las muchachas eran arrastrados a la vez y gritaban el nombre digno de piedad de sus madres.

En resumen, al ser las casas saqueadas con todos sus miembros, la esclavitud de la ciudad fue total. De los tebanos que [4] sobrevivieron, algunos, llenos de heridas y moribundos, lucharon con los enemigos, muriendo y matando a la vez a los adversarios, mientras que otros, apoyados en un trozo de lanza, se enfrentaban con los asaltantes y luchando su último combate preferían la libertad a la salvación. Como la matanza fue enorme [5] y la ciudad estaba llena por todas partes de cadáveres, nadie había que, al verlo, no hubiera compadecido el destino de los infortunados. Porque incluso los griegos tespíos, plateos, así como orcomenios y algunos otros hostiles a los tebanos que se habían unido al rey en la campaña, invadieron la ciudad junto con él y mostraban su particular disgusto ante las desgracias de los desdichados.

Por eso fueron muchos y terribles de ver los sufrimientos [6] que se produjeron en la ciudad; pues griegos eran asesinados sin piedad por griegos, familiares eran muertos por sus parientes próximos, y no ofrecía consideración alguna la lengua que hablaban en común. Al final, cuando la noche los sorprendió, las casas fueron saqueadas y los niños, mujeres y ancianos que se habían refugiado en los templos fueron sacados con extrema violencia.

Fueron muertos más de seis mil tebanos, más de treinta mil [14] fueron capturados, y fue saqueada una increíble cantidad de riquezas.

El rey enterró a los macedonios muertos, que eran más de quinientos, y tras convocar a los delegados de los griegos encomendó al consejo federal qué debía hacerse con la ciudad de los tebanos. Convocada la asamblea, unos que eran hostiles a [2] los tebanos intentaban aconsejar que había que contenerlos con castigos inexorables, y señalaban que ellos habían tomado el partido de los bárbaros contra los griegos; pues en tiempos de Jerjes, aliándose con los persas combatieron contra Grecia y fueron los únicos griegos en ser honrados como benefactores entre los reyes de los persas y ante estos reyes se colocaban [3] asientos para los embajadores de los tebanos. Como contaron otras muchas cosas semejantes irritaron los ánimos de los delegados contra los tebanos y finalmente votaron que la ciudad fuera arrasada<sup>39</sup>, que los prisioneros fueran vendidos, que los exiliados tebanos fueran proscritos de toda Grecia y que ningún [4] griego acogiese a un tebano<sup>40</sup>. El rey, de conformidad con el decreto del consejo, cuando

destruyó la ciudad añadió mucho miedo a los griegos que intentaban sublevarse, y tras vender a los prisioneros reunió cuatrocientos cuarenta talentos de plata<sup>41</sup>.

[15] Después de esto, envió una delegación a Atenas para exigir la entrega de los diez oradores que se habían opuesto a él, entre los cuales los más importantes eran Demóstenes y Licurgo. Reunida la asamblea popular e introducidos los embajadores ante el pueblo, éste al escuchar los razonamientos cayó en una gran angustia e incertidumbre. Pues en parte se esforzaba por guardar la dignidad de la ciudad, y en parte, espantado por la destrucción de los tebanos, el peligro le había vuelto muy miedoso, advertido por las desgracias de sus vecinos.

Después de pronunciarse muchos discursos en la asamblea, [2] Foción el Bueno, que tenía ideas políticas contrarias a las de Demóstenes<sup>42</sup>, dijo que los que eran reclamados debían imitar a las hijas de Leos y Jacinto<sup>43</sup> y soportar la muerte voluntariamente para que su patria no sufriera algo irremediable, y echaba en cara la cobardía y temor de los que no estaban dispuestos a morir por la ciudad. El pueblo, sin embargo, lo desechó con murmullos, escuchando sus palabras con hostilidad. Y cuando [3] Demóstenes expuso un discurso muy elaborado, el pueblo, inducido a la simpatía por estos hombres, manifestó con claridad su deseo de salvarlos.

Al final, Démades, persuadido por los partidarios de Demóstenes, según dicen, con cinco talentos de plata<sup>44</sup>, aconsejaba salvar a los que estaban en peligro, y leyó en voz alta un decreto redactado con habilidad. Contenía un alegato en favor de los hombres y la promesa de castigarlos de acuerdo con las leyes, [4] si resultaban dignos de castigo. El pueblo aprobó la sugerencia de Démades, sancionó el decreto y envió a Démades junto con otros como embajador ante el rey, dando el encargo de pedir a Alejandro, respecto a los exiliados tebanos, que permitiese al [5] pueblo acoger a estos fugitivos. Démades hizo la embajada y, tras lograr todo con la habilidad de sus palabras, convenció a Alejandro para que librara a los hombres de las acusaciones y aceptase todas las demás peticiones de los atenienses.

[16] Tras eso el rey regresó con su ejército a Macedonia, reunió a sus comandantes militares y a sus más importantes amigos<sup>45</sup> y expuso el plan para cruzar a Asia, cuándo debía hacerse la campaña [2] y de qué manera había de dirigirse la guerra. Antípatro y Parmenión le aconsejaban que primero engendrara hijos y luego se entregase a tan importante empresa, pero como era emprendedor y enemigo de todo aplazamiento de la acción, les contradijo, pues sería vergonzoso, opinaba, que quien había sido designado por Grecia como general de la guerra y heredado las invencibles fuerzas de su padre se quedara sentado preparando [3] bodas y aguardando el nacimiento de hijos. Y así les informó sobre lo que era conveniente y, tras animarlos a los combates mediante sus palabras, celebró magníficos sacrificios a los dioses en Díon de Macedonia y concursos teatrales en honor a Zeus y a las Musas, los que instituyó por vez primera Arquelao<sup>46</sup>,

uno de sus predecesores en el trono. Celebró la fiesta [4] durante nueve días, designando a cada una de las Musas un día con su nombre. Dispuso una tienda con cien lechos e invitó al banquete a sus amigos, a los generales y también a los embajadores de las ciudades. Al servirse de magníficos preparativos y obsequiar a muchos, además de distribuir a todo su ejército víctimas del sacrificio y lo demás que corresponde a un banquete, devolvió sus fuerzas al ejército.

Cuando Ctesicles era arconte en Atenas, los romanos eligieron [17] cónsules a Gayo Sulpicio y a Lucio Papirio<sup>47</sup>. Alejandro avanzó con su ejército hacia el Helesponto y transportó su fuerza desde Europa a Asia. Él, personalmente, navegó con sesenta [2] navíos de guerra a la Tróade y fue el primero de los macedonios que arrojó su lanza desde la nave, y después de clavarla en el suelo y saltar a tierra, declaraba que recibía Asia de parte de los dioses como conquistada por la lanza. Honró las tumbas [3] de los héroes Aquiles, Áyax, y los demás con ofrendas y otras cosas que atañen al honor, y luego hizo con exactitud un censo del ejército que le acompañaba.

Se encontraron doce mil macedonios de infantería, siete mil aliados y cinco mil mercenarios, de todos los cuales tenía el mando Parmenión. Lo acompañaban también siete mil odrisios, [4] tribalos e ilirios, y mil arqueros de los llamados agrianos, de manera que todos los infantes eran treinta y dos mil. De caballería había mil ochocientos macedonios, bajo el mando de Filotas, hijo de Parmenión, mil ochocientos tesalios, a los que mandaba Calas, hijo de Harpalo, y los demás griegos en total eran seiscientos, a los que mandaba Erigio, y novecientos exploradores tracios y peonios, que tenían a Casandro como jefe, de manera que en total los jinetes eran cuatro mil quinientos. Tal era el número de los que cruzaron con Alejandro a Asia<sup>48</sup>. [5] Los soldados que se quedaron en Europa bajo el mando de Antípatro eran doce mil infantes y mil quinientos jinetes.

[6] Cuando el rey comenzó su marcha desde la Tróade y llegó hasta el santuario de Atenea, el sacrificador Alejandro, cuando vio delante del templo caída en tierra la estatua de Ariobarzanes, que fue en tiempos sátrapa de Frigia, y algunos otros presagios favorables que ocurrieron, se acercó al rey y le aseguró que él vencería en un gran combate de caballería y, sobre todo, si se diera la circunstancia de que luchara dentro de Frigia. [7] Y añadía que combatiendo mataría con sus propias manos a un distinguido general enemigo, pues esto le indicaban los dioses y especialmente Atenea, la que también le ayudaría en los éxitos.

[18] Alejandro acogió con agrado la predicción del adivino e hizo un magnífico sacrificio a Atenea, dedicando su armadura a la diosa, y tras coger la más espléndida de las armaduras depositadas en el templo, se revistió con ella y la usó en la primera batalla, que, decidiendo gracias a su propio valor, convirtió en una resonante victoria. Pero esto no ocurrió hasta unos pocos días después.

Los sátrapas persas y los generales se retrasaron en impedir [2] el paso de los macedonios, y, reuniéndose, deliberaban cómo había que luchar contra Alejandro. Memnón, el rodio, célebre por su competencia militar, aconsejaba no arriesgarse de frente, arrasarlo el territorio y con la escasez de lo necesario impedir a los macedonios la marcha hacia delante, así como transportar a Macedonia fuerzas navales y terrestres, y trasladar toda la guerra a Europa. Este hombre daba el mejor consejo, como quedó [3] claro por los acontecimientos, pero no convenció a los demás generales, porque daba consejos indignos de la arrogancia de los persas. Por eso, al prevalecer la opinión de combatir, [4] ellos hicieron venir fuerzas de todas partes, fueron muy superiores a los macedonios en número y se dirigieron a la Frigia del Helesponto. Acamparon junto al río Gránico, colocando como defensa la corriente del mencionado río.

Cuando Alejandro se enteró de la concentración de las fuerzas [19] bárbaras, avanzó y tras una rápida marcha acampó frente a los enemigos, de modo que el Gránico fluía en medio de los campamentos. Los bárbaros, que se habían apoderado de la región [2] al pie de la montaña se mantenían en calma, decididos a atacar a los enemigos al cruzar el río; porque creían que al estar desordenada la falange de los macedonios tendrían ventaja en la batalla. Pero Alejandro, lleno de confianza, al empezar el día [3] hizo atravesar a su ejército<sup>49</sup> y se anticipó a los enemigos colocando en orden de batalla a su fuerza convenientemente para el combate. Los bárbaros, por su parte, ante toda la formación de los macedonios dispusieron la masa de sus jinetes y con ellos habían considerado decidir la batalla. Memnón de Rodas y el [4] sátrapa Arsámenes<sup>50</sup> tenían el ala izquierda, con sus propios jinetes. y tras ellos Arsites había formado con los jinetes de Paflagonia, y luego Espitróbates, sátrapa de Jonia que mandaba la caballería de los hircanios. El ala derecha la ocupaban mil medos y dos mil jinetes de Reomitres, así como igual número de bactrianos. El centro lo tenían jinetes de otros pueblos, que eran muchos en número y selectos por su valor. Todos los jinetes [5] sumaban más de diez mil. En cuanto a los infantes persas eran no menos de cien mil, pero colocados detrás estaban tranquilos, en la idea de que la caballería sería suficiente para abatir a los macedonios.

[6] Al lanzarse impetuosamente al combate los jinetes de ambos bandos, el ala izquierda que ocupaban los jinetes tesalios bajo el mando de Parmenión aguardaban con confianza el ataque de los que formaban contra ellos; y Alejandro, que en el ala izquierda tenía con él a los mejores jinetes, fue el primero que atacó con la caballería a los persas y, en la lucha con los enemigos, causó una gran matanza.

[20] Pero los bárbaros peleaban con bravura, y al oponer sus espíritus al valor de los macedonios, la fortuna reunió en un mismo [2] lugar a los mejores en la disputa por la victoria. Pues Espitróbates, sátrapa de Jonia, que era persa por nacimiento, yerno del rey Darío<sup>51</sup> y sobresaliente por su valor, se lanzó contra los macedonios con una gran fuerza de caballería, teniendo dispuestos en orden de batalla como compañeros de combate a

cuarenta Parientes reales<sup>52</sup>, distinguidos por su bravura, y presionaba a sus antagonistas y, combatiendo con ferocidad, a unos de sus oponentes mataba y a otros dejaba heridos. Como era [3] difícil de sostener su ataque, Alejandro, dando la vuelta a su caballo hacia el sátrapa, se lanzó contra el bárbaro.

Pero el persa, tras considerar que por parte de los dioses se le había dado la oportunidad de un combate singular, si ocurría que gracias a su valor Asia quedara libre de los mayores peligros [acabara con sus propias manos la famosa audacia de Alejandro y no quedara deshonrado el honor de los persas, se adelanta lanzando contra Alejandro la jabalina, y así cayendo con violenta potencia y con fuerza la lanza, hundiéndose, desgarró el escudo de Alejandro y atravesó la parte superior del hombro a través de la coraza]<sup>53</sup>.

*y para que no quedara en la vergüenza la famosa gloria de los persas, y así se precipitó con un rápido movimiento e impulsó su lanza con tanta violencia que rompió el escudo de Alejandro.*

El rey se sacudió la lanza que tiraba de su hombro, y aplicando [4] las espuelas a su caballo y sirviéndose del impulso que ayudaba a su velocidad, introdujo la lanza en medio del pecho del sátrapa. Cuando esto ocurrió, las formaciones de ambas partes [5] que estaban cerca gritaron por la extraordinaria valentía, pero al romperse la punta de la lanza en la coraza y saltar el pedazo el persa desenvainó la espada y se echó contra Alejandro, y el rey tras coger por medio la lanza se anticipó a introducirla [6] en la cara y asestó el golpe. En ese momento el hermano del caído, Rosaces, lanzándose a caballo descargó con la espada contra la cabeza de Alejandro un golpe tan peligroso como [7] para romper el caso y rozar levemente la piel. Al lanzar otro golpe Rosaces contra el mismo corte, Clito, apodado el Negro, espoleó su caballo y cortó el brazo del persa.

[21] Los Parientes<sup>54</sup>, apiñándose juntos en torno a los dos caídos, al principio lanzaban dardos sobre Alejandro, pero luego también combatiendo a corta distancia afrontaban todo riesgo para matar al [2] rey. Pero él, aun apretado por muchos y grandes peligros, sin embargo no era vencido por las masas de enemigos, a pesar de que tenía dos golpes en la coraza, uno en el casco y tres en el escudo que había conseguido en el templo de Atenea; con todo no se entregaba, sino que impulsado por la firmeza de su espíritu se sostenía [3] contra todo peligro. Tras eso, muchos de los demás ilustres generales de los persas cayeron cerca de él, y entre ellos los más renombrados eran Aticies, Farnaces, hermano de la esposa de Darío, y además Mitrobúzanes<sup>55</sup>, el que mandaba a los capadocios.

[4] Como muchos generales estaban muertos y todas las formaciones persas fueron vencidas por los macedonios, al principio los que formaban frente a Alejandro se vieron obligados a huir, y, tras eso, los demás volvieron la espalda; el rey obtuvo



reconocidamente el primer puesto por su valor y fue considerado el mayor responsable de toda la victoria, y, después de él, los jinetes tesalios que habían utilizado magníficamente sus escuadrones y peleado de manera inigualable, tuvieron la mayor gloria [5] por su hombría. Después de la huida de la caballería, los infantes, lanzándose unos contra otros, pelearon durante poco tiempo, pues los bárbaros, consternados por la derrota de los jinetes y faltos de espíritu, se precipitaron a la huida. El total de los infantes [6] persas que perecieron fue de más de diez mil, no menos de dos mil jinetes y fueron apresados más de veinte mil. Después de la batalla el rey enterró con esplendidez a los muertos, procurando mediante este honor hacer a los soldados más animosos de cara a los riesgos en las batallas.

Él, tras dejar recuperarse a su ejército, lo condujo a través de [7] Lidia y se apoderó de la ciudad de Sardes y de sus baluartes y también de los tesoros que había en ellos, al entregarse voluntariamente el sátrapa Mitrines.

Al haber huido a Mileto los persas supervivientes de la batalla [22] junto con el general Memnón, el rey, una vez que acampó cerca de la ciudad hacía cada día ataques continuos contra los muros por relevos, pero los sitiados al principio se defendían [2] con facilidad desde los muros al haber muchos soldados reunidos en la ciudad y disponer de abundante provisión de armas arrojadizas y de lo demás que es útil para un asedio; pero cuando [3] el rey con más ímpetu sacudía los muros con máquinas de guerra y hacía más duro el sitio por tierra y por mar a la vez, y los macedonios irrumpían con violencia en la ciudad a través de los muros que se caían, en ese momento, vencidos, se dieron a la fuga. De inmediato los milesios con ramos de olivo echándose [4] a los pies del rey se entregaron a ellos mismos y a su ciudad. En cuanto a los bárbaros, unos fueron muertos por los macedonios, otros huyeron escapando de la ciudad y todos los demás fueron capturados. Alejandro se comportó generosamente con los milesios, [5] pero a todos los demás los vendió como esclavos. Como la fuerza naval resultaba inútil y causaba muchos gastos, licenció la armada, excepto unas pocas naves de las que se servía para el transporte de las máquinas de asedio, y entre ellas había veinte naves aliadas de los atenienses.

[23] Algunos dicen que Alejandro concibió con estrategia el licenciamiento de la flota, pues al estar Darío a punto de aparecer y ser inminente una gran batalla, pensó que los macedonios lucharían con más ardor al desaparecer la esperanza de la huida<sup>56</sup>. [2] Y que hizo lo mismo en la batalla del Gránico; porque situó el río a su espalda para que nadie pensara en huir al ser evidente la aniquilación de los que fueran perseguidos en la corriente del río. Y que, en tiempos posteriores, el rey siracusano Agatocles imitando la estrategia de Alejandro obtuvo una gran e inesperada victoria, pues cuando cruzó a Libia con un ejército pequeño y quemó las naves, quitó las esperanzas de huir a sus soldados, y los obligó a combatir con bravura y gracias a eso venció a los cartagineses que les



hacían frente con muchos miles de hombres.

[3] Tras la captura de Mileto, la mayor parte de los persas y de los mercenarios, así como los más emprendedores de los comandantes, se replegaron sobre Halicarnaso. Ésta era la ciudad más importante de Caria, que tiene el palacio de los reyes de los [4] carios, y estaba bien provista de baluartes. Casi por el mismo tiempo, Memnón envió a su esposa e hijos a Darío, porque al confiárselos pensó que así garantizaba la seguridad de ellos y, a la vez, al tener el rey buenos rehenes, estaría más dispuesto a confiarle a él el mando de todo. Y eso fue lo que ocurrió, pues de inmediato Darío envió cartas a los que vivían al lado del mar, ordenándoles que todos obedecieran a Memnón. Por ello él, tras tomar el mando supremo, disponía todo lo necesario para el asedio en la ciudad de los halicarnaseos.

[24] El rey Alejandro transportó por mar sus máquinas de asedio y víveres hacia Halicarnaso mientras él con todo el ejército avanzaba sobre Caria y se ganaba en el camino a las ciudades con amabilidad. Trataba con especial generosidad a las ciudades griegas, haciéndolas independientes y exentas de pagar impuestos, añadiendo que había levantado la guerra contra los persas por la libertad de los griegos. Estando él en camino se le [2] presentó una mujer, de nombre Ada, que por su linaje pertenecía a la dinastía de Caria<sup>57</sup>. Cuando ella trató sobre el poder de sus antepasados y solicitó que la ayudara, Alejandro ordenó que ella recibiera el mando de Caria, y se hizo con las simpatías de los propios carios por su buena acción a esa mujer; pues enseguida [3] todas las ciudades enviándole embajadas honraron con coronas de oro al rey y se ofrecieron a colaborar en todo.

Alejandro acampó cerca de la ciudad y organizó un asedio enérgico y terrible. Al principio hacía constantes ataques contra las murallas con relevos y pasaba el día entero en medio de los peligros; pero después, tras acercar máquinas de guerra de todas clases y llenar las trincheras delante de la ciudad con tortugas para proteger a los zapadores<sup>58</sup>, sacudía con arietes las torres y los lienzos de muro intermedios. Cuando se apoderaba de una parte de la muralla presionaba ya con fuerza al resto mediante un combate cuerpo a cuerpo para caer sobre la ciudad a [4] través de la brecha. Pero al principio Memnón rechazaba con facilidad a los macedonios que se lanzaban contra los muros, pues había un gran número de soldados en la ciudad; y contra los ataques de las máquinas de guerra, saliendo de la ciudad por la noche con muchos de los soldados les prendía fuego. En los grandes combates que se libraban delante de la ciudad, los macedonios sobresalían mucho en valor, pero los persas tenían la ventaja de su número y de sus equipos; colaboraban con ellos los que combatían desde las murallas y con catapultas lanzadoras de dardos a unos enemigos mataban y a otros cubrían de heridas<sup>59</sup>.

[25] Al mismo tiempo, las trompetas daban el toque de batalla en ambos lados y por todas partes se producía un griterío al aplaudir [2] los soldados las hazañas de ambos

bandos, pues unos intentaban contener el fuego que se elevaba en altura en medio de las máquinas de guerra, otros llegando a las manos hacían una gran matanza, mientras que otros dentro de los muros derribados construían para reemplazarlos otros muros mucho más firmes [3] en su composición que los anteriores. Como los generales de Memnón se exponían al peligro y prometían grandes recompensas a los que se distinguieran por su valor, se producía en [4] ambos lados una emulación insuperable por la victoria. Por eso podía verse a unos que caían con heridas recibidas de frente y que eran sacados del combate inconscientes, a otros protegiendo los cuerpos caídos y sosteniendo grandes peleas por la retirada de esos cuerpos, mientras que otros, que estaban ya a punto de ceder por lo extremo de los peligros, recobrando de nuevo el valor por el llamamiento de sus jefes, renovaban su espíritu. [5] Finalmente, ante las mismas puertas cayeron algunos macedonios, y con ellos el comandante Neoptólemo, un hombre ilustre<sup>60</sup>.

Después al quedar derribadas dos torres hasta el suelo y tendidos dos lienzos de la muralla, algunos soldados de Perdicas, borrachos, con audacia se lanzaban de noche contra los muros de la ciudadela; los de Memnón se dieron cuenta de la inexperiencia de los atacantes, marcharon contra ellos y aventajándolos mucho en número, derrotaron a los macedonios y mataron a muchos. Cuando se supo lo ocurrido, muchos macedonios salían [6] en ayuda y se produjo un gran combate, pero al aparecer los hombres de Alejandro, los persas, rechazados con fuerza, se encerraron en la ciudad, y el rey, mandando un heraldo, pedía mediante una tregua, recoger a los macedonios que habían caído delante de la muralla. Sin embargo, Efialtes y Trasibulo, atenienses que luchaban junto a los persas, aconsejaban no entregar a los muertos para su entierro, pero Memnón lo concedió.

Después de esto, mientras los generales trazaban planes, [26] Efialtes aconsejaba que no esperasen hasta que, capturada la ciudad, se convirtieran en prisioneros, sino que los propios comandantes de los mercenarios, exponiéndose los primeros al peligro, atacasen a los enemigos. Memnón al ver que Efialtes [2] estaba ansioso de gloria y teniendo en él grandes esperanzas por su valor y fuerza física le permitió hacer lo que quisiera. Él, [3] después de tomar dos mil mercenarios selectos y dar a la mitad antorchas encendidas y formar a los demás frente a los enemigos, de pronto abrió todas las puertas. Al amanecer salió en tropel con ellos y prendió fuego a las máquinas de guerra y al [4] instante llegó a producirse una enorme llama, mientras que él en persona conducía a los demás que estaban formados en una compacta falange y cayó contra los macedonios que venían a ayudar. Cuando el rey vio lo que estaba sucediendo, colocó los primeros a los macedonios que combatían en las primeras filas y dispuso como reserva a soldados escogidos; detrás de ellos formó como terceros a otros que destacaban por su bravura. Él mismo tomando el mando de todos estos hizo frente a los enemigos, que pensaron que por su masa serían invencibles. También envió hombres que apagaran la llama y salvaran

las máquinas de asedio.

[5] Al producirse por ambos bandos un griterío extraordinario y dar las trompetas la señal de combate se organizó una gran pelea debido al valor de los contendientes y al exceso de emulación. [6] De esta manera los macedonios impidieron que el fuego se extendiera, pero en la batalla llevaban ventaja los de Efialtes; y él mismo, que tenía mucho más vigor físico que los demás, mató a muchos de los que llegaron a las manos con él. Los que estaban situados sobre el muro recientemente reconstruido mataban a muchos sirviéndose de una nube de dardos; pues se había preparado una torre de madera de cien codos de altura<sup>61</sup>, [7] llena de catapultas lanzadoras de dardos. Como muchos macedonios caían y los demás se retiraban por la cantidad de dardos, y Memnón venía en ayuda con muchísimos soldados, el propio rey se encontraba en una gran dificultad.

[27] En el momento en el que los de la ciudad vencían, sorprendentemente la suerte de la batalla se dio la vuelta. Porque los macedonios más viejos, que por su edad quedaban lejos de los combates, pero que habían luchado con Filipo y vencido en muchas [2] batallas, fueron provocados al combate por las circunstancias, y, como eran muy superiores en orgullo y en las experiencias de la guerra, afearon con acritud su cobardía a los más jóvenes que rehuían el combate, y ellos juntándose y apretando los escudos se enfrentaron a los que creían que ya habían vencido<sup>62</sup>. Al final, tras matar a Efialtes y a algunos otros, obligaron [3] a los restantes a refugiarse en la ciudad. Y cuando llegó la [4] noche los macedonios se precipitaron dentro de los muros junto con los fugitivos; pero como el rey ordenó dar la señal de llamada se retiraron al campamento<sup>63</sup>. Pero los generales y sátrapas [5] de Memnón se reunieron y decidieron abandonar la ciudad, y, tras situar a los mejores soldados en la ciudadela con el avituallamiento necesario, transportaron hacia Cos al resto del ejército y el dinero. Al llegar el día, Alejandro se enteró de lo [6] ocurrido, arrasó la ciudad y levantó alrededor de la ciudadela un muro y un foso considerable; y él envió tierra adentro a una parte del ejército con los generales, tras ordenarles que sometieran las poblaciones vecinas.

Ellos, después de guerrear con energía y subyugar todo el territorio hasta la Gran Frigia, alimentaron a los soldados de la tierra enemiga; y Alejandro, conquistando toda la región costera hasta Cilicia<sup>64</sup>, ganó muchas ciudades y abatió por la fuerza sólidas fortalezas tras sitiarlas con empeño, y entre ellas se apoderó de una de forma sorprendente. Este hecho merece la pena no omitirlo por la particularidad del suceso imprevisto.

[28] Cerca de las fronteras de Licia habitan una enorme roca que destaca por su fuerte posición los llamados mármaros, y ellos, cuando se acercaba Alejandro al territorio, atacaron a los macedonios por la retaguardia y después de matar a muchos se llevaron [2] numerosos esclavos y bestias de carga. Furioso por ello el rey estableció un sitio, y ponía todo el celo en apoderarse del lugar por la fuerza. Los mármaros que se

distinguían por su valor y confiaban en la fortaleza del lugar, soportaban el asedio con decisión. Así, durante dos días se producían ataques constantes y estaba claro que el rey no se iría hasta que no hubiera capturado la roca.

[3] Los ancianos mármaros aconsejaban al principio a los jóvenes que cesaran la violencia y llegaran a un acuerdo con el rey en los términos que fuera posible; pero ellos no se dejaron convencer, sino que al poner todos su ambición en morir juntos por la libertad de la patria, los invitaron a que unos mataran a sus hijos, mujeres y ancianos, y que otros, los que pudieran salvarse por su vigor, salieran de noche por en medio de los enemigos y [4] se refugiaron en una región montañosa cercana. Al estar los jóvenes de acuerdo y ordenar que cada uno en su casa con su familia, tras disfrutar de los más apetitosos manjares y bebidas, esperase la desgracia, les pareció mejor a los jóvenes, que eran alrededor de seiscientos, no matar a sus parientes sino prender fuego a las casas, y, tras salir en tromba por las puertas, retirarse [5] a la montaña. De esta forma, cumpliendo lo acordado, hicieron que cada uno fuese enterrado en su propio hogar, y ellos, escapándose por en medio de los que los asediaban cuando aún era de noche, huyeron hacia la montaña cercana.

Esto es lo que ocurrió en este año.

[29] Cuando Nicócrates era arconte en Atenas, Ceso Valerio y Lucio Papirio obtuvieron el poder consular en Roma<sup>65</sup>. En este año Darío envió una gran suma de dinero a Memnón y le nombró general de toda la guerra. Él, tras reunir una multitud de [2] mercenarios y equipar trescientas naves, atendió los asuntos de la guerra enérgicamente. Sometió Quíos; luego, navegando hacia Lesbos, dominó fácilmente Antisa, Metimna, Pirra y Ereso. A Mitilene, que era grande y surtida con grandes recursos y con gran número de defensores, la asedió durante muchos días, y, tras perder muchos soldados, la conquistó por la fuerza con dificultad. Al propagarse rápidamente la eficacia del general, la [3] mayoría de las islas Cícladas enviaron embajadas. Cuando se esparció por Grecia la noticia de que Memnón estaba a punto de navegar contra Eubea, las ciudades de esta isla llegaron a estar muy asustadas, mientras que los griegos que preferían a los persas, entre los que estaban los espartiatas, estaban expectantes de un cambio en la situación política. Y Memnón, corrompiendo [4] con dinero, convenció a muchos griegos a participar de las esperanzas persas. Pero la fortuna no dejó que siguiera adelante la valía de este hombre, porque se vio aquejado de una enfermedad y, afligido por una afección peligrosa, murió<sup>66</sup>, y con su muerte también se rompieron los asuntos de Darío.

El rey pensó que con Memnón traspasaría toda la guerra de [30] Asia a Europa, pero cuando se enteró de su muerte convocó una reunión de sus amigos y propuso al consejo si convenía enviar generales y un ejército a la costa, o si el rey debía bajar con toda su fuerza y luchar contra los macedonios. Algunos dijeron que [2] el rey en persona

debía situarse en la batalla y declaraban que la masa de los persas lucharía con más entusiasmo. Pero el ateniense Caridemo, un hombre admirado por su valentía y sagacidad en el mando, que había luchado junto al rey Filipo y que había llegado a ser autor y mentor de todas sus actividades, aconsejaba a Darío que no tentase a la fortuna con su trono, sino que él retuviera el peso y el poder de Asia, y que a la guerra mandara un general que hubiera dado prueba de su valía personal. [3] Cien mil hombres serían una fuerza suficiente, de la que la tercera parte la compondrían mercenarios griegos, y, con énfasis, él prometía dirigir adecuadamente este proyecto.

[4] Al principio el rey asentía a los razonamientos, pero luego, al oponerse los amigos con más firmeza, llevaron a Caridemo hacia la sospecha de que pretendía alcanzar el mando del ejército para entregar traidoramente a los macedonios el imperio de los persas, y Caridemo irritado y echando en cara a los persas su cobardía con demasiada soltura enfadó muchísimo al rey con sus palabras. Y Darío, privado su espíritu de lo que le convenía, tras coger a Caridemo del cinturón, según la ley de los persas, [5] lo entregó a los verdugos y ordenó matarlo. Y Caridemo, al ser conducido a la muerte, gritó al rey que pronto se arrepentiría de esto y que en breve le llegaría el castigo del injusto suplicio cuando viera la ruina de su reino.

Así, Caridemo, privado de sus grandes esperanzas debido a [6] su inoportuna franqueza, tuvo semejante fin de su vida<sup>67</sup>. Y el rey, cuando remitió la cólera en su espíritu, se arrepintió y se reprochó a sí mismo por haber cometido un enorme error. Pero ni por el poder real era posible disponer que lo ocurrido quedara [7] sin efecto. Por eso soñando con la valentía de los macedonios y teniendo ante los ojos la energía de Alejandro buscaba un general competente que heredase el mando de Memnón, pero, al no poder encontrarlo, él mismo se vio obligado a bajar a la costa, al combate por su reino.

Rápidamente hizo venir a sus fuerzas desde todas partes, ordenó [31] que se presentaran en Babilonia, y escogió entre sus amigos y familiares a los adecuados, y de ellos, a unos les repartió mandos que se adaptaran a ellos, y a otros ordenó que combatieran a su lado. Cuando llegó el tiempo fijado para la expedición, [2] todos llegaron a Babilonia. El número de soldados era de más de cuatrocientos mil infantes y no menos de cien mil de caballería.

Darío levantó el campo desde Babilonia con tan enorme ejército y se dirigió a Cilicia, llevando con él a su mujer y a sus hijos, un varón y dos hijas, y a su madre; y Alejandro, cuando, antes de [3] la muerte de Memnón, se enteró de que había conquistado Quíos y las ciudades de Lesbos, de que había tomado Mitilene por la fuerza, y además de esto, de que Memnón estaba dispuesto a marchar contra Macedonia con trescientas trirremes y una fuerza de infantería, y de que la mayoría de los griegos estaban dispuestos a la rebelión, estaba no poco acongojado, pero, cuando llegaron [4]

unos que anunciaban la muerte de Memnón, se liberó de mucha angustia. Pero poco después cayó gravemente enfermo y, atormentado por un dolor agudo, mandó llamar a los médicos. Todos los demás estaban mal dispuestos para su tratamiento, [5] pero Filipo, acarnanio de nacimiento, que usaba remedios audaces y rápidos, prometió eliminar la enfermedad mediante el uso de medicamentos. Gustosamente consintió el rey, porque se decía [6] que Darío había partido de Babilonia con su ejército. El médico le dio a beber un remedio y, al colaborar la naturaleza del enfermo y la fortuna, pronto libró de la enfermedad a Alejandro. Él evitó el peligro sorprendentemente, y al médico, honrándolo con magnificencia, lo colocó entre sus amigos más fieles.

La madre del rey<sup>68</sup> escribió a Alejandro y entre otras cosas [32] útiles le decía también que le convenía guardarse de Alejandro Lincestas. Éste era un hombre destacado por su valor y lleno de sensatez y que al acompañar al rey con los demás amigos gozaba [2] de su confianza. Y como concurrían muchas otras razones para esta acusación, detenido y encadenado fue entregado en custodia para ser conducido al tribunal.

Cuando Alejandro se enteró de que Darío estaba pocos días de marcha, despachó a Parmenión con una tropa para tomar los pasos de las llamadas Puertas<sup>69</sup>. Cuando éste llegó al lugar, forzó a los bárbaros que habían ocupado de antemano los terrenos difíciles y se hizo dueño de los pasos. Darío, queriendo hacer [3] ágil su ejército, depositó sus bagajes y la masa de no combatientes en Damasco de Siria y, al saber que Alejandro había ocupado los terrenos difíciles, pensó que él no se atrevía a luchar en terreno llano y se dirigió contra él a marchas forzadas. La gente del país, tras despreciar a los macedonios por su pequeño [4] número y quedar sobrecogidos ante la masa del ejército persa, abandonaron a Alejandro y tomaron partido por Darío y proporcionaron con mucho gusto a los persas alimentos y otro tipo de provisión, y por su propio parecer pronosticaban la victoria para los bárbaros. Alejandro, sin embargo, se apoderó, aterrorizándola, de Iso, una ciudad importante.

Cuando sus exploradores le informaron de que Darío estaba [33] a treinta estadios de distancia<sup>70</sup> y que avanzaba de manera aterradora con su ejército formado en línea de batalla, supuso que los dioses le daban la ocasión de destruir el poder de los persas tras vencer en una sola batalla; arengó a los soldados con palabras adecuadas para un combate decisivo, y una vez que dispuso los batallones de infantería y los escuadrones de caballería de modo apropiado a la configuración del terreno, colocó a los jinetes delante de todo el ejército y ordenó que la falange de infantes se apostase detrás. Él, a la vanguardia del ala derecha, [2] iba al encuentro de los enemigos, y tenía consigo los jinetes más fuertes; el ala izquierda la ocupaban los jinetes tesalios, que sobresalían mucho de los demás por su valor y experiencia. Cuando los ejércitos se encontraban dentro del alcance de los [3] proyectiles, los bárbaros lanzaron contra los soldados que



rodeaban a Alejandro tal cantidad de dardos que, chocando entre ellos por el espesor de los lanzados, hacían más débiles los impactos. [4] Cuando los cornetas daban la señal de combate por ambos bandos, los macedonios fueron los primeros que cuando gritaron hicieron un alarido enorme, y tras eso, cuando los bárbaros replicaron, resonó al unísono toda la montaña cercana, y el volumen del grito superó al alarido anterior, como si hicieran eco quinientos mil hombres con una sola voz<sup>71</sup>.

[5] Alejandro, mirando por todas partes y deseando ver a Darío, tan pronto como lo vio, de inmediato condujo a sus jinetes contra el mismo rey, con el ansia no tanto de vencer a los persas [6] como de lograr la victoria por él mismo<sup>72</sup>. Pero al mismo tiempo como todos los demás jinetes chocaban entre sí y se producía mucha matanza, la batalla, debido a las hazañas de los combatientes, tenía dudoso el resultado final; porque se balanceaba aquí y allá, al producirse un cambio alternativamente. Pues ningún dardo ni golpe alguno quedaba sin efecto, porque debido al gran número de gente, siempre se encontraba un blanco dispuesto. Por eso muchos caían al haber recibido heridas de frente y luchando con ferocidad hasta el último aliento renunciaban a vivir antes que a su valor.

[34] Los comandantes de cada batallón, al luchar delante de sus subordinados, por su propio valor empujaron a muchos a mostrar bravura. Por ello también era posible ver que se producían muchas clases de heridas, al suscitarse grandes y variados combates [2] por la victoria. El persa Oxatres, hermano de Darío, alabado por su valentía, cuando vio a Alejandro lanzándose incontinentemente contra Darío, puso todo su honor en compartir el mismo destino con su hermano<sup>73</sup>. Tras tomar a los mejores jinetes [3] que formaban a sus órdenes, con ellos se lanzó contra Alejandro, y porque pensó que el amor fraternal de su espíritu le traería un famoso renombre entre los persas combatía ante la cuadriga de Darío y, luchando con habilidad y atrevidamente contra los enemigos, mató a muchos. Pero al ser superiores los [4] de Alejandro en valentía, pronto se amontonó una pila de muertos en torno a la cuadriga de Darío, pues como todos estaban deseosos de herir al rey, peleaban unos con otros con el mayor ánimo sin tener el menor miramiento por vivir.

Cayeron en este combate muchos comandantes distinguidos [5] de los persas, y entre ellos estaban Aticies<sup>74</sup>, Reomitres y Tasiaces, sátrapa de Egipto. Igualmente ocurrió que muchos cayeron de entre los macedonios, y el propio Alejandro fue herido en el muslo, al arremolinarse los enemigos contra él. Los caballos [6] enganchados al yugo de la cuadriga de Darío estaban cubiertos de heridas y espantados por la masa de muertos amontonados alrededor de ellos, se sacudían los frenos y por poco llevaron al propio Darío hacia los enemigos. Por ello, al correr extremo peligro, el mismo rey cogió rápidamente las riendas, obligado a romper la dignidad de su cargo y a violar la costumbre establecida entre los reyes persas<sup>75</sup>. Otra cuadriga fue traída a Darío [7] por



sus servidores, y, al haberse producido una confusión mientras pasaba de una a otra, Darío, al hostigarlo los enemigos, caía en espanto y temor.

Cuando los persas vieron al rey asustado emprendieron la huida. Y como hicieron lo mismo los jinetes que estaban detrás, [8] rápidamente todos volvieron la espalda. Al producirse la huida en lugares estrechos y escabrosos, cayendo se pisoteaban entre ellos y muchos murieron sin herida de batalla. Pues yacían amontonados en el mismo lugar, unos sin armas, otros conservando la armadura; algunos, haciendo guardia con las espadas desenvainadas mataban a los que se empalaban en ellas; pero la mayoría, escapando a través de las llanuras y montando a los caballos a todo galope por ellas, se refugiaban en las ciudades [9] aliadas. La falange de los macedonios y la infantería persa durante un breve tiempo permanecieron en la batalla<sup>76</sup>; pues derrotados previamente los jinetes se había producido como un preludio de la victoria total. Rápidamente todos los bárbaros se pusieron en fuga y al huir tantas decenas de miles por lugares estrechos pronto todo el lugar cercano se llenó de muertos.

[35] Al caer la noche, los persas fácilmente se dispersaron hacia muchos lugares; y los macedonios, cesando la persecución se dedicaron al saqueo, y especialmente estaban ocupados en las [2] tiendas reales debido a la cantidad de lujo. Porque se llevaban mucha plata, no poco oro y, en un montón, los lujosos vestidos del tesoro real. Del mismo modo fue saqueada no poca riqueza de los amigos del rey, de sus parientes y de otros comandantes. [3] Pues no sólo las mujeres damas de la casa real, sino también las de los parientes y de los amigos llevadas en carros dorados iban de acompañantes, según la costumbre ancestral de los persas; y [4] cada una de ellas, por el exceso de riqueza y de lujo, había llevado consigo una enorme cantidad de costoso ajuar y de atavío femenino<sup>77</sup>.

El sufrimiento de las mujeres prisioneras era durísimo; las [5] que antes por lujo a duras penas eran transportadas en costosos carros y sin mostrar descubierta parte alguna de su cuerpo, entonces con una sola túnica y desgarrando sus vestidos saltaban fuera de las tiendas con lamentos, invocando con gritos a los dioses y echándose a las rodillas de los vencedores. Quitándose con manos temblorosas el adorno de su cuerpo y soltando sus [6] cabellos corrían por lugares escabrosos, y al encontrarse unas con otras suplicaban ayuda a las que necesitaban socorro de otros. Unos las conducían arrastrando por el cabello a estas [7] desdichadas, y otros, después de arrancarles los vestidos, ponían las manos encima de los cuerpos desnudos y los golpeaban con las conteras de las lanzas y los trataban de manera ofensiva como regalos de la suerte a lo más precioso y famoso de los bárbaros.

Los macedonios más comedidos, al ver el cambio de la fortuna, [36] se volvían compasivos y sentían lástima por las desgracias de las desdichadas, a las que se les apartaba lejos lo que les correspondía y las grandezas<sup>78</sup>, y en cambio se veían inmersas

en un ambiente extraño y hostil; y eran empujadas a una cautividad infortunada y vergonzosa.

A los presentes lo que más los llevó a las lágrimas y a la [2] compasión fue la madre de Darío, su esposa, sus dos hijas casaderas y su hijo, un niño por su edad. En ellos el cambio de [3] fortuna y la magnitud de las desgracias inesperadas puestas ante la vista, lógicamente hacía que los que lo contemplaban [4] compadecieran a los infortunados. De Darío no sabían si estaba vivo y sobrevivía o si pereció en medio del desastre de los demás pero vieron que hombres enemigos armados saqueaban su tienda, y que al no reconocer a las prisioneras, debido a su ignorancia, cometían muchos actos inconvenientes, y, en resumen, que toda Asia había quedado prisionera con ellas, y no eran capaces de acudir en ayuda de las mujeres de los sátrapas que se postraban y solicitaban que las socorrieran, sino que ellas mismas pedían a éstas que acudieran a ayudarlas en sus propios infortunios.

[5] Los pajes del rey se hicieron cargo de la tienda de Darío y preparaban el baño y la cena y, encendiendo un gran fuego de antorchas, esperaban a Alejandro, de manera que cuando regresara de la persecución, al encontrarse dispuesto todo el ajuar de Darío, presintiese la hegemonía de toda Asia.

[6] En la batalla murieron más de cien mil infantes bárbaros y no menos de diez mil jinetes, y de los macedonios, hasta trescientos infantes y alrededor de ciento cincuenta jinetes<sup>79</sup>. Así, la batalla en Iso de Cilicia tuvo este resultado.

[37] En cuanto a los reyes, Darío, derrotado por la fuerza, se dio a la fuga y cambiando de uno a otro de sus mejores caballos cabalgaba a todo galope, intentando escapar de las manos de Alejandro y proponiéndose alcanzar las satrapías de tierra adentro; Alejandro, con la caballería de los Compañeros<sup>80</sup> y [2] con otros jinetes excelentes, hacía la persecución, deseoso de apoderarse de Darío. Tras recorrer doscientos estadios se volvió al campamento cerca de medianoche y relajándose con el baño cambiaba el cansancio de la batalla por el reposo y la comida.

Alguien se acercó a la esposa y a la madre de Darío y anunció [3] que Alejandro volvía de la persecución tras haber matado a Darío. Entonces, un gran griterío y clamor se produjo alrededor de las mujeres y la masa de los prisioneros se afligió al mismo tiempo por la noticia y lanzó un enorme lamento; al enterarse el rey del dolor de las mujeres, envió a Leonato, uno de sus amigos, para que hiciera cesar el alboroto y para que tranquilizara a Sisigambis y a las que la acompañaban y le informara de que Darío estaba vivo, que Alejandro tendría con ellas la consideración debida y que quería hablar con ellas a la mañana siguiente y demostrarles con los hechos su propia cortesía. Las cautivas, al recibir la buena noticia, increíble y totalmente inesperada, [4] acogieron a Alejandro como a un dios y cesaron los lamentos.

Al amanecer, el rey, tomando con él a uno de sus amigos, al [5] que más apreciaba,

a Hefestión, se presentó ante las mujeres<sup>81</sup>. Ambos iban vestidos igual, pero como por estatura y belleza destacaba Hefestión. Sisigambis pensando que éste era el rey, se postró<sup>82</sup>; al hacerle señas los presentes y señalarle con la mano a Alejandro, Sisigambis, avergonzada por su error, se postró ante Alejandro, pero el rey, interrumpiéndola, dijo: «No te preocupes, Madre, porque éste también es Alejandro». Y no obstante, cuando llamó «Madre» a la anciana anunciaba de antemano por medio del cariñosísimo título a las que acababan de probar la desgracia cómo sería su trato amable. Tras asegurar que ella sería su segunda madre, pronto con hechos ratificó la promesa hecha con palabras.

[38] Le otorgó, en efecto, un atavío real y restableció su dignidad anterior con los honores que le correspondían; pues le entregó toda la servidumbre dada por Darío, y le dio como presente otra propia no inferior a la anterior, y prometió que proveería a las muchachas de una dote matrimonial mejor que la decidida por Darío, que criaría al niño como a su propio hijo y que lo tendría [2] como merecedor del honor real. Tras hacer venir al niño y besarlo, como vio que lo miró sin miedo y que en absoluto se asustó, dijo a Hefestión que el niño, que tenía seis años y mostraba un temple por encima de su edad, era mucho mejor que su padre. En cuanto a la esposa de Darío y en lo referente a su dignidad afirmó que tendría cuidado para que no se produjera algo indigno de su anterior bienestar.

[3] Como trató de otras muchas cosas referentes a la compasión y la humanidad, hizo que las mujeres, por la magnitud de la alegría inesperada, cayeran en lágrimas incontenibles. Y además de lo anunciado, cuando dio su mano derecha, consiguió el aplauso no sólo por parte de los que fueron bien tratados, sino que también entre todos los compañeros de armas tuvo una [4] fama extrema de bondad. En general, yo considero que de las muchas y bellas obras llevadas a cabo por Alejandro nada hay mejor que éstas ni que sea más digno de registro y memoria histórica. Porque los asedios de ciudades, batallas y demás victorias [5] en la guerra, la mayoría se alcanzan por azar o por valor, pero quien en el poder reparte compasión a los derrotados lo hace únicamente por inteligencia, pues la mayoría por la buena [6] suerte se ensoberbece en los éxitos y, al volverse arrogante en sus momentos de fortuna, se olvida de la común debilidad humana; por eso es posible ver a muchísimos incapaces de soportar la buena suerte como si se tratara de un pesado fardo. Y aunque Alejandro ha vivido muchas generaciones anteriores a [7] nuestra vida, que alcance también entre las posteriores un elogio justo y apropiado a sus virtudes.

Darío, una vez que acabó en Babilonia y reunió a los supervivientes [39] de la batalla de Iso, no decayó en su ánimo, aunque había tropezado con un gran desastre, sino que escribió a Alejandro que llevara con humanidad su éxito y que cambiara a los prisioneros recibiendo gran cantidad de dinero; añadía que le cedería el territorio y las ciudades de Asia del lado del río Halis si decidía hacerse su amigo<sup>83</sup>. Alejandro convocó

a sus amigos [2] y tras ocultar la carta auténtica y escribir otra que se adecuaba a sus propios intereses, la envió a los consejeros y despachó a los embajadores con las manos vacías. Por eso Darío, renunciando [3] a un arreglo a través de cartas, hacía grandes preparativos para la guerra, volvía a armar a los que habían perdido sus armaduras en la derrota y seleccionando a otros los alistaba en batallones militares, y hacía venir a las fuerzas de las satrapías interiores, las que había dejado atrás debido a la rapidez de la campaña. Y [4] al final puso tanto esfuerzo en la preparación del ejército que llegó a ser el doble del que formó en Iso, pues se reunieron ochocientos mil infantes, doscientos mil jinetes y, aparte, un enorme número de carros armados con hoces.

Esto fue lo que se hizo en este año.

[40] Durante el arcontado de Nicérato en Atenas, los romanos eligieron cónsules a Marco Atilio y a Marco Valerio<sup>84</sup>, y se celebró la Olimpiada centésima duodécima en la que venció Grilo de Calcis. En este año, Alejandro tras la victoria de Iso enterró a los muertos, entre ellos también a los enemigos que fueron objeto de admiración por su coraje. Luego celebró magníficos sacrificios en honor de los dioses y a cada uno de los que resultaron distinguidos por su valor en la batalla honró con recompensas adecuadas y dejó descansar al ejército durante algunos [2] días. Luego marchó en dirección a Egipto y cuando llegó a Fenicia se apoderó de otras ciudades, al acogerlo gustosamente sus habitantes.

Pero los tirios, al querer el rey hacer un sacrificio en honor del Heracles tirio<sup>85</sup>, le impidieron precipitadamente la entrada [3] en la ciudad. Alejandro lo llevó a mal y cuando amenazó que haría la guerra a la ciudad, los tirios aguardaron el asedio con confianza; por un lado querían agradar a Darío y cumplir su firme buena disposición hacia él, y pensaban que recibirían a cambio por parte del rey grandes recompensas por este favor, al arrastrar a Alejandro a un asedio prolongado e inseguro y dar a Darío reposo para sus preparativos y, por otro, confiaban en la fortaleza de su isla y en los armamentos que había en ella, e, incluso, en sus descendientes cartagineses.

Viendo el rey que la ciudad era difícil de asediar por mar [4] debido al dispositivo de las obras en la muralla y la fuerza naval que en ella había, y que por tierra era casi inexpugnable por estar separada cuatro estadios<sup>86</sup> de tierra firme, sin embargo decidió soportar todo riesgo y aguantar penalidades con el objeto de que el ejército macedonio no resultara despreciado por una única y mediocre ciudad<sup>87</sup>. Al punto demolió la llamada Vieja [5] Tiro<sup>88</sup> y, como decenas de miles de hombres transportaban las piedras, construyó en la superficie un terraplén de dos pletros<sup>89</sup> de ancho. Al haber tomado en masa a los que habitaban las ciudades vecinas, pronto, gracias a la multitud de brazos, realizó las obras.

Al principio, los tirios, acercándose por mar al terraplén, se [41] burlaban del rey diciéndole si le parecía que iba a superar a Poseidón. Luego, al aumentar el terraplén

inesperadamente, votaron que los hijos, las mujeres y los ancianos se trasladaran a Cartago, que se escogieran a los que estaban en la flor de la edad para el combate en la muralla y prepararan con decisión un combate [2] naval, al tener ochenta trirremes. Al final se adelantaron a salvar junto a los cartagineses a una parte de los hijos y las mujeres, pero superados por la rapidez de la multitud de obreros y al no ser capaces de combatir con las naves se vieron obligados a [3] soportar el asedio con casi toda la población. Y aunque tenían mucha abundancia de catapultas y de las demás máquinas útiles para un asedio, prepararon con facilidad otras muchas, porque había en Tiro ingenieros y otros artesanos de todas clases<sup>90</sup>. [4] Gracias a éstos prepararon máquinas de guerra de todo tipo y extrañas en sus diseños, y todo el perímetro de la ciudad se llenó de máquinas, especialmente en ese lugar en el que el terraplén estaba muy cerca del muro.

[5] Según la obra que estaba siendo dispuesta por los macedonios se extendía hasta el alcance de un proyectil, también se anunciaban de antemano por parte de los dioses algunas cosas a los que afrontaban el peligro. Desde alta mar una ola acercó a las obras un monstruo acuático de tamaño increíble, que tras golpear contra el terraplén no causó daño alguno, pero permaneció durante mucho tiempo apoyado en una parte de su cuerpo y produjo gran espanto en los que contemplaban el suceso extraño, [6] y cuando de nuevo nadó hacia alta mar, indujo a unos y a otros a la superstición, pues cada uno juzgaba el portento como que Poseidón estaba a punto de ayudarlos, inclinándose en sus opiniones hacia su propia conveniencia.

[7] Hubo también otros sucesos extraños, que podían causar confusión y miedo a la gente. En efecto, durante la comida entre los macedonios los trozos de pan tenían un aspecto sanguinolento. Uno afirmó que había contemplado una visión en la que Apolo decía que estaba a punto de abandonar la ciudad. Pero la gente sospechó que se habría inventado la historia para agradar a Alejandro y por eso los jóvenes se apresuraron a lapidar al hombre; él, sin embargo, fue ocultado por los magistrados y se refugió en el templo de Heracles, escapando al castigo gracias a su condición de suplicante, pero los tirios, por ser supersticiosos, ataron la imagen de Apolo a su base con cuerdas de oro, evitando, según creían, la separación del dios de la ciudad.

Después los tirios, preocupados por el avance del terraplén, [42] llenaron muchos pequeños esquifes con máquinas lanzadoras de dardos y también catapultas, arqueros y honderos y, atacando a los que trabajaban en el terraplén, a muchos cubrieron de heridas y a no pocos mataron, pues al lanzarse muchos proyectiles [2] y de todas clases sobre gente sin armadura y apiñada, ninguno fallaba, por estar los blancos fijos y sin protección. Y ocurría que los proyectiles que se lanzaban no sólo impactaban de frente, sino que también alcanzaban en la espalda de los que estaban frente por frente en el estrecho terraplén y ninguno podía resguardarse de los que los herían desde los dos

lados.

Alejandro, al querer enderezar rápidamente lo imprevisto [3] del desastre, llenó todas las naves y tomando el mando personalmente navegó de prisa contra el puerto de los tirios e interceptó el regreso de los fenicios. Y los bárbaros, temerosos no [4] fuera a ser que una vez dueño de los puertos capturase la ciudad que estaba vacía de soldados, con mucha prisa navegaron de regreso a Tiro. Como unos y otros por un exceso de pundonor usaban los remos sin interrupción y estando los macedonios ya cerca de los puertos<sup>91</sup>, por poco los fenicios llegaron a perderse todos, pero sin embargo cayendo de improviso con fuerza y tras perder las últimas naves llegaron sanos y salvos a la ciudad.

[5] Después de fracasar el rey en su gran objetivo, se ocupó incansablemente en el terraplén y con cantidad de naves procuraba seguridad a los trabajadores. Cuando las obras se acercaban a la ciudad y su captura parecía inminente, se produjo un enorme [6] vendaval y dañó una gran parte del terraplén. Alejandro, cayendo en la impotencia por la destrucción casual de las obras, se arrepentía por el intento de asedio, pero al mismo tiempo, empujado por su ambición, hacía talar y transportar enormes árboles desde la montaña y enterrándolos con sus propias ramas [7] cerraba la violencia del oleaje. Y como pronto restableció las partes dañadas del terraplén y lo prolongó con la mucha mano de obra hasta el alcance de los proyectiles, acercó las máquinas hasta el extremo del terraplén, y abatía los muros con lanzadoras de piedras, y rechazaba con lanzadoras de proyectiles a los que estaban sobre los parapetos; se unían con ellos a la lucha los arqueros y honderos y herían a muchos que en la ciudad acudían a socorrer.

[43] Los tirios, al tener artesanos del bronce e ingenieros, prepararon ingeniosos remedios. Contra los proyectiles de las catapultas dispusieron ruedas divididas en radios apretados y haciéndolas girar mediante un dispositivo rompían unos proyectiles, otros los desviaban y debilitaban la rapidez del impulso de todos. En cuanto a las piedras arrojadas por las lanzadoras recibíéndolas con materiales blandos y que cedían totalmente, amortiguaban [2] la fuerza del impulso de su lanzamiento. Simultáneamente al ataque en el terraplén, el rey con toda su flota navegaba costearo la ciudad, examinaba con cuidado el muro y estaba claro que bloquearía la ciudad por tierra y por mar a la vez.

Los tirios no se atrevían a salir al encuentro del enemigo por [3] mar con la flota, pero, como disponían de tres naves delante del puerto, el rey navegó contra ellas y, después de destrozar todas, regresó a su propio campamento. Los tirios querían doblar la seguridad de los muros, y una vez que hicieron una separación de cinco codos, construían otro muro con una anchura de diez codos y rellenaban el espacio que quedaba en medio de los muros con piedras y tierra<sup>92</sup>. Y Alejandro, ensamblando las trirremes [4] y colocando sobre ellas máquinas de todo tipo, derribó el muro el ancho de un codo; y por la brecha entraban en la ciudad. Pero los tirios, lanzando una lluvia de dardos a los asaltantes, [5] con dificultad los hicieron retroceder y volvieron a reconstruir la parte



caída del muro cuando llegó la noche.

Tras esto, el terraplén se unió al muro y, al transformarse la ciudad en una península, ocurría que se producían grandes combates en el asalto al muro, pues los que tenían el peligro [6] ante sus ojos e imaginaban en su mente la desgracia tras la conquista, tanto se enfrentaron al riesgo como para despreciar la muerte. Al aplicar los macedonios torres de la misma altura que [7] la muralla y echar a través de ellas puentes colgantes y subir valientemente a las almenas, los tirios, gracias a la inventiva de sus mecánicos, tenían muchas armas defensivas para la lucha por la muralla. Forjaron en bronce enormes tridentes armados [8] con garfios y golpeaban con éstos a corta distancia a los que estaban sobre las torres. Al quedar los garfios clavados en los escudos y tener cables atados a ellos, tiraban hacia sí recogiendo los cables. Así que era preciso o tirar las armas y cubrirse de [9] heridas en sus cuerpos al estar al descubierto<sup>93</sup> por los muchos proyectiles que se lanzaban o, conservando las armas por pundonor, [10] caer desde las altas torres y morir. Otros, lanzando redes de pesca contra los que peleaban sobre los puentes colgantes y dejando sus brazos inútiles, los tiraban y les hacían caer dando vueltas desde el puente colgante al suelo<sup>94</sup>.

[44] Discurrieron otro invento ingenioso contra el valor de los macedonios, mediante el cual rodeaban a los mejores enemigos con suplicios sin remedio y terribles. Preparaban unos escudos de bronce y hierro y, llenándolos con arena, los quemaban poniendo debajo una llama fuerte y dejaban la arena al rojo vivo<sup>95</sup>. Mediante [2] cierto dispositivo la lanzaban contra los que luchaban con más empeño e infligían a los que caían debajo los peores sufrimientos, pues a través de las corazas y los vestidos la arena se colaba y por lo elevado de la temperatura dañaba la carne y causaba un [3] sufrimiento sin posible remedio. Por eso, y de manera similar a los que son torturados, lanzaban una voz con toda clase de súplicas a los que no podían ir en su ayuda, y ellos por lo terrible de su sufrimiento cayendo en un estado de locura morían, aquejados de un dolor digno de compasión y sin remedio.

[4] Los fenicios lanzaban a la vez fuego, jabalinas y piedras y con la masa de los proyectiles abatían el valor de sus adversarios; cortando por la base con antenas de navío provistas de hoces los cables de los arietes, hacían inútil el funcionamiento de las máquinas, y lanzaban con artilugios grandes masas de metal incandescente hacia la multitud de enemigos y por la concentración de hombres no fallaban los blancos; y con cuervos y garfios de hierro arrastraban a los que estaban en los manteletes. Y al poner en actividad todas las máquinas mataron a muchos de los sitiadores.

Y aunque había un terror insuperable y la dureza en los [45] combates había llegado a ser irresistible, ni así los macedonios cejaban en su resolución, sino que, pasando siempre por encima de los que caían, no prestaban atención a las desgracias de los demás. Alejandro dispuso en los lugares apropiados las catapultas [2] lanzadoras de



piedras y disparando enormes rocas sacudía la muralla, y tirando con las lanzadoras de dardos gran cantidad de proyectiles de todas clases desde las torres de madera hería terriblemente a los que se encontraban sobre los muros. Ideando nuevas trazas ante esto, los tirios colocaban ruedas de [3] mármol delante de los muros y haciéndolas girar valiéndose de unas herramientas, rompían los proyectiles lanzados por las catapultas y desviándolos a los flancos hacían inútiles los golpes de lo que se había lanzado<sup>96</sup>. Además de esto, cosiendo odres y [4] zurrónes dobles rebosantes de algas recibían en ellas los impactos de las lanzadoras de piedras, y al ser blando el interior disminuía la fuerza de las piedras que se tiraban. En suma, los tirios [5] se defendían con valor de todas las maneras y teniendo en abundancia medios de defensa tomaron ánimos frente a los enemigos, y tras dejar el muro y las posiciones dentro de las torres se lanzaban contra los puentes colgantes y al valor de los enemigos oponían su propio coraje. Por ello, trabándose con los [6] enemigos y produciéndose un combate cuerpo a cuerpo, sostuvieron una gran pelea en defensa de la patria, y algunos cortaban con hachas la parte del cuerpo de los rivales que les caía encima.

En aquel momento, uno de los comandantes macedonios, llamado Admeto, distinguido por su valor y vigor físico, arrostrando con confianza la violencia de los tirios, les hizo frente y golpeado en mitad de la cabeza por un hacha acabó su vida heroicamente.

[7] Al ver Alejandro que los macedonios eran dominados en el combate por los tirios, llamó con la trompeta a los soldados cuando ya era de noche. Al principio decidió romper el asedio y hacer la expedición a Egipto; pero de nuevo cambió de idea y pensó que sería deshonroso ceder a los tirios la gloria del asedio, y al encontrar a uno solo de sus amigos, Amintas, hijo de Andrómenes, que era de su mismo parecer, otra vez se dedicó al asedio.

[46] Una vez que invitó a los macedonios a no quedarse detrás de él en valor, dispuso todas las naves en estado de guerra y atacó los muros con ímpetu por tierra y por mar a la vez. Como notó que el muro cerca de los arsenales era más débil, por éste hizo avanzar las trirremes amarradas y que transportaban las máquinas [2] de asedio más importantes. Entonces se atrevió a realizar una hazaña increíble incluso para los que la veían. Tras lanzar un puente colgante desde la torre de madera<sup>97</sup> a los muros de la ciudad, subió por él solo, sin preocuparse de la envidia de la suerte ni asustado por la amenaza de los tirios, sino que, teniendo como espectador de su propia bravura al ejército que había derrotado a los persas, ordenó a los demás macedonios que le acompañaran; y él en persona, yendo el primero, mataba a los que llegaban a sus manos, a unos con la lanza, a otros golpeándolos con la espada, y a algunos haciéndolos volverse con el reborde de su escudo e hizo que los enemigos suspendieran su mucha audacia.

Al tiempo que esto ocurría, el ariete, golpeando por otra parte, [3] derribó una gran

parte del muro; entrando por esa brecha los macedonios y, gracias a que los que acompañaban a Alejandro habían atravesado hasta el muro por el puente colgante, fue capturada la ciudad, pero los tirios, dedicados a la defensa y animándose unos a otros, obstruían los pasos estrechos y luchando fueron abatidos prácticamente todos, que eran más de siete mil. El rey vendió como esclavos a niños y mujeres, pero [4] a todos los jóvenes, que eran no menos de dos mil, los crucificó. Se encontraron tantos prisioneros porque, aunque muchísimos habían sido transportados a Cartago, los que quedaron fueron más de trece mil<sup>98</sup>.

Los tirios, pues, que soportaron el asedio con más valentía [5] que inteligencia, cayeron en tales desgracias, tras ser sitiados durante siete meses. El rey quitó las cadenas de oro y las ataduras de Apolo y ordenó que se llamara a este dios «Apolo Filoalejandrino», celebró magníficos sacrificios en honor de Heracles y honró a los que se habían comportado con valentía; después de enterrar con magnificencia a los que habían muerto, puso como rey de la ciudad de los tirios al llamado Balónimo, sobre el cual no se deben omitir algunas cosas en detalle debido a lo extraordinario del cambio de su situación.

Cuando el rey que antes gobernaba, Estratón, fue depuesto [47] del poder a causa de su amistad con Darío, Alejandro dio a Hefestión la facultad de establecer como rey de Tiro al que eligiera de entre sus huéspedes personales. Al principio Hefestión, [2] como estaba satisfecho con el huésped en cuya casa había tenido un alojamiento agradable, propuso que éste fuese proclamado soberano, pues se distinguía de los ciudadanos por su riqueza y prestigio, pero al no tener relación alguna de parentesco [3] con los que habían sido reyes, no aceptó el regalo. Como Hefestión le encargó que hiciera la elección entre el linaje real, dijo que había un descendiente de la casa real, hombre prudente y [4] bueno por lo demás, pero extremadamente pobre. Al concederle Hefestión a éste el poder, el que recibió el encargo se dirigió al designado con una vestidura real, y lo encontró en un pozo sacando agua por un salario, usando como vestido unos harapos [5] cualesquiera. Tras explicarle el cambio de su situación, ponerle el vestido real y otro atavío apropiado, lo condujo a la plaza del [6] mercado y lo proclamó rey de los tirios. La gente estaba maravillada por lo extraño de la suerte y lo acogió con alegría; él se hizo amigo de Alejandro y tuvo un reinado modelo para quienes ignoran el extraño cambio de la suerte<sup>99</sup>.

Nosotros, puesto que ya tratamos sobre lo de Alejandro, cambiaremos la narración.

[48] En Europa, Agis, rey de los lacedemonios, contrató a los mercenarios que se habían salvado de la batalla de Iso, unos ocho mil, e intentaba cambios políticos para agradar a Darío<sup>100</sup>. [2] Habiendo recibido de él tanto naves como una gran suma de dinero, navegó a Creta y, una vez que se apoderó de la mayoría de las ciudades, las obligó a elegir el partido de los persas.

Amintas, el desterrado de Macedonia, subió junto a Darío y combatió al lado de los persas en Cilicia, y, salvado de la derrota en Iso, con cuatro mil mercenarios acabó en Trípoli de Fenicia, antes de la aparición de Alejandro; eligió de toda la escuadra las naves suficientes para la navegación con sus soldados y quemó las demás. Navegó hacia Chipre, incorporó soldados [3] y naves y se hizo a la mar hacia Pelusio. Una vez hecho dueño de la ciudad, declaraba que él había sido enviado como general por Darío, debido a que había muerto el sátrapa que gobernaba Egipto cuando combatía en Iso de Cilicia. Subió navegando hacia [4] Menfis y, en un primer momento, tras enfrentarse a sus habitantes delante de la ciudad, obtuvo la victoria; luego, al dedicarse los soldados al saqueo, hicieron una salida desde la ciudad, atacaron a los que estaban dispersos sin orden haciendo pillaje en las haciendas del territorio y mataron a Amintas y aniquilaron a todos sus hombres sin excepción. Así, Amintas, [5] que había intentado grandes empresas y fracasado en contra de lo que se esperaba, tuvo este final de su vida.

De manera semejante a éste, también algunos otros comandantes y generales que se salvaron con sus soldados de la batalla de Iso sostenían las esperanzas persas. Unos tomaron las [6] ciudades importantes y las conservaban para Darío, otros, atrayéndose pueblos y reuniendo ejércitos a su alrededor, prestaban los servicios adecuados a las circunstancias que había<sup>101</sup>.

Los delegados de los griegos decidieron por votación enviar quince embajadores que llevaban una corona de oro de parte de Grecia como premio para Alejandro y para felicitarlo por la [7] victoria en Cilicia. Alejandro, mientras tanto, dirigió una campaña contra Gaza, que estaba guarnecida por los persas, y, tras sitiarla durante dos meses, tomó la ciudad por asalto<sup>102</sup>.

[49] Durante el arcontado de Aristófanes en Atenas, en Roma fueron establecidos como cónsules Espurio Postumio y Tito Veturio<sup>103</sup>. En este año, el rey Alejandro organizó los asuntos en Gaza y envió a Amintas con diez naves a Macedonia, con la orden de seleccionar a los jóvenes aptos para la campaña. Él, con todo su ejército marchó a Egipto y se apoderó de todas sus [2] ciudades sin riesgos; porque los egipcios, como los persas habían profanado sus templos y los gobernaban con dureza, acogieron contentos a los macedonios.

Después de haber resuelto los asuntos de Egipto, marchó hacia el santuario de Amón, deseoso de consultar al dios<sup>104</sup>. A medio camino le salieron al encuentro embajadores de los Cireneos que le llevaban una corona y magníficos regalos, entre los cuales había trescientos caballos de guerra y cinco estupendas [3] cuadrigas. Él, tras recibirlos, estableció con ellos amistad y alianza y con sus compañeros de viaje continuó hacia el santuario; al llegar a un desierto y sin agua, tras hacer provisión de ella atravesó el territorio que tenía una enorme cantidad de arena sin fin. Al consumirse en cuatro días el agua transportada les sobrevino una sed terrible. Cuando habían caído todos en la [4]

desesperación, de pronto cayó mucha lluvia del cielo, solucionándose de forma increíble la carencia de agua que había; por eso lo ocurrido de manera inesperada pareció a los que se habían salvado que procedía de la providencia divina. Una vez que recogieron [5] agua de una cavidad, con suficiente suministro para cuatro días, marcharon durante otros cuatro y atravesaron el desierto. Cuando el camino quedó invisible por la cantidad de arena, los que mostraban la ruta anunciaron al rey que unos cuervos que graznaban por la derecha señalan el rastro del sendero que lleva al santuario. Alejandro vio como un presagio lo ocurrido y, determinando [6] que el dios acogía con gusto su presencia, continuó la marcha velozmente. Primero llegó al llamado lago Amargo, y luego tras recorrer cien estadios, evitó las llamadas ciudades de Amón<sup>105</sup>; desde allí, tras un viaje de un día se acercó al santuario.

El terreno en torno a este santuario está rodeado por un [50] desierto de arena y sin agua, privado de todo lo que agrada al hombre. El oasis, que se extiende en una longitud y anchura de cincuenta estadios<sup>106</sup>, está regado por muchos y hermosos manantiales, y está lleno de árboles de todas clases, especialmente de frutales; el aire por su temperatura tiene parecido con la primavera, y rodeado de lugares ardientes es el único que proporciona a sus habitantes una templanza extraña. Dicen [2] que el santuario fue construido por el egipcio Dánao<sup>107</sup>, y cerca de la tierra sagrada del dios habitan al sur y al occidente los etíopes, por el norte un pueblo nómada de libios, y por la parte que avanza hacia el interior un pueblo de los llamados nasamones<sup>108</sup>.

[3] Los amonios habitan en aldeas, pero en la mitad de su territorio hay una ciudadela fortificada con una triple muralla; de ella el primer círculo tiene los palacios de los antiguos reyes; el siguiente, la habitación de las mujeres, las habitaciones de niños, mujeres y parientes y los puestos de guardia de los vigilantes, y, además el recinto sagrado del dios y la fuente sagrada, en la que alcanzan la purificación las ofrendas al dios; el tercero, los alojamientos de los guardaespaldas y los cuartos de guardia de los que escoltan al gobernante.

[4] Fuera de la ciudadela a no mucha distancia hay construido otro templo de Amón a la sombra de muchos y grandes árboles; cerca de él hay una fuente llamada la fuente del Sol por lo que le ocurre; la fuente tiene un agua que cambia extrañamente [5] siempre con las horas del día. Al amanecer vierte un manantial tibio, pero a medida que avanza el día proporcionalmente con el paso de las horas se enfría, y al calor del mediodía culmina su frialdad; de nuevo, y de manera análoga, cesa de hacerlo hacia la tarde, y al avanzar la noche se calienta hasta la medianoche, y en lo que resta de noche deja de calentarse, hasta que con la luz vuelve a la situación del principio<sup>109</sup>.

[6] La imagen del dios está cubierta de esmeraldas y otras piedras preciosas, y hace el oráculo de una manera totalmente peculiar. Sobre un barco de oro es llevada por ochenta sacerdotes; y éstos, portando al dios sobre sus hombros, lo llevan

automáticamente por donde les marca el camino un movimiento de cabeza del dios<sup>110</sup>. Va de acompañante una multitud de [7] vírgenes y mujeres cantando peanes por todo el camino y entonando himnos al dios con un canto heredado de los antepasados.

Cuando Alejandro fue introducido por los sacerdotes en el [51] templo<sup>111</sup> y hubo observado al dios, el que hacía de profeta, un hombre de edad avanzada, acercándosele, dijo: «Alégrate, hijo; y ten este saludo de parte del dios». Él respondió: «Acepto, [2] padre, y en el futuro voy a ser llamado tuyo. Pero dime si me das el gobierno de toda la tierra<sup>112</sup>». El sacerdote entró en el recinto sagrado, los hombres que sostenían al dios se movieron y con unas señales preparadas de voz el profeta respondió que con certeza el dios le concedía la petición, y Alejandro volvió a hablar: «La última, ¡oh divinidad!, de mis preguntas respóndeme, si ya me he vengado de todos los que fueron asesinos de mi padre o algunos se han escapado<sup>113</sup>.» El profeta le gritó: «Guarda [3] silencio. Pues ningún hombre existe que pueda conspirar contra el que le engendró, pero a todos los asesinos de Filipo les ha alcanzado su castigo. Pruebas de su nacimiento divino serán la magnitud de sus éxitos en las hazañas, pues antes no ha sido derrotado, pero después será invencible para siempre». Alejandro, [4] contento con estas respuestas del oráculo y tras honrar al dios con magníficas ofrendas, regresó a Egipto.

Decidió fundar una gran ciudad en Egipto, y dio órdenes a [52] los que dejó atrás en esta tarea de que construyeran la ciudad en [2] medio del lago y del mar. Tras medir el lugar y dividir los barrios con talento llamó a la ciudad por él mismo Alejandría, situada de manera muy conveniente cerca del puerto de Faro; al hacer con habilidad la división de los barrios, la ciudad respira con los vientos etesios y como éstos soplan a través de una gran extensión de mar, y refrescan el aire de la ciudad, logró para sus [3] habitantes una buena temperatura y salud. También trazó su muralla que destacaba por su tamaño y era admirable por su fortaleza, pues al estar en medio del gran lago y del mar, tiene sólo dos accesos estrechos y muy fáciles de vigilar.

Al hacer su forma parecida a una clámide, tiene una calle ancha casi en su mitad que corta la ciudad y es admirable por su tamaño y belleza. Extendida de puerta a puerta tiene una longitud de cuarenta estadios, y una anchura de un pletro<sup>114</sup>, y está adornada toda ella con lujosos edificios de viviendas y de templos. [4] Ordenó también Alejandro construir un palacio magnífico por su tamaño y la solidez de sus obras. Y no sólo Alejandro, sino los que después de él gobernaron Egipto hasta nuestros [5] días, casi todos ampliaron el palacio con lujosas edificaciones. Y, en resumen, la ciudad tomó tal crecimiento en los últimos tiempos, que muchos reconocen que es la primera ciudad en el mundo civilizado; por su belleza, tamaño y cantidad de ganancias y de objetos relacionados con el lujo destaca mucho sobre las demás. El número de sus habitantes supera al de las demás [6] ciudades, pues en el tiempo en que nos encontramos en Egipto, dijeron los que tienen los censos de habitantes que los ciudadanos libres que en

ella vivían eran más de trescientos mil, y que el rey recibía de los ingresos de Egipto más de seis mil talentos<sup>115</sup>.

El rey Alejandro puso a algunos de sus amigos al frente de [7] la construcción de Alejandría, y tras organizar todo lo de Egipto, marchó con su ejército a Siria.

Cuando se enteró de su llegada, Darío ya había reunido sus [53] fuerzas desde todas partes y tenía dispuesto todo lo necesario para la batalla. Hizo que las espadas y las lanzas fueran mucho mayores que las anteriores, por creer que a causa de éstas Alejandro había tenido mucha ventaja en la batalla de Cilicia; dispuso también doscientos carros armados de guadañas, diseñados para sorpresa y miedo de los enemigos. De cada carro, [2] junto a los caballos de los lados exteriores sobresalían unas guadañas clavadas al yugo que se extendían tres palmos, y tenían el borde de su filo hacia el frente y junto a las clavijas de los ejes otras dos en línea recta, con el corte hacia el frente como las anteriores, pero más largas y anchas; y en sus extremos estaban unidas unas hoces<sup>116</sup>.

Una vez que preparó todo el ejército con armas notables y [3] con el valor de sus comandantes, levantó el campo desde Babilonia con cerca de ochocientos mil infantes y no menos de doscientos mil jinetes. Durante la marcha tenía el Tigris a su derecha, y a su izquierda, el Eufrates, y avanzaba por una tierra próspera y capaz de suministrar a las bestias de carga forraje abundante y de surtir alimentos suficientes a la masa de soldados. Se apresuraba a entrar en batalla cerca de Nínive, al ser las [4] llanuras de su entorno muy apropiadas y ofrecer mucho espacio para la magnitud de las fuerzas que había reunido. Acampó cerca de una aldea llamada Arbela, y allí cada día ordenaba en orden de batalla sus fuerzas y con la constante disposición y ejercicio las hizo bien disciplinadas; mucho le angustiaba no fuera a ser que se produjera en la batalla alguna confusión al ser muchos y discordantes en sus lenguas los pueblos reunidos.

[54] En cuanto a una suspensión de hostilidades, también antes había enviado embajadores a Alejandro, cediéndole el territorio del lado de acá del río Halis, y prometía darle veinte mil talentos [2] de plata. Y como no le hizo caso, de nuevo le envió otros embajadores, alabándolo por haber tratado bien a su madre y a los demás prisioneros, pidiéndole que se hiciese amigo suyo, que tomara el territorio al oeste del Eufrates, treinta mil talentos de plata, y a una de sus hijas como esposa; en resumen, que se convirtiera en yerno suyo y que, tras tomar el lugar de un hijo, [3] llegara a ser como su asociado de todo el reino; Alejandro reunió a todos sus amigos en consejo y tras comunicarles las alternativas expuestas, pedía que cada uno manifestara libremente [4] su propia opinión. Ninguno de los demás, sin embargo, se atrevió a dar un consejo por la importancia de la pregunta sugerida, y Parmenión, hablando el primero, dijo: «Si yo fuera [5] Alejandro, aceptaría lo que se ofrece y haría un tratado». Y Alejandro, tomando la palabra contestó: «También yo, si fuera Parmenión, aceptaría».

En resumen, utilizó otros nobles argumentos y rechazó los de los persas, y



prefiriendo la honra a los regalos que se le ofrecían, dio a los embajadores la respuesta de que ni el mundo podría cumplir la disposición y orden que le eran propias si hubiese dos soles, ni la tierra habitada, si dos reyes tuvieran el [6] poder, podría mantenerse tranquilamente y sin revueltas. Por eso pidió que comunicasen a Darío que, si aspiraba al primer puesto, luchara enérgicamente contra él por la monarquía universal; pero, si despreciando la gloria, elegía la conveniencia y el lujo de la comodidad, que hiciera lo ordenado por Alejandro, y que reinara mandando sobre otros, posibilidad que le era concedida por la bondad de Alejandro<sup>117</sup>.

Tras disolver el consejo y tomar al ejército se dirigió hacia [7] el campamento de los enemigos. En el mismo momento en que estos hechos se producían, murió la esposa de Darío y Alejandro la enterró con magnificencia.

Darío, tras escuchar las respuestas y abandonar un acuerdo [55] mediante palabras, organizaba a su ejército cada día y lo mantenía dispuesto para la disciplina en los peligros; despachó a Maceo, uno de sus amigos, con soldados selectos para vigilar el cruce del río y para ocupar de antemano el paso, y envió a otros para que quemaran el territorio por el que necesariamente pasarían los enemigos, pues pensaba utilizar la corriente del río [2] como defensa para el paso de los macedonios. Pero de éstos, Maceo, al ver que el río era infranqueable por la profundidad y la violencia de la corriente, abandonó su vigilancia y ayudó a los que quemaban el campo y, tras arrasar mucha tierra, pensó que sería inaccesible para los enemigos por la escasez de alimento.

[3] Alejandro, sin embargo, cuando llegó al cruce del río Tigris, y se enteró del vado por algunos indígenas, hacía pasar al otro lado al ejército no sólo con esfuerzo, sino también con mucho [4] peligro, pues la profundidad del paso estaba por encima del pecho, la rapidez de la corriente arrastraba a muchos de los que cruzaban y les hacía perder pie, y la corriente golpeando las armaduras apartaba a muchos y los lanzaba a los peligros más extremos. [5] Pero Alejandro, contra la violencia de la corriente ideó nuevas trazas y ordenó a todos que unieran sus manos unos con otros y que hicieran con sus cuerpos una unión compacta parecida a un puente. Como el cruce resultó peligroso y los macedonios se salvaron a duras penas, ese día dejó descansar al ejército, y al siguiente, con las fuerzas dispuestas en orden las llevó junto a los enemigos y, cuando llegó cerca de los persas, acampó.

[56] Reflexionando sobre la multitud del ejército persa y la magnitud de los riesgos que se avecinaban, e incluso que estaba en sus manos el resultado de todo, pasó la noche en vela atormentado por la preocupación del futuro; entregado al sueño durante la guardia de la mañana, durmió tan profundamente que no podían [2] despertarlo al llegar el día. Al principio, sus amigos contemplaron con agrado lo que pasaba, pensando que el rey estaría más vigoroso ante el combate que estaba próximo al haber disfrutado de mucho reposo. Pero según el tiempo avanzaba y el sueño retenía al rey, Parmenión, que



era el mayor de sus amigos, bajo su responsabilidad dio la orden a las tropas de prepararse para la batalla. Y como no se despertaba se acercaron [3] los amigos y con dificultad despertaron a Alejandro. Como estuviesen todos admirados por lo ocurrido y quisiesen oír el motivo, Alejandro dijo que Darío, al haber reunido a sus fuerzas en un solo lugar, lo había liberado de toda su ansiedad, pues [4] al quedar decididas todas las cuestiones en un solo día, cesarían las penalidades y los peligros que habían durado tanto tiempo. Y no obstante tras exhortar a los comandantes con las palabras adecuadas y disponerlos animosos ante los riesgos que se echaban encima, dirigió a su ejército en formación de batalla contra los bárbaros, situando delante de la falange de infantería a los escuadrones de jinetes.

En el ala derecha puso el escuadrón real, cuyo mando tenía [57] Clito, el apodado Negro, y después de éstos, a los demás amigos, a los que mandaba Filotas, el hijo de Parmenión, y a continuación, los otros siete escuadrones de caballería a las órdenes del mismo comandante. Detrás de ellos formó el batallón de [2] infantería de los Escudos de Plata<sup>118</sup>, que se distinguía por el brillo de las armaduras y el valor de sus hombres; los mandaba Nicanor, hijo de Parmenión. Junto a ellos estuvo el batallón llamado Elimiótide, bajo el mando de Ceno, e inmediatamente después formó el batallón de los Orestes y Lincestas, cuyo mando tenía Perdicas. Meleagro tenía el mando del siguiente batallón, y Poliperconte, del que seguía a éste, formados bajo sus órdenes los llamados Estinfeos<sup>119</sup>. Filipo, hijo de Bálacro, [3] cubría la formación siguiente a ésta, y a la de detrás mandaba Crátero. Tras los jinetes mencionados antes, el escuadrón siguiente lo completaban los jinetes que tomaban parte en la campaña, que eran del Peloponeso, y de Acaya, y los ptiotas, malieos, y además locros y focenses, cuyo comandante era Erigio [4] de Mitilene<sup>120</sup>. A continuación se colocaron los tesalios, con Filipo de comandante, que sobresalían mucho de los demás por su valor y por el dominio de la equitación de sus escuadrones. Tras éstos situó a los arqueros de Creta y a los mercenarios de Acaya.

[5] En cada una de las alas dispuso la formación en ángulo, para que no pudieran rodear los enemigos con la gran masa de sus soldados la pequeña línea de los macedonios. Maquinando el rey contra los ataques de los carros armados con guadañas, ordenó a los infantes de la falange que, cuando se acercasen las cuadrigas, juntasen los escudos y golpeasen los escudos con las lanzas, de manera que espantados por el ruido hicieran la marcha hacia atrás, pero que si se veían forzados, les abrieran pasillos por los que encontrarían un camino de salida sin peligro para los macedonios<sup>121</sup>. Él mismo, tomando el mando del ala derecha y haciendo la formación oblicua, decidió resolver por sí mismo todo el resultado del combate.

[58] Darío dispuso la formación de su ejército según los contingentes de los pueblos y formado él contra Alejandro avanzó contra los enemigos. Y tan pronto como se acercaban los ejércitos uno contra otro, los trompeteros de ambos bandos daban la señal

de combate, y los hombres, con un enorme griterío, se atacaban entre sí<sup>122</sup>. Al principio, cuando los carros con guadañas [2] se lanzaban a todo galope, se creó mucho espanto y miedo en los macedonios, pues Maceo, el que mandaba la caballería, avanzó con los escuadrones compactos en compañía de los carros armados de guadañas, haciendo más terrible el ataque de los carros. Pero cuando la falange juntaba los escudos y según [3] las órdenes del rey los golpeaban con las sarisas<sup>123</sup>, ocurrió que se produjo un ruido formidable. Por eso la mayoría de los carros, [4] al espantarse los caballos, se daban la vuelta, y haciendo irrefrenable el impulso, se volvían violentamente contra los suyos. Pero otros cayeron sobre la falange y al hacer los macedonios amplios pasillos se dirigían por ellos: unos fueron alcanzados por los dardos, otros escaparon a través de los pasillos, pero algunos, llevados por la fuerza de la velocidad y usando con eficacia las puntas de las guadañas produjeron muchas y variadas formas de muerte. Tal fue la velocidad y la fuerza de las [5] guadañas forjadas para la destrucción que cortaban los brazos de muchos con los propios escudos, de no pocos cortaban los cuellos, y las cabezas caían en tierra con los ojos todavía abiertos y manteniéndose la expresión del rostro, y de algunos rajaban los costados con cortes importantes y producían muertes rápidas.

[59] Cuando los ejércitos se acercaron entre sí y mediante los arcos y hondas y además lanzamientos de jabalinas, se gastaron los proyectiles que se habían disparado, se enfrentaron en una [2] lucha cuerpo a cuerpo. Al principio, cuando los jinetes se lanzaron al combate y peleaban los macedonios en el ala derecha, Darío, que dirigía su ala izquierda, tenía como compañeros de lucha a jinetes parientes suyos, elegidos por su valor y lealtad, [3] que eran diez mil formados en un solo escuadrón. Ellos, al tener al rey como espectador de su propia bravura, recibían con buen ánimo la lluvia de proyectiles que se lanzaban sobre ellos. Con éstos estaban también los melóforos<sup>124</sup>, distinguidos por su valor y muy numerosos, y además mardos y coseos, admirados [4] por su fuerza física y por la nobleza de su espíritu. Combatían también a su lado los servidores de palacio y los indios mejores por su valentía<sup>125</sup>. Así que éstos, lanzándose con gran griterío contra los enemigos, combatían valerosamente y abrumaban a los macedonios por su número.

[5] Maceo, que tenía el ala derecha y luchaba junto con los mejores jinetes, en el primer ataque mató a no pocos de los adversarios, y despachó a dos mil jinetes cadusios y a mil jinetes escitas escogidos, tras ordenarles cabalgar alrededor del ala de los enemigos, y que, una vez que marcharan sobre el campamento, [6] se hicieran dueños de los bagajes. Ellos hicieron rápidamente lo ordenado y cuando cayeron sobre el campamento de los macedonios, algunos prisioneros se apoderaron de armas, colaboraron con los escitas y saquearon los bagajes; había grito y confusión en todo el campamento por el hecho inesperado. Las demás [7] prisioneras se separaban hacia los bárbaros, pero la madre de Darío, Sisigambis, cuando la llamaban las prisioneras no

hacía caso, sino que permanecía tranquila con sensatez, porque ni confiaba en lo inesperado de la suerte ni quería mancillar su agradecimiento hacia Alejandro. Finalmente los escitas, después [8] de arrebatarse una gran parte del bagaje, volvieron a caballo junto a Maceo y los suyos y les anunciaron la buena noticia del día. Al mismo tiempo, algunos de los jinetes que formaban alrededor de Darío, abrumando con su número a los macedonios que se les oponían, los obligaron a huir.

Al producirse la segunda ventaja de los persas, Alejandro, [60] apresurándose a enderezar la derrota de los suyos con su propia intervención, se lanzaba contra el propio Darío con el escuadrón real y otros jinetes muy distinguidos. El rey persa recibió [2] el ataque de los enemigos y combatiendo en persona desde su carro lanzaba dardos a sus atacantes, y cuando eran muchos los que peleaban a su lado y los reyes corrían uno contra otro, Alejandro lanzó una jabalina contra Darío y erró, pero, alcanzando al conductor del rey que estaba de pie a su lado, lo derribó. Como gritaron los que estaban cerca de Darío, [3] los que se encontraban más lejos pensaron que había caído el propio rey; y cuando emprendieron éstos la fuga, los siguientes fueron detrás, y el contingente formado junto a Darío en seguida se rompió. Y al quedar desnudo de combatientes también el otro costado, él mismo, asustado, se dio a la fuga. Al huir éstos así y subir a lo alto el remolino de polvo de los jinetes, [4] y seguirlos de cerca los jinetes de Alejandro, por la gran cantidad y lo apretado del polvo no era posible ver hacia dónde huía Darío, y se producía el gemido de los hombres que caían, el ruido de los jinetes y también el continuo restallar de los látigos.

[5] Mientras esto sucedía, Maceo, que mandaba el ala derecha persa, con los más numerosos y mejores jinetes, apremiaba con fuerza a los que estaban formados contra él, pero Parmenión, con los jinetes tesalios y los demás que junto a él afrontaban la [6] pelea, resistió a los enemigos. En un primer momento, luchando de manera brillante, tenía ventaja gracias al valor de los tesalios; sin embargo, por el número y la presión del conjunto de los que estaban con Maceo estaba abrumada la caballería macedonia. [7] Se producía una gran matanza, y al ser imposible de soportar la fuerza de los bárbaros, Parmenión envió a algunos de sus jinetes hacia Alejandro, pidiendo que le ayudara rápidamente. Ellos llevaron a cabo sus órdenes con prontitud, pero cuando se enteraron de que Alejandro estaba ya en plena persecución a gran distancia del campo de batalla regresaron sin resultado<sup>126</sup>. [8] Sin embargo, Parmenión, manejando los escuadrones de los tesalios con la mayor experiencia y tras matar a muchos, con dificultad hizo huir a los bárbaros, que estaban muy consternados por la huida de Darío.

[61] Maceo sobresalía por su estrategia y teniendo como colaboradora la gran cantidad de polvo, no hizo la retirada igual que los demás bárbaros, sino que se dirigió a la parte contraria y, tapada su retirada por el polvo que se levantaba, huyó con todos los suyos sin daño y se puso a salvo en las aldeas que estaban a [2] la espalda de los

macedonios. Por último, todos los bárbaros huyeron, y como los macedonios mataban sin cesar a los rezagados, pronto todo el lugar cercano a la llanura se llenó de [3] muertos. Por lo cual, de los bárbaros fueron muertos en esta batalla, juntando a jinetes e infantes, más de noventa mil hombres; de los macedonios murieron hasta quinientos y muchos más resultaron heridos<sup>127</sup>. Entre los comandantes más destacados, Hefestión fue herido en un brazo por una lanza, cuando mandaba la guardia personal del rey, y de los generales, Perdicas, Ceno y también Ménidas y algunos otros de los jefes distinguidos.

La batalla que se produjo cerca de Arbela tuvo este resultado<sup>128</sup>.

Siendo arconte en Atenas Aristofonte, en Roma recibieron [62] el poder consular Gayo Domicio y Aulo Cornelio<sup>129</sup>. En estos momentos, cuando se divulgó en Grecia la batalla de Arbela, muchas ciudades, mirando con desconfianza el crecimiento de los macedonios, decidieron, mientras aún continuaba existiendo el poder de los persas, consagrarse a su libertad; porque pensaban [2] que Darío los ayudaría y les proporcionaría gran cantidad de dinero para que pudieran organizar grandes ejércitos mercenarios, y Alejandro no podría dividir sus fuerzas. Pero si vieran [3] con indiferencia a los persas vencidos, los griegos quedarían aislados y nunca serían capaces de pensar en su propia libertad.

El levantamiento que en aquellos momentos se produjo en [4] Tracia también invitó a los griegos a la defección; porque [5] Memnón<sup>130</sup>, nombrado general de Tracia, que tenía un ejército y era un hombre muy sensato, agitó a los bárbaros, se hizo rebelde a Alejandro, y, tras conseguir con rapidez un gran ejército, [6] mostró claramente su disposición para la guerra. Por eso Antípatro tomó todo su ejército y avanzó a través de Macedonia hacia Tracia y guerreaba contra Memnón.

Mientras Antípatro se ocupaba de este asunto, los lacedemonios creyeron que había ocasión de prepararse para la guerra [7] e invitaban a los griegos a ponerse de acuerdo por la libertad. Los atenienses, honrados por Alejandro frente a todos los demás griegos, se mantenían en calma; pero la mayoría de los peloponesios y algunos otros, puestos de acuerdo, se apuntaron a la guerra, y tras alistar a los mejores jóvenes según la capacidad de las ciudades, inscribieron no menos de veinte mil infantes [8] y cerca de dos mil jinetes. Al tener los lacedemonios la jefatura, se lanzaron en masa hacia el combate decisivo, y su rey, Agis, tenía el mando de todo<sup>131</sup>.

[63] Cuando Antípatro se enteró de la movilización de los griegos, terminó la guerra en Tracia como pudo y marchó al Peloponeso con todo su ejército. Tomó también soldados de los aliados griegos y reunió un total de no menos de cuarenta mil. [2] Cuando se produjo la gran batalla, Agis cayó combatiendo, pero los lacedemonios peleando animosamente durante mucho tiempo resistían, y al ser vencidos los aliados, también ellos [3] emprendieron la retirada hacia Esparta. Murieron en la batalla más de cinco mil trescientos lacedemonios y aliados, y de los de Antípatro, tres mil

quinientos<sup>132</sup>.

Algo singular se produjo en la muerte de Agis; luchó brillantemente [4] y cuando cayó con muchas heridas recibidas de frente los soldados decidieron llevarlo a Esparta, pero tras resultar rodeado y renunciar a su propio interés, ordenó a los demás soldados que se fueran a toda prisa y se salvaran para provecho de la patria, y él se puso la armadura, y apoyado en la rodilla se enfrentó a los enemigos, mató a algunos y atravesado por una jabalina acabó su vida, tras reinar durante nueve años.

Nosotros que hemos tratado sobre lo ocurrido en Europa, [5] por turno expondremos lo sucedido en Asia.

*(Final de la primera parte del libro XVII.)*

Después de ser vencido en la batalla cerca de Arbela, Darío [64] dirigió su huida a las satrapías interiores, buscando en la distancia de los lugares conseguir un giro de la situación y tiempo suficiente para la preparación de un ejército. Al principio acabó en Ecbatana de Media y allí se detuvo, recogiendo a los salvados de la batalla y rearmando a los que estaban sin armas. Hizo venir [2] también soldados de los pueblos vecinos y se puso en contacto con los sátrapas y generales en Bactria y en las satrapías superiores, exhortándolos a que guardaran la lealtad hacia él.

Tras la victoria, Alejandro, una vez que enterró a los muertos, [3] fue a Arbela, y encontró gran abundancia de comida, no poco atavío y tesoro bárbaro y tres mil talentos de plata. Como calculó que habría contaminación del aire circundante a causa de la multitud de cadáveres, rápidamente levantó el campo y llegó con todo su ejército a Babilonia. Como los naturales lo [4] acogieron con buena disposición y en los alojamientos hospedaban con esplendidez a los macedonios, reanimó a su ejército de la anterior fatiga. Más de treinta días pasó en la ciudad por la abundancia de víveres y la hospitalidad de los habitantes.

[5] Tras eso, entregó a Agatón de Pidna la custodia de la ciudadela, y le asignó setecientos soldados macedonios. Hizo a Apolodoro de Anfípolis y Menes de Pela generales de Babilonia y de las satrapías hasta Cilicia, y después de darles mil talentos de plata les ordenó reclutar mercenarios en el mayor número posible. [6] Dio Armenia a Mitrines, el que le había entregado la fortaleza de Sardes. Del dinero que fue capturado, distribuyó a cada jinete seis minas, a cada aliado cinco, a los macedonios de la falange dos, y pagó a todos los mercenarios el salario de dos meses<sup>133</sup>.

[65] Cuando el rey salió de Babilonia y estaba en camino, llegaron junto a él, enviados por Antípatro, quinientos jinetes macedonios, seis mil infantes, seiscientos jinetes tracios, tres mil quinientos de Trales, cuatro mil infantes del Peloponeso y algo menos de mil jinetes, y de Macedonia, cincuenta hijos de los amigos del rey, enviados

por sus padres como guardianes de la [2] persona del rey. El rey, tras darles la bienvenida, continuó su marcha, y al sexto día alcanzó la provincia de Sitacene.

Al ser ésta una región que tenía mucha abundancia de toda clase de víveres, permaneció en ella muchos días, deseando al mismo tiempo que el ejército se recobrara del cansancio de la marcha, y pensando en dedicarse a la organización estratégica, a hacer promociones en los mandos y a fortalecer su ejército [3] con el número y los méritos de los comandantes. Cuando acabó lo que había resuelto, hizo con mucho cuidado una elección de los mejores, y tras promover a muchos de un alto mando militar a mayores poderes, llevó a todos los comandantes a una mayor dignidad y a un firme afecto hacia su persona<sup>134</sup>. También examinó [4] la situación individual de los soldados rasos e introdujo muchas mejoras, pensando en su bienestar. Al haber dispuesto a todo el ejército para que se distinguiera en lealtad hacia su comandante en jefe, para que fuera obediente a las órdenes y también para que fuera insuperable en valor, pensó en los combates que quedaban.

Llegó a la Susiana y tomó sin riesgo los famosos palacios de [5] Susa, ya que el sátrapa Abuletes le entregó la ciudad voluntariamente, según algunos han escrito, al haber sido dadas órdenes por el propio Darío a sus cargos de confianza. Y esto lo hizo el rey de los persas para que Alejandro, cuando se encontrara ante considerables distracciones, adquisiciones de ciudades muy distinguidas y de grandes tesoros, se mantuviera ocupado, y Darío, por su parte, ganara tiempo en su huida para la preparación de la guerra.

Alejandro se apoderó de la ciudad y de los tesoros que había [66] en el palacio, y encontró más de cuarenta mil talentos de oro y plata sin acuñar. Éstos los guardaron intactos los reyes desde [2] hacía mucho tiempo, dejándolos como refugio para ellos ante las sorpresas de la fortuna. Además de esto había nueve mil talentos de oro acuñados en forma de daricos<sup>135</sup>.

[3] Hubo algo singular que le ocurrió al rey en la acción de recibir el dinero. Porque al sentarse en el trono real y al ser éste mayor que la proporción de su cuerpo, uno de los pajes, al ver que las piernas quedaban lejos del estrado del trono, alzó la mesa de Darío y la puso debajo de los pies que estaban colgando<sup>136</sup>. [4] Logrado el ajuste, el rey acogió con agrado la habilidad del que lo hizo, pero un eunuco de los que estaban cerca del trono, conmovido en su interior por el cambio de la fortuna, [5] rompió a llorar. Alejandro, al verlo, dijo: «¿Qué mal ha ocurrido que al verlo estás llorando?». El eunuco respondió: «Ahora yo soy tu esclavo, y antes de Darío, y al ser por naturaleza adicto a mi amo, me he afligido al ver lo que más era estimado por aquél convertido en un mueble indigno».

[6] Como por la respuesta el rey tomó muestra del completo cambio en el reino persa, comprendió que él mismo había cometido algo arrogante y muy ajeno a su moderación con las [7] prisioneras. Por eso llamó al que puso la mesa y le ordenó



retirarla de nuevo. Entonces, Filotas, que estaba presente, dijo: «Pero no fue soberbia, al no ser mandado por ti, sino por providencia y voluntad de alguna buena divinidad». Y el rey tomó como un presagio lo dicho y ordenó que dejaran la mesa puesta debajo del trono.

[67] Después de esto, Alejandro dejó en Susa a la madre de Darío, a sus hijas y a su hijo, y tras poner a su lado a los que les enseñarían la lengua griega, levantó el campo con su ejército y al cuarto día llegó al río Tigris<sup>137</sup>. Éste fluye desde la montaña [2] de los uxios y pasa en un primer momento por una tierra escabrosa y partida por grandes barrancos a lo largo de mil estadios, pero a continuación, atraviesa una llanura y se hace cada vez más tranquilo, y tras recorrer seiscientos estadios desemboca en el mar Pérsico. Una vez que atravesó el Tigris, entró en la región [3] de los uxios que era rica, regada por numerosos arroyos y que producía muchos frutos de todas las clases; debido a eso, en la estación seca al principio del otoño los comerciantes que navegan por el Tigris llevan a Babilonia conservas de toda clase idóneas para el consumo.

Cuando encontró los pasos custodiados por Madetes, que [4] era pariente de Darío y tenía un ejército considerable, examinó con cuidado la dificultad del lugar. Los acantilados eran infranqueables, pero un nativo de origen uxio que conocía los lugares se ofreció al rey para dirigir a los soldados por un sendero estrecho y peligroso de manera que estuvieran en posición dominante sobre los enemigos. Alejandro aceptó sus propuestas [5] y envió con él soldados suficientes, mientras él, tras prepararse un camino lo más alejado posible de ellos, atacó de manera sucesiva a los que estaban apostados sobre los pasos. El asalto se produjo con fuerza y mientras que los persas estaban ocupados en la lucha, de manera inesperada los enviados aparecieron por encima de los que guardaban el paso. Espantados los bárbaros y emprendiendo la huida, Alejandro se hizo dueño del paso y rápidamente de todas las ciudades de la Uxiana.

Desde allí levantó el campo y se dirigió hacia la Pérsida, y [68] al quinto día llegó a las llamadas Rocas Susianas<sup>138</sup>. Las había ocupado de antemano Ariobarzanes con veinticinco mil infantes [2] y trescientos jinetes. El rey, por creer que ocuparía por la fuerza la Puerta, avanzó a través de parajes estrechos y escabrosos sin que nadie le inquietase. Y los bárbaros le permitieron atravesar los pasos hasta un cierto lugar, pero cuando llegó a la mitad de un terreno difícil, de repente lo atacaron e hicieron rodar muchas y enormes rocas, que al caer de pronto sobre los apiñados macedonios mataban a muchos y, como no pocos lanzaban jabalinas desde las crestas sobre los que se encontraban muy juntos, no fallaban los blancos, y otros, tirando piedras con las manos, rechazaban a los maltratados macedonios. A los persas les favorecía mucho la dificultad del terreno, por lo que mataron a muchos e hirieron a no pocos.

[3] Alejandro era incapaz de ayudar por lo terrible de la situación y viendo que ningún enemigo había muerto y que ni siquiera estaba herido, mientras que de los suyos



eran muchos los que habían perecido y estaban cubiertos de heridas casi todos los atacantes, con la trompeta dio a sus soldados la señal de retirada [4] del combate. Tras alejarse de los pasos trescientos estadios, acampó y preguntó a los nativos por si existía alguna otra ruta. Al declarar todos que no había ningún otro camino, pero que sí existía un rodeo a muchos días de distancia, juzgó que era deshonroso dejar insepultos a los que habían muerto y como también veía que la petición de retirar a los muertos era vergonzosa y que encerraba el reconocimiento de la derrota, ordenó [5] que trajeran a todos los prisioneros. Y entre ellos fue traído un hombre que era bilingüe y que sabía la lengua persa.

Éste declaró que era de origen licio, y que convertido en cautivo era pastor en esa misma montaña desde hacía muchos años. Por este motivo conocía perfectamente el terreno y podía guiar al ejército a través de un camino cubierto de arbustos y colocarlo a la espalda de los que vigilaban los pasos. Una vez [6] que el rey prometió al hombre que le recompensaría con grandes regalos, mostrando éste el camino, atravesó penosamente la montaña de noche, pisando mucha nieve, pasando por un terreno todo abrupto, partido por profundas barrancas y por muchos precipicios. Cuando apareció ante las avanzadillas enemigas, a [7] los primeros abatió a golpes, a los que formaban en la segunda guardia los hizo prisioneros, y a los terceros los puso en fuga<sup>139</sup>, se apoderó de los pasos y mató a la mayoría de los de Ariobarzanes.

Tras eso, cuando se dirigía a Persépolis recibió en el camino [69] una carta de Tirídates, gobernador de la ciudad. En ella estaba escrito que si llegaba a presentarse antes de los que proyectaban guardar Persépolis para Darío<sup>140</sup>, sería dueño de ella, tras serle entregada por él. Por eso Alejandro condujo su ejército a marchas [2] forzadas, y construyendo un puente sobre el río Araxes hizo pasar a sus soldados al otro lado.

Mientras el rey avanzaba se vio un espectáculo extraño y terrible, que provocaba odio por la maldad de sus autores, y ofrecía piedad y compasión para los que habían sufrido lo irremediable. Pues le salieron al encuentro con ramos de suplicantes [3] unos griegos que habían sido desterrados muy lejos por los anteriores reyes, unos ochocientos aproximadamente, y por su edad la mayoría ancianos; todos habían sido mutilados, unos de las manos, otros de los pies, y algunos de las orejas y de la nariz; [4] eran expertos en ciencias o artesanías, y, cuando habían progresado en su instrucción, les habían cortado las demás extremidades y dejado sólo las que servían para sus tareas; de manera que todos, al ver la veneración que merecía su edad y las desgracias que tenían en sus cuerpos, compadecían la suerte de los infelices, y sobre todo el propio Alejandro se mostró compasivo y no pudo contener las lágrimas<sup>141</sup>.

[5] Como todos gritaron a la vez y pedían a Alejandro que los protegiese en sus desgracias, el rey hizo venir a sus dirigentes, los honró de manera acorde a su propia magnanimidad y les prometió que pondría su mayor interés en su regreso a casa. Y [6]

ellos, tras reunirse y deliberar, prefirieron quedarse allí a regresar a su casa, pues al ser devueltos a la patria se dispersarían en pequeños grupos y sobreviviendo en sus ciudades tendrían como censurable el mal trato de la fortuna, pero viviendo unos con otros, al tener la misma desgracia, tendrían como alivio de su propio infortunio la semejanza del de los demás. [7] Por eso, cuando se entrevistaron de nuevo con el rey, y le declararon su decisión, pedían que prestase ayuda a esta decisión [8] suya. Alejandro asintió a sus decisiones y regaló a cada uno tres mil dracmas, cinco vestidos de hombre y el mismo número de mujer, dos yuntas de bueyes, cincuenta ovejas y cincuenta medimnos de trigo; hizo también que quedaran exentos de todo impuesto real y ordenó a los intendentes que se cuidaran de que no fueran perjudicados por nadie.

[9] Así, Alejandro, conforme a su bondad natural, con tales buenas acciones mitigó las desgracias de los desafortunados.

A Persépolis, que era la capital del reino de los persas, Alejandro [70] la describió a los macedonios como la más enemiga de las ciudades de Asia y la entregó a los soldados para el saqueo, excepto el palacio real. Como era la más rica de las que están [2] bajo el sol y las casas particulares rebosaban desde hacía mucho tiempo de riquezas de todas clases, los macedonios cayeron sobre ella matando a todos los hombres, saqueando las propiedades y muchas casas que pertenecían a la gente común, pero repletas de enseres y ornamentos de todo tipo. Aquí se [3] llevaba mucha plata y era rapiñado no poco oro y muchos y lujosos vestidos, unos con púrpura marina, otros bordados con tejidos de oro se convirtieron en premios para los vencedores. Los enormes palacios, famosos en todo el mundo civilizado, fueron entregados al ultraje y a la completa destrucción.

Los macedonios, que pasaron todo el día en saqueos, no podían [4] llenar su insaciable deseo de más. Tal era su exceso de [5] codicia en los saqueos que se peleaban entre ellos y mataron a muchos de los que se apropiaban de más cosas del botín. Algunos, cortando con las espadas lo más lujoso de lo que encontraban, lo llevaban en partes individuales, otros cortaban las manos de los que se aferraban a las propiedades en disputa, enloquecidos por sus pasiones; conducían a las mujeres con sus [6] propios atavíos, llevándolas como esclavas al cautiverio.

Tanto como Persépolis aventajaba a las demás ciudades en prosperidad, así superó a las otras en desgracias.

Cuando Alejandro llegó a la ciudadela, tomó posesión de [71] los tesoros que había en ella. Éstos, al acumularse los ingresos desde Ciro, el que primero fue rey de los persas, hasta los tiempos presentes, estaban repletos de plata y oro. Fueron hallados en ellos ciento veinte mil talentos, estimado el oro en relación con la plata<sup>142</sup>. Como quería llevarse parte del dinero con él para [2] las necesidades de la guerra, y llevar el resto a Susa y guardarlo en esa ciudad, hizo venir de Babilonia y de Mesopotamia y también de Susa un gran número de acémilas, unas de carga y otras de tiro, y, además de éstas, tres

mil camellos de carga, y por [3] medio de éstos transportó todo a los lugares decididos; pues como estaba mal dispuesto hacia los habitantes, desconfiaba de ellos y al final se disponía a arrasar Persépolis.

Consideramos que no es inapropiado tratar brevemente sobre el palacio que había en esta ciudad debido a la riqueza de su [4] construcción. La ciudadela, que era notable, estaba rodeada por un triple muro; el primero se había construido sobre un costoso basamento, tenía una altura de dieciséis codos<sup>143</sup>, y estaba adornado [5] con almenas; el segundo tenía idéntica disposición al antedicho, pero el doble de altura. Y el tercer contorno era de planta rectangular, su muro tenía sesenta codos de altura, construido con una piedra dura y por naturaleza hecha para una duración [6] eterna. En cada uno de los costados había puertas de bronce, y junto a ellas, estacas de bronce de veinte codos de altura, éstas para espanto al contemplarlas, las puertas, en cambio, adaptadas para la seguridad.

[7] En el lado oriental de la ciudadela, a una distancia de cuatro pletros<sup>144</sup>, estaba la colina llamada real en la que se encontraban las tumbas de los reyes. Se trataba de una roca excavada y que tenía en su centro muchas cámaras en las que estaban los sepulcros de los muertos y que no tenía acceso alguno artificial, sino que recibían los sarcófagos al ser levantados los muertos por medio de ciertos mecanismos hechos por la mano del hombre. En esta ciudadela había muchos alojamientos para los reyes [8] y para los generales, lujosos por sus equipamientos, y depósitos para la custodia del dinero contruidos de manera conveniente.

Alejandro celebró juegos en honor de sus victorias y suntuosos [72] sacrificios a los dioses y hacía espléndidos banquetes con sus amigos. Y una vez que estaban de banquete los compañeros y al avanzar la bebida y subir la borrachera, un enorme frenesí se apoderó de los espíritus de los bebedores. Y entonces, [2] una de las mujeres presentes, llamada Tais y ática de nacimiento, dijo que para Alejandro sería la mejor de todas sus hazañas en Asia si, celebrando con ellas una fiesta con cantos y danzas<sup>145</sup>, prendiera fuego al palacio, y las manos de las mujeres en un breve instante hicieran invisible lo famoso de los persas. Cuando esto se dijo a hombres jóvenes y excitados irreflexivamente [3] por la borrachera, como era lógico, alguien gritó que se hiciera, que cogieran antorchas y animó a vengar el ultraje contra los santuarios griegos. Aprobando con unánimes aclamaciones [4] también los demás y diciendo que esa acción correspondía sólo a Alejandro, y como el rey estuviera inflamado por las palabras, todos salieron del festín y convocaron a seguir un cortejo triunfal en honor de Dioniso.

Inmediatamente se juntó gran cantidad de antorchas y como [5] habían sido invitadas al banquete unas mujeres cantoras, con canto, flautas y caramillos el rey iba delante del cortejo, siendo la cortesana Tais la que dirigía la acción. Ella fue la primera, tras [6] el rey, que lanzó su antorcha encendida hacia el palacio, y como todos los demás

hicieron lo mismo, de inmediato toda el área del palacio fue consumida por la magnitud de las llamas. Lo más extraordinario de todo es que el acto impío que llevó a cabo Jerjes, rey de los persas, contra la acrópolis en Atenas, fue vengado por una sola mujer, conciudadana de los agraviados, gracias a una broma, que los mismos desastres muchos años después<sup>146</sup>.

[73] Cuando esto terminó, Alejandro recorrió las ciudades de Pérsida, y una vez que se apoderó de unas por la fuerza y atrajo a otras por su propia moderación, levantó el campo en busca de [2] Darío. Éste se había propuesto reunir ejércitos de la Bactriana y de otras satrapías, pero al ser ganado en rapidez, y emprender la huida hacia Bactria con treinta mil persas y mercenarios griegos, durante la retirada fue atrapado por Beso, el sátrapa de [3] Bactria, y asesinado a traición. Justo después de su muerte, Alejandro, que lo perseguía con la caballería, cuando lo encontró [4] muerto lo honró con un entierro real. Pero según algunos han escrito, como lo encontró cuando aún respiraba, compartió con él sus desgracias, y al ser instado por Darío a que vengara su muerte, se lo prometió y persiguió a Beso<sup>147</sup>. Pero como aquél se había alejado mucho y huyó a Bactria, regresó renunciando a la persecución de los enemigos.

Y así estaba la situación en Asia.

En Europa los lacedemonios fracasados en la gran batalla<sup>148</sup> [5] se vieron obligados por la derrota a enviar embajadores a Antípatro. Y como aquél remitió la respuesta al Consejo de los griegos, los delegados se reunieron en Corinto y, tras pronunciarse muchos discursos por cada parte, decidieron enviar el proceso a Alejandro sin tomar decisión alguna. Antípatro tomó como rehenes [6] a cincuenta espartiatas de los más notables, y los lacedemonios mandaron embajadores a Asia pidiendo que se les concediera el perdón por sus errores.

Cuando este año terminó, era arconte en Atenas Cefisofonte, [74] y en Roma fueron nombrados cónsules Cayo Valerio y Marco Clodio<sup>149</sup>. En estos momentos, ahora que Darío estaba muerto, Beso, con Nabarzanes y Barxaentes y otros muchos, llegó a Bactriana, después de escapar de las manos de Alejandro. Beso había sido nombrado sátrapa de esta región por Darío y como era conocido por la mayoría debido a su cargo, exhortaba a la gente a defender su libertad; señalaba que el [2] territorio los ayudaría mucho, al ser difícil de invadir y tener suficiente cantidad de hombres para la conquista de su independencia. Proclamando que tomaría el mando de la guerra, y una vez que convenció a la mayoría, se designó a sí mismo rey. Éste entonces alistaba soldados, aparejaba cantidad de armas y preparaba con empeño lo demás para la apremiante necesidad.

Alejandro, por su parte, al ver que los macedonios consideraban [3] la muerte de Darío como el final de la expedición y que estaban impacientes por el regreso a la patria, los reunió en una asamblea y, tras animarlos con palabras adecuadas, los dispuso

obedientes para la campaña que quedaba, pero a los combatientes aliados de las ciudades griegas los juntó, alabó por lo realizado y los liberó de la expedición; regaló a cada uno de los jinetes un talento, y diez minas a los infantes, y, aparte de eso, les pagó los salarios prometidos y agregó los correspondientes desde [4] la partida hasta el regreso a sus patrias<sup>150</sup>; a los que eligieron permanecer en el ejército con el rey, les dio a cada uno tres talentos<sup>151</sup>. Recompensó a los soldados con grandes regalos en parte debido a que era generoso por naturaleza, y en parte porque durante la persecución a Darío se había hecho dueño de mucho [5] dinero, pues de los tesoreros reales recibió la suma de ocho mil talentos, y aparte de esto, lo que se distribuyó a los soldados, incluyendo joyas y copas, llegó a trece mil talentos, mientras que lo que fue robado o tomado como botín se pensaba que era más de lo dicho.

[75] Alejandro levantó el campo hacia Hircania y al tercer día acampó cerca de una ciudad llamada Hecatómpila<sup>152</sup>. Al ser ésta una ciudad rica y que tenía gran abundancia de todo lo que contribuye al disfrute, dejó a su ejército descansar allí durante unos días. Avanzó ciento cincuenta estadios<sup>153</sup> y acampó cerca [2] de una enorme roca, en cuya base había una cueva maravillosa de la que salía un gran río conocido como el Estiboites. Éste, precipitándose con una corriente impetuosa en una distancia de tres estadios, se divide en dos en torno a una roca que tiene forma de pecho, bajo la cual hay una vasta caverna; dentro de ella se precipita con un gran estruendo, se forma espuma por su golpe contra la roca y luego fluye bajo tierra una distancia de trescientos estadios, y de nuevo abre su camino hacia la superficie.

Alejandro, con su ejército, irrumpió en el territorio de los [3] hircanios y se apoderó de todas las ciudades que hay en él hasta el llamado mar Caspio, que algunos llaman Hircanio. En éste dicen que se crían muchas y grandes serpientes y peces de todo tipo, muy diferentes de los nuestros en color. Atravesando Hircania [4] llegó a las llamadas aldeas Afortunadas, y verdaderamente lo son; porque su tierra produce, con mucho, más frutos que las demás. Dicen que cada cepa produce una metretes<sup>154</sup> de [5] vino, mientras que hay algunas higueras que producen diez medimnos<sup>155</sup> de higos secos. El grano que se descuida en la cosecha y cae al suelo germina sin ser sembrado y produce al final un fruto abundante. Hay también un árbol entre los nativos parecido [6] a una encina en su aspecto, de cuyas hojas gotea miel; ésta la recogen algunos y hacen de ella abundante provecho. [7] Existe también en el territorio un animal que vuela, que se llama *antredón*, más pequeño que una abeja pero del que se obtiene gran provecho; vagando por la montaña liba flores de todas clases, y viviendo en los huecos de las rocas y en las grietas formadas por el golpe del rayo en los árboles, forma panales de cera y hace un jugo que destaca por su dulzor, no muy inferior a nuestra miel.

[76] Así, Alejandro se anexionó Hircania y las tribus que eran sus vecinas en este territorio; muchos de los comandantes que habían huido con Darío se entregaron por sí

mismos. Él los recibió [2] amablemente y se ganó gran fama de moderación; seguidamente, los griegos, que habían luchado en el bando de Darío, y que eran alrededor de mil quinientos y destacaban por su valor, se entregaron a Alejandro y una vez que fueron merecedores de perdón fueron asignados a los cuerpos del ejército con los mismos salarios.

[3] Alejandro siguió la costa de Hircania y entró en el país de los llamados mardos. Éstos, como sobresalían en capacidad de combate, despreciaron el crecimiento del poder del rey y no lo consideraron [4] merecedor de entrevista alguna ni de respeto, y tras tomar de antemano los pasos con ocho mil soldados, aguardaron resueltamente el ataque de los macedonios. El rey cayó sobre ellos y trabado el combate mató a la mayoría y a los demás los empujó a zonas de difícil acceso.

[5] Mientras incendiaba el territorio y los pajes que conducían los caballos reales se separaron un poco del rey, algunos bárbaros, [6] lanzándose, arrebataron el mejor de los caballos. Ese animal le había sido regalado por el corintio Demarato y había combatido con el rey en todas las batallas en Asia. Y mientras estaba sin jaeces, sólo aceptaba al mozo de cuadra, pero cuando tenía el arnés real ni siquiera a éste admitía, y sólo dejaba acercarse a Alejandro e inclinaba su cuerpo para que subiese en él. El rey se encolerizó por la excelencia del animal, y ordenó que [7] se talasen los árboles de la región y que se anunciara a los nativos mediante intérpretes que si no devolvían el caballo, verían la tierra destruida hasta el final, y a los habitantes, degollados en masa<sup>156</sup>. Transmitidas rápidamente las amenazas, los bárbaros, [8] aterrorizados, devolvieron el caballo y con él llevaron regalos muy lujosos y, además de esto, también enviaron cincuenta hombres, pidiendo obtener perdón. Y Alejandro tomó a los más notables de ellos como rehenes.

Cuando Alejandro volvió de nuevo a Hircania, llegó junto a [77] él la reina de las Amazonas llamada Talestris, que reinaba sobre el país entre el Fasis y el Termodonte<sup>157</sup>. Destacaba por su belleza y vigor físico, y era admirada por sus compatriotas por su valentía; había dejado la mayor parte de su ejército en los límites de Hircania y había llegado con una escolta de trescientas Amazonas ataviadas con armadura completa. El rey se maravilló [2] de la inesperada llegada y de la dignidad de las mujeres, y al preguntar a Talestris por qué había venido, ella respondió que [3] venía con el propósito de conseguir un hijo, pues él era el mejor de todos los hombres por sus hazañas y ella aventajaba a las mujeres en fuerza y valentía; era natural que lo que naciera de dos padres que ocupaban el primer puesto sobrepasase a los demás hombres en valía. El rey se alegró muchísimo y aceptó la petición y, tras estar con ella durante trece días, la honró con magníficos regalos y la envió a su casa.

[4] Tras esto, como creyó que ya había conseguido su empresa y que tenía sin disputa la realeza, empezó a imitar la molición persa y el lujo de los reyes de Asia. Primero tenía en palacio ordenanzas nacidos en Asia, luego dispuso que fueran sus escoltas los



hombres más distinguidos, entre los que estaba Oxatres, [5] hermano de Darío<sup>158</sup>. A continuación se puso la diadema persa<sup>159</sup>, se vistió un manto blanco y el cinturón persa, y todo lo demás excepto los pantalones anchos y el caftán. Distribuyó a sus compañeros capas con bordes púrpura y ciñó a los caballos [6] arneses persas. Además, llevaba a su lado, igual que Darío, concubinas, que en número no eran menos que los días del año, distinguidas por su belleza, por haberlas escogido entre todas [7] las mujeres de Asia. Cada noche, éstas pasaban alrededor del lecho del rey para que él eligiera a la que quería en su cama. Pero Alejandro utilizaba estas costumbres raras veces, y la mayoría de ellas mantenía las anteriores, porque temía chocar con los macedonios.

[78] Sin embargo, como muchos le hacían reproches, a esos los halagaba con regalos, y él, cuando se enteró de que el sátrapa de Aria, Satibarzanes, había matado a los soldados que habían sido dejados a su mando, que estaba de acuerdo con Beso, y que con él había decidido atacar a los macedonios, organizó una campaña contra él. Este Satibarzanes reunió su ejército en Cortacana, una ciudad muy notable de entre las de esa región y que se distinguía por su fortificación natural, pero cuando el rey se acercó, [2] él se asustó ante el tamaño de su ejército y la conocida bravura de los macedonios. Por eso él, con dos mil jinetes, cabalgó hacia Beso, para pedirle que enviara ayuda rápidamente, y a los demás ordenó que corrieran a refugiarse en el monte llamado [...] <sup>160</sup>, que tenía terrenos difíciles y un refugio seguro para los que no se atrevieran a pelear cara a cara. Cuando ellos hicieron [3] lo que se les había mandado, el rey, sirviéndose de su acostumbrado amor por la gloria, sitió con energía a los que se habían refugiado en una roca fortificada y grande y los obligó a rendirse. Después, una vez que se apoderó en treinta días de todas las [4] ciudades de esa satrapía, marchó de Hicarnia y se dirigió a la capital de Drangiana, y allí se detuvo y dejó descansar al ejército.

Por estas fechas tropezó en un hecho desdichado y ajeno a [79] su propia bondad. Uno de los amigos del rey llamado Dimno, quejoso con el rey por algo e inclinado a la ira, organizó una conspiración contra él. Tenía como amante a Nicómaco y le [2] convenció para que tomara parte en la conjura. Éste, que aún era muy joven, comunicó el plan a su hermano Cebalino. Y este último, temeroso no fuera a ser que alguno de los que lo conocían se adelantase y revelase la conspiración al rey, decidió denunciarlo él mismo.

Se fue a la corte, se encontró con Filotas y, tras hablar con [3] él, le instó a que de la manera más rápida comunicara el hecho al rey. Pero Filotas, bien porque participara en la conjura, bien por negligencia, recibió con indiferencia el relato que se le había contado, y cuando se encontró con Alejandro y mantuvo con él una conversación larga y sobre muchos asuntos, nada le [4] avisó de lo que había dicho Cebalino. Cuando volvió con Cebalino, dijo que no había encontrado una ocasión propicia para hablar, pero le prometía que al día siguiente se encontraría con el rey a solas y le revelaría todo lo dicho.



Pero como Filotas hizo lo mismo también al otro día, Cebalino, preocupado no fuera a ser que si otro hacía la denuncia él corriera peligro, desdeñó a Filotas, se acercó a uno de los pajes reales y tras explicarle el asunto en detalle, le pidió que rápidamente se lo contase al rey.

[5] El paje condujo a Cebalino al depósito de las armas, lo escondió, y él se acercó al rey mientras se estaba bañando y le contó lo que se le había dicho y que por eso guardaba a Cebalino cerca. El rey, atónito, de inmediato arrestó a Dimno y una vez enterado de todo, hizo venir a Cebalino y a Filotas. Mientras [6] se investigaba todo y se comprobaba el hecho, Dimno se suicidó, y como Filotas reconocía su negligencia, pero negaba la conspiración, confió el juicio sobre él a los macedonios.

[80] Después de pronunciarse muchos argumentos, los macedonios condenaron a muerte a Filotas y a los otros acusados; entre ellos se encontraba Parmenión, al que se tenía como el primero de los amigos de Alejandro, que entonces no estaba presente, pero se pensaba que había hecho la conspiración a través de su [2] propio hijo Filotas. Filotas, entonces, fue primero torturado y confesó la conspiración, y luego murió según la costumbre de los macedonios con los condenados<sup>161</sup>.

De manera similar a éste, también Alejandro Lincestas, acusado de conspirar contra el rey, pasó encerrado en prisión tres años, pero como por su parentesco con Antípatro había conseguido un aplazamiento, fue conducido al tribunal de los macedonios, y al no tener argumentos para su defensa fue ejecutado<sup>162</sup>.

Alejandro, tras enviar a algunos en camellos rápidos, y adelantarse [3] a la noticia del castigo de Filotas, mató a traición a Parmenión, padre de Filotas, que había sido nombrado gobernador de Media y custodiaba en Ecbatana los tesoros reales, que ascendían a ciento ochenta mil talentos. Alejandro seleccionó de [4] entre los macedonios a los que hicieron comentarios hostiles contra él, a los que estaban afligidos por la muerte de Parmenión, así como a los que habían escrito en las cartas enviadas a Macedonia a sus parientes algo contrario a los intereses del rey, y los alistó en una unidad que llamó Compañía de los Indisciplinados, para que el resto de los macedonios no fuera corrompido por las inoportunas voces y la excesiva libertad de lenguaje de éstos.

[81] Después de realizar estos asuntos y de arreglar las cosas en Drangiana, levantó el campo con su ejército hacia los que antes se llamaban arimaspes, y ahora Benefactores por los siguientes motivos. Ciro, el que trasladó el poder de los medos a los persas, en cierta campaña quedó encerrado en una tierra desértica y con total carencia de lo necesario, y llegó a extremos peligros, y a causa de la falta de alimento los soldados se vieron obligados a comerse entre sí, pero los arimaspes transportaron treinta mil carros cargados de trigo; salvado de manera increíble, honró a este pueblo con exenciones de impuestos y otros regalos, y quitándoles su denominación anterior los llamó Benefactores. [2] Y entonces al conducir Alejandro la expedición a la tierra de ellos, y

habiéndole acogido los nativos con amabilidad, honró al pueblo con regalos apropiados.

Lo mismo hicieron sus vecinos, los llamados gedrosios, y también los recompensó con favores adecuados. De ambos [3] pueblos citados concedió el mando a Tirídates. Mientras estaba ocupado en estos asuntos llegaron algunos anunciando que Satibarzanes, tras presentarse desde Bactria con una gran fuerza de caballería al pueblo de los arios, había sublevado a los habitantes contra Alejandro. Cuando escuchó lo sucedido, el rey envió contra él una parte del ejército, poniendo a su frente como generales a Erigio y a Estasanor, mientras que él mismo conquistó Aracosia y en pocos días la sometió

[82] Cuando este año terminó, en Atenas era arconte Eutícrito, en Roma recibieron el poder consular Lucio Platio y Lucio Papirio, y se celebró la Olimpiada centésima décimotercera<sup>163</sup>. En este año Alejandro marchó contra los llamados paropanisadas<sup>164</sup>. Su territorio se encuentra bajo las mismas Osas, está [2] todo cubierto de nieve y es para los demás pueblos intransitable por lo exagerado del frío. La mayor parte, que es llano y sin árboles, está dividido en muchas aldeas<sup>165</sup>. Éstas tienen los techos [3] de las casas con una bóveda de adobes amontonados hacia arriba; en el medio del techo queda una abertura a través de la cual se escapa el humo, y como la construcción está cerrada por todas partes, sus habitantes tienen mucha protección. Los nativos, [4] debido a la cantidad de nieve, pasan en las casas la mayor parte del año, teniendo dispuesto su propio alimento; cubren con tierra las viñas y los árboles frutales y la dejan durante la estación invernal, y de nuevo quitan la tierra en el momento del brote. Toda la naturaleza del terreno no muestra nada verde ni [5] cultivado, sino que es blanco y deslumbrante por la nieve y por el hielo que se cristaliza en ella. Por eso como ni vive un pájaro ni pasa una fiera, todas las partes del territorio eran inhospitalarias e inaccesibles.

El rey, sin embargo, a pesar de todo lo que se le oponía al [6] ejército, venció la dificultad del lugar con la acostumbrada audacia y empuje de los macedonios. Por eso, como muchos de los soldados y de los que no formaban parte del ejército estaban agotados, se quedaban atrás; algunos también por el reflejo de la nieve y la dureza de la reverberación que lanzaba perdían la visión. Nada se podía ver claramente desde la distancia, sino que, delatadas las aldeas sólo por el humo<sup>166</sup>, comprendían los macedonios dónde vivían cuando estaban sobre ellas. Por este método las aldeas fueron tomadas y al recobrarse los soldados de su sufrimiento gracias a la cantidad de botín, en poco tiempo el rey se hizo señor de todos los habitantes.

[83] Ahora, en su avance acampó cerca del Cáucaso, que algunos llaman el monte Paropaniso. En dieciséis días marchó a través de este monte de lado a lado y fundó una ciudad en el paso que conduce a Media que llamó Alejandría. En medio del Cáucaso hay una roca que tiene diez estadios de perímetro y cuatro estadios de altura, en la que se muestra por los nativos la cueva de Prometeo, así como el nido del águila contado por el mito y la huella de cadenas.

[2] Alejandro también fundó otras ciudades que distaban un día de marcha desde Alejandría. Las pobló con siete mil bárbaros, tres mil de los que iban con él sin ser parte del ejército y los [3] mercenarios que quisieron. Y él tras recoger el ejército marchó hacia la Bactriana, al oír que Beso había tomado la diadema y reunía fuerzas.

Tal era el estado de los asuntos de Alejandro.

[4] Los generales que habían sido enviados a Aria se encontraron con que los rebeldes habían reunido fuerzas importantes y que tenían como general a Satibarzanes, hombre hábil para mandar y distinguido por su valentía, y acamparon cerca de los enemigos. Se producían con frecuencia escaramuzas y durante [5] un tiempo surgieron combates en pequeños grupos, pero tras ellos se llegó a una batalla en regla, y cuando los bárbaros mantenían un combate equilibrado, Satibarzanes, el general de los sublevados, levantando con sus manos el casco de la cabeza para mostrar quién era él, desafió al que quisiera de los generales a un combate singular. Erigio aceptó y se produjo una lucha [6] heroica de la que salió vencedor. Consternados los bárbaros por la muerte de su general y buscando su seguridad, se rindieron al rey.

Una vez que Beso se autoproclamó rey, hizo sacrificios a [7] los dioses, e invitó a sus amigos a un banquete, y durante la bebida discutió con uno de sus compañeros, llamado Bagodaras. Como la porfía llegó a más, Beso, irritado, propuso matar a Bagodaras, pero persuadido por sus amigos cambió de opinión. Bagodaras, que escapó del peligro, huyó por la noche junto a Alejandro. Pero atraídos los generales más importantes por [8] la salvación de éste y por los regalos que les serían entregados por Alejandro se pusieron de acuerdo, y tras apresar a Beso, lo llevaron ante Alejandro<sup>167</sup>. El rey los honró con regalos importantes, [9] y entregó a Beso al hermano de Darío<sup>168</sup> y a otros parientes para su castigo. Ellos le infligieron toda clase de ultrajes y agravios, cortaron su cuerpo en pedazos menudos y lanzaron los miembros con hondas.

\*\*\*\*\*<sup>169</sup>

[84] Concluidos los juramentos en estos términos la reina, admirada de la generosidad de Alejandro, le envió los regalos más valiosos y se comprometió a hacer todo lo que le mandara<sup>170</sup>.

Los mercenarios en seguida según los términos de la tregua salieron de la ciudad y, cuando llegaron a una distancia de ochenta estadios<sup>171</sup>, sin que nadie se lo impidiera acamparon, [2] sin tener idea alguna de lo que ocurriría. Pero Alejandro, sin embargo, que tenía una inmutable hostilidad hacia los mercenarios, con su ejército preparado siguió a los bárbaros, y cayendo sobre ellos de pronto hizo una gran matanza. Los mercenarios al principio gritaban que se les hacía la guerra en contra de los juramentos e invocaban a los dioses profanados por él; pero Alejandro les dijo a gritos que les permitía salir de la ciudad, pero no ser amigos de los macedonios para siempre.

[3] Sin asustarse por la magnitud de los peligros, los mercenarios cerraron filas y tras

formar en círculo toda su línea de batalla pusieron dentro a sus hijos y mujeres de manera que resistieran con seguridad a los que los atacaban desde todas partes. Al estar ellos desesperados, debido a su audacia y a su valor en los combates, trabaron una dura lucha, y como rivalizaban también los macedonios en no quedarse atrás de los bárbaros en bravura, la batalla era algo espantoso. Se llegaba a un combate cuerpo a [4] cuerpo y como los combatientes se enlazaban entre sí, se producían muchas y variadas clases de muertes y heridas. Pues los macedonios, rompiendo con sus sarisas los escudos de los bárbaros, introducían las puntas de hierro en los pulmones, y los mercenarios, lanzando sus picas contra los apiñados enemigos, no fallaban, al estar tan cerca el blanco.

Como eran muchos los heridos y no pocos los muertos, las [5] mujeres tomando las armas de los caídos combatían junto a los hombres, pues la intensidad del combate y lo terrible de la acción las obligaba en contra de su naturaleza a trabar la lucha. También por eso algunas de ellas, vestidas con armadura, luchaban escudo con escudo junto a sus maridos, mientras que otras, sin armadura, lanzándose se cogían a los escudos y estorbaban mucho a los enemigos. Por último, todos, tras luchar junto [6] con las mujeres y abatidos por el número, prefirieron una muerte gloriosa a un vil amor a la vida. Y Alejandro separando a la gente inválida y sin armas y a las mujeres supervivientes las entregó a los jinetes<sup>172</sup>.

[85] Una vez que tomó por asalto otras muchas ciudades y matado a sus adversarios se dirigió hacia la roca llamada Aornis<sup>173</sup>, pues en ella se habían refugiado los nativos supervivientes por [2] su insuperable fortaleza. Se dice, en efecto, que antiguamente Heracles, cuando se propuso sitiar esta roca, había desistido por ciertos grandes terremotos que se produjeron y presagios divinos. Alejandro, que sabía de esto, fue estimulado aún más a sitiar la fortaleza y a competir con la fama del dios<sup>174</sup>.

[3] La roca tenía cien estadios de perímetro, una altura de dieciséis<sup>175</sup>, la superficie plana y redondeada por todas partes; su lado sur lo bañaba el río Indo, que es el mayor de los de la India, y los otros lados estaban rodeado por profundos barrancos y [4] escarpados acantilados. Cuando Alejandro examinó la dificultad y comprendió que era imposible la conquista por la fuerza, [5] llegó junto a él un anciano con sus dos hijos. Éste, que era extremadamente pobre y se había criado hacía mucho tiempo en esos lugares, vivía en una cueva que tenía tres yacijas talladas en la roca en las que dormía el anciano con sus hijos y había adquirido un conocimiento de los lugares. Cuando éste se presentó ante el rey y le contó su historia, le prometió que le guiaría a través del terreno difícil, y haría que él llegara a estar en una posición dominante sobre los bárbaros que habían ocupado la roca.

[6] Alejandro prometió que le daría grandes regalos, y, usando al anciano como guía, se apoderó primero del camino que llevaba a la roca y, como no había otra salida, encerró a los bárbaros en un asedio sin ayuda posible; luego, tras terraplenar con muchos

obreros el abismo en la base de la roca, se acercó y organizó con energía el asedio, haciendo continuamente asaltos durante siete días con sus noches mediante relevos. Al principio, los defensores tenían ventaja por la mayor [7] altura de sus posiciones, y mataron a muchos de los que atacaban temerariamente; pero cuando se terminó el terraplén, y fueron colocadas las catapultas lanzadoras de dardos y las demás máquinas de guerra, y además de esto, al verse al rey resuelto a no dejar el asedio, los indios quedaron aterrorizados, pero Alejandro, previendo con sensatez lo que ocurriría, abandonó la guardia dejada en la entrada, dando así salida a los que quisieran retirarse de la roca. Y los bárbaros que temían el valor de los macedonios y la ambición del rey, abandonaron la roca por la noche.

Alejandro venció mediante una estratagema de guerra a los [86] indios y sin peligro se adueñó de la roca. Dio al que los guió los regalos prometidos, y él levantó el campo con su ejército.

En este momento Afriques, un indio, con veinte mil soldados [2] y quince elefantes estaba cerca del lugar. A éste algunos lo mataron y llevaron su cabeza a Alejandro, procurando su propia salvación mediante este favor. El rey los acogió y se apoderó de [3] los elefantes que vagaban por el campo.

Alejandro avanzó hasta el río Indo y como encontró las naves de treinta filas de remeros dispuestas y el puente extendido, dio un descanso de treinta días a su ejército; tras celebrar espléndidos sacrificios en honor de los dioses y pasar al otro lado al ejército, le ocurrió una extraña aventura. Porque [4] el rey Taxiles había muerto, y su hijo Mofis<sup>176</sup>, que le sucedió en el poder, comunicó incluso antes a Alejandro, cuando éste estaba ocupado en Sogdiana, la promesa de que lucharía a su lado contra los indios que se le opusieran, y ahora le envió [5] mensajeros y dijo que le entregaría el reino. Cuando el rey distaba cuarenta estadios, Mofis dispuso a su ejército como para una batalla, adornó sus elefantes y salió al encuentro con sus amigos. Y Alejandro, al ver que se acercaba un gran ejército desplegado de manera bélica, pensó que el indio había hecho sus promesas con engaño, para atacar a los macedonios desprevenidos, y ordenó a los cornetas dar la señal de combate, y, una vez que dispuso a los soldados en orden de batalla, [6] fue al encuentro de los indios. Viendo Mofis la agitación de los macedonios y deduciendo lo ocurrido, dejó atrás a su ejército, se adelantó a caballo él con unos pocos, y, una vez que corrigió el error de los macedonios, se entregó a sí mismo y a su ejército al rey. Alegre, Alejandro le devolvió el reino, le siguió tratando como amigo y aliado y cambió su nombre por el de Taxiles.

Eso es lo que sucedió en ese año.

[87] Durante el arcontado de Cremes en Atenas, los romanos eligieron cónsules a Publio Cornelio y a Aulo Postumio<sup>177</sup>. En esos momentos, Alejandro dejó descansar al ejército en el territorio de Taxiles y luego marchó contra Poro, el rey de los indios [2]

vecinos. Éste tenía más de cincuenta mil infantes, alrededor de tres mil jinetes, más de un millar de carros de guerra y ciento treinta elefantes. Se había atraído como aliado a otro rey de los vecinos, que se llamaba Embisaro<sup>178</sup> y tenía un ejército no muy inferior al de Poro.

Cuando Alejandro oyó que este rey estaba a una distancia de [3] cuatrocientos estadios<sup>179</sup>, decidió atacar a Poro antes de la aparición del otro. Cuando se acercó a los indios, Poro, al enterarse [4] de que los enemigos estaban cerca, rápidamente desplegó sus fuerzas, repartió los jinetes en los flancos y situó los elefantes, ataviados para infundir terror, en el frente, a intervalos iguales. Entre estas bestias formó a los restantes hoplitas a los que se les ordenó ayudar a los animales y evitar que les lanzaran dardos desde los flancos. Toda su formación era en perspectiva parecida [5] a una ciudad ya que la colocación de los elefantes se parecía a unas torres, y los soldados que estaban en medio de ellos, a los lienzos de muralla. Cuando Alejandro observó la formación de los enemigos, frente a esta disposición ordenó su ejército adecuadamente.

La lucha comenzó, y al principio casi todos los carros de los [88] indios fueron destrozados por los jinetes; después, al usar convenientemente los elefantes su superioridad corporal y sus fuerzas, algunos macedonios, pateados por las fieras con sus armas, perecían con los huesos triturados; otros, abrazados por las trompas y levantados a lo alto, eran de nuevo tirados al suelo y encontraban una muerte terrible, y muchos atravesados por los colmillos y heridos por todo su cuerpo, al instante eran privados [2] de vivir. Sin embargo, como los macedonios aguantaban valientemente lo terrible y mataban con las sarisas a los que estaban [3] en medio de las bestias, la batalla estaba igualada. Más tarde, al ser atacadas las bestias con las jabalinas y sentir un vivo dolor por sus muchas heridas, los indios que los montaban no podían dominar la embestida de los animales que escapándose hacia los suyos se lanzaban con ataques de manera incontenible y pisoteaban a los amigos.

[4] Al producirse un gran desorden, Poro observó lo que ocurría, y montado en el mayor de los elefantes reunió en torno a él cuarenta bestias que aún no estaban alborotadas, y cuando atacó a los enemigos con el peso de los elefantes hizo una gran matanza, porque también por la fuerza de su cuerpo aventajaba mucho a sus compañeros de lucha; en efecto, su altura era de cinco codos<sup>180</sup>, y su pecho era el doble de ancho que el de los [5] demás que destacaban por su robustez. Por eso las jabalinas que lanzaba tenían tanta fuerza que no se quedaban muy atrás de los dardos de las catapultas. Al estar los macedonios que se le enfrentaban espantados por la bravura de Poro, Alejandro llamó a los arqueros y a las tropas ligeras de las formaciones y les ordenó [6] que todos dispararan contra Poro<sup>181</sup>. Aunque los soldados ejecutaron rápidamente lo ordenado, y muchos dardos cayeron sobre el indio, y todos acertaban debido al gran tamaño del blanco, Poro siguió luchando heroicamente y por la magnitud



de sus heridas después de perder mucha sangre se desmayó, resbaló sobre la bestia y se precipitó al suelo. Cuando se extendió [7] el rumor de que el rey había muerto, la restante multitud de indios se dio a la fuga<sup>182</sup>.

Muchos murieron en la huida, pero Alejandro, que había [89] conseguido una brillante victoria, ordenó a los cornetas que tocaran a retirada. Cayeron en la batalla más de doce mil indios, entre los que estaban dos hijos de Poro y sus mejores generales y comandantes. Fueron capturados más de nueve mil hombres [2] con vida, y ochenta elefantes. El mismo Poro, que todavía respiraba, fue entregado a los indios para su curación. En el lado [3] macedonio cayeron doscientos ochenta de caballería y más de setecientos de infantería. El rey enterró a los muertos, recompensó según su valor a los que se habían distinguido y ofreció sacrificios a Helios como si le hubiera concedido someter las regiones que se extendían al oriente.

Como la zona montañosa cercana tenía mucha abundancia [4] de abetos, y no poca de cedros y pinos y además abundante cantidad de otra madera propia para construir barcos, preparó naves suficientes, porque tenía la intención cuando llegara al [5] límite de la India y sometiera a todos sus habitantes, de navegar a través del río hacia el Océano. Fundó dos ciudades, una al [6] otro lado del río en el lugar por el que había pasado, y la otra en el sitio en el que venció a Poro<sup>183</sup>. Realizadas las obras con rapidez gracias a la abundante mano de obra, al rey Poro, que se había curado, le repuso por su valor en el país que antes gobernaba, y dio un descanso de treinta días al ejército, dada la gran abundancia de provisiones.

[90] Algo singular había en la proximidad de la montaña, pues, aparte de la madera adecuada para construir barcos, tenía el lugar muchas serpientes extraordinarias por sus dimensiones, al tener una longitud de dieciséis codos<sup>184</sup>, y también muchas variedades de monos, de diferentes tamaños, cuya técnica de captura [2] había enseñado el propio animal. Pues como imitan toda acción, no es fácil atraparlos por la fuerza debido al vigor de sus cuerpos y a su astucia. Los cazadores, unos untan sus ojos con miel, otros, ante la mirada de las bestias, se atan las sandalias, otros se ponen espejos alrededor de su cabeza; y se van tras dejar ataduras en los calzados, colocar liga pegajosa en lugar de [3] miel y colgar dogales en los espejos. Por eso cuando los animales tratan de imitar lo que han visto, no pueden, con los ojos pegados, los pies atados y sus cuerpos apresados; a partir de ahí resultan fáciles de someter en la caza.

[4] Alejandro metió miedo al rey que había llegado tarde a la batalla en ayuda de Poro, llamado Abisares<sup>185</sup>, y le obligó a hacer lo que le mandara, y él con el ejército atravesó el río y avanzó [5] por una región notable por su fertilidad; tenía una extraña clase de árboles, de setenta codos de altura<sup>186</sup> y una anchura de tronco que apenas podía ser abarcada por cuatro hombres, y proporcionaban una sombra de tres pletros<sup>187</sup>.

Tenía también esta región una multitud de serpientes, pequeñas de tamaño pero



variadas por sus colores; unas aparecían [6] como un palo de bronce, otras tenían una cresta peluda espesa y con sus mordeduras producían rápidas muertes<sup>188</sup>. Al que era mordido le oprimían dolores terribles y se apoderaba de él un flujo de sudor parecido a la sangre. Por eso los macedonios [7] que estaban afectados por las mordeduras, colgaban sus hamacas de los árboles y estaban en vela la mayor parte de la noche. Más tarde, sin embargo, cuando conocieron por los nativos una raíz que actuaba contra el veneno, quedaron libres de los temores.

Mientras continuaba su marcha con el ejército, vinieron algunos [91] anunciando que el rey Poro, que era un pariente del derrotado Poro, había dejado su reino y huido hacia el pueblo de los gandáridas. Irritado Alejandro envió a Hefestión al país de éstos [2] con un ejército y ordenó que el reino fuera entregado al Poro que le era fiel.

Él marchó contra el pueblo de los llamados adrestos y tras tomar unas ciudades por la fuerza y otras atrayéndoselas por acuerdo, se dirigió al país de los cateos. Entre éstos era habitual [3] que las mujeres se quemaran en las piras con sus maridos; esta decisión se tomó entre los bárbaros debido a que una sola mujer mató a su marido con venenos<sup>189</sup>. El rey tomó la ciudad más [4] grande y más fortificada con muchos peligros y la quemó. Y estaba él sitiando otra ciudad importante cuando llegaron los indios con ramos de suplicantes y los liberó de ataques.

A continuación llevó a cabo una campaña contra las ciudades dominadas por Sopites, que tenían unas leyes extremadamente justas. Pues se gobiernan en todo lo demás hacia una buena reputación, y entre ellos la belleza es considerada lo más [5] honroso. Porque desde su infancia, entre ellos, los recién nacidos son seleccionados, y los bien proporcionados y que tienen una naturaleza que tiende a una buena apariencia y a una fortaleza adecuada son alimentados, pero a los que tienen deficiencias físicas los consideran indignos de alimento y los eliminan. [6] De acuerdo con esto, también hacen los matrimonios sin tener en cuenta la dote o cualquier otro lujo, considerando sólo la [7] belleza y la excelencia física. Por ello, la mayoría de los habitantes de estas ciudades disfrutaban de una reputación más alta que los demás.

Y entre todos el rey Sopites, que era famoso por su belleza y extraordinario por su estatura de cuatro codos<sup>190</sup>; salió de la ciudad en la que estaba su palacio, se entregó y a su reino a Alejandro, pero de nuevo lo recibió gracias a la bondad del vencedor. [8] Y Sopites, con muy buena voluntad, hospedó con esplendidez a todo el ejército durante algunos días.

[92] Ofreció a Alejandro muchos y grandes regalos y le dio ciento cincuenta perros admirables por su tamaño, fuerza y otras [2] cualidades, de los que dijeron que eran híbridos de tigres. Queriendo que Alejandro, por los hechos, comprobase la calidad de los perros, introdujo en un cercado un león maduro y lanzó contra el león los dos perros más corrientes de los que le había regalado; al ser dominados éstos por la fiera, soltó

otros dos.

[3] Cuando los cuatro vencieron al león, envió a uno de los suyos con un cuchillo a cortar la pata derecha de uno de los perros. Como el rey gritó y sus guardaespaldas corrieron y detuvieron la mano del indio, Sopites prometió que daría tres a cambio de ése, y el cazador cogió la pata y la cortó poco a poco con tranquilidad. El perro no lanzó ni un ladrido ni un gruñido, sino que permaneció rechinando los dientes hasta que quedó desangrado y murió sobre la fiera<sup>191</sup>.

Al mismo tiempo que ocurría esto vino Hefestión con el [93] ejército con el que se le había enviado, después de conquistar en la guerra una gran parte de la India. Y a éste alabó por su valor; y él, por su parte, se lanzó contra el reino de Fegeo y al recibir amistosamente los naturales la presencia de los macedonios y salir a su encuentro Fegeo con muchos regalos, consintió en que tuviera el reino y después de ser tratado como huésped espléndidamente con su ejército durante dos días, marchó hacia el río Hífasis<sup>192</sup>, cuya anchura es de siete estadios, su profundidad de seis brazas y su corriente impetuosa y difícil de atravesar.

Cuando oyó a Fegeo hablar sobre una región al otro lado del [2] río Indo, que tiene un desierto cuyo recorrido lleva doce días; que tras ella hay un río llamado Ganges, con una anchura de treinta y dos estadios<sup>193</sup> y con la profundidad más grande de los que hay en la India; que al otro lado de éste viven los pueblos presios y gandáridas, que sobre ellos reinaba Jandrames, que tenía veinte mil jinetes, doscientos mil infantes, dos mil carros de guerra y cuatro mil elefantes ataviados para la guerra, como no se creyó estas palabras, llamó a Poro a su lado y se informaba sobre la exactitud de lo anunciado. Él le confirmó que era [3] todo verdad, y dijo que el rey de los gandáridas era totalmente ruin y despreciable como que se creía que era hijo de un barbero. Porque su padre tenía buena apariencia y fue muy amado por la reina, y como el rey fue asesinado a traición por su mujer, el reino recayó en él.

[4] Alejandro, aunque veía que la campaña contra los gandáridas sería difícil de ganar, sin embargo no renunció a su afán de gloria, sino que, confiando en los méritos de los macedonios y en los oráculos, tenía esperanzas de vencer a los bárbaros, pues la Pitia le había llamado invencible y Amón le había concedido el poder sobre toda la tierra.

[94] Pero al ver que los soldados estaban rendidos de fatiga por las continuas campañas, y que habían sufrido durante casi ocho años penalidades y combates, comprendió que era necesario empujar a la gente con palabras apropiadas para la campaña [2] contra los gandáridas. Se había producido mucha mortandad entre los soldados y no tenían esperanza alguna de que llegase el fin de las guerras; ocurría que las herraduras de los caballos estaban desgastadas por las continuas marchas, que la mayoría de las armas estaban rotas, que se había renunciado al vestido griego, y que estaban obligados a usar tejidos bárbaros, adaptando [3] las vestiduras de los indios. Por azar

también rompieron unas violentas tormentas durante setenta días y caían lluvias constantes y rayos.

Pensando que eso era contrario a sus proyectos, tenía una única esperanza de alcanzar su deseo, si pudiera inducir a sus [4] soldados a una buena disposición mediante un favor. Por eso les concedió saquear el territorio enemigo, que estaba lleno de ganancia de todo tipo. En los días en los que el ejército pasaba el tiempo en el pillaje, reunió a las mujeres de los soldados y a los hijos nacidos de ellas y con éstas estableció darles trigo cada mes, y a los hijos asignó sobresueldos regulares según las graduaciones [5] de sus padres. Cuando regresaron los soldados que habían encontrado gran cantidad de bienes del pillaje, convocó a todos a una asamblea. Después de exponer un discurso pensado para la expedición contra los gándaridas, y no estar de acuerdo en absoluto los macedonios renunció al proyecto<sup>194</sup>.

Tras decidir situar en esa región los límites de la campaña, [95] primeramente construyó altares de los doce dioses, de cincuenta codos de altura; luego, para rodear el lugar de su campamento tres veces más de como antes lo estaba, cavó un foso de cincuenta pies de ancho y de cuarenta de profundidad<sup>195</sup>; tras amontonar la tierra excavada en el lado de acá del foso, construyó un muro de tamaño considerable. Ordenó a los infantes que [2] construyeran barracones que tuvieran dos lechos de cinco codos para cada uno, y a los jinetes, además de éstos, también dos pesebres de doble tamaño que los de costumbre; en consecuencia, que aumentaran de dimensiones lo demás que iban a dejar. Pensaba hacer esto porque quería, por un lado, hacer un campamento de héroes, y, a la vez, para dejar a los nativos señales de hombres enormes, que mostraran las fuerzas sobrehumanas de sus cuerpos.

Cuando acabó esto, marchó con todo el ejército por los mismos [3] caminos y regresó al río Acesines. Se encontró las naves [4] construidas y tras prepararlas construyó además otras<sup>196</sup>. En ese momento llegaron desde Grecia aliados y mercenarios conducidos por sus generales, más de treinta mil infantes, y no más de seis mil jinetes, y también fueron traídas armaduras excelentes para veinticinco mil infantes y cien talentos de medicamentos<sup>197</sup>. [5] Repartió esto a los soldados. Acabada la preparación naval y dispuestas doscientas naves sin puente y ochocientas auxiliares, dio nombre a las ciudades que había fundado junto al río, a una, por haber vencido en la guerra, Nicea, y a la otra, por su caballo muerto en la batalla contra Poro, Bucéfala.

[96] Él embarcó con los amigos en las naves y hacía la navegación por el río hacia el Océano meridional. La mayor parte del ejército caminaba junto al río bajo el mando de Crátero y Hefestión.

Cuando llegaron a la confluencia del Acesines y del Hidaspes, desembarcó a los soldados y avanzó contra los llamados [2] sibos<sup>198</sup>. Afirman que éstos son descendientes de los que hicieron con Heracles una campaña contra la roca Aornis y que cuando

fracasaron en el asedio fueron asentados en ese lugar por Heracles. Cuando Alejandro instaló el campamento cerca de la ciudad más importante<sup>199</sup>, se acercaron a él los ciudadanos que destacaban por su reputación. Una vez que se encontraron con el rey y le recordaron su parentesco afirmaron que harían todo con buena voluntad, como parientes que eran y le trajeron magníficos regalos. Alejandro, después de aceptar su buena voluntad [3] y de declarar libres a sus ciudades, avanzó contra los pueblos limítrofes.

Al encontrarse con los llamados agalaseos, que habían reunido cuarenta mil infantes y tres mil jinetes, entabló con ellos un combate y, tras vencer, mató a la mayoría y a los demás, que habían huido hacia las ciudades cercanas, los esclavizó, una vez que las conquistó por asedio. De los demás indígenas reunidos, [4] veinte mil se refugiaron en una gran ciudad, que tomó por la fuerza, y como los indios cerraron con barricadas las calles estrechas y luchaban con decisión desde las casas, al presionar con fuerza perdió no pocos macedonios. Por la cólera prendió [5] fuego a la ciudad y quemó a la vez a muchísimos; a unos tres mil de los restantes nativos que huyeron a la ciudadela y le pidieron perdón con ramos de suplicantes, los perdonó.

De nuevo embarcó con los amigos en las naves e hizo la [97] navegación por el río hasta la confluencia de los ríos citados y del Indo<sup>200</sup>. Al confluir grandes corrientes en un solo lugar, se producían muchos y temibles remolinos y los barcos al chocar entre sí se rompían. Como la fuerza de la corriente era viva y violenta y superaba la pericia de los pilotos, dos grandes naves se hundieron, y de las demás naves de carga no pocas fueron echadas a tierra. Cuando la nave capitana cayó sobre un gran [2] rápido, el rey llegó a un extremo peligro. Por eso, al estar la muerte ante sus ojos, Alejandro se despojó del vestido y con el cuerpo desnudo se cogió a lo que le sirviera de ayuda, y los amigos nadaban a su lado, afanándose en recoger al rey si la [3] nave zozobraba. Había mucha confusión en torno a la nave y los hombres se colocaban frente a la fuerza de la corriente, y el río vencía toda buena intención y fuerza humanas, y con dificultad Alejandro fue a dar con las naves a tierra. Salvado de manera increíble, hizo sacrificios a los dioses como quien había escapado de los mayores peligros y había luchado contra el río igual que Aquiles<sup>201</sup>.

[98] Tras esto marchó en expedición contra los sodracas y los llamados malios<sup>202</sup>, naciones muy populosas y guerreras y se encontró que los nativos habían reunido más de ochocientos mil infantes, diez mil jinetes y setecientos carros de guerra. Éstos, antes de la aparición de Alejandro peleaban entre ellos, pero cuando el rey se acercó a su territorio, se pusieron de acuerdo y después de dar diez mil muchachas y recibirlas, [2] mediante este recíproco matrimonio se reconciliaron. No consintieron en una unión para la batalla, sino que, tras reñir de nuevo sobre el mando, se retiraron a las ciudades más cercanas.

Cuando Alejandro se acercó a la primera ciudad, pensaba [3] que la tomaría por

asalto. Y en aquel momento se le acercó un adivino, de nombre Demofonte<sup>203</sup>, y dijo que por ciertos augurios se anunciaba un gran peligro para el rey que se produciría de una herida en el asedio. Por ello recomendaba que Alejandro se alejara de esta ciudad en el momento presente, y que pusiera su mente en otras acciones. El rey reprendió a éste como a alguien [4] que estorbaba el valor de los contendientes, y él, después de organizar lo del asedio, iba el primero hacia la ciudad, poniendo toda su ambición en apoderarse de ella por la fuerza. Aunque se retrasaban las máquinas de guerra fue el primero que rompió una poterna y cayó sobre la ciudad, mató a muchos y poniendo en fuga a los demás los persiguió hasta la ciudadela.

Mientras los macedonios estaban ocupados en el asalto a [5] los muros, él cogió una escala y, tras apoyarla en la punta de los muros y con el escudo sobre la cabeza, subió. Su acción fue tan rápida por su energía que se adelantó a los bárbaros que combatían en la primera fila y de inmediato puso el pie en el muro. Como los indios no se atrevían a llegar a un combate cuerpo a [6] cuerpo, y desde la distancia tiraban jabalinas y disparaban flechas, el rey se hallaba abrumado por la cantidad de disparos, pero los macedonios que habían colocado dos escalas y por ellas subían apiñados, cuando se rompieron ambas, cayeron al suelo.

El rey, privado de toda ayuda, se atrevió a realizar una hazaña [99] extraordinaria y digna de recuerdo, pues como consideró indigno de su buena fortuna irse fracasado del muro hacia los suyos, cayó sobre la ciudad sólo con sus armas. Cuando los indios [2] corrieron contra él, resistió animoso el ataque de los bárbaros; protegiéndose por la derecha con un árbol que había enraizado junto al propio muro, y por la izquierda con el mismo muro, rechazaba a los indios, mostrando tanto valor como cabía esperar de un rey que se había comportado con bravura en tales hazañas y que ansiaba que el final de su vida tuviera el más [3] glorioso desenlace, pues recibía muchos golpes en el casco, y no pocos en el escudo; finalmente, alcanzado por una flecha bajo el pecho, cayó sobre la rodilla, vencido por la herida. De inmediato el indio que le había disparado con el arco corrió lleno de confianza y cuando iba a descargar sobre él un golpe, Alejandro le puso en el costado la espada y causándole una herida mortal, el bárbaro cayó, y el rey se cogió a una rama cercana y puesto en pie invitaba a luchar a los indios que quisieran.

[4] En ese momento, Peucestas, uno de los hipaspistas<sup>204</sup>, subió por otra escala y fue el primero que cubrió con su escudo al rey. Detrás de él, otros muchos aparecieron, aterrorizaron a los bárbaros y salvaron a Alejandro. Tomada la ciudad por la fuerza los macedonios, debido a la cólera por su rey, mataron a todos lo que encontraron y llenaron la ciudad de muertos.

[5] Durante muchos días mientras el rey estuvo ocupado en su curación, los griegos que se habían asentado en Bactriana y Sogdiana llevaban mal desde hacía mucho su instalación entre los bárbaros, y entonces, cuando les llegó el rumor de que el rey [6]

había muerto, desertaron de los macedonios. Se agruparon unos tres mil y en su regreso a casa pasaron muchas penalidades; más tarde fueron destrozados por los macedonios tras la muerte de Alejandro<sup>205</sup>.

Alejandro, una vez restablecido de la herida, hizo sacrificios [100] por su salvación a los dioses y celebró grandes banquetes con sus amigos. Durante un festín ocurrió algo que resultó insólito y digno de memoria. Entre los amigos del rey fue invitado un [2] macedonio, llamado Corago<sup>206</sup>, distinguido por su fuerza física y que había demostrado bravura muchas veces en las batallas, y excitado por la bebida desafió a un combate singular al ateniense Dióxipo, un atleta coronado en las más célebres victorias<sup>207</sup>. Los invitados al festín, como es lógico, contribuían a la rivalidad [3] y cuando Dióxipo aceptó, el rey fijó el día del combate; cuando llegó el momento del combate singular, muchas decenas de miles de hombres se juntaron para el espectáculo. Como los macedonios y el rey eran del mismo pueblo, rivalizaban a [4] favor de Corago, mientras que los griegos se asociaron con Dióxipo; el macedonio llegó al combate adornado con armas lujosas, y el ateniense, desnudo y untado de aceite, con una [5] maza proporcionada.

Admirables ambos por su fuerza física y por la excelencia de su valor, había expectación como si se tratase de un combate de dioses; porque el macedonio, por la naturaleza de su cuerpo y el brillo de sus armas, producía gran espanto y podía pensarse que tenía parecido con Ares, mientras que Dióxipo, por su fuerza y su entrenamiento de atleta, y, además, por la particularidad de la maza, tenía el aspecto de Heracles.

Cuando se aproximaron el uno al otro, el macedonio, desde [6] una distancia adecuada, lanzó una jabalina, y el otro, inclinándose un poco a un lado, esquivó el golpe que se le venía encima. Luego, el macedonio avanzó empujando la sarisa macedónica, pero el ateniense, cuando el otro estuvo cerca, golpeó con la [7] maza y rompió la sarisa. Tras tropezar en los dos fracasos, llegó al combate con la espada. Cuando estaba a punto de desenvainar la espada, el otro se adelantó y, saltando, cogió con su izquierda la mano que sacaba la espada y con la otra, desequilibrando [8] al adversario, le tiró de las piernas. Tendido en tierra le puso el pie sobre el cuello, levantó la maza y miró a los espectadores.

[101] La multitud gritó por lo extraordinario y exagerado de la bravura y el rey ordenó que lo soltara, disolvió el espectáculo y [2] se fue, indignado por la derrota del macedonio. Y Dióxipo soltó al caído y, tras conseguir una victoria famosa, marchó adornado con cintas por sus compatriotas, porque había proporcionado una honra común a todos los griegos<sup>208</sup>. Pero la fortuna no permitió que durante mucho tiempo el hombre se ufanasen con la victoria.

[3] Porque el rey siempre le trató con más hostilidad, y los amigos de Alejandro y todos los macedonios de la corte, envidiando su valor, convencieron al que se ocupaba



del servicio para que pusiera debajo de su almohadón una copa de oro, y ellos en un siguiente banquete después de acusarle de robo y de fingir encontrar la copa, llevaron a Dióxipo a la vergüenza y mala [4] reputación. Él, al ver que los macedonios se habían unido contra él, en ese momento se fue del banquete y, poco después, regresó a su alojamiento y después de escribir a Alejandro una carta sobre las maquinaciones contra su persona, la entregó a los suyos para que se la dieran al rey, y se quitó la vida. Había cedido insensatamente al combate singular, pero con mucha más insensatez acabó su vida. Por eso muchos de los que le [5] censuraban reprendiendo su necedad dijeron que era penoso tener gran fuerza corporal pero pequeña inteligencia.

Cuando el rey leyó la carta, llevó a mal la muerte del hombre [6] y muchas veces echó de menos su valor, y que no se sirviera de él cuando estaba presente y que lo echara de menos muerto, cuando no había remedio y reconoció la excelencia del hombre frente a la maldad de los calumniadores.

Alejandro ordenó al ejército marchar al lado del río junto a [102] las naves, mientras que él continuó su viaje por el río en dirección al Océano y navegó hacia el país de los llamados sambastas<sup>209</sup>. Éstos, en número de hombres y en buenas cualidades, no [2] son inferiores a ninguno de los pueblos indios; viviendo en ciudades gobernadas de manera democrática, al enterarse de la llegada de los macedonios reunieron sesenta mil infantes, seis mil jinetes y quinientos carros de guerra.

Cuando la flota llegó, sorprendidos por lo extraño e imprevisto [3] de su llegada y espantándose ante la gran reputación de los macedonios, y, además, al haberles aconsejado los ancianos que no combatieran, enviaron como embajadores a los cincuenta más destacados, pidiendo ser tratados con humanidad. El rey [4] alabó a los hombres y después de concertar la paz fue honrado por los naturales con grandes regalos y honores de héroe.

Tras esto se atrajo a los que vivían en las dos márgenes del río, los llamados sodras<sup>210</sup> y masanos. En estos lugares fundó la ciudad de Alejandría junto al río, tras elegir diez mil colonizadores<sup>211</sup>. [5] Después alcanzó el territorio del rey Musicano<sup>212</sup>, y, tras tenerlo en su poder, lo mató y sometió a su pueblo. A continuación invadió el reino de Porticano<sup>213</sup>, tomó dos ciudades por asalto, permitió a los soldados saquear las casas, y luego les prendió fuego, y al mismo Porticano, que escapó a un lugar fortificado, lo capturó y lo mató mientras luchaba. A todas las ciudades que estaban bajo el mando de éste, tras tomarlas por asedio, las destruyó y metió mucho miedo a los vecinos.

[6] A continuación asoló el reino de Sambo<sup>214</sup>, esclavizó a los habitantes de la mayoría de las ciudades, las destruyó y mató a [7] más de ochenta mil bárbaros. Infligió catástrofes parecidas al pueblo de los llamados brahmanes<sup>215</sup>; cuando le rogaron los supervivientes con ramos de suplicantes castigó a los más culpables y liberó a los demás de las acusaciones. El rey Sambo, al haber escapado con treinta elefantes al territorio de



más allá del Indo, evitó el peligro.

La última ciudad de los brahmanes, que llamaban Harmatelia, [103] estaba orgullosa por la valentía de sus habitantes y por las dificultades de su posición, y a ella envió unos pocos de su infantería ligera, ordenándoles echarse encima de los enemigos y, si salían contra ellos, retirarse. Éstos eran quinientos y cuando [2] se lanzaron al asalto contra los muros fueron despreciados. Cuando salieron de la ciudad tres mil soldados, fingieron estar aterrorizados y huyeron. Y el rey con unos pocos hizo frente a [3] los bárbaros perseguidores y, después de entablar un duro combate, mató a algunos bárbaros y capturó a otros.

No pocos de los que estaban junto al rey, heridos, llegaron a extremos peligros; porque el hierro de los bárbaros estaba untado [4] con una esencia de veneno mortal, en la que confiados bajaron al desenlace de la batalla. La esencia del veneno estaba preparada a partir de ciertas serpientes que cazaban y que exponían muertas al sol. Al fundir el calor del sol la naturaleza de la carne, [5] ocurría que caían unas exudaciones y, a través de la humedad, se segregaba el veneno de las serpientes. Por eso, el cuerpo del que era herido, de inmediato quedaba entumecido y, al poco, seguían agudos dolores, y una convulsión y temblor invadían toda la masa corporal, la piel se volvía fría y lívida y la bilis era echada por los vómitos, y, además de esto, de la herida fluía una baba negra y engendraba gangrena. Producida ésta, rápidamente se extendía por los lugares principales del cuerpo y producía muertes horribles. Ocurría lo mismo a los que habían [6] recibido grandes heridas que a los que habían sufrido una pequeña y un arañazo casual<sup>216</sup>.

Con semejante tipo de destrucción estaban muriendo los heridos, y por los demás no se entristeció tanto el rey como se afligió por Tolomeo, el que después sería rey, al que entonces [7] quería muchísimo<sup>217</sup>. Algo particular y extraordinario fue lo que se produjo con Tolomeo, que algunos atribuían a la previsión de los dioses. Amado por todos por su valor y su extraordinario buen comportamiento con todos, obtuvo una ayuda adecuada a su humanidad. Pues el rey tuvo durante el sueño una visión, en la que le pareció ver una serpiente que cogía en su boca una planta y le mostró su naturaleza, eficacia y el lugar en el que [8] crecía. Cuando se despertó Alejandro, buscó la planta, y moliéndola aplicó un emplasto al cuerpo de Tolomeo, y después de dársela a beber, restableció su salud.

Conocido el remedio, también los demás después de recibir el mismo tratamiento se salvaron. Se dispuso a sitiar la ciudad de los harmatelianos que estaba fortificada y era grande, pero como se presentaron los naturales con ramos de suplicantes y entregándose, los libró del castigo.

[104] Él navegó hacia el Océano con sus amigos y cuando vio allí dos islas<sup>218</sup>, hizo en ellas espléndidos sacrificios a los dioses, tiró al mar muchas y grandes copas de oro, al mismo tiempo que tiraba las libaciones, y, después de erigir altares de Tetis y del Océano, consideró que había terminado la campaña proyectada. Zarpó de allí hacia atrás y navegó

por el río hacia Pátala, [2] una ciudad ilustre<sup>219</sup>. Tenía ésta un sistema de gobierno establecido como en Esparta, pues en ella de dos familias se suceden dos reyes que siempre mandan en los asuntos de la guerra, pero el Consejo de Ancianos es el que está al frente de todo.

Alejandro quemó los barcos que estaban dañados, y el resto [3] de la flota lo entregó a Nearco y a algunos otros de sus amigos con la orden de que navegaran a lo largo de toda la costa por el Océano y que, después de observar todo, se encontraran en la desembocadura del río Eufrates. Él tomó su ejército, atravesó [4] mucho territorio, derrotó a los que le hacían frente, pero acogía con humanidad a los que le obedecían. En efecto, a los llamados abritas y a los que habitaban en Gedrosia se los atrajo sin combates, y, tras esto, después de atravesar un largo trecho de [5] un desierto sin agua y extenso, llegó a las fronteras de Orítide. Dividió el ejército en tres cuerpos; del primero designó como comandante a Tolomeo, y del segundo, a Leonato; ordenó a [6] Tolomeo que lograra botín en toda la zona costera, y a Leonato, que saquease el interior, y él mismo asoló la laderas y la montaña. En un único y mismo momento quedó devastado mucho territorio y todo el lugar estaba lleno de fuego, de rapiña y de muchas muertes. Por eso rápidamente los soldados se hicieron [7] dueños de mucho botín, y el número de muertos llegó a muchas decenas de millares. Por la destrucción de estos pueblos todos sus vecinos, llenos de miedo, se unieron al rey.

Alejandro quiso fundar junto al mar una ciudad, y como [8] encontró un puerto no batido por el oleaje, y cerca de él un lugar conveniente, fundó allí la ciudad de Alejandría<sup>220</sup>.

Después de introducirse en el territorio de los oritas a través [105] de los pasos, rápidamente sometió todo. Y los oritas tienen costumbres parecidas a las de los indios en otros aspectos, pero hay [2] una que cambia y es totalmente increíble. Pues entre ellos, los cuerpos de los que murieron los llevan sus familiares, que van desnudos con lanzas, y después de depositar el cuerpo en los encinares del territorio quitan al muerto el atavío que lleva alrededor y abandonan su cuerpo como pasto de las fieras; tras repartirse entre ellos las vestiduras, sacrifican a los héroes del subsuelo y hacen un banquete de familiares<sup>221</sup>.

[3] Tras eso, Alejandro avanzó hacia Gedrosia, haciendo la marcha junto al mar, y se topó con un pueblo hostil y completamente [4] salvaje, pues los que viven en ella se dejan crecer las uñas desde su nacimiento hasta la vejez, se dejan el pelo largo apretado como fieltro, y tienen la piel quemada por el calor del [5] sol y visten pieles de animales. Se alimentan comiendo carne de los cetáceos arrojados por el mar y preparan sus viviendas edificando las paredes [...] <sup>222</sup>, y los techos de las costillas del cetáceo, de las que obtienen vigas de dieciocho codos de longitud; y en lugar de tejas cierran los techos con escamas de los animales<sup>223</sup>.

[6] Alejandro atravesó este territorio con dificultad debido a la escasez de provisiones y entró en una región que era un desierto, y que carecía de todo lo aprovechable para vivir. Como muchos morían por la escasez, el ejército de los macedonios enfermó, y Alejandro cayó en un dolor no común y en ansiedad. Pues parecía una cosa terrible que los que habían vencido a todos con su valor y con las armas perecieran sin gloria privados de todo en una tierra desierta. Por ello envió hombres ligeramente [7] armados hacia Partia, Drangiana y Aria y otras regiones cercanas al desierto, ordenando que llevaran rápidamente a las entradas de Carmania camellos veloces y a los acostumbrados a cargar fardos sobre su lomo, y que los llenaran de trigo y de las demás provisiones. Éstos, cuando llegaron velozmente junto [8] a los sátrapas de estas provincias, hicieron que fueran transportadas muchas mercancías al lugar fijado. Alejandro, al principio, perdió muchos soldados a causa de la escasez sin ayuda posible, y luego, estando él de camino, cuando algunos oritas atacaron a los que formaban con Leonato y, después de matar a muchos, huyeron a su propio territorio.

Tras atravesar con dificultad el desierto, llegó a una región [106] habitada y que procuraba en abundancia todo lo necesario. En ésta dio descanso a su ejército, y durante siete días avanzó con su tropa en traje de fiesta, y dirigió el cortejo en honor a Dioniso, celebrando la fiesta y entregándose a la embriaguez y a las bebidas durante la marcha<sup>224</sup>.

[2] Cuando terminó con eso, se enteró de que muchos habían usado la violencia y la soberbia en los cargos que se les habían asignado y aplicó castigos a muchos de los sátrapas y de los generales. Al propagarse el rumor de su odio a la maldad entre los comandantes que habían obrado ilegalmente, muchos generales, conscientes de sus propias insolencias e ilegalidades, tuvieron miedo, y algunos que tenían mercenarios hicieron defección [3] del rey, y otros, tras reunir dinero, huyeron<sup>225</sup>. Al enterarse de esto, el rey escribió a todos los generales y sátrapas de Asia que, cuando leyeran su carta, de inmediato licenciaran a todos los mercenarios.

[4] En ese momento, mientras el rey estaba descansando en una ciudad costera llamada Salmo y celebrando en el teatro unos concursos dramáticos, desembarcaron los que habían sido enviados a navegar en la costa del Océano, y, en seguida, fueron al teatro, saludaron a Alejandro y le informaron de lo realizado. [5] Los macedonios, contentos con la aparición de los hombres, celebraron lo ocurrido con un gran aplauso, y todo el teatro estaba lleno de una alegría insuperable.

[6] Los que habían desembarcado informaron de que las bajamares y las pleamares en el Océano eran extraordinarias, y de que en las bajamares se veían extrañas islas, muchas y grandes en los extremos de la zona costera, pero en las pleamares todos los lugares mencionados quedaban cubiertos, al empujar hacia tierra una corriente grande y violenta, mientras que la superficie del agua se blanqueaba con mucha espuma. Y lo más extraordinario, que se habían encontrado con muchos cetáceos y de tamaño [7] increíble;

que, aterrorizados ante ellos, en un primer momento perdieron la esperanza de vivir, pensando que muy pronto serían destrozados con los barcos, pero, después, al salir de todos una voz al unísono, y organizar mucho ruido con las armas y además soplar con fuerza las trompetas, las bestias se asustaron por el extraño ruido y se sumergieron en la profundidad.

El rey, después de escuchar esto hasta el final, ordenó a los [107] comandantes de la flota navegar hasta el Eufrates, mientras que él recorrió mucho territorio con el ejército, y llegó a las fronteras de los susianos. En esos mismo momentos el indio Cálano, que había avanzado mucho en la filosofía y estaba muy bien considerado por Alejandro, puso un extraño fin a su vida. Pues [2] por haber vivido setenta y tres años sin haber experimentado una enfermedad durante todo el tiempo, decidía retirarse de la vida, ya que había recibido el límite máximo de felicidad tanto de la naturaleza como de la fortuna. Había estado enfermo y al [3] estar cada día más cansado, pidió al rey que dispusiera para él una enorme pira, y que, cuando hubiera subido a ella, ordenara a los servidores que la encendieran.

Al principio, Alejandro trató de disuadirlo de este plan, pero [4] cuando él no le hizo caso, estuvo de acuerdo en hacer lo que se le había pedido. Difundida la noticia del proyecto, la hoguera fue preparada, y la multitud se acercó a ver el extraño espectáculo. Cálano, siguiendo sus propias creencias, se puso lleno [5] de valor sobre la pira y consumido con ella murió. Algunos de los presentes condenaron su locura; otros, su vanagloria en la firmeza, y algunos quedaron maravillados por su buen ánimo y su desprecio a la muerte<sup>226</sup>.

[6] El rey lo enterró suntuosamente, y él, cuando llegó a Susa, desposó a la mayor de las hijas de Darío, Estatira, y a la más joven, Dripetis, dio en matrimonio a Hefestión. Convenció a los más destacados de sus amigos a casarse y les dio en matrimonio las muchachas persas más nobles<sup>227</sup>.

[108] En esta época llegaron a Susa treinta mil persas, todos muy jóvenes y seleccionados por su hermosura física y por su fuerza. [2] Reunidos por ciertas órdenes del rey, habían tenido durante un tiempo suficientes intendentes y maestros de las artes de la guerra, todos espléndidamente equipados con armaduras macedónicas y acamparon delante de la ciudad, y tras demostrar al rey su habilidad y disciplina con las armas, fueron honrados [3] con esplendidez. Porque como los macedonios se habían opuesto al cruce del río Ganges, alborotaban muchas veces en las asambleas y ridiculizaban que Alejandro fuera hijo de Amón, el rey organizó este cuerpo, compuesto por persas de la misma edad y rango, para que pudiera ser una unidad alternativa a la falange macedónica<sup>228</sup>.

Y así estaban los asuntos de Alejandro en estos momentos.

Hárpalo había recibido la custodia de los tesoros y de los [4] ingresos de Babilonia,

pero tan pronto como el rey hizo la campaña hacia la India, desconfió de su regreso, se entregó al lujo y, aunque había sido designado sátrapa de un territorio muy extenso, al principio se dedicó a violaciones de mujeres bárbaras y a amores ilegítimos, y dilapidó mucho del tesoro real en placeres muy incontinentes, mandando traer del Mar Rojo, a mucha distancia, gran cantidad de peces, y como se dedicaba a una vida de mucho lujo, era objeto de maledicencia<sup>229</sup>. Tras esto [5] mandó venir de Atenas a la cortesana más deslumbrante, llamada Pitonice, y mientras vivía la honró con regalos dignos de una reina; cuando ella murió, la enterró con magnificencia y preparó una sepultura muy lujosa a la manera ática<sup>230</sup>.

[6] Después de eso, tras hacer venir a otra cortesana ática llamada Glicerá, la mantenía en un lujo exagerado y en un modo de vivir costosísimo. Procurándose un refugio ante los imprevistos de la fortuna, hacía beneficios al pueblo de los atenienses<sup>231</sup>.

Tras el regreso de Alejandro de la India, cuando mató a muchos sátrapas que habían sido acusados, temió el castigo y tras proveerse de cinco mil talentos de plata<sup>232</sup> y reunir seis mil mercenarios, [7] partió de Asia y navegó hacia el Ática. Como nadie le hacía caso, dejó a los mercenarios cerca de Ténaro de Laconia, cogió una parte del dinero y llegó como suplicante ante el pueblo<sup>233</sup>. Reclamado por Antípatro y Olímpíade, y aunque había distribuido mucho dinero a los oradores que hablaron en su favor, se escapó y se dirigió a Ténaro junto a sus mercenarios. Desde allí navegó hacia Creta, y fue asesinado a traición por [8] Tibrón, uno de sus amigos. Los atenienses, investigando la relación del dinero de Hárpalo, condenaron a Demóstenes y a algunos otros oradores por haber cogido dinero de Hárpalo<sup>234</sup>.

Cuando se celebraban las Olimpiadas, Alejandro hizo proclamar [109] en Olimpia que todos los exiliados regresarían a sus patrias, a excepción de los saqueadores de templos y los asesinos<sup>235</sup>. Él seleccionó a los más viejos de sus conciudadanos y los liberó del servicio, que eran como diez mil. Al saber que [2] muchos de ellos estaban endeudados, en un solo día canceló las deudas que se alejaban poco de los diez mil talentos<sup>236</sup>.

Los macedonios que se quedaban eran indisciplinados, y como gritasen durante una asamblea, los acusó lleno de furia. Atemorizada la masa, él se atrevió, tras bajarse de la tribuna, a entregar con sus propias manos a los más responsables del escándalo [3] a los servidores para su castigo. Como aumentó mucho más el desacuerdo, el rey nombró comandantes de entre los persas elegidos y los puso en puestos de responsabilidad. Los macedonios cambiaron de opinión y después de mucho pedir perdón con lágrimas, con dificultad convencieron a Alejandro para que se reconciliase con ellos<sup>237</sup>.

[110] Durante el arcontado de Anticles en Atenas, los romanos pusieron como cónsules a Lucio Cornelio y a Quinto Popilio<sup>238</sup>. En este año Alejandro suplió el número

de los licenciados con persas y asignó a mil de ellos como hispaspistas en la corte, y, en general, los acogió con confianza no menor que a los macedonios. [2] En este momento llegó Peucestas con veinte mil arqueros y honderos persas; después de unir a éstos con los soldados que ya estaban antes, con la novedad de la modificación, dispuso todo un ejército combinado y ajustado a su plan.

Como los macedonios habían tenido hijos con las prisioneras, [3] averiguó el número exacto de niños, que eran cerca de diez mil y a todos repartió pensiones adecuadas para una crianza propia de hombres libres y les puso maestros que les enseñaran la educación adecuada.

Él reunió al ejército y marchó desde Susa, cruzó el Tigris y acampó en las aldeas llamadas Carias. A continuación atravesó [4] en cuatro días Sitacene y llegó a la llamada Sambana. Allí permaneció siete días y, después de dar descanso al ejército, llegó al tercer día a los llamados celones. En ese lugar, hasta hoy en día permanece un pueblo beocio, que fue deportado durante la campaña de Jerjes, pero que aún recuerdan sus normas ancestrales; éstos, aunque son bilingües y se asimilaron a los nativos [5] con una de las lenguas, sin embargo conservaban con la otra la mayoría de las expresiones griegas y guardaban algunas de las costumbres<sup>239</sup>.

Al final, tras permanecer [...] <sup>240</sup> días, levantó el campo y después de desviarse del camino fijado para verla entró en la región llamada Bagistana<sup>241</sup>, una región que es magnífica, cubierta de árboles frutales y de todo lo que contribuye al disfrute. [6] Tras eso llegó a una tierra que podría criar enormes manadas de caballos, en la que antiguamente dijeron que había ciento sesenta mil caballos de pastoreo, pero en el momento de la llegada de Alejandro se contaron sólo sesenta mil; después de una estancia allí de treinta días, llegó en siete días a Ecbatana de [7] Media. Dicen que su perímetro es de doscientos cincuenta estadios, que tiene el palacio de toda Media y tesoros con muchas riquezas.

Aquí durante algún tiempo dio descanso al ejército y organizó certámenes escénicos y constantes banquetes con los amigos, [8] entre los que Hefestión se excedió en borracheras intempestivas, cayó enfermo y murió; el rey soportó mal lo ocurrido y entregó el cuerpo del muerto a Perdicas para que lo llevara a Babilonia, con la intención de hacerle un magnífico funeral<sup>242</sup>.

[111] Al mismo tiempo que ocurrían estos hechos, en Grecia se producían desórdenes y movimientos revolucionarios, a partir de los cuales tuvo su origen la guerra llamada Lamíaca, por la siguiente razón. Cuando el rey ordenó a todos los sátrapas licenciar sin paga a los mercenarios, y éstos obedecieron sus instrucciones, muchos extranjeros licenciados del ejército corrían por toda Asia errantes y consiguiendo los alimentos necesarios de los pillajes. Tras eso se reunieron desde todas partes en Ténaro de Laconia. De la misma manera, también los sátrapas y los [2] demás comandantes



supervivientes, recogiendo dinero y soldados, navegaron a Ténaro y reunieron un ejército conjunto. Finalmente eligieron como general con plenos poderes al ateniense [3] Leóstenes, hombre señalado por la brillantez de su espíritu, y que se había opuesto muchísimo a las acciones de Alejandro. Éste, después de hablar en secreto con la asamblea ateniense, recibió cincuenta talentos para el pago de salarios y una cantidad suficiente de armas para las necesidades urgentes, y envió una embajada a los etolios, que eran hostiles al rey, para una alianza contra el rey y preparaba todo para la guerra<sup>243</sup>.

Así, Leóstenes, previendo la magnitud de la guerra, se ocupaba [4] en estas cuestiones. Y Alejandro, al desobedecerle los coseos, organizó una campaña con un ejército armado a la ligera contra ellos. Este pueblo, distinguido por su valor, habita la zona montañosa de Media; confiado en la dificultad de sus lugares y en su capacidad para la guerra, nunca habían aceptado un amo forastero, sino que también en el reino de los persas permaneció invencible y en aquel momento, orgulloso, no tuvo miedo al valor de los macedonios. El rey, sin embargo, ocupó [5] de antemano las rutas de acceso, arrasó la mayor parte de Cosea, y teniendo ventaja en todos los combates, mató a muchos bárbaros y capturó a mucho más.

Los coseos, totalmente vencidos, y, muy afligidos por el número de capturados, fueron obligados a dar a cambio de la salvación de los prisioneros su sumisión. Por eso también [6] cuando entregaron sus bienes y a sí mismos, alcanzaron la paz a condición de hacer lo mandado por el rey. Y Alejandro en un total de cuarenta días sometió al pueblo, y, tras fundar ciudades importantes en los lugares difíciles, dio descanso al ejército.<sup>244</sup>

[112] [...] Alejandro, tras haber vencido al pueblo de los coseos, levantó el campo con el ejército, y marchó tranquilamente hacia Babilonia, siempre haciendo un descanso en cada acampada y [2] dejando recobrarse al ejército. Cuando estaba a una distancia de trescientos estadios<sup>245</sup> de Babilonia, los llamados caldeos<sup>246</sup>, que habían adquirido la mayor reputación en la astrología y que por cierta observación de lo eterno estaban acostumbrados a predecir el futuro, eligieron de entre ellos a los más ancianos y con la mayor experiencia, y cuando supieron por la profecía de los astros que la muerte le llegaría al rey en Babilonia, ordenaron revelar al rey el peligro y recomendarle que de ninguna [3] manera hiciera su entrada en la ciudad; y que él podía escapar del peligro si restauraba la tumba de Belo<sup>247</sup>, que había sido demolida por los persas, y si, interrumpiendo la ruta prevista, pasaba por delante de la ciudad.

El elegido de los enviados caldeos, cuyo nombre era Belefantes, no se atrevió a dirigirse al rey por miedo, pero se encontró en privado con Nearco, uno de los amigos de Alejandro, y después de explicarle las cosas en detalle, le pidió que se lo declarase al rey. Cuando Alejandro se enteró por Nearco de la [4] profecía de los caldeos, se asustó, y al considerar la sagacidad y la reputación de estos hombres, más se inquietaba en su



espíritu. Finalmente envió a la ciudad a muchos de sus amigos y él cambió a otro camino, evitó Babilonia, y, tras acampar a doscientos estadios<sup>248</sup>, se mantuvo en calma.

Como todos se asombraron, se acercaron a él otros muchos griegos y, de los filósofos, Anaxarco y los suyos<sup>249</sup>. Cuando se [5] enteraron del motivo, sirviéndose eficazmente de argumentos extraídos de la filosofía, tanto le cambiaron como para despreciar toda arte adivinatoria, y sobre todo la que era más apreciada entre los caldeos. Por ello el rey, como si hubiera sido herido en su alma y curado por las palabras de los filósofos, entró en Babilonia con su ejército. Y los vecinos, igual que antes, recibieron [6] hospitalariamente a los soldados, y todos se dedicaron al descanso y al placer, al haber gran abundancia de lo necesario.

Esto fue lo ocurrido en este año.

Cuando Hegesias era arconte en Atenas, los romanos establecieron [113] como cónsules a Gayo Publio y a Papirio, y se celebró la Olimpiada ciento catorce, en la que Micinas de Rodas ganó la carrera del estadio<sup>250</sup>. Por esta época, desde prácticamente toda la tierra habitada llegaron embajadores, unos felicitando a Alejandro por sus victorias, otros llevándole coronas, otros estableciendo tratados de amistad y alianza, muchos trayendo muchos hermosos regalos, y algunos para defenderse [2] contra acusaciones. Aparte de los pueblos y ciudades de Asia, así como de príncipes, muchos también se presentaron de Europa y Libia; de Libia, cartagineses y libiofenicios y todos los que habitan en la costa hasta las Columnas de Heracles y de Europa las ciudades griegas enviaron embajadas y los macedonios y además los ilirios, y la mayoría de los que habitan sobre el mar Adriático, los pueblos de Tracia, y sus vecinos los gálatas, cuyo pueblo se dio a conocer por primera vez a los griegos<sup>251</sup>.

[3] Cuando Alejandro recibió una lista de los embajadores, dispuso a quienes daría primero respuesta y el resto a continuación. Los primeros de los que se ocupó fue de los que se presentaban en defensa de los santuarios; en segundo lugar, de los que llevaban regalos; seguidamente, de los que tenían conflictos con sus vecinos; en cuarto lugar, de los que tenían problemas particulares, y en quinto, de los que deseaban presentar argumentos [4] en contra del regreso de los exiliados. Se ocupó primero de los eleos, luego de los amonios, delfios y corintios, y también de los epidaurios y los demás, después de elegir sus peticiones según la importancia de los santuarios. Puso todo su empeño en dar respuestas agradables a todas las embajadas y las despidió complacidas en la medida de lo posible.

Cuando despidió las embajadas, se dedicó al funeral de Hefestión. [114] Puso tanto celo en el cuidado del entierro que no sólo sobrepasó los funerales anteriormente celebrados entre los hombres, sino que no dejó posibilidad alguna de superación para los futuros, pues amó a éste más que a los amigos que eran considerados como objeto de su afecto, y tras su muerte lo honró de manera insuperable. Mientras vivía lo prefirió a

todos los amigos, aunque Crátero rivalizaba con él en amistad, pues [2] cuando uno de los compañeros dijo que el amor de Crátero en nada era inferior al de Hefestión, contestó que Crátero amaba al rey, y Hefestión, a Alejandro. Cuando la madre de Darío, en su primera reunión, se postró por ignorancia ante Hefestión como si fuera el rey, y, después del reconocimiento, estaba confusa, dijo: «No te preocupes, Madre, porque también éste es Alejandro»<sup>252</sup>.

En resumen, Hefestión participaba de tanto poder y amistosa [3] libertad de expresión que, cuando Olímpide tenía hostilidad hacia él, debido a la envidia, y en sus cartas le hacía reproches con tanta dureza y amenazándole, él le escribió cartas a ella reprobándole en otras cosas y al final de la carta puso esto: «Deja de acusarnos y no te enojas o amenazas. Y si no, nos preocupará poco; pues sabes que Alejandro es el más poderoso de todos»<sup>253</sup>. El rey, cuando disponía lo del funeral, ordenó que [4] las ciudades cercanas contribuyeran según sus posibilidades al ornato del funeral, y a todos lo que vivían en Asia mandó que apagaran con cuidado el llamado fuego sagrado entre los persas, hasta que terminara el funeral. Esto era lo que los persas solían hacer en las muertes de los reyes. La gente pensaba que [5] la orden era un mal presagio, y sospechaban que la divinidad predecía la muerte del rey. Había también otros signos extraños señalando la muerte, de los que hablaremos un poco más tarde, cuando expliquemos el relato del funeral.

[115] Cada uno de los generales y amigos, poniendo su interés en el deseo de complacer al rey, construía estatuas de marfil y oro y de otros materiales admirables entre los hombres, y él, reuniendo arquitectos y una multitud de obreros especializados, derribó la muralla en una longitud de diez estadios<sup>254</sup>, y después de recoger el ladrillo cocido y dejar liso el lugar que iba a contener la pira, levantó una pira cuadrada que tenía un estadio de longitud [2] en cada lado. Dividió el área en treinta compartimentos y tras cubrir los techos con troncos de palmera dio forma cuadrada a toda la estructura. Después de eso, rodeó el perímetro con un adorno completo, cuyo zócalo llenaban proas doradas de quinquerremes, en número de doscientas cuarenta, y sobre las serviolas tenían dos arqueros arrodillados de cuatro codos de altura, y figuras de guerreros armados de cinco codos de alto, mientras que los espacios intermedios estaban ocupados por telas [3] rojas de púrpura hechas de fieltro. Por encima de éstos, ocupaban el segundo nivel antorchas de quince codos de altura, que tenían coronas de oro sobre el mango y, sobre la llama, águilas con las alas extendidas mirando hacia abajo, y en sus bases, serpientes mirando las águilas. En el tercer nivel estaba tallada una multitud de animales salvajes de todas clases que estaban [4] siendo cazados. Luego, el cuarto nivel tenía una Centauromaquia de oro, mientras que el quinto, leones y toros alternativamente, también de oro. La parte inmediatamente superior se había llenado de armas macedonias y bárbaras, indicando unas las victorias, las otras las derrotas. Sobre

todo estaban puestas unas sirenas huecas y que podían acoger sin que nadie las viera a los que estaban dentro de ellas y que cantaban un canto fúnebre en honor del muerto. La altura total de la construcción era [5] de más de ciento treinta codos<sup>255</sup>.

En resumen, como todos los comandantes y soldados, embajadores e incluso los nativos rivalizaron entre sí para el ornato del funeral, dicen que la cantidad de dinero gastado resultó más de doce mil talentos. En consonancia con esta grandeza y [6] con las demás honras que se produjeron en el funeral, al final ordenó a todos hacer sacrificios en honor de Hefestión como dios asociado. Pues por azar llegó Filipo, uno de los amigos, trayendo como oráculo de Amón la orden de hacer sacrificios a Hefestión como dios. Por eso se puso muy contento, porque también el dios fuera de su misma opinión, y fue el primero que realizó el sacrificio y acogió con esplendidez a la gente, y sacrificó víctimas de todo tipo, en número de diez mil.

Después del funeral, el rey se dedicó a diversiones y a una [116] vida de festejos, y cuando parecía que estaba en la cima de su poder y era muy feliz, el destino le arrebató el tiempo de vivir que le había sido concedido por la naturaleza. Inmediatamente, también la divinidad señalaba su muerte, y se produjeron muchos prodigios extraños y señales.

Cuando el rey se estaba ungiendo con aceite y el manto real [2] y la diadema estaban puestos en un sillón, uno de los nativos que estaba atado fue liberado de los grilletes espontáneamente, y después de escapar de los guardianes, pasó a través de las puertas del palacio sin que nadie se lo impidiera. Se acercó al [3] sillón, se puso el vestido real y ciñendo la diadema se sentó en el sillón y se mantuvo tranquilo. Cuando se conoció la acción, el rey, asustado por el extraño suceso, se acercó al sillón y sin mostrar su agitación, tranquilamente preguntó al hombre quién [4] era y qué era lo que quería al hacer eso. Como respondiera que sencillamente nada sabía, pidió consejo a los adivinos sobre la señal, y mandó matar al individuo de acuerdo con el criterio de aquéllos, para que las desgracias pronosticadas cayeran sobre aquél. Él, por su parte, cogió la ropa y ofreció sacrificios a los dioses que evitan el mal, aunque se encontraba angustiado y recordó la predicción de los caldeos y se enojó con los filósofos que le habían convencido para entrar en Babilonia; admiraba el arte de los caldeos y la sagacidad de aquellos hombres, y, en resumen, maldecía a los que refutan con su facilidad de palabra la fuerza del destino.

[5] Un poco más tarde, la divinidad le envió una segunda señal sobre su realeza. Queriendo contemplar el lago que rodeaba Babilonia, navegaba con sus amigos en unas barcas; durante algunos días, como se apartó la barca de los otros esquifes, anduvo extraviado y solo, hasta el punto de desconfiar de que lograra [6] salvarse; luego, cuando navegaba por un canal estrecho que estaba cerrado por las copas de los árboles y estando debajo de ellos, como su diadema fue levantada por éstos y cayó de nuevo en el lago,

uno de los remeros se echó a nadar y queriendo salvar con seguridad la diadema se la puso en la cabeza y nadó [7] hacia la barca<sup>256</sup>. Después de tres días y tres noches de andar extraviado, Alejandro se salvó, y como se había ceñido la diadema cuando no lo esperaba, de nuevo preguntó a los adivinos acerca de esas señales.

Como éstos prescribieron hacer a los dioses magníficos sacrificios, [117] fue invitado con mucha insistencia a asistir a un «comos»<sup>257</sup> en casa de uno de sus amigos, Medio el tesalio. Allí, después de hartarse de mucho vino puro, al final llenó la gran copa de Heracles<sup>258</sup> y la bebió hasta el final. De repente, [2] como herido por un fuerte golpe, gimió después de un gran grito y fue llevado afuera por sus amigos que le llevaron de la mano. De inmediato los que se ocupaban de su cuidado lo acostaron y estaban sentados a su lado solícitamente, pero al aumentar [3] el dolor también los médicos fueron convocados y ninguno pudo socorrerle, y atormentado por muchos padecimientos y terribles dolores, cuando desistió de vivir, se quitó el anillo y se lo dio a Perdicas. Y al preguntarle los amigos: «¿A quién [4] dejas el reino?», respondió: «Al más fuerte», y añadió —y estas fueron las últimas palabras que pronunció— que todos los más destacados de sus amigos sostendrían una gran competición en su funeral<sup>259</sup>. Éste murió de la forma que se acaba de [5] decir después de haber reinado doce años y siete meses, tras haber realizado las mayores hazañas no sólo de los que reinaron antes que él, sino también de los que vendrían después hasta nuestra época.

Puesto que algunos historiadores están en desacuerdo sobre la muerte de este rey, afirmando que la muerte ocurrió a causa de un veneno, creemos que es necesario no dejar a un lado sus comentarios.

[118] Porque afirman que Antípatro, que había sido dejado por él como general en Europa, estaba en desacuerdo con Olímpíade, la madre del rey<sup>260</sup>, y que al principio no la tomó en serio, porque Alejandro no hizo caso de sus quejas contra él, pero más tarde, cuando constantemente fue creciendo la enemistad y el rey quería complacer a su madre en todo debido a su piedad hacia lo divino, daba muchas indicaciones de su descontento hacia él; que, además de esto, la muerte de Parmenión y de Filotas introdujo una fricción entre los amigos y que por medio de su hijo, encargado de escanciar, dio a beber un veneno mortal al [2] rey. Que después de la muerte de Alejandro, Antípatro tuvo el mayor poder en Europa y, tras eso, cuando Casandro, su hijo, recibió la realeza, muchos escritores no se atrevieron a escribir sobre el envenenamiento<sup>261</sup>. Y es evidente que Casandro, por sus propias acciones, se comportaba de manera muy contraria a los actos de Alejandro, pues, tras asesinar a Olímpíade, tiró su cuerpo sin enterrarlo y restauró con gran afán Tebas, que había sido arrasada por aquél.

[3] Después de la muerte del rey, Sisingambis, la madre de Darío, lloró mucho el final de Alejandro y su propia soledad, y en el último trazo de su vida se dejó morir de hambre y acabó su vida al quinto día, perdiendo el vivir con aflicción, pero no sin

gloria<sup>262</sup>.

Y nosotros, después de haber llegado a la muerte de Alejandro, [4] según nuestro propósito al comienzo del libro, intentaremos contar en los libros siguientes los hechos de sus sucesores.

<sup>4</sup> No es esto lo que hace Diodoro, que «escamotea» (según la expresión de GOUKOWSKY, *op. cit.* pág. 165) lo que ocurrió en Occidente, como es el caso de la expedición de Alejandro de Epiro a Italia.

<sup>5</sup> Entendiendo por Europa solamente la península balcánica.

<sup>6</sup> Cf. PLUTARCO, *Alejandro* 2, 1. Alejandro descendía, por parte materna, de Neoptólemo, hijo de Aquiles; éste, de Peleo, y éste, de Éaco (de ahí el nombre de la familia, Eácidas), y, por parte de padre, de Heracles, y, por lo tanto, del propio Zeus. Más detalles sobre su linaje materno en JUSTINO, XVII, 3.

<sup>7</sup> Evéneto fue arconte de Atenas de junio del 335 a. C. al mismo mes del 334 a. C. Los cónsules cuyos nombres da Diodoro son los del 338 a. C.

<sup>8</sup> El propio Diodoro, en XVI, 94. 4, presentó el asesinato de Filipo como una acción individual de su matador Pausanias, quien, al ser ejecutado inmediatamente después del crimen, no pudo revelar si tuvo cómplices; sin embargo, aquí y más adelante también (51. 2), habla Diodoro en plural de «asesinos».

<sup>9</sup> En el libro XVI, 93. 9, Diodoro dijo que era sobrino, no hermano, de Cleopatra; en cualquier caso, el asesinato de Cleopatra y de su hija, que se comenta en la nota siguiente, podía ser un motivo para su desafección hacia el nuevo rey.

<sup>10</sup> Hubo, desde luego, una purga de posibles rivales; Diodoro menciona solamente el nombre de Átalo, pero, según JUSTINO, XI, 2. 1-3, fue eliminado Amintas, hijo de Pérdicas III (éste, entre otros, como cómplice en el asesinato de Filipo) y su hermanastro Cáranos (noticia errónea de JUSTINO, repetida por CURCIO, pues Filipo y Cleopatra sólo habían tenido una hija). La madre de Alejandro, Olimpiade, se encargó de matar a Cleopatra y a su hija.

<sup>11</sup> Demóstenes (384-322 a. C.) intervino en política desde el 354 a. C.; enemigo declarado de Filipo II, contra él pronunció la *Primera Filípica* y las tres *Olínticas*, y en el 344 a. C., la *Segunda Filípica*. Como en el caso del otro gran orador de la Antigüedad, Cicerón, vivía fuera de su tiempo; intentar, como él lo hacía, resucitar el antiguo Imperio ateniense era pura quimera. Hay, además, la sospecha casi segura de que era pagado por Persia (v. 4. 8 y nota 16).

<sup>12</sup> Claramente confunde Diodoro a los arcadios con los lacedemonios, quienes fueron los que nunca se sometieron a Filipo.

<sup>13</sup> Su sometimiento por Alejandro se cuenta en 8. 1.

<sup>14</sup> Sobre este Consejo, cf. nota 5 al libro XVI.

<sup>15</sup> Con este nombre, utilizado despectivamente, se refería Demóstenes a Alejandro.

<sup>16</sup> ESQUINES, *Contra Ctesifonte*, 173.

<sup>17</sup> PLUTARCO, *Demóstenes* 20. 4-6, informa de cartas de Demóstenes encontradas por Alejandro en Susa y de documentos de los generales de Darío que recogían la cantidad de dinero que se le había entregado; en la misma obra, un poco más tarde (23. 2), vuelve a hablar de la correspondencia entre Demóstenes y los generales, pero nada dice de una carta que enviara a Átalo.

<sup>18</sup> Según CURCIO (VII, 1. 3) fue Parmenión el encargado de matar a Átalo, y ni él ni Justino recogen la versión de que fuera Hecateo el encargado de esta misión.

<sup>19</sup> Su nombre en el trono persa era Artajerjes.

<sup>20</sup> Diodoro utiliza el nombre griego quiliarca (*chiliarchos*, traducción griega del persa *hazarapatiš*, o *azabaritēs*) que designa al capitán o comandante de mil hombres; en realidad su mando lo ejercía sobre la guardia real de los «melóforos» (cf. 59. 3), llamados así (literalmente «portadores de manzanas») porque llevaban unas lanzas que tenían manzanas (o granadas) de oro en sus conteras (Cf. HERÓDOTO; VII, 41. 2); también se ocupaba de las audiencias ante el Gran Rey persa, por lo que su poder e influencia eran considerables.

- <sup>21</sup> Con el nombre de Artajerjes II Mnemón (405-359 a. C.)
- <sup>22</sup> Artajerjes III (Oco), 359-338 a. C.
- <sup>23</sup> Conocidos también como gelas, vivían al sur del río Araxes, en la costa occidental del mar Caspio.
- <sup>24</sup> Ya citado en XVI, 52. 3-4.
- <sup>25</sup> Meliseo, rey de Creta, fue padre de Adrastea e Ida, que ejerció de nodriza para el recién nacido Zeus, además de dar el nombre al monte donde se crio el dios.
- <sup>26</sup> Se refiere, claro es, al juicio del troyano Paris, llamado también Alejandro.
- <sup>27</sup> Sobre los Dáctilos Ideos (llamados así porque eran diez, como los dedos de las manos, aunque según otra tradición eran cien) cf. DIODORO, V, 64. 3-7).
- <sup>28</sup> Se trata del fenómeno conocido como «parhelio», una visión óptica asociada a la reflexión o refracción de la luz producida por una gran cantidad de partículas de hielo en las nubes tipo cirro. Este fenómeno ocurre entre el 18 y el 20 de julio.
- <sup>29</sup> El plectro equivale a 100 pies, unos 29,6 m (las medidas se dan siempre según el sistema ático).
- <sup>30</sup> Según ARRIANO, I. 7. 1-3; JUSTINO, XI, 2. 7-9, y ELIANO, *Historias curiosas*, XII, 57, la falsa noticia de la muerte de Alejandro en Iliria motivó la sublevación.
- <sup>31</sup> El envío de estas armas, pagadas por el rey persa, está atestiguado por PLUTARCO, *Demóstenes*, 23.
- <sup>32</sup> Parece que la decisión no fue tan unánime como refleja Diodoro. Según JUSTINO, I, 7. 11, fueron los exiliados tebanos, que habían regresado a la ciudad, los que más atizaron la rebelión frente a quienes eran partidarios de solicitar el perdón a Alejandro.
- <sup>33</sup> El título que los griegos daban al rey de Persia, aunque su título persa era «rey de reyes».
- <sup>34</sup> Más conocido como el lago Copais.
- <sup>35</sup> En el 371 a. C. el general tebanos Epaminondas aplastó en esta batalla a la infantería pesada de Esparta, considerada invencible hasta entonces. Murió en ella el rey espartano Cleómbroto, junto con 400 espartiatas; por la escasa demografía de Esparta esto supuso una catástrofe de la que nunca se recuperó y el fin de su hegemonía en Grecia que disfrutaba desde la derrota de Atenas en la guerra del Peloponeso en el 404 a. C.
- <sup>36</sup> Año 362 a. C. Una coalición de arcadios, espartanos, eleos y atenienses es derrotada por Epaminondas quien, sin embargo, muere en la batalla, y, con él también desaparece la importancia política de Tebas,
- <sup>37</sup> La versión de ARRIANO (I, 8. 1-7) es bastante diferente; nada dice del episodio de la poterna desguarnecida, sino que es Perdicas quien (sin esperar la señal de combate) se lanza contra la primera empalizada enemiga, la atraviesa, cae herido ante la segunda, y al rehacerse los tebanos, es cuando Alejandro lanza su falange y entra en la ciudad. Parece más verosímil esta versión de Arriano, que además cita como su fuente a Tolomeo Lago, presente en la acción.
- <sup>38</sup> Según ARRIANO, I, 8. 8, no fue tan extremada la resistencia, ya que afirma que se dio muerte a muchos tebanos que ni siquiera se defendían.
- <sup>39</sup> Nada dice Diodoro de la anécdota, bien conocida, de que, por orden expresa de Alejandro, quedó libre de la destrucción la casa del poeta Píndaro, e igualmente se respetó a sus descendientes, lo que sí recoge ARRIANO (I, 9. 10).
- <sup>40</sup> Sin duda Alejandro debió de influir en esta decisión; sin embargo, los tebanos habían destruido Platea y Tespias en el 373 a. C. (JENOFONTE, *Helénicas*, VI, 3. 1), y en el 369 a. C. arrasaron Orcómeno, masacrando a los hombres y vendiendo como esclavos a mujeres y niños (nos lo cuenta el mismo Diodoro en XV, 79. 6), lo que se tradujo en una crítica general (DEMÓSTENES; *Contra Leptines*, 109 y *En defensa de los megalopolitas*,



23-25 y ESQUINES, *Acerca de la embajada fraudulenta*, 116). Si a esto añadimos la acusación cierta de «medismo», esto es de connivencia con los persas, es fácil deducir que los tebanos no eran demasiado queridos en Grecia.

<sup>41</sup> Unos 11.700 kg.

<sup>42</sup> Foción (402/401-318 a. C.) se había opuesto a Demóstenes, tanto en época de Filipo como ahora; era muy consciente de las limitaciones de Atenas en un conflicto con Macedonia, especialmente tras la batalla de Queronea (338 a. C.) para la que no fue elegido estratego. Plutarco le dedicó una de sus *Vidas Paralelas*, emparejándolo con Catón el Joven.

<sup>43</sup> En realidad, Foción estaba parodiando a Demóstenes, que en su *Discurso fúnebre*, 27-29, ya había aludido a estas heroínas. Leos había entregado a sus hijas, las Leóntidas, para que fueran víctimas de un sacrificio destinado a alejar una peste que asolaba Hagnunte, un demo del Ática. En cuanto a las Jacíntidas, eran hijas del lacedemonio Jacinto, que vivía en el Ática, y fueron sacrificadas por los atenienses para lograr la victoria sobre Minos; sin embargo, en la versión más antigua de este mito, en realidad eran hijas de Erecteo, quien sacrificó a la más joven de sus hijas, sacrificio al que se sumaron sus hermanas mayores, para derrotar a Eumolpo.

<sup>44</sup> 130 kg. de plata.

<sup>45</sup> Estos «amigos», llamados también otras veces «compañeros» (*hetaíroi*), formaban, en principio, la caballería pesada del ejército macedonio. Macedonia era un país de jinetes, y durante mucho tiempo fueron ellos la fuerza más importante del ejército, ya que su infantería estaba formada inicialmente por contingentes heterogéneos que los nobles reclutaban en sus dominios. Fue Filipo el que dio cohesión a estos infantes con su falange, pero no descuidó la caballería pesada, formada por nobles, a los que aplicó el honorífico apelativo de «compañeros», título reservado hasta entonces para los nobles que rodeaban al rey y formaban su Consejo.

<sup>46</sup> Rey de Macedonia (entre el 413 y el 399 a. C.), que siguió una política pro-ateniense. Trasladó la capital de Eges a Pela, y allí invitó a artistas atenienses como el pintor Zeuxis y los poetas trágicos Eurípides y Agatón.

<sup>47</sup> Ctesicles fue arconte de Atenas desde julio del 334 al mismo mes del 333 (siempre a. C.); en cuanto a los cónsules que da Diodoro, G. Sulpicio Longo fue uno de los cónsules del 337, mientras que L. Papirio Craso (cuyo nombre se repite en 29. 1) lo fue en el 336.

<sup>48</sup> Suma mal Diodoro el número de jinetes, ya que el total, según sus datos, no es de 4.500, sino de 5.100. Además, hay discrepancias, aunque pequeñas, con ARRIANO (I, 11. 3), que nos da la cifra de 30.000 infantes y 5.000 jinetes, con lo que hay una diferencia de 2.000 infantes menos que en Diodoro, y coincidencia con JUSTINO (XI, 6. 2-3), 32.000 infantes y 4.500 jinetes. Una distribución por contingentes, así como la descripción de sus comandantes se encuentra en la utilísima nota 62, págs. 147-149 de la edición de Arriano (t. I). ya citada en nuestra nota 1, con traducción y notas de A. GUZMÁN GUERRA.

<sup>49</sup> ARRIANO (I, 13-14) difiere de esta versión; según él, es Parmenión el que sugiere cruzar el río al alba, y Alejandro, en cambio, lo hace cuando ya los persas están esperando en la orilla opuesta; esta misma versión es la que da PLUTARCO, *Alejandro*, 16. 2-4. La batalla tuvo lugar en mayo del año 334.

<sup>50</sup> ARRIANO, I, 12. 8, le llama Arsames, y no dice que fuera sátrapa, sino general.

<sup>51</sup> Notables diferencias en cuanto a la pelea del rey macedonio y a sus oponentes en ARRIANO, I, 15. 7-8: el yerno de Darío se llama Mitrídates, y es eliminado por Alejandro con un golpe de lanza en la cara. Es Résaces (no Rosaces) quien golpea con su alfanje el casco de Alejandro y quien muere de una lanzada del rey, y Espitrídates (no Espitróbates) quien intenta repetir el golpe cuando Clito le ataca y mata. En PLUTARCO, *Alejandro*, 16. 8-11, Résaces y Espitrídates atacan a la vez a Alejandro.

<sup>52</sup> Eran miembros de la alta nobleza persa, y tenían el privilegio de ceñir diadema.

<sup>53</sup> El texto entre corchetes corresponde a la versión del MS *Parisinus* 1665 (R), el más antiguo de los que

recogen la obra de Diodoro; hay una versión diferente de este pasaje en el *Laurentianus* 70, 12 (F) que recogemos en cursiva.

<sup>54</sup> Véase nota 52.

<sup>55</sup> ARRIANO, I, 16. 3, da también una relación de los principales persas muertos en la batalla. Están en ella también Farnaces y Mitrobúzanes, pero no Aticies, al que Diodoro «vuelve a matar» en la batalla de Iso (XVII, 34. 5).

<sup>56</sup> ARRIANO, I, 20. 1, da las razones de Alejandro para licenciar la flota: la falta de dinero y la creencia de que no podría enfrentarse con éxito a la escuadra persa; fue un error, ya que al año siguiente (333 a. C.) los persas reconquistaron Quíos y Mitilene.

<sup>57</sup> Ya Diodoro habló de esta mujer en XVI, 69. 2, y también la cita ESTRABÓN, *Geografía* XIV, 2. 17. Hecatomno, rey de los carios, tuvo tres hijos: Mausolo, Hidrieo y Pixódaro, y dos hermanas: Artemisia y Ada. Artemisia se casó con su sobrino Mausolo, y lo propio hizo Ada con Hidrieo. Artemisia se hizo famosa al construir la célebre tumba en honor de Mausolo (una de las maravillas de la Antigüedad) cuando éste murió; al morir Artemisia, consumida de pena por su marido, le sucedió en el trono Hidrieo y, muerto también éste, reinó Ada hasta que fue destronada por el último hijo de Hecatomno, Pixódaro, quien, al ser partidario de los persas, compartió el poder con un sátrapa, al que él mismo llamó. Muerto Pixódaro, el sátrapa continuó gobernando hasta la llegada de Alejandro.

<sup>58</sup> Las tortugas eran unos ingenios (una especie de barracones móviles) que protegían a los zapadores cuando debían hacer su trabajo expuestos a los tiros de los defensores.

<sup>59</sup> Ya Filipo había utilizado máquinas de guerra con frecuencia en sus asedios (XVI, 44. 2, Anfípolis, 74. 3, Perinto). Ahora Alejandro las va a usar tanto en Halicarnaso como luego en el duro asedio de Tiro.

<sup>60</sup> Aunque aquí Diodoro lo sitúa entre los macedonios, según ARRIANO, I, 20. 10, este Neoptólemo, hermano de Amintas, se había pasado a los persas. Su hermano Amintas aparecerá luego, en 48. 2-5, interviniendo en la campaña de Egipto, peleando del lado persa. Amintas aparece también en PLUTARCO, *Alejandro*, 20. 1-4, aconsejando a Darío.

<sup>61</sup> Unos 44,4 m.

<sup>62</sup> Arriano no cita esta intervención de los veteranos, pero CURCIO, V, 2. 5, aunque se ha perdido en su obra lo relativo al asedio de Halicarnaso, sí cita el premio al valor entregado al veterano Adarrias, «*que, en Halicarnaso, él solo había reanimado un combate del que los jóvenes habían desertado*».

<sup>63</sup> ARRIANO, I, 22. 7, aclara que Alejandro dio la orden de retirada para que la ciudad no pereciera si sus habitantes daban alguna prueba de amistad.

<sup>64</sup> Diodoro indica que Alejandro se dirigió desde Halicarnaso a Cilicia bordeando la costa, con lo que elimina la estancia de Alejandro en Frigia, y, en consecuencia, el famoso episodio del «nudo gordiano», que sí relatan ARRIANO (II, 3. 1-7) y PLUTARCO, *Alejandro*, 18. 2-4).

<sup>65</sup> Nicócrates fue arconte de julio del 333 a. C. a julio del 332 a. C. De los cónsules que cita, L. Papirio apareció ya como cónsul en 17. 1.

<sup>66</sup> Según ARRIANO, II, I. 1-5, Memnón murió durante el asedio de Mitilene, que fue conquistada por su sobrino Farnábazos y por Autofrádates.

<sup>67</sup> Este episodio de Caridemo aparece contado con más extensión en CURCIO, III, 2. 10-19, ya que allí Caridemo tiene un largo parlamento en el que canta las excelencias del ejército macedonio, no corrompido por el lujo, de manera muy parecida a los consejos del espartano Demarato a Jerjes en HERÓDOTO, VII, 101.

<sup>68</sup> ¿De qué rey se trata?, ¿de la madre de Alejandro, Olímpíade, o de la de Darío, Sisigambis? Diodoro no aclara esta conspiración, de la que sí da datos ARRIANO, I, 25. 1: según él, este Alejandro (oriundo de la

Lincéstide, una comarca macedonia, de ahí lo de Lincestas, aunque también se le llama hijo de Aérope) había participado en el asesinato de Filipo, junto con sus hermanos, Herómeno y Arrabeo, detenidos entonces y luego ajusticiados, aunque a él Alejandro le perdonó entonces por ser de los primeros que se pusieron de su parte tras la muerte de Filipo (y, sin duda, también por ser yerno de Antípatro), e incluso le puso al frente de la caballería tesalia. En este momento, cuenta Arriano, este Alejandro Lincestas escribió una carta a Darío, poniéndose a su disposición, y el rey persa le ofreció el trono de Macedonia y mil talentos de oro si mataba a Alejandro. El intermediario en esta conjura, el sátrapa Sisines, fue apresado por Parmenión y enviado al rey macedonio que así se enteró de todo. Los editores y comentaristas discuten si la carta que menciona Diodoro era de Olimpiade o de Sisigambis: así, W. W. TARN, *Alexander the Great*, 2 vols. Oxford 1948 (reimp. 1968), 2. 68, se inclina por Sisigambis, aunque reconoce que ni conocía a Alejandro ni tenía motivos para prevenirle siendo madre de Darío. GOUKOWSKY, *op. cit.*, en nota a este pasaje, pág. 189, piensa que Olimpiade, en su carta, denunció tanto a Alejandro Lincestes como al médico Filipo, el que en el pasaje anterior curó a Alejandro, y aduce para ello el testimonio de SÉNECA, *Sobre la ira*, II. 23, donde se hace referencia a dicha carta de Olimpiade, si bien en ella sólo prevenía a Alejandro contra el médico. De lo que no cabe duda es de que existió una correspondencia, que debió de ser nutrida, entre Olimpiade y su hijo, así como entre Olimpiade y el más íntimo de los amigos de Alejandro, Hefestión, según nos dice el propio Diodoro (cf. 114. 3).

<sup>69</sup> Diodoro no dice de qué Puertas se trata. CURCIO, III, 7. 6, habla de un desfiladero por el que había que pasar para llegar a la ciudad de Iso; su nombre actual es Karalück Kapu, y ARRIANO, II, 5. 1, cita un paso que divide el territorio cilicio del asirio.

<sup>70</sup> Algo más de 5 km.

<sup>71</sup> CURCIO, III, 10. 1-2, dice que fueron los persas los primeros que gritaron. En cuanto a que fueran medio millón de hombres, parece muy exagerado. La batalla tuvo lugar en noviembre del 333 a. C.

<sup>72</sup> POLIBIO, *Historias*, XII, 22. 2, afirma lo mismo; CURCIO (III, 11. 7), también, pero ARRIANO, II, 11. 1-4, dice que el ala derecha macedonia, bajo el mando de Alejandro, tras vencer a los batallones del ala izquierda persa, giró hacia el centro, donde estaba Darío, en una maniobra dirigida contra los mercenarios griegos, no contra el rey persa.

<sup>73</sup> CURCIO, III, 11. 8, da más detalles de la actuación valerosa de este hermano de Darío, que tras la muerte de éste se pasó a Alejandro (CURCIO, VII, 5. 40-41).

<sup>74</sup> Véase nota 55. Los otros dos nombres son confirmados por Arriano y Curcio.

<sup>75</sup> Esta huida de Darío es la que está representada en el famoso gran mosaico de Pompeya, copia de un original del pintor Filóxeno de Eretria (siglos IV-III a. C.), descubierto en la conocida como «Casa del Fauno».

<sup>76</sup> La infantería persa propiamente dicha consistía en 20.000 cardaces mandados por el tesalio Aristómedes; pero parece que Diodoro alude a los 30.000 mercenarios griegos mandados por Timondas, hijo de Mentor.

<sup>77</sup> Antes (32. 3) Diodoro afirmó que Darío había dejado en Damasco la mayor parte del bagaje y la masa de no combatientes, para hacer más ágil su ejército. Lo mismo en ARRIANO, II, 11. 10 (aunque Parmenión, precisa, capturó luego este tesoro) y PLUTARCO, *Alejandro*, 20. 6

<sup>78</sup> Los MSS dan *mégala*, que encaja mal; parece mejor *megaleía*.

<sup>79</sup> Pequeñas diferencias también entre los autores. Para CURCIO (III, 11. 27) los persas perdieron 100.000 infantes y 10.000 jinetes, y los macedonios, 32 infantes y 150 jinetes; para ARRIANO (II, 11. 8), las pérdidas persas fueron de 90.000 infantes y 10.000 jinetes y no da número de macedonios muertos; JUSTINO (XI. 9. 10) habla de 61.000 persas muertos de infantería, 10.000 de caballería y añade 40.000 prisioneros, mientras que del lado macedonio cayeron 130 infantes y 150 jinetes; PLUTARCO, *Alejandro*, 20. 10, da el número de 110.000 muertos persas, sin determinar el arma en el que servían, y tampoco da una cifra de los macedonios que murieron.

<sup>80</sup> Cf. nota 45.

<sup>81</sup> Esta visita no ocurrió para ARRIANO, II, 12. 3-7, sino que Alejandro envió a Leonato, uno de los Compañeros, para comunicar a las mujeres que Darío estaba vivo e informarles del respeto con el que serían tratadas, pero sin presentarse personalmente. Cita Arriano a Tolomeo y Aristobulo como autores de esta versión, aunque conoce la de Diodoro. PLUTARCO, *Alejandro* 21. 2, sigue la misma versión de Arriano, pero CURCIO (III 12. 7. 13-17) habla de una primera visita de Leonato, y luego de la de Alejandro con Hefestión. JUSTINO (XI, 9. 13-16) habla de la visita de Alejandro solo.

<sup>82</sup> La baja estatura de Alejandro la destaca también Diodoro en este mismo libro, 66. 3 y CURCIO, III, 12. 16.

<sup>83</sup> El contenido de la carta de Darío también presenta diferencias entre los autores: ARRIANO (II, 14. 1-9) cuenta que, en ella, Darío decía que había defendido su país contra la agresión de Alejandro, que le suplicaba la devolución de su familia y que estaba dispuesto a firmar la paz con él; CURCIO (IV, 1. 7-10) habla de una carta arrogante, en la que Darío exigía la devolución de su familia, pagando como rescate todo el dinero que pudiera contener Macedonia, que se retirara a su reino y firmara ser su amigo y aliado; JUSTINO (XI, 12. 1-4) habla de dos cartas del rey persa: en la primera ofrece una gran suma para rescatar a su familia, y, en la segunda, ofrece también a Alejandro el matrimonio con su hija y una parte de su reino, sin más precisión. Es Diodoro el único que concreta esta cesión.

<sup>84</sup> Nicérato fue arconte desde julio del 332 a. C. hasta el mismo mes del año siguiente. Los cónsules que cita Diodoro, M. Atilio Régulo y M. Valerio Corvo lo fueron en el 335 a. C. En cuanto a la Olimpiada ciento doce se celebró en julio del 332 a. C.

<sup>85</sup> Se trata de Melqart, que los griegos habían asimilado a Heracles (HERÓDOTO, II, 44).

<sup>86</sup> Unos 700 m.

<sup>87</sup> No era solamente una cuestión de prestigio. ARRIANO, II, 17. 1-4, pone en boca de Alejandro las palabras con las que explica a los mandos de su ejército la importancia de la captura de Tiro: no dejar a sus espaldas una ciudad tan importante, conquistar toda Fenicia, sobre todo su flota, la más potente de la que pueden disponer los persas y con la que atacarían Grecia, y hacerse con Chipre, entonces en poder persa, con lo que el control de todo el mar sería de Macedonia.

<sup>88</sup> La Vieja Tiro se encontraba en tierra firme, a unos 5.500 m al norte de la ciudad nueva.

<sup>89</sup> 51,2 m.

<sup>90</sup> Los fenicios pasaban por ser los inventores de la poliorcética, y los sidonios, en concreto, son llamados *polytechnoi* «hábiles en muchas artes», por ESTRABÓN, XVI, 2, 24. Según ARRIANO, II, 21. 1, Alejandro hizo venir de Chipre y de toda Fenicia ingenieros para que le construyeran todo tipo de máquinas.

<sup>91</sup> Tiro tenía dos puertos, el norte o sidonio, rodeado de murallas y el puerto sur, o egipcio, que era una simple rada. Ambos son descritos por ARRIANO, II, 22. 6-7.

<sup>92</sup> Ésta era una técnica corriente, conocida como *émplekton*. En cuanto a las medidas, cinco codos son 2,22 m.

<sup>93</sup> Los infantes macedonios no llevaban armadura, a diferencia de los hoplitas griegos.

<sup>94</sup> Mientras que los demás ingenios de defensa que aquí se describen parecen originales, éste de las redes sí es mencionado por ENEAS EL TÁCTICO, *Poliorcética*, XXXIX, 6.

<sup>95</sup> Conocedores de la técnica del vidrio, los tirios sabían calentar la arena hasta hacerla incandescente. El mismo relato en CURCIO, IV, 3. 25-26.

<sup>96</sup> Parece una repetición del ingenio descrito en 43. 1. Aunque Diodoro utiliza la forma *marmarinous* al decir que las ruedas eran de mármol, quizá debería haber escrito *marmaridsontas*, «duras como el mármol», ya

que parece poco probable hacer girar unas ruedas de mármol.

<sup>97</sup> Lógicamente se refiere a la torre que iba montada en la nave que llevaba a Alejandro.

<sup>98</sup> La caída de Tiro ocurrió en octubre del 332 a. C. Según ARRIANO, II, 24. 4, los tirios perdieron 8.000 hombres; CURCIO, IV, 4. 16, dice que los sidonios, que entraron en la ciudad mezclados con los vencedores, lograron sacar de la ciudad, escondidos en sus barcos, a más de 15.000; según él, fueron pasados por las armas 6.000 combatientes, y crucificados 2.000. De ambas narraciones se aleja JUSTINO, XI, 10. 14, que dice que Tiro fue conquistada «por traición», sin explicar más.

<sup>99</sup> CURCIO, IV, 1. 16-26, cuenta también este episodio, pero como ocurrido en Sidón, aunque coincide el nombre del rey depuesto, Estratón; el nuevo rey se llamaba Abdalónimo, parecido al Balónimo que da Diodoro, pero más correcto, ya que Abdalónimo en fenicio significa «servidor de los dioses». También JUSTINO, XI, 10. 8-10, da el nombre y el lugar correctos, Abdalónimo y Sidón. Se ha señalado la influencia aquí de viejas leyendas orientales.

<sup>100</sup> Según ARRIANO, II, 13. 2-3, lograron huir tras la batalla de Iso estos ocho mil mercenarios griegos junto con sus comandantes Amintas, hijo de Antíoco; Timondas, hijo de Mentor; Aristomedes de Feras y el acarnanio Bianor.

<sup>101</sup> Para esta contraofensiva persa nuestra única fuente es CURCIO, IV, 2. 34-36, y 5. 13: los generales persas recuperaron Capadocia y Paflagonia, en las que reclutaron soldados; Farnabazo, almirante persa, ocupó con guarniciones las islas de Quíos, Andros y Sifnos; Idarnes tomó Mileto. Sin embargo, los macedonios Calas, Antigono. Bálacro, Anfótero y Hegéloco restablecieron la situación.

<sup>102</sup> Diodoro pasa de puntillas sobre la conquista de la ciudad, que fue dura y costó a Alejandro ser herido por dos veces. Mucho más espacio es lo que dedican a la toma de Gaza tanto CURCIO, IV, 6. 7-30, como ARRIANO, II, 26-27.

<sup>103</sup> Aristófanes fue arconte de Atenas desde julio del año 331 a. C, hasta el mismo mes del año siguiente. Los cónsules que cita Diodoro son los del 334 a. C.

<sup>104</sup> Amón tenía un santuario muy importante en el oasis de Sivah, y el dios, al que los griegos de Cirene habían identificado con Zeus, gozaba de mucha reputación en Grecia.

<sup>105</sup> Sólo Diodoro habla de este lago Amargo y de las ciudades de Amón. ARRIANO, III, 4. 4, menciona las salinas de Sivah, y su producto, muy apreciado, que los servidores de Amón llevaban en pequeñas cestas hechas con mimbres de palmera como regalo al faraón o a algún dignatario de la corte.

<sup>106</sup> Casi 9 Km.

<sup>107</sup> El santuario principal (templo de Aghurmi) lleva el cartucho del faraón Amasis (570-526 a. C.). Pero los griegos situaban en este oasis algunos episodios de su mitología (por allí habrían pasado Perseo y Heracles, según nos cuenta ESTRABÓN, XVII, 1.43, citando a Calístenes como su fuente).

<sup>108</sup> Según HERÓDOTO, II, 32. 2-7, estos nasamonos eran un pueblo libio que habitaban en la Sirte, esto es, en el golfo de Sidra.

<sup>109</sup> Fuente ya descrita por HERÓDOTO, IV, 181. 3-4.

<sup>110</sup> Según CURCIO, IV, 7. 23-24, la estatua del dios no tiene el aspecto que los artistas han adjudicado a los dioses; en su forma «*es muy semejante a un disco constituido mediante el engarce de una esmeralda y piedras preciosas*».

<sup>111</sup> Alejandro fue autorizado a entrar como privilegio real, ya que era el sucesor de los faraones.

<sup>112</sup> Lo mismo en CURCIO, IV, 7. 26, JUSTINO, XI, 11. 10 (según Justino, Alejandro preparó previamente con los sacerdotes sus preguntas y las respuestas que el dios debía darle), y PLUTARCO, *Alejandro*, 25. 5- 8.

<sup>113</sup> Cf. nota 8.

<sup>114</sup> La vía Canopia, de una longitud de casi 7 km y una anchura de 30 m.

<sup>115</sup> Más de 156.000 kg de plata.

<sup>116</sup> Con estos carros «falcados», arma típicamente persa, ya se habían enfrentado los griegos en la batalla de Cunaxa, en el 401 a. C. (JENOFONTE, *Anábasis*, I, 7. 10; el mismo autor en *Ciropedia*, VI, 1. 30, atribuye la invención de estos carros a Ciro el Mayor), aunque, en época de Darío, los carros debían de haber mejorado en su manejo y posibilidades de destrucción. De todas formas, como veremos era un invento útil para atacar una formación cerrada, pero ya anticuado para nuevas estrategias.

<sup>117</sup> Como ya vimos en la nota 83, hay muchas variaciones entre los autores sobre el número de embajadas, o de cartas llevadas por embajadores, o de cartas, sin más, enviadas por Darío a Alejandro, y de su contenido, discrepancias que se deben, sin duda, a las diferentes fuentes que utilizaron. Ya el propio Diodoro, al recoger la primera embajada (39. 1), contaba que Darío ofrecía «una gran cantidad de dinero» (precisa ahora que la suma era de 20.000 talentos de plata), y el territorio hasta el río Halis; ahora, en la segunda embajada, ofrece 30.000 talentos, el territorio hasta el Eufrates, la mano de una de sus hijas y que Alejandro sea su socio en el gobierno. Una carta de Darío conoce sólo PLUTARCO, *Alejandro*, 29. 7-9, en la que Darío ofrece 10.000 talentos por el rescate, las tierras hasta el Eufrates y la mano de una de sus hijas, términos que coinciden con la segunda embajada de Diodoro, pero rebajando el rescate. Dos embajadas aparecen también en ARRIANO, la primera en II, 14. 1-9, solicitando la liberación de la familia real (sin hablar de rescate) y la firma de un tratado de amistad, y la segunda, que coincide con la de Diodoro en todos sus términos, pero cifrando el rescate, de nuevo, en una cifra menor (los 10.000 talentos de Plutarco). CURCIO habla de una primera carta de Darío (IV, 1. 7 ss.) en la que ofrece como rescate todo el oro que pueda tener Macedonia, de una segunda carta (IV, 5. 1-2) en la que le ofrece a su hija, Estatira, en matrimonio, y como dote, el territorio hasta el río Halis, y de una tercera embajada (IV, 1-9), en la que se ofrece un rescate de 30.000 talentos de oro, la mano de Estatira, y, como su dote, el territorio hasta el Eufrates. Por último, JUSTINO (XI, 12. 1-16) presenta tres cartas seguidas: en la primera ofrece rescate por su familia, sin precisar suma; en la segunda ofrece a Alejandro la boda con su hija y una parte del reino, sin especificar, y en la tercera ofrece el reino hasta el Eufrates, a su otra hija como esposa y 30.000 talentos por el resto de prisioneros. Para terminar, sólo Justino omite la intervención de Parmenión, que recogen los demás.

<sup>118</sup> Son los «hipaspistas», o escuderos, creados por Filipo II y que constituían el *ágēma*, o cuerpo de 500 infantes dedicados a la guardia de los reyes macedonios; Alejandro, que amplió a 1.000 su número, autorizó en el 327 a. C. que adornaran sus escudos con plata, y de ahí su sobrenombre.

<sup>119</sup> Los macedonios estaban repartidos en diferentes formaciones según sus lugares de origen. Los elimiotes, orestes, lincestas y estinfesos eran montañeses del norte de Macedonia.

<sup>120</sup> Omite Diodoro a los jinetes de Orcómeno, Tespias y Atenas.

<sup>121</sup> Esta maniobra demuestra la inutilidad de los carros falcados cuando no han de atacar una formación cerrada, como era la clásica de los hoplitas; por otro lado, es la misma que ya había descrito JENOFONTE en *Anábasis*, I, 8. 18-20, en la batalla de Cunaxa en el 401 a. C., y Alejandro da unas citas tan precisas de la expedición de Jenofonte (ARRIANO, II, 7. 8-9) que, sin duda, lo había leído. La misma táctica de abrir pasillo a estos carros es la que usará más tarde Escipión en Zama frente a Aníbal y sus elefantes.

<sup>122</sup> En líneas generales coinciden los autores sobre la fecha de la batalla; PLUTARCO, *Alejandro*, 31. 6-8, tras aclarar que el encuentro tuvo lugar en Gaugamela y no en Arbela, «como escriben la mayoría de los autores» (efectivamente, Arbela está situada a 52 km del lugar de la batalla), dice que ocurrió once días después de un eclipse de luna que se produjo en el mes de Boedromión, hacia el 20/21 de septiembre del 331 a. C. ARRIANO, III, 7. 6-7, fija la fecha del eclipse también el día 21 de septiembre y la batalla el 1 de octubre, y lo mismo hace CURCIO, IV 10. 2; sólo JUSTINO, XI, 13. 1, dice que ocurrió al día siguiente de la marcha de los embajadores de Darío, cf. nota 117. ARRIANO, VI, 11. 5-7, da la mejor explicación de por qué algunos hablan de la batalla de



Arbela en lugar de la batalla de Gaugamela.

<sup>123</sup> Eran las lanzas de la falange macedónica, muy largas, de más de 5 m de longitud, por lo que, para su transporte, estaban divididas en dos mitades que se unían con alguna suerte de enganche.

<sup>124</sup> Cf. nota 20.

<sup>125</sup> Ni Diodoro ni Curcio mencionan a los elefantes que estos indios debían conducir: sí lo hace ARRIANO, III, 11. 6.

<sup>126</sup> Según CURCIO, IV, 16. 2-3, ARRIANO, III, 15. 1-2 y PLUTARCO, *Alejandro*, 33, 9-11, Alejandro sí interrumpió la persecución para ayudar a Parmenión.

<sup>127</sup> ARRIANO, III, 15.6, da la cifra de 300.000 persas muertos y muchos más prisioneros, y de 100 macedonios muertos y 1.000 caballos inutilizados; más comedido, CURCIO, IV, 16. 26, habla de 40.000 bajas persas y 300 macedonias.

<sup>128</sup> Como vemos, Diodoro habla de la batalla de Arbela y no de la de Gaugamela.

<sup>129</sup> Aristofonte fue arconte de Atenas desde julio del 330 al mismo mes del 329 a. C. En cuanto a los cónsules del 332 a. C., que no de éste, lo fueron Cn. Domicio Calvino y A. Cornelio Coso Arvina.

<sup>130</sup> Este Memnón era macedonio; por lo tanto, nada tenía que ver con Memnón de Rodas, que había muerto unos años antes (cf. 31. 3).

<sup>131</sup> Diodoro ya contó, en 48. 1-2, las revueltas que se habían producido en Grecia tras la batalla de Iso, y cómo el rey espartano Agis III, con los 8.000 mercenarios que habían escapado de la batalla, más las naves y el dinero que le proporcionó Darío, había conquistado la mayoría de las ciudades de Creta. Ahora, tras Gaugamela y aprovechando que Antípatro estaba en Tracia, volvía a intentar un levantamiento de los griegos contra Macedonia.

<sup>132</sup> Batalla de Megalópolis en el 331 a. C. CURCIO, VI, 1. 21, fecha la batalla antes de la victoria de Alejandro en Gaugamela (que llama, como Diodoro, Arbela), pero se contradice en VII, 4. 32, al decir que Alejandro se enteró del desenlace de esta batalla cuando está en Bactria, después de Gaugamela, y lo mismo en VII, 4. 39.

<sup>133</sup> Son gratificaciones de importancia, ya que un infante cobraba 30 dracmas al mes, un jinete, 1 mina (100 dracmas), y sólo algunos soldados de élite tenían doble paga. La dracma ática tenía 4,36 g de plata.

<sup>134</sup> Sobre esta reorganización del ejército, ARRIANO, III, 16. 11, dice que Alejandro formó dos compañías (*lóchoi*) en cada escuadrón de caballería (*hilē*), compañías que hasta entonces no tenía, y CURCIO, V, 2. 2-7, que amplió las «cohortes» de 500 hombres a 1.000, poniendo al frente de estos nuevos escuadrones a quiliarcas (rango hasta entonces inexistente en el ejército macedonio), y cita a continuación los nombres de los nuevos comandantes que fueron designados por unos jueces entre los más valientes, en presencia de todo el ejército.

<sup>135</sup> La cifra de 40.000 talentos es confirmada por JUSTINO (XI, 14) y PLUTARCO, *Alejandro*, 36. 1; tanto ARRIANO (III, 16. 7) como CURCIO (V, 2. 11) la elevan a 50.000, y Diodoro es el único que cita el darico, moneda así llamada porque el primero que la acuñó fue el rey Darío I (522-486), y en ella el propio rey aparecía vestido como arquero; su peso era de unos 8, 4 g, de oro, con una pureza del 95%. Al no precisar cuántos eran los talentos de plata y cuántos los de oro, no se puede dar una equivalencia, pero, en cualquier caso, la suma era enorme, si pensamos que el peso del talento variaba de 26 a 30 kg de metal precioso.

<sup>136</sup> De la baja estatura de Alejandro ya se habló en 37. 5 y nota 82.

<sup>137</sup> En realidad no se trata del Tigris, sino del Pasitigris (el río Karun, en su nombre actual), como aclara CURCIO, V, 3. I: «*pervenit ad flumen Tigrim, Pasitigrim incolae vocant*», confusión provocada porque ambos ríos vierten sus aguas en un lago que desemboca en el golfo Pérsico.

<sup>138</sup> A este desfiladero los persas lo conocían como «Puertas Susianas»; un poco más adelante, Diodoro habla de Puerta.



<sup>139</sup> No menciona Diodoro el ataque frontal que, para distraer a los defensores de la posición, efectuó Cratero; sí lo hacen ARRIANO (III, 18. 7-8) y CURCIO (V. 34), y también cita esta acción POLIENO, *Estratagemas*, IV, 3. 27, aunque este último dice que el ataque frontal lo hicieron Hefestión y Filotas.

<sup>140</sup> Se refiere, sin duda, a Ariobarzanes y sus soldados.

<sup>141</sup> Este triste espectáculo lo comentan también CURCIO, V, 5. 5-24, que da la cifra de 4.000 prisioneros y habla de sus mutilaciones como una crueldad de los persas, para burlarse de ellos, sin decir que les hubieran dejado los miembros útiles para trabajar. JUSTINO, XI. 11-12, habla también del suceso, pero rebaja la cifra a 800 prisioneros, y Arriano nada dice de ellos.

<sup>142</sup> La proporción que establecían los persas del valor del oro era de 1 a 13 respecto a la plata, mientras que para los griegos era de 1 a 10: 20 dracmas de plata equivalían a un estater de oro. Suponiendo que lo que quiere decir Diodoro es que se redujo el valor del total al de la plata, 120.00 talentos de plata equivalen a la increíble cantidad de 3.120.000 kg de plata.

<sup>143</sup> El codo medía 0,444 m.

<sup>144</sup> El pletro equivalía a 29,6 m.

<sup>145</sup> El texto se refiere al *kômos*, procesión popular en honor a Dioniso, que está en el origen de la comedia y que le da el nombre (*kômōidia*, «canto del *kômos*»).

<sup>146</sup> El incendio del palacio de Persépolis, que Diodoro presenta como un hecho casual (aunque las palabras de Alejandro hacia Persépolis y su aquiescencia al brutal saqueo de la ciudad ya permitían presagiar lo que después ocurrió), ARRIANO, III, 18. 11-12, escribe que fue un acto deliberado, al que incluso se opone Parmeniôn, alegando que Alejandro iba a destruir algo que ya era suyo; PLUTARCO, *Alejandro*, 38. 1-8, cuenta la historia como Diodoro. Dice que esa Tais era amante de Tolomeo Lago, y añade que Alejandro se arrepintió en seguida y ordenó apagarlo, aunque informa de que algunos sostienen que el incendio fue premeditado.

<sup>147</sup> Según ARRIANO, III, 22. 11, Darío ya estaba muerto cuando lo encontraron los macedonios, mientras que PLUTARCO, *Alejandro*, 43. 3-4, dice que lo encontró aún con vida Polístrato, que éste le dio de beber y recogió sus últimas palabras, pero que el persa murió antes de que llegara Alejandro; la versión de CURCIO no se conoce, porque su texto presenta aquí una laguna. La versión que cita Diodoro bajo la frase «algunos han escrito» se refiere, sin duda, a la recogida posteriormente en *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, de PSEUDO-CALÍSTENES, II. 20, en la que ambos reyes se encuentran, dialogan y Darío muere abrazado a Alejandro.

<sup>148</sup> La de Megalópolis, cf. 63. 2-3 y nota 132.

<sup>149</sup> Cefisofonte fue arconte en Atenas desde julio del año 329 a. C. al mismo mes del año siguiente, 328 a. C. En cambio, los cónsules que da Diodoro son los del 331 a. C.

<sup>150</sup> Diodoro junta aquí dos sucesos distintos, como son el licenciamiento de los aliados, que ocurrió en Ecbatana, tras la muerte de Darío, que recoge ARRIANO, III, 19. 5 (despidió a la caballería tesalia y demás aliados, a los que pagó la soldada convenida más dos mil talentos), y el motín (no recogido por Arriano) que CURCIO, VI, 2. 15, sitúa en Hecatómpila, cuando se extiende el rumor entre los soldados de que, satisfecho ya con lo conseguido, planea Alejandro el regreso a Macedonia, rumor avalado por el regreso de los demás griegos licenciados. En cuanto al discurso que pronunció para animar a los soldados a proseguir la campaña, JUSTINO, XII, 3. 3-4, lo sitúa en Partia, y PLUTARCO, *Alejandro*, 47. 1-2, en Hircania (aunque Partia e Hircania eran una sola satrapía), aunque aquí se dirige sólo a las tropas que estaban con él (20.000 infantes y 3.000 jinetes), ya que el grueso del ejército había quedado en Ecbatana al mando de Parmeniôn.

<sup>151</sup> El texto de Diodoro dice, efectivamente, «a cada uno» (*hekástōi*), lo que es una evidente exageración.

<sup>152</sup> CURCIO, VI, 2. 15, dice que la ciudad fue fundada por griegos, usando, como Diodoro, el nombre que le dio Seleuco I a la que fue capital de Partia; como la fuente común de Diodoro y Curcio es Clítarco, la narración

es posterior a la refundación de la ciudad, que ocurrió en el 305 a. C.; su localización es discutida.

<sup>153</sup> Casi 27 km.

<sup>154</sup> Aproximadamente 38,880 litros.

<sup>155</sup> El medimno equivalía a 52,41 litros.

<sup>156</sup> ARRIANO, V, 19. 6, sitúa el robo de Bucéfalo cuando Alejandro estaba en el territorio de los uxios.

<sup>157</sup> La visita de Talestris con más detalle en CURCIO, VI, 5. 24-32, y JUSTINO, XII, 3. 5-8. PLUTARCO, *Alejandro*, 46. 2, cita a Clitarco, Policlito, Onesícrito, Antígenes e Istro como autores que recogían la visita de la amazona, pero, en cambio, la niegan Aristóbulo, Cares el chambelán, Tolomeo, Anticlides, etc., y, continúa Plutarco, Alejandro, en carta a Antípatro, dice que el rey escita le ofreció a su hija en matrimonio, pero nada dice de la amazona, y termina recogiendo el momento en el que Onesícrito leía a Lisímaco, ya rey, esta historia, ante lo que, sonriendo Lisímaco, dijo: «Y yo, ¿dónde estaba entonces?», indicando lo falso de la anécdota. Igualmente, ARRIANO, VII, 13. 3-6, dice que Atrópates, sátrapa de Media, entregó a Alejandro cien mujeres de la estirpe de las amazonas, y añade que Alejandro quiso conocer a su reina, pero, continúa Arriano, ningún historiador digno de crédito, como Tolomeo o Aristóbulo, ha dejado nada escrito sobre el asunto.

<sup>158</sup> Cf. 34. 2 y nota 73.

<sup>159</sup> La diadema no era un emblema real, ya que los reyes persas llevaban o la corona almenada o la tiara, mientras que la diadema la llevaban los parientes del rey, pero sí será usada por los reyes helenísticos.

<sup>160</sup> Hay aquí una pequeña laguna.

<sup>161</sup> De esta conspiración tenemos la información de ARRIANO, III, 26. 1-3, que cita a Tolomeo como su fuente y da nombres de conjurados (entre los que no está Filotas). CURCIO, VI, 7 y 8, que hace un relato que, próximo a Diodoro, es mucho más extenso que el suyo; PLUTARCO, *Alejandro*, 48 y 49, que llama Limno al Dimno de Diodoro, habla de la fanfarronería de Filotas con su amante, una mujer llamada Antígona (natural de Pidna y capturada con otras prisioneras en Damasco por Parmenión, el padre de Filotas), ante la que injuriaba a Alejandro; éste se enteró y ordenó a la mujer que continuara informando sobre Filotas; cuando se produce la conjuración, Filotas es informado por Nicómaco, amante de Limno o Dimno, y no da cuenta de ello a Alejandro. JUSTINO, XII, 5. 1-5, elude el asunto de la conspiración, y sólo dice que Parmenión y su hijo Filotas, tras ser interrogados, fueron ejecutados por sus críticas a Alejandro al haber subvertido las costumbres de su padre, Filipo, y de su patria; la misma crítica al cambio de costumbres de Alejandro hace Filotas en CURCIO, VI, 10, durante su defensa. La culpa de Filotas sería, fundamentalmente, la de haber callado el complot. Que había malestar en el ejército era notorio, aunque lo calle Diodoro (cf. nota 150), que Parmenión, padre de Filotas, podía ser un peligro potencial para Alejandro, al estar al mando de lo más numeroso del ejército y desde antes de que Alejandro pasase a Asia, era también evidente. ¿Fue entonces una purga lo que hizo el rey macedonio? Todo esto ocurrió en Frada, llamada más tarde Alejandría *Prophtasia* «Anticipación», por haberse descubierto a tiempo el complot. Información sobre el estado de la cuestión entre los comentaristas modernos puede verse en A. B. BOSWORTH, *Conquest and Empire: the reign of Alexander the Great*, Cambridge University Press, 1988 = trad. esp. *Alejandro*, ed. Akal, Madrid 2005, págs. 117-120.

<sup>162</sup> Cf. 32. 1 y nota 68.

<sup>163</sup> Eutíerito fue arconte en Atenas desde julio del 328 a. C. al mismo mes del año siguiente. Los cónsules que cita lo fueron en el 330 a. C. Omite Diodoro, al citar la Olimpiada 113, mencionar como hace otras veces el nombre del vencedor en la carrera del estadio, que fue Clitón de Macedonia.

<sup>164</sup> Diodoro recoge, helenizado, su nombre persa, que para uno de Bactria sería «pueblos de más allá del Upari-Sēna», esto es del Hindū Kūš, la cadena montañosa del norte de Afganistán; se trata de los habitantes de Kabul y su región, administrados por el sátrapa de Bactriana. Oficialmente el país se llamaba Gandhara.

<sup>165</sup> CURCIO, VII, 3. 7, sitúa Aracosia a mayor altura, cerca del Ponto Euxino.

<sup>166</sup> Lo mismo aparece en ELIANO, *Historias curiosas*, XII, 37, pero situando el episodio en Bactria.

<sup>167</sup> JUSTINO, XII, 5. 10-11, cita únicamente la captura de Beso, sin más detalles; CURCIO, VII, 5. 19-26, cuenta una historia diferente a la de Diodoro: Epistámenes, comandante de la caballería sogdiana y muy estimado por Beso, como envidiaba la suerte de este último, se pone de acuerdo con Datafernes y Catanes y entrega a Beso a Alejandro. ARRIANO, III, 29. 6 y 30. 1-6, comenta dos versiones: según Tolomeo, se presentó ante Alejandro una embajada de Epistámenes y Datafernes, ofreciéndose a entregar a Beso si les enviaba un pequeño número de soldados con un jefe al frente; envía Alejandro a Tolomeo y éste descubre que los persas no cumplen su palabra, sino que han huido y, más tarde, abandonado a Beso en una aldea en la que Tolomeo lo captura; según la otra versión, la de Aristobulo, son Epistámenes y Datafernes los que entregan personalmente a Beso, como decía Curcio. Por lo tanto, la versión de Diodoro discrepa de la de Curcio, aunque su fuente común suele ser Clitarco. El proceso de Beso se hizo en Bactria en el invierno del 329/328 a. C., y su ejecución en Ecbatana.

<sup>168</sup> Oxatres, citado en 34. 2 y 77.

<sup>169</sup> A partir de aquí los MSS presentan una gran laguna. Faltan en el relato de Diodoro, estableciendo la comparación con otros autores que describieron la expedición de Alejandro, las campañas de Escitia, Bactria y Sogdiana, así como asuntos que afectaron al círculo íntimo de Alejandro, como las muertes de Clito, y Calístenes, y la boda del rey con Roxana.

<sup>170</sup> La narración vuelve a empezar tras la conquista de Masaga (ARRIANO, IV, 26. 1-7 y 27, 1-4) o Mazagas (CURCIO, VII, 10. 22-36), en la que Alejandro resultó herido en un muslo. Capital del pueblo de los asacenos o asacienos, su rey, Asacano, había muerto hacía poco, y al frente de la ciudad y región estaba su madre, Cleofis. Una vez conquistada la plaza, la reina Cleofis obtuvo el perdón de Alejandro y tanto CURCIO (VIII, 10. 35-36) como JUSTINO (XII, 7. 9-12) aseguran que se unió con él, teniendo un hijo al que llamó Alejandro. Nada de ello dicen ni Arriano ni Plutarco.

<sup>171</sup> Unos 15 km.

<sup>172</sup> Estos mercenarios eran indios reclutados por los defensores de Masaga, en número de 7.000 (ARRIANO, IV, 26. 1), y, tras el acuerdo entre la reina Cleofis y Alejandro, éste los había tomado a su servicio (ARRIANO, IV, 27.3), pero como decidieron escapar por la noche al no querer combatir contra otros pueblos indios, Alejandro los cercó y masacró. Ni Curcio ni Justino mencionan este suceso.

<sup>173</sup> Aornis la llama Diodoro y CURCIO (VIII, 11.2, con dudas de los editores entre ambos nombres), Aornos ARRIANO (IV, 28. 1), y no da el nombre JUSTINO (XII, 7. 12). Se la ha identificado con la actual Pirsar, entre los ríos Indo e Hidaspes. El nombre, bien sea Aornis o Aornos, significa en griego «sin pájaros».

<sup>174</sup> GOUKOWSKY, *op. cit.*, pág. 240, en nota complementaria a este pasaje, aclara la distinción entre las divinidades indias identificadas con el Heracles griego, Krishna o Indra, con bibliografía al respecto. Sobre vinculación y paralelismos entre Alejandro-Dioniso y Alejandro-Heracles, véase también la nota 42, págs. 32-33 de la traducción de A. GUZMÁN GUERRA de Arriano (t. II), que ya se citó en la nota 48.

<sup>175</sup> 18 km de perímetro y algo más de 1.000 m de altura (ARRIANO, IV, 28, 3-4, da otras cifras mayores: 200 estadios de perímetro, 11 estadios de altura).

<sup>176</sup> CURCIO, VIII, 12. 5, le llama Onfis, y ARRIANO, IV, 22. 6; V, 3. 5; 18. 6; 20. 4; 27. 2, le llama siempre Taxiles, su nombre oficial, al ser rey de Taxila, entre el Indo y el Hidaspes.

<sup>177</sup> Cremes fue arconte en Atenas desde julio del 326 a. C. al mismo mes del año siguiente; no son seguros los nombres de los cónsules del 328 a. C. (por seguir el tradicional retraso de Diodoro): uno fue G. Plaucio Deciano, o P. Plaucio Próculo, y el otro, P. Cornelio Escápula, o P. Cornelio Escipión Barbato.

<sup>178</sup> Un poco más adelante (90. 4) Diodoro le llama Abisares; era rey de Abhisāra, región montañosa correspondiente a la parte occidental de Cachemira. En contra de lo que dice Diodoro, ARRIANO, V, 8. 3, afirma que llegaron a Alejandro unos embajadores de parte de Abisares, entre ellos el hermano de este rey, con regalos.

<sup>179</sup> Unos 7 km. Esto sólo figura en Diodoro, que olvida lo más importante que tenía que hacer Alejandro: pasar el río Hidaspes; sí lo cuentan ARRIANO, V, 10-13, que describe la larga maniobra para atravesarlo, y CURCIO, VIII, 13. 8-27. PLUTARCO, *Alejandro*, 60. 1-11, citando cartas del propio Alejandro, habla de la gran dificultad de este cruce, tanto por la fuerza y profundidad de la corriente del río como por la presencia de Poro y su ejército, que lo impedían desde la otra orilla.

<sup>180</sup> 2,22 m. PLUTARCO, *Alejandro*, 60. 12, rebaja algo la altura: 4 codos y un palmo, 1,99 m. Según ARRIANO, V, 4. 4, esta estatura era normal entre los indios, los más altos de Asia.

<sup>181</sup> Contrasta esta manera poco heroica de luchar con la descripción del combate singular entre Alejandro y Poro que recoge JUSTINO, XII, 8, en el que es herido mortalmente el caballo Bucéfalo. Este combate singular, según LUCIANO, *Cómo debe escribirse la historia*, 12, fue una invención de Aristobulo de Casandrea (junto con Tolomeo Lago una de las fuentes de Arriano) para agradar a Alejandro, cosa que éste no aceptó.

<sup>182</sup> ARRIANO, V, 19. 3, da como fecha de la batalla el mes de mayo del 326 a. C. Para Diodoro, la batalla se dio entre los elefantes y la falange y no menciona el movimiento envolvente de la caballería macedonia, que citan ARRIANO, V, 16. 2-3, CURCIO, VIII, 4. 15-16 y PLUTARCO, *Alejandro*, 60. 7-10.

<sup>183</sup> Alejandría Nicea y Alejandría Bucéfala. Diodoro no da los nombres aquí, sino en 95. 5; cf. ARRIANO, V, 19. 4-5 (con un pequeño elogio al caballo Bucéfalo, en cuyo honor se llamó así la segunda ciudad, siendo Victoria el nombre de la primera), CURCIO, V, 3. 23 y JUSTINO, XII, 8. 8-9. PLUTARCO, *Alejandro*, 61.2, habla sólo de Bucefalia.

<sup>184</sup> Algo más de 7 m.; se trata de la pitón india.

<sup>185</sup> Cf. nota 178.

<sup>186</sup> Algo más de 31 m.

<sup>187</sup> Casi 89 m.

<sup>188</sup> Debe tratarse de la *Echis carinata*, ya conocida por ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales*, VIII, 29. 607a 33.

<sup>189</sup> Esta práctica (la satī india) debió de impresionar mucho a los macedonios, y está también recogida en ELIANO, *Historias curiosas*, VII, 18. El propio Diodoro, en XIX, 33-34, cuenta la historia del suicidio de la viuda del general indio Ceteo.

<sup>190</sup> 1,776 m. De este Sopites, «rajah» de Saubhuta, da más detalles CURCIO, IX, 1. 28-30, acerca de su lujoso vestido y las joyas con las que se adornaba.

<sup>191</sup> Esos perros eran perros del Tíbet. De ellos habla también ELIANO, *Historia de los animales*, VIII. 1, recogiendo la misma historia sobre la ferocidad de esos animales y explicando cómo los tigres se aparean con sus hembras. También PLINIO EL VIEJO, *Historia natural*, VIII, 149, cuenta esta historia, pero habla de un solo perro, regalo del rey de Albania a Alejandro. CURCIO, IX, 9. 31-34, cuenta lo mismo que Diodoro, pero manifestando sus dudas.

<sup>192</sup> El moderno Bias, uno de los cinco ríos del Panjab.

<sup>193</sup> Más de 5,5 km.

<sup>194</sup> En ARRIANO, V, 27. 2-9, contesta un tal Ceno, hijo de Polemócrato, al discurso de Alejandro, explicando las razones por las que el ejército no quiere continuar; Alejandro se enfada por la libertad con la que Ceno ha hablado y se retira a su tienda durante tres días, esperando un cambio en sus hombres, pero, al no producirse éste, anuncia la vuelta a casa. Lo mismo en CURCIO, IX, 3. 5-19.

<sup>195</sup> Cincuenta codos son más de 22 m; cincuenta pies, 148 m y cuarenta pies son algo más de 118 m. FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana*, II, 43, cuenta que Apolonio (ya en el siglo I d. C.) vio todavía estos altares a treinta estadios (algo más de 5 km) de distancia del río Hífasis y que estaban dedicados *A mi padre*

*Amón, a Heracles, mi hermano, a Atenea Providencia, a Zeus Olímpico, a los Cabirios de Samotracia, al Sol indio y a Apolo Delfico, y que vio también una estela de bronce en la que estaba escrito «Alejandro se detuvo aquí».*

<sup>196</sup> No estaba en el río Acesines la base naval de Alejandro, sino en el Hidaspes (ARRIANO, VI, 1.1).

<sup>197</sup> Diodoro es el único que menciona la llegada de estas 2,5 toneladas de medicamentos.

<sup>198</sup> Estos sibos (*šivis* o *šivas* en los textos indios) eran un pueblo no ario, quizá originario de Gandhara, y vivían desde hacía mucho tiempo en el límite del Panjab y del Sindh.

<sup>199</sup> Esta ciudad, Shorcot (Sibipūra), tenía un importante santuario de Siva, que sería el Heracles de las fuentes griegas. Según ESTRABÓN, XV, 1. 8, marcaban su ganado con un signo que representaba una maza.

<sup>200</sup> Se trata de la confluencia de los ríos Acesines e Hidaspes (ARRIANO, VI, 4. 4). CURCIO, IX, 4. 8-9, habla de la confluencia de tres ríos: Indo, Arcesines e Hidaspes. Ni Diodoro ni Curcio hablan de la confluencia del Acesines (aumentado su caudal por el del Hidaspes) con el Hidraotes, que es importante en el relato de ARRIANO, VI, 5. 7; VI, 13. 1 y VI, 14. 4. Para Diodoro y Curcio, Alejandro descendió por el curso del Indo.

<sup>201</sup> Recuerda el episodio de *Iliada* XXI 228-382, en el que Aquiles luchaba contra los ríos Escamandro y Janto.

<sup>202</sup> Los sodracas, sudracas, oxidracas o hidracas aparecen con frecuencia en fuentes indias; como *kṣudraca* significa en sánscrito «pequeño», se trataría de pueblos de pequeña talla, a los que se habría llamado así para distinguirlos de los invasores indoeuropeos; en cuando a los malios (*malla/māla/mālava* en los textos indios), eran un pueblo que se dedicaba a la actividad de la guerra. Sin embargo, según CURCIO, IX, 7.12-14, ambos pueblos ofrecieron sumisión a Alejandro y la talla de todos ellos era excepcional.

<sup>203</sup> Según ARRIANO, VII, 26. 2, citando las *Efemérides Reales* (para PEARSON, «The Diary and Correspondence of Alexander the Great», *Historia* 3 (1955). 429-455, estos documentos debieron de ser una falsificación de los oficiales que existieron y se perdieron: en época antigua, Ateneo y Eliano atribuyeron la creación a Éumenes de Cardia, secretario de Alejandro), este Demofonte formaba parte junto con otros adivinos (Pitón, Átalo, Peucestas, Cleomenes, Menidas y Seleuco) del grupo que más tarde, poco antes de la muerte de Alejandro, consultó al dios Serapis (= Marduk) en Babilonia, sobre la conveniencia de llevar al rey al templo para su curación.

<sup>204</sup> Cf. nota 118.

<sup>205</sup> CURCIO, IX, 7. 1-11. da más información sobre esta rebelión: su jefe fue primero un tal Atenodoro, que había adoptado el título de rey, y que fue asesinado luego por cierto Bitón que se hizo cargo de llevar a Grecia a estos colonos. Ahora bien, esta revuelta ocurrió en el 326/325 a. C., y no tiene que ver con la que se produjo tras la muerte de Alejandro, en el 323 a. C., y que terminó con la masacre de los 23.000 griegos que vivían en las satrapías del interior.

<sup>206</sup> CURCIO, IX, 7. 17-22, que le llama Horratas, cuenta los pormenores del combate.

<sup>207</sup> Había sido vencedor en unas Olimpiadas (probablemente en el 336 a. C.), según ELIANO, *Historias curiosas*, XII. 58. El mismo autor, en X. 22, dice que Dióxido mató a Corago, lo que explicaría el odio de Alejandro hacia él. Por otro lado. PLUTARCO, *Alejandro*, 4. 11, recuerda la hostilidad de Alejandro hacia el gremio de los atletas.

<sup>208</sup> Era real la antipatía entre griegos y macedonios. CURCIO, VIII, I. 24, recuerda una pelea entre macedonios y mercenarios griegos, en la que el propio Filipo, herido, hubo de hacerse el muerto para salvar su vida, hasta que Alejandro (de lo que éste se jactaba), protegiéndolo con su escudo, pudo salvarlo. También habla de rivalidad entre unos y otros, durante la batalla de Iso. ARRIANO, II, 8. 7; recuérdese también lo comentado en la nota 205 sobre la matanza en Bactria de 20.000 griegos tras la muerte de Alejandro.

<sup>209</sup> Abástanos los llama ARRIANO, VI, 15. 1, y sabarcas CURCIO, IX, 8. 4-7. Se trata de la tribu de los

Ámbasthyas, mencionada por el *Mahābhārata*. El antiguo Panjâb estaba ocupado por pueblos con reyes y otros sin ellos (*Arattās*), mencionados con frecuencia en los textos indios.

<sup>210</sup> Estos sodras parece que corresponden a los «sogdas» de ARRIANO, VI, 15. 4. No se sabe quiénes eran los masanos.

<sup>211</sup> Según ARRIANO, VI, 15. 2, en la confluencia de los ríos Acesines e Indo fundó Alejandro una Alejandría (la actual Ucch, que hasta la Edad Media se llamaba Askaland-Usah), y, además, según el mismo autor (VI, 15. 4), cerca de la residencia real de Sogdia, una segunda Alejandría.

<sup>212</sup> Noticia distinta da ARRIANO, VI, 15. 5-7, según el cual, este Musicano, tras pedir perdón por no haberse ofrecido antes a él mismo y a su pueblo, fue confirmado por Alejandro como rey, si bien dejando en su ciudad una guarnición.

<sup>213</sup> Porticano era, según CURCIO (IX, 8. 11-13), rey de los prestos, un pueblo desconocido, aunque su nombre en sánscrito, *prastha*, significa «pueblos de la llanura», lo que hace que se los sitúe en la región de Larkana.

<sup>214</sup> Según ARRIANO, VI, 16, 3-4, Alejandro le había nombrado sátrapa de los indios de las montañas, pero había huido antes de la llegada de Alejandro al enterarse de que éste había perdonado a Musicano, con quien tenía una antigua rivalidad.

<sup>215</sup> De estos brahmanes, llamados también por los griegos gimnosofistas, esto es «sabios desnudos», habla por extenso ARRIANO, en su libro XI, 11, que dedica a la India, cuando trata de las castas.

<sup>216</sup> El mismo relato en CURCIO, IX, 8. 20-27, y JUSTINO, XII, 10. 2-4, pero no aparece en Arriano.

<sup>217</sup> CURCIO, IX, 8. 22, dice que Tolomeo tenía un parentesco de sangre con Alejandro; PAUSANIAS, I, 6. 2, va más allá cuando dice que los macedonios creían que Tolomeo era realmente hijo de Filipo, que casó a su madre con Lago cuando ya estaba embarazada de él.

<sup>218</sup> ARRIANO, VI, 19. 3-4, dice que la primera isla se llamaba Ciluta y que, desde ella, recorriendo doscientos estadios (36 km) vieron la segunda, ya en pleno mar.

<sup>219</sup> No se sabe bien dónde estaba esta ciudad; se duda entre Hyderabad y Bahmanabad.

<sup>220</sup> Esta nueva Alejandría se fundó sobre la capital del pueblo orita, llamada Rambacia (ARRIANO, VI, 22. 5); según CURCIO, IX, 10. 7, se pobló con deportados aracosios.

<sup>221</sup> Los ritos funerarios interesaban mucho a los griegos. El propio Diodoro ya habló en I. 91-92 sobre los embalsamamientos egipcios, en II, 15, sobre los funerales etíopes, que vuelve a tratar en III, 9. 2, o los de los trogloditas megábaros en III, 33. 2-3.

<sup>222</sup> Hay aquí una pequeña laguna.

<sup>223</sup> Se trata de los llamados «ictiófagos», de los que ya habló Diodoro en III, 15-17; su alimentación a base de pescado es obligada, al vivir en un desierto improductivo, a la orilla del mar; de ellos habla también ARRIANO, VI, 23. 2-3, indicando que sus chozas están hechas con conchas, no con escamas de cetáceos: además, señala, Alejandro no pasó por allí, sino que la noticia de su existencia se debe a Toante, enviado a buscar un lugar idóneo para amarrar los barcos, agua y abastecimientos. Dieciocho codos son cerca de 8 m.

<sup>224</sup> Hay una larga descripción de este cortejo báquico en CURCIO, IX, 10. 24-29, conocido como «la Bacanal de Carmania»; según este autor, el ejército, engalanado para la fiesta, avanzó así, entregado a la orgía báquica, durante siete días, sin que, por suerte, nadie los atacara. ARRIANO, VI, 28. 1-3, recoge el hecho, contando que, «según algunos historiadores», quiso así Alejandro imitar a Dioniso, por el rumor de que el dios, tras someter a los indios, atravesó con su comitiva la mayor parte de Asia, donde recibió la invocación de Triambo; arriano, sin embargo, considera poco digna de crédito tal procesión que no transmiten ni Tolomeo, ni Aristobulo ni ningún historiador digno de crédito. PLUTARCO, *Alejandro*, 67, da crédito también al hecho.



<sup>225</sup> Más información sobre estos hechos en ARRIANO, VII, 4. 1-3, CURCIO, X, 1. 43-45 (relato incompleto por la existencia de una laguna) y PLUTARCO, *Alejandro*, 68. 3-5, muy sumariamente, aunque cuenta la rebelión de la madre de Alejandro, Olimpiade, contra Antípatro, hecho que no comentan los demás autores.

<sup>226</sup> Muchos contemporáneos de Diodoro aluden a este suceso, como CICERÓN, *Tusculanas*, II. 52 y *Sobre la adivinación*, I. 47, pasaje en el que este cálanos predice la muerte de Alejandro. ELIANO, *Historias cariosas*, V. 6, al contar el episodio, dice que la pira se levantó en el barrio más bello de Babilonia, confundiendo, sin duda, la pira de Cálanos con la de Hefestión.

<sup>227</sup> Se trata de las famosas «Bodas de Susa», celebradas en el 324 a. C., de las que hablan todos los autores: ARRIANO, VII. 4. 4-8, JUSTINO, XII, 10. 9-10, PLUTARCO, *Alejandro*, 70. 2; CURCIO presenta aquí, como ya se ha indicado en la nota 223, una laguna, pero alude a las bodas en X, 3. 12. Según Justino, Alejandro «tapó» con tantas bodas las críticas que podían hacerse por casarse con la hija de Darío.

<sup>228</sup> En dos ocasiones anteriores, Diodoro ha relatado el enfrentamiento de los macedonios con su rey, 94. 5 y 99. 5 (si bien, en este último pasaje lo que se contaba era el choque entre griegos y macedonios). Nos falta en el texto, como ya se ha dicho, la historia de las muertes de Clito y de Calístenes, que sí la tenemos en otros autores, como PLUTARCO, *Alejandro*, 50-55, ARRIANO, IV, 8 y 11, JUSTINO, XII, 6, 7.2-3 y XV, 3. 3-6 y CURCIO, VIII, 1.27-52 y 5. 14-34. En el caso de Clito, muerto por el propio Alejandro, se trató de la defensa que hizo Clito de Filipo ante la soberbia de Alejandro, en el de Calístenes, de la negativa de éste a la *proskýnesis* o «postración» que Alejandro impuso a los Compañeros y de otras costumbres persas que Alejandro estaba adoptando. Pero estos dos casos se refieren a las personas más próximas al rey; en cuanto a los soldados, los motivos eran fundamentalmente dos: cansancio tras tantos años de viaje y combates y añoranza de sus familias y patria, sin que puedan excluirse también sus críticas al comportamiento de Alejandro, su pretensión de ser hijo de Amón, etc. Por otro lado, hay un error de Diodoro cuando dice que los macedonios se negaron a cruzar el Ganges, al que no habían llegado; se trataba de cruzar el Hífnis. En cuanto al reclutamiento de los treinta mil, no eran sólo persas, sino de todas las zonas de Asia que Alejandro controlaba; la razón de reclutarlos se ha discutido: o eran jóvenes rehenes, o se trataba de reforzar al ejército o, pensando en el disgusto de Alejandro con sus hombres, era una nueva «orientalización» del monarca.

<sup>229</sup> CURCIO, X, 2. 2, cuenta brevemente el episodio de Hárpalo; JUSTINO, XIII, 5. 9, que por error lo llama «Hárpago», habla simplemente del destierro de Demóstenes por haber recibido dinero de Hárpalo. PLUTARCO, *Alejandro*, 8. 3; 10. 4; 35. 15 y 41. 8, da más detalles: sabemos que Hárpalo fue expulsado de Macedonia por Filipo, junto con Nearco, Erigio y Tolomeo, todos ellos íntimos amigos de Alejandro, a los que los hizo volver cuando murió Filipo. Todos alcanzaron después altos cargos en la corte de Alejandro y Hárpalo en concreto fue su tesorero. Plutarco da también la interesante noticia (*op. cit.* 8. 3) de que fue Hárpalo quien, por orden de Alejandro, le envió una remesa de libros, entre los que había obras de Filisto, gran cantidad de tragedias de Eurípides, Sófocles y Esquilo, y los ditirambos de Celestes y Filóxeno.

<sup>230</sup> PAUSANIAS, I, 37. 5, habla de esta tumba, en la Vía Sagrada de Atenas a Eleusis y dice que es «*el más digno de ver de todos cuantos monumentos funerarios antiguos hay en Grecia*». PLUTARCO, *Foción*, 22. 2 dice que Hárpalo encargó la construcción de esta tumba a Caricles, yerno de Foción, y que no vale los treinta talentos en los que Caricles presupuestó la obra; con todo, añade. Caricles y Foción se hicieron cargo de la niña que Pitónice había tenido con Hárpalo cuando éste murió.

<sup>231</sup> ATENEO, *Banquete de los eruditos*, XIII, 50. 36-43, transmite cinco versos de un drama satírico, titulado *Agen*, sobre el episodio de Hárpalo: «*El que escribió el drama satírico «Agen», bien fuera Pitón el cataneo o el propio rey Alejandro, dice:*

A. *Y, además, escucho que Hárpalo innumerables cantidades  
de trigo, no inferiores a las de Agen,  
les envió, y que fue hecho ciudadano.*

B. *Este trigo era de Glicera. Y será, quizá, para ellos prenda de destrucción y no de la cortesana».*

<sup>232</sup> Eran 130 kg de plata.

<sup>233</sup> Hárpalo debía de estar muy desesperado pues sabía sin duda que Atenas no haría nada que pudiera irritar a Alejandro, como lo demostraba el hecho de que se hubiera sumado a la rebelión griega (cf. 62. 7) que terminó en la batalla de Megalópolis.

<sup>234</sup> La historia está corroborada por PLUTARCO, *Foción*, 21. 3-5, y la condena del orador a una multa de 50 talentos que, al no poder pagar, lo llevó a prisión de la que huyó, en *Demóstenes*, 25-26.

<sup>235</sup> Fue en la Olimpiada del 324 a. C. CURCIO, X, 2. 4-7 dice que los atenienses se negaron a obedecer la orden, mientras que los demás griegos la acataron, devolviendo incluso a los condenados lo que quedaba de sus bienes.

<sup>236</sup> Sobre la desmovilización de los veteranos, ARRIANO, VII, 8. 1 y 12. 1-4; CURCIO, X, 2. 8; JUSTINO, XII. 11; PLUTARCO, *Alejandro*, 71. 8. En cuanto a las deudas que pagó, las cantidades varían poco entre los autores: según ARRIANO, VII, 12. 2, pagó a cada uno lo que se le debía más un talento como gratificación, al ser 10.000 los desmovilizados, la suma total fue algo superior a los 10.000 talentos (dice también Arriano que Alejandro aconsejó a sus hombres que volvían a Grecia que dejaran allí los hijos habidos con mujeres asiáticas, para evitar problemas con los que habían dejado en Macedonia y con sus madres, ya que él se ocuparía de ellos. CURCIO, X, 2. 9-11. dice que Alejandro hizo que sus hombres declararan sus deudas, puso en unas mesas 10.000 talentos y, una vez que todos cogieron lo que debían, sólo quedaron 130 talentos; CURCIO, añade que si la declaración se hizo con honestidad, aquel ejército que había vencido a pueblos riquísimos, se trajo de Asia más gloria que botín. JUSTINO, XII, 11. 1-3, habla de un total de 20.000 talentos y PLUTARCO, *Alejandro*, 70. 3, con gran precisión, eleva a 9.870 talentos el total de las deudas de sus soldados que pagó.

<sup>237</sup> Este motín fue el más grave de los que tuvo que enfrentar Alejandro. ARRIANO, VII, 6. 2-4, cuenta primero el desagrado del ejército con la llegada de los 30.000 jóvenes que vimos en 108. 1, al pensar que Alejandro estaba pensando prescindir de los macedonios, así como su disgusto al ver a su rey y a Peucestas, sátrapa de Persia, con vestiduras persas, o que jinetes orientales formaran parte de los batallones de los Compañeros; más adelante, en VII, 8-9, encontrándose en Opis, ya estalla el motín que, tras ajusticiar Alejandro a trece cabecillas, termina con un largo discurso del propio Alejandro, con la retirada de éste a su residencia durante tres días y con el perdón final del rey a sus hombres y un banquete común. JUSTINO, XII, 11-12. sitúa el motín en conexión con el licenciamiento de los veteranos, cuando los que iban a quedarse piden también la licencia; el resto del relato es como el de Arriano. El resumen de CURCIO, X, 2. 12-30, 3 y 4, con lagunas al final de los párrafos 3 y 4 es parecido, con intervenciones de Alejandro. En PLUTARCO, *Alejandro*, 71, se cuenta, más sucintamente, lo mismo, aunque los soldados interpretan como un desprecio del rey el que éste envíe a la costa a los enfermos y mutilados, mientras que quiere utilizar a los 30.000 jóvenes de los que ya se ha hablado.

<sup>238</sup> Anticles fue arconte de Atenas desde julio del 325 a. C. hasta el mismo mes del año siguiente. Los cónsules citados por Diodoro lo fueron en el 327 a. C.

<sup>239</sup> Había diversas poblaciones griegas desplazadas por los persas dentro de su imperio; así, HERÓDOTO VI, 20 y 119. 2, habla de los milesios a los que Darío I instaló en la ciudad de Ampe, cerca de la desembocadura del río Tigris y de los eretrios a los que el mismo rey desplazó a Arderica de Cisia, a unos 37 km de Susa (119. 2); CURCIO (IV, 11. 11 y VII, 5. 28-35) habla, a su vez, de los gortuas, de origen eubeo, que habían seguido a los medos y ya no conocían sus antiguas costumbres y de los bránquidas, que se decían descendientes de Branco, un héroe de Delfos, quienes, por orden de Jerjes, habían ido a Mileto, donde habían profanado un templo, y ahora vivían en Sogdiana (Alejandro los entregó a los milesios de su ejército, que los masacraron). A los anteriores hay que sumar estos beocios.

[240](#) Hay aquí una pequeña laguna.

[241](#) La localidad de Behistun, famosa por la inscripción triunfal de Darío I.

[242](#) PLUTARCO, Alejandro, 72, 2-3, dice que Hefestión, sin seguir los consejos de su médico, Glauco, cuando tenía fiebre, se comió un gallo cocido y se bebió una gran jarra de vino fresco y, al poco, murió. Sin tanto detalle, la muerte de Hefestión aparece en JUSTINO XII, 12. 11-12; CURCIO, X, 5. 20, habla del duelo de su esposa Dripetis, nieta de Sisigambis, por su muerte. ARRIANO se refiere sólo a la muerte de Hefestión de manera indirecta, a través de un sacrificio que hizo Pitágoras, hermano de Apolodoro, uno de los Compañeros de Alejandro, cuando este Apolodoro le preguntó acerca de su propia seguridad; el sacrificio auguraba la muerte de Hefestión.

[243](#) Tanto atenienses como etolios estaban descontentos con la orden de Alejandro de acoger a los desterrados que se contó en 109. 1.

[244](#) A partir de aquí el texto está corrupto. En los MSS falta el nombre del que fue arconte en Atenas y se repiten los de los cónsules del capítulo 110.

[245](#) 53,2 km.

[246](#) De estos astrónomos y astrólogos caldeos ya habló por extenso Diodoro en II. 29-31, XV, 50. 3 y hablará en XIX, 55. 7-8 y XXI. 3. Otras referencias en CICERÓN, *Sobre la adivinación*, I, 19. 36 (donde afirma que mienten) y II, 46. 97, y PLINIO EL VIEJO, *Historia natural*, VII. 193. De todas maneras no era la primera vez que tenían tratos con Alejandro: PLUTARCO, *Alejandro*, 57. 4, habla de la costumbre del rey de llevar con él a estos «babilonios», que es como se les suele llamar, además de caldeos.

[247](#) «Tumba de Belo» llamaban los griegos al gran santuario de Marduk (Bêl), en origen un dios agrario que moría y resucitaba cada año. Los reyes persas Ciro, Cambises y Darío I lo habían respetado, pero Jerjes lo demolió. HERÓDOTO, I, 181-182, habla de este templo de Zeus-Belo que «aún existía en mis días». ARRIANO, VII. 1-4, dice que Alejandro sospechaba que la reconstrucción solicitada por los caldeos obedecía más a los futuros beneficios económicos que obtendrían que a razones religiosas.

[248](#) 35,5 km.

[249](#) Anaxarco de Abdera era discípulo de Demócrito y maestro de Pirrón. Acompañante de Alejandro en su expedición a la India, era totalmente contrario a las predicciones de los caldeos (JUSTINO, XII, 13. 5).

[250](#) Hegesias fue arconte de Atenas desde julio del 324 a. C. a junio del año siguiente. Los cónsules del 326 a. C. fueron G. Petelio Libón Visolo y L. Papirio Cursor; en cuanto a las Olimpiadas, se celebraron en el verano del 324 a. C. Pero el momento al que Diodoro quiere referirse es la primavera del 323 a. C.

[251](#) Según JUSTINO, XII, 13. 1-2, estas embajadas estaban ya en Babilonia esperando al rey, ARRIANO, VII, 14. 6, dice que de camino hacia Babilonia se encontró con varias embajadas griegas, entre ellas una de Epidauro. Más adelante el mismo autor (XII, 15. 4-5) cita más embajadas, recibidas ya en Babilonia, de multitud de pueblos que acudían a él como árbitro para solucionar sus diferencias; entre ellas, una de los romanos, cosa que no cree, como tampoco lo hicieron sus fuentes, que cita, Tolomeo Lago y Aristóbulo, y, más adelante aún (XII, 23. 2) habla Arriano de otras embajadas de pueblos griegos, coronados ellos mismos y con coronas de oro para Alejandro, al que acudían como «teoros» (embajadores religiosos) que veneraban a un dios.

[252](#) Cf. 37, 5.

[253](#) Sobre esta correspondencia, cf. 32 y nota 68.

[254](#) 1. 776 m.

[255](#) Algo más de 57,7 m. La decoración era una mezcla de ornamentación griega (Centauromaquia, sirenas) y oriental, como son los toros, combate de toro con león, etc. Escenas de caza aparecen representadas en el llamado «sarcófago de Alejandro» encontrado en Sidón.

<sup>256</sup> Según ARRIANO, XII, 22. 4-5, hay varias versiones sobre la recuperación de la diadema: el remero que la rescató fue premiado con un talento y luego le cortaron la cabeza, porque no podía vivir quien había tocado la diadema real; fue premiado con el talento y luego azotado; el rescatador fue Seleuco, y este hecho indicó, además de la próxima muerte de Alejandro, el gran imperio que tendría Seleuco.

<sup>257</sup> Cf. 72. 5 y nota 145.

<sup>258</sup> «Apurar la gran copa de Heracles» era una expresión proverbial para indicar el abuso en la bebida.

<sup>259</sup> El relato más preciso de los últimos días de Alejandro lo tenemos en PLUTARCO, *Alejandro*, 76, que cita las *Efemérides Reales*, de autenticidad discutida (cf. nota 203). Poco antes (75.5), Plutarco, siguiendo a Aristóbulo, desmiente tanto la versión que aquí da Diodoro como la de CURCIO, X, 5. 4-5; sencillamente cuenta que Alejandro, en estado febril, bebió vino, deliró y murió.

<sup>260</sup> Las relaciones entre Antípatro y Olimpiade eran pésimas; ya en la nota 224 se citaba a PLUTARCO, *Alejandro*, 68. 3-5, el único autor que habla de la rebelión de la madre del rey contra el regente.

<sup>261</sup> La causa más admitida de la muerte de Alejandro fue una crisis aguda de *malaria tropica*, fiebre perniciosa que le minó tras varias semanas (sed insaciable, letargo, etc.), seguramente también con imposibilidad de hablar, por lo que parece imposible que pronunciara las últimas palabras que se le atribuyen. Las sospechas de envenenamiento, que surgieron mucho después de la muerte del rey, aparecen en PLUTARCO, *Alejandro*, 77. 1-5, que las considera pura invención, ARRIANO, VII, 27, quien tampoco les concede mucho crédito, mientras que JUSTINO, XII, 14. 1-9, sí las cree, CURCIO, X, 10. 14, considera estas sospechas puras habladurías.

<sup>262</sup> Sin duda, es éste uno de los hechos más conmovedores de este libro, junto con la compasión que Alejandro mostró por la reina madre y el resto de la familia de Darío.

Este volumen de *Biblioteca histórica* DE DIODORO DE SICILIA,  
traducido por JUAN JOSÉ TORRES ESBARRANCH  
y JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA  
se ha compuesto en Times, con 10,25 puntos  
sobre 12,75 de interlineado,  
en los talleres de Víctor Igual,  
y de ha impreso en Madrid en diciembre de 2011.

OBRAS DE DIODORO DE SICILIA EN LA  
BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

[ 294 ]

*Biblioteca histórica. Libros I-III*

*Traducción e introducción de F. Parreu.*

*Revisión de M. Serrano-Sordo.*

[ 328 ]

*Biblioteca histórica. Libros IV-VIII*

*Traducción de J. J. Torres.*

*Revisión de J. Espasa.*

[ 353 ]

*Biblioteca histórica. Libros IX-XII*

*Traducción de J. J. Torres.*

*Revisión de J. M. Guzmán Hermida.*

[ 371 ]

*Biblioteca histórica. Libros XIII-XIV*

*Traducción de J. J. Torres.*

*Revisión de J. M. Guzmán Hermida.*

[ 398 ]

*Biblioteca histórica. Libros XV-XVII*

*Traducción de J. J. Torres y M. Guzmán Hermida.*

*Revisión de Assela Alamillo.*

Nacido en Agirio, al pie del Etna siciliano, Diodoro Sículo escribió una obra de extensión monumental, que por eso mismo fue llamada *Biblioteca histórica*. En cuarenta libros quiso contar los hechos más importantes para la cultura desde los comienzos de la Humanidad hasta su propio tiempo, el siglo I a. C. Vivió entre los años 90 y 30 a. C., según deducimos de sus textos, porque desconocemos las fechas exactas de su nacimiento y muerte. Fue un formidable erudito, y un pensador de ideas fundamentalmente estoicas, de una asombrosa ambición historiográfica. Concibió el vasto proyecto de una Historia Universal, que abarcara no sólo la descripción de las grandes guerras y los imperios políticos, sino también, como el viejo Heródoto, aspectos geográficos, etnológicos, mitológicos, filosóficos, botánicos, etc. Es decir, intentó componer una panorámica Historia Universal de la Cultura, tal vez con la intención de mostrar en ese desarrollo de las civilizaciones cómo la marcha del mundo reflejaba un



orden secreto, según postulaba la doctrina de los estoicos.

En sus cuarenta libros —de los que sólo se han conservado completos los cinco primeros y los numerados del once al veinte— llegaba hasta la conquista de las Galias por César. El orden de la exposición era espacial y cronológico. Primero trataba de pueblos antiguos de África y Asia, luego pasaba a Europa y Grecia (libros IV-VI). Avanzaba desde la guerra de Troya hasta Alejandro en los diez siguientes. Luego, del XVII al XL, historiaba el período comprendido entre Alejandro y su sucesores, los Diádocos, hasta Julio César.

Historia, geografía, y etnología alternan con la mitología en sus páginas, que recogen muchos datos de historiadores anteriores, a los que algunas veces critica. Su propósito es el de construir una polícroma síntesis de todas esas noticias, guiado por su ideología estoica y su perspectiva ecuménica.

El prestigio de la magna obra de Diodoro fue grande en la Antigüedad, en el Renacimiento y todo el siglo XVIII, pero luego los grandes filólogos e historiadores germanos del XIX —más interesados en sus fuentes que en su propio texto— lo criticaron duramente, como señala F. Parreu en su sabia introducción general a la magna obra de Diodoro, que por primera vez se editará completa en lengua castellana en el seno de esta colección.

## ÍNDICE GENERAL

[LIBRO XV](#)

[LIBRO XVI](#)

[LIBRO XVII](#)

# Índice

Portada	3
Página de derechos de autor	5
LIBRO XV	6
LIBRO XVI	126
LIBRO XVII	214
ÍNDICE	317